



ANTOLOGÍA DEL CUENTO BOLIVIANO

Manuel Vargas Severiche | Antologador

ANTOLOGÍA DEL CUENTO
BOLIVIANO



Antología del cuento boliviano

Manuel Vargas Severiche
Antologador



Antología del cuento boliviano / antología y estudio introductorio por Manuel Vargas Severiche ; presentación por Álvaro García Linera – La Paz : Vicepresidencia del Estado Plurinacional, 2016.

680 p. ; ilustraciones ; (Biblioteca del Bicentenario de Bolivia ; 129) (Letras y artes)

ISBN 978-99974-62-21-3 (ePub)

1. Bolivia – Cuento – Antología I. Vargas Severiche, Manuel, antología y estudio introductorio II. García Linera, Álvaro, presentación III. Vicepresidencia del Estado Plurinacional, ed. IV. Título.

1.ª edición, La Paz: Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, 2016

Ilustración de tapa e interiores: Alejandro Salazar (Al-Azar)

Gestión editorial: Martín Zelaya Sánchez

Cuidado de edición: Wilmer Urrelo Zárate e Iván Barba Sanjinez

Diseño y diagramación: Oscar Claros Troche

Derechos de la presente edición, diciembre de 2016

© Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia

Calle Ayacucho N° 308

La Paz, Bolivia

(591 2) 2142000

Casilla N° 7056, Correo Central, La Paz

Los derechos morales de las obras contenidas en el presente libro pertenecen a los autores, herederos, causahabientes y/o cesionarios, según sea el caso.

Primera edición en esta colección: diciembre de 2016

Hecho en Bolivia - *Made in Bolivia*

Este libro se publica bajo licencia de Creative Commons:

Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)

Esta licencia permite a otros crear y distribuir obras derivadas a partir de la presente obra de modo no comercial, siempre y cuando se atribuya la autoría y fuente de manera adecuada, y se licencien las nuevas creaciones bajo las mismas condiciones.



Índice

PRESENTACIÓN	[9]
ESTUDIO INTRODUCTORIO <i>FRAGMENTOS PARA ARMAR UN TODO,</i> POR MANUEL VARGAS SEVERICHE	[15]
SOBRE ESTA EDICIÓN	[35]

I. TRADICIONALISTAS, ROMÁNTICOS, MODERNISTAS (FINALES DEL SIGLO XIX Y PRINCIPIOS DEL XX)

De cómo un negro pierde la chaveta, por <i>Pedro B. Calderón</i>	[39]
La hija del cura, por <i>Julio Lucas Jaimes (Brocha Gorda)</i>	[43]
Yerbas y alfileres, por <i>Juana Manuela Gorriti</i>	[47]
El amor en el siglo xx, por <i>Julio César Valdez</i>	[53]
Mosaicos bizantinos. Zoe, por <i>Ricardo Jaimes Freyre</i>	[59]
Alsacia, por <i>Osvaldo Molina</i>	[63]
El diamante, por <i>Antonio José de Sainz</i>	[65]
Por la capa y no por la vaca, por <i>José Santos Machicado</i>	[71]
Cómo se vive en mi pueblo, por <i>Lindaaura Anzoátegui de Campero</i>	[81]
El velo de la Purísima, por <i>Adela Zamudio</i>	[91]
El vértigo, por <i>Adela Zamudio</i>	[103]
Sor Natalia, por <i>Rosendo Villalobos</i>	[109]
Sombras de mujeres, por <i>Alberto de Villegas</i>	[113]

II. REALISTAS, NATURALISTAS, COSTUMBRISTAS (INICIOS DEL SIGLO XX)

La Sirena de La Jalancha, por <i>Antonio Díaz Villamil</i>	[123]
La Miskki Simi, por <i>Adolfo Costa du Rels</i>	[135]
Los dos jinetes, por <i>Adolfo Costa du Rels</i>	[147]

Venganza aymara, por <i>Alcides Arguedas</i>	[163]
El sargento Charupás, por <i>Alfredo Flores Suárez</i>	[169]
El pozo, por <i>Augusto Céspedes</i>	[175]
La paraguaya, por <i>Augusto Céspedes</i>	[189]
Una prueba sensacional, por <i>Abel Alarcón</i>	[201]
Qhaya kutirimuy (Vuelve mañana), por <i>Alberto Ostria Gutiérrez</i>	[209]
Confesión, por <i>Geraldine Byrne de Caballero</i>	[217]
La opinión del jaguar, por <i>Luis Toro Ramallo</i>	[225]
Santiago, por <i>Josermo Murillo Vacarezza</i>	[229]
Otoño, por <i>Wálter Montenegro</i>	[233]
Bala en boca, por <i>Augusto Guzmán</i>	[251]
Cruel Martina, por <i>Augusto Guzmán</i>	[257]
Matrimonios, por <i>Raúl Leytón</i>	[271]
El comisario mordaz, por <i>Rafael Ulises Peláez</i>	[277]
Cosas de gringos, por <i>Ramón Peláez</i>	[281]

III. VANGUARDISTAS. LA MAGIA, EL SUEÑO, LA VIOLENCIA (MEDIADOS DEL SIGLO XX)

El sueño, por <i>Ignacio Callaú Barbery</i>	[303]
Los dinamitazos, por <i>Óscar Soria Gamarra</i>	[311]
El oficinista, por <i>Enrique Kempff Mercado</i>	[319]
El ponguito de Curawara, por <i>Néstor Taboada Terán</i>	[325]
Sweet and sexy, por <i>Néstor Taboada Terán</i>	[339]
El ocaso, por <i>Óscar Barbery Justiniano</i>	[347]
El llanto del impuesto, por <i>Jorge Suárez</i>	[351]
La emboscada, por <i>Adolfo Cáceres Romero</i>	[355]
La noche con Orgalia, por <i>Renato Prada Oropeza</i>	[361]

El sueño del pez, por <i>Raúl Teixidó</i>	[367]
El hijo del difunto, por <i>Pedro Shimose</i>	[373]
Hay un grito en tu silencio, por <i>César Verduguez Gómez</i>	[377]

IV. ENTRE LA TRADICIÓN Y LA MODERNIDAD: OTROS ESPACIOS, NUEVOS LENGUAJES (FINES DEL SIGLO XX)

Crónica secreta de la guerra del Pacífico, por <i>Germán Araúz Crespo</i>	[391]
Pareja fatal, por <i>Jaime Nisttahuz</i>	[397]
El paraje del Tío, por <i>René Poppe</i>	[401]
Sucedió en Mairana, por <i>Hugo Murillo Benich</i>	[411]
Los días que quedan, por <i>Alfonso Gumucio Dagron</i>	[419]
La madame, por <i>Adolfo Cárdenas Franco</i>	[425]
Venus, por <i>Juan Conitzer Bedregal</i>	[435]
La noche de los turcos, por <i>René Bascopé Aspiazu</i>	[437]
La Chingola, por <i>René Bascopé Aspiazu</i>	[445]
El Con Caballo, por <i>Manuel Vargas Severiche</i>	[449]
El hombre que estudiaba los atlas, por <i>Alfonso Murillo</i>	[457]
Joñiqui, por <i>Homero Carvalho Oliva</i>	[465]
Tiodor, por <i>Paz Padilla Osinaga</i>	[471]
El Turco, por <i>Gustavo Cárdenas Ayad</i>	[475]
Retorno en luz, por <i>Blanca Elena Paz</i>	[479]
Isoglosa, por <i>Teresa Constanza Rodríguez Roca</i>	[483]
Los estidos, por <i>Marcela Gutiérrez</i>	[485]
El Pajonal, por <i>Óscar Barbbery Suárez</i>	[489]
El cuadro, por <i>Cé Mendizábal</i>	[497]
Cadáveres y Cía., por <i>Víctor Hugo Viscarra</i>	[503]
La señora, por <i>María Soledad Quiroga</i>	[509]
Mama Huaco en el primer círculo, por <i>Alison Spedding</i>	[513]

V. LOS CONTEMPORÁNEOS.
 REALISMO SUCIO, FANTÁSTICO, INTIMISTA
 (COMIENZOS DEL SIGLO XXI)

El americano feo II, por <i>Erika Bruzonic</i>	[523]
Tumbalocos, por <i>Gonzalo Lema</i>	[533]
Dochera, por <i>Edmundo Paz Soldán</i>	[539]
Verde, por <i>Claudia Peña Claros</i>	[551]
Yucu, por <i>Giovanna Rivero Santa Cruz</i>	[555]
La Muralla, por <i>William Camacho Sanjinés</i>	[565]
Continuidad de los bares, por <i>Yuri Soria-Galvarro</i>	[571]
Aventuras del pequeño niño blasfemo, por <i>Wilmer Urrelo Zárate</i>	[581]
Gringo, por <i>Maximiliano Barrientos</i>	[585]
La casa grande, por <i>Rodrigo Hasbún</i>	[601]
μαμά, por <i>Róger Otero Lorent</i>	[607]
Relájese, por <i>Guillermo Ruiz Plaza</i>	[615]
Feria 16 de Julio, por <i>Aldo Medinaceli</i>	[619]
La composición de la sal, por <i>Magela Baudoin</i>	[643]
La Ola, por <i>Liliana Colanzi</i>	[647]
Mi mujer y yo, por <i>Cristina Zabalaga</i>	[659]
 BIBLIOGRAFÍA	 [663]
Acta de selección de textos para la <i>Antología del cuento boliviano</i>	[673]

Presentación

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia

Álvaro García Linera

Uno de los principales problemas en la formación educativa de los estudiantes tanto de nivel secundario como universitario es, por decirlo de alguna manera, su relacionamiento conflictivo con los libros; es decir, la dificultad que tienen para apropiarse de la información y el conocimiento universal depositado en el soporte material de los textos impresos.

A lo largo de mi trabajo académico universitario, he podido detectar diversos componentes de esta relación conflictiva. Uno de ellos, el débil hábito de la lectura o, en otras palabras, el rechazo, la negativa o resistencia del estudiante para dedicarle tiempo, esfuerzo, horas y disciplina a su acercamiento con el conocimiento, de manera sistemática, rigurosa y planificada. La tendencia a buscar el resumen rápido en vez de esforzarse por sumergirse en la narrativa del texto, a copiar del compañero en vez de escudriñar la estructura lógica o los detalles de la argumentación de la obra, es mayoritaria. Se trata de una ausencia de paciencia y disciplina mental, y, a la larga, de una falta de aprecio por el trabajo intelectual, que hace que el estudiante se aproxime al conocimiento universal en distintas áreas –ciencias naturales, ciencias exactas y ciencias sociales– de una manera superficial, mediocre y poco rigurosa.

Un segundo problema es la falta de comprensión de lo que se lee, la carencia de métodos para una lectura que posibilite encontrar el núcleo argumental y sedimentar en el cerebro el conjunto de información,

procedimientos y resultados que están presentes en los libros e investigaciones. Por lo general, la capacidad de comprensión –e incluso de retención– de lo leído es bajísima. Eso significa que además del ya reducido esfuerzo que el estudiante promedio despliega en la lectura, gran parte del mismo resulta inútil porque ni siquiera consigue aprehender el núcleo argumental de lo planteado o escrito por el autor.

Estos son problemas estructurales que se arrastran desde la formación educativa escolar y que, por tanto, requieren de una transformación igualmente estructural de la formación educativa básica, de la disciplina educativa, de la facultad para construir lógicamente los conceptos y de la inculcación de hábitos duraderos de investigación y métodos de estudio.

Otro problema que también se presenta en la formación educativa de los colegiales y, en particular, de los universitarios, tiene que ver con el acceso a la información y documentación, y a la disponibilidad de las publicaciones a fin de poder acceder a los conocimientos que nos brindan.

Ciertamente existen libros útiles y libros irrelevantes. Sin embargo, no cabe duda de que el texto escrito –ya sea bajo el soporte material de impresión (libro impreso) o de información digitalizada (libro digital)– representa, en la actualidad, el lugar fundamental de preservación del conocimiento que los seres humanos han sido capaces de producir en los últimos cinco mil años de vida social. En todo caso, esto no niega la presencia de otros soportes de información como el que se encuentra, por ejemplo, en el cuerpo, en la experiencia; mas, aun así, la única manera de universalizar y socializar ese conocimiento e información sigue siendo el texto escrito: el libro.

El conocimiento, en calidad de bien común universal y no únicamente como sabiduría local, tiene su base material en los libros; desafortunadamente, el acceso a ellos no es siempre universal. Por ejemplo, en nuestro país, dado que generalmente los textos de mayor referencia en el campo académico son de edición extranjera, gran parte de ellos tienen costos elevados o son de difícil acceso para los estudiantes. Adicionalmente, nuestras bibliotecas poseen obras editadas décadas atrás y, muy excepcionalmente, de relevancia para la formación académica. Por otro lado, nuestras librerías presentan una limitada disponibilidad de obras producidas en el extranjero (no más de 20 ejemplares por cada título), cuyos únicos destinatarios se convierten en un grupo de expertos; mientras que, en el caso de las obras editadas en Bolivia, aquellas a las que se tiene acceso no siempre son las más adecuadas o necesarias para la formación educativa estudiantil. Entonces, las dificultades que tienen los alumnos para acceder de manera directa a las publicaciones e investigaciones más relevantes,

recientes, sólidas y mejor elaboradas, que les permitan potenciar su formación académica en las diferentes áreas de estudio, son notorias.

Con tristeza he podido atestiguar, en la universidad, que parte de la autoridad académica de algunos profesores, lejos de sostenerse en su capacidad intelectual o didáctica –y mucho menos en su capacidad de síntesis o investigación–, se sustenta en la mezquindad o el monopolio del acceso a ciertos libros necesarios para su materia. He visto a profesores facilitar a sus alumnos simplemente algunos capítulos de una obra importante, preservando para sí el resto a fin de poder contar con un mayor conocimiento que ellos. De hecho, algunos profesores conservan su autoridad académica y su puesto no –como se podría esperar– gracias a su mayor capacidad de conocimiento e investigación, sino porque básicamente restringen o conservan el monopolio de tal o cual investigación y/o publicación, que difunden a sus estudiantes de manera selectiva (a cuenta gotas) y no en su plenitud.

¿Cómo ayudar a superar estos límites de la formación académica estudiantil y universitaria? ¿Cómo facilitar el acceso de los estudiantes a las publicaciones más importantes, de manera rápida, fácil y barata, para que coadyuven con su formación intelectual y académica? ¿Cómo inculcarles la idea de que un buen alumno no depende de su capacidad adquisitiva para la compra de determinados libros o de la buena voluntad del profesor para proporcionarle las respectivas fotocopias, sino de su formación en la construcción de esquemas lógicos, de su capacidad de análisis, síntesis e investigación, y de su capacidad de sedimentación e innovación de las investigaciones y/o aportes realizados en diferentes latitudes del país o del mundo?

Esta preocupación constituye, pues, el punto de partida del nacimiento de este destacable proyecto. Lejos de pretender la mera publicación de 200 obras relucientes para ser guardadas en los rincones o anaqueles de algunas bibliotecas (particulares o pertenecientes a instituciones públicas o privadas), sin utilidad alguna, la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB) nace con una función práctica muy clara: apoyar a ese trabajo de acercamiento profundo a la lectura por parte de estudiantes, investigadores y ciudadanía, en general, facilitándoles el acceso a las 200 publicaciones más importantes y necesarias para la comprensión de la realidad boliviana en los últimos siglos.

¿Por qué 200 libros o publicaciones? En reconocimiento a los 200 años de independencia y fundación de Bolivia, cuya celebración tendrá lugar el año 2025.

Nuestro deseo habría sido que ese objetivo (de acceso fácil, rápido y barato de los lectores bolivianos y bolivianas a las 200 investigaciones más importantes del país) abarcara todas las áreas de la formación académica (desde las ciencias exactas y naturales hasta las ciencias sociales), pero queda claro que, en las actuales circunstancias, esto resulta imposible.

Por ello, el trabajo de selección tuvo que enmarcarse a un conjunto de estudios referidos a Bolivia a lo largo de los últimos 400 o 500 años que, en su mayoría, abarcan la historia social, económica y política boliviana, aunque también se orientan al campo de la literatura, la cultura y las artes, entre otras áreas.

Se trata de textos –muchos de ellos de difícil acceso– publicados años atrás, pero nunca más reeditados; o publicados en otras partes del mundo, pero de difícil acceso para el estudiante; o publicados recientemente, pero con costos elevados y excluyentes. Nuestra tarea consistió en juntarlos e incorporarlos en una biblioteca a la que estudiosos e investigadores del país entero, pero, en particular, jóvenes escolares, colegiales y universitarios, puedan acceder de manera sencilla.

Para llevar adelante el proyecto con éxito, se tomó la decisión de reunir a importantes –si no es que a los mejores– investigadores y estudiosos de las distintas áreas de las ciencias sociales, artes y letras para que, en un largo debate conjunto, ordenado a través de comisiones temáticas, fueran seleccionando, a partir de los cientos de títulos disponibles, esos 200 más importantes para la comprensión de la historia de nuestro país.

Para nosotros fue determinante el hecho de que este proceso de selección sea realizado con la mayor pluralidad posible. Por ello, los más de 30 notables estudiosos de la realidad boliviana (la mayor parte de ellos residentes en territorio nacional y otros en el extranjero) invitados a conformar el Comité Editorial de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia, trabajaron en base a un amplio catálogo (que superó los mil títulos) elaborado gracias a sus sugerencias, las de decenas de especialistas invitados y la participación directa de la ciudadanía a través de la web del proyecto, en la selección final de las obras.

Este gran esfuerzo colectivo y estatal por brindar a la juventud estudiosa un material de calidad y decisivo para la comprensión de la formación de la sociedad, el Estado, la economía y la estructura social boliviana, en los últimos siglos, queda sintetizado en las siguientes cuatro colecciones que engloban las 200 obras seleccionadas: 1) Historias y Geografías (69 textos), 2) Letras y Artes (72 textos), 3) Sociedades (49 textos) y 4) Diccionarios y compendios (10 textos).

La Biblioteca del Bicentenario de Bolivia no habría sido posible sin la participación comprometida de todas las personas que apoyaron a su realización. Un agradecimiento especial al Director del Centro de Investigaciones Sociales de la Vicepresidencia (CIS), Amaru Villanueva; a la Coordinadora Académica del CIS, Ximena Soruco Sologuren; al equipo de la Coordinación General del Proyecto; y, por supuesto, a todos los miembros del Comité Editorial que trabajaron de manera gratuita en largas y apasionantes reuniones durante más de seis meses, en procura de seleccionar esas 200 obras imprescindibles para la comprensión de la historia de nuestro país. Nuestros mayores reconocimientos para: Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells, Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval, Juan Carlos Fernández, José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Jürgen Riester, Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert, Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque, Rubén Vargas, Verónica Cereceda y Xavier Albó.

Es indudable que toda formación pasa por el tamiz de la lectura, estudio y abordaje del conocimiento depositado en los libros. Y la BBB ha sido justamente imaginada como una herramienta de estudio y de formación.

Nuestro mayor deseo es que estos 200 libros no se queden intactos y sin uso en el rincón de alguna biblioteca, sino que sean leídos, debatidos y comentados por estudiantes e investigadores, que sumergiéndose en el contenido de sus líneas y páginas (marcándolas, subrayándolas, tomando o haciendo notas en sus bordes), las puedan procesar, utilizar y transformar.

Si en los siguientes meses o años vemos a los jóvenes estudiantes agarrando una obra del Bicentenario en la mano, debatiendo o reflexionando acerca de tal o cual idea o tal o cual capítulo; entonces, el objetivo y la misión de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia se habrá cumplido: ayudar a la formación de una nueva generación de estudiantes con una mejor capacidad intelectual, de estudio, análisis e investigación en el ámbito de la realidad social boliviana.

Estudio introductorio

Fragmentos para armar un todo

Manuel Vargas Severiche*

1. DEL MITO AL CUENTO

Es sabido que el cuento, en el sentido amplio de la palabra, existe desde el origen de todas las sociedades y culturas. Desde el “inicio de los tiempos” se cantaba o narraba en voz alta, y después empezaron a escribirse mitos, fábulas, leyendas y crónicas, además de apólogos y los llamados cuentos de hadas.

En el caso específico de Bolivia, los cuentos de la tradición oral están en la memoria tanto de los pueblos originarios como de las tradiciones mestizas (a veces se trata de adaptaciones de los cuentos europeos, pero con ropaje local). Asimismo, se guardan versiones escritas, especialmente recopiladas por los cronistas de la Colonia (siglos xv al xviii), quienes no solo contaron los hechos y casos del presente colonial, sino también recogieron muchos relatos e historias autóctonas y otras formas de expresión literaria, recuperadas del pasado mítico.

En el siglo xix, con el advenimiento de la República, continuó la preferencia por las crónicas, relatos, fábulas, leyendas, tradiciones, apólogos, etc., casi siempre con un afán didáctico o informativo. Pero ya las corrientes literarias de occidente, como el romanticismo y el modernismo, comenzaron a asentarse entre los creadores nacionales, y se escribieron

* Estudió literatura en la Universidad Mayor de San Andrés. Es autor de los libros *Cuentos del Achachila* (1975), *Cuentos tristes* (1987) y *Recuento de daños* (2015), y de las novelas *Rastrojos de un verano* (1984), *Andanzas de Asunto Egüez* (1996), *Nocturno paceño* (2006), *Música de zorros* (2008) y *Sal de tu tierra* (2014). Ha publicado también libros de literatura para niños. Es director de la revista *Correveidile*, fundada en 1996, y ha elaborado varias antologías de cuento boliviano.

e inventaron los primeros cuentos atribuibles a un autor. Es ahí donde comienza la presente antología.

Los relatos a los que nos referimos aparecieron con el romanticismo en el siglo XIX, por lo que el cuento podría ser considerado, en Bolivia y dentro de la tradición occidental, como el género moderno por excelencia.¹ Este tipo de relato deja de ser una anécdota o una simple narración ejemplar para convertirse en un nuevo género literario, imaginado, armado y escrito por un autor, obedeciendo a ciertas leyes formales, con un lenguaje propio y con una estructura, todo lo cual produce una singular experiencia estética en el lector. Podrán ser leídos alrededor del fuego, pero también, preferentemente, “de una sentada”, en un sillón solitario, en un aula escolar o en otros tantos escenarios.

2. EL CUENTO Y SUS SECRETOS

Muchos libros y tratados se han escrito para explicar y entender el cuento, este género literario nacido el siglo XIX. Se ha buscado definirlo no solo en su acepción general sino también como subgénero: el cuento fantástico, el cuento policial, de terror, de ciencia ficción... Se han realizado talleres de cuento, se han publicado selecciones de textos con reflexiones de los propios cuentistas, y también revistas especializadas.² Ya en los tiempos de Edgar Allan Poe, uno de los creadores y teóricos del cuento moderno, las revistas populares norteamericanas demandaban y publicaban un cuento corto junto a otros materiales de lectura (Buranelli, 1972: 77-78). Poe mismo publicaba cuentos suyos y de otros autores en revistas que él dirigía: “Ahora exigimos –expresaba– la artillería ligera del intelecto; necesitamos lo breve, lo conciso, lo directo, la difusión rápida, en lugar de lo verboso, la minucia, la extensión, lo inaccesible” (*idem*).

No es momento de hacer un recuento de las definiciones. Nos quedamos con dos: una clásica y seria, también “arbitraria” según su propio autor: “El cuento es una narración, fingida en todo o en parte, creada por un autor, que se puede leer en menos de una hora y cuyos elementos

1 Los otros géneros más antiguos son la poesía y el teatro; luego, en el siglo XVI, apareció la novela, que se volvió muy popular hasta el presente.

2 En México se puede citar a *El cuento. Revista de imaginación* (140 números), dirigida por Edmundo Valadés. En Argentina está *Puro cuento*, a la cabeza de Mempo Giardinelli. En Bolivia tenemos a *Correveidile. Revista boliviana de cuento* (37 números), bajo mi dirección, para hablar de experiencias cercanas a nuestro medio. Cada una, a su modo, hizo lo que pudo, en ambientes y condiciones muy diversos.

contribuyen a producir un solo efecto” (Menton, 1993: 8). A partir de esto, Menton aclara las diferencias con otros géneros narrativos: “Así es que la novela se diferencia del cuento tanto por su extensión como por su complejidad; los artículos de costumbres y las tradiciones, por su base verídica y por la intervención directa del autor que rompe la unidad artística; y las fábulas y las leyendas, por su carácter difuso y por carecer en parte de la creación original del autor” (*idem*).

La siguiente, más que definición, es una valoración imaginativa que ubica al género en relación a la novela empleando una metáfora mercantil, expresada por un escritor de cuentos y novelas de ciencia ficción: “Los cuentos son la calderilla [monedas de escaso valor] del tesoro de la ficción. Es fácil pasarlos por alto ante la abundancia de tesoros disponibles, una moneda sobrevalorada que con frecuencia resulta falsa. En su máxima expresión –Borges, Ray Bradbury, Edgar Allan Poe– el cuento está acuñado en metal precioso y sus destellos dorados brillarán para siempre en el hondo talego de la imaginación del lector” (Ballard, 2014: 11).

De tal manera que, no solo para escribir un cuento, sino también para leerlo, se debe aprender a conocer su mecanismo interior: “Evidentemente el lector de un cuento no solo debe ser sensible a las sugerencias sino que debe ser capaz de almacenar detalles para su futura comprensión. Y obviamente debe leer el cuento más de una vez” (Stanton: 1969: 75-76). Dice un conocido cuentista mexicano: “No dudo de que los cuentos tienen sus leyes, pero no dejan de ser secretas. Leyes que al fin impone o descubre el mismo narrador. Por eso la dificultad de convertirlas en normas preestablecidas” (Valadés, 2014).

Mucho se ha escrito, asimismo, en busca de esos secretos. En estos últimos años el escritor argentino Ricardo Piglia planteó dos tesis: “Primera tesis: un cuento siempre cuenta dos historias [...]. El efecto de sorpresa se produce cuando el final de la historia secreta aparece en la superficie. Segunda tesis: la historia secreta es la clave de la forma del cuento y sus variantes” (Piglia, 1987: 55-56). Pero esta idea ya la había expresado Borges de la siguiente manera: “Ya que el lector de nuestro tiempo es también un crítico, un hombre que conoce, y prevé los artificios literarios, el cuento deberá constar de dos argumentos; uno, falso, que vagamente se indica, y el otro, el auténtico, que se mantendrá secreto, hasta el fin” (1964: 167).

3. ÉPOCAS, TEMÁTICAS, CORRIENTES LITERARIAS

Las obras literarias no pueden encasillarse en una corriente; siempre se zafan de estas, más aún en el caso de Bolivia, donde las diferentes escuelas llegan con años de retraso y conviven en una misma época. Así, un cuento romántico puede haberse escrito o publicado después de uno modernista, cuando se entiende que el modernismo fue una reacción al romanticismo en decadencia. El costumbrismo, muchas veces con tintes románticos, convive con el realismo social y con el surrealismo. Así ocurre también con el realismo y el naturalismo. En Latinoamérica, como expresión de estas corrientes, surgieron nombres como indigenismo, criollismo, regionalismo, y muy pronto irrumpieron las llamadas corrientes de vanguardia: surrealismo, neorrealismo, cosmopolitismo y muchos más nombres, para llegar y mezclarse con el realismo mágico, mítico, psicológico, fantástico, etc. Muchos adjetivos nacen y mueren; siempre hay algo nuevo y al mismo tiempo nada es nuevo.

A propósito, y desde América Latina, dice Benítez Rojo: “[...] la pregonada originalidad artística de la *nueva novela* no es mayor ni menor que la que tuvieron en su momento nuestras obras románticas o realistas: unas y otras parten de movimientos nacidos en Europa, mayormente en el seno de las literaturas alemana, inglesa, francesa, y luego extendidos a gran parte del mundo. En último análisis y, por supuesto solo a estos efectos, no hay gran diferencia entre venir de Scott, Chateaubriand, Flaubert y Zola, que de Proust, Kafka, Joyce y los surrealistas” (1976: 2). Lo cual, para nuestro nuevo siglo, se podría ampliar, salvando distancias, con otros nombres como Carver, Bukowski, sin olvidar que ya tenemos una tradición propia (si bien se alimentó de Europa): Borges, Rulfo, Carpentier y, en ciertos círculos, Roberto Bolaño.

Por ello, más allá de la pertenencia a viejas o nuevas escuelas o corrientes literarias, lo importante es buscar textos que nos sorprendan y nos digan algo nuevo, constituyéndose, en las distintas épocas o momentos, en aportes y no en repeticiones de lo ya dado.

Por comodidad, y para poder vivir cuerdos y tranquilos, los humanos hacemos esquemas y encasillamos todo, pero *Los miserables* de Victor Hugo será siempre mucho más que una novela romántica. En la *Historia de la guerra del Peloponeso* nos encontraremos con escenas surrealistas dignas del siglo xx. Algunos pasajes de *Masamaclay. Historia política, diplomática y militar de la guerra del Chaco* del boliviano Roberto Querejazu nos llevan a las escenas (polvo, calor, violencia) de las novelas sureñas de William Faulkner.

Por todo lo cual, y volviendo al cuento boliviano, opté por ordenar la presente antología tomando en cuenta –y entrecruzando– lo cronológico, lo temático y las corrientes literarias. Así, llegué a dividirla en cinco capítulos:

- I. Tradicionalistas, románticos, modernistas (finales del siglo XIX y principios del XX).
- II. Realistas, naturalistas, costumbristas (inicios del siglo XX).
- III. Vanguardistas. La magia, el sueño, la violencia (mediados del siglo XX).
- IV. Entre la tradición y la modernidad: otros espacios, nuevos lenguajes (fines del siglo XX).
- V. Los contemporáneos. Realismo sucio, fantástico, intimista (comienzos del siglo XXI).

Cada uno de estos capítulos tiene muchos vasos comunicantes. Es así que cuentos con diferentes lenguajes y manejos narrativos –con elementos de fantasía, humor, sátira, denuncia social– pueden estar en cualquiera de ellos y, por tanto, en diferentes épocas.

De esta manera, sería un simplismo decir que, respecto de la narrativa boliviana en general, el pasado se caracterizaba por la solemnidad y el compromiso social, y el presente por el intimismo, el individualismo, el humor y la “falta de compromiso”. O dividir, por ejemplo, un pasado con ambientes rurales, “costumbristas”, “nacionales”, de un presente donde los textos solo tratan de las complejidades urbanas y disminuyen o desaparecen los “elementos nacionales”.

La fantasía, el humor, el erotismo y el tratamiento de ciertas temáticas no son propiedad de una u otra generación. Basta recordar que el elemento fantástico era muy propio del romanticismo y por lo tanto siempre ha estado presente en muchos cuentos. Los gustos e intencionalidades de cada escritor y de cada lector determinarán lo que busca. Lo cual no significa que dejen de existir textos sin imaginación y sin un lenguaje adecuado, o simples repeticiones de lo que ya se hizo, mejor, en el pasado. Por eso, conscientemente hemos buscado, en casi dos siglos de cuento boliviano, textos fantásticos, oníricos, humorísticos, así como realistas, de aventura, poéticos, “duros”, minimalistas, absurdos, “pesados” y “livianos”, que apunten a romper los encasillamientos temporales, de edad, de género, temáticos, formales, de estilos y de escuelas literarias.

4. DEL ROMANTICISMO AL MODERNISMO

Con las salvedades ya señaladas, haré un repaso de las escuelas literarias que, llegando de otros países, se asentaron en Bolivia y fueron adaptadas al contexto y la coyuntura de nuestro país.

Toda escuela literaria nace como una reacción frente al pasado. Del romanticismo –especialmente y más que de cualquier otra escuela– se dice que fue una “revolución” en contra del clasicismo y neoclasicismo en las artes de Europa, ya agotados a fines del siglo XVIII. El romanticismo criticó la mesura y la frialdad de los racionalistas, encendió fuegos, rompió reglas, no solo a través de la exaltación desbordada de los sentimientos sino también ensalzando la fuerza del pueblo, de la historia. Por eso *María* de Jorge Isaacs es una novela romántica (amor, desmayos, muertes); también *Los miserables* de Victor Hugo (la Revolución Francesa, las desventuras de los pobres y los miserables de París), y en nuestro país *Juan de la Rosa. Memorias de un soldado de la Independencia*, de Nataniel Aguirre (los ideales de libertad, la participación del pueblo en la Guerra de la Independencia, etcétera).

Pero luego toda esta exuberancia e irracionalidad se agotaron en lo cursi y en lo sensiblero, o en la exageración, y tuvo que surgir un nuevo movimiento: el modernismo, cuyas características fueron “exquisitez conceptual del pensamiento, libertad en la expresión y esmero casi afectado de las formas” (Sainz de Robles, 1957: 226). Este movimiento se centró más en la poesía, basta nombrar a Rubén Darío en América Latina, y en Bolivia a Ricardo Jaimes Freyre, quienes, además de versos, también escribieron cuentos modernistas. La prosa modernista tomaba en cuenta estos aspectos estéticos: “El arte es una cuestión que afecta a los sentidos y no a la moral; la prosa sugiere estados de ánimo; adquieren valor los objetos, ropajes y ambientes” (Iglesias Vicente, 1994: 6). En nuestro país, el crítico y narrador Carlos Medinaceli seleccionó cuentos bolivianos modernistas tomados de viejas publicaciones recuperadas de alguna biblioteca en desaparición. Dice, refiriéndose a este episodio: “Le daba por la historia y la geografía [...]: se llama Gregorio Barrenechea. Él me dio el anuncio del baratillo: ‘Yo ya me he comprado –me dijo– una arroba de historia y otra de geografía. Ud. puede comprarse unas dos arrobas de literatura nacional’” (1967: 18 y 19).

Buena parte de los cuentos modernistas aquí consignados provienen del trabajo de Medinaceli. Entonces esos textos ni siquiera eran considerados cuentos, pues estaban entremezclados en capítulos del libro que organizó aquel del siguiente modo: “Evocaciones regionales; Tradiciones; Cuentos, diálogos, monólogos; Elegía; Páginas miscelánicas, Poemas en prosa y prosas líricas” (*ibid.*: 315 y 316). De todas maneras, aún sin ser

reconocido como tal ni tener las características actuales, el cuento ya estaba naciendo.

Esto nos lleva una vez más a afirmar que el concepto de cuento, en nuestro medio, no siempre estuvo claro. Tampoco se dividía a los textos literarios por géneros, como se hace ahora muy claramente: poesía, novela, cuento, teatro o ensayo.³

En la primera parte de esta antología, consigno también algunas “tradiciones” o “crónicas”, escogidas por tener estructura de cuento y que, por lo tanto, podrían considerarse, junto a los románticos y a los modernistas, como “los primeros cuentos” de nuestro país. Junto a estos seleccioné, entre otros, al reconocido modernista Ricardo Jaimes Freyre con “Mosaicos bizantinos. Zoe” (pág. 59),⁴ a Adela Zamudio (la escritora romántica por excelencia) con “El velo de la Purísima” (pág. 91) y “El vértigo” (pág. 103) y a otras dos románticas que son nombradas en algunos libros aunque que no son muy reconocidas ni difundidas como cuentistas: Juana Manuela Gorriti con “Yerbas y alfileres” (pág. 47) y Lindaura Anzoátegui de Campero con “Cómo se vive en mi pueblo (cuadros de costumbres)” (pág. 81).

A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, el país también se estaba consolidando como tal, luego de la Guerra de la Independencia y la fundación de Bolivia en 1825. Este nuevo país, además de conformar una sociedad rural, comenzó a desarrollar una oligarquía minera. Era la época de los “Caudillos Bárbaros” (al decir de Alcides Arguedas) como Manuel Isidoro Belzu (presidente del país y esposo de Juana Manuela Gorriti) o del general Narciso Campero (esposo, a su vez, de Lindaura Anzoátegui), el cual participó en la Guerra del Pacífico y luego fue presidente de la República. La intelectualidad, siendo parte de la clase oligarca, en muchos casos tenía los ojos puestos en Europa como modelo de vida y de cultura. Pero de esta manera llegaron novedades al quehacer literario del país, como es el caso de Alberto de Villegas, autor de “Sombras de mujeres” (pág. 113), uno de los últimos modernistas.

3 A comienzos del siglo XX, Emilio Finot dividió así su *Antología boliviana* (priorizando su función didáctica, pues estaba destinada a las escuelas): Tomo I: Fábulas, Lecturas patrióticas, Poesías diversas, Narraciones en prosa, Descripciones y narraciones, Sonetos, Tradiciones, Epigramas, Canciones, Madrigales, Cuadros de costumbres. Tomo II: Fragmentos oratorios y opiniones, Escritos biográficos, Páginas de crítica, Páginas de historia civil y de historias anecdóticas, Poesías diversas, Leyendas históricas, Páginas patrióticas, Fragmentos varios, Anécdotas y asuntos interesantes, Muestras del estilo de los cronistas altopereanos.

4 Nota de los editores (NE): la paginación corresponde a la presente edición.

5. DEL REALISMO A LA MODERNIDAD

Históricamente, el siglo xx en Bolivia trajo muchos cambios que comenzaron precisamente con la Guerra del Chaco (1932-1935), la cual tuvo la virtud de despertar la conciencia nacional.

La contienda con el Paraguay significa para Bolivia el primer encuentro con su identidad. Es entonces cuando los bolivianos descubren el verdadero rostro de su país. A partir de este hecho –y como preámbulo de las más profundas transformaciones sociales de su historia– los bolivianos sienten la necesidad de mirar al interior de sí mismos. Y en la búsqueda de un lenguaje que exprese y fortalezca aquel reconocimiento, utilizan todas las formas de arte. Se produce entonces un singular desarrollo en expresiones artísticas como la pintura, la música, la literatura [...] (Arandía *et al.* “Bolivia, puro cuento”, en Vargas, 2003: 2).

Esta conciencia y los acontecimientos de la guerra llevaron al principal hecho histórico del siglo xx: la Revolución Nacional de 1952. Revolución que fue pronto desvirtuada, sucediéndose muchos acontecimientos tanto en lo económico como en lo político y social. Represión política, devaluaciones, corrupción, golpes de Estado, masacres mineras, hasta el surgimiento de la guerrilla del Che en 1967. Derrotas militares, triunfos, traiciones y fracasos no fueron óbice para que el país forme parte de una corriente de cambios en el mundo occidental: la conciencia de una necesidad de nuevos rumbos, con justicia social y desarrollo equitativo, encarnados en las corrientes políticas progresistas.

Socialmente se desarrolló el sector campesino, ya libre de los patrones, creció la conciencia de clase minera y obrera, y con ello, si bien no al ritmo de otros países de América Latina, crecieron las ciudades, con una incipiente clase media, y se fortaleció la clase empresarial y financiera con el desarrollo de la agroindustria en el oriente del país.

Cuando hablamos de narrativa en general, la más fuerte reacción frente al romanticismo fue la llevada a cabo por la escuela del realismo. Honoré de Balzac y Benito Pérez Galdós son un ejemplo en Europa. Se buscaba acercarse nuevamente, con la más equilibrada razón, a la realidad de la sociedad y de los seres humanos que formaban parte de ella, sin idealismos ni exaltaciones, “tal como es la realidad”. Pero del realismo de Balzac, cuando se cargan las tintas, nos pasamos a Émile Zola, y llegamos al naturalismo, perdiéndose el equilibrio o la “objetividad”.

Estas preocupaciones llegaron pronto a América, donde encontraron un suelo propicio. En Bolivia surgieron movimientos cercanos al realismo y al naturalismo, tal es el caso del costumbrismo –muchas veces inclusive

con elementos románticos–, así como del regionalismo, del telurismo (la fuerza de la naturaleza frente al ser humano), del indigenismo o del realismo social, que mostraban la explotación tanto del indio como del minero y los padecimientos de los combatientes en la Guerra del Chaco.

Este movimiento, con diferentes nombres y pequeñas variaciones, fue importante a mediados del siglo xx, pues produjo cuentos de gran factura. Son muy conocidos los cuentos de la Guerra del Chaco que muestran situaciones de hambre o de sed, de heroísmo y de violencia, como “El pozo” (pág. 175), que por su simbolismo es mucho más que un cuento realista o naturalista. Este cuento de Augusto Céspedes, así como “La paraguaya” (pág. 189), forma parte del libro *Sangre de mestizos*, publicado en Chile en 1936 y escrito tras la finalización de la guerra en 1935. El prologuista de aquel, Mariano Latorre, dice que este libro, junto con una novela de Óscar Cerruto, *Aluvión de fuego* (1935), inicia “la interpretación literaria del Chaco. Al mismo tiempo, una nueva orientación en la literatura novelesca de Bolivia” (Latorre en Céspedes, 1936: 15). Luego se publicaría *Cerco de penumbras* (1958), también de Cerruto, el cual, junto con *Sangre de mestizos*, se constituirían, según la unánime opinión de la crítica boliviana, en los dos libros fundacionales del cuento en Bolivia.

También se crearon personajes típicos de la provincia y del campo: mestizos e indios, a través de textos costumbristas memorables, como “La Miskki Simi” (pág. 135) de Adolfo Costa du Rels o “Cruel Martina” (pág. 257) de Augusto Guzmán, cuya máxima expresión, en novela, es *La Chaskañawi* (1947) de Carlos Medinaceli. Asimismo, muchos autores produjeron solo caricaturas de la realidad, superficiales y repetidas.⁵

Posteriormente cobra importancia el concepto de “literatura comprometida”, entre los años sesenta y setenta del siglo xx (época de la guerrilla

5 Es interesante reflexionar sobre el término “costumbrista”. Para un lector desprevenido, toda la literatura boliviana se divide en dos: costumbrista, por un lado, y moderna o contemporánea, por el otro. La primera es sencilla y refleja la vida rural y de provincia; la segunda es de la ciudad, y se relaciona directamente con lo moderno. El escritor costumbrista escribe de la chola, del loco del pueblo, del cura y del patrón abusivo, de las llamitas y de las palmeras. El escritor moderno escribe sobre la ciudad cosmopolita, de los vuelos interplanetarios, del mundo digital y de otros adelantos tecnológicos. Pero, así como se intentaba impresionar al lector con superficialidades como el colorido de ponchos y polleras, en la actualidad también se puede mostrar como lo más “colorido” y vistoso el mundo de la tecnología moderna o las ciudades lejanas, alegando con ello ser “universales”, sin haber llegado a lo profundo del ser humano. Es un movimiento semejante a lo que, para otros contextos y sentidos, Lauro Zavala llama “provincianismo cosmopolita” (Zavala en Gordon, 2005: 42).

del Che, Teoponte y las dictaduras). Este término fue utilizado por Jean Paul Sartre ya en los años cuarenta. Contrario al “arte por el arte” y diferente al “realismo socialista” de la Unión Soviética, plantea que el escritor no es un ser extraño a la sociedad y que debe tomar en cuenta al público al que se dirige. Propone “examinar el arte de escribir, sin prejuicios. ¿Qué es escribir? ¿Por qué se escribe? ¿Para quién? En realidad, parece que nadie se ha formulado nunca estas preguntas” (Sartre, 1950: 41). Ejemplos de estas preocupaciones son los cuentos “La emboscada” (pág. 393) de Adolfo Cáceres, que transcurre durante la guerrilla del Che, y “Hay un grito en tu silencio” de César Verduguez (pág. 415), sobre la dictadura de Hugo Banzer (1971-1978).

De igual manera, criticando los diversos tonos del realismo, el siglo xx se caracteriza por la aparición de otros movimientos artísticos, o *ismos*, que podrían resumirse bajo el término de vanguardia (surrealismo, cubismo, neorrealismo...), como “reacciones profundas contra todo lo tradicional caduco...” (Sainz de Robles, 1957: 407), aplicados tanto en la poesía y la pintura como en la narrativa, aunque no en el cuento. Se debe mencionar aquí a los escritores bolivianos Arturo Borda (1883-1953) e Hilda Mundy (1912-1982) como actores de esa rebelión vital y literaria.

En los sesenta aparece el *boom* de la novela latinoamericana (Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez), que significó no solo un fenómeno comercial, sino también una gran difusión de la literatura latinoamericana que “arrastró” a los precursores de este movimiento: Borges, Rulfo, Onetti, etc. Este fenómeno hizo que, además, se fuera reconociendo y problematizando la esencia y la complejidad de nuestro ser como latinoamericanos, con características propias y al mismo tiempo universales. Dentro de estos aires de renovación y como parte de esta corriente latinoamericana, volvemos a Bolivia y a *Cerco de penumbras*, el libro de Cerruto, también poeta y novelista. Una ciudad y sus sombras, la poesía, el sueño, sugerencias, símbolos, la fantasía y los mitos de un país, hacen que aquel marque el inicio de nuevos caminos en el cuento boliviano.

Pero debemos comprender lo que pasaba en América Latina volviendo aun más atrás. Desde los movimientos de vanguardia del siglo xx se constató que el realismo, el orden y la razón, ya no eran la mejor herramienta para entender y expresar la realidad. Muchas cosas habían ocurrido en el mundo y todo parecía volverse cada vez más absurdo. Ocurrió una Primera y una Segunda Guerra mundial. Sigmund Freud y Gustav Jung comenzaron a hurgar las intimidades del inconsciente del ser humano: la libido, el sueño, la fantasía. Franz Kafka, en sus novelas y cuentos, pobló el mundo de pesadillas por medio de un lenguaje seco y realista. ¿Pero

dónde estaba la realidad? ¿Acaso el tiempo es un sucederse de la mañana al mediodía y luego a la noche? ¿Cómo funciona nuestra mente y nuestra alma, considerando que no todo es luz, razón y vigilia? “Todo el mundo, la vida, la sociedad, nosotros, es infinitamente más complicado de lo que creemos. Lo es, si uno observa bien, este movimiento de mi mano. Hemos simplificado todo, abstrayéndolo, para ir entendiéndonos [...] Profundizar es no entender y desesperar [...]” (Martínez Estrada, 1967: 20).

La realidad –por lo menos en la obra de arte y en el arte de narrar– no estaba en las vistosas y coloridas vestimentas de los indios, tampoco en el discurso político ni en la sociología, sino en la interioridad del ser humano: en sus sueños y sus deseos, en la irracionalidad y la complejidad de la mente. Para ello, como en toda renovación, había que utilizar un nuevo lenguaje, había que darle otra vez importancia a la forma de decir las cosas más que a los contenidos y a los problemas sociales, culturales, nacionales. Cobraron así gran importancia las llamadas “nuevas técnicas literarias”, que ya venían de Joyce, Proust y Faulkner, y que popularizaron los escritores del *boom*. Hablamos del monólogo interior y la corriente de conciencia, los puntos de vista, el empleo del tiempo no lineal, así como un renovado uso del habla popular, del humor, del sueño y de la fantasía.

También entre los sesenta y setenta del siglo pasado aparecieron autores y obras narrativas de importancia, como las de Marcelo Quiroga Santa Cruz, Jesús Urzagasti, Renato Prada, Julio de la Vega y Jaime Saenz. En lo que se refiere al cuento se retoman temas como la mina (René Poppe, Óscar Soria Gamarra), el mundo rural (Paz Padilla Osinaga) y la ciudad (René Bascopé o Jaime Nisttahuz), pero utilizando otros lenguajes y enfoques, alejados del realismo social y del costumbrismo. No faltan los cuentos oníricos o fantásticos como “El sueño del pez” (pág. 405) de Raúl Teixidó o “Retorno en luz” (pág. 517) de Blanca Elena Paz, así como el fino humor de “Crónica secreta de la guerra del Pacífico” (pág. 429) de Germán Araúz Crespo, o los juegos de lenguaje y la parodia en “La madame” (pág. 463) de Adolfo Cárdenas.

6. EL PRESENTE

Terminada la dictadura de los setenta y dentro de la consabida violencia y la falta de libertades, llegamos a fines del siglo xx y entramos al xxi, con todo este bagaje de experiencias y conocimientos en la vida y en el arte. Desde los años ochenta y noventa del siglo xx Bolivia viene sufriendo –cada vez más inmersa en el mundo y entre los vaivenes de un sistema

democrático inicial— una serie de transformaciones (casi todas de la mano de la revolución de la tecnología y de las comunicaciones), producto de la globalización. El país experimenta profundos cambios, cada uno con sus luces y sombras, pero a los creadores les interesan más las sombras, quizá en un intento de conjurarlas. Las escritoras y escritores que producen en el presente han experimentado, en carne propia o no, la pérdida de los valores y las utopías de los años sesenta, el crecimiento del narcotráfico, el descrédito de la institucionalidad democrática, la violencia, la corrupción y la pobreza extrema en la sociedad. Pero esto ya no solo ocurre en el país: en muchos lugares del mundo parecen haberse perdido los sentimientos de solidaridad, de cordura, encaminándonos cada vez más al absurdo, al terror y la destrucción. Al ritmo y de la mano con el avance de la tecnología, pareciera, también, que el ser humano y sus valores intrínsecos fueran retrocediendo y perdiéndose.

La producción artística en nuestro país, y dentro de ella la expresión literaria en general, sigue siendo una respuesta a la realidad que vivimos, una manera de entenderla, inclusive alejándonos, diversificándonos, buscando la novedad o la tradición. A partir de esta lógica podemos entender, por ejemplo, muchos extremos que se juntan en la producción cuentística de fin de siglo: ahí está el realismo sucio de “Cadáveres y Cía.” (pág. 541) de Víctor Hugo Viscarra, escrito en 1996, el cual va de espaldas o de la mano con el fino juego intelectual de “Dochera” (pág. 577) de Edmundo Paz Soldán que apareció en 1997, ambos conviviendo con “Mama Huaco en el primer círculo” (pág. 551) de Alison Spedding, este último como una especie de neoindigenismo que revive o reinventa el más profundo pasado de nuestra historia.

¿Pero qué pasó en las primeras décadas del siglo XXI? Aparecen tanto el realismo duro de “Gringo” (pág. 623) de Maximiliano Barrientos, como la tierna poesía de “Verde” (pág. 589) de Claudia Peña Claros y el humor negro de “Relájese” (pág. 653) de Guillermo Ruiz Plaza. El minimalismo onírico de “Isoglosa” (pág. 521) de Teresa Constanza Rodríguez Roca, y el intimismo cruel de “Mi mujer y yo” (pág. 697) de Cristina Zabalaga. Para no hablar de otras propuestas: “Yucu” (pág. 593) de Giovanna Rivero Santa Cruz, “La Ola” (pág. 685) de Liliana Colanzi o “Aventuras del pequeño niño blasfemo” (pág. 619) de Wilmer Urrelo Zárate, donde la más loca fantasía, el terror, el humor y el lenguaje se desbordan en busca de nuevos universos que, sin embargo, no dejan de ser reales y cotidianos.

¿Qué ha tenido que ocurrir para llegar a estos nuevos espacios? ¿Son realmente nuevos u obedecen a una tradición y a un pasado inmediato o lejano? Para responder a estas preguntas, hace falta más que un estudio

introductorio que analice la poca o mucha novedad producida por los escritores que han comenzado a caminar con el nuevo siglo. Pero está claro que el arte no simplemente refleja una realidad: como en todas las épocas, la contradice, la recrea, la inventa. El arte y la creatividad literaria, en medio y en frente del mundo y sus miserias, reaccionan y buscan alguna forma de salvación por intermedio de la palabra. Y en la época presente, atendiendo cada vez más a las corrientes literarias del mundo, tanto enajenadas como realistas, se busca expresar, inventar en el cuento otros mundos y lenguajes con fantasía, humor y poesía, para reencontrarnos como seres humanos.⁶

7. LAS ANTOLOGÍAS EN BOLIVIA

Es sabido que toda antología literaria tiene una gran utilidad para la difusión y valoración de diferentes tipos de obras, y se han elaborado muchísimas en el mundo. “Antología” en griego significa “recolección de flores” (*anthos*: flor; *legein*: escoger). En la actualidad, “es indudable que vivimos en una época antológica, que aspira a reunir en poco espacio lo mejor y lo más exquisito” (Gregor-Dellin, 1975: 241).

Circunscribiéndonos al cuento en Bolivia, también se han publicado muchas antologías. Para ello existieron diferentes criterios y metodologías de elaboración, ya sea de antologías o simples recopilaciones y selecciones de textos para diversos usos, que evidencian los conceptos y los gustos literarios de cada época. En un país con una breve tradición literaria, siempre se mantuvo vigente la tentación de supeditar el cuento, ya sea a la didáctica, a los gustos o ideales moralistas de una sociedad o de una élite, así como a diversas modas o corrientes en boga: llámense “costumbrismo”, “compromiso social”, “esteticismo” o “universalismo”.

6 Si bien hemos ido recorriendo el desarrollo del cuento junto con los acontecimientos histórico-sociales del país y la sociedad, lejos estoy de pensar que el arte es un reflejo mecánico de aquellos. La creación artística y la creatividad tienen otro ritmo, siguen caminos paralelos en lo profundo de los acontecimientos. Por ello no puede haber simples correspondencias o reflejos como en un espejo. Más bien los productos artísticos son una manera distinta de comprender e interpretar la realidad del pasado y del presente.

Por otra parte, un creador es producto de una vida y de un pasado. Si hablamos de la generación actual, esta no nació al publicar su primer cuento, se fue formando en los acontecimientos de la infancia y la adolescencia, con sus sueños, sus lecturas, experiencias y recuerdos, en el país o en otros mundos. Producto de todo ese pasado lejano y cercano viene la obra y recién las semillas maduran y producen frutos.

Una buena parte de los cuentos seleccionados hasta el presente, publicados en no pocas antologías, son el producto de esos enfoques y lecturas que, de todas maneras, pueden ser puntos de partida hacia nuevas sensibilidades y conceptos más desarrollados del cuento.

Una de las primeras y más importantes antologías bolivianas es la de Saturnino Rodrigo: *Antología de cuentistas bolivianos contemporáneos*, publicada en Buenos Aires en 1942, donde se explica, según la mentalidad de la época, cómo el cuento se acomodó al carácter nacional: “[...] la brevedad de este género está más de acuerdo con el carácter y el espíritu del boliviano, parco en palabras, reconcentrado y breve en sus juicios, como el indio [...]” (1942: 5).

Una antología que intentó abarcar todo el cuento boliviano fue la de Armando Soriano Badani, quien publicó una primera parte en Argentina (*El cuento boliviano 1900-1937*) y luego en Bolivia una edición completa a la que tituló *Antología del cuento boliviano*. En el prólogo, Soriano muestra sus diversos criterios de selección y opiniones, como las referidas al cuento “actual” (en ese momento, hasta 1991): “La cuentística de estos últimos 15 años, registra un resurgimiento del naturalismo [...]. El naturalismo se manifiesta en un lenguaje sin miramientos convencionales, que traduce con fidelidad la condición de los personajes implicados en la acción narrativa. Esta actitud creadora promueve la definición de un estilo extravagante, no exento de erotismo cuasi pornográfico y de grosera aspereza que linda inevitablemente con el cinismo, entendido como tentativa de destrucción de los valores tradicionales” (1991: 12-13).

César Verduguez Gómez, también cuentista, publicó una *Antología de antologías* (2004), llamada, en su segunda edición, *Los mejores cuentos de Bolivia* (2014), en la que, más que connotar una cualificación, se seleccionan jerárquicamente los cuentos que aparecen con más frecuencia en las antologías precedentes, tanto impresas como de Internet.

La mayor parte de otras antologías, como se podrá constatar en la bibliografía que va a continuación de este estudio introductorio, generalmente abarcan épocas específicas, como el cuento modernista, el cuento moderno o contemporáneo. También se publicaron antologías de grupos o generaciones de escritores, antologías regionales, por departamentos o zonas geográficas del país. En el siglo pasado se publicaron antologías a partir de temáticas como el cuento minero o el cuento social; actualmente tienen cierta difusión el cuento femenino, el erótico, el de terror, el fantástico y el de ciencia ficción.

Entre estas últimas se podrían mencionar mi *Antología del cuento boliviano moderno* (1995), que abarca cuentos desde Cerruto hasta Paz Soldán;

una de Juan Gonzáles titulada *Memoria de lo que vendrá* (2002), la cual es un primer intento de acercarse a la nueva generación que ahora va consolidándose, y también *Alta en el cielo* (2009), elaborada por el argentino Nicolás G. Recoaro, quien destaca en la cuentística actual “la irrupción de voces del mestizo, narco, aymara, quechua, guaraní, cholo, jailón, cambia, el coba, etc.” (2009: 14-15).

8. ¿POR QUÉ APOSTAR POR UNA NUEVA ANTOLOGÍA?

Este libro es una selección de cuentos destacados cada uno por su originalidad y creatividad, y, a la vez, los que consideré más representativos del género en nuestro país (aunque bien sabemos que toda antología tiene mucho de apuesta y de corazonada). Puede ser que hayan quedado fuera muchos cuentos valiosos, y algunos estén por de más, según quién y en qué momento de su vida los lea. Algunos autores o herederos, inclusive, se negaron expresamente a ser tomados en cuenta en esta selección (pero esa es otra historia).

Es posible que algunos autores no hayan sido lo suficientemente valorados, o al contrario. Como la vida, toda antología nunca se cierra del todo. ¿Somos críticos, autores o lectores? Me apoyo en el gurú de la crítica de occidente, Harold Bloom, quien a la pregunta de cómo ha vivido con el peso de ser la voz que decide quién tiene valor literario o no, responde: “Nadie puede hacer eso. El valor literario nunca es establecido por un crítico particular o un grupo de críticos. El valor literario se establece por generaciones de poetas, novelistas y dramaturgos que han tenido que luchar contra la influencia de escritores particulares, una influencia que consideran ineludible. Y haciendo eso, establecen su valor. Realmente no importa lo que dices de ellos” (2013).

Asimismo toda antología es el arte de poner límites (¡para después cruzarlos!). Por ejemplo, para seleccionar a una autora o autor, pensé que debería tener por lo menos un libro de cuentos publicado y contar, además, con cierto “reconocimiento”. Sin embargo, apareció la excepción de algún autor con un único cuento, digno de destacarse; luego dejé el oficio, o se murió... como es el caso de Ramón Peláez, de quien muy poco se sabe hasta ahora.

Hubo límites de páginas y también de edad... ¿Puede determinarse cuándo estamos maduros para producir un fruto acabado? Hay muchos cuentistas jóvenes muy conscientes de su oficio y uno tiene que decir: “esperamos de ellos aún mejores y sazonados frutos; recién están comenzando”.

Una poda siempre es dolorosa, aunque necesaria. Aun así, no pude resistir alguna otra excepción, y me permití una doble apuesta.

A pesar de estar consciente de que avanza por una cuerda floja, puede llamarse a esta una “antología general del cuento boliviano”, la más amplia y actualizada de los últimos años por la cantidad de autoras y autores y la calidad de los cuentos, por abarcar casi tres siglos (fines del XIX, todo el XX y comienzos del XXI), por recorrer distintos lenguajes y enfoques estéticos, diversos sabores y paisajes.

Busqué que cada cuento, junto con el placer estético que proporciona, sea también una voz y un rostro, y que todos reunidos conformen un país, o contribuyan con su propia herramienta (el lenguaje) a la visión y formación de dicho país. Y aún todavía: “En un cuento cabe encerrar el todo de una personalidad o de una nación” (Castagnino en Zavala, 1993: 64). Por eso se ha intentado que cada relato seleccionado, aparte de su valor intrínseco, sea una muestra de diversas corrientes, espacios humanos y geográficos y momentos en el desarrollo del género, como parte del devenir histórico y cultural de Bolivia. En otras palabras: la presente antología es un intento de mostrar esa variedad, que al mismo tiempo forma parte, con el color propio, local y universal, de la tradición escrita occidental.

Es así que podemos encontrar cuentos de la época colonial y del futuro, de la mina y el campo y sus mitos, de las ciudades y sus lenguajes, de la selva y el hombre, de la vida cotidiana y de hechos históricos que conmovieron al país. Fantasía, humor, seriedad y juego. También sabemos que la extrañeza de caminos y de personajes, de mundos lejanos o inexistentes, no son otra cosa que la interioridad de nosotros mismos.

Deseo que después de la lectura de esta antología, la lectora y el lector tengan no solo una experiencia de goce estético, sino también una idea de lo que es este país, más allá de postales y de lugares comunes. Planteo el cuento como forma de goce, conocimiento y experiencia de vida, como una puerta para iniciar esta aventura: conocer una literatura como la boliviana, casi clandestina frente al mundo, y por eso mismo subyugante.

Intenté abarcar todo el desarrollo del género, desde fines del siglo XIX hasta el presente. En el XIX, cuando nace el cuento como tal, los autores no son numerosos. En el siglo XX, en cambio, tenemos el grueso de la producción, cuando se afianza el género. En el actual siglo se ha consolidado esa madurez del cuento no solo por su mayor difusión, sino por su calidad estética y creativa.

Después de sumar y restar “las cartas y las espadas”, hemos reunido a un total de 75 cuentistas y 81 cuentos: seis de los autores van con dos cuentos y el resto con uno. Hasta mediados del siglo XX, solo se consignan

cuatro cuentistas mujeres; recién a partir de 1981, con la aparición del Taller del cuento nuevo en Santa Cruz,⁷ y de escritoras de otras ciudades, se destacan 11 voces femeninas más. Es decir, 15 mujeres y 60 varones, sin duda un desequilibrio evidente: las leyes y los deseos de la sociedad actual no siempre concuasan con la realidad histórica y social que se fue desarrollando en nuestro país.

Hay una etapa, la de mediados del siglo xx, donde no aparece ninguna mujer, pero ya a fines del mismo siglo, y a comienzos del actual, los nombres de las escritoras conforman un movimiento que irrumpe y se posiciona con gran fuerza y calidad. Pese a ese desequilibrio, no busqué aplicar el famoso concepto de la “cuota de género”, como tampoco lo hice en el tema regional, puesto que lo importante es la calidad, la originalidad y la representatividad de los cuentos como tales. Pero es bueno hacer estas constataciones, que más bien nos muestran los diferentes momentos del desarrollo y la conciencia de una sociedad, junto con las tendencias dentro de la narrativa breve.

Por último, es necesario mencionar que esta antología, a diferencia de los casos precedentes, es el producto de un trabajo colectivo, en un principio como parte del proceso de elaboración de la revista *Correvedile* (1996-2016), y luego con el apoyo de un equipo asesor y otras personas de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB). Es un trabajo, entonces, de muchos años buscando armar un buen ramo de flores. El sueño imposible de escoger los mejores cuentos, o los que más me impresionaron en mi oficio de buscador de perlas. Esta experiencia fue de un descubrimiento continuo, tomando en cuenta que en nuestro país no existe un canon ni una larga tradición crítica.

No es este libro el fruto de un frío proyecto académico, tampoco me di la libertad de expresar simplemente un gusto personal para compartirlo y discutirlo y llegar a una lista definitiva (por ahora). Busqué y encontré, o preferí, aquellos cuentos que, partiendo de la creación de un lenguaje y asentados en una realidad, hagan guiños al cuento fantástico, al mito colectivo y a la intimidad única, a estados psicológicos, a mundos de sueño y pesadilla, y también cuentos realistas o naturalistas, pero que escapan

7 Con este mismo título se publicó un libro que recoge las obras de los autores que participaron en dicho taller, dirigido por el poeta y narrador Jorge Suárez. Esta publicación tuvo gran trascendencia en el panorama de la narrativa de fines del siglo pasado por haber hecho a un lado conscientemente la visión de postal tradicional del oriente boliviano, y entrar de lleno a los nuevos lenguajes que exigía la realidad de las ciudades del país, y en especial de Santa Cruz de la Sierra.

de su coraza o sus simples adjetivaciones. Siempre con el afán de salir de una falsa tradición que nos señala a los bolivianos como excesivamente realistas, políticos, sociales y tristes, cuando en realidad, en estos cuentos, logramos diseñar un mundo rico en fantasía, humor y creatividad.

Esta antología nace, asimismo, como una urgente necesidad de autoafirmación: en Bolivia existe creación literaria auténtica y única. No nos hemos quedado en el provincianismo encerrado en sus montañas y selvas, en la protesta social que produce bienintencionados panfletos, y –sin desdeñar la modernidad ni otras tradiciones del cuento en el mundo– tampoco en la copia de modas metropolitanas.

La Paz, septiembre de 2016

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- Ballard, H.G.
2014 *Cuentos completos*. Madrid: RBA.
- Benítez Rojo, Antonio (comp.)
1976 *Un siglo del relato latinoamericano*. La Habana: Casa de las Américas.
- Bloom, Harold
2013 “El valor literario nunca es establecido por un crítico”. *La Nación*. Disponible en *lanacion.com.ar* (fecha de acceso: 8 de febrero de 2013).
- Borges, Jorge Luis
1964 “María Esther Vásquez: *Los nombres de la muerte*”. En: Borges, Jorge Luis. *Prólogos*. Buenos Aires: Tórriz Agüero.
- Buranelli, Vincent
1972 *Edgar Allan Poe*. Buenos Aires: Compañía General Fabril Editora.
- Castagnino, Raúl
1988 “El cuento: lince y topo”. En: Zavala A., Lauro (comp.). *Teorías de los cuentistas*. México: UNAM.
- Gordon, Samuel
2005. *Cuento mexicano reciente: aproximaciones críticas*. México D.F.: The University of Texas at El Paso.
- Gregor-Dellin, Martin
1975 “Razón y sinrazón de las antologías”. En: *Nueva narrativa alemana*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Iglesias Vicente, Mercedes
1994 *Cuentos modernistas*, Madrid: Editorial Popular / UNESCO.
- Latorre, Mateo
1936 “Augusto Céspedes, cronista del Chaco”, en *Sangre de mestizos. Relatos de la Guerra del Chaco*. Santiago: Nascimento.
- Martínez Estrada, Ezequiel
1967 *En torno a Kafka y otros ensayos*. Barcelona: Seix Barral.
- Medinaceli, Carlos
1967 *Escoge: la prosa novecentista en Bolivia*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Menton, Seymour
1993 *El cuento hispanoamericano. Antología crítico-histórica*. Bogotá: FCE.
- Piglia Ricardo
1987 “Tesis sobre el cuento”. En: Zavala A., Lauro. *Teorías de los cuentistas*. México: UNAM.

Recoaro, Nicolás G.

2009 *Alta en el cielo (narrativa boliviana contemporánea)*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

Rodrigo, Saturnino

1942 *Antología de cuentistas bolivianos contemporáneos*. Buenos Aires: Sopena.

Sainz de Robles, Federico Carlos

1957 *Los movimientos literarios*. Madrid: Aguilar.

Sartre, Jean Paul

1950 *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.

Soriano Badani, Armando

1991 *Antología del cuento boliviano*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

1964 *El cuento boliviano 1900-1937*. Buenos Aires: EUDEBA.

Stanton, Robert

1969 *Introducción a la narrativa*. Buenos Aires: Carlos Pérez Editor.

Suárez, Jorge

1986 *Taller del cuento nuevo*. Santa Cruz: Casa de la Cultura.

Valadés, Edmundo

2014 "Los cuentos de 'El cuento'". *el-anaquel.com*. Fecha de acceso: 25 de noviembre de 2014.

Vargas, Manuel

1995 *Antología del cuento boliviano moderno*. La Paz: Acción.

1997 *Antología del cuento femenino boliviano* La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

2003 *Correvidile. Revista boliviana de cuento*, núm. 21 (enero-abril).

Verduguez Gómez, César

2004 *Antología de antologías*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

2014 *Los mejores cuentos de Bolivia (antología de antologías II)*. Cochabamba: Kipus.

Zavala A., Lauro

1993 *Teorías de los cuentistas*. México: UNAM.

Sobre esta edición

La presente edición digital de *Antología del cuento boliviano* fue preparada a partir de las publicaciones originales de las autoras y autores consignados en el índice. Para tal fin se recurrió a primeras ediciones, antologías diversas y publicaciones periódicas. Esta edición digital no contiene los cuentos “Ifigenia, el zorzal y la muerte” y “La muerte mágica”, de Óscar Cerruto –ambos publicados en la versión impresa– puesto que no se dispone de los derechos específicos para este fin. Para su publicación, los cuentos antologados fueron adecuados a la norma de estilo de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB).

I. Tradicionalistas,
románticos, modernistas
(finales del siglo XIX y principios del XX)



De cómo un negro pierde la chaveta

Pedro B. Calderón*

El templo de San Pablo, en esta ciudad, era un suntuoso y hermosísimo templo, al que concurría la gente más noble y acaudalada, luciendo a porfía un lujo extremado.

Las bellas criollas, cubiertas con sus pequeñas mantillas de seda, bordadas con oro y piedras preciosas; sus polleras cortas y anchas, dejando ver las zapatillas con hebillas de oro y botones de diamantes, deslumbraban con su riqueza.

Los criollos descollaban igualmente, ostentando una riqueza incomparable.

Por aquel año, 1604, era cura de dicho templo don Andrés de Alcova, sacerdote austero y virtuoso, modelo de piedad, y que el único defecto que tenía era ser bastante avaro y codicioso.

Jamás se conoció en su casa cocinera, ni sobrina, ni ama de llaves ni ningún animal que se pareciera a mujer, exceptuando dos mulas que le servían para ir a algún lugar distante cuando le llamaban a confesión.

El único ser que habitaba con el cura era un negro de nombre Marcelo, en quien depositaba el cura toda su confianza, todas sus penas y placeres, sus deseos y esperanzas, aunque estas empezaban a agotarse porque parecía que al cura se le agotaba ya la vida, pues tenía cerca de 70 años, pero el negro solo contaba con 45.

* La información sobre este autor es casi inexistente. Se sabe, sin embargo, que escribió "Tradiciones", publicado por Modesto Omiste en sus *Crónicas potosinas*, tomo IV, sin más datos bibliográficos. Están fechadas en Potosí, entre 1890 y 1895, las narraciones "El dedo de Dios", "Justo, el mendigo", "El aguinaldo en el año 1612", "Año de nieves, año de bienes" y "El traje de seda".

"De cómo un negro pierde la chaveta" aparece en *Crónicas potosinas*.

El cura era rico, muy rico, y aparentaba ser pobre hasta el extremo de que se le tenía compasión y varias personas le enviaban regalos, en la creencia de que hacían una obra de caridad.

El único que conocía la verdadera riqueza del cura era el negro Marcelo.

Una noche, después de haber servido a su amo el consabido chocolate, se quedó delante de la cama del cura. Estuvo largo tiempo observando el demacrado semblante y notó que, desde algunos días antes, había cambiado mucho y que parecía que la muerte se apoderaba de su amo.

Con esta idea se retiró a dormir, y no pudo conciliar el sueño, porque otro pensamiento, para él más grave, vino a perturbarlo. Y este era que, muerto su amo, todas sus riquezas irían a parar a las autoridades que le arrojarían a él a la calle. Pero, para evitar este contraste, urdió un plan, que consistía en dar muerte al cura en la primera ocasión; cargar toda la plata posible en una de las mulas y en la otra marcharse.

Satisfecho con su plan buscaba el momento oportuno para realizarlo. Y este momento llegó pronto.

Tres noches después, el cura se halló bastante indispuerto, y ordenó al negro que le preparara un medicamento. Este fue a cumplir la orden; pero en vez de hacer el medicamento se dedicó a afilar con mucho entusiasmo un cuchillo toledano, operación en la que empleó como dos horas. Cuando volvió al dormitorio del cura, este dormía, con ese sueño fatigoso del que sufre una enfermedad.

Paróse delante de la cama a contemplarlo, teniendo el cuchillo oculto en su pecho, sujetándolo del mango con su diestra.

Aquella contemplación duró como tres minutos, durante [los cuales] los ojos del negro despedían una siniestra luz, semejante a la que alcanzara el genio del mal cuando arrojaba al hombre al abismo de las miserias.

Después, silenciosamente, se acercó al lecho y con mucha suavidad levantó la barba del anciano cura... Un minuto después tenía suspendida con su siniestra la cabeza del sacerdote destilando sangre y en su diestra el cuchillo homicida... El ministro del Evangelio no tuvo tiempo para exhalar ni un gemido...

Inmediatamente después reunió todas las alhajas, piedras preciosas, objetos de plata y oro, y lo de más valor que pudo, y haciendo dos pesados bultos formó una carga que colocó en una mula; después de cabalgarse en la otra se puso en marcha a las 12 de la noche.

Caminaba a todo galope, como una furia, sin detenerse un instante. Saltaba sobre las piedras que encontraba en el camino; atravesaba los montes como un relámpago; chocaba con los árboles, pero nada, nada le

detenía en su vertiginosa carrera; cuando de repente siente un estremecimiento en todo el cuerpo, vacila y súbitamente se detiene en su veloz carrera y escucha... ¿qué escucha?, el sonido de las campanas del templo de San Pablo que llaman a misa, como de costumbre a las cinco de la mañana. Y luego oye los golpes recios que, por orden del cura, da cada mañana el sacristán en la puerta de la casa, que está contigua al templo. Todo esto escucha y cree soñar, y no obstante, el sonido de las campanas es más recio, los llamamientos a la puerta más continuados... Se restrega los ojos... los abre... y, ¡oh, desgraciado!, mira y se encuentra en el patio de la casa rodeado del sacristán y otros individuos que han forzado la puerta, y que absortos lo contemplan en aquel estado, manchado de sangre.

Sospechando algún crimen, el sacristán y los que lo acompañaban lo ataron, y lo enviaron ante el Justicia Mayor.

El negro Marcelo, en su desesperación por huir, se olvidó abrir la puerta principal, y en su delirio creyó galopar en un espacioso camino cuando solo daba vueltas alrededor del patio de la casa del cura. ¡Fenómeno de la conciencia!

Dos días después, la cabeza del negro Marcelo se hallaba en la plaza a la expectación pública, y su cuerpo fue quemado.

Potosí, septiembre de 1893.

La hija del cura

Julio Lucas Jaimes (Brocha Gorda)*

Pues, como suena; oíd el caso.
Hay un pueblo escondido allá entre las profundas arrugas de los Andes.

Dulcificada la fiereza en las cadenas de las altas sierras, sucédense en serie interminable las redondas colinas y se abren y serpentean los valles y las quebradas, fértiles hasta lo umbroso del bosque los unos, áridas, sedientas hasta la desolación del páramo, las otras.

En lo más hondo de uno de aquellos, ronca el torrente debajo de los brezos de raíces fornidas y flores de púrpura.

Orlan sus bordes los matorrales coposos, los amiantos floridos: blancos, carmesíes, amarillos, morados que se columpian hacia el abismo como empeñados en enlazar sus ramas en la opuesta orilla con las espadañas puntiagudas, los mastranzos aromosos, y las ingratas ortigas verde esmeralda, sembradas de rojo como salpicadas de sangre siempre fresca.

Las gomosas acacias de frutos colgantes como racimos, las lianas enredadoras, las velludas calabaceras arrastrándose, ligándose, cruzando de un extremo a otro, forman como una bóveda tupida al cauce torrentoso, cuyas aguas bulliciosas se creerían negras, obscuras, gredosas, si después de algunos giros y revueltas en torno de las colinas, no salieran al llano límpidas, puras, cristalinas, frescas.

* Nació en Potosí en 1845 y falleció en Buenos Aires en 1914. Dramaturgo, narrador y periodista. Escribió las obras de teatro *Morir por la patria* (1882) y *Un hombre en apuros* (1885). En narrativa es autor de *Epílogo de la Guerra del Pacífico* (1893), *Crónicas potosinas* (1896), *La Villa Imperial de Potosí* (1905; 1974) y *Delia Castex* (1925). Fue padre del escritor Ricardo Jaimes Freyre y del novelista Raúl Jaimes Freyre.

“La hija del cura” forma parte de *La Villa Imperial de Potosí*, La Paz: Camarlinghi.

Sobre los picos, sobre las faldas, en los declives, en las eminencias y en los rellanos, surgen en pintoresco desorden las casas de techumbre pajiza como en danza continua, subiendo y bajando entre cercos de matorrales espontáneos y cactus gigantescos.

Los tablones de sembradío ondean reluciendo al sol el verde oscuro de las matas de patata y el verde claro de los lechugales y el rubio oro matizado de los trigos en que olea orgullosa la siempre apretada espiga de los dioses.

Algunos troncos robustos, afianzados en ambas orillas, dan paso cómodo de una falda a otra de las colinas divididas por el torrente.

En lo más plano, en lo más visible desde lejos, se abre la placeta y en la placeta se alza la iglesia con altas torrecillas blancas, teniendo, entre una y otra, en la fachada lisa, la ojiva con vidrios de colores que a la distancia asemeja a un ojo inmenso, símbolo de la suprema mirada del omnipotente.

Contiguo al templo de gallardas siluetas enclavadas en el azul diáfano, se divisa una casita rústica. Parece la mejor y más decente de todo el pueblo, como que es el presbítero que se decía a la casa parroquial. Allí mora el cura, ya más que entrado en años, siempre limpiecito, siempre benévolo, siempre sonriente y siempre pronto al servicio de su feligresía.

No es un erudito, ni un teólogo, ni siquiera un moralista. Sabe poco de ciencias y de inventos; cree en Dios, conoce su misión evangélica y ama a su prójimo sin dejar la ojeriza irremediable a los jacobinos, a los carbonarios y a los masones.

Con el buen cura, que es corazón y alma de su pueblo, vive en la casa parroquial el ama, un alma de Dios, gruesa, sana, servicial y protectora de todo el mundo, especialmente de los que sufren hambre, que exigen algo más que el pan de la eucaristía y de los que sufren amor destinado a sacrificarse en el tálamo bajo la bendición de aquel ciervo de Dios que cura las almas.

Con el ama y el cura vive además un pimpollito de rosa; una criatura formada con la esencia de muchas cosas buenas: graciosa, esbelta, delicada y muy mujercita en cuanto a las morbideces y curvaturas características del sexo.

Con sus grandes ojos azules, llenos a la par de candor y de inocente ansia de saberlo todo, sigue en el día desde su cobertizo, con la labor en las faldas y la aguja en la mano, ya las ovejas que van por los senderos balando perseguidas por el perro, entre los jaramagos de la colina, ya el curso de la cristalina corriente, que murmura entre berros en el arroyo cercano o ya en la noche, horas enteras el azul oscuro del firmamento

cuajado de estrellas fecundo en misterios y surcado a veces por rápidas iluminaciones que cruzan sin dejar rastro.

Esas manitas hacen hablar, gemir, suspirar al órgano del templo y esa voz angelical levanta los corazones sensibles de aquella gente sencilla hasta el trono de Dios, al modular el Ave María Stella con que se inicia el culto diario a la divina Madre.

Pero ¿quién es esa ninfa de las breñas, de los torrentes, de los brezos, de las espadañas?

El cura tuvo una hermana, agraciada, inocente, buena.

Una noche llamaron a las puertas de la casa parroquial con violencia.

Cuatro labriegos llevaban en parihuelas a un herido en una de las escaramuzas, en ese tiempo diarias, durante la lucha por la libertad.

El cura acogió con amor al infeliz que no daba señales de existencia.

La buena mujer se hizo una hermana de caridad durante la enfermedad y la convalecencia dolorosa.

Un día hubo de partir sano ya el acogido y la despedida fue triste, muy triste. El cura lo bendijo. La buena mujer cayó rodando exánime, bañado su rostro en lágrimas.

Pasó algún tiempo y el cura, teniendo entre sus brazos con inmenso cariño a aquella infeliz, la confortaba hablándole de perdón mientras ella sufría el paroxismo de los dolores.

Un momento solemne, la angustia en los pechos, un grito de muerte y otro de vida. La madre entregando su espíritu a Dios y la hija, criatura divina, pura, hermosa, hija del pecado, bendecida en nombre de la Santísima Trinidad por el sacerdote que la nombra su hija, la hija de su alma, la sangre de sus arterias, el aire de sus pulmones, la sombra de su cuerpo...

¡Hay un pueblo escondido allá en las profundas arrugas de los Andes...!

Yerbas y alfileres

Juana Manuela Gorriti*

—Doctor, ¿cree usted en maleficios? —dije un día a mi antiguo amigo el esclarecido profesor Passaman. Gustábame preguntarle, porque de sus respuestas surgía siempre una enseñanza, o un relato interesante.

—¿Que si creo en maleficios? —respondió—. En los de origen diabólico, no; en los de un orden natural, sí.

—Y sin que el diablo tenga en ellos parte, ¿no podrían ser la obra de un poder sobrenatural?

—La naturaleza es un destello del poder divino; y como tal, encierra en su seno misterios que confunden la ignorancia del hombre, cuyo orgullo lo lleva a buscar soluciones en quiméricos desvaríos.

—¿Y qué habría usted dicho si viera, como yo, a una mujer, después de tres meses de postración en el lecho de un hospital, escupir arañas y huesos de sapo?

—Digo que los tenía ocultos en la boca.

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Y aquellos a quienes martirizan en su imagen?

—¡Pamplinas! Ese martirio es una de tantas enfermedades que afligen a la humanidad, casualmente contemporánea de alguna enemistad, de algún odio; y he ahí que la superstición la achaca a su siniestra influencia. He sido testigo y actor en una historia que es necesario referirte para

* Nació en Horcones (Argentina) en 1816 y falleció en Buenos Aires en 1892. Es autora, entre otros, de los libros *Sueños y realidades* (1865), *Coincidencias* (1867), *El pozo de Yocci* (1869), *Panoramas de la vida* (1876), *Misceláneas* (1878), *El mundo de los recuerdos* (1886), *Oasis en la vida* (1888) y *Cocina ecléctica* (1892). En Bolivia publicó “La hija del mashorquero” (1983).

“Yerbas y alfileres” está recopilado en *Fundadores del cuento fantástico hispanoamericano* (1998), de Óscar Hahn (antologador), Santiago: Andrés Bello.

desvanecer en ti esas absurdas creencias... Pero, ¡bah!, tú las amas; son la golosina de tu espíritu, y te obstinas en conservarlas. Es inútil.

—¡Oh! ¡No, querido doctor, refiera usted, por Dios, esa historia! ¿Quién sabe? ¡Tal vez me convierta!

—No lo creo —dijo él, y continuó—: hallábame hace años en La Paz, esa rica y populosa ciudad que conoce. Habíame precedido allí, más que la fama de médico, la de magnetizador.

Multitud de pueblo vagaba noche y día en torno a mi morada. Todos anhelaban contemplar, si no probar, los efectos de ese poder misterioso, del que solo habían oído hablar, y que preocupaba los ánimos con un sentimiento, mezcla de curiosidad y terror.

Entre el número infinito de personas que a toda hora solicitaban verme, presentóse una joven cuyo vestido anunciaba la riqueza; pero su rostro, aunque bello, estaba pálido y revelaba la profunda tristeza de un largo padecer.

—No vengo a consultar al médico —dijo, sonriendo con amargo desaliento—. ¡Ah!, de la ciencia nada espero ya; vengo a preguntar a ese numen misterioso que os sirve la causa de un mal que consume a un ser idolatrado; extraña dolencia que ha resistido a los recursos del arte, a los votos, a las plegarias; vengo a demandarle un remedio, aunque sea a costa de mi sangre o de mi vida. Dicen que para valeros de él lo encarnáis en un cerebro humano. Alojadlo en el mío: que vea con mi pensamiento; que hable por mi labio, y derrame la luz en el misterioso arcano que llena de dolor mi existencia, y ¡ah...!

Su voz se extinguió en un suspiro.

En tanto que hablaba, habíala yo magnetizado.

Unos pocos pases bastaron para mostrarme la lucidez extraordinaria que residía en aquella joven.

—¿Me escucháis, hermosa niña? —díjele empleando ese adjetivo de poderoso reclamo para toda mujer; porque al someterla a la acción magnética había olvidado un preliminar: preguntarle su nombre.

—¡Hermosa! —exclamó; y una sonrisa triste se dibujó en sus labios—. ¡Ah, ya no lo soy! El dolor ha destruido mi belleza y solo ha dejado en mí una sombra.

—¿Habéis sufrido mucho?

—¡Oh! ¡Mucho!

Y una lágrima brotó de sus párpados cerrados y surcó su pálida mejilla.

—Pues bien, contadme vuestras penas. ¿Echáis de menos una dicha perdida? ¿Erais, pues, muy feliz?

—¡Ah!, ¡y tanto! Santiago me amaba: iba a ser mi esposo, el sol del siguiente día debía vernos unidos, pero aquella noche fatal, la terrible enfermedad asaltó en su lecho a aquel que en él se acostara joven, bello, fuerte y lozano; y agarrotó sus miembros y lo dejó inmóvil, presa el cuerpo de horribles dolores que hacen de su vida un infierno. El año ha hecho dos veces su camino, sin traer ni una tregua a su dolencia. Toda esperanza se ha desvanecido ya en el alma de Santiago; y cuando me ve prosternada orando por su vuelta a la salud: “Laura” —me dice—, “¡pide mi muerte!”.

—Laura —dijela, interrumpiendo aquella larga exposición hecha con voz lenta y oprimida—, no más respecto al presente: retroceded al pasado, a ese último día de bonanza, volved a él la mirada... ¿qué veis?

—¡Mi felicidad!

—¿Y en torno a Santiago?

—¡Nada más que mi amor!

—¿Nada más? ¿Mirad bien...?

De súbito la sonámbula se estremeció, y su mano tembló entre las mías; sus labios se crisparon y exclamó con voz ronca:

—¡Lorenza!

Pronunciado este nombre, apoderóse de ella una tan terrible convulsión, que me vi forzado a despertarla.

Nada tan pasmoso como la transición del sueño magnético a la vigilia. Los bellos y tristes ojos de la joven me sonrieron con dulzura.

—Perdonad, doctor —dijo como avergonzada—, creo que me he distraído. Desde que el dolor me abrumba, estoy sujeta a frecuentes abstracciones. Os decía, hace un momento...

La interrumpí para anunciarle que sabía cuanto ella venía a confiarme, y le referí el caso de su novio, cual ella acababa de narrarlo.

Llenóse de asombro y me miró con una admiración mezclada de terror.

—¡Oh! —exclamó—, pues que penetráis en lo desconocido, debéis saber la naturaleza del mal que aqueja al desventurado Santiago y lo lleva al sepulcro. ¡Salvadlo, doctor, salvadlo! Él y yo somos ricos y os daremos nuestro oro y nuestra eterna gratitud.

Y la joven lloraba.

Logré tranquilizarla y le ofrecí restituir la salud a su novio. Esta promesa cambió en gozo su dolor; y con el confiado abandono de la juventud, entregóse a la esperanza.

Aventuré, entonces, el nombre de Lorenza.

Laura hizo un ademán de sorpresa.

—Pues que ese don maravilloso os hace verlo todo, no es necesario deciros que Lorenza es la amiga según mi corazón. ¡Ah!, sin sus consuelos, sin la parte inmensa que toma en mis penas, tiempo ha que estas me habrían muerto.

El contraste que estas palabras de Laura formaban con el acento siniestro de su voz, al pronunciar, poco antes, el nombre de Lorenza, hiciéronme entrever un misterio que me propuse aclarar.

Laura se despidió, y una hora después fui llamado por la familia de su novio.

Entré en una casa de aspecto aristocrático y encontré a un bello joven pálido y demacrado, tendido en un lecho; y como lo había dicho Laura, agarrotados todos sus miembros por una horrible parálisis que lo tenía postrado hacía dos años, sin que ninguno de los sistemas de curación adoptados por los diferentes facultativos que lo habían asistido pudiera aliviarlo.

Yo, como ellos, seguí el mío; pero en vano: aquella enfermedad resistía a todos los esfuerzos de la ciencia, y parecía burlarse de mí con síntomas disparatados, que cambiaban cada día mi diagnóstico.

Picado en lo vivo, consagréme con obstinación a esa asistencia, secundado por Laura y su amiga Lorenza.

En cuanto a esta, no tardé en leer en su alma: amaba a Santiago.

Laura había penetrado ese misterio a la luz del sueño magnético.

He ahí por qué pronunciara con indignación el nombre de Lorenza.

Los días pasaron, y pasaron los meses; y el estado del enfermo era el mismo. Compadecido de su horrible sufrimiento no me separaba de su lado ni en la noche, alternando con sus bellas enfermeras en el cuidado de velarlo. Mi presencia parecía reanimarlo; y este era el único alivio que su médico podía darle.

Un día que hablaba con el doctor Boso, célebre botánico, exponíale el extraño carácter de aquella enfermedad que ni avanzaba ni retrocedía; persistente, inmóvil, horrible.

—Voy a darte un remedio que la vencerá —me dijo—. Es una yerba que he descubierto en las montañas de Apolobamba, y con la que he curado una parálisis de veinte años. Aplícala a tu enfermo; dale a beber su jugo, y frota con ella su cuerpo. Es un simple maravilloso confeccionado en el laboratorio del gran químico que ha hecho el universo.

Separóse de mí y un momento después me envió un paquete de plantas frescamente arrancadas de su herbario.

Preparélas según las prescripciones de mi amigo, y esperé para su aplicación las primeras horas de la mañana.

Aquella noche, teniendo para mis compañeras de velada la fatiga de largos insomnios, roguélas que se retirasen a reposar algunas horas, y me quedé solo con el enfermo.

Como todas las dolencias, la suya lo atormentaba mucho desde que el sol desaparecía.

Para aliviarlo en aquello que fuera posible, cambiábale la posición del cuerpo, estiraba los cobertores, alisaba las sábanas.

Al mullir su almohada, sentí entre la pluma un objeto resistente. Rompí la funda y lo extraje. Era una figura extraña, un muñeco de tela envuelto en un retazo de tafetán encarnado.

No pudiendo verlo bien a causa de la oscuridad del cuarto, alumbrado solo por una lámpara, guardélo en el bolsillo y no pensé en él.

A la mañana siguiente hice beber a mi enfermo el jugo de la yerba, díle la frotación y dejándolo al cuidado de Laura y su amiga, fui a pasar el día con mi esposa, que se hallaba veraneando en el lindo pueblecito de Obrajes.

Mientras hablaba con ella y varios amigos, buscando mi pañuelo, encontré el muñeco.

Mi mujer se apoderó de él y se dio a inspeccionarlo.

De repente hizo una exclamación de sorpresa.

El muñeco estaba clavado con alfileres desde el cuello hasta la punta de los pies.

Como tú, la señora Passaman es supersticiosa y se arrojó a la región de lo fantástico.

Por no aumentar sus divagaciones, me abstuve de decir dónde había encontrado el muñeco. Pero ella decidió que aquel a cuya intención había sido hecho, estaría sufriendo horriblemente.

Aquellas palabras me impresionaron; y sin quererlo pensé en mi pobre enfermo; y cosa extraña, contemplando aquella figura creí hallarle semejanza con Santiago.

Mi esposa, apiadada del original de aquella efigie, propúsose librar a esta de sus alfileres; pero el óxido los había adherido a la tela de que estaba hecho y vestido el muñeco; y solo valiéndose de una pinza de mi estuche pudo conseguirlo.

Luego que lo hubo desembarazado de su tortura, envolviólo piadosamente en un pañuelo de batista y lo guardó en el fondo de su cofre.

Cuando al anochecer regresé a la ciudad y entré en mi casa, encontré escrito 20 veces en la pizarra un llamamiento urgente de casa de Santiago.

Corrí allá y hallé una gran desolación.

Laura, de rodillas y anegada en lágrimas, tenía entre sus manos la mano yerta de Santiago, que inmóvil, desencajado el semblante y cerrados los ojos, parecía un cadáver.

Lorenza, de pie, pálida y secos los ojos, fijaba en Santiago una mirada extraña.

—¡Ah, doctor, vuestro remedio lo ha muerto! —exclamó Laura—. Dolores espantosos, acompañados de horribles convulsiones, han precedido su agonía; y helo ahí que está expirando.

Sin responderla, acerquéme al enfermo; examiné su pulso, y encontré en aquel aniquilamiento un sueño natural.

Sentéme a la cabecera de la cama; pedí el jugo de la yerba, y entrea-briendo los labios al enfermo, hícele pasar de hora en hora algunas gotas, durante toda la noche.

Al amanecer, después de un sueño de 12 horas, Santiago abrió los ojos, y, con pasmo de Laura, tendiónos a ella y a mí sus manos, que habían adquirido movimiento.

Pocos días después dejaba el lecho, y un año más tarde era el esposo de Laura.

—¿Tú lo has conocido ya sano?

—Sí.

—¿Y qué dices de eso?

—Yo creo en los alfileres de Lorenza.

—Yo creo en la yerba del doctor Boso.

El amor en el siglo xx

Julio César Valdez*

Luisito estaba sentado indolentemente en un hermoso Voltaire forrado con piel de perro y tachonado con anchos clavos de plata. En el atril se veía abierta por la mitad una novela de Zola, *La Terre*, escrita en el último tercio del siglo pasado, y que, en su época, fue un acontecimiento literario, y ¡oh, mudanzas del tiempo!, hoy es solo leída por los eruditos que quieren estudiar las tendencias literarias de lo que entonces se llamó naturalismo.

Pero no hagamos digresiones.

Luisito de vez en cuando dirigía su mirada inquieta a la calle e inclinaba su pálido rostro sobre los vidrios de la ventana, más de lo que el pudor natural a su sexo se lo permitiera.

¿Qué espiaba desde su solitario retiro?

No se lo preguntéis si habéis llegado a los 18 años con el corazón henchido de ilusiones y de amor; no se lo preguntéis si alguna vez os hizo ruborizar la mirada audaz y conquistadora de alguna mujer; no se lo preguntéis si tembló en vuestros labios el delicioso sí, nota que suena como un beso y tiene la ternura de una plegaria.

Las agujas del reloj dos veces recorrieron la esfera.

En la calle pasaban muchas personas, pero ninguna era la que esperaba Luisito.

* Nació en Chulumani (La Paz) en 1862 y falleció en la misma ciudad en 1918. Es autor de *Mi noviciado* (1887), *Nicolás S. Acosta. Recuerdos íntimos* (1888), *Siluetas y croquis* (1889), *La Paz de Ayacucho. Relación histórica, descriptiva y comercial* (1890), *La Chavelita* (novela publicada por entregas, pero que quedó inconclusa en 1891) y *Picadillo* (1898).

“El amor en el siglo xx” pertenece a *Picadillo*, La Paz: s.e.

Cerró el libro con estrépito, suspiró, y a sus hermosos ojos, de un azul no me olvides, asomaron dos lágrimas que fueron a humedecer el finísimo pañuelo de encajes del enamorado doncel.

En eso apareció papá, adornado con su blanquísimo delantal y llevando en la mano una espumadera. Olía a ajos y cebollas.

—Gracias a Dios —dijo respirando con toda la fuerza de sus pulmones—, gracias a Dios que todo está listo en la cocina: la sopa que parece condimentada para la mesa de un rey; la corbina con salsa de tomates, que dice chúpate los dedos; el ají de guatilas, que es una delicia; la ensalada fresca; el postre... ¿a que no adivinas, chico?

Luisito meneó la cabeza, como diciendo no.

—Pues, de calabazas.

El joven se estremeció visiblemente y aumentó su palidez a tal punto que la advirtió don Amadeo.

—Jesús, niño, te has puesto como un muerto... Espera, voy volando por el éter... Así sois todos en este tiempo, masa de alfajor... los nervios, siempre los nervios...

—Pero, papá...

—Nada, nada, no estoy para tener disgustos por ti. Qué diría Dulcinea si te encuentra en este estado.

No tuvo otra cosa que hacer Luisito sino aspirar una gran cantidad de éter.

Lloraba.

—¿No lo dije? —siguió repitiendo don Amadeo—, los nervios siempre, los malditos nervios...

—Ya pasó —exclamó Luisito lanzando su último suspiro.

—Me alegro. Ahora me voy a mi cocina, ya es hora de que venga Dulcinea y todo debe estar listo... ya conoces el genio de tu madre.

Y salió.

Libre de las impertinencias pueriles de su padre, pudo Luisito volver a la ventana y entregarse a su amoroso entretenimiento.

Un latido de su corazón, un aldabonazo del alma, le anunció que el ser tan esperado se acercaba.

Sí, era ella.

Ella que jamás faltaba a la cita del amor, al apasionado cambio de miradas, al romántico pasacalle de cada día.

—¡Qué guapa! —exclamó Luisito enajenado de júbilo, y añadió con un transporte de pura pasión—: ¡o ella o el convento!

Ella, Margarita, estaba locamente enamorada de Luisito. Jamás había podido hablarle, pero sus miradas, mucho más elocuentes que las palabras,

ya se lo habían expresado todo. Luisito, por su parte, correspondía a ese amor noble y puro y pagaba a la constancia de Margarita con un cariño sin límites.

Todas las tardes, a sol o lluvia, sana o enferma, con esperanzas o sin ellas, hacía Margarita su amoroso pasacalle, después de salir del almacén donde la abrumaban los números y facturas.

Hermosa y joven, tipo inimitable del tenorio femenino, pasaba por la acera de enfrente, haciendo sonar sus delicados taconcitos, meciendo acompasadamente su cuerpecillo de picaflor, lanzando miradas incendiarias y sonriendo al balcón, no al balcón, a Luisito, de una manera tierna y amorosa. A veces llevaba en la mano un no me olvides, una violeta o un pensamiento, que estudiosamente dejaba caer, para que uno de los criados del señorito recogiera la flor abandonada y la colocara cuidadosamente en un vaso con agua sobre el velador.

Un día cayó una carta.

Luisito besó las menudas letras, temblorosas, escritas con emoción. Y leyó:

Mi adorado Luis.

No puedo contener por más tiempo esta llama que abrasa mi corazón. Lo amo a usted como nunca e amado en la vida. Compadéscase de una muger que muere de amor y contéstele con un dulcísimo sí de sus labios.

Su agradecida.

M...

—¡Oh, tiernas palabras de mi amada, tanto más queridas cuanto más mal escritas, volved al pensamiento suyo y decidle que aquel sí ya está mil veces expresado, decidle que yo también la amo, que mi corazón es suyo, suyo, suyo...!

¿Cuántas veces leyó Luis aquella carta?

Contad las estrellas del cielo y las arenas del mar y lo sabréis.

Y así pasaron algunas semanas más.

Luisito había adquirido la sana costumbre de leer la amorosa carta cada noche, antes de dormir su apacible sueño en el lecho de gasas y cintas.

Una noche...

¡Ah!, hay también un dios malo para el amor, que desbarata cruelmente los más bellos planes, que arranca las perfumadas flores del camino de la vida, que enturbia envidioso la fuente transparente de la felicidad, que corta las alas de la ilusión y aprisiona al ave de los amores purísimos en las rejas del dolor.

Una noche quedó Luisito dormido profundamente con el pliego en la mano y la bujía encendida sobre el velador. Las flores marchitas también dormían reclinadas sobre el borde del vaso, pero era el sueño de la muerte.

A la una de la noche se recogía doña Dulcinea de casa de una amiga, donde se reunían varias señoras para jugar algunas partidas de rocambo y departir sobre política y asuntos industriales.

Don Amadeo dormía el sueño de los justos, abandonado en la ancha cuja, por la esposa, y soñando con los buenos tiempos de la luna de miel, cuando doña Dulcinea no se separaba ni un solo minuto del tálamo nupcial.

Ahora... ¡Chiss...! Un estornudo interrumpía su dulce sueño y le obligaba a abrir los ojos y tantear cautamente el resto de la cama.

Decíamos que doña Dulcinea se recogió aquella noche a la una.

Antes de acostarse se puso a examinar, como de costumbre, todas las piezas de la casa para asegurarse si todo estaba en orden. Se sorprendió al notar luz tan tarde en el cuarto de Luisito y empujó con cautela la puerta. Entonces advirtió que el chico, vencido por el sueño, no había tenido la precaución de apagar la luz.

—¡Qué niño sin experiencia! —dijo muy despacito avanzando hacia la cama—, dejar la luz encendida...

—Pero ¿qué papel es ese? Y muy perfumadito, veamos.

Desprendió con suavidad la carta de las manos de Luisito, cabalgó a sus narices los lentes con montura de oro y leyó deteniéndose en cada sílaba todo el contenido.

—¡Hola! ¡De estas tenemos, señorito...! Una declaración de amor sin ortografía... M... María, Marta, Mercedes, Mónica, Matilde, Modesta... M... M... M...

Y repetía todos los nombres de mujer que principiaban por aquella fatídica letra.

Y al fin concluyó:

—Pues bien, señorita M..., la guerra está abierta, ¡ay de usted!, astuta seductora de mi hijo, si cae en mis manos.

Apagó la bujía, cerró la puerta y entró ebria de ira a su dormitorio. Se desnudó rompiendo sus vestidos y arrojando por toda la habitación enaguas, medias, zapatos, moños postizos, guantes y demonios. El nudo de los hilos del corsé se encaprichó un poco, y reventó los hilos lanzando a la vez un voto más grande que la torre Eiffel del pasado Centenario. Tan estrepitoso fue el voto que recordó al apacible don Amadeo.

—¡Jesús, hijita, tan tarde! No te acuerdas que uno está solo y lleno de mil cuidados...

—¡De mil cuidados...!, y ellos faltan en casa mientras el señor duerme como un lirón, olvidando que hay una inocencia que cuidar y velar a toda hora. Esto no ha de pasar así, ¡caracoles...!

—Pero, hijita, ¿qué hay? ¡Oh!, ese maldito whisky que te dan donde esa doña Tremejinda, te pone no sé cómo... ¡vieja impía y librepensadora...!

—¡Silencio...! Mañana veremos si tengo razón o no para entregarme a los mil diablos!

Se arrebujo en la cama y después de lanzar diez bufidos se entregó a Morfeo.

En vano esperó el pobre don Amadeo aquella noche el beso nupcial.

Al día siguiente fue informado de los grandes acontecimientos que pasaban en aquella deliciosa mansión. Entonces comenzaron las amarguras del atribulado marido; lloró, gritó, maldijo y juró perseguir sin descanso a la infame M... que le arrebatara el amor de su Luisito.

Pálido y ojeroso se presentó aquella histórica mañana a almorzar el señorito. La desaparición de la carta revelaba claramente que todo había sido descubierto. Pensaba prevenir a Margarita del peligro que les amenazaba, decirle en un papel de cigarro siquiera estas palabras telegráficas: “Nos descubrieron. No pase usted”. Pero ¿cómo hacerlo? —¡Ah! Qué felices son las mujeres que tienen libertad para todo. No poder salir de casa... ¡Dios mío, Dios mío!, ¿cómo salvarla...?

Luisito se encerró en su cuarto y lloró amargamente besando las flores secas, el único recuerdo que le quedaba de Margarita.

Entretanto don Amadeo se declaró en campaña y descuidó la cocina y el arreglo de la casa.

Llegó la tarde y pasó Margarita, radiante y hermosa, vestida de blanco y llevando en la mano una hermosa camelia. Miró algunos segundos a la ventana, hizo caer la flor y sonrió. Luisito la contemplaba casi con terror y quería gritar desde allí: “huye, amor mío, nos persiguen”.

—Ya caíste —repitió a su vez don Amadeo que espiaba detrás de la puerta de calle.

La camelia quedó aquel día abandonada en la acera.

Al día siguiente la misma escena.

—Esa es. ¡Ah, canalla...! —repitió don Amadeo y puso a su esposa al corriente de todo.

Y el tercer día fue Troya.

Doña Dulcinea se retiró aquella tarde muy temprano del almacén y se colocó de plantón en la puerta de la calle.

Pasó Margarita.

—¡Esa es! –gritó don Amadeo.

Doña Dulcinea se lanzó veloz como el relámpago y se puso delante de la hermosa joven.

—¡Canalla!, ¡azotacalles!, ¡seductora de jóvenes inocentes! –chilló desafortadamente la ofendida madre.

—Señora, no admito insultos de nadie –dijo con firmeza Margarita.

—¡Calle usted, insolente!

¡Paf!, ¡paf! Un sopapo con anverso y reverso siguió a ese rápido cambio de palabras.

Margarita, viéndose tan violentamente ultrajada, apeló al moquete limpio y muy pronto sus blanquísimas manos formaron más cardenales en el rostro de doña Dulcinea que León XIII en todo su pontificado.

Viendo arrollada a su esposa, acudió don Amadeo con la escoba y empezó a menudear los palos en las tentadoras espaldas de Margarita.

La gente se agolpó en la calle, acudieron los guardianes del orden y pusieron paz a sablazos.

Cuando subieron, jadeantes y sudorosos los esposos a sus habitaciones, encontraron al señorito Luis desmayado en brazos de los criados.



Dos meses después, Luisito cumplía su promesa; ocupaba una celda de novicio en el convento del seráfico padre San Francisco.

¿Y Margarita?

¡Ah!, Margarita hacía lo que hacen todas las mujeres, comenzaba su sexagésima segunda conquista.

Mosaicos bizantinos. Zoe

Ricardo Jaimes Freyre*

En aquel tiempo imperaba Nicéforo en Bizancio, y había en la ciudad una cortesana hermosísima, nacida a orillas del Cefiso. El amor la llevó a la corte de los pomposos Césares bizantinos. Desde su palacio, al pie del cual se extendían las aguas azuladas y tranquilas del mar de Mármara, veía relucir al sol las cúpulas cobrizas y blanquear las columnas de mármol de los templos. Cuando quería deleitar su espíritu en la meditación, subía la escalerilla esculpida, encerrada en el hueco de un pilar de jaspe y pórfido, y en la pequeña terraza, al pie de la estatua enorme de un gladiador, traída de Corinto, hundía su mirada en el horizonte, mientras una brisa suave acariciaba la cascada negra de sus cabellos. A sus pies pasaban las carrozas de los señores, las literas de las damas, los frailes murmurando oraciones o disputando por cuestiones teológicas, los soldados bárbaros de la guardia imperial, con sus largas cabelleras y sus hachas de dos filos, los elegantes, de aire indolente y perezoso, los cómicos, los luchadores, los bufones, los espías, con ojo vivo y paso rápido, los mercaderes judíos, de aspecto desconfiado y lastimero. La ateniense soñaba, y un velo de nostalgia obscurecía su frente, mientras los recuerdos danzaban en su espíritu una danza fantástica.

* Nació en Tacna (Perú) en 1866 y falleció en Buenos Aires en 1933. Fue poeta, narrador y político. Es autor de los poemarios *Castalia Bárbara* (1899) y *Los sueños son vida* (1917), además de los ensayos *Leyes de la versificación castellana* (1912), *El Tucumán del siglo XVI* (1914) y *El Tucumán colonial* (1915). Sus cuentos se publicaron en diferentes revistas de Argentina, Perú y Bolivia. En nuestro país aparecieron bajo el título *Cuentos* (1975).

“Mosaicos bizantinos. Zoe” fue tomado de *Obra poética y narrativa* (2005), La Paz: Plural editores.

Zoe era hija del placer. Cuando llegó a Bizancio trajo consigo un rayo de sol. A él venían para desentumecer sus mentes ateridas y sus corazones helados, los retóricos que buscaban el secreto de un giro de Esquines; los sofistas, parladores y vacíos; los soldados, que habían luchado contra Harum-al-Raschid y contra los feroces búlgaros, que cortan la nariz a sus prisioneros; y alguna vez (esto lo sabía toda la ciudad) recorrían sus jardines y sus pórticos, graves teólogos que acababan de debatir, en las plazas o en los templos, la doble naturaleza del Hijo.

En el palacio de Zoe, había un gabinete reservado a los íntimos. Cubría el piso finísima alfombra que representaba un gigantesco pavo real, abriendo la cola, multicolor, con aire reposado y digno. Tapices de lino vestían las paredes o servían de marco a preciosos mosaicos que dibujaban bailarinas, en licenciosas actitudes, juegos de circo y escenas de amor. Lechos lujosos rodeaban una mesa, sobre la cual caían del techo abovedado, pendientes de doradas cadenas, vaso artísticos, en los que ardían perfumes de Arabia. Un crucifijo de marfil abría en el muro sus brazos rígidos.

Decíase que por esta encantada estancia habían pasado generales gloriosos, que iban a dejar sus laureles a los pies de la ateniense, suave y blanca; prelados que discutían en los concilios, y preguntaban después a la cortesana su opinión sobre la última doctrina herética, mientras una blanda música ritmaba sus palabras una danza tenue seguía las inflexiones de su voz. Zoe había visto acaso a las Ninfas huir en los bosques helénicos, a las Oreadas escalar las colinas, a los Sátiros atravesar las florestas, y había escuchado la flauta de Pan que conmueve a la Naturaleza; pero la palabra de Jesús penetró en su espíritu, y en esa gran ciudad, donde la sutileza teológica llenaba todas las encrucijadas de la fe, arrojó de su ser la ola de la poesía mítica y la llevó a buscar la gota de sangre que le correspondía en la Redención.

—La griega es idólatra —decían los fanáticos, mirándola con sus hundidos ojos, perdidos en sus rostros macilentos y huesosos—. La griega es idólatra.

Pero los amigos de Zoe sabían que era cristiana.

El amor mezcló perlas y diamantes en sus oscuros rizos; diola vestidos de lama de oro para cubrir su hermoso cuerpo; calzó sus pies con borceguíes de púrpura y bordó su cinturón violáceo con rubíes y esmeraldas. Así, semitendida en el lecho, con su sonrisa triunfal y su mirada ardiente, olvidaba en las conversaciones galantes las nostalgias del cielo helénico.

¿Amaba Zoe? Ese río de oro, que corría delante de ella, con rumoroso y chispeante murmullo, la fascinaba. Hundíase en él con delicia y hacía

jugar entre sus dedos las cristalinas gotas de los diamantes y las gotas opacas de las perlas. Amaba en sus amantes, su palacio, sus jardines, sus estatuas, sus vasos de oro, sus adornos, su crucifijo de marfil, a cuyos pies rezaba y pedía al dulce Cristo que le revelara si la llama del Tabor era creada o increada.

—Zoe —le dijo una vez Romano, un joven oficial de la guardia de Nicéforo, en una fiesta en el gabinete de los mosaicos—. Zoe, yo no tengo oro; pero te amo.

Los convidados de la bella ateniense se incorporaron ligeramente en sus lechos y sonrieron con placidez. Al través de una tenue gasa, veíase en el fondo danzarinas que se movían con pausado y rítmico compás, agitando por encima de sus cabezas largos velos, blancos como sus rostros y como sus cuerpos. La música cantaba armonías aladas y un vago perfume impregnaba la atmósfera. El lejano sollozo de las olas unía a la orquesta un ritmo imperceptible.

La cortesana tenía los ojos chispeantes y la voz trémula. Encendido color teñía sus mejillas y reía al hablar.

Cuando terminó la fiesta salieron de palacio los convidados, entre una doble hilera de esclavos, inclinados con medrosa humildad. Discutían aún:

—Una sola voluntad en un ser a la vez divino y humano...

—El culto a las imágenes es una idolatría...

Callaban de pronto. Dos ojos encendidos los espiaban. Una lengua mercenaria no tardaría en delatarlos y habría para el suplicio nuevas víctimas; pero detrás de ellos, de los señores, levantaban sus frentes humilladas los eunucos y reanudaban en voz baja sus conversaciones interrumpidas:

—El Hijo difiere del Padre en esencia y voluntad.

En las calles de Bizancio hormigueaba el pueblo; en las tiendas, en los foros, en los templos, en los palacios, en las termas, en los pórticos de dos pisos que cruzaban la ciudad, en todas partes, veíase circular los ejemplares más abigarrados de todas las razas y de todos los pueblos de la tierra. Las provincias del Imperio enviaban a las riberas del Bósforo tracios y epirotas, sirios y dálmatas, servios [sic] y jonios, chipriotas, italianos y esclavones, y se escuchaban bajo la cúpula inmensa de Santa Sofía, como en góndola dorada que surcaba el canal y en la barca del pescador, que cruzaba como una flecha la bahía, oraciones, símbolos o explicaciones de un versículo de San Pablo. Entretanto, una áurea corrupción minaba a Bizancio, encerrada detrás de sus murallas almenadas y de sus torres. Los pájaros del árbol de oro de Teófilo cantarán más tarde una canción de tristeza, y sus leones amarillos rugirán de terror.

—Zoe, yo no tengo oro; pero te amo –decía Romano a la cortesana.

Estaban solos. Sobre el velo de gasa había caído un tapiz de Persia; los lechos que rodeaban la mesa tenían aún la ondulación que les imprimiera el cuerpo de los convidados.

—¿No sabes que yo no puedo amar?

—Puedes ser amada.

—Sí, con perlas y con diamantes.

El joven se acercó a la hermosa hetaira y se apoderó de su mano. Después le habló al oído; caían, caían sus palabras, suaves, blandas, acariciadoras; caían, caían sus palabras y entraban en el corazón de Zoe, porque ellas eran también perlas y diamantes, y ceñían como un collar de reina el corazón de Zoe; y había en esas palabras –Zoe lo sabía– murmullos de risas de Ninfas y rumores de voces de oréadas y ecos de la dulce flauta del dios Pan, y había brisas del Ática y mieles del Himeto, porque sobre ellas pasaba un soplo del Infinito Amor.

Cuando calló Romano, Zoe apoyó la cabeza en el hombro del joven y cerró los ojos.

Después dijo suavemente, muy suavemente:

—Sí... pero antes... responde: ¿crees que el Padre procede del Hijo?

Alsacia

Oswaldo Molina*

Después de la terrible capitulación de París, cuando se reunieron los dos Julios y M. Thiers en la casa del príncipe de los dos judíos con el judío de los príncipes y concluyeron el famoso tratado de cesión de Alsacia y Lorena; cuando Gambetta dijo:

—La Francia se rinde, pero Gambetta, ¡no!

Entonces, M. Lacroix, alsaciano empedernido, se dijo:

—Yo he nacido francés y no quiero morir alemán.



Y se embarcó en Marsella. Y, en busca de familia y de amores, llegó a Montevideo, el país donde nacen las mujeres más lindas del mundo, mujeres que tienen los ojos claros y las cabelleras negras.

Y encontró una bella compañera que supo hacerlo feliz.

Una mañana de primavera le hizo una confidencia a M. Lacroix...

Él dijo enternecido:

—Si es niña se llamará Alsacia.

Y fue niña, y se llamó Alsacia.



* Nació en Sucre en 1870 y falleció en 1944. Escritor y periodista. Es autor de *Notas de mi cartera* (s.f.) y *Crónicas de viaje* (s.f.).

“Alsacia” se publicó en *Escoge: la prosa novecentista en Bolivia* (1967), Carlos Medinaceli (comp.), La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

M. Lacroix olvidó la Alsacia francesa.

¡Es claro! Tenía ya una Alsacia encantadora en el hogar. Y esta valía para él más que la otra.

Los sentimientos son mayores cuanto de más cerca hieren.

La provincia francesa valía menos que su linda Alsacia que empezaba a hablar, que tenía el cielo en la mirada y un corazoncito angelical; todo él para su padre.



Alsacia, la deliciosa chiquilla, creció, y como todo lo que crece, fue más bella y más deliciosa.

Hoffman, distinguidísimo joven alemán, la pidió en matrimonio.

M. Lacroix consultó la voluntad de Alsacia y ella dijo que sí, irremediablemente que sí.



Lacroix ha muerto con el dolor de haber perdido dos Alsacias. Sin patria y sin lo único que le restaba en la vida.

Cuando el notario le dijo:

—¿Cuál es su última voluntad?

Lacroix respondió:

—Que pongan sobre mi tumba *Alsacia*. Quizás esta no me la quiten.

El diamante

Antonio José de Sainz*

Este era un hombre que tenía un diamante. El diamante encerraba la virtud milagrosa de producir el placer y la alegría en quienes lo miraban, pero no en quien lo poseía.

El hombre había heredado la piedra preciosa de sus antepasados más lejanos. Un día, sintiéndose oscuro y miserable, se fue por las calles y plazas de la ciudad a ofrecer a las gentes el único tesoro que tenía. Entró en la tienda de un comerciante judío, y este le dijo:

—La piedra me parece falsa; en todo caso, difícil de vender. Tráeme otra mercadería más común, más al gusto de las personas ricas, y haremos un buen negocio. Lo que más aprovecha en la vida es un buen negocio.

Al volver una esquina el hombre tropezó con un sabio. El dómine acomodó su paraguas bajo el brazo, se aseguró las gafas y dando vueltas entre sus largos dedos la joya que se le ofrecía habló de este modo:

—Tu diamante no es más que el efecto de una ley de la Naturaleza: es carbono puro cristalizado. No me sorprende, porque así debe ser. Este mineral es muy valioso, pero mucho más vale la Ciencia que lo descubre, lo analiza y lo clasifica. La Ciencia, solo la Ciencia vale sobre todas las cosas. Y le volvió la espalda.

Sin desanimarse por ello, el hombre siguió ofreciendo a las gentes el talismán que llevaba.

* Nació en Uyuni en 1893 y falleció en Lima en 1959. Poeta, narrador y periodista. Es autor de los poemarios *Cantos del sendero* (1912), *Ritmos de lucha* (1913), *Camino sin retorno* (1939) y *Poesías* (1939).

“El diamante” se publicó en *Escoge: la prosa novecentista en Bolivia* (1967), Carlos Medinaceli (comp.), La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

—Hijo mío —le dijo un sacerdote—, tu diamante es una tentación y es desagradable a los ojos del Eterno. El que es feliz en este mundo, no podrá serlo en el otro. Lo único agradable a la Providencia es el renunciamiento de los bienes terrenos y mortales. Los ídolos perecen; solo la gloria del Señor es infinita. Vete a una comunidad religiosa y entrega tu diamante a la Iglesia. Yo te aseguro, hijo mío, que en recompensa de tu piedad, verás a Dios un día.

Luego, un profesor de filosofía en la Universidad, un hombre gordo y miembro ilustre de varias academias, le dirigió este discurso:

—Yo soy optimista, amigo mío. La humanidad está en marcha, y día a día descubre nuevos horizontes. Mañana todos los hombres poseerán algo que ha de ser más valioso que tu diamante. Entretanto, te aconsejo que cedas este a un museo o, si lo prefieres, a una corporación científica, pues lo que no beneficia a la sociedad no sirve para nada. El hombre es bueno y cada vez se acerca más a la perfección. ¡Hay que esperar, esperamos todavía!

El hombre hizo un gesto de desaliento y se dirigió al puerto, creyendo encontrar allí comprador. Al caminar, iba pensando:

—¿Realmente no valdrá nada lo que llevo? ¿Será una leyenda el sortilegio de esta piedra?

Por la avenida, que se extiende en la rivera del mar, vio venir a una mujer y se acercó a ella. La mujer sonrió al ver la joya, y mirando con curiosidad al vendedor, le dijo:

—Yo tengo una esmeralda. Es más bella que tu diamante. Me la obsequió mi novio al irse. Todos los días vengo a esperar a mi amigo, que ha prometido volver para llevarme a su país. Ahora solo el recuerdo me proporciona goces y la ilusión me hace dichosa.

Cerca de los muelles encontró a un marino. Era alto, rubio, de hermoso porte. Retrataba en la mirada de sus pupilas grises las lejanías del océano y la nostalgia de las brumas. Y dijo al hombre:

—Prefiero una turquesa o un zafiro: me seducen por su color. Sin embargo, nada hay que refleje el maravilloso azul del cielo y el esplendor azul del mar. La ola que salta, ruge y se encrespa; la brisa que canta en las jarcias; las colas plateadas de los delfines que siguen el navío; la inmensidad, el viento, el vuelo: todo eso es mejor que tu diamante. Pero mi barco se dispone a zarpar; han levado el ancla y me esperan a bordo. Voy a la China, a la isla de Ceilán, al África tenebrosa... Navegar es necesario, vivir no es necesario. El placer más grande es navegar. ¡Adiós!

Más allá, sobre la playa, había un joven. Sentado sobre una roca, como escuchando el rumor eterno de las olas, apoyaba la frente en una

mano y miraba con fijeza caer y deshacerse la espuma sobre la arena. La palidez de su rostro impassible parecía revelar la tranquilidad de su alma indiferente. Vestía de negro, estaba en plena juventud, y era un escéptico. Habló en estos términos:

—¡Vanidad de vanidades, todo es negra vanidad! Tu fortuna ha de rodar contigo a la fosa. Nada vale en este mundo. Todo huye, todo muere, todo es pasajero. No obstante —añadió con una sonrisa de ironía— creo que lo único que ha de quedar en la memoria de los hombres es un pequeño ensayo titulado “El dolor de vivir”, que yo he escrito al observar la alegría de los ciegos, de los niños y de los idiotas.

El hombre, al verse rechazado por todos, sintió que su corazón se entristecía. Volvió a la ciudad y fue a llamar a la puerta de un palacio. Era la morada de un rico. Y el rico dijo al pobre:

—Me traes un objeto de lujo, una prenda magnífica, pero inútil. No creo en las virtudes que de ella me cuentas.

Y sacando del bolsillo una moneda de oro, prosiguió:

—No hay cristal pulido y transparente, a través del cual se pueda ver el mundo con mayor claridad, como este escudo. Tiene la virtud poderosa de seducir el alma de los hombres. El que es rico lleva una aureola en la frente. Procura reunir, como yo, muchos escudos, y habrás triunfado. Para tus amigos serás el hombre más amable, y para tus enemigos, el más temido. Cada palabra tuya será un dictamen. Las mujeres, rojas o pálidas de emoción, te enviarán una promesa en cada sonrisa, y leerás en su mirada ardiente el deseo de sentirse prisioneras entre tus brazos; te amarán como fieras, te arrullarán como palomas. Tendrás jardines suntuosos, espléndidos carruajes, tapices de Oriente; y en todas partes, fervientes admiradores, bufones, bailarinas y lacayos. ¡Seda, marfil y púrpura! ¡Nada iguala al poder del oro! Busca en el oro el placer de vivir.

El hombre se alejó desolado y pensativo. Resolvió abandonar la ciudad, marcharse a una tierra lejana; pero antes quiso regalar su diamante. Se acercó a una mujer y se lo ofreció. Ella le dijo:

—Sobre la vida pesa el Destino. Tu diamante me infunde miedo e inquietud. Temo una desgracia, pues todo lleva el sello de la fatalidad. Agradezco tu ofrenda, pero no la acepto porque sé que no puedo ser feliz. La felicidad es imposible.

Otra mujer respondió a su ofrecimiento:

—Me basta mi propia belleza. Al verme, todos los hombres enloquecen y se mueren por mí. Poseo algo mejor que tu diamante: es una perla roja. ¿De qué serviría tu regalo? Yo soy el placer y la ilusión del mundo, y siéndolo soy feliz.

Nadie quería el diamante, aunque todos lo codiciaban en secreto, porque al verlo sentían el placer y la alegría que juntos dan la dicha.

El hombre buscó en su memoria el nombre de algún ser odioso y aborrecido, el nombre de un rival o de un adversario. Inútilmente buscó en su memoria: su alma estaba libre de rencores y no tenía enemigos. ¡Ni siquiera el odio podría guardar un recuerdo suyo!

Entonces una profunda amargura se apoderó del corazón del hombre.

Después, se acordó de la mujer que más había amado en otro tiempo y pensó que ella no le rechazaría. Y ella, al ver al infeliz humildemente vestido que pretendía ofrecerle la felicidad, rió despectivamente y le dijo:

—Iluso, mira mi cabellera negra, mis ojos y mi boca. ¿No bastan para alcanzar la dicha? ¿Para qué necesito esa piedra brillante? Si es de tanto valor como dices, te aconsejo que la vendas a buen precio y tendrás entonces mi estimación. Mientras tanto, te ruego que no vuelvas a mi casa, pues solo me visitan personas distinguidas. No me recuerdes tu amor, porque a mí me gustan los hombres prácticos. Solo los soñadores viven del mañana, y yo prefiero vivir el instante que es. Si me amas aún, conquista para mí el poder y la riqueza, y te daré mi amor. Tú mismo me dijiste un día que el amor es más fuerte que la muerte.

Al salir de la ciudad encontró con un amigo y sintió alegría al verlo. Era el amigo más querido y más fiel que conocía, pues durante muchos años le había fingido un gran afecto; tan solo le había traicionado en dos ocasiones, y calumniado una vez.

—Amigo mío —dijo el hombre—, me voy para siempre de tu lado, pero quiero dejarte este recuerdo mío.

—Hermano —contestó el otro—, yo te agradezco regalo tan precioso, pero no lo quiero. ¿Cómo es que ese diamante no te hace feliz? Si tiene esa rara virtud que proclamas, ¿por qué quieres desprenderte de él?

El hombre respondió:

—Mi talismán proporciona alegría y placer solamente a quienes lo contemplan; pero a mí, que lo poseo, no me produce ni placer ni alegría. Esa es mi desgracia.

Y apretando su diamante contra el pecho, se alejó por la llanura.

A poco de caminar, fue asaltado por una banda numerosa. Reconoció en los asaltadores a todos aquellos que codiciaban su tesoro aparentando desdeñarlo. Hasta la única mujer que había amado en la vida se hallaba entre ellos, ávida y deseosa de que el diamante llegara a su poder.

Tras una corta lucha, los bandidos arrebataron al hombre su diamante. Y su mejor amigo le gritó:

—Era tu fuerza, tu gloria y tu orgullo; ¡ahora es nuestro! ¿Qué te queda?
Y el hombre, pálido, ensangrentado y triste hasta la muerte respondió:
—Me queda lo que siempre queda en el corazón de los hombres: ¡la
esperanza de ser feliz sobre la tierra!

Por la capa y no por la vaca

José Santos Machicado*

I

Se cuenta que á mediados del siglo XVIII había en el pueblo de Sicasica un corregidor que, en punto á justicia y en lo que atañe al cumplimiento del deber, no condescendía con nadie, dando así cumplida honra al nombre de Justo Severón que llevaba.

Don Justo frisaba en los 40 años de edad, era honrado sin ostentación, gobernaba suave y rectamente á su familia, y entre las virtudes cristianas que practicaba, solía poner especial esmero en la caridad.

No pocos chascos, y algunos bien desagradables y dañosos á su bolsillo, hubo de experimentar con tal motivo; porque, conocida su inclinación á favorecer á los pobres y desvalidos, el espíritu de embuste y de engaño llegó á explotar malamente su beneficencia.

Después de cada uno de estos percances de equivocación ó de error de su parte, hacía propósitos, no de negarse á la caridad, sino de ser más precavido en adelante; pero caía siempre en las trampas de los infelices fingidos y contrahechos.

Los corazones buenos son generalmente crédulos y fáciles de alucinar.

No faltó ocasión en que estuvo á riesgo de perder la paciencia, y entonces, pasado el primer momento de exaltación, se calmaba diciéndose filosóficamente: más vale ser engañado que negarse al socorro de quien lo necesita ó asegura que lo necesita.

* Nació en Sorata (La Paz) en 1844 y falleció en 1920, también en La Paz. Narrador y periodista. Es autor de *La hija del español y el patriota* (1872), *Paráfrasis de los salmos penitenciaros* (1886), *Pío IX. Apuntes biográficos* (1888), *Homenaje literario a la Virgen Santísima* (1904), *Cuentos bolivianos* (1908), *La instrucción católica* (1911) y *Nuevos cuentos bolivianos* (1920).

“Por la capa y no por la vaca” fue tomado de *Cuentos bolivianos*, Friburgo de Brisgovia: Herder.

Don Justo no pecaba de tonto; al contrario, la inteligencia y la perspicacia sobresalían en él, dominadas por la voluntad.

Estos tipos y caracteres que nunca ceden en la santa severidad del bien, aunque dulces y blandos en el fondo, francos y leales, aunque un tanto duros y ríspidos, que nos han dejado los españoles, disminuyen deplorablemente cada día, y por desgracia tienden á desaparecer por completo.

II

Un día se presentó en casa de don Justo un hombre de buen aspecto y mal vestido. Pertenece á la raza de los mestizos y no aparentaba más de treinta años.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó don Justo.

—Mateo Renca —contestó el extranjero.

—¿De dónde vienes?

—De Lima, señor.

—¿De Lima?

—Sí, señor. Me hallaba al servicio de un caballero que viajaba de Lima á La Paz. En Arica sufrió no sé qué contraste y resolvió regresar á Lima, negándose á llevarme por falta de fondos, según dijo. Viéndome abandonado, tomé el camino de la sierra con intención de pasar á Potosí, donde es fama que hay oficio lucrativo para todos.

—Oficio no falta en ninguna parte para el hombre honrado —replicó don Justo, fijando sus ojos investigadores en Mateo Renca.

Este le pareció de complexión delicada para el trabajo de minas, y, por otra parte, más inteligente y dispuesto que el común de los hombres de su clase.

—Supongo que tu profesión no es la de minero; has de tener alguna otra.

—Soy sastre, señor, aunque me hallo resuelto á trabajar en cualquier oficio.

—Bueno, hombre, te doy albergue en mi casa; permanece los días que quieras, y sigue tu camino cuando te acomode.

—Mil gracias, señor. Dios sabrá pagárselo á Vd.

Mateo Renca tuvo cuidado en mostrarse activo, comedido y complaciente; todo lo hacía de buena voluntad, pronto y bien.

Don Justo y los de su familia estaban encantados de las prendas de Mateo, y no tardaron en cobrarle afecto.

Don Justo le propuso que permaneciese con él, y aceptó sin muchos rodeos.

Se concertaron en seguida, y Mateo fué agregado á la casa en calidad de sirviente á sueldo.

En el transcurso de un mes no hubo en la familia del corregidor más que alabanzas para la conducta de Mateo Renca.

III

Un día se presentó á don Justo un antiguo criado llamado Marcelo, que hacía las veces de mayordomo á causa de su comprobada fidelidad, y le dijo:

—Señor, parece que Mateo intenta marcharse.

—¡Hola!, ¿y en qué te fundas para afirmarlo?

—Hace algún tiempo que no le pierdo de vista.

—He comprendido que tú y él no os estimáis.

—Confieso, señor, que desde el principio concebí sospechas de la verdad de la historia que refirió para explicar su venida á estos lugares.

—Y tus sospechas ¿resultan ciertas?

—No precisamente; pero poco menos, como lo verá Vd. Se empeñó en el aseo y arreglo del cuarto de aparejos y monturas, que los ejecutó en buena ley, y ayer por la tarde al salir de dicho cuarto, concluido ya su trabajo, noté que llevaba algo debajo de la ropa. Nada le pregunté, temiendo equivocarme. Sin embargo, la comezón de la curiosidad ó de la malicia no me dejaba reposo, hasta que, aprovechando su ausencia de hoy, he registrado sus cosas, encontrando este lío...

—¿Está ausente hoy?

—De orden de Vd. fué al campo en pos de los alcaldes indígenas.

—¿Y qué contiene ese lío?

—Véalo Vd.: dos cucharas, un plato y un par de estribos de plata, envueltos en dos camisas y una frazada.

—¡Habrás bribón más hipócrita y taimado! Me lo traes inmediatamente que vuelva.

Mateo Renca no volvió á la tarde, ni al otro día.

Con tal motivo decía don Justo á Marcelo:

—El pillastre se fugó indudablemente. Reparó que estaba descubierto, y no pudo llevarse el robo.

—Pero se llevó la capa de Vd.

—¿Mi capa?

—Sí, señor, su capa de paño de San Fernando. La he buscado en toda la casa sin encontrarla.

—¡Está visto! La gente se malea y se corrompe rápidamente —exclamó don Justo—, y es posible que llegue el día en que no haya en quién confiar.

IV

Transcurrieron ocho meses después de los sucesos que hemos narrado, acaecidos en los primeros del año.

Por noticias que le transmitieron los pasajeros, don Justo tuvo conocimiento de que Mateo Renca se hallaba en Potosí, que vivía con holgura sin trabajar, y que la autoridad no le perdía de vista por sospechársele de oficios é industrias castigados por la ley.

Un día recibió el parte de que una vaca de la hacienda C., robada en la semana anterior, había sido encontrada una mañana por los comisarios, juntamente con el ladrón que la ordeñaba en el camino.

Don Justo sentíase indispuerto y no salía de su casa. Mandó á venir á los comisarios y tomó informes de ellos, resultando de sus investigaciones: que el presunto ladrón era harapiento y transeúnte de á pie; que se negaba á decir su nombre; y que explicaba la circunstancia de habersele sorprendido con la vaca, asegurando que la halló al pasar el camino, proponiéndose sacar leche en un vaso que llevaba consigo, en vista de la mansedumbre del animal, y obligado por la necesidad del hambre.

Don Justo pensó que, habiéndose recobrado la vaca y estando el ladrón en la imposibilidad de pagar multa o indemnización de daños, lo más conveniente era imponerle un castigo temporal, por vía de corrección, y soltarlo.

En consecuencia ordenó que se administrasen á dicho ladrón, el cual indudablemente debería serlo no obstante sus excusas, 50 azotes, y que se le diese libertad.

A la media hora volvieron los comisarios y le dieron parte de que, acabado de efectuar el castigo, se presentaron los señores M. y P., propietarios de las fincas circunvecinas, declarando que la vaca en cuestión no parecía haber sido robada sino extraviada, porque fué vista andando de su cuenta varias veces y en diversos lugares.

Don Justo se inmutó visiblemente, y mandó á los comisarios repetir el parte.

—¡Un inocente castigado! —exclamó con amargura—. He aquí una falta imperdonable en la autoridad. Es necesario darle satisfacción; es necesario ofrecerle compensaciones... Traedlo aquí.

Marcelo, que estaba presente, dijo, viendo la exaltación de su amo:

—Quizá no tanto, señor; quizá no tanto.

—¿Por qué te permites esas palabras?

—Tengo mis razones. Que venga el ladrón.

Este no tardó en llegar con los comisarios.

Tenía la cara pálida y sucia y los cabellos caídos sobre la frente.

—Siento mucho el error que se ha cometido con Vd. —le dijo don Justo con voz melosa y casi compungida.

—Señor, nadie quiso escuchar mis descargos...

—¡La voz de Vd. no me es desconocida!

—Es la de Mateo Renca —intervino Marcelo.

—¡Cómo! ¿Mateo?

—Y si no, mírele Vd. la cara —añadió, acercándose á este y echándole atrás sus cabellos que le tapaban la frente.

—Sí, efectivamente, aunque un poco desfigurado, es él.

—¡Señor!, perdóneme Vd. —exclamó Mateo, cayendo de rodillas.

—Levanta, belitre; que no sé si voy á llorar o reír. Pero no, el caso es más de risa que de llanto.

Y don Justo soltó una carcajada.

—Ya sabes —continuó—, por la capa y no por la vaca tenías bien merecido cincuenta azotes y aún más. ¡Y ahora, largo!, antes que se me ocurra hacértelos repetir. Te notifico que salgas á la brevedad posible de los términos de Sicasica. De lo contrario te remito con buena custodia á la subdelegación, o te pongo en la cárcel hasta que de algún distrito judicial te reclame un exhorto o requisitoria, que no puede tardar, supuesto el interés que inspiras á la justicia.

Mateo Renca dióse prisa en marcharse, y los comisarios despejaron la habitación.

—¡Quién lo había de pensar! —se decía don Justo—. Es rara la forma en que ese vagabundo ha venido á pagar el robo de la capa.

El hecho fué comentado y no tardó en alcanzar verdadera celebridad.

El nombre de don Justo Severón, corregidor de Sicasica, se hizo popular, y la frase “por la capa y no por la vaca” pasó á la categoría de adagio ó refrán.

Desde entonces, cuando un inocente se ve castigado por un delito que se le atribuye en falso, si bien es culpable de otro ú otros, se dice: “por la capa y no por la vaca”.

Y si á la víctima inocente de una pena no se le conocen otra ú otras faltas, suele decirse entonces, recurriendo á una presunción de maledicencia: “ha de ser por la capa y no por la vaca”.

La maledicencia humana es sutil y lista para buscarse compañías honorables ó aun respetadas.

V

En el mes de octubre de 1867 se había perpetrado un asesinato con caracteres horribles de fiereza y crueldad, en el lugar llamado Thaqui-cala (camino de piedra).

Thaqui-cala es una vía que, saliendo de la quebrada de Sorata más ó menos por el oeste-noroeste, conduce á la notable estancia de San Pedro, y después á los pueblos de Chuchulaya, Timusi y otros.

Desciende de la villa de Sorata por el oeste, deriva un tanto á la derecha, atraviesa los torrentes de Challasuyo y Guajcha-hahuirá, y haciendo un ascenso fragoso y áspero, sigue faldeando el cerro Iminapi.

El punto de ascenso se llama Thaqui-cala y da nombre al camino.

Es un lugar poblado de monte bajo, donde los árboles alternan con enormes pedrejones, mal asentados al parecer y amenazando rodar.

El cerro, en esa parte, es de pendiente rápida y cubierta de césped rústico; el río San Cristóbal corre precipitado en un cauce estrecho y profundo.

El ascenso de Thaqui-cala es difícil y mortificante á causa del piso desigual, de las piedras atravesadas que forman gradas o saltos y de las vueltas irregulares y caprichosas; el descenso, sobre todo lo dicho, es literalmente pésimo y no exento de peligros.

El borde del camino presenta sitios sin ningún atajo: especie de balcones que dominan el río á una altura vertiginosa.

Thaqui-cala es un lugar que ofrece los atractivos de la soledad y las bellezas salvajes de la naturaleza, muy próximas á lo terrífico y espantable.

VI

El cadáver de Juana Murieno fue encontrado en la orilla del río y conducido á Sorata.

Los esfuerzos de averiguación descubrieron que Juana Murieno era una joven mestiza procedente de la provincia de Muñecas; que vivía en la estancia de San Pedro con su amante, Román Pinastro, vecino del lugar

y sombrerero de profesión; que la pareja armaba frecuentes peloterías, ocasionadas por los celos de Pinastro y que en la tarde anterior había dejado la estancia dirigiéndose a la villa.

Motivos existían para creer que Juana Murieno fué asesinada al llegar la noche.

Dos niños indígenas, que á esa hora recogían leña en las inmediaciones, habían visto caer una mujer desde una eminencia de Thaquicala; que á poco vino un hombre, el cual echó al río el cuerpo palpitante; que el río no se llevó el cuerpo y el hombre lo volvió á sacar, poniéndolo en la orilla; que allí cubrió el cuerpo con ramas secas y trató de hacer fuego sin lograr que este ardiera; que, por último, quitó la faja de la cintura de la mujer, y la ahorcó, amarrando uno de los extremos al tronco de un árbol; entonces ellos emprendieron aterrados la fuga.

Preguntados los muchachos sobre el aspecto y figura del matador, dieron las señas de la talla y del vestido del sombrerero Pinastro, á quien todos conocían en Sorata.

El cadáver, lastimosamente maltratado, confirmaba la declaración de los muchachos; presentaba equimosis y heridas por el choque contra las aristas de roca y las piedras; el cabello y el vestido estaban chamuscados por el fuego; profundamente amoratado el cuello y la lengua suelta.

El cadáver se hallaba expuesto en el atrio de la iglesia.

Rugió de indignación el pueblo, y las mujeres comenzaron á llorar, dando alaridos de compasión y de coraje.

—Es necesario capturar al asesino —se dijo, y se despacharon comisiones á San Pedro y á otros lugares, dándose la consigna de inmediata denuncia, si fuese visto en la población.

VII

Al otro día, á eso de las dos de la tarde, corrió la voz de que Román Pinastro se hallaba en una casa del barrio de San Sebastián.

La noticia circuló con rapidez y el pueblo se congregó, en pocos momentos, con objeto de capturar al asesino.

Este, apoyado en una pared baja que daba á la calle, miraba plácido y curioso á los primeros grupos que llegaron.

Mas, cuando oyó que gritaban, señalándole con las manos: “¡él es!, ¡no se nos escape!, ¡hay que amarrarlo!”, no faltando quien añadía: “¡hay que matarlo!”, el hombre se asustó, como que no tenía la conciencia tranquila, refugiándose en el interior de la casa.

Perseguido allí por la muchedumbre que aumentaba por instantes, hizo prodigios de fuerza y de gimnasia, escurriéndose de entre los que ya le rodeaban y asían, y saltando la tapia posterior de la casa, huyó por el campo libre.

Burlado el pueblo, se precipitó en pos de él, dando grandes voces: “¡al bandido!, ¡al asesino de Juana Murieno!”.

El hombre corría con toda la ligereza que le era posible, y la masa del pueblo, compuesta de hombres, mujeres y niños de la plebe, y aún de algunos jóvenes de clase superior, le seguía sin perderle de vista.

Ese conjunto de gente, moviéndose siempre y de prisa, afecta á las formas aterradoras, ya de las hinchadas aguas de la inundación, ya las de una larga y gruesa serpiente, ya las de un pulpo enorme que juega á la vez sus muchos brazos.

El perseguido pasó por el costado derecho de la capilla de San Sebastián y, descendiendo la cuesta, trató de alcanzar el camino de la quebrada de Challapampa.

Grupos de gente que ocupaban diversos puntos de ese lado le obligaron á torcer hacia la derecha.

Corrió en dirección del molino de Yaurini, atravesó este á cierta altura y continuó por la falda del cerro.

Vióse detenido por una pendiente inaccesible, y á punto de caer en manos del furioso tumulto, se tendió de espaldas dejándose rodar hasta la playa del río Challasuyo, por el sitio que le pareció menos peligroso.

Allí también encontró gente enemiga, y al instante estuvo rodeado.

No tardó en llegar el grueso del pueblo, que le acometió sañudamente.

Al son de los apóstrofes de: “¡verdugo!”, “¡asesino!”, “¡bandido!”, “¡cobarde!” y otros, fue aporreado y arrastrado por los cabellos sobre la arena y las piedras.

El ataque se encarnizaba. El hombre había sufrido ya algunos pinchazos en la cara, y las demás mujeres disponían sus grandes agujas de prender los rebozos y mantillas.

Intervinieron los jóvenes, entonces, á fin de evitar un asesinato.

Se esforzaron por recordar al pueblo que el delincuente pertenecía á los jueces, quienes les juzgarían según las leyes.

Lograron arrancarle de en medio de la multitud, y le escoltaron hasta la población.

El hombre no dijo nada; el terror le embargaba la lengua.

VIII

El juzgado de instrucción se hallaba situado en la plaza, donde ahora se veía reunido casi todo el vecindario de Sorata.

El juez y el fiscal se encontraban juntos, y salieron á la puerta, atraídos por la novedad de la presencia del presunto reo.

Este ofrecía un aspecto deplorable: la cara pálida y ensangrentada, los pelos desgreñados, el vestido rasgado en varias partes, daban testimonio de los riesgos que había corrido.

—¡Hola!, famoso Román Pinastro —le dijo el instructor—, debe Vd. pasar á la cárcel. Mañana se le tomará la indagatoria.

—Señor, no soy Román Pinastro; me llamo Agustín Quinto.

—¡Cómo que no es Vd. Pinastro! ¿No es Vd. vecino de San Pedro?

—No, señor. Soy vecino del cantón Quiabaya.

—¿Qué embrollo hay aquí? —exclamó el juez instructor.

Varios de los circunstantes se acercaron, contemplando fijamente al preso.

Después de algún rato y de comunicarse en voz baja sus impresiones, dijeron al fin:

—Efectivamente no es Pinastro, pero se le parece mucho.

—¡Raro, y más que raro, terrible! —repuso el juez—. Sería el caso de que una equivocación casi acaba con un inocente.

Se llegó una anciana al juez y le alcanzó un pliego, diciéndole:

—Señor, este recurso.

—Déselo, señora, al actuario.

—Señor, dígnese leerlo, se trata de este hombre.

Él leyó el escrito con manifiestas señales de sorpresa, y lo pasó al fiscal. Cuando este hubo terminado la lectura, le dijo á aquel:

—Esta no es equivocación ordinaria; es la de don Justo Severón, corregidor de Sicasica.

—Exacto —respondió el fiscal, sonriendo.

—Señor —insistió la anciana—, hace cuatro días que Agustín Quinto robó á mi nieta, menor de 18 años. He venido en seguimiento suyo, y apenas he podido llegar esta mañana. Tenga Vd. piedad de una pobre huérfana.

El juez, conteniendo la risa que le retozaba en los labios, dirigió á Quinto estas palabras:

—Amigo, tenga Vd. paciencia. Es por la capa y no por la vaca.

—Pase Vd. á la cárcel —añadió el fiscal—, y enseguida se procederá según ley.

La novedad del suceso se pintaba en todos los semblantes.

Los avisados y maliciosos reían francamente.

IX

En un grupo de señores, en que se encontraba el cura, se produjo el siguiente diálogo:

—Es de admirarse que un hombre se parezca tanto á otro.

—Y también que se parezca en el delito.

—¿Que se parezca en el delito?

—Pues, claro, mató el uno y el otro robó á una mujer: delitos de faldas ambos.

—Lo cierto es que el que la hace la paga.

—Bien dicho —agregó el señor cura.

—En eso no estoy muy conforme. Yo sé que algunos las han hecho bien gordas, y no las pagan. Al contrario...

—Gozan de buena fama y de consideraciones. Pero hay otra vida —añadió el señor cura.

—¡Ah!, si para entonces me la dejas...

—No puede ser de otra manera —continuó el cura—, si tenemos fe en la inmortalidad del alma y en la justicia suprema de Dios.

—Así es, así es —dijeron respetuosamente los demás.

Cómo se vive en mi pueblo

(cuadros de costumbres)

Lindauro Anzoátegui de Campero*

Relación tan sencilla como cierta, que, probablemente, no llegará nunca á conocimiento de la Autoridad Eclesiástica, ni del Gobierno, ni de la Representación Nacional; pero á cuyos altos respetos la dedica humildemente, su modesto autor

El Novel

I

UNA DIVERSIÓN COTIDIANA

—¡Ea, muchachas!: ya tenemos aquí á D. Pacomio. Trabajillo me ha costado sacarlo de casa de la Pepa: están allí en una quema¹ que no se entienden.

—Oiga, D. Pacomio, ¿se creyó U. que la chicha de esta casa no era tan buena?

—¡Viva!, ¡viva don Pacomio!

—¡Como que se pinta él solo para hacer hablar á la guitarra!

—Déle U. D^a. Pancha una tacita de caliente para que remoje la garganta; y después, á cantar.

—Que se empiece por un bailecito para alegrar á las mozas... Pero, ¿dónde demonios anda la guitarra?

—Aquí está.

* Nació en Tarija en 1846 y falleció en Sucre en 1898. Poeta y novelista. Bajo el seudónimo El Novel publicó los siguientes libros: *Una mujer nerviosa. Leyenda* (1891), *La Madre, Luis. Episodio* (1892), *Cómo se vive en mi pueblo (cuadros de costumbres)* (1892), *¡Cuidado con los celos!* (1893), *Huallparrimachi* (1894), *En el año 1815. Episodio histórico de la Guerra de la Independencia* (1895), *Don Manuel Ascencio Padilla. Episodio histórico* (1896).

“Una diversión cotidiana”, “El picadillo de cada día” y “Una de tantas” forman parte de *Cómo se vive en mi pueblo (cuadros de costumbres)*, Potosí: Imprenta de “El Tiempo”.

1 Nota de la autora (NA): borrachera.

—Vaya, D. Pacomio; no hay que andarse con melindres, que aquí está U. entre tan buena compañía como en la otra casa.

—Empiece U., que yo le llevaré el falsete.

—Un momento, señores. Tomo este vaso de chicha á la salud de la concurrencia.

—¡Bravo!, ¡bravo!

—¡Ea!: adelante las parejas y ponerse bien en facha.

Este mozo que baila

Está en ayunas;

Maten una gallina,

Dénle las plumas.

—¡Bien!, ¡bien!

—Otro, otro.

—Pido barato.²

Arbolito pocas hojas,

¿Qué sombra puedes hacer?

Un mocito novelero

¿Qué amor me puede tener?

—¡Hola!, guitarrero de los mil diablos, yo no aguanto dos endiretas al hilo: ¿está U.?, ¿ó tiene ganas de buscarme camorra?

—Como U. guste, mocito.

—Voy á enseñarle el modo y la manera de tratar al hijo del Corregidor.

—Y yo le enseñaré el modo y la manera de tener crianza, so mocososo.

—¡Jesús! ¡Jesús!, ¡que se matan!

—Dejarlos que desfoguen: no ha de llegar la sangre al río.

—¡Atrás!, ¡atrás, las mujeres!

—¡Pues!, ¡si han insultado á D. Pacomio!

—Quien dice eso miente.

—Pues soy yo quien lo digo.

—U. es un animal y no otra cosa.

—Lo probaré si U. se me acerca recibíendome á patadas.

—Se fueron á los puños.

—¡Misericordia!

—¡Callen las mujeres!

—Basta, basta: no echemos á perder la fiesta. ¡Ea!, D. Pacomio: U. que es tan racional, dé el ejemplo de la concordia.

—¡Vea U. para lo que me hicieron dejar la casa de la Pepa!

2 NA: repetición del baile con otra pareja.

—¡Calle, hombre!, que si yo no llego á tiempo, el sacristán le bailaba un zapateado sobre las costillas.

—Miente U., que era yo quien se las hubiese roto.

—¡Ja, ja, ja! ¡Miren quién es él para hacer eso!

—Venga y verá quién soy yo para cumplir lo que digo, so lameplatos del Corregidor.

—¡Charanguero de porras! Tome este soplamocos, y aprenda á respetar á la gente.

—¡Adiós la guitarra!

—U. va á pagármelo; ¿quién lo mete á reñir con D. Pacomio?

—¡Si él fue el que lo emprendió conmigo!

—Paz, señores, haiga paz. Y U., D^a. Pancha, muéstrese rumbosa, que yo soy el que pago el gasto.

—¡Alabancioso! ¡Y no tiene sobre qué caerse muerto!

—¡Atrévase á repetirlo!

—Mil y ciento de veces.

—¡Bellaco! Ahora vas á pagármelos todos juntos.

—¡Ave María! ¿Volvemos otra vez á las andanzas?

—Hay que acabar estas pendencies que quitan el buen humor á la gente. Vamos á ver si se toca un bailecito, D. Pacomio.

—Luego dirán que estoy indireteando.

—Eso se acabó, se lo prometo á U.

—Tampoco vale ya la guitarra.

—¡Eh!, aunque rajada, lo que importa es que suene.

—Atención, señores, que empieza el fandango.

Ya salieron á bailar

Una rosa y un clavel;

Y la rosa á deshojarse

Y el clavel á recoger.

—Advierta, U., musicante de los infiernos, que es mi mujer la que baila.

—¡Vaya! Y aunque fuese la misma reina de Inglaterra...

—Séparse que ni ella se deshoja ni necesita de que naides la recoja, ¿está U.?

—Yo no me meto á averiguar las vidas ajenas.

—Cuesta³ á todos que mi mujer es una mujer honrada, ¿está U.?

—Eso... U. lo sabrá... si lo sabe.

—Ja, ja, ja... ¡Bien dicho!

- Yo le quitaré las ganas á ese malcriado.
—Quítemelas, tío Juan-lanas; que aquí estoy para servirlo.
—¿Así riñen UU., que son compadres?
—Soy de pocas pulgas, ¿está U.? y no aguanto insultos.
—U. fue el primero...
—¡Ea!, ¡ea!; dense un abrazo y se acabó.
—Que venga un vaso de chicha; tenemos la garganta como una yesca.
—Sí, sí; y después de remojarla, siga el baile, para que se luzca la mejor moza de la concurrencia.
—¿A quién llama U. la mejor moza, don Rudecindo? Será, para su gusto, á la que se chanta tres polleras de portuguesa para darse caderas, ¿no?
—Y U. ¿se las pondrá de barracán para parecer un palo vestido, eh?
—¡Hola!, ¿con que U. era la buena moza y yo no me lo sabía?
—¡Pues...! sépaselo para en otra, infame descasadora.
—¡Aí!, ¡aí!, que esta ladrona me ha reventado un ojo.
—La ladrona es U., y una tal por cual.
—Callen esas mujeres.
—No me da la gana. ¡Ladrona, ladrona y más ladrona!
—¡Oiga! ¿Y no la vemos llegar al pueblo más rotosa que un perezil?, y ahora, ¿quiénes la visten, quiénes la mantienen, quiénes...?
—Te voy á arrancar esa mala lengua, serpiente venenosa.
—¡Ya se fueron á las uñas!
—¡Descomulgada!
—¡Bribona!
—Vas á morir alma y todo.
—¿No hay quién separe á esas mujeres?
—No les hagan caso, ¡si es tan divertido ver cómo se arañan!
—¡Adiós!, se nos escabulló el guitarrero.
—Dejarlo: no lo hagamos valer.
—Sí; pero ¿quién toca ahora?
—¡Presente! Venga esa guitarra y adelanten las parejas.
—¡Viva el buen humor!
—Que viva, y haiga un abrazo general para hacer las paces.
—Yo no puedo cantar sin un trago de lo bueno.
—Aquí lo tiene U.
—¡Ea!, que empiece el bailecito, que á mí me escuecen ya los pies.
—No, no: que sea un zapateado.
—Bailecito ha de ser, si no *necuacuam*.
—¡Zapateado...!
—¡Atención y silencio!

- Patito quisiera ser...
- Chiquitito y nadador.
- Para...
- ¿Para qué, comadre?
- Vaya U. á preguntárselo á su abuela.
- ¡Vea con lo que sale la bruja, hija de...!
- ¡Calle, hombre!
- ¡Si está más achispao que una uva!
- ¡Ya se desplomó sobre el banco!
- ¡Lucidos quedamos sin tocador!
- Yo tocaré... ¡Ea!
- Bolivianos helados propicios.
- ¿Qué nos está U. ensartando ahí? ¡Si eso no es baile!
- Pues será baile... Je, je, je.
- ¡Borracho incapaz! Se fue al suelo.
- Dejarlo que ronque.
- ¿Dónde está D. Pastor? Ese rasguela su poquito.
- ¡Si hace una hora que está bajo la mesa!
- ¿Y D. Jacobo, pues?
- En aquel rincón, echando las tripas por la boca.
- Entonces, se acabó la música.
- A mal que no tiene remedio...
- ¡Qué lástima!
- Mejor que mejor: nos aplicaremos en alma y cuerpo á la chicha para estar todos iguales; y así, no habrá celosos.

II

EL PICADILLO DE CADA DÍA

- Parece que sigue la jarana en casa de la Pancha.
- También en la de la Pepa. ¡Si hay bebida por mayor!
- Y ¿qué milagro que está U. tan fresco?
- Le diré, U.; se me acabaron los reales y tuve que zafar.
- ¡Qué penoso debe estar U., D. Pacomio!
- ¿Penoso yo, cuando gozo de su compañía?
- No me venga á mí con esas; ¡si sé que á todos dice U. lo mismo...!
- Y si dejó U. la jarana, no fue por falta de reales, como dice; la causa fue que armó camorra en casa de la Pepa y después en la de la Pancha.
- ¿Le han dicho que yo tuve miedo?

—No; pero me alegro que sus riñas no hubiesen ido á más. U. es forastero, D. Pacomio, y los del pueblo han de tener siempre la razón contra U.

—¡Ya lo veremos!

—Mire; no dé el cántaro contra la piedra. El Corregidor es malazo y U. riñó con su hijo; el Cura es otro que tal, y tuvo U. sus dimes y diretes con su sacristán.

—¡Me río del cura y del Corregidor! ¡Buenas piezas son ellos para meterme miedo! Les sé de memoria sus pillerías y, por fuerza, tienen que considerarme.

—No se fíe de eso, D. Pacomio.

—¡Bah! Querría ver que se metan conmigo, no me mordería la lengua para cantar de plano sus milagros. Sabrían hasta los sordos lo que el redomado cura esquilma y ultraja á sus feligreses, las fiestas que les obliga á dar, dejándolos en la miseria, los derechos que pide por entierros y casamientos, los abusos que comete con las infelices familias que no pueden pagárselos, la vaquita, el burrito, la miserable cama ó el hijo ó la hija que envía en calidad de esclavo á alguna amiga suya de la ciudad. Diría la vida escandalosa...

—Diría U. eso y mucho más, que es la pura verdad, porque esa es la historia de todos los curas.

—En cuanto al Corregidor, ¡vaya si hay paño con qué cortar! Es el primer ladrón que existe, yendo á medias en las ganancias de sus cómplices, y ¡así anda la justicia!; es el tirano más cruel de los huérfanos y desvalidos, que solo tienen en su favor el buen derecho que los acompaña; comercia con los infelices postillones que deben servir al Estado, como con una recua de burros. Hombre depravado, soez, chismoso, borracho...

—Pero, D. Pacomio, ¿qué me dirá U. de nuevo?, ¡si esa es la historia de todos los corregidores!; y ¡métase U. á enderezar lo que ni el Obispo ni el Arzobispo, ni el Presidente quieren hacerlo! Ellos oyen las quejas como si oyesen llover, y si van expedientes, se les hace dormir el sueño eterno, de modo que los corregidores y los curas se quedan tan orondos y se les abre mayor gana de seguir impunes en sus fechorías. Y mire U.: en vista de eso; ¡chitón!, que la soga se rompe por lo más delgado...

—¡Sí me entra un coraje...!

—Tragárselo, D. Pacomio, y ¡santas pascuas! Y, dígame ahora; ¿estuvieron bien puestas las de la concurrencia? Me han asegurado que la Eduvijes y la Concha tenían aros de perlas y polleras de gro, que no las lucían en sus cuerpos, porque parecían unos palos vestidos.

—Es que, nadie como U. para garbosa...

—¡Adulón!, ¡Vaya...! ¿Y es cierto que la armó la Luceana con la Melchora?

—¡Yo no sé cómo me escabullí tan al comienzo!

—Se habían llamado ladronas, descasadoras y cien cosas más.

—¡Habrás visto falsedades como esas!

—¿Las cree U. así?... ¡Cosas más ciertas!

—¿Será posible?

—¡Vaya! ¿Si sabré yo lo que son ellas?

—¡Ya se ve!, ¡como que son muy sus amigas de U.!

—No hace mucho que llegó U. al pueblo, y no conoce de la misa la media. Si yo le contase la vida y milagros de todas, sería el cuento de nunca acabar.

—¡Vea U.!... Conozco, sin embargo, algo de eso en cuanto á los hombres. Pongo por ejemplo... ese D. Pastor, ladrón convicto y confeso, y tan fachendoso... ¡si da vergüenza alargarle la mano!

—Gracias á su compadrazgo con el Corregidor, que salió de la cárcel más blanco que la nieve.

—Y ese tal D. Rudecindo, ¿no fue asesino del pobre mañazo⁴ á quien lo desvalijó de cuanto tenía?

—Pues, eso le sirvió para untar la mano al Corregidor y quedar libre.

—Eche U. ahora la vista sobre D. Sinforoso...

—Pendenciero como pocos, y acusado criminalmente ciento y más veces.

—D. Aquilino, D. Sebastián...

—Dados al juego y á las mujeres, que es un escándalo.

—D. Justo, D. Robustiano, D. Pastor...

—Todos, todos, ¡si son unos tramposos, ociosos y borrachos!

—Pues esos y otros que son tales, son los que se dan ínfulas en el pueblo; ¡y hay que guardarles consideraciones y rozarse con tales hombres!

—¡Bah! He oído que así se vive en todos nuestros pueblos; y ¿quién deja de tener su más y su menos, D. Pacomio?

—Ola, ola; aquí se endereza D. Mateo, el famoso D. Mateo... Me retiro: no quiero incomodar á UU.

—¡Hipocritón! ¡Miren el pretexto que toma!, ¡como si yo no hubiese visto la seña que acaba de hacerle al paso la Lucía!... ¡Ea!, vaya U. hombre de Dios á pasar un buen rato con su buena pieza... Ja, ja, ja.

4 NA: carnicero.

III

UNA DE TANTAS

—¡Qué alegre está U., D^a. Emeteria!; como que la acompañaba el famoso charanguero.

—¡Quite de ahí con sus tonterías, D. Mateo!, ¡si me estaba riendo de la inocencia de ese infeliz! ¿Ignoramos acaso que por dar lujo á su Lucía, se metió en un mal negocio que lo llevó á la cárcel? ¡Y tiene la sandez de hablar contra los del pueblo!

—Si sigue con esa manía, ya le quitaremos las ganas.

—¡Bien hecho!: lo merece por presumido y por tonto. Su buena moza se la pega con el forastero que llegó hace poco, y él, ciego y sordo, dale que dale con ella.

—Así somos de creídos los hombres, y UU. son unas ingratas, D^a. Emeteria.

—Vaya, que al oírlo, se creería que yo soy otra que tal. ¿Qué motivo de queja tiene U. contra mí?

—¡Si fuese á decir mis motivos!...

—¡Ea!, desembuche, pues, y no sea pesado.

—Niegue U., si se atreve, las charlas frecuentes con ese charanguero, que Dios confunda.

—¿Por qué había de negarlo?

—¡Desleal!... ¡Sinvergüenza!

—¡Jesús! ¡Calle U.!... Si mi marido regresara...

—¿Y es eso todo lo que tiene U. que decirme para defenderse?

—¡Pero si la cosa no merece la pena!... D. Pacomio viene á la tienda como viene todo el mundo.

—No puede U. ocultar que le da gusto con sus visitas.

—¿Puedo darle con la puerta en los hocicos?

—Siempre está U. en lisura con él.

—Porque dice cosas más graciosas que UU.

—¡Ingrata! ¡Esa es la correspondencia al amor que le tengo!

—¡Calle U., hombre, y no me ponga esa cara de cuaresma. Sabe no más cuánto lo quiero y el tiempo que hace de esto. Si me diera la gana de pegársela con alguno, no me faltarían ciento mejores que el tal D. Pacomio. ¿Está U.?

—¡Vaya!, no se me enoje... la fuerza del querer es la causa... ¿Estoy perdonado?

—Sus celos empiezan á reventarme.

—¡Luz de mis ojos!

—¡Ea!, quieto, quieto.

—No te ofenderé más.

—Sí: hasta la primera ocasión.

—Palabra de honor. ¿Estás contenta?

—Y aunque no lo estuviese... viene á ser lo mismo.

—¿Me perdonas?

—¡Qué machaca! Sí, hombre, sí.

—¿Te dignarías darme una prueba?...

—¡Chit! Puede regresar mi marido... Pero se me ocurre una cosa...

Aquí tengo estos reales de la venta de la tienda, con ellos haz preparar algo para mañana en casa de la Simona, que es mujer de secreto, y la pasaremos buena, porque mi marido se va al estreno de los molinos de D. Sebastián y no volverá hasta el día siguiente... Y, en marcha, hombre, en marcha, que urge el tiempo... ¡Jesús!, ¡qué pelmaza!... La verdad es que ya me empalaga... ¡Qué diferencia entre él y D. Pacomio, que toca y canta que es de oírse, y tan buen mozo y tan vivaracho!

El velo de la Purísima

Adela Zamudio*

Un jueves a principios de noviembre, la señora doña María de la Concepción, instalada en su blando reclinatorio, con su montón de libros piadosos por delante, rezaba deliciosamente sus devociones, como solía siempre hacerlo después de la misa mayor, cuando notando que una de las velas del altar ladeaba, y con el pabilo doblado hacia abajo ardía chorreando de un modo lastimoso y amenazaba incendiar un ramo de flores de trapo próximo, hizo seña a un sacristán que pasaba a la sazón por ahí y dejando a doña María con la palabra en la boca, se fue muy solícito a atender primero a la X que lo envió a no sé a qué a la sacristía.

Es un hecho que los más pequeños incidentes son a veces causa de nuestras resoluciones más serias. La señora doña María, bastante picada, se puso involuntariamente a reflexionar:

—¡Los humos que se dan aquí las X! ¡Y qué poco les cuesta: una araña que obsequiaron hace años que no valdría veinte pesos! Es que ellas saben hacer bombo y darse importancia. Si yo obsequiara a la Purísima el velo y manto que tengo pensados, veríamos si los sacristanes me trataban así. Un manto como el que la señora N. regaló a la Virgen del Carmen, que tanta bulla metió, pero mucho más costoso. ¡Y la cara que pondrían las X ante

* Nació en Cochabamba en 1854 y falleció en la misma ciudad en 1928. Poeta, narradora, profesora y pintora. En sus primeros años empleó el seudónimo Soledad. Causó controversia con el poema “Nacer hombre”. Es autora, entre otros, de los poemarios *Ensayos poéticos* (1887), *Ráfagas* (1914) y *Peregrinando* (1943). Escribió *Íntimas* (1913, elegida entre las 15 novelas fundacionales de Bolivia en 2009), además de *Novelas cortas* (1942) y *Cuentos breves* (1943; 1971). Su *Obra reunida* es el libro 125 de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB).

“El velo de la Purísima” fue extraído de *El cuento boliviano. 1900-1937* (1964), de Armando Soriano Badani (compilador), Buenos Aires: EUDEBA.

semejante obsequio! ¡Qué alegría la de los canónigos y qué expresiones de profundo agradecimiento las que me dirigirían! Acaso la escena tendría lugar en presencia de las X o de alguna otra de las compañeras de la Santa Asociación que contaría el caso y los elogios de que habría sido yo objeto. No se hablaría de otra cosa entre las gentes de piedad.

—¡Un hermoso manto y velo a la Purísima, a la virgen de su nombre! ¡Madre mía y señora y cómo no había de cumplirse una promesa hecha hacía tiempo!

Porque, en efecto, hacía cerca de un año que este proyecto le servía para conciliar agradablemente el sueño, recreándose en él.

Se acordó que tenía en su casa las medidas del manto y velo y un ahorro destinado a los primeros gastos, guardadito en un cajón de su cómoda. Luego pensó en que no faltaba más que un mes escaso para el día de la fiesta, tiempo apenas suficiente para llevar a cabo un bordado tan fino y tan hermoso como ella se lo había imaginado, y se alarmó de haber dejado transcurrir el tiempo sin poner manos a la obra. Pensar en estas cosas, rezar el bendito, alzar sus libros y su pañuelo, doblar su alfombra y salir del templo, todo fue uno.

¡Mi señora doña María de la Concepción! Todo el mundo la conoce, no hay para qué descubrirla. Es una de esas señoras profundamente convencidas y seguras de su propia salvación, al paso que no dan un comino por las demás.

Cuando yo me encuentro con una de ellas, me confundo, me anonado, quisiera que la tierra se abriese a mis pies y me tragase.

Yo creo que cuando ella llegue a las puertas del cielo, ha de haber allí gran conmoción, y si San Pedro, por algún accidente involuntario, tarda cinco minutos en abríselas, tendrá que pedirle mil perdones con el sombrero en la mano.

¡Dónde han de ir tantas novenas, escapularios y jubileos!

Nunca descuida la ocasión de hablar al prójimo de las dificultades cada día mayores, del camino a la eternidad de Jerusalem, y de la necesidad de hacer méritos para la otra vida.

Por su parte, como todo el mundo sabe, despierta a las cinco de la mañana y reza hasta las seis mientras una de sus criadas le hace el chocolate. Cuando va a levantarse, nunca le falta la ropa blanca bien limpia y cosida con esmero, un manto decente, un hábito nuevecito y libro y alfombras de misa de todo su gusto. Se viste con calma, asistida por servidoras solícitas y pasa a servirse el chocolate con bizcocho o torta según se le antoja. Luego, como no todo ha de ser regalo, se va a la Catedral, donde después de una o dos misas, se queda dulcemente rezando sus

devociones. En seguida pasa a ver a su hija con quien conversan largo rato si es que los chicos no majan y alborotan la casa: cuando estos la aburren se va a visitar a alguna amiga. Felizmente sus nietos son muy sanitos: cuando alguno de ellos se enferma, cosa que sucede rara vez, va a verlo un rato y luego pasa a lamentarse, con alguna comadre, de las penas del matrimonio.

Eso sí, nunca deja de encomendar en sus oraciones a todos los suyos, sanos y enfermos, vivos y muertos y en especial a un hijo calavera que tiene ausente y por el cual ha llorado mucho, pero no hasta el extremo de matarse a fuerza de pena como otras madres.

Cuando vuelve a su casa, todo está limpio, arreglado y en su lugar, y pasa el resto del día poco más o menos del mismo modo que la mañana.

Las personas que conocían su proyecto de hacer bordar velo y manto para la virgen, le habían indicado a varias bordadoras, pero ella en ninguna confiaba más que en su ahijada Concha, hija de una antigua amiga ya difunta. Nadie ejecutaría aquel bordado con más primor que esta, sin contar con que, como ahijada suya, lo haría por menos precio y del todo a su gusto, admitiendo indicaciones que quizá otra no admitiría. Por otra parte, dicho sea en honor a la verdad, quería favorecerla con este trabajo, pues sabía que se hallaba como siempre, en muy mala situación.

Fuese, pues, esa mañana a su casa, y sacando medidas y dinero y guiada por una de sus criadas, se encaminó en persona a casa de su ahijada que la criada conocía. Temía que, si se contentaba con hacer llamar a la bordadora, tardase esta en acudir, y no quería perder un día más.

No estamos en París, pero, aún en nuestra pequeña ciudad, suele sucedernos que cuando algún negocio cualquiera nos lleva a uno de esos suburbios, especialmente si es al sud, que hemos visitado pocas veces y quizá nunca, nos parece que nos hallamos en otro pueblo, extraño al nuestro.

Calles y calles ya angostas, ya anchas y otra vez angostas, más allá –veredas irregulares– casas y más casas casi todas de bajos, alguna vez un altito recién pintado, patios solitarios, puertas cerradas, ya un perro que acosa al transeúnte, ya un montón de cerdos y de criaturas sucias que vagan confundidos sobre el fango de media calle. Chicherías a cada paso. A veces, junto a una chichería, una capillita cuya cruz sirve de estandarte a la crápula... Mujeres de aspecto repugnante, hombres ebrios que disputan y se provocan, y en medio de todo esto, alguna vez, una ventanita baja cuya limpia vidriera deja ver adentro una habitación amueblada y limpia... Cuando se va por esas calles se comprende que nuestra “tierra inocente y hermosa”, no es ni tan hermosa ni tan inocente como se dice,

que quizá esos rincones apartados son el escondrijo de la miseria, de la deshonra... y de mil horrores más.

Poseída vagamente de estas ideas, doña María seguía a su sirvienta por una de estas calles; cada vez más dispuesta a manifestar a su ahijada su asombro y descontento de que se hubiese avenido a vivir en semejantes parajes que tampoco convenían al decoro y buen nombre de una niña decente.

—Qué diría la pobre Margarita si resucitase y hallase allí a sus hijas —se decía.

A cada cuadra que caminaban preguntaba impaciente a la criada hasta dónde iban, pero la casa de la bordadora estaba todavía adelante, y seguían andando.

Por fin la criada se paró ante una puerta y la señora pudo ver hacia dentro del zaguán una casa vieja donde todo era desaseo, ruina y abandono. Lo que contribuyó principalmente de un modo pésimo a impresionarla fue la mala catadura de un hombre que salía en aquel momento de la casa y que se encontró con ella en el zaguán.

La criada, que conocía la puerta del cuarto de Concha, llamó a ella varias veces. Por fin sonó la aldaba por dentro y la puerta se entreabrió. Doña María entró en la pieza a tiempo de que una niña desgredada, que se había agazapado detrás de la puerta después de abrirla, huía al patio sin saludar.

El cuarto que tenía ventana a la calle estaba dividido por una cortina hecha de dos sábanas unidas y sostenidas por un cordel amarrado a dos clavos. Cortina improvisada detrás de la cual se movía en silencio una persona. Doña María se sentó en un sofá viejo y esperó. Hacía bastante tiempo que no visitaba a su ahijada. Allí no se veía ya más que un sofá y el baúl sobre el cual había un montón de costuras dobladas. Todo estaba suelto y descuidado.

Concha se presentó por fin. Se comprendía que había tardado por cambiarse rápidamente la falda del vestido y cubrirse el talle con una manta; pero a pesar del acostumbrado aire de compostura lento y reposado con que se presentó, su madrina la notó muy cambiada. Le pareció mucho más delgada y marchita y observó en ella una expresión de malestar que antes sabía ocultar mejor. Notó además en ella cierta violencia y falta de naturalidad que mostró al saludarla.

Sus manos, estropeadas por el cuchillo de cocina y quemadas hasta el punto de parecer sucias, no eran ya aquellas manos de hada, a las que había visto ejecutar tantos primores. Casi le pesó haberla buscado, temiendo por su bordado.

La señora comenzó con reconvenciones como de costumbre con las hijas de una antigua amiga sobre las cuales creía tener cierto derecho. Se quejó de que María, la chica, apenas abierta la puerta, había huido de ella con la mayor malacrianza, casi sin saludarla.

Creyó que Concha, como siempre, iba a tratar de disculpar a su hermanita, pero no fue así.

—Estaba descalza y sucia —dijo con una especie de franqueza ruda que rayaba en descarar— y por eso habrá huido. Además, como hace tanto tiempo que no va a la escuela, se ha acostumbrado a no ver gente y se hace cada día más corta.

—¡No va ya a la escuela! Qué malo está eso, ¿y por qué no va?

—Porque no tiene calzado ni vestido con que salir a la calle.

La señora quedó cortada. La asombraba oír semejantes confesiones en boca de Concha. De Concha que toda la vida había sabido disimular y ocultar sus penurias y que en otra ocasión se hubiera dejado abrumar a reconvenciones antes que confesarse vencida por la pobreza. Era indudable que su madrina la hallaba en uno de esos momentos en que, cediendo al fin al peso de una situación que no podemos sostener más, nos dejamos llevar de la amargura y el despecho.

—Estás muy flaca —dijo doña María—. Nunca te he visto más destruida, ¿has estado enferma? Te veo después de algún tiempo. Ya no te acuerdas de buscarme; tanto que he tenido yo que hacerlo. ¡Jesús que vives lejos!

Y en seguida se quejó de lo mucho que se había cansado y reprochó a la joven que viviese en aquellos sitios, siendo como era una joven sola y sin amparo.

Una contracción amarga, parecida a una sonrisa, se dibujó en los labios de Concha, que contestó a un tiempo a la pregunta y a la observación.

—He estado y estoy muy enferma. Si no fuese la necesidad que me sostiene, obligándome a trabajar, hace tiempo que me hallaría tirada en un rincón —y luego—: ¡Ah!, no necesito que Ud. me lo diga. Comprendo las ventajas de residir en el centro de la población. Si pudiese, viviría en la plaza; pero la que se halla en mi situación tiene que resignarse a todo. Los alquileres están cada día más subidos y cada día gano yo menos. Si hoy vivo aquí, tal vez mañana tenga que ir más lejos.

Doña María se quedó esta vez más cortada. Se acordó de que hacía un año, con pretextos más o menos hábiles, se había negado a dar a su ahijada, en alquiler, una tienda con pasaje que ocupaba una planchadora en su casa. Parecióle que en las palabras de la joven había algo de reproche y sintiendo que la voz de su propia conciencia iba a acusarla, se apresuró a recordarse a sí misma, interiormente, las razones que había tenido para

aquella negativa. En efecto, alquilar habitaciones en la propia casa a una ahijada pobre, a la hija, o mejor dicho a las hijas de una antigua amiga que al morir se las había encomendado, era, en cierto modo, contraer la obligación definitiva de echarse encima dos personas más de familia. Y luego la responsabilidad. Por Concha no lo halla tan inconveniente; porque Concha era una mujer formal y además sabía hacerlo todo, tenía grandes aptitudes de que se podía aprovechar, pero aquella chica que se introducía en su casa con toda la majadería propia de los niños pobres... y la paz de su casa, y sus costumbres y su amor a la soledad y todo lo que tendría que sufrir de ellas por ser pobres, ella que no aguantaba ni a sus nietos, en fin, era un delirio, un absurdo. ¡Si no se hubiese tratado más que de alquilarles la tienda! Pero no, mejor era tenerla lejos y socorrerlas en lo que pudiese, al mismo tiempo que sacaba provecho de la habilidad de su ahijada, siempre dispuesta a servirla, obligada por uno que otro favor que había recibido de ella en distintas ocasiones.

En seguida, creyendo alegrar a la joven, le contó el motivo de su visita.

No se alegró, y hasta manifestó de pronto que no podía hacerse cargo de la obra. Hacía un año que no bordaba. Solo recibía costura blanca.

—Pero en eso ganas muy poco —observó la señora.

—¡Ah!, ya lo sé, hasta hace pocos meses concluía una pieza al día por la que me pagaban cuatro o seis reales, hoy la termino apenas en dos días.

—El bordado da mucho más.

—Pero el bordado me mata. Más dañoso que ninguno me es el trabajar en bastidor.

—Entonces, ¿no aceptas la obra? Lo siento. ¡Lo haces tan bien! Y llamando una compañera que trabajando bajo tu dirección te ayudase en la parte más morosa y menos delicada de la obra, ¿no te harías cargo de ella? —preguntó la señora, indicando en seguida que adelantaría algo del pago.

Concha pareció vacilar, pero su ánimo estaba visiblemente debilitado.

—No, no —dijo luego—, ¡sería inútil! Me comprometería en vano. Es inútil, ya no puedo —y sus ojos brillaron rebotando lágrimas.

—¿Por qué no te dedicas a coser trajes? —preguntó su madrina con cariñoso interés. Eso, con menos trabajo, da mucho más. Mira cuántas han cambiado, por ese medio, de situación.

—Esa ha sido siempre mi idea —dijo la joven—, pero para eso es necesario una máquina. Hay costuras que solo se pueden hacer con ella, y... la máquina vuela. ¿Qué podemos adelantar las que cosemos a mano? ¡Ah!,

si yo tuviese una, no perdería la esperanza. Así enferma como estoy, vería Ud. cómo en poco tiempo cambiaba mi suerte.

Y a la sola idea se entusiasmaba.

—Cuánto tiempo he trabajado —continuó— sin más aspiración que esa. Si la hubiese alcanzado me consideraría feliz —y exhaló un involuntario suspiro.

“¿Cuánto cuesta una buena máquina de coser?”, se preguntó a sí misma interiormente doña María; pero dándose cuenta inmediatamente del espíritu de esta insidiosa pregunta la rechazó como mal pensamiento.

—En dos ocasiones he perdido de golpe los ahorros que llegué a hacer, destinados a ese objeto —continuó Concha—. La primera, como Ud. sabe, cuando me falsearon el candado y me robaron todo lo que tenía en mi tiendita de la calle de San Francisco, y otra vez el año pasado, cuando la enfermedad de la chica, en que gasté todo lo que tenía.

—Sí, sí —afirmó la señora precipitadamente, tratando de desechar las ideas que la acosaban—. Te hace falta una máquina de coser. Así estarías mejor. Debes hacer lo posible por comprar una.

—¡Ya no es tiempo! —murmuró la joven con desaliento—. Lo menos que una de ellas cuesta son treinta o cuarenta pesos; ¿cómo ganarlos? ¡Estoy tan mal de salud! Ya no puedo, ya no espero nada y suspiró con profunda tristeza.

“¡Ah!”, pensó entonces doña María sin poderse contener, “precisamente la cantidad que traigo, lo suficiente... de sobra. Qué alegría, qué felicidad ir ahora mismo al comercio, buscar una, la mejor, pedir un mozo que cargue con ella, llegar, presentársela y decirle: ahí tienes la máquina. Es tuya. Alégrate: trabaja. No más desmayo, no más desaliento”.

Mas la virtuosa señora echó de ver al momento en lo que estaba pensando. Sabía que el enemigo no se duerme y se puso en guardia. ¡Privar a la Virgen del obsequio que le tenía destinado! Faltar a una promesa. No, no —murmuró decididamente en su interior—, primero la Virgen y después los pobres, procurando recordar las palabras del señor Canónigo su confesor, el día en que le comunicó su proyecto del donativo. “Manía vieja de la herejía ha sido declararse contra las sagradas imágenes”. “Contribuir al esplendor del culto es sostener la religión”.

—Con que ¿no te encargas de la obra? —preguntó a su ahijada.

Esta vaciló otra vez y luego dijo que la aceptaba; que llamaría en su ayuda a una compañera.

—Lo hago solo por pagar lo que debo por seis meses de alquiler de esta habitación —dijo.

En aquel momento se vio a la pequeña María cruzar rápidamente el patio cargada de un cantarito de agua que acababa de sacar del pozo.

—Y por aquella —añadió Concha pensativa señalando a la niña—, solo por ella. El día en que yo viese asegurado su porvenir, ¡con qué gusto renunciaría a la vida!

—No digas eso —murmuró su madrina conmovida tratando de consolarla. Concha estaba inconocible, jamás la había visto tan abatida.

En seguida se ocuparon de la obra. Doña María presentó las medidas que había traído; Concha le mostró sus dibujos de los que la señora eligió el que le pareció mejor; y se hizo el presupuesto.

La señora quería que el bordado de seda del velo fuese mezclado de algunos hilos de oro, mas a la joven le pareció que siendo la tela demasiado delicada, había peligro de que se estropeará y aun rasgara con el oro.

Por fin quedó todo ajustado y convenido. Le dejó un adelanto y se despidió de ella comprometiéndola a que viniese a su casa después de almorzar para que salieran juntas a hacer la compra del material para la obra.

Ya en la puerta, cuando se despedían, volvió a decirle que estaba muy destruida, que se cuidase y procurase recobrar su salud.

La joven habló otra vez de morir y de que solo su hermana la ligaba a la vida.

—¡Me preocupa tanto su porvenir! —dijo—, me horrorizo al pensar en todo lo que le espera...

—¿Es posible que hable así la que durante diez años ganó, con virtud inalterable, la subsistencia de una madre enferma? ¿Por qué afligirte así de ella? ¿No cuenta acaso con la herencia que tu madre y tú le dejan, con la más sólida, que es la de los buenos ejemplos?

—Hay otra más sólida —murmuró la joven sonriendo con amarga ironía.

—Nada hay más sólido que la verdadera virtud —rectificó la señora con firmeza—. Que se parezca a ti: es lo mejor que podemos desearle.

—¡Oh, no! ¡Por nada! —exclamó Concha con viveza—. Que no se parezca a mí. Que no quepa la misma suerte; cualquiera menos esa —y agregó lentamente y con amargura—: este oficio de vestir imágenes es a veces muy cruel —parecía despechada.

Su madrina clavó en ella los ojos.

—Me extraña oírte hablar así —le dijo.

—¡Se cambia tanto! —respondió ella—. ¡La vida tiene, para algunos, tan terribles enseñanzas! Dichosa Ud. que no las sospecha siquiera.



Concha no apareció en todo el día.

Doña María había vuelto a su casa tristemente impresionada; pero las penas ajenas, que solían afligirla sinceramente, no pesaban por sobre ella hasta el punto de hacerla perder la paz, ni quitarle los gustos un tanto regalones de su vida habitual; y así fue que aquella noche, después de haber despachado su taza de chocolate, y haber fumado tranquilamente a sus anchas su acostumbrado cigarrillo, de haber rezado y encomendado a parientes y conocidos, se metió en la cama y se puso a pensar deliciosamente en las diversas circunstancias del regalo que iba a hacer, deteniéndose principalmente en el asombro y comentarios de sus compañeras de la Santa Asociación, cuando faltando algunos días para la fiesta, supiesen que ella se encargaba de vestir y adornar a la santa Imagen y vieses aparecer aquel maravilloso obsequio. Después, preguntándose si las medidas estaban bien tomadas, recordó el día en que aprovechando de un arreglo que se le hacía en el altar, hizo bajar la Imagen con dos sacristanes y las tomó ella misma, y de su estremecimiento de que uno de ellos a causa de su postura violenta en que se mantenía sobre el altar, perdió el equilibrio y estuvo a punto de venirse abajo con la Imagen. No tardaron aquellos agradables pensamientos en ser turbados por el recuerdo de Concha. Al salir de casa de esta, en el patio había visto una vieja alta y flaca sumamente antipática. Por las señas, era la dueña de casa, una tal doña Carlota de quien le habían dado informes nada tranquilizadores. Le pesó no haber insistido con la joven en que dejase esa casa.

Aquella noche tuvo un sueño tan extraño como confuso. Uno de esos sueños que no se pueden contar por enmarañados y vagos, pero que dejan una profunda impresión. Un sueño en que todas las ideas del día anterior se habían enredado y confundido. Concha triste, desalentada, enferma, el velo de la Purísima rasgado por el peso del oro. Aquella vieja antipática asomando la cabeza para atisbar una calle oscura. Un hombre sospechoso esperando en una esquina luego del templo —el sacristán que de un salto ponía sus sucios y groseros zapatos sobre el altar despojado de sus manteles y alargaba los brazos para apoderarse de la Imagen, y por último la Purísima caída desastrosamente despedazada... ella angustiada, estremecida, acudiendo a levantarla y la Imagen que, alzando la cabeza lánguida y dolorida, le decía tristemente del mismo modo que Concha: “Es tarde, ya no es tiempo”.

Cuando doña María abrió los ojos era ya de día y oyó realmente esa voz lastimera con que estaba soñando: la de alguna que hablaba con sus criadas en el patio al otro lado de la puerta cerrada de su dormitorio.

Al saber que la que estaba ahí era la hermanita de su ahijada, se vistió inmediatamente poseída de un singular desasosiego causado por el sueño del que acababa de despertar, y salió a recibirla.

La chiquilla, para salir a la calle, se había amarrado a los pies, como pudo, un par de zapatos viejos y envuelto en una manta de su hermana.

Doña María rasgó el sobre y descubriendo dentro de él el paquetito de billetes de banco que el día anterior había entregado a su ahijada, miró asombrada a la niña que respondiendo a su mirada murmuró, muy despacio, con voz que se anudaba en su garganta:

—Se ha ido... esta mañana.

—¿Adónde?

La desdichada bajó la cabeza para responder.

—No sé —y prorrumpió en sollozos ocultando la cabeza bajo la manta.

Doña María la hizo entrar en la sala y, llena de ansiedad, leyó la carta que decía así:

“Devuelvo a Ud. el adelanto que me hizo por el trabajo que ayer, en un momento de vacilación, me decidí a aceptar. No pregunte Ud. a dónde voy; sé que Ud., como todas, me condenará severamente. Muy fácil es amar la virtud y practicarla cuando sin lucha, sin crueles y terribles pruebas, la virtud se reduce a cerrar los ojos a las miserias del mundo y acogerse en el cómodo y plácido recinto de la oración. Pero mi madre, mi santa madre que ha visto desde el cielo mis dolores íntimos de tantos años, será más indulgente conmigo.

”Yo que orgullosa de mí misma creí, en medio de mis padecimientos, que no podía llamarme verdaderamente desgraciada mientras pudiera levantar la frente, yo que durante toda mi vida practiqué la máxima de que se debe sacrificar todo, todo, a la dignidad, sucumbo al fin... no a la pasión, al cansancio, al desaliento, al escepticismo. No comprendo la bondad de un Dios que va aumentando de día en día el peso con que carga nuestros buenos propósitos sin cuidarse de ver hasta qué punto podrá soportarlos una débil criatura.

”Ud. que ha sido siempre mi amiga, no se acuerde más de mí. Todo está consumado y sería demasiado tarde; pero tenga Ud. compasión de mi pobre María. Se la entrego.

”Deseo, se lo ruego con todo mi corazón, que trate Ud. de colocarla como gratuita en la casa de huérfanas. Creo que no le será difícil el conseguirlo, contando, como cuenta Ud., con las influencias del señor Canónigo su confesor. Si esto no es posible, o si no accede Ud. a mi súplica, contésteme inmediatamente, y mande su contestación a doña Carlota, mi patrona, que se encargará de hacerla llegar a mi poder para que yo

envíe inmediatamente por mi hermanita. No quisiera que esto sucediese, porque mi objeto, como Ud. comprenderá, es alejarla de mi lado...”.

La lectura de esta carta tan inesperada como terrible dejó a doña María anonadada.

Pensó en el aspecto y en las palabras de Concha el día anterior, en su sueño, en todo reunido, comprendió cuán cerca había estado de tender la mano a aquella desgraciada para apartarla del precipicio y aquella mujer, madre al fin, sintió en el corazón una puñalada tan aguda, que, cayendo en un asiento, después de un momento de estupor, comenzó a llorar con la mayor amargura.

—Sí, sí —exclamó luego abrazando a la niña y hablando con ella—: entrarás en ese establecimiento, y si no te admiten como gratuita yo pagaré la pensión. Esto servirá para los dos primeros meses —y oprimió el paquete de billetes.

Esta señora tenía un buen corazón; abrigaba ideas falsas respecto de la caridad, por eso erró.

Lectora mía, ¿quieres saber ahora lo que la Virgen María quiso decirle en sueños?

“Te hice un llamamiento —quiso decirle— y lo desoíste. Llegaste a tiempo para tender la mano y salvar del abismo a una desgraciada y le negaste tu ayuda y la dejaste caer. ¡Ah! ¡Qué importaba que una imagen mía, allá en la tierra vistiese un miserable trapo de más o menos, si el precio de ese trapo importaba la salvación de una criatura! No comprendiste que, si es meritorio ornar el templo material donde se adora a Dios, mil veces más lo es sostener en la virtud a un alma pura, templo mucho más precioso, consagrado a Dios en espíritu y verdad...”.

El vértigo*

Adela Zamudio

A un prado, nunca hollado, en que la grama formaba selva espesa y sobre la cual se erguían, a modo de palmeras, esbeltas umbelíferas, había acudido la multitud a festejar la llegada de la risueña Diosa Primavera.

Era la fiesta anual, siempre la misma. La hermosa palingenesia de un mundo efímero que resurgía una vez más bajo el influjo de la estación.

Los gérmenes, rasgadas las paredes de su cárcel, se alzaban impacientes. Las larvas despertaban. Había llegado la hora del tránsito dichoso hacia la luz.

En aquella mañana esplendorosa, grandes y chicos, hermosos y grotescos, todos en traje de gala, mezclados, confundidos, en huelga universal, flotaban con delicia en el ambiente saturado de efluvios húmedos y tibios.

Todas las clases se hallaban representadas en la revuelta y heterogénea muchedumbre. Veíanse allí coleópteros togados, que, perdiendo de pronto su gravedad, desembozaban sus hélitros rígidos y ahuecados, para estirar la gola encarrujada de sus frágiles alas interiores; saltarinas y tijeretas, ortópteras que abrían sus abanicos semejantes a serpentinatas; lujosas lepidópteras de todo género: ya pesadas y airosas como majas, ya ligeras como grisetas; todas pintarrajeadas de carmín o cubiertas de polvo de oro.

Aquí y allí se pavoneaban los himenópteros bronceados, entre los cuales descollaba el tábano zumbón; y en fin, en todas partes, la turba alegre de pilluelos, los mosquitos, igualmente malignos y zumbones. Diseminados en inmensa muchedumbre, avanzaban también, un poco

* “El vértigo” forma parte de *Cuentos breves*, Oruro: Camarlinghi.

temerosos de un golpe inesperado de la policía, los socialistas de baja estofa: polillas, saltamontes y gorgojos, y sus audaces colaboradoras: la altisa y la filoxera.

De repente, provocando un murmullo general, presentábase alguna celebridad: alguna noble inventora, de esas que dotaron a la industria de productos útiles: una crisálida benemérita, antiguo gusano de seda, que acababa de darse a luz convertida en mariposa –una abeja reina y sus obreras– una modesta cochinilla, tipo de abnegación; o bien, una simpática legación de hormigas aladas en su sencillo traje diplomático.

Y en torno de esa pléyade brillante, la multitud anónima: miríadas de animaluchos sin nombre, incubados en la inmundicia, girando hacia los centros en que anhelaban ser...

Abajo, en las sombrías avenidas de la floresta de grama, se paseaba asimismo la multitud pedestre: miriápodos y arácnidos y entre ellos, más de un sujeto de siniestra catadura –torva la horrible mirada de ocho ojos y oculto el agujijón envenenado, dispuesto a herir.

La fiesta, pastoril en la mañana, habíase convertido al declinar la tarde en carnaval frenético. Grupos de chupadoras aclamaban a la diosa rindiendo culto a Baco en el cáliz sabroso de las flores. La inmensa mascarada, ensordecida por su propio zumbido universal, iba y venía en curso inacabable alrededor del prado. Allá ruidosa y estridente estudiantina de cigarras –aquí grotesco grupo de panzudos moscardones ceñidos de luciente tornasol azul y verde, agitando sus alas de velillo a guisa de panderetas. Más lejos saltarines y tijeretas, o bien, comparsa alegre de mariposas luciendo luengas faldas cuyos colores chillones contrastaban con el tocado aristocrático de las neurópteras de breves alas y figura esbelta.

Junto a aquel prado corría un arroyo de dos metros de ancho, que para aquellos seres diminutos tenía el aspecto de un río navegable. Muchos sedientos hundían la trompa en su corriente. No lejos de la orilla, bajo una piedra sombreada por una oscura parietaria, bohemio artista, un grillo, tranquilo espectador de aquel tumulto, ocultaba su pobre traje y su figura desgarbada.

Caía la tarde. Luciolas diligentes encendían ya focos de luz. La fiesta iba a concluir. Un soplo de la brisa estremeció un rosal que inclinaba sus flores sobre las aguas. Cayeron varios pétalos. Una pálida libélula llegó volando a la orilla; plegó sus alas de tul y se dejó caer rendida en la concavidad de un pétalo de rosa. La frágil embarcación, con su pequeña carga, se balanceó un instante en un remanso y luego huyó arrastrada por la corriente.

El grillo exhaló un débil “cri-cri” y, a pequeños saltos, se internó en la selvática espesura de grama donde reinaba ya profunda sombra.

De vez en cuando, un tímido rayo de luna, deslizándose por el follaje, alumbraba sus pasos. El solitario se internó cada vez más en la floresta que, en aquella hora, solo inspiraba pensamientos tétricos. No halló un transeúnte; todos se habían marchado a descansar.

Vagaba así, cuando de pronto vio destacarse encima de la selva la blanca bóveda de un extraño edificio, especie de rotonda, de estilo arquitectónico difícil de reconocer. Siguió avanzando hasta tocar sus muros medio ocultos en aquel mar de verdor. Habíase despertado su curiosidad y en un breve paseo de circunvalación no tardó en descubrir su portada vivamente iluminada por la luna. Consistía esta en dos óvalos o claraboyas situadas a cierta altura y equidistantes de otra abertura más baja, especie de ajimez, cuyo tabique central se hallaba medio derruido. El soportal que defendía la entrada del edificio era una galería saliente en forma de herradura, que en vez de capiteles, superior e inferior, ostentaba una serie de arabescos, a modo de estalactitas y estalagmitas, labradas en una materia más dura y blanca que el resto del edificio.

El intrépido paseante dio dos brincos hacia adentro. Reinaba un gran silencio. Sombras medrosas invadían los rincones. Los rayos de la luna, a través de las dos singulares claraboyas, adquirirían la tristeza pavorosa de la mirada de un moribundo. Su reflejo en el interior de la bóveda difundía cierta vislumbre que permitía distinguir los objetos. En medio del pavimento se destacaba la negrura de una cavidad profunda como un pozo.

En el fondo de aquel subterráneo resonaron pasos y una voz preguntó:

—¿Quién va?

Era un escarabajo que avanzó lentamente.

El feo conserje, sometido a un largo ayuno de conversación, se mostró afabilísimo.

—Supongo que querrá usted pasear por las ruinas —dijo—. Sígame y medite lo que va de ayer a hoy. Esa bóveda desierta, en cuya concavidad resuena el eco de nuestros pasos, abrigó en otro tiempo multitud de celdas que fueron centros de prodigiosa actividad. Dentro de sus tabiques se produjeron las más elevadas manifestaciones de la vida. Era una construcción ligera, alojada inmediatamente debajo de la bóveda. Estaba simétricamente compartida en dos departamentos laterales y cada uno de estos, en tres divisiones rodeadas de una sucesión de celdas, en galería cerrada, llamadas de circunvalación. Ambas alas de la construcción, unidas por el puente de Varolio (llamado así, sin duda, por el arquitecto que lo

construyó), constituían lo que podría apellidarse la Oficina Central, por hallarse en ellas el centro motor de un admirable sistema de hilos conductores que las ponían en comunicación con el exterior. En ese hueco que ve usted ahí, un poco más abajo de la Oficina Central, se hallaban sus dependencias.

En ellas se atendía al movimiento de la planta baja del edificio. Los hilos conductores se entrecruzaban a la altura del puente, poco más o menos, de modo que la planta baja izquierda comunicaba con el departamento derecho de la Oficina, y viceversa.

—Si usted quisiera asomarse a esa oscura escotilla —continuó—, por donde acabo de subir, podría ver uno o dos peldaños que aún existen de la gran escalera que conducía a los extremos inferiores del edificio. Cada peldaño estaba horadado en su porción posterior, de modo que, acopladas todas las cavidades, coincidían formando un canal en que estaba el haz de hilos conductores de que he hablado.

En el pavimento de las divisiones de ambas mitades de la Oficina, se hallaba el acueducto de Silvio. Cerca del puente de Varolio se alzaban las pirámides: las anteriores y las posteriores. Lástima que todas esas maravillas arquitectónicas hubieran sido labradas en materia poco consistente. Hoy todo eso se ha derrumbado y solo queda, como usted ve, la parte sólida del edificio.

La larga explicación del amable conserje había llegado a interesar al visitante, que le escuchaba con atención.

—Fíjese en ese pavimento —continuó—. Por su forma particular ha sido comparado a un gran murciélago. Mire usted, consta de un cuerpo central y dos alas que se extienden hasta tocar los dos muros laterales. Este admirable entresuelo sujeta las numerosas piezas de la portada uniéndolas a la bóveda.

Ese montón de escombros que ve usted ahí, en el fondo del ajimez, era una celosía acribillada de agujerillos: las corrientes de aire, al chocar con las paredes interiores del ajimez, tapizadas de fina tela, enviaban hacia adentro los átomos odoríferos, conducidos por hilos finísimos que, atravesando los innumerables agujeros, se unían adentro en dos cordones.

Era este el primer par de cordones de los muchos pares que comunicaban la Oficina Central con los diversos puntos del exterior. La fuerza activa que obraba en ellos no era precisamente el fluido eléctrico, pero sí algo muy parecido. Obraba de dos modos: transmitiendo las noticias sensacionales del exterior a la Oficina Central, donde se hacía conciencia de ellas, e impartiendo las órdenes de la Oficina a las extremidades del edificio.

Cada una de las aberturas de la portada transmitía un orden de noticias, diversas según la región de donde procedían. Por esas dos claraboyas cuyos cóncavos, hoy vacíos, se hallaban entonces revestidos de lindas vidrieras y cortinas, penetraban las llamadas vibraciones luminosas. Vibraciones de otro género eran transmitidas por otro par de cordones que partían de dos aberturas situadas en los muros laterales, equidistantes de la portada.

—Si usted quisiera molestarle, le enseñaría.

Salieron por el ancho soportal adornado de estalactitas y estalagmitas de marfil, y torcieron hacia la derecha. Aquella porción lateral del muro sobresaliente de la bóveda formaba, casi a la altura de las claraboyas, una especie de azotea, prolongada hacia atrás.

—Esta azotea —dijo el escarabajo— llevó en otro tiempo el pomposo nombre de Arco Cigomático. Eran dos: una a cada lado de la portada. En ellas tengo dos observatorios. Desde aquí me entretengo en contemplar las puestas del sol o en contar las estrellas en las noches claras.

Se detuvieron en un punto en que la parte saliente terminaba y el muro ofrecía a la vista una especie de nicho. Penetrando en él recorrieron un callejón que los condujo a una reducida estancia donde yacían amontonados varios objetos: un yunque, un martillo, un estribo y un lente.

—Usted se figurará estar en un taller de herrería —dijo el escarabajo—, pues nada de eso; a lo que esto podría compararse con más propiedad es a una oficina telefónica, aunque el aparato que va usted a ver, más tiene de fonógrafo que de teléfono. Asómese a esa ventana oval, o a esta otra redonda, y procure ver hacia adentro. Descubre usted una bocina un poco inclinada hacia abajo. Esa es la Trompa de Eustaquio.

¿Ha aplicado usted alguna vez el oído a la concha de un caracol? Se halla lejos del mar; y no obstante, se escucha en su interior el rumor de las olas.

Un fenómeno semejante, en apariencia, aunque de muy distinta naturaleza, se produce aquí. No hay vida adentro ya, pero las membranas que recibieron y conservan la impresión de los antiguos sonidos, aunque muy estropeadas, siguen funcionando —el aire los despierta. La cara interior de la bóveda hace de lámina vibrante que los reproduce y la ilusión es completa. Haga usted la prueba.

El grillo aplicó el oído. En los primeros instantes solo percibió un ruido sordo acompañado de una resonancia cada vez más fuerte —luego un lejano rumor de colmena que fue creciendo y complicándose hasta dar la idea confusa de un gran tumulto. A medida que se escuchaba, se comprendía mejor. Era aquel todo un mundo exterior reflejado y repercutido adentro, que se reproducía en mil escenas simultáneas, y al mismo

tiempo, toda una vida interior, subjetiva, recóndita, que seguía vibrando intensa y dolorosamente.

La sorda resonancia fue convirtiéndose en prolongada aspiración, en un ansia inacabable, de cuyo fondo surgieron aleteos de alas palpitantes que se encumbraban al infinito, ruido de caídas, ecos de abismo, clamores de ángel, jadeos de bestia, rugidos, estertores, risas, sollozos...

El grillo se sintió acometido de un malestar repentino. Dio un paso atrás. Su cabeza vaciló y teniendo apenas tiempo para despedirse, huyó desatinado dando traspiés. Después, con un esfuerzo supremo, se lanzó a grandes saltos hasta caer sin aliento muy lejos del siniestro paraje.

Le recogieron sin conocimiento. Su prolongado vértigo, del que apenas pudieron despertarle, alarmó a todos. Sus amigos, sospechando la causa del accidente, le hablaban de la pálida libélula, reina del corso, que la tarde anterior había huido delante de sus ojos, como ensueño irrealizable. El triste enfermo callaba y sonreía. Sentía que su dolencia era incurable. Se hizo misántropo.

Solitario cantor de las ruinas, en su flébil gemido, desde entonces, solloza, no ya el alma inocente de un insecto, sino la hipocondría de un demente iniciado en los secretos humanos.

Sor Natalia

Un cuento de V. de L'Isle Adam

Rosendo Villalobos*

*Cuando la hora postrímera
Venga a dar rumbo a mi suerte,
Haz, ¡oh madre!, que yo muera
La más dulce y santa muerte.*

(Viejo cántico de Nuestra Señora)

En el ángulo formado por un tortuoso camino de Andalucía, alzábase antaño un monasterio de franciscanos de la orden tercera. Aunque situado al frente de otros conventos que se atisbaban mutuamente, el claustro del que hablo distinguíase de los demás por una inmensa cruz, fiel inspiradora de la veneración propia de esos tiempos. Esa cruz se hallaba colocada bajo un portal, en el que una campana dejaba oír sus ecos dos veces por día. Una extensa capilla cuyas puertas jamás se cerraban abríase sobre tres gradas tendidas hacia el camino, prolongando por sus costados el gran muro del monasterio. Alrededor veíanse las fértiles llanuras, los árboles perfumados, la hierba de los barrancos... el aislamiento tranquilo... la senda cubierta de polvo...

Durante un enervador crepúsculo de otoño, habría el lector sorprendido, en hábitos de novicia y arrodillada en el fondo de la capilla, a una joven que por los rasgos de su rostro denunciaba una belleza tan conmovedora como dulce. Tenía delante de sí una imagen colocada en la hornacina que se había socavado en un pilar, y del arco de la bóveda pendía una solitaria lámpara de oro que alumbraba a una madona de ojos humildes y manos abiertas, fluyentes de gracia radiosa, una madre celeste en la actitud de "Ecce Ancilla".

* Nació en La Paz en 1859 y falleció en la misma ciudad en 1940. Narrador, poeta y político. Publicó los siguientes libros: *Aves de paso. Tentativas poéticas* (1887), *Memorias del corazón. Tentativas poéticas* (1890), *Hacia el olvido* (1906), *Ocios crueles* (1911), *Pedazos de papel. Impresiones y pareceres* (1920).

"Sor Natalia" pertenece a *Pedazos de papel. Impresiones y pareceres*, La Paz: Arnó Hermanos.

A través de las vidrieras fronterizas se oían ascender del camino los acentos frescos y sonoros de la serenata de un trovador, acompañados por los acordes de una mandolina cordobesa. Las desfallecientes palabras, ardientes de pasión, de audacia, de juventud, llegaban en la iglesia hasta sor Natalia, la novia arrodillada, que, con la frente sobre sus brazos cruzados al pie de la virgen, con voz desolada, murmuraba:

—Lo veis, Señora; lloro y os ruego que no me neguéis vuestra compasión, porque es descorazonador y angustioso (y vuestra santa imagen está en el fondo de todos los pensamientos) el que tenga que desterrarme de aquí. ¡Oh, casta reina!, tened piedad de la que abandona por un amor perecedero el umbral de la salvación. ¡Esa voz que escucháis en este instante, es voz que me implora en su ferviente felicidad! ¡Moriría él si yo no acudiese! ¡Cómo condenar esos transportes, tanto tiempo sufridos sin esperanza y sin queja! ¡Y persistir en no consolar a aquel que me ama tanto! ¡Vos que sabéis cuánto os amo, oh, reina y señora, vos ante quien era mi alegría venir a orar todas las noches, perdonadme! Aquí os dejo mi velo, aquí la llave de mi celda: yo los pongo a vuestros pies. ¡Perdón!, sí, no puedo más... me angustio por esa voz que me atrae... ¡Adiós!... ¡oh, reina y señora!... ¡Adiós!

De pie, vacilante, no atreviéndose a levantar los ojos, sor Natalia puso la llave santa y el velo a los pies de la celeste Virgen de dulce rostro de luz, de ojos bajos también, pero que se hallaban tornados quién sabe a qué cielos y a qué estrellas.

Después, apoyándose en los pilares, llegó a la puerta y, pasado un instante, la entreabrió: descendió las gradas y se encontró sobre el camino que se extendía lejano ante las claridades de la luna que iluminaba todo el campo.

Llamó entonces suavemente a su adorado.

A este llamamiento apareció un caballero, un gentil mancebo de perfil dominador, de miradas abrasadoras por el contento de que estaba poseído; y saltando de su caballo, envolvió con su manto a aquella que al fin venía en pos de él.

—¡Oh, Natalia! —dijo, y teniéndola reclinada entre sus brazos y sobre el caballo, partieron ambos rápidamente hacia la mansión cuyas torres, allá abajo, se denunciaban entre las sombras producidas por la luna.



Pasaron seis meses de fiestas, de amor, de viajes a través de Italia, ya en Florencia, ya en Roma, ya en Venecia; alegre él, ella frecuentemente pensativa; las caricias de su raptor, si bien ardientes y embriagadoras, no eran las que la inocencia de su corazón había esperado.

De regreso en Cádiz, una mañana llena de sol, repentinamente y sin que nada se lo hubiese advertido, se despertó sola sin el anillo nupcial, y sin esa su alegría de niña. Su amante, cansado de ella, había desaparecido.

Con un profundo suspiro dejó la joven caer el sombrío billete anunciador de su soledad: resuelta a sobrevivir a ella, no exhaló ni una queja.

A las pocas horas, cuando concluyó de distribuir entre los pobres todo el oro que le restaba, en el momento mismo de considerarse ya libre de la vida, un pensamiento, un tiernísimo pensamiento, se le impuso: volver a ver una vez, una sola vez más, para el supremo adiós, a la Virgen de los pasados tiempos.

Vestida, pues, de penitente y mendigando mendrugos de pan por el camino, se dirigió al monasterio, a la capilla antes que todo; porque ya no podía estar más entre las vírgenes fieles a sus votos. En pocos días de marcha y al acentuarse los esplendores de una hermosa tarde de estío, toda brillante de astros, llegó temblorosa y extenuada ante el santo portal.

Allí recordó que a esa hora sus antiguas compañeras se retiraban a sus celdas a orar, y que, bajo sus altos pilares, el templo debía estar desierto como la noche del rapto. Empujó, pues, la puerta y miró: no había nadie. Abajo, a la luz de la lámpara resplandeciente, estaba únicamente la Virgen.

Entró entonces de rodillas, avanzó sobre las blancas lozas hacia su celeste amiga e inclinándose entre sollozos a los pies de aquella que todo lo perdona, murmuró: “¡oh, madre mía!, soy indigna de vuestra clemencia. Cuando la voz tentadora me suplicaba, no sabía yo qué abandonos ni qué oprobios, ¡ay!, nos reserva el amor mortal. Para vergüenza mía, voy a morir desterrada de todo asilo entre los míos, y eso va a sucederme aquí precisamente... ¿Cuál de vuestras hijas, ¡oh, madre!, no me acogería con un signo de espanto, mostrándome la puerta de esta capilla? ¡Oh!, por querer consolar a quien me amara tanto he perdido yo la esperanza!...”



Entonces, como las silenciosas lágrimas de Natalia cayeron a los pies de la Divina Elegida, y como la joven elevase una mirada suprema, llena de adioses a la Virgen, estremeciéndose de súbito en medio de un repentino éxtasis porque vio que los sagrados ojos la miraban; que los labios de la estatua se entreabrían y que Aquella, la del Cielo, decía suavemente:

—Hija mía, ya no te acuerdas. Me confiaste tu velo y la llave de tu celda antes de abandonarnos. Yo te he reemplazado aquí, cumpliendo bajo ese velo todas las obligaciones de tu voto; ninguna de tus compañeras ha notado tu ausencia; vuelve a tomar lo que me has confiado: entra en tu celda y... te ruego que no te vayas más de ella.

Sombras de mujeres

Alberto de Villegas*

El Año Nuevo de París comienza en el mes de septiembre. Vuelven bronceadas, de las playas elegantes, esas mujeres de inconfundible encanto y seducción que son como el alma misma de la ciudad deslumbradora. Con nuevos anhelos, con ilusiones inéditas, comienza la vida cuando los árboles se visten de oro suntuoso.

El *hall* del Claridge tenía el murmullo de un enjambre perfumado y alegre. La hora amable del clásico té inglés, con pan tostado y mermelada, se entroncaba insensiblemente con la hora alegre del coctel que afina los nervios fatigados. El saxofón derramaba su lamento inconsolable y sobre el piso lustroso las parejas mimaban, al ritmo del *blues*, gestos apasionados.

Alta, morena, con maravillosos ojos napolitanos bajo un fieltro de Lewis, una mujer seguía con indiferencia el humo de su cigarrillo olvidado. Completamente sola, nada denotaba en ella la impaciencia de una espera.

Después de un momento la vimos levantarse y salir, sin prisa ni inquietud.

En la gran avenida, las ventanas comenzaban a encender sus ojos fantásticos; los automóviles pasaban por la calzada sin ruido, subiendo hacia el Arco del Triunfo, más glorioso aún en el poniente magnífico. Un

* Nació en La Paz en 1897 y falleció en Tarija en 1934. Escritor y diplomático. Es autor de *Mi concepto de la guerra ante el derecho internacional* (1917), *La campana de plata. Interpretación mística de Potosí* (1925), *Memorias del Mala-bar* (1928) y *Sombras de mujeres* (1929).

“Sombras de mujeres” forma parte del libro del mismo nombre, La Paz: Atenea.

perfume tibio y enervante flotaba en el aire calmado, cuando vimos girar la puerta de vidrio, resplandeciente como alas de mariposa, y salir la dama de *beige* con su andar lento, noble y severo. Seguíanla dos altas siluetas con blancos albornoces flotantes, las cabezas envueltas en el turbante marroquí, los gestos lentos y armoniosos, los ojos cálidos y sensuales de los árabes. Subieron a un Rolls-Royce acerado que comenzó a rodar majestuosamente.

Era una *razzia* elegante.



Trabajaba yo una tarde morosa en el Ministerio de Relaciones Exteriores, que en otro tiempo fuera el trágico Loreto. Preparábase entonces, para la Liga de las Naciones, un nuevo alegato en demanda de nuestros derechos portuarios.

De pronto abrióse la puerta del salón, aquel pequeño salón rojo y dorado Luis xv, donde los jefes de las misiones extranjeras fomentan la nostalgia de países lejanos, esperando las audiencias del canciller.

Y por donde solo pasan las excelencias entre sonrisas de protocolo y perfume de colonia, vi entrar una visión aterradora de mujer; vestida de negro desvanecido, cubierta de oscuros velos desgarrados, la piel apergaminada, la boca descolorida, los ojos brillantes, agitando sus brazos descarnados en un impulso inexplicable.

Salida parecía de una tragedia antigua. Era una sombra de otra edad, cadáver olvidado de otro tiempo que la tumba no quería guardar, alma en pena y congoja que llevaba su dolor sobre la tierra.

—¡En esta casa han asesinado a mi padre! —repetía con insana insistencia. Tuvimosla por una pobre enferma mental atacada de paranoia.

Mas no era así. Aquella sombra doliente, aquella alma desgarrada, aquel despojo de mujer era doña Margarita Córdova y Belzu de Dorado, hija del presidente, fusilado en aquel mismo Palacio en la trágica madrugada de Yáñez, en 1861. Y nieta de aquel otro presidente, don Isidoro Belzu, asombrosamente asesinado después de su triunfo, por el caudillo derrotado Mariano Melgarejo.

Había nacido esta mujer escuchando los tambores militares del tiempo de las revoluciones y su graciosa belleza triunfaba en los salones encarnados entre coraceros románticos, pálidos doctores y damas influyentes que conspiraban en las antesalas del codiciado Palacio.

Y ahora no era más que un despojo triste, una sombra enloquecida por su destino funesto que pasaba exclamando:

—¡Asesinos de mi padre! —por el dorado salón de los plenipotenciarios.



En la niebla tropical de la fiebre vagaba mi imaginación dislocada. Era sin duda el anochecer y desde un beaterio próximo las campanas dejaban flotar sus sonidos de aceite, en el aire fenicado de aquel hospital de Lieja.

—¡Ave María Purísima! —dijo una voz a mi lado. Cuando me volví encontré una sombra blanca: era la monja enfermera que me había anunciado el doctor aquella mañana.

—*Je vous enverrai une espagnole* —me había dicho al despedirse el cirujano que me atendía.

Yo sentí toda la noche flotar silenciosamente a mi lado su silueta alta y blanca, como un sueño de cocaína, su toca blanca, sus manos blancas, su voz blanca.

—¿Es usted española, hermana? —le interrogué cuando preparaba una dosis de claudel.

—Soy argentina —me respondió con amable simplicidad.

Era muy raro en verdad hallar en la alegre ciudad walona, en un hospital de urgencia, una enfermera sudamericana.

Cuando quise conocer la novela de su vida, saber si era la devoción y la piedad o las amarguras del mundo que la habían vestido con el santo hábito, y tener el nombre que llevaba en los salones porteños, me respondió con su voz blanca:

—Me llamo Sor Olvido.

Y nunca pude saber nada más.

Con la primera luz del amanecer se fue como vino, silenciosamente, como una sombra, sombra de una mujer de mi América distante, perdida en los paisajes industriales de Lieja. Sombra de medianoche. Sombra blanca.



En un barco, rápido y blanco, bajo la constante metamorfosis de sus trajes incontables, conocí a la condesa Valier. Tenía esa edad indefinida de las mujeres bonitas y ese aire —sin nacionalidad exacta— tan distinguido y elegante, que se adquiere después de haber viajado un millón de kilómetros.

Ojos de ópalo, cabello de fuego y alma de muselina, un alma vaporosa y ondulante, casi tan ondulante y vaporosa como los innumerables cigarrillos que se consumían en su boca pintada y golosa.

Era hija de la diosa de bronce que a la entrada de Nueva York levanta su brazo potente y magnífico, porque amaba la libertad sobre todas las cosas, y así libre, dueña de su vida y de su alma, se daba a vagar con elegancia y sin prisa sobre todos los caminos de la tierra y del mar. Por esa adorable y eterna sed insatisfecha de las mujeres, sentía la nostalgia de París cuando se hallaba camino de América, y lamentaba noblemente la ausencia de la Quinta Avenida o de River Side Drive, cuando emprendía la ruta del Oriente. Sin embargo, sabía poner toda la intensidad de su alma libre en el goce ávido de una hora o de un paisaje.

Perturbadora, por el brillo de sus ojos, por su andar felino y danzante, por un aire de misterio que no la dejaba, era sin duda a bordo del *Cap. Polonio* una de las mejores atracciones de la travesía.



Estrellas funestas velaron su cuna y el clamor de la guerra injusta arrulló su adolescencia triste.

En el turbio ambiente de las revoluciones y de la discordia federal se escucha apenas la voz angustiada de esta mujer singular de alma libre, fuerte, pura, que sintió todas las vicisitudes del descastamiento.

La política y la ideología conservadora tenían honda resonancia en la vida, y una mujer no podía decir sus imprecaciones con el acento amargo de Soledad; por eso fue atacada desde temprano por los adolescentes que cantaban sus penas recónditas bajo la luna tibia.

Después de la escuela romántica americana, viene con “el mal del siglo”, una poesía inficionada de dolor. La vida se desenvuelve bajo una gama gris y en la tregua de las conspiraciones se desarrollan novelas doloridas o se cantan romanzas fúnebres junto al piano quejumbroso. El vuelo negro de las golondrinas de Bécquer pasa lentamente bajo el cielo de América.

En este paisaje compuesto por almas enfermas, la vida es dura e ingrata para Soledad. En su espíritu, cuya elevada irreligiosidad habría amado Guyau, se arraiga una austera moral que acuerda bien con su dolor íntimo, noble, altivo.

Llena su alma de la visión de un mundo interior, miraba la vida con la tristeza de sus ojos indiferentes a todo lo transitorio. Y tal vez la pulpa de su boca no conoció nunca el sabor alegre de la viña pagana.

Así, recogida en su universo recóndito, analiza con frío dolor las inquietudes del siglo, las enormes ansias insatisfechas de su corazón y de su tiempo.

Es el alma que canta incomprendida en su tierra indiferente. Con el relieve de los años, cuando el paisaje romántico asume la perspectiva adorable del pasado, su poesía adquiere el trazo hondo, enérgico, intenso, de un aguafuerte amargo e inquietante.

Hacia el fin de su vida llegan los laureles al retiro silencioso, que nunca fue un retiro de serenidad ni de paz. En su espíritu angustiado había tal vez un tumulto de congojas de las que nada sabemos porque su rebeldía se ha hecho más violenta y su voz ha callado hace tiempo.

Sueña con morir en la quietud campesina, pero la vida la traiciona una vez más y esta mujer, hecha para el dolor y la amargura, se consume en la neurastenia urbana esperando la muerte tardía.

La soledad que era su divisa, la soledad que era el huerto de su alma acongojada, la traiciona también y la atormenta en sus últimos días. Ya no es la voz interior de la divina poesía, sino voces de maleficio que escuchan sus oídos alucinados, sus ojos claros, como pinceladas de luz en el semblante marchito, creen ver visiones angustiosas.

El “suplicio de la vida” es cada vez más duro para su corazón, agitado a todos los vientos. Y cuando por fin viene la Sombra a buscarla, no encuentra ya sino un triste despojo devastado.

A su tumba donde no velan sino las altas estrellas, no llevaremos oraciones en las que ella no creía, ni rosas efímeras; y mientras su cuerpo se disuelva en la tierra, nuestro anhelo mejor será que su alma, que pasó por la vida en un sendero doloroso, se duerma para no despertar.



—Cuando se trata de mujeres, lo absoluto es peligroso y sobre todo absurdo —decíame sonriendo mi amigo Delval. Nos habíamos encontrado por fortuna de una casualidad en la terraza del Kurssal de Ostende. Siempre periodista por apasionada vocación, se preparaba a viajar a Ginebra, con motivo de una próxima asamblea de la Liga de las Naciones, después de haber concurrido a la llegada de Nobile y los funerales del mariscal Foch.

Treinta años escondidos en un cuerpo delgado y nervioso, el semblante pálido y los cabellos ligeramente grises, tenía ese aire, un poco fatigado, que hace decir sonriendo a las mujeres:

—Debe ser muy vicioso...

Y bebiendo un *mixed-frappe*, junto a la playa candente, me contaba su última andanza, con palabra colorida, gesto animado, mirada viva. Era ese tipo de *causeur* infatigable que gusta a las mujeres y atrae a los hombres.

—La mujer engaña siempre, amigo mío, la mujer engaña cuando habla y engaña cuando está callada, la mujer miente con su cuerpo y con su alma. Un día fui invitado a tomar té a casa de la señora X, que como usted sabe tiene la pasión de coleccionar celebridades y reúne candidatos al Prix Goncourt, con pintores de Montparnasse y princesas rusas, camareras del Caneton. Fui especialmente para conocer a la autora de *Confidencias*, ese delicioso libro de versos de que se ha hablado tanto y que, lo confieso, he leído con un entusiasmo lírico que creía ya perdido para siempre. Un admirable espíritu emotivo y ardiente se revelaba en él; sus estrofas, que recuerdan un poco la manera de G raldy, parecían escritas para ser murmuradas devotamente a media luz al oído de una mujer encantadora. Declaro que tenía un enorme interés para conocer esa dama, de corazón profundamente sensitivo, algo pagano, prodigiosamente dotada de todos los recursos que solo tiene un alma de mujer para hacer sentir y amar la vida.

Aquella tarde se conversaba animadamente en torno a la mesa del t , en el departamento de la avenida Hoche. El rumor de la ciudad se desvanecía ante el murmullo mundano. Yo me sentía impaciente y, como atardec a, un poco decepcionado ante la ausencia de aquella criatura admirable a quien tanto deseaba conocer.

Con un vago pretexto acerqu me al oído de la señora X, y le dije:

— L stima que no haya venido nuestra poetisa!

—Pero si all  está, vestida de terciopelo negro, junto a la chimenea —me respondió.

Entonces yo vi, en efecto, dorada por el reflejo de la lumbre, una figura pálida y severa, unos ojos fríos, una boca inexpresiva, unas manos apergaminadas. Era la ilustre autora de aquellas páginas apasionadas, de aquellos ritmos turbadores, que bebía tranquilamente su taza de t .



Era en Bruselas una noche de verano. Casi diría que llegaba hasta mi ventana del Melrose aquel ambiente perturbador. Ella iba y venía en la escena luminosa y distante mientras yo contemplaba, con los anteojos prismáticos, su belleza rubia, espléndida, próxima a los 30 años —el inquietante

midi de Paul Bourget– con el deleite que asistiría desde la profundidad de una *loge* a una representación de Jeanne Prévost...

Nos separaba la avenida, la elegante avenida Louise y un pequeño jardín inglés. La noche transparente de fines de junio, con su luna tibia convidaba a no dormir.

Ella iba y venía en su *boudoir*; con gestos lentos y elegantes despojó sus manos de las sortijas y de los brazaletes, dio más brillo a sus uñas largas, rosadas y felinas, contempló en el espejo durante un instante su cuerpo estival, pleno de vida y, con un gesto perezoso, las manos alargadas hacia lo alto, como en el rito de algún misterioso culto pagano, se despojó de su vestido. Detenida ante el inmenso óvalo del espejo, con sus ojos oscuros y profundamente soñadores, parecía buscar más allá de la magia reflectora, quien sabe que lejanos recuerdos apasionantes, o ensayar una vez más algún irresistible gesto de seducción, de amor, de tentación...

Las manos ágiles manejaban los pomos esmerilados, las cremas, las esencias. Y era, por momentos, más insinuante la belleza maravillosa de aquella mujer desconocida que, en el escenario luminoso de su *boudoir* lejano, se embellecía a la media noche, engañando con bombones la ardiente impaciencia de su boca pintada.

El rumor denso y lejano de la gran ciudad acompañaba sus gestos como una orquestación ultramoderna. Camino del bosque, los automóviles zumbaban como insectos fantásticos, o como ametralladoras que detonasen en la lejanía –¡tiempos imborrables del Ipres y de Namur!–. Con una trompetería arrítmica pasaban las limousinas relucientes con sus pupilas eléctricas, los coches sport, elegantes y fuertes como atletas, los torpedos de lujo, seductores en sus líneas esbeltas, sus colores vivos y lucientes, sus faros que perforan como espadas la noche, raptando en su cuerpo de acero a alguna nueva Europa, linda y pecadora.

En el *boudoir* de enfrente, la Prisionera terminaba su rito pagano; las sedas, las batistas, las frágiles intimidades de aquella mujer caían como los pétalos de una rosa que se deshojase en aquella noche demasiado tibia...

Una vez más sus manos agitaron la bellota, que debió levantar una leve niebla perfumada; dos líneas de lápiz encarnado rubricaron aquella lenta, minuciosa y apasionada *toilette*. Sin ninguna duda, alguien la esperaba impaciente.

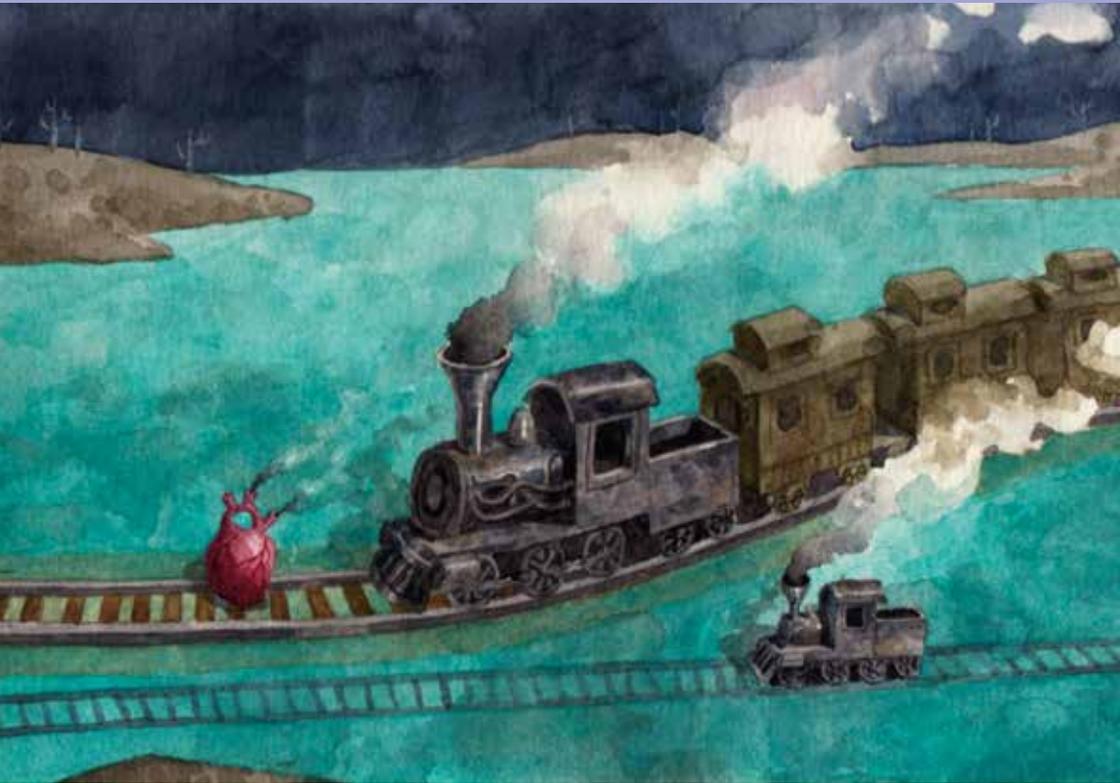
Al pasar junto al muro, con un golpe de interruptor apagó la luz; casi al mismo instante encendió otra en la pieza contigua, más discreta, más íntima.

¿Iba a comenzar, tras ese fugaz intermedio de tinieblas, el segundo acto de aquella singular representación del teatro de la vida?

Mis manos nerviosas sostenían los prismáticos, con la inquietud de las grandes escenas del *vaudeville*, en noches de Bataille, de Bernstein.

Y con su andar apasionadamente felino, con un paso casi de danza, se acercó al lecho cuidadosamente, como para sorprenderlo. Después vi que aquellos brazos rosados, aquellos ojos maravillosos, aquella cabellera de oro y de champagne, se inclinaron, con toda la ternura de una mujer a media noche, sobre una menuda cabecita rubia, de ojos cerrados, perdida entre las amplias cubiertas del lecho.

II. Realistas, naturalistas, costumbristas (inicios del siglo xx)



La Sirena de La Jalancha

Antonio Díaz Villamil*

A varios kilómetros de esta ciudad, y siguiendo el camino que conduce a la región del trópico yungueño, al pasar por la cordillera en el sitio que llaman La Rinconada, existe un lugar cuyo tránsito, antes que se hiciera la construcción del ferrocarril a Pongo, causaba grande inquietud a los viajeros.

El camino de Yungas, que comienza en los alrededores de La Paz, en la región de Miraflores, y que continúa por las desoladas laderas de Chuquiaguillo, alcanza aún mayor soledad y tristeza cuando se acerca a La Rinconada, en el sitio llamado La Jalancha. Con este nombre se conoce un extenso y dilatado valle, formado al este por una serie de serranías abruptas en cuya roca han trazado nuestros ingenieros el atrevido camino férreo mencionado; al fondo, el lecho de traicionero fango de un mísero río que baña abundantes yacimientos de turba; y al oeste, una estribación cordillerana que, con una perpendicularidad aterradora, cae a plomada con sus enormes masas rocosas desde la altura de 300 metros hasta el borde inmediato del camino de herradura, obligado paso de los que hacían el viaje a las vegas del Tamampaya y del Yolosa.

Muy sabido era por los viajeros que La Jalancha era lugar de peligro, pues, cuando la noche les sorprendía en sus inmediaciones, preferían detenerse antes que atravesar en la oscuridad aquel paso. Aún más, cuando se trataba de atravesarlo, aunque fuera a la luz del sol meridiano, los más

* Nació en La Paz en 1896 y falleció en la misma ciudad en 1948. Narrador, dramaturgo y profesor. Es autor de las novelas *Plebe* (1943) y *La niña de sus ojos* (1948), además de las obras de teatro *La hoguera* (1924) y *Cuando vuelva mi hijo* (1942), entre otras. También escribió los libros *Khantutas. Cuentos bolivianos* (1922; 1969), *Leyendas de mi tierra* (1929) y *Tres relatos paceños* (1945).

“La Sirena de La Jalancha” aparece en *Khantutas. Cuentos bolivianos*, La Paz: Juventud.

adelantados esperaban siempre a que estuviesen reunidas varias caravanas para seguir adelante.

La causa de este temor se justificaba por una serie de trágicos sucesos que dieron a este sitio el más fatídico prestigio.



Era el mes de junio, vale decir el apogeo del invierno. Durante la noche había descendido una copiosa nevada, y el día, aunque un débil y esfumado foco de luz señalaba que el sol debía estar muy alto sobre el horizonte, permanecía sumido en una densa bruma.

El frío viento de la cordillera, intensificado aún más por su arrastre sobre las nieves que todo lo cubrían, ya no tenía para su monorítmica canción la agreste lira de la paja brava, enterrada bajo la nieve. Tan solo se aferraba, desesperado, a silbar furiosamente en algunas cuevas que, a manera de cajas sonoras, eran lo único dócil al tañido del dios Eolo.

Pero, aproximándose a una de esas cuevas se hubiera podido oír algo más: a cada golpe de aire un coro de blasfemias pugnaba por dominar el rugido de la naturaleza.

Dentro de ella, la luz de un mechero, encendida cien veces para ser otras tantas apagada por las ráfagas, puede mostrar la siniestra catadura de sus misteriosos habitantes.

—¡Maldito sea el vientre que me parió! —rugía a cada golpe de viento un hombre de colosal estatura, un zambo gigantesco que era nada menos que el famoso Zambo Salvito, jefe de la banda de salteadores que se había establecido en las cuevas de La Jalancha para dar pábulo a sus fechorías.

—A ver, Matías, enciende otra vez —volvió a rugir.

Por sus violentos ademanes y su mirada avasalladora, se comprendía que era un hombre acostumbrado a imponer su voluntad. En esta ocasión se sentía ofendido al ser burlado por el viento intangible.

Cinco hombres más, de apariencias patibularias, aparte de otro que estaba empeñado en mantener trabajosamente la luz, se hallaban en cuclillas rodeando a su jefe. Permanecían silenciosos, masticando con laboriosidad de rumiantes, puñados de coca.

Fuera de estos, otro bandido estaba apostado al borde de la cueva, apoyado sobre un montón de piedras que eran los proyectiles dispuestos a rodar hasta el camino y destrozar a los viajeros. Era el centinela que debía anunciar la aproximación de los incautos. Se defendía contra el frío y el viento con un poncho y una bufanda de lana, su cabeza toda estaba metida en un gorro tejido que solo dejaba asomar los ojos. En vano

quería atravesar con la mirada las brumas y ver, allá abajo, el camino a 150 metros adentro. Por fin, aburrido de su inútil intento, dejó su puesto de observación y, volviéndose al jefe, le dijo:

—Mi viracocha, ahura no vamos a hacer nada. Creo que nadie ha de pasar con este tiempo.

—¡Cómo nadie! —respondió con severidad el Zambo—, hoy es jueves, y el camino es más concurrido que nunca.

—Tiene razón, mi viracocha, pero con este tiempo nadie ha de querer pasar la apacheta.

Ocupó el jefe sin responder el puesto abandonado por el observador y, convencido de lo que decía su hombre, se fue al interior y, volviéndose a sus compañeros, les dijo, con menos aspereza:

—Cierto. Hay mucha nieve y mucho frío, y con esta niebla no podemos ver ni las señales de la María Rosa.

Como para ratificar lo dicho, el viento hizo una nueva y furiosa incursión a la cueva.

Después de un rato, Zambo Salvito habló:

—¿Qué tal sería probar el pisquito de ese barril que el otro jueves nos hemos cancheado?

Matías, el más joven y el más intemperante, exclamó gozoso:

—¡Muy bien, mi viracocha! ¡Ahura sí que nos vamos a calentar!

Dos bandidos registraron un rincón de la cueva y de entre un haciamiento de monturas, chalonas, conservas, café y otros productos de su vandalaje, sacaron el barril aludido.

El brebaje fue pródigamente repartido en jarros de hoja de lata.

Poco después unos puntos luminosos significaban el quietismo de los fumadores.

Los bandidos descansaban, y se calentaban.



En la ladera de Chuquiaguillo, a poca distancia antes que el paisaje asumiera toda la rudeza y desolación de la cercana Jalancha, se levantaba, a la vera del camino, una miserable casucha sobre cuya única puerta se ostenta el rumboso título de La Estrella del Oriente. Es el obligado descanso de los viajeros que allí acuden a proveerse de algo indispensable que se olvidaron entre las agitaciones de los preparativos del viaje —bebidas, comestibles y todo lo que puede menester, dentro de sus parcas necesidades, el viajero de nuestras tierras.

Propietaria de este pequeño comercio es una linda cholita, que lleva en sus núbiles atractivos el mejor *reclam* para la venta de sus mercancías. Esto explica por qué, junto al pobre arriero que detiene allí su recua para atenuar su fatiga con un trago de licor, asoma también el pedante y mujeriego burgués provinciano, que viaja en bestia propia, gasta poncho de vicuña, alforja y montura guarnecidas de cuero de perico y que va a la finca ¡a ver a la mita!

Y es en este último caso que la María Rosa, como se llama la dueña, hace derroche de garbo y solicitud para atender a su parroquiano.

Mas, si los contratiempos y desventuras de cuantos se detuvieron a gozar de sus atenciones se hubieran podido catalogar y conocer en su origen, no se podría menos que dar a María Rosa la reputación de una sirena criolla, cuya afabilidad era el preludio de las desdichas que debían sufrir al pasar La Jalancha los que salían de La Estrella del Oriente para continuar su camino.

Y nada menos que eso, pues una detenida observación a los manejos de la cholita habría mostrado cómo, en seguida de que un viajero que había hecho vislumbrar a la dueña de la tienducha una repleta bolsa, se despedía para seguir su marcha, María Rosa subía apresuradamente la pequeña colina que servía de respaldo a la casucha y, desde allí, vuelta hacia La Jalancha, hacía misteriosos signos agitando un trozo de tela cuyo color variaba según la calidad del viajero.



Pasaban los días. Y cada vez un nuevo suceso trágico iba a aumentar los rojos anales de La Jalancha. Y llegamos precisamente a aquel día brumoso de junio en que hemos dejado al Zambo Salvito y a su banda en una de sus cuevas maldiciendo del tiempo.

Ramón Centellas había partido aquel mismo día, muy temprano, de la ciudad, sin intimidarse por la inclemencia del viento, pues era asunto premioso el que le llevaba a Coripata.

La temperatura era en extremo baja, y, a pesar de estar arropado en confortables vestidos, no podía tenerse con seguridad en su cabalgadura, ni empuñar las riendas.

Al pasar por La Estrella del Oriente sintió la necesidad de un reconfortante. Echó pie a tierra y se dirigió a la tienda.

—Pase usted, joven. ¿Qué se le ofrece? —preguntó, amable como siempre, María Rosa.

—Buenos días, caserita. ¿Podría prepararme un café bien caliente?

—Con mucho gusto. Tome asiento.

Y, solícita, le indicó un banco sobre el que se había apresurado a extender un tejido indígena.

—Si no es ofenderlo, ¿es usted forastero? —demandó, amable y coquetona, la mujer, mientras ponía sobre un bracero encendido una vasija de arcilla llena de agua.

—No, caserita, soy de la ciudad.

—No me figuraba, como nunca lo he visto pasar por aquí.

—Es que es la primera vez que viajo a los Yungas.

La amabilidad de sirena, que siempre había mostrado con sus clientes María Rosa, en esta ocasión era sincera y fruto de un repentino estallido de simpatía despertada por la agradable apostura del joven viajero, de una belleza varonil envidiable.

Por otra parte, decía verdad la cholita. Nunca había visto pasar a Ramón Centellas. Y, más expresivo hubiera sido asegurar ella, que nunca tampoco gustó tanto de un cliente más simpático.

El diálogo que María Rosa hubiera querido seguir tuvo que ser cortado por ella misma para ir a avivar con soplidos el fuego del brasero. Por su parte Ramón, instalado en su asiento, encendió un cigarrillo y, en silencio, comenzó a valorar concienzudamente a su atrayente caserita...

La cholita era uno de los más bellos y típicos ejemplares de su casta. Su cara oval y de ese color trigueño tan agradable, era de rasgos relativamente finos; sus ojos de niño somnoliento competían en negrura con el azabache de su cabello recogido sencillamente en dos gruesas trenzas. Inclínada como estaba hacia el brasero, dejaba ver desde retaguardia las bolitas de cabritilla color champagne y las piernas de goyescas curvas con medias de igual color; el busto, que en su parte antero superior avanzaba en la atrevida y palpitante esfericidad de los senos, se deprimía en la estrecha cintura desde la cual bajaba la pollera en graciosos pliegues tan solo hasta muy poco abajo de las rodillas. El tronco estaba negligentemente defendido contra el frío con una manta de vicuña, asegurada sobre el hombro izquierdo con un prendedor de topacio.

El resultado del detenido examen llevó a la convicción del joven viajero que, si no estaba ya enamorado de aquella mujer, acabaría por estarlo muy pronto.

Satisfecho, con la satisfacción del turista que por fin ha encontrado el bello panorama prometido a su viaje, Ramón Centellas quedóse abstraído en la grata contemplación de aquella hija de Eva, acabando por perder la noción del tiempo y, más que todo, de su situación de viajero diligente. Se olvidó de todo, y comenzó a admirar, a soñar y... a querer.

—Aquí tiene usted, joven —fue la frase que le sacó de su abstracción. Era que la cholita le alcanzaba el café humeante.

La bebida fue apurada por el viajero que, entre uno y otro sorbo, no cesaba de lanzar miradas elocuentes a su caserita.

María Rosa, que con su perspicacia femenina se dio cuenta de lo que pasaba en el ánimo de su cliente, se sentía feliz, y con nuevas actitudes y sonrisas se satisfacía en hacer frente al que adivinaba ya su galán.

El amor, que cuando es silencioso puede acabar por estrangular corazones, fue creando para ambos una situación incómoda. Para librarse de ella, quien más ánimo tuvo de hablar fue la mujer:

—¿Va usted a Yungas de paseo?

—Voy llevando una remesa para mi tío que actualmente está rescatando productos para una compañía extranjera.

—Llevará usted mucha plata.

—Miles de pesos.

María Rosa, aún a pesar de estar en aquella ocasión preocupada por otra suerte de ideas, no pudo sustraerse a algo que desde hacía mucho tiempo era la única razón de sus actividades. Al saber al joven portador de miles, sintió que en su interior una fuerza habitual le impulsaba al crimen y a la traición. ¿Vencería el crimen o el amor?...

Ramón Centellas, ajeno a los pensamientos de esa mujer, volvió a olvidar que debía ser breve su tránsito por aquel sitio y, a fin de alargarlo y poder gozar lo que comenzaba tan bien, cuando hubo terminado la bebida, solicitó:

—Caserita, ¿cómo se llama usted?

—María Rosa, para servirle.

—Pues, María Rosa, esa taza no es suficiente. Hace mucho frío y creo que mi cuerpo necesita algunas tacitas más.

—Con mucho gusto. Se lo voy a preparar en seguida.

María Rosa pensaba: de todos modos está muy bien que él se quiera quedar sin darme trabajo, como tantos otros, para hacerle pasar muy tarde por La Jalancha.

—Pero usted también ha de tomar conmigo, ¿no es así?

—Gracias, le voy a acompañar —respondió la que comenzaba a ser, como otras veces, la sirena de criollas y rojas odiseas.

Pero al ver a ese simpático viajero, tan fácilmente detenido en sus redes, no hubiera sabido decir si fue por quererle o por traicionarle.

El resto del día, en la estrecha tienda, transcurrió cálido para los amantes, mientras afuera el viento, frío e implacable, hacía intransitable el camino.

El macho, sujeto a un estaca junto a la puerta, se estremecía a los embates del viento y de la nieve; golpeaba con sus cascos el suelo como queriendo advertir al amo que era hora de continuar el viaje.

Vano empeño del noble animal. Su amo se había internado por otra senda y en pos de otro fin y, al terminar la jornada, iba a llegar a las tierras del placer...

A este rápido desenlace había colaborado, eficazmente, aparte de la mutua simpatía que ambos sintieran, la manera sencilla con que generalmente se conducen las que, como María Rosa, pertenecen a nuestra clase popular, clase que, en cuestiones de amor gusta muy poco, casi nada, de espiritualizar y alargar los preliminares del idilio, y solo dejan obrar fatal, inconscientemente a la fuerza de su pasión y de sus instintos.

Y así fue cómo Ramón y María Rosa, de las alusiones tímidas, pasaron a las declaraciones categóricas, de estas a caricias y de allí a todo lo que conducen el amor y el deseo, sin premeditación, sin cálculo, sin convencionalismos.

A la mañana siguiente, Ramón Centellas se despedía de la bella cholita de La Estrella del Oriente para seguir la marcha a Yungas.

La despedida fue tierna y a base de juramentos, caricias y promesas.

María Rosa, que estaba aún con los cabellos sueltos y el rostro empañado por la languidez de una noche de amor, subió a la colina cercana para seguir con la vista a su amado.

La mañana era espléndida. El cielo se había sacudido de todas sus nubes y brumas; no así la tierra que seguía adormecida bajo el manto nupcial de la nieve que extremaba su albura bajo el beso refulgente del sol.

En el último recodo del nevado camino desapareció el viajero. María Rosa vibró en un suspiro y volvió lentamente a su albergue. Y aquella vez los trapos de diversos colores, que tantas veces dieran al vigía de La Jalancha el oportuno aviso, permanecieron olvidados...

Y en aquella colina, donde una mano de mujer trazara el fatal signo de la hora trágica para tantos viajeros, tal vez aquel día floreció un voto ferviente por la ventura de Ramón Centellas.



Caía la tarde.

María Rosa, la de La Estrella del Oriente, estaba sentada junto a la puerta, tan indiferente para el mundo exterior que ni siquiera contestaba al saludo que los viajeros le dirigían al pasar. No intentaba siquiera

detenerlos; solamente seguía, con la vista baja, la estela barrosa que aquellos al pasar dejaban sobre la albura de la nieve.

¡La noche anterior era para ella tan preñada de recuerdos! Y al calor de estos no cesaba de saborear ruidosamente en su interior las impresiones dulces que aún guardaba. En medio del cuadro de su visión interna se alzaba inconfundible la imagen de un hombre, de aquel que en la noche anterior la había hecho tan dichosa. ¡Que volviera pronto!, pensaba, prometiéndose nuevos goces.

Si la tarde anterior pasó rápida junto a su amado, esta otra pasó igual junto a sus recuerdos.

Cuando llegó la noche, la enamorada cholita, sin pensar en cosas distintas que no fueran de su amor, fue a cobijarse al lecho, donde encontró todavía dos tibias depresiones en las que depositó apasionados besos.

Sería la media noche cuando su sueño, que acaso en esos momentos reconstruía el encanto de la noche pasada, fue interrumpido bruscamente por fuertes golpes a la puerta, seguidos de una voz resuelta:

—¡María Rosa, abre la puerta! Soy Blas. Abre pronto. Me manda tu padre.

Instantes después, María Rosa, ya vestida, abrió la puerta. Casi al mismo tiempo entró, tiritando de frío y embozado hasta los ojos, un hombre de poco agradable aspecto.

Sacudiéndose los zapatos llenos de barro, y desembozándose, tomó asiento.

—Maricuchita, si tardas en abrir me muero de frío.

—Bueno, ahora ya no hay cuidado. ¿Qué te trae aquí a estas horas?

El hombre, en lugar de contestar, rió estúpidamente, mostrando su dentadura verdinegra por el abuso de la coca.

—Ja, ja, ja. Eres muy seria, Maricucha.

Después, acercándose a ella y pugnando por mostrarse amable y delicado, añadió:

—¿Sabes, *chunquito*, que me gustas mucho?

—¡Esto sí que es lindo! —contestó burlona—. ¿Y a decirme esto te ha mandado mi padre?

—Te voy a ser franco. He venido por mi cuenta y... ya no pienso volver a las cuevas.

—¿Te ha echado mi padre?

—No; mi jefe no tiene por qué echarme. Yo siempre le he ayudado más que nadie.

—¿Entonces, por qué?

—Maricucha, estoy cansado de ser un bandido. Cuando alguien como yo se ha despachado a tantos a la otra costa, y, sobre todo, cuando el mejor rato puedo ir a dar a la cárcel, los remordimientos y la inquietud no me dejan vivir en paz. ¡Al fin uno tiene conciencia! El día menos pensado puedo morir y no quiero irme al tacho colorado.

—Entonces, debes tener ya con qué vivir. ¿O es que piensas mendigar? Blas dejó su gesto sombrío para volver a reír y añadió:

—Ya lo creo que tengo con qué vivir —y señaló debajo de su poncho—. Tengo un dinerito que lo he cancheado hoy de mi cuenta. Tu padre no sabe nada.

Acabó por sacar un voluminoso envoltorio hecho en un pañuelo lleno de mugre, y lo ofreció a María Rosa:

—Desátalo. ¿No te parece suficiente para que podamos vivir bien?

—¿Para que podamos has dicho? —preguntó ella con extrañeza, mientras se quedaba asombrada ante tanto dinero.

—Sí, pues. Para que tú y yo podamos vivir.

—¿Y yo qué tengo que hacer contigo?

El bandido se acercó más a la mujer, cogió una de sus manos y, estrechándola entre las suyas, grandes y ásperas, le insinuó con ademán torpe y apasionado:

—Maricucha, tú aseguras que nada tienes que hacer conmigo, y te juro que eso no es así. Pagas muy mal al que como yo siempre te ha querido. Además, tienes gran parte en mis crímenes, pues hace mucho tiempo que hubiera dejado de trabajar con tu padre; tal cosa me hubiera obligado a no volverte a ver, ¡y eso nunca!, ¡ni entre sueños! Pero ahora ya es distinto. Ahora tú y yo, si quieres, podemos libertarnos de esta vida criminal. Tengo lo suficiente para que podamos vivir con honra. He venido pues a proponerte que nos vayamos lejos de aquí, aunque sea fuera del país; pondremos algún negocio y estaremos bien. ¿Quieres?

María Rosa, ante tales palabras, dejó de ser burlona para su galanteador, y no tuvo más que sentir el peso de tales reflexiones.

¡Vivir con honra, regenerar su vida! ¿Qué podía hacer de más bueno? Si aquel mismo hombre que parecía un monstruo de maldad, un empedernido criminal, pensaba así para el porvenir, ¿qué diría ella, todavía una muchacha que tal vez estaba allí, inconscientemente, colaborando en los crímenes del Zambo Salvito, su padre, y de haberse hecho por esta causa una mujer fácil? Sí, estaba muy bien. ¡No más crímenes! Debía irse, y aunque no amara a aquel hombre, podía tener en él un salvador y un apoyo.

Así pensó, y como para responder a estos pensamientos, forzando cariño en sus palabras, le dijo:

—Esta noche hay tiempo para que hablemos, pero antes voy a prepararte algo para el frío. Estás tiritando.

Aquella solicitud, y más que todo, el haberse compadecido ella por su estado, hizo tanto bien a Blas que desde ese momento contó ya seguro con el cariño de la que amaba.

María Rosa le ofreció una taza de café, y después de un buen rato de reposo en que ambos, ya de acuerdo, trazaron sus planes para el porvenir, ella, con más cálculo pero acaso con menos pasión que otras veces como para dar en prenda su cuerpo, cuya posesión tanto ansiaba su amador, le invitó al lecho. Después de todo ya lo había hecho antes con otros con menos garantías...

Mientras el hombre se aligeraba de sus ropas, María Rosa, por decir algo y llenar con palabras esa especie de silencio nupcial que tanto embaraza, le dijo:

—¿Y cómo has reunido ese dinero? ¿Ha sido poco a poco?

—No, Maricucha; a pesar de que mi deseo era tener plata para irme contigo, no he reunido sino muy poco. Pero, esta mañana...

—Esta mañana, ¿qué? —preguntó impetuosa la mujer, cambiando de actitud.

—No tengas cuidado, *chunquito*, no he robado ese dinero a tu padre —insinuó él con calma, y quiso explicar—: era de un viajero que iba solo...

—¿Que llevaba un macho castaño y sombrero de jipijapa?

—Exactamente.

¡Dios mío, es él!, se dijo llena de sobresalto, haciendo lo posible por ocultar su emoción.

Entonces, en medio del cuadro de sus antiguas liviandades, sintió renacer nuevamente la pasión del día anterior, que por un momento había olvidado, y recordó a Centellas con toda la trágica fuerza de las circunstancias. Y, dándose recién cuenta de que aquel desalmado iba a ocupar el mismo lecho que su amado, y al presentir algo terrible, se horrorizó.

Al notar el cambio de fisonomía operado en María Rosa, Blas, que ya estaba en el lecho, se arrastró mimoso hacia ella:

—Maricuchita, ya no tengas cuidado. Desde ahora juro que voy a ser un hombre honrado. Será el último que he despachado...

—¿Le has muerto? ¡Infame!...

Una nube roja anubló su razón; paseó su vista desorbitada y la detuvo en los reflejos de un cuchillo, allí, muy cerca. Cogiéndolo, lo blandió como un relámpago.

—¡Canalla, ese era mi dueño!...

La hoja, sin dar tiempo a ser esquivada, se hundió, poderosa, en el corazón de Blas.

—¡El... último... Mari...!

—¡Sí, el último! ... ¡el último! –gritaba enloquecida la mujer, sepultando con furia el cuchillo una y otra vez en el pecho del infeliz...

A la mañana siguiente la puerta de La Estrella del Oriente permaneció cerrada. Su dueña había huido.

¿Su refugio?...

Tal vez un abismo o un lupanar. Pero nadie supo de ella.

La Miskki Simi

Adolfo Costa du Rels*

En aquellos años, Uyuni era el pueblo más desventurado de Bolivia. Su pampa árida y salitrosa, su clima glacial, sus periódicos ciclones que teñían de rosa el azul del cielo, lo destinaban a ser una colonia penal. Tocadas de zinc acanalado, como luciendo sombreros de plata bajo el sol hiriente, casuchas pintarrajeadas acurrucábanse a lo largo de anchas avenidas polvorientas, sin brindar hospitalidad, ni sombra, ni amparo. Uyuni era solo viento, sol y tierra. El viento, sobreponiéndose al polvo y a la luz, constituía a toda hora, de día y de noche, el *leitmotiv* de la inmensa sinfonía de la puna.

Algunas firmas comerciales, en su mayoría extranjeras, habíanse instalado allí para surtir de mercancías a las minas vecinas: Huanchaca, Quechisla, San Vicente, Cobrizos, La Mesa de Plata, y los jóvenes, ansiosos de labrarse un porvenir, encontraban en Uyuni bien remunerada ocupación. Eso sí, el trabajo era fuerte y duro. Se iniciaba con el alba, y en la noche cerrada se veía aún, a través de los cristales de las oficinas, cabezas inclinadas debajo de las pantallas verdosas de los quinqués.

Había un poco de todo entre aquellos a quienes los vaivenes de la suerte nos llevaron allí. Desde el señorito de casa grande venido a menos,

* Nació en Sucre en 1891 y falleció en La Paz en 1980. Es autor de las obras de teatro *Hacia el atardecer* (1919) y *Les croisés de la haute mer* (1953, con el cual ganó el Premio Rivarol; traducido luego como *Los cruzados de alta mar* [1954]). Además escribió las novelas *Tierras hechizadas* (1940), *Laguna H3* (1944) y *Los Andes no creen en Dios* (1973, libro que fue adaptado al cine por Antonio Eguino en 2007) y los libros de cuentos *El traje de arlequín* (1921, junto a Alberto Ostria Gutiérrez) y *El embrujo del oro (relatos del altiplano)* (1930; 1948, el mismo que es la obra 82 de la BBB).

“La Miskki Simi” aparece en *El embrujo del oro (relatos del altiplano)*, Buenos Aires: Viau.

hasta el mestizo morocho y el gringo rubio, lanzados todos a la lucha por la vida. Mas Uyuni era el gran igualador; en su seno desaparecían los desniveles sociales. No existía sino una clase: la de una juventud sufrida que pedía merced al destino. Éramos todos amigos; nos ligaba ese sentimiento desesperado de solidaridad que, frente al banquero, une a los jugadores alrededor de una mesa de bacará.

Joaquín Ávila llegó un día de Cochabamba para ocupar un puesto de responsabilidad en la Aduana Nacional. Su aire distinguido, sus modales suaves, su discreta elegancia y un no sé qué de impetuosidad siempre contenida, tanto en sus ademanes como en sus palabras, le conquistaron muy pronto nuestra simpatía.

No pasaron muchos meses sin que se hubiera incorporado totalmente a nuestra monótona existencia. Yo lo veía a diario. Después de cenar, nos reuníamos en el único hotel del pueblo, alrededor de una estufa. Allí se charlaba de mujeres o de política, entre sorbos de ron caliente. No había tertulia sin alcohol. Los rostros tostados se incendiaban a veces; las voces, un tanto roncas, se hacían más imperiosas, y los ojos centelleaban de una alegría ficticia. El chocar de las bolas de un billar vecino se mezclaba a veces al rumor de las discusiones.

Afuera los astros tenían un resplandor singular y su luz azulada alumbraba las anchas calles soñolientas. El viento glacial parecía afilar sus agujas sobre las mejillas de los transeúntes, muy escasos por cierto. El menor ruido repercutía indefinidamente en el silencio metálico de la noche. De vez en cuando, algún perro ladraba de frío, y el centinela del cuartel gritaba con lúgubre acento: “¡alerta!”.

Una vez por semana pasaba el tren internacional La Paz - Antofagasta. Era un acontecimiento que nos congregaba a todos en los andenes de la estación. Los pasajeros parecían mirarnos con sorpresa y luego con lástima. Había lindas mujeres cuyo perfume nos perturbaba; las admirábamos con envidia... Luego, una campana daba la señal de la partida; el pitar de la locomotora, al alejarse en la noche translúcida, parecía decirnos que allí, muy lejos, a la vera del mar, existían ciudades populosas, puertos de donde zarpaban vapores hacia Europa, hacia ese mundo donde el clima debía ser suave y la existencia grata. Escuchábamos sobrecogidos aquel llamado agudo y melancólico de la vida, barrido muy luego por el viento de la altiplanicie.

Silenciosos, cabizbajos, regresábamos al hotel para olvidar, o nos dejábamos tentar por algún compañero aficionado a juergas nocturnas con hembras de alquiler.

Joaquín Ávila o mejor dicho Joaco, como solíamos llamarlo con afecto, era uno de los contertulios de aquellas fiestas. Tenía una linda voz de barítono, y cantaba coplas sentimentales de su tierra, acompañándose con una guitarra. Esto le valió un suplemento de popularidad. Y poco a poco, en todas las tiendas con banderita roja de la calle Peligro, la presencia de Joaco era recibida con beneplácito por parte de las cholitas aficionadas al baile y a todo lo que el baile entraña. Estas se dejaban seducir muy pronto por aquella voz cálida cuyo eco solía trastornar sus almas entreabiertas.

Joaco varió sus conquistas, sin perder, empero, su albedrío. A veces, al amanecer, cuando el hastío nos echaba fuera de las habitaciones recargadas de humanidad, donde se había bailado toda la noche entre palmoteos y copas de aguardiente, en una promiscuidad casi animal con mujeres ebrias y obreros soeces, regresábamos a nuestras respectivas viviendas. Era la hora de las evocaciones familiares, y tal vez del remordimiento. Joaco me hablaba de Cochabamba, de sus hermanas y de una quinta solariega donde había nacido. Con detalles ingenuos me pintaba la campiña: Calacala, Queroquero, rincones agrestes envueltos en la modorra provinciana tan propicia a una forma poco ambiciosa de la felicidad. Su recuerdo, en medio del ambiente desolado, parecía obsesionarlo. Y quién sabe si no era precisamente una imagen de su propia adolescencia perfumada por el huerto natal, lo que Joaco buscaba en vano en aquellos amoríos pasajeros y fáciles.

Caminábamos de prisa para no ser vencidos por el frío. A lo lejos se oía aún el armonio asmático y el ritmo acompasado de los bailecitos. Las estrellas, más rutilantes que nunca, parpadeaban al aproximarse la aurora. Callábamos bruscamente, pues el silencio del pueblo, en el que se hundían nuestras almas como nuestros pasos en el polvo callejero, ensanchaba hasta el confín del horizonte, aún oscuro, nuestra angustiada soledad.

Cierta vez, a la salida de la oficina de correos, Joaco, que había acudido en pos de la carta familiar semanal, me habló de una muchacha que él amaba y de un vago proyecto nupcial.

—Para poder casarme con ella salí en busca de trabajo, pues sus padres pusieron reparos a nuestra unión por carecer yo de respaldo económico. Quiero ganar dinero para retornar a Cochabamba con la frente alta y pedir su mano. Me ha prometido esperar; tengo fe en ella... Pero ha pasado ya cerca de un año, y el poco dinero que gano, lo gasto... ¿Qué hacer?

—Ganar más y gastar menos —repuse sin gran convencimiento.

—Es fácil decir eso. Pero aquí en Uyuni la realidad es otra.

En estas palabras, percibí ya un dejo de fatalismo que iría acentuándose más con el correr del tiempo. Lo noté vacilante, llevando al arrastre

una voluntad poco tenaz. Nos separamos. La noche siguiente lo encontré bebiendo, de nuevo, en el hotel con desconocidos.

Un sábado, víspera de Navidad, Joaco me convidó a la casa de una cholita recién llegada de Pulacayo. Se llamaba Claudina, pero a causa de la extraordinaria belleza de su boca, se le conocía por el apodo de la Miskki Simi –la de la boca dulce.¹

El retrato que me hicieron de ella, y que yo había considerado lisonjero, no superaba al original. La Miskki Simi era una muchacha llena de variados encantos. Tez rosada, grandes ojos negros de mirada inteligente y escudriñadora, mentón voluntarioso y cuerpo delicado de formas, que al caminar, se movía armoniosamente, al punto de hacer suponer cierta intencionada afectación. Pero lo que dominaba todo el conjunto era la boca. Sensual, carnosa, de un rojo violento, sabía manejar con pasmoso acierto la sonrisa dulce o la mueca desdeñosa. ¡Oh, esa boca roja, roja sin más colorete que el que podía imponerle el beso! Rojez atenuada por la sonrisa o la alba aparición de la dentadura. Ora fruncida como una borla carmesí, ora alargada como un tajo sangriento, esa boca brindaba su carne cual satánica fruta. Flor de lujuria que atraía a los colibríes para que agotaran su alma al borde de la maléfica corola. Aquellos labios hacían pensar en las orillas de un mar en donde la sangre y el deseo espiraban en olas encarnadas. Y la piel de esos labios, unas veces tímidamente rosada, otras intensamente escarlata, hablaba de horas de apaciguamiento o de minutos de loca turbación. De repente, cual arteras armas descubiertas, los dientes mordían esos labios, y con leve movimiento perverso ajaban la seda de los extremos. Entonces, todo el rostro se animaba, se ensanchaba el óvalo de las mejillas, los ojos tenían mirada turbia, y en el pecho de los hombres se encendían hogueras secretas. ¡Cuántos habían cedido ya a ese voluptuoso llamado de la Miskki Simi!

La edad de aquella debía oscilar, a la sazón, entre los 25 y 30 años. Todos quedamos prendados de ella, abrigando en nuestros adentros deseos inconfesables. Aquella noche bailó con gracia y donosura; en la clásica media vuelta del bailecito sus caderas imprimían, a la pollera roja surcada de mil pliegues, un irresistible movimiento de campana echada a vuelo. Pocos movimientos conozco que exciten más la sensibilidad y la imaginación. Y la Mikki Simi sonreía satisfecha, pues sabía que ya todos estábamos enamorados de ella. Esa mujer atraía como atraen las gitanas

1 Nota del antólogo (N. ANT.): sin embargo, en el lenguaje popular de algunas regiones del país, “miskki simi” significa, más bien, “zalamera”; por eso, existe también la expresión “boca dulce, tripas amargas”.

con sus vedados sortilegios. No faltó quien pretendiera que había arruinado a un alto empleado de la Compañía Huanchaca. Y, para los muchachos que éramos, semejante detalle acabó de perturbarnos, prestigiando a la Miskki Simi de una aureola de mujer fatal.

Como siempre, Joaco sobresalió. Su voz se mostró a ratos aterciopelada como para expresar un ruego, a ratos grave, como dejando escapar una queja. La guitarra vibró mejor que nunca entre sus manos.

Cuando nos marchamos, el alba, napa rosada, cubría los salares circunvecinos; las cordilleras se destacaban aun sombrías sobre el fondo cerúleo del cielo. Joaco caminaba pensativo, sin su guitarra bajo el brazo. Alguien le preguntó:

—¿Y tu guitarra?

—La he dejado olvidada donde la Miskki Simi.

—¿Olvido? ¿De veras?

—Sí, olvido...

Seguimos caminando en silencio. Luego, como si soñara en alta voz, Joaco murmuró:

—¡Qué mujer!...

Hacía ya mucho rato que todos habíamos reconocido esta luminosa verdad.



Como era de prever, Joaco se enamoró de la Miskki Simi. Volvió un día en busca de su guitarra, y se pudo colegir que no saldría nunca más de la casita blanca con alero de tejas pardas que, en la calle del Peligro, servía de vivienda a la Miskki Simi. Esta, poco dispuesta a los favores transitorios, y tal vez seducida por la apostura de nuestro compañero, aceptó aquel amor tan melodiosamente subrayado por una guitarra. Necesitaba de un hombre, de algo. Joaco fue ese hombre, ese algo... Y se enredó con ella cada día más. Dejó de hablar de Cochabamba, dejó de hablar de la novia. En los labios de la Miskki Simi había bebido el olvido. Algún tiempo después supimos que vivían bajo el mismo techo en la calle del Peligro... Y así empezó el concubinato —el encholamiento.

Para ello quizá Joaco halló en su espíritu razones que lo absolvieran: ¿qué puede hacer un joven de 20 años, solo, en un rincón perdido del mundo, sin familia, rodeado de otros seres igualmente roídos por la soledad? Cuando hace frío y se está triste, ¿qué puede hacer un corazón tierno, sin derrotero? En las largas noches de invierno, azotadas por el viento, ¿acaso el hombre más miserable no anhela un poco de cariño, un

lecho tibio aunque de fango? En las minas, en los poblachos perdidos del Altiplano, todos se inclinan ante esta ley humana. Aquello no sorprende ni escandaliza. Mas entre el alcohol y la chola, las voluntades zozobran y los caracteres se envilecen.

Pasaron los meses. Joaco se mostraba retraído y apenas si se dejaba ver, pero ya sabíamos dónde encontrarlo. Bastaba pasar por la calle del Peligro, un domingo o un lunes, para escuchar su voz grave, cantando las mismas canciones con que había conquistado el corazón vacante de la Miskki Simi.



Aunque escasamente sabía leer y escribir, la Miskki Simi poseía cualidades innegables. Su viveza natural, unida a una astucia juguetona y a un singular don de autoridad, le daban marcada superioridad sobre los demás. Pertenecía a la raza de las grandes cortesanas y, tal vez sin quererlo, jugaba con los hombres, como aquellas jugaban otrora con las perlas de sus collares.

La lenta soldadura de la costumbre hizo que Joaco se identificara con ella. Por un extraño mimetismo, fruto de una pasión carnal exacerbada por libaciones nocherniegas, identificó su personalidad con la de su compañera. En el primer beso, la Miskki Simi le había transmitido su veneno, imponiéndole su ley. Arte femenino de la boca que se ofrece y de la boca que rehuye, juego sutil, exasperante, artimañas de la sonrisa o del mohín que acompañan las palabras adecuadas con que se reduce un espíritu débil, ya vencido. ¡Con qué cautelosa y calculada oportunidad aquella gata sabía arquear el lomo bajo la caricia de un hombre dispuesto de antemano a todos los abandonos!...

La Miskki Simi se mostraba cada día más bella y más elegante, vale decir, más segura de sí. En los días de fiesta, lucía suntuosos atavíos, polleras de crujiente raso, mantones de Manila que le hubiera envidiado la gitana más lujosa del barrio de Triana. Tanta ostentación no pudo pasar inadvertida; menudearon los comentarios malintencionados y las suposiciones malévolas, bruscamente confirmadas por la aparición de dos enormes perlas –dos inverosímiles gotas de luz irisada– que no se desprendieron más de las orejas de la Miskki Simi. Una mala lengua insinuó el nombre de un contrabandista notorio que fomentaba la caza, prohibida, de la chinchilla, en la frontera con Chile; otro aseguró que se trataba de un ingeniero francés que había bajado de Pulacayo, y quien, una noche de invierno, forzó las puertas de la Miskki Simi, pistola en

mano... Chismes tal vez exagerados que la maledicencia popular tejía y destejía, en su afán de hallar una explicación a la vida rumbosa de aquella mujer de linda boca.

Mientras tanto, por singular contraste, Joaco, tan acicalado antes en el vestir, llevaba de ordinario el traje manchado, el cuello dudoso, la corbata raída. Dejaba de afeitarse con frecuencia, dos arrugas profundas marcaban las comisuras de los labios, dándole un aire displicente y triste. Su rostro fresco de muchacho lucía una máscara agobiadora de ceniza. Sus ojos, al perder su brillo juvenil, aparecían siempre irritados por las continuas trasnochadas, la bebida, tal vez las lágrimas... Noches de alegría desmentida por los alaridos del viento; noches de perdición en que el alma y el cuerpo van a la deriva, en busca de un olvido que no es olvido... Joaco acabó por ocultarse a sus amigos.

Algún tiempo después, supimos que había sido destituido de su puesto de vista de Aduana. Se habló de que se le iba a seguir juicio por prevaricato. Nadie pareció sorprenderse, y más de uno murmuró: "Tenía que ser así...".

El escándalo nos llenó de tristeza. Como alguien insinuara que Joaco podía ser arrestado de un momento a otro, resolvimos que yo fuera a interceder por él ante el Administrador de la Aduana, su jefe inmediato. Conocía a don Pacífico Dalence, hombre afable e inteligente, a quien me proponía describir el drama de nuestro compañero.

A la mañana siguiente, con gran sorpresa, encontré a la Miskki Simi en la plazuela de la Aduana. Vestía una pollera rosada y –cosa que me extrañó– un mantón de espumilla negra, como si llevara el duelo de alguien. Sus facciones se mostraban ligeramente alteradas, y alrededor de sus ojos círculos azulados parecían marcar el comienzo de un precoz otoño. Al verme, sonrió. Con la sonrisa, desaparecieron las señales premonitorias de su próxima decadencia. Le pregunté por Joaco.

—Ya debe saber que ha perdido su puesto –me dijo ella, bajando los ojos–. Tenía que suceder... Tanto le dije... tanto le dije que se fuera a su tierra... No ha querido. Dice que no puede dejarme. ¡Sonseras! ¡Que se vaya! Yo me basto sola... con mi negocio...

—¿Qué negocio es ese? –pregunté.

—Vendo licor y cigarrillos. Vendo también empanadas... Como ustedes ya no vienen a visitarme, no saben lo exquisitas que son...

Al escuchar aquella voz insinuante, ya medio ronca, reconstituí mentalmente el drama del desgraciado Joaco. Descenso de un señorito en el abismo abierto por aquellos labios plebeyos... Imaginé las juergas, el despertar, cada mañana más amargo, el alma y la carne tristes; luego, los

celos de Joaco (no podía suponer yo ninguna complacencia de su parte), y las mentiras de la Miskki Simi, las injurias, las disputas... Pobre Joaco, relegado poco a poco al triste papel de animador de fiestas, poniendo sus canciones y guitarra al servicio de forasteros que solo tenían un deseo: conocer el sabor de aquella boca dulce, célebre en el pueblo. “¡Que se vaya, que se vaya a su tierra!”. Pobre amor incauto, pueril, que entre sorbos de alcohol, creyó escamotear la realidad de la vida con el espejismo de unas canciones...

Miré a la Miskki Simi. Como si hubiera adivinado todo lo que pensaba de ella, me clavó los ojos con dureza; los signos de la usura del placer reaparecieron sobre su rostro, y su boca se frunció en un mohín desdeñoso. Me despedí de inmediato; no quise que aquellos oídos, solo abiertos a la lisonja, escucharan palabras duras.

Don Pacífico Dalence era un hombre aún joven, pequeño, regordete, de escaso bigote, pero de inteligencia clara. Dos ojillos vivarachos, en un rostro trigüeño, impregnaban su acogida de cierta luminosidad cordial. Cundo le expuse el motivo de mi visita, una repentina gravedad, cual pequeño crepúsculo, oscureció su mirada. Me refirió, con palabras mesuradas, la serie de errores cometidos por Joaco.

—Recibí ciertas denuncias —me dijo—. Las eché al canasto. Más tarde, menudearon; me daban datos por cierto inquietantes. Llamé a Ávila y le pedí explicaciones. Negó. Acepté sus protestas, insinuando empero que la voz pública señalaba a la Miskki Simi como a la causante de todo. Se puso pálido y permaneció silencioso. Como insistiera, me contestó con visible esfuerzo que tenía un hijo... No me atreví a preguntarle si estaba seguro de ser el padre de la criatura... El desgraciado se desplomaba a ojos vista. Me dio lástima. Le perdoné sus faltas y me prometió enmendarse. Pocos meses después incurrió en nuevas indelicadezas al recibir sumas de dinero de comerciantes inescrupulosos, interesados en obtener aforos complacientes. Ávila percibió así, en estos últimos tiempos, mucho dinero, mucho... Codiciosa, insaciable, la Miskki Simi lo ha empujado por la fatal pendiente. Hoy ha tenido la osadía de venir a interceder por él, pretendiendo que todo es calumnia. La he echado de mi oficina, diciéndole que le desconocía todo derecho para ocuparse de Ávila. Tuvo que marcharse, un tanto sorprendida de que sus sonrisas y su elegancia hubieran perdido todo poder.

Don Pacífico terminó asegurándome que Joaco, definitivamente apartado de su puesto, no sería perseguido.

—Lo hago —añadió— porque comprendo su drama, y lo hago también por algo que tal vez usted ignore: Ávila desciende, por madre, del marqués

de Echalar, uno de los fundadores de la ciudad de Antioquia, en el virreinato de Santa Fe. Su tatarabuelo vino al Alto Perú con el Libertador...

Esta revelación, a la que de inmediato no di particular importancia, me hizo medir más tarde la dramática decadencia de nuestro amigo.

Meses después, debido a los vaivenes de la vida, hallábame en vísperas de abandonar Uyuni, tal vez para siempre. Enterado de mi próxima partida por algún amigo común, Joaco vino a verme. Parecía enfermo. Tenía los ojos hinchados y la tez cobriza. Los pómulos estaban veteados de venillas moradas. Solo llevaba un pañuelo de seda al cuello. Ya no era, por cierto, el muchacho cenceño y pulido que llegara un día de Cochabamba.

—Sé que te marchas —me dijo—. Que te vaya bien... Claudina te manda saludos.

Como eludiera hablar de la Miskki Simi, Joaco añadió:

—Sé que no irás a despedirte de ella. No la culpes de nada. Tengo mala suerte; eso es todo. He escrito a mis padres para que me busquen un puesto en el Beni. Allí espero que podrá irme mejor. Entonces, me sería fácil mandarle a Claudina lo que necesite... Tal vez ella pueda ir a reunirse conmigo... más tarde...

Lo noté vacilante, forjando pretextos como todo abúlico. Caminamos un rato sin hablar, evitando grandes charcos de agua sucia. Era una mañana de verano lavada por la lluvia de la víspera. Las casas tenían colores más vivos y el viento había bajado su diapason a la sordina de un brisa leve. Numerosos rebaños de llamas cargadas de metal pasaban lentamente. Una que otra carreta salía de la estación del ferrocarril; en medio de una algazara de cascabeles y campanillas alcanzábamos a oír las palabras soeces de los carreteros.

Joaco insinuó nuevamente sus invectivas contra la suerte. Hizo alusión a su salida de la Aduana, según él, por obra de enemigos gratuitos que le envidiaban haber sido elegido por la Miskki Simi. Luego me confesó que su situación era precaria y que carecía de lo más indispensable, acabando por pedirme 100 pesos prestados.

—Un apuro del momento —añadió—. Te los devolveré en Oruro, donde estaré el mes próximo.

Del fondo de una tienda con banderita roja salía el sonido melancólico de una quena. Estábamos en febrero; el carnaval se avecinaba, y esa música indígena, de solo cinco notas, árida como el desierto, parecía anunciar con tristeza el loco regocijo del mañana.

Ah, ese carnaval del Altiplano, en las minas, en los villorrios, en los caseríos perdidos detrás de alguna loma. Reventazón plañidera, a fecha fija, de la vieja alegría humana. Ah, ese carnaval, mezcla de ingenuidad,

de lujuria y de borrachera; afán de aturdirse, de olvidar... Pandillas multicolores, quenás infatigables que parecen quejarse tanto, que se diría que es el viento de la pampa el que las toca. Y alcohol, alcohol, escanciado en torno a mujeres lujosamente vestidas con el trabajo de todo un año de sus amantes...

Entonces comprendí el porqué del préstamo que Joaco acababa de solicitarme un tanto avergonzado. Le di el dinero; lo cogió desviando la mirada y mascullando agradecimientos. Al despedirse dijo entre dientes:

—Al saber Claudina que este dinero procede de ti, se sentirá muy contenta... te aprecia mucho...

Hizo una pausa y agregó:

—Deberías ir a despedirte de ella.

No supe qué contestarle. Finalmente Joaco se marchó. Lo vi alejarse con apenada simpatía. La quena seguía emitiendo su melopea desgarradora, siempre en tono menor, con la voz de esa tierra desolada y estéril. La temperatura, aunque fresca, era agradable. El sol resplandecía, y su calor y su oro, dispensados con profusión, disfrazaban apenas la humildad de tanta miseria.



Cerca de 20 años transcurrieron. En el pasado invierno, viajaba yo a la costa del Pacífico. El tren internacional llegó temprano a Uyuni. En vez del melancólico espectador de antaño, era yo ahora uno de aquellos viajeros que tanto envidiábamos. Había poca gente en el andén. Fuera del acostumbrado enjambre de indios y de cholás, uno que otro empleado de la Aduana pasaba, con el cuello envuelto en la clásica bufanda de vicuña. De repente, sentí un brazo en mis hombros, y sobre mi rostro un tufo de alcohol; vacilé en reconocer a Joaco en aquel ser destruido que me ofrecía esa muestra de afecto. ¿Joaco? ¿Era posible?

Había envejecido increíblemente. Profundas arrugas surcaban su piel, que se hundía en las mejillas; su boca desdentada me sonreía con tristeza. Un miserable gabán le cubría las espaldas. Su camisa estaba echa jirones. Tenía el ademán incierto y la actitud esquiva del que teme un desaire.

Lo acogí con cierto calor, como se acoge a un testigo de la añorada juventud. En pocas palabras, a menudo entrecortadas por una tos persistente, se refirió a su miserable existencia, sus proyectos nunca realizados y sus caídas de empleo en empleo, cada día más subalternos...

—Estaba tan contento en la casa Ivanovic. Pero la casa quebró —dijo en voz baja, mirando el suelo—. Trabajo ahora en la policía... Gano apenas para comer. La vida ha encarecido en forma horrible, tú sabes...

Calló. Advertí que un imperceptible temblor le sacudía las manos. Le iba a brindar alguna ayuda, cuando, con gran esfuerzo, añadió:

—Tal vez no lo sepas: la Claudina se fue...

—¿Te dejó?

—Hubo desavenencias... de poca monta... En un rato de mal humor, se fue... Se fue y no volvió nunca más... Yo tuve la culpa de todo. ¡Yo tuve la culpa! ¡Qué mujer!... ¿Te acuerdas? No puedo olvidarla... ¡No puedo!

Con qué amargura desesperada Joaco pronunció estas palabras. A pesar de los años y de las malquerencias, el embrujo de la Miskki Simi perduraba tan poderoso como antes, a punto de mantener en aquel desgraciado un estado permanente de nostálgico apego.

El viento de la puna que hacía vibrar encima de nosotros los hilos del telégrafo, me pareció más helado que nunca. Dejaba, sobre los labios, el sabor acre de los salares vecinos, sin borrar, empero, en quien tanto la añoraba, la huella de aquella boca maldita...

Joaco permanecía inmóvil, la mirada clavada en el suelo. Sus hombros parecían encorvarse bajo el peso de un invisible fardo.

—¿La has vuelto a ver alguna vez? —inquirí yo, disimulando mal cierta curiosidad apiadada.

Joaco meneó la cabeza, y con voz sorda, entrecortada, murmuró:

—Vive con un forastero... un ricacho... Dicen que explota estaño y wólfram por el lado de Esmoraca... ¡Una mina en boya!...

No supe qué decirle. ¿Qué esperaba de mí aquella rama seca del árbol hermoso de antaño? ¿Qué nueva savia, qué milagro? Apenas pude murmurar palabras banales, ofreciéndole un poco de dinero...

Joaco, las facciones contraídas por una especie de cólera sorda, me examinó de pies a cabeza y exclamó:

—Nada te pido... Así es la suerte de perra... Ayuda a unos, y a otros...

Y dándole la espalda, el infeliz se marchó. Lo seguí con la mirada y lo vi hundirse —hundirse para siempre— en un remolino de indios y de cholos.

Los dos jinetes*

Adolfo Costa du Rels

El camino que va de Challapata a Potosí, y que muy pocos viajeros recorren todavía, es de lo más triste y siniestro que existe. Mucho antes de la conquista española esa ruta corría ya por montes y valles, por aquí y por allá, a merced de la efímera existencia de los poblachos. Desde entonces, profundos desfiladeros y gargantas se han adueñado de ella, mientras los tamberos pretenden adivinar su curso en el fondo tenebroso de los precipicios. Y así, el camino que va por aquí y por allá, cargando su vieja espalda curvada, pone en la distancia una nueva razón de existir.

El viajero que quiere ir de Challapata a Potosí tiene las etapas fijadas de antemano; las postas están separadas por un número igual y uniforme de leguas, las que se pueden recorrer en una mula, a un paso normal, desde el amanecer hasta la puesta del sol. El que se aventura por esas regiones debe llegar al albergue antes de la noche. Las pampas altas, al amparo de las sombras, tienden sus lazos y suscitan visiones terroríficas. Los indios dicen que jamás debe turbarse el sueño de Pachacamac, el dios terrible el desierto, de las montañas y los valles. El relato que sigue, es una prueba de ello.



Era 1889, en lo más fuerte del invierno. Yocalla era el último albergue en el que pasaban la noche los viajeros que se dirigían a Potosí. Imaginaos a 4.100 metros de altura enclavada entre dos montañas pardas una casa

* “Los dos jinetes” fue tomado de *Antología de cuentistas bolivianos contemporáneos*, de Saturnino Rodrigo (antologador) (1942), Buenos Aires: Sopena.

encorvada bajo el peso de su techo de paja y barro, sus paredes blanqueadas de cal pero descascaradas por la lluvia y el viento, con un aspecto confuso y miserable. Algunas chozas de indios, casi siempre deshabitadas, la rodean con sus pequeños conos terrosos. Un gran muro por cerco, agujereado por una sola puerta, pretende preservarla de los vientos y de los peligros nocturnos, siempre posibles en esa soledad.

La casa no tiene más que tres habitaciones, tres nichos paralelos que dan sobre una especie de galería abierta a ras de tierra, sobre el patio.

Ese día don Cristóbal Quespi, el maestro de posta, como de costumbre, no tenía mucho que hacer; acurrucado contra la pared, bajo su poncho grueso y multicolor, mira con los ojos embrutecidos una artesa vacía que poco a poco se llena de polvo. Es un mestizo de cara azafranada donde las huellas de la viruela son como islotes incoloros entre la espesa grama canosa que tiene por barba. Sus ojos acuosos y muertos zozobran bajo los párpados pesados, humedecidos sin cesar por las secreciones lacrimales.

La víspera, para engañar a su fastidio, se había emborrachado solo. Hoy día rumia su hastío, con la mirada vaga y un rictus de enfado en la comisura de los labios. ¿Quién podrá decir, jamás, en qué piensa un indio acurrucado que masca su coca en el umbral de una puerta?

De improviso una mujer, amante y sirvienta, aparece desgredada, vestida con miserables andrajos; le dirige algunas palabras. Don Cristóbal mira largamente el cielo poblado ya de pesadas nubes. Hace un mohín. “¡Tiempo de perros!”, piensa.

—¿Nevará esta noche, Cristóbal? —dice la mujer.

—¡Qué puede hacernos eso! —responde con tono hosco el viejo—. El correo pasó ayer. Peor para los que están afuera. Voy a meter el forraje.

Y con aire laxo, recoge los haces de paja seca dejados a propósito en el patio, por si acaso alguien llegara.

El día, como un viajero atemorizado, se apresura hacia el albergue del horizonte. Las ráfagas van a romperse en las paredes de la posta. El viento sube ya del desierto, quejumbroso y sin aliento, su queja repercute hasta en el fondo de los barrancos, forrados ya de bruma. Y las chozas de los indios se empequeñecen para que no las barra el viento, como a las hojas muertas.

Cristóbal va a cerrar la puerta del cerco, cuando un individuo, al que reconoce al instante, entra al trote.

—Buenas tardes dé Dios, señor Estévez —dice el postero.

—Buenas tardes dé Dios, Cristóbal.

Cambian así el religioso saludo de la tarde. En esas soledades todo se pone bajo el amparo de Dios.

El postero se precipita obsequioso y sonriente. El llamado Estévez, después de apearse, le entrega las riendas, cansado, y entra en la casa cuyos recónditos rincones parecía conocer.

En la habitación destinada a los viajeros, se quita el pesado poncho que le cae hasta los talones; entretanto entra la india llevando un brasero lleno de brasas de carbón, crepitantes. Y, como de costumbre, el lancinante y humilde saludo dicho con voz aguda:

—Buenas tardes dé Dios, señor.

Una vez que la mujer se retira, Estévez extiende sus manos violáceas sobre el fuego.

Es un fuerte y gallardo hombre, bien hecho, de unos 40 años; una traza cualquiera, de minero o comerciante. Sus pómulos salientes, sus ojos semicerrados, su color terroso dicen de su origen y de sus largos viajes por la puna. Un bigote espeso oculta discretamente su boca donde dos fuertes caninos —íbamos a decir: dos defensas— asoman sobre el labio inferior, dando a su fisonomía un aspecto desagradable de hombre fiera. Muy conocido en toda la región, desde Huayna Potosí hasta Huanchaca, se ocupa de negocios turbios junto a las minas en boyas. Su negocio consiste en comprar a bajo precio el metal de alta ley que los obreros roban disimulándolo entre sus ropas o sus cuerpos, a la salida del trabajo. Él era su cómplice y su providencia, era lo que se llama un rescatador.

Desde el principio del año visitaba todas las minas al acecho de un nuevo filón, preguntando a unos, excitando la codicia de otros, y todo ante las barbas de los patrones que no podían hacer nada contra él. Pero, al decir de ciertos maldicientes, el dinero así ganado se iba rápidamente entre sus dedos. Estévez adoraba el juego y las mujeres.

—¿Y cómo van los negocios? —pregunta Cristóbal, asomando su hocico de garduña por el marco de la puerta.

—¡Hum!... ¡Para el trabajo que me doy! —responde sordamente el rescatador.

—¿Se quedará mucho tiempo en Potosí?

—Dos semanas.

—¿Sabe que la mina Amigos, de Colquechaca, está en boyas?

—¡Ah!...

—Uno que vino de allá me lo dijo el lunes.

—¿Un filón?

—No; un bolsón de plata pura... de rosicler... Parece que es algo fantástico.

—¡Ah!...

—Hay que ir a Colquechaca, don Luis.

—Iré, Cristóbal; además, allá tengo un amigo... un socio...

Los ojos de Estévez se encienden con pequeños relampagueos consecutivos; se calienta las manos heladas sobre las brasas del brasero, pudiendo quemarlas: tal es la sequedad de sus dedos sarmentosos y tiesos. Calla.

¡Ah, esos filones de Colquechaca, tan maravillosos, pero tan inestables! Se los persigue durante largos años, sacrificando brazos y capitales, en una terrible conquista subterránea que el agua y la roca detienen a cada instante con sus obstáculos alternados. Y un buen día, cuando la suerte cree que ya le fueron inmolados bastantes hombres, la plata aparece de repente. Ya es un hermoso filón tendido como una serpiente con la cabeza y la cola perdidas entre la noche de la tierra. Ya es un bloque macizo, un depósito de metal guardado en el corazón de esa fuente tenebrosa que es una montaña. Y es, de nuevo, la prosperidad, la alegría brusca, la ebriedad de la explotación. Y Estévez sueña con todo eso; en su cabeza ruedan mil ideas donde la codicia, la ambición y la audacia alzan su terrible trilogía.

—Habrás, pues, que ir a Colquechaca —murmura entre dientes.

De improviso el perro comienza a gruñir.

—¿Alguien que llega? —pregunta Estévez.

—No creo, señor —responde Cristóbal.

Pero el can mordisquea ya el crepúsculo con su aullido obstinado.

—Parece que llaman desde afuera —dice la india.

Y Cristóbal, seguido por el rescatador, va a ver quién, a esa hora, pudo haber encallado sobre los bancos blandos y traidores de la sombra creciente.

—¡Postero! ¡Postero! —grita una voz débil desde la puerta del cerco.

Cristóbal abre. Un caballo entra al paso, con las orejas gachas y se detiene; su jinete, que parece no tener ya el dominio de su caballo, no se apea y está como prendido a la montura.

—Por favor, ayúdenme.

El postero y Estévez se aproximan.

—Tengo las manos completamente congeladas... Miren: tengan la bondad de desatar estas correas; me hice amarrar por miedo a un adormecimiento o a un síncope. A mi edad... ¡qué quieren ustedes! Eso es... el nudo es difícil de desatar... ¡Oh!... ¡Sí!... El frío ha endurecido el cuero.

La noche se ha colado en el patio tras el desconocido, y Cristóbal tiene que desatar al tanteo los lazos que sujetan a la montura al extraño viajero.

—Sin este noble animal, que por instinto se ha parado en la posta, ¿qué habría sido de mí? —dice—; el frío me hubiera matado. Mi vista turbada ya no distingue nada... Debo haber perdido mis pies en el camino porque ya no los siento.

Intenta levantarse. Vano esfuerzo. Estévez y Cristóbal deben bajarlo y llevarlo a la habitación. Allá, dos buenos tragos de singani y el calor del brasero lo reaniman más pronto de lo esperado.

Un ligero tinte rosa colorea sus mejillas, se iluminan sus ojos y ya puede agradecer, tranquilamente, a sus huéspedes.

Como ya es muy tarde, Estévez invita a su compañero de azar a participar de la frugal comida que la india le preparara.

Mientras comen, no tardan en decirse sus respectivos nombres, y es así como el rescatador puede saber que su interlocutor es un español llamado Cabralín, un lindo viejo, con la barba espesa y blanca como una cascada. Nariz aguileña, sonrisa franca, palabra fácil aunque mesurada, como la de los guipuzcoanos, esos bretones de España.

Cristóbal, que había regresado ya, se queja de la soledad y del frío. Era de Cochabamba donde el clima es muy suave, y donde había, muchas veces, soñado regresar. Pero, como todo indio, era negligente y fatalista. Y solo cuando conversa con los viajeros, las ideas del retorno le acuden.

—Se dice que este camino está hechizado. Usted debe haber pasado por un puente, señor —le dice al viejo.

—Sí... un puente situado a unas dos leguas, y uno de los lugares más siniestros que he visto en mi vida. Lo pasé a la caída de la tarde.

—Felizmente, pues es el Puente del Diablo —continúa Cristóbal—. Cuando se lo pasa de noche, el maligno está allá y como dice la leyenda, hace pagar los derechos de peaje...

El español sonríe irónicamente.

—¡Ah!... no hay que reírse, señor.

—¿Cree usted en esas tonterías? —pregunta, burlón, Estévez que, hasta entonces, parecía perdido en sus pensamientos.

—Lo único que puedo decirles, señores —dice el indio con tono sordo—, es que no pasen nunca a medianoche por ese puente. Hace ocho años dos viajeros no quisieron oírme, y, a fin de aprovechar la luna, se pusieron en camino después de la cena. ¡Dios mío! Algunos días más tarde hallaron sus cadáveres bajo el puente maldito. Sus caras estaban completamente negras... Parece que otros muchos murieron en igual forma, yo no lo creo, pero a esos dos de que les cuento los vi yo... yo que les hablo... Esta región es muy peligrosa, señores. Por este camino es por donde los españoles llevaron, durante casi tres siglos, los metales de Potosí.

Todos los malos instintos humanos han pasado por aquí. En las alturas de Tres Cruces –muy cerca de aquí– el siniestro Tola, uno de los lugartenientes de Tomás Catari, dio la señal para la más terrible y espantosa sublevación de indios. De eso hace ya cerca de cien años...

El tono del postero se hizo tan grave, que ninguno de los viajeros osó sonreír más.

Estévez, con su melosa curiosidad de mestizo, hace algunas diestras e indiscretas preguntas que el español esquivo con indisimulable desconfianza.

¿Qué iba a hacer a Potosí? ¿Piensa quedarse allá algún tiempo? ¿Quizá un pariente rico a quien va a visitar? ¿O una herencia?...

Estévez no puede averiguar nada. Todo lo más que logra saber es que Cabralín acaba de llegar a Bolivia y que va por primera vez a Potosí.

El anciano parece un poco afectado por la temperatura, por el paisaje triste que había atravesado y, sobre todo, por la terrorífica soledad de ese camino.

—Si por azar uno viniera a morir aquí –dice con tono a la vez burlón y amargo–, no se sabría cómo rendir cuentas a Dios. Estoy seguro que él no vendría a cobrarlas.

—Es evidente que esto es el purgatorio sobre la tierra –dice irónicamente Estévez–. ¡Cuántas almas en pena, señor, deben errar así a lo largo de la puna mortífera!

—Eso que nosotros creemos que es el aullido del viento –interrumpe gravemente el español–, ¿no será, entonces, el lamento desgarrador de los que murieron aquí, abandonados?

Sus palabras sordas fueron acalladas por el eco entrecortado y nervioso del viento.

Cristóbal desaparece.

Una taza de singani, ligeramente mezclada con té, desvía felizmente el curso de la conversación.

—¿A qué hora piensa usted partir? –pregunta Estévez a Cabralín.

—Al amanecer –le responde–. No quiero que otra vez me sorprenda la noche.

—Pero no vale la pena, señor, madrugar tanto; la jornada es más corta que las anteriores. Me sentiría feliz de ser su compañero de viaje, y para llegar a Potosí antes de la noche, bastará salir a las ocho. Evitaremos así el frío del alba, que es tan fuerte.

—¡Me lo va usted a decir a mí!

—Y hasta nocivo –insiste el rescatador–. Duerma usted todo lo necesario, descanse bien, nada nos apura; yo soy un viejo viajero, como ya

he tenido el placer de decírselo. Este viaje es, por lo bajo, el trigésimo que hago a Potosí: eso le dirá si conozco o no el camino. Estaré, pues, verdaderamente encantado de serle útil y prestarle cualquier servicio.

—Le quedo sumamente agradecido, señor; es posible que aproveche de sus tan amables ofrecimientos. Si el sueño, como es muy probable, no me deja antes del alba, le ruego me sacuda un poco para despertarme; entretanto le ruego me disculpe y me permita recogerme a descansar, pues la fatiga del viaje me ha triturado los huesos.

Cada uno se acuesta, mejor dicho, se tiende completamente vestido, con la montura como almohada. Estévez apaga la vela, se escuchan aún algunos ruidos: las mulas que se defienden a coces del frío, el perro que sigue ladrando y ladrando, el choque monótono del viento contra el bloque de la noche.



Debe de ser muy tarde cuando Estévez despierta a causa del frío.

Ningún rayo de luz penetra todavía por las rendijas de la puerta; el corral está sumergido en el silencio. Afuera, las tinieblas... Ningún astro puede brillar para engañar a los gallos, ansiosos de claridad.

El rescatador, después de haberse arrebujado, friolento, para la oreja. Le parece que su vecino le habla.

—Señor, ¿qué desea?

El español no contesta. Pasan algunos minutos.

Algunas palabras entrecortadas llegan claramente hasta los oídos de Estévez que piensa: “El viejo sueña... debe soñar como yo mismo he soñado con las estupideces que Cristóbal nos ha contado”.

La voz se hace más clara. En vez de un cúmulo de palabras incoherentes, es un monólogo largo, con pequeñas pausas, como si la memoria tuviera pequeños desfallecimientos. Estévez, intrigado y siempre curioso, se yergue en su lecho y escucha. He aquí, más o menos, lo que dice Cabralín, profundamente dormido:

“Jorge, te prometo, llegaremos, llegaremos... Los datos que tenemos son tan claros... ¿Te acuerdas de las recomendaciones del marqués? El buen viejo... Dios debe haberlo recibido en su seno... Deseaba tanto cruzar los mares, llegar a Potosí y recoger el tesoro ocultado por sus antepasados en... en... ¿qué año?... ¿en qué año?... 1631. ¡Ah, sí! ¿Dónde has puesto el pergamino? ¿En el cofre? Pero yo no puedo abrir el cofre... es muy duro... está oxidado... Más de dos siglos pesan sobre él... ¿Qué ha sido de la mano que lo cerró? Polvo, ¿no? ¡Polvo!... Las más lindas manos, las

manos más fuertes se convierten en polvo... Pero el cofre... el cofre... el pergamino... Sí, guárdalo en la bolsita y que la vieja Gertrudis la cosa... Jorge, ya son las seis; levántate... ¿Dónde está Antonio?... ¿Dónde está Basilia?... ¡Caramba! Vamos a perder el barco... vamos a perder el tren... ¡Bah! Quédense ahí, torpes... yo conquistaré solo todo el tesoro... os enriqueceré a todos, a pesar de lo cretinos que sois... ¡Perder el barco!... Sí, solo... solo... yo, Jaime Moreno, conde de Horellana... He aquí como haré... no lo digas a nadie, Antonio. ¿Pero dónde está Jorge? No lo veo más. ¡Ah!, hijo desnaturalizado... Antonio, escúchame... yo no soy tan viejo... Ya llegaré...”.

La voz se torna ronca, y frases ininteligibles, como enormes bocanadas, parecen ahogar al dormido.

Estévez es todo oídos. Se pregunta si su vecino es preso de una pesadilla o si en sueños pasa revista de hechos reales, como si se estableciera en el subconsciente un control riguroso de la memoria a tal punto vertiginoso que la palabra, para seguirlo, se vuelve forzosamente incoherente.

¿Un tapado? ¡Bah! Ha oído hablar tanto de ellos... Y sin embargo sabía de uno que había sido hallado por los franciscanos de Potosí hacia 1870, pero cuyo secreto fue guardado por temor a que los tiranos de la época se lo hubieran quitado. Estévez lo supo por el hijo del albañil que ayudó a los monjes en su excavación, el que había ido a venderle, a la muerte de su padre, una sopera de oro puro, y que él, en un momento de premura, la vendió a un comerciante judío. Sí, Bolivia es el país de los tesoros ocultados por los españoles de antaño... Ese viejo había esquivado diestramente sus preguntas. ¿Por qué? Porque ellas lo molestaron. Era innegable que iba a Potosí por negocios cuyo secreto quería guardar. ¿Y esa impaciencia por llegar lo más pronto posible, a cualquier precio? Un viejo no abandona su país para tentar fortuna en América, eso está bien para los jóvenes. Debía venir con un objetivo inmediato y seguro. ¡Un tapado!... Los tapados se hallan bien enterrados en tierra boliviana, pero la llave de esos tesoros está generalmente oculta en alguna vetusta biblioteca de España y no se la descubre sino por azar; y es justamente por azar, también, que acaba de hablar el dormido. No había duda. Cabralín –nombre fingido que oculta al conde de Horellana (¿no acababa de declararlo?)– Cabralín llegaba directamente de Europa. La llave del tapado debía encontrarse en una bolsita. Estévez recuerda entonces que en el momento de acostarse el anciano había tanteado su pecho y abotonado cuidadosamente su traje. ¡Un tapado!... ¡Terminado el ingrato trabajo de rescatador! Terminado el desprecio y la desconfianza de las gentes. La fortuna al fin lograda, gracias al azar, el dios de los audaces... Una serpiente

silba en su espíritu. ¿Si pudiera apoderarse de esa bolsita? No, el viejo se despertaría, gritaría. ¡No, no! Nada de escándalo.

Todas estas reflexiones se cruzan y entrecruzan en su cerebro.

Y otra vez la voz pastosa de Cabralín vuelve a su extraño soliloquio. Estévez, reteniendo la respiración, se aproxima para oír mejor.

“...Yo te ordeno, Antonio... y el nombre de la calle de las Tres Barretas... ¿Qué calle? Potosí ha cambiado... pero yo llegaré... he estudiado tan bien el derrotero que una vez en la ciudad estoy seguro de hallar el tapado... ¡Eso será tan fácil!... Es necesario que yo pase por un comerciante, sin despertar ninguna sospecha... Antonio... Jorge... el cofre... ¡Sí!, ¡y la bolsita!... bueno, bueno... ¿Y el marqués de Reyes Tagle? Él no verá la herencia de sus lejanos antepasados. ¡Qué lástima!... nosotros, sobrinos por alianza, la aprovecharemos. ¡Ja, ja, ja!”

Una risa sardónica impulsada por una idea tenaz y tal vez también por el alcohol degenera poco a poco entre el chirrido de sus dientes, en un ronquido cada vez más suave.

Estévez vuelve a su cama. El frío hábale obligado a poner sobre sus hombros un poncho pesado e incómodo. Desde aquel instante hizo sus proyectos: no se separaría más del llamado Cabralín y una vez en Potosí se convertiría en su sombra fiel, prendido a sus pasos, sin perderle ni un solo gesto. Un tapado, ¡qué diablo!, es un bien sin dueño... Él tendría su parte, él, Estévez, el vagabundo, para quien las Américas no habían sido propicias. Y poco a poco, entre un embrollo de ambiciones, de codicias y pensamientos extravagantes termina por dormirse derribado de nuevo por la fatiga.



Al día siguiente es despertado por la voz de don Cristóbal, que le grita:

—Señor Estévez, perdóneme que le despierte, pero ya es hora de partir si quiere usted ir a Colquechaca en vez de ir a Potosí; además ya comienza a nevar.

—¿Qué hora es?

—Las nueve pasadas.

—No es posible. ¿Cómo he podido dormirme hasta tan tarde?

Estévez se para bruscamente.

—¿Y el otro? —pregunta.

—Partió al amanecer, a pesar de mis recomendaciones. Ya no es un joven y con un tiempo como este... no quiso despertarle, a usted, pues dijo

que le había expresado usted que quería descansar. Bebió una gran taza de té bien caliente con singani y luego tuve que amarrarlo a la montura, como parece que es su costumbre. Y antes mismo de que aclarara se alejó a todo galope. Un hombre un poco tocado, me parece. ¡Ah! Pero generoso como ninguno... me pagó con un billete de cincuenta bolivianos... sí... y como yo no tenía monedas me dijo que me quedara con el cambio. “Si es usted devoto de algún santo”, agregó, “encomiéndeme, postero... Tengo necesidad de que me ayude la suerte...”.

Estévez, sin prestar mucha atención a la charla de Cristóbal, hizo sus preparativos de viaje. Le obsesionaba una idea fija: alcanzar, costara lo que costara, a Cabralín para no soltarlo jamás. En diez minutos todo estuvo presto. Una vez montado, se inclina hacia el ceremonioso postero y le dice:

—Puede ser que tengas otro santo de reserva: encomiéndame a él, pues será la mejor manera de saber cuál de los dos es el más poderoso; yo también necesito que me ayude la suerte.

—¡Ah, señor Estévez, no se chancee; no hay por qué hacer pelear a los santos.

Pero Estévez, que ya no le escucha, con un vigoroso chicotazo a su caballo, parte al galope.

Delante de él se extiende la pampa, transfigurada por la magia de la nieve. Las ráfagas se suceden, rápidas, quejumbrosas, persiguiéndose unas a otras como queriendo deshacerse entre ellas. Una sensación angustiosa comienza a cortarle la respiración; cree que su caballo, enloquecido, se ha lanzado como un ariete contra un inmenso bloque de hielo al que penetra por una inverosímil hendidura, hiriéndose las manos y la cara con las astillas producidas por el choque. Una extraña pesadez le curva las espaldas. Una fuerza inerte le apremia por todos lados. El frío, el frío pérfido y traidor de las alturas, intensificado por el eterno azote del viento, lo ha apresado. El frío de la puna que causa apoplejías, esos espejismos de la muerte... El corazón hiperestesiado del rescatador fue como un termómetro impotente en el que el mercurio no tenía ya dónde bajar. Sus pies parecían calzados con plomo, sus manos torpes ya no sentían siquiera las riendas, sus muslos rígidos apretaban instintivamente los flancos de la bestia que seguía galopando sobre la blancura congelada. Por todas partes, hasta el infinito, pampas, montes, y en torno a su cuerpo, la ventisca con sus dientes de sierra y su lamento incesante.

El camino sube pesadamente hacia la Cordillera de los Frailes, una de las ramificaciones más hostiles de los Andes.

Estévez, inclinado sobre el arcón de la montura, aferrándose a ella, resiste el malestar que lo amenaza. Con un gesto torpe, como si sus dedos soportaran el peso de unos anillos de bronce, logra apoderarse de una botella de coñac que lleva en las alforjas, y bebe un trago largo que pone en todo su cuerpo una ráfaga de calor; se arropa de nuevo con su poncho como temiendo que el viento vaya a apagar el fuego que acaba de encender en su pecho. Su caballo, a paso lento, trepa la cuesta. Los ojos del rescatador se encienden de repente, acaba de descubrir las huellas, frescas todavía, de unos herrajes. Cabralín...

No debía estar muy lejos, sobre todo con ese temporal. Bajo el cráneo de Estévez, la misma idea volvió a danzar como la bolita fantástica de la ruleta. La misma idea: tener su parte en el tesoro que el viejo venía a buscar desde el otro lado de los mares, tener su parte, cueste lo que cueste. Y por un reflejo muy explicable, apura a su cabalgadura con un espolazo nervioso.

Una vieja india, que regresa penosamente a su rancho, le dice que un viajero de barba blanca había pasado, hacía una hora. Estévez, entonces, sin hacer caso del hambre que comienza a atenacearle las entrañas, azota al caballo y se lanza tras las huellas de Cabralín, como un perro de caza.

La nieve había cesado de caer. El viento, con sus sacudidas, carda las nubes y un girón de azul aparece en el cielo como una visión feliz. Estévez galopa. La sensación de la velocidad y el aire frío que produce con su carrera lo adormecen poco a poco y en su cerebro no queda más que una idea, una sola, que lleva como un cuerno monstruosamente plantado entre sus dos ojos. Se diría que el frío había cuajado allí esa idea terrible como formando parte de su cerebro y que para ahuyentarla habría sido preciso secar las fuentes mismas del pensamiento. La luz desfallece poco a poco a pesar de la tierra blanca. Estévez bebe un nuevo trago de alcohol para resistir mejor a la espantosa conjunción de la noche y de la nieve. Luego reanuda la marcha con los ojos desmesuradamente abiertos.

De improviso su mirada vigilante se detiene: a unos cien metros adelante, en una mancha negra recortada como una sombra chinesca sobre el fondo claro del camino, se mueve la silueta de un viajero que se va lentamente... lentamente... El corazón de Estévez casi se paraliza.

“Ya lo tengo”, piensa. “Pero qué raro... no parece muy apurado...”.

A medida que avanza Cabralín –pues es él– parece retardar más y más la marcha. Llegado a una corta distancia, Estévez grita:

—¡Eh!... amigo... ¡eh!

Cabralín no contesta, ni siquiera se da vuelta.

Algunos trancos más y Estévez lo alcanza.

—Buenas tardes, señor —le dice.

Cabralín no le contesta.

Estévez se detiene, el otro hace lo mismo.

—Vaya, vaya, señor, ¿qué le pasa? ¿Está usted enfermo?

Cabralín, con la cara oculta por una capucha, guarda silencio. Estévez siente que un violento escalofrío le corre por todo el cuerpo. Se aproxima un poco más, pero no se atreve a tocar al anciano, no intenta volver a hablarle, temeroso de una brusca respuesta. Una fuerte ráfaga de viento pasa descubriendo el rostro de Cabralín. Estévez comienza a temblar, porque el español lo está mirando con sus ojos fijos y duros.

—Se... se... señor.

Cabralín, desde el fondo del silencio donde se había atrincherado, sigue atravesándolo con su mirada acerada.

Cinco minutos pasaron así, interminables y siniestros.

Estévez se rehace. ¿Está muerto Cabralín, o solamente desmayado? ¿Y la llave de su tesoro? ¿La bolsita de cuero que cuelga de su cuello? La hora es propicia... Hay que obrar.

Estévez estira su mano desconfiada hacia el pecho del viejo, pero la retira bruscamente. Le parece que guiñan los ojos que le miran fijamente. Observa de nuevo a su víctima. Pero la ambición, ese alcohol rectificado, retempla su coraje: se inclina, abre el abrigo, el chaleco, la camisa; con la cabeza baja, sin respiración, las mandíbulas crispadas, palpa un pecho velludo, frío y rígido como una piedra. Decididamente Cabralín está bien muerto, puesto que se le puede robar sin que intente siquiera el menor gesto de defensa.

Estévez se yergue satisfecho, pasa la mano por el cordel de la bolsita y crispera los dedos sobre esa fortuna cuya existencia ignoraba ayer, no más.

La noche, horrible noche de invierno sobre la puna, se hizo cómplice benévola de la profanación; como si un súbito desatino lo hubiera alucinado de improviso —locura siniestra vestida de sombras— hizo sonar en los oídos de Estévez, para excitarlo más y perderlo, su inmenso cetro de estrellas.

¿Podemos decir que Estévez tuvo una idea en ese instante? No. Todo su ser se repliega sobre sí mismo para gozar de esta incomparable sensación: haber alcanzado la fortuna ¿Millones? ¿Algunas monedas? ¡Bah! ¡Qué importa!... lo esencial es haber domado alguna vez al azar, haberlo sometido a sus deseos, haber desviado el curso augusto del destino...

Estévez respira a pleno pulmón el aire rarificado de la puna, mientras el viejo, indiferente ante el formidable espectáculo del cielo astral, opone a las ráfagas una faz impenetrable y estoica.

El rescatador siente que, bajo su piel adormecida, su sangre se congela de nuevo. Cabralín parpadea otra vez. Sí, no se equivoca, los párpados bajaron dos veces. ¿No estaba, pues, muerto? ¿Por qué, entonces, se dejó despojar como un árbol caído?

Estévez no se atreve a moverse, no se atreve a respirar siquiera, incapaz del menor movimiento. Mil ideas locas lo acometen.

Cabralín, no hay duda, había sido víctima de un síncope; acababa de pestañear y puede darse cuenta de que le había robado la preciosa bolsita. ¿Y entonces? ¿Qué debe hacer él, el rescatador, el desgraciado, que arrastra su desgracia por todos los caminos de Bolivia como un paria sometido a todas las combinaciones infames? ¿Acabar con el viejo?

¡Ah, sí! Estévez saca un revólver con caño plateado, que entre sus manos fulge como una alhaja. Pese a los esfuerzos del frío que intenta desarmarlo, apunta al pecho del testarudo que no quiere ver ni entender nada. Luego, en voz baja, preso de un último escrúpulo, murmura:

—¿Me darás la mitad?... Tú ves, soy razonable... ¿Sí o no? Vamos, habla. Tus ojos me turban... ¡Habla! No estás muerto, vamos. Acabo de verte parpadear... Te haces al listo porque eres viejo y débil... Te ayudaré, ¡bah!... Yo soy buen compañero... no tengas cuidado... ¿No dices nada?... ¿Te niegas?...

Este bribón, al que el miedo convierte en un hipócrita de voz suave, debe hablar, seguramente, alguna lengua desconocida, que Cabralín parece no entender o cree, tal vez, que ese cinismo hipócrita no merece siquiera una sonrisa.

Su impasibilidad se ha transformado en un desprecio cortante y silencioso.

—¡Habla, pues, o te mato! —refunfuña Estévez.

Solo le contesta una ráfaga de viento.

El rescatador, con gesto furioso, aprieta el gatillo, la detonación estalla. Cabralín debió recibir la bala en pleno pecho.

Pero sea que tiró violentamente de las riendas o que el tiro asustó a su caballo, este dio una tendida que hubiera desmontado al mejor jinete. Cabralín queda, sin embargo, sobre el caballo, sin gran esfuerzo. La cólera de Estévez da paso a un angustioso estupor y cuando ve al español ir hacia él, con un paso desdeñoso e imperturbable, cubriéndolo ya con su sombra alargada como la de un enorme álamo, hunde su sombrero hasta las orejas y huye gritando:

—¡Hay de mí!... Este hombre ya no es un hombre.

El viento huye también delante de él, huraño y miedoso, volviéndose a veces para arañarle la cara. Bajo los cascotes del caballo, el camino se devana, todo blanco, como una madeja.

Al fondo, allá abajo, por sobre las otras crestas, el Cerro de Potosí levanta su sombría pirámide, destacándose sobre el fondo jaspeado del cielo. La meta está próxima.

Pronto el camino comienza a enrollar sus curvas peligrosas en los flancos de la montaña. Estévez se ve obligado a disminuir el trote. A la angustia del galope de su caballo, sigue el ruido claro de un torrente que baja de la montaña, cuya canción alterna con el ruido desordenado de su corazón. La bestia, abrumada, va paso a paso, moviendo sus orejas hacia la dirección del viento. Su aliento pone gotas de granizo sobre sus narices. Sobre el camino la nieve fundida brilla a la claridad de las estrellas. Pero inmediatamente Estévez se yergue sobre sus estribos, escucha anhelosamente, pues siente en su derredor algo así como una mezcla extraña de sonidos, que no puede situar, ni reconocer.

Ese ruido seco ¿es el galope lejano de una animal?, ¿es su corazón?, ¿es el torrente?, ¿son, acaso, los ruidos misteriosos que sacuden las montañas en sus entrañas de metal? Se detiene. Colgado hacia la tierra espía el aire, la sombra, y se espía a sí mismo. Se contraen sus cejas. Ya ahora no hay duda. El eco delator aturde los valles y multiplica en sus oídos el galope de uno, dos o tres corceles, tal vez... El rumor se aproxima. Estévez no se atreve a moverse... De repente, en un recodo del camino, erguido sobre sus estribos, tranquilo y soberbio como un san Jorge, Cabralín aparece. Su capa flota al viento y su caballo se aproxima con un trote menudo.

Las espuelas de Estévez agujerean el vientre de su bestia. Jadeante y espantado con la amenaza del chicote y el tormento de las espuelas, sin tener en cuenta las leguas recorridas sin beber ni comer, el rescatador le exige, implacable, ir más rápido que el viento.

Es preciso llegar a Potosí lo antes posible para despistar a su adversario, ya que los papeles se habían cambiado. No importa que su caballo reviente después, hay que galopar, galopar... escapar, en una huida aterradora, de la espantosa conspiración del vacío, de los fantasmas y de las traidoras claridades estelares...

Cabralín debió quedarse lejos, atrás. Un viejo no sirve para nada, piensa Estévez, no podrá continuar semejante persecución, estará abatido por la fatiga y el frío.

Esta idea lo tranquiliza, y una vez al pie de una larga cuesta bajada como una tromba, se detiene. Hilillos de sudor le surcan la cara, pero no

tiene tiempo de secárselos, ni de soltar sus garras de la preciosa bolsita. Allá arriba, en la cima de la cuesta, Cabralín se destaca ya, armado de punta en blanco, como uno de esos caballeros errantes, desfacedores de entuertos que surcaron, antaño, las rutas del mundo. Los astros, como en los antiguos cuadros españoles, nimban de oro esa alucinante aparición.

Un relincho lejano turba el silencio, al que responde apenas el caballo de Estévez, pues su amo no le da tiempo... Y fue entonces, en la noche salpicada de reflejos metálicos, la angustia de una cabalgata sin fin.

En cuanto Estévez intenta dar descanso a su caballo, Cabralín surge infatigable como un joven; si el uno apura a su cabalgadura y quiere ganar terreno, el otro no le da tiempo y se precipita sobre él como una nube de tormenta; si el uno grita al viento, como un loco, pidiendo asilo a las rocas, confiando su terror a los espíritus familiares de las fuentes, el otro, mudo y fatídico como un justiciero, seguro de alcanzarlo, camina sin vanas paradas ni inútiles galopes. Estévez agota poco a poco sus fuerzas; tiene la horrible sensación de que se menea entre los lazos del camino que se enrollan a su derredor como blancas trabas. Cabralín insensible al viento y al frío, sereno, fuerte y ligero, desdeñando alarmas y apóstrofes vanos, demuestra un sobrenatural endurecimiento. Nada puede retenerlo. Su paso tiene la regularidad ineludible de los designios de la fatalidad.

El camino se alarga. Todo plateado, como una pista mágica, se ofrece a la terrorífica persecución. ¿Va Cabralín a aprovecharla? Su sombra, desmesuradamente alargada, es cada vez más amenazante que él mismo. Su caballo negro avanza a grandes trancos y el vapor de sus narices silba ya en los oídos de Estévez.

Pálido, desgredado, con la blasfemia, el ruego y la amenaza a flor de labios, el rescatador es presa de una espantosa excitación. Mete la cabeza entre los hombros, como si alguien lo hubiera tomado ya del cuello, su mano derecha sujeta desesperadamente el saquito precioso, sin que ningún dios tutelar de las sombras acuda a encubrirlo. Sus dientes castañetean, mascando los finales de las frases con que insulta y ruega. El frío y el miedo se han fundido en una sola fuerza monstruosa que trata de agarrotarlo.

No se atreve siquiera a volver la cabeza, porque siente a su lado la presencia del terror. Sus espuelas enrojecidas agrandan una vez más, con sus rosetones cortantes, las heridas que habían abierto en los flancos de la bestia. Quejumbroso, jadeante, con la lengua lacerada por los mordiscos, preso también de un terror mortal, el caballo salta de nuevo en un esfuerzo supremo, y logra escapar del silencioso perseguidor.

Su galope es casi inmaterial, sus cascos pisan apenas el suelo dejando una ligera huella, que es barrida inmediatamente por el viento. Le han vuelto milagrosamente las fuerzas, sus heridas sangran apenas, ya no se escucha más que su aliento fatigado. El frío ya no puede sobre él. Su pobre esqueleto no pesa más que un plumón. Se diría que boga en el espacio, igual que esos corceles de los cuentos de Oriente, que algunas veces tienen alas...

Estévez, libre al fin, tiene como una risa burlona de contento. Al frío, que hace poco estuvo a punto de matarlo, había sucedido un calor intenso que pegaba a su frente pálida los mechones de su cabello. Su abrigo le parece más pesado y lo arroja, junto con su sombrero, a las piedras del camino. Como el calor aumenta, se deshace de todos sus vestidos, hasta de su camisa, de la que se desprende como de un último copo de nieve prendido a sus hombros. Y cuando hubo arrojado todo, se halla otra vez montado, desnudo, feliz, con la preciosa bolsita empuñada siempre. Y su alegría estalla. Una carcajada estridente estruja sus labios, con glu-glús extraños, agudos. Inverosímil y bestial, la risa brota a borbollones de sus mandíbulas que rechinan sobre la garganta contraída. Es el espanto que ríe...

Esa risa tremenda rueda como un torrente a todo lo largo de las cordilleras adormecidas. Y sobre la ruta repentinamente alargada, Dios sabe hasta dónde el galope desenfrenado de los caballos martillea sin cesar la noche interminable de invierno.



Cuarenta años han pasado desde entonces. Nadie en Bolivia ha oído jamás hablar de Estévez y de su extraño perseguidor.

El cónsul de España hizo muchas buscas, sin resultado alguno, para dar con cierto conde de Horellana. Eso fue todo.

Se dice solamente que al amanecer, en el siniestro camino de Challapata a Potosí, se escucha alguna vez el ruido de una invisible cabalgata. Un indio viejo al que interrogué una tarde, me confirmó eso, agregando en voz baja:

—Esos son dos caballos que galopan desde hace años y años. Sus jinetes no tienen piedad de ellos... Desgraciado de quien quiera detenerlos... Es la Muerte, señor, que persigue a la Locura.

Venganza aymara

Alcides Arguedas*

Incclinó la cabeza, de un golpe se encajó el sombrero hasta la nuca y, a grandes zancadas, se apartó del grupo sin saludar, hosco, sombrío. Así, siempre con la cabeza gacha como un toro bajo su yugo, llegó a su casa, que estaba en la cuesta de Coscochaca, y entrando en su habitación, adornada con estampas de color que representaban los episodios de la guerra franco-alemana, tumbóse en el lecho, y hundiendo el rostro en la mugrienta almohada, lloró largo rato, silenciosa, calladamente, con hipos menudos.

Eso ya no tiene remedio posible. Las palabras de Clotilde habían sido contundentes: “Seré no más tu amiga, pero no tu mujer...”. ¡Cristo! ¡Eso sí que no! Él la había conocido antes, de mocosa, cuando con los pies desnudos iban a buscar agua a la pila de Challapampa, deteniéndose en el cenital para arrojar piedras a los cerdos que hociqueaban la basura del río. Juntos aprendieron a leer en la escuela, aunque después, el ningún ejercicio y los rudos afanes de la vida les hicieron olvidar lo aprendido. Y en tanto que él, Juanillo, se fuera a la herrería de su padre a tirar del fuelle y a achicharrarse las carnes con las salpicaduras de hierro candente batido en el yunque, ella se había metido a servir en la casa de un ricachón, donde conociera al Chungara, mozo del hotel unas veces, cochero otras, vago las

* Nació en La Paz en 1879 y murió en Chulumani en 1946. Escribió las novelas *Pisagua* (1903), *Wata Wara* (1904), *Vida criolla (la novela de la ciudad)* (1905) y *Raza de bronce* (1919, la cual es la obra 73 de la BBB; en 2009 fue elegida entre las 15 novelas fundacionales de Bolivia), y es autor de los ensayos *Pueblo enfermo: contribución a la psicología de los pueblos hispanoamericanos* (1909, el cual es el libro 146 de la BBB) e *Historia general de Bolivia* (1921).

“Venganza aymara” forma parte de *El cuento boliviano. 1900-1937* (1964), de Armando Soriano Badani (compilador), Buenos Aires: EUDEBA.

más. Que era elegante el Chungara y tenía mejor cara que él, sí, cierto; pero, ¡caramba!, era un mozo no más, y él había heredado el taller de su padre, allí, en medio de la ciudad, en los abajos de la Catedral, y ya era patrono... Todas las curiosidades salían de sus manos: herrajes, chapas, rejas de sepulcros, llaves, candados. Entre sus clientes estaba nada menos que el presidente de la República, a cuyos caballos ponía herrajes... ¿Es que acaso con sus economías y ahorros no había comprado esta su casita de dos pisos con jardín y corral? ¡Claro! Y si él quisiera y le apurasen aún podía comprar una finca, porque allí, donde él solito sabía, muy oculto, guardaba íntegro el legado de su madre: anillos con diamantes, orejeras guarnecidas de perlas, pendientes, cadenas, topos... ¿Fuerzas? Ya sus enemigos podían atestiguar que las tenía de sobra, acaso demasiadas, y ya una vez estuvo a punto de ir a la cárcel por haber intentado, en una jarana y por apuesta, alzar de golpe cinco hombres juntos: uno de ellos había rodado con las costillas hundidas. ¡Claro! No en balde se llega a los 30 años habiendo batido 15 el hierro... Todo tenía el Juanillo menos suerte para enamorarse. ¡Pucha con su cara fea! Y una vez lo barrió la Supaya, mas eso no le hizo mella: la conocía fácil y tornadiza y la habría matado a puntapiés.

Otra vez, Candelaria, su novia, se casó con el rival, en tanto que él peregrinaba en romería por Copacabana. Tampoco le hizo mella: Candelaria tenía un hijo de un ricachón de la ciudad, y no debía ser bueno dar cariño a hijos que no son de propia hechura... Es en Clota que pensaba siempre, en Clota, la china que él vio crecer, desarrollarse y llegar a hembra garrida, fuerte. Tenía no solo inclinaciones por ella, sino derecho legítimo, porque la muy bribona le había prometido casarse con él desde mocosa y antes de que conociese al Chungara, y solo después... ¡Dios!, eso sí que no lo permitiría jamás: ¡primero los degollaría a los dos y después él se mataría!... Robar, mentir, clavar una puñalada cuando se tiene cólera, romperle por detrás los pulmones a un enemigo, jurar en falso... bueno, pase, pero no hay que jugar con el corazón, ¡con el corazón!, solo lo que nos hace alegres, que lo feo vuelve bonito, dulce lo amargo, bueno lo malo... El corazón es cosa de no jugar; es como las andas de la Virgen de Asunta, lo solo santo... Además...

Aquí se cortaron las meditaciones de Juanillo. Algo tumultuoso y extraño sintió dentro de su ser, un deseo impreciso de llorar o hacer llorar... Se levantó de un salto del lecho, restregóse los ojos y fijándolos en la pared, donde había clavado un cuchillo mohoso, púsose a pasear la reducida estancia... Las manos le ardían, le hormigueaban, y sentía vehementes ansias de calmarlas con el frío de un acero. Quería estrujar,

hundir las uñas en la carne palpitante, matar. Su injerta sangre de indio esclavo rebullía tumultuosa dentro de sus venas. Y la idea de la venganza, una sorda idea de hacer daño, cometer una fea acción, se le había clavado fijamente en la conciencia.

Ella era su todo; nada conocía sino el amor... ¡Y se lo quitaban!... ¿Por qué? ¡Nada!, porque el otro era más bonito y tenía mejor cara... ¿Por eso solo le daba derecho a quitársela? ¡Eso sí que no! Se tiene derecho sobre lo que no se encuentra de balde; por eso la Clota era de él solito; de él, que la había conocido de pequeña, criado, mimado... ¡No, por Dios! Iría donde el Chungara, le hablaría de a buenas no más para que no se enoje, la haría ceder, y si no... ¡Cristo! ¡Correría la sangre!... ¡La vida! ¿Para qué sin ella? Arrancó el cuchillo de la pared, embozóse su chal de vicuña al cuello y... ¡a la calle!, ¡a casa del rival!

Le encontró a poco de andar, en la puerta de una chichería, al pie mismo de un foco de luz eléctrica. Le llamó:

—Oí, Chungara; tengo que hablarte dos palabritas.

Su voz, ruda y áspera, temblaba. Chungara se le acercó sonriendo, mas no sin cierta inquietud. ¡Vaya con el color de la cara del tipo! ¡Si parecía que tuviera tercianas!

—¿Qué quieres? Habla pronto, che; m'espera la Clota...

—¿La Clota? Bueno; ¡d'eso venía a'blarte! ¿La quieres endeveras?

—¡Yáaaa, el tipo, che! ¿Acaso no sabes que me caso pa la Asunta?

A Juanillo le dio un vuelco el corazón. ¡Santo! ¡Y cómo apretó la empuñadura de su cuchillo, fuertemente cogido dentro del bolsillo!

—¿Conque la quieres endeveras, che? ¡Bueno! Pues yo también la quiero... ¿Sabés?

Chungara retrocedió un paso, temeroso: había visto pasar por los ojos de su rival un fulgor extraño y, ¡pucha!, había que andar con cuidado con Juanillo, a quien fácilmente le subía la sangre a la cabeza. Además, francamente él no tenía confianza en el cariño de Clota. La notaba esquiva, y aun desdeñosa, y no eran sus intenciones casarse con ella, solicitado como se veía por gente que valía muchísimo más que la Clota. Ni aun condescendiente era ahora con él. Antes, por lo menos, consentía en bajar a la puerta de la calle cuando todo el mundo dormía en casa de sus patronos, y convesaban largo rato hasta coger frío en los huesos, pero desde hacía algún tiempo no solo no acudía a ninguna cita, sino que evitaba encontrarse a solas con él y jamás le decía nada de su próximo matrimonio, del que le parecía todos los días más alejada.

—No sé, pero yo la quiero... ¿Te recuerdas de tu madre? Pues yo la quiero más a la Clota. Por ella ya he olvidado reunirme con los compinches,

y mis ayudantes me dicen que me parezco a un animal enfermo y que perdió la color, que no me río y que debo tener malos pensamientos... Ella es mi vida, mi corazón, mis brazos, mi todo... ¿Sabés? El otro día la' visto rezando ante la mamita de la Asunta, en la iglesia de Churubamba y... endeveras te juro, che, Chungara, me'a parecio más mejor, más linda qu'ella...

—¡No hables así, che! —le interrumpió el Chungara, asustado por la blasfemia.

—¡Sí, che! —insistió Juanillo, con convicción exaltada—. Sí, che; ¡más linda y más buena!... La quiero pa' toda la vida, y... ¡Oí, Chungara!, no me la quites, porque si no..., ¡te mataría! —sollozó Juanillo con el pecho palpitante y apretando fuertemente su arma hasta incrustarse las uñas en la palma de la nerviosa mano.

Se atemorizó el Chungara, mas no quiso que creyera que le tenía miedo. Repuso con voz insegura:

—Mátame, che, pero yo también la quiero...

Un estremecimiento sacudió el cuerpo de Juanillo. Y con voz humilde volvió a rogarle, cogiendo a Chungara amigablemente por el brazo:

—Mira, Chungara, q'estoy resuelto a todo. No me tientes, che; me dolería el corazón si te hiciera algo, porque eres mi amigo. Te juro (besando la cruz de la mano), te juro por la mamita de Copacabana qu'a de suceder una desgracia. Anoche he soñado con toros, ya sabes q'eso quiere decir sangre, y esta mañana ha salido, volando, un taparacu (mariposa negra) de la tienda; ya sabes que dice muerte... Déjame la Clota, Chungara, y seremos amigos más bien. Vos puedes tropezar con otra más mejor y más bonita; ya sabes que hay otras más mejores y más bonitas que la Clota; vos tienes buena cara, vistes bien, eres fuerte, y yo solo me ocupo de trabajar y dar de comer a mis güerfanitos y no quiero más que a ella... Dámela, Chungara, y te juro que haiga o no haiga suerte en mi vida, siempre te quedaré y te respetaré, mientras que si me la quitas, puede que todos seamos desgraciados. Mírame bien, Chungara; aquí, a la luz; estoy llorando, y ya sabes que las lágrimas de un hombre son *kenchas* y traen desgracia... Déjame ser feliz con la Clota y oí mi consejo: no te cases con ella. Vos seguramente has de ser munícipe y diputao después, y entonces puede que te dé vergüenza la Clota, qu'a servido en las casas... Además, francamente, che, Chungara, yo creo que tampoco te quiere la Clota. Así me lo'a dicho endenantes.

El Chungara se sintió herido en lo más hondo de su orgullo, y habría cedido si el otro hubiese continuado rogándole con ese tono amigable y sin hacer mención de su fracaso, pero aulló su vanidad de buen mozo

acostumbrado a los triunfos femeninos y a las galantes conquistas de gentes superiores en rango a la sirvienta. Y la idea de ver proclamada por el rival la vergüenza de un rechazo mortificó su amor propio y repuso con arrogancia y desquite:

—¿No me quiere? Mientes, che. Es a vos que no te quiere esa cochina, y si ahora hablando que no me quiere, es porque yo la desprecio. Es ropa vieja...

—¿Endeveras dices, che, Chungara? —preguntó, temblando, Juanillo.

—Endeveras.

Juanillo levantó la mano y una centella se vio surgir de ella, rápida y fugaz.

—¡Pues toma!...

Fue un golpe brutal, salvaje. La hoja penetró hasta el cabo en el pecho del Chungara, que al caer se asió a las ropas de Juanillo y dio con él en el suelo. Una mujer que pasaba, único testigo del golpe, dio un grito horrible. Corrieron algunos curiosos y separaron a viva fuerza a los dos hombres, que se revolcaban por tierra. Juanillo se puso en pie sin bufanda y sin sombrero. El Chungara quiso hacer lo mismo y solo alcanzó a poner una rodilla en tierra y a erguirse sobre sus piernas dobladas. Y, mirando con los ojos desorbitados a su agresor, pudo articular, en medio de dos borbotones de sangre negra que se le escapaban por la boca, señalando a su asesino:

—¡Ese..., ese me'amatao..., ese!

Le vino otra bocanada de sangre negra y cayó de bruces al suelo.

Juanillo quiso huir, pero media docena de brazos le detuvieron. Algunos transeúntes, viendo que el hombre que yacía en el suelo se retorció en los hipoes de la agonía, levantaron los brazos, indignados, contra Juanillo. Entonces este, inclinando humildemente la cabeza, los ojos ahogados en terror y la voz temblona, dijo:

—Sí, ¡yo lo he matao! La Clota me'a dicho que lo mate... ¡La perra!

El sargento Charupás

Alfredo Flores Suárez*

—Che, tuerto...

—Señor...

El sargento se cuadró ante el comisario a la espera de la orden.

—Me respondés del preso con tu persona... Ya sabés, ¿no? No me lo vas a dejar escapar. ¡Mirá que se me viene el pueblo encima!

—Ta bien, mi jefe...

—Bueno, andá nomás.

Saludó militarmente; giró sobre los talones, y se dirigió hacia la puerta haciendo roncar las espuelas sobre las baldosas polvorientas. Junto al horcón más grueso del corredor estaba amarrada su cabalgadura; de un salto montó en el bayo lunanco que se cimbró al recibir tamaño peso. Luego pidió el Winchester, lo acomodó en el arzón delantero para tenerlo más a mano y se dirigió al preso que, custodiado por un soldado, aguardaba la hora de partir.

—Bueno, caminá vos pa'delante –le dijo ásperamente– y pronto, que la jornada es larga.

Emprendieron la marcha. El delincuente, a pie, tomó la delantera conforme a la orden del sargento; este le seguía a pocos pasos, al trote

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1900 y falleció en 1987 en la misma ciudad. Narrador y diplomático. Autor de la novela *La Virgen de las Siete Calles* (1941, la cual fue elegida entre las 15 novelas fundacionales de Bolivia en 2009, además de ser llevada a la televisión en formato telenovela en 1987 bajo la dirección de Juan Miranda). Es también autor de los libros de cuentos *Quietud de pueblo* (1924) y *Desierto verde* (1933).

“El sargento Charupás” aparece en *El cuento boliviano. 1900-1937* (1964), de Armando Soriano Badani (compilador), Buenos Aires: EUDEBA.

lento del caballejo cuyo movimiento torpe hacía crujir el ensillado viejo y reseco.

Charupás en sus mocedades había sido soldado de fortines en el ancho desierto que media entre Santa Cruz y San José. Allí se había curtido peleando con tigres y cazando salvajes. Era alto, casi gigantesco; negro como tronco quemado; recio y fuerte como un guayacán: hecho al sol, al agua, al hambre y a la sabandija, que son los pelos y señales del desierto. En una de sus correrías un flechazo, que le pasó rozando, le malogró un ojo. Se salvó de la muerte por casualidad. ¡Pero así le fue al bárbaro! Charupás lo bandeó de un tiro y luego, una vez en tierra, “pa’ que te acordés de mí”, lo degolló en un santiamén.

Para andar por el monte se requiere buen oído y mejor vista. Se corre peligro, a cada paso, cuando estos sentidos no están aguzados. El negro tuerto, cansado ya de jugarse la vida a cada rato, pensó un día en cambiar de oficio y aceptó la invitación del comisario que se lo llevó al pueblo y le dio el mando de las fuerzas policíarias, compuestas de dos soldados más flacos y secos que un bagazo.

¡Allí sí que la vida era tranquila! De vez en cuando, había que dar un pescozón a algún borracho alegre y cada tanto tiempo, carpir los chacos del comisario que se había convertido, en pocos meses, merced a su diligencia, en un pequeño terrateniente. Por lo demás, el tiempo sobraba para siestear de lo lindo, bajo la amable sombra de un cupesí, convertido hoy en arresto y cárcel para no desmerecer de su vieja y gloriosa tradición.

Pasaban las añadas sin que un delito de importancia conmoviera la plácida modorra del pueblo que, bajo la autoridad tutelar del comisario, llevaba una vida patriarcal. Y cuando tal cosa sucedía era necesario trasladar al criminal al primer asiento judicial para su juzgamiento y mayor seguridad, pues las tapias del viejo convento, no obstante su espesor, prestaban fácil salida a los presos por los innumerables boquetes, mal tapados, que el tiempo había abierto en sus muros seculares.

Días antes, en un rancho vecino, un hombre había victimado a su mujer y a su hijita, criatura de pocos meses, con una ferocidad y ensañamiento bestiales. Perseguido sin cuartel, fue apresado no obstante la desesperada resistencia que opusiera hasta lo último y, a duras penas, se le salvó del linchamiento que los vecinos, indignados, le habían decretado. El criminal era peligroso y astuto a tal extremo que, temiendo su fuga, los hombres se turnaban voluntariamente para custodiarlo durante todo el tiempo que debía permanecer en la prisión insegura del pueblo.

Para llevar al delincuente a Santa Cruz, donde debían ponerlo a disposición de la justicia, el comisario no encontró un hombre mejor que Charupás y le confió la comisión, haciéndole, previamente, toda clase de advertencias para evitar que se le fugara en el camino.

Marchaban lentamente. El sol estaba muy alto y sus rayos caían a plomo sobre la senda caldeada. Habían avanzado apenas dos leguas y media y aún les quedaba otro tanto para cubrir la primera jornada. El calor era sofocante y se hacía imperiosa la necesidad de cobijarse a la sombra hasta que la fuerza del sol declinase un tanto. Charupás detuvo el caballo y se apeó junto a la arboleda; el preso, por su parte, se apresuró también a buscar la protección del follaje para gozar de su frescura.

—Sentate ahí cerca nomás —indicó el sargento, mientras acomodaba el Winchester cuidadosamente— que un rato de descanso nos va a sentar bien a los tres... a mí, al caballo y... a vos.

El criminal hizo una mueca con pretensiones de sonrisa y, en cuclillas, se dispuso a sacar algunas provisiones que traían en la alforja. Se llamaba Casiano Chávez; era bajo, casi raquítico, de mirada torva y aspecto taimado. Una gran cicatriz, como un barbijo, le cruzaba el rostro cetrino.

—¡Elay! —exclamó con una risita sardónica, mientras rebuscaba afanosamente—. Pa usté yo había estado después de su matucí...

Indudablemente, el sargento no podía disimular el desprecio que le provocaba Chávez. Para aquel negrazo corajudo era inconcebible la saña cobarde de este hombrecillo repugnante, que había dado muerte, sin piedad, a una mujer indefensa y a una criatura.

—¿Y qué tiene?... ¿acaso vos crees que sos persona?... ¡Mirá, pa' mí, vales menos que ese matucí viejo y flaco! —y señalaba al caballejo flaco y jadeante—. Y mejor es que no seas tan entonao... No tenés derecho a tener orgullo.

El preso intentó echar a broma la indignación del sargento.

—Qué don Charupás este —masculló dirigiéndose a comer, parece que está hoy con ganas de chistear...

Pero el negro no lo comprendía así.

—¡Chistes...! ¡Y tan luego con vos...! Con vos, pedazo de bruto —subrayó—. Decime, ¿qué sentiste cuando mataste a tu mujer y a tu hijita? ¿No se te ablandó el corazón cuando gritaban...? ¡Bestia! ¿No sentiste, siquiera, ya que no lástima, un poco de vergüenza por tu cobardía? ¡Hablá, perro...!

Chávez esbozó una sonrisa palideciendo visiblemente.

—Eso no le importa a usté —alegó—, usté no es quien me va a juzgar...

Charupás sacudió la cabeza desdeñosamente. Le irritaba el desplante del asesino y quiso humillarlo aún más.

—¿Pero vos no sabés lo que te espera? ¿Creés, acaso, que te vas a escapar del plomo?

—¿Y quién sabe? Se han dao casos...

El sargento se levantó bruscamente. Le exasperaba el cinismo de Chávez. Quedó un momento como desconcertado, pero al fin tomó una resolución.

—Bueno... caminé ya... vamos, que hemos descansao bastante.

Su voz era turbia.

Ajustó la cincha y montó.

Marchaban a paso lento. El preso por delante y Charupás enhorquetado en el lunanco viejo, con el rifle a mano, cruzado sobre el arzón del apero.

—No te desviés, Chávez... Andá nomás por el medio... mirá que conmigo no vas a jugar...

El preso volvía a tomar el centro de la senda.

Habían avanzado muy poco. El sol, bastante alto todavía, bajaba a tranco lento por la ruta azul del cielo. La sombra asomaba bajo la arboleda rala festoneando los caminos. A trechos, sobre la arena fresca, se marcaba la huella fresca, en zigzag, de algún culebrón que, seguramente, cruzó la senda en pos de la presa.

El animal tropezó y estuvo a punto de caer.

Charupás levantó las riendas de un tirón seco, escupiendo una palabrota.

—Mal empezamos... ¡Y todavía faltan cincuenta leguas!

Miró al preso que marchaba desganado. Un sentimiento de rabia se apoderó del sargento. Pensó que debía aguantar ocho días de molestias, mal montado, mal dormido, vigilando a toda hora. Después, por asociación de ideas, recordó sus tiempos de fortinero, cuando en las batidas de salvajes se hacía aquellas matanzas por decenas. Convino en que él los había despachado por despacharlos, pues ellos, en todo caso, no tenían la culpa de hacer lo que hacían. Al fin y al cabo, eran bárbaros...

—No te desviés, Chávez...

Le molestaba la persistencia del criminal que, quizás sin intención, se arrimaba al monte.

En la oscuridad de su cerebro rumiaba las ideas. Los bárbaros atacaban al hombre "porque el hombre no tenía piedad para con ellos en la persecución. Se les mataba donde se les hallaba, y en ocasiones se mataba a los bárbaros que jamás habían atacado al hombre. ¡Qué diferencia con los hombres cristianos! Estos muchas veces eran tan bárbaros como los bárbaros mismos. ¡Y si no que lo diga Chávez! Y por el solo hecho de ser

cristianos se les enviaba al pueblo para ser juzgados y, a lo mejor, para que los dejen en libertad por la influencia de algún doctorcito...”.

—No te desvíes del medio, Chávez... mirá que ya m'estás acobardando... “Era realmente injusto, que, para crímenes iguales, se hiciera tanta diferencia”.

De pronto el preso se plantó en mitad de la senda.

Charupás lo miró desconcertado.

—Me cansé... ya no sigo adelante.

Al negro se le subió la sangre a la cabeza.

—Caminá... flojonazo...

—No me da la gana...



Al atardecer regresaba el sargento Charupás al pueblo, al paso cansino del bayo lunanco.

El comisario, que tomaba el fresco bajo el amplio alero del corredor, tiró la colilla que tenía entre los labios y quedó perplejo.

—Ché, ¿no es Charupás ese que viene en el bayo...?

El soldado hizo sombra con la mano sobre los ojos.

—Sí, señor, el mismo.

Un gesto angustioso se pintó en el rostro seco de la autoridad.

—¡Caramba!... a que se le ha escapado Chávez.

—No es sujeto —deslizó el soldado, entre dudoso y convencido.

Entre tanto, espoloneando la cabalgadura, el sargento se apegó a las casas.

El comisario no ocultaba su impaciencia.

—¿Y...?

El negro bajó del caballo y se cuadró militarmente.

—Quiso juir... y lo liquidé, mi jefe.

El pozo

Augusto Céspedes*

Soy el suboficial boliviano Miguel Navajas y me encuentro en el hospital de Tarairí, recluso desde hace 50 días con avitaminosis beribérica, motivo insuficiente, según los médicos, para ser evacuado hasta La Paz, mi ciudad natal y mi gran ideal. Tengo ya dos años y medio de campaña y ni el balazo con que me hirieron en las costillas el año pasado, ni esta excelente avitaminosis, me procuran la liberación.

Entretanto me aburro, vagando entre los numerosos fantasmas en calzoncillos que son los enfermos de este hospital, y como nada tengo para leer durante las cálidas horas de este infierno, me leo a mí mismo, releo mi diario. Pues bien, enhebrando páginas distantes, he exprimido de ese diario la historia de un pozo que está ahora en poder de los paraguayos.

Para mí, ese pozo es siempre nuestro, acaso por lo mucho que nos hizo agonizar. En su contorno y en su fondo se escenificó un drama terrible en dos actos: el primero en la perforación y el segundo en la sima. Ved lo que dicen esas páginas:

* Nació en Cochabamba en 1903 y falleció en La Paz en 1997. Narrador, periodista y diplomático. Escribió las novelas *Metal del diablo* (1946), *Trópico enamorado* (1968) y *Las dos queridas del tirano* (1984), además del libro de cuentos *Sangre de mestizos. Relatos de la guerra del Chaco* (1936, el cual es la obra 80 de la BBB) y los ensayos historiográficos *El dictador suicida* (1956), *El presidente colgado* (1966), *Salamanca o el metafísico del fracaso* (1973) y *Crónicas heroicas de una guerra estúpida* (1975).

“El pozo” integra *Sangre de mestizos. Relatos de la guerra del Chaco*, Santiago: Nascimento.

I

15 de enero de 1933

Verano sin agua. En esta zona del Chaco, al norte de Platanillos, casi no llueve, y lo poco que llovió se ha evaporado. Al norte, al sur, a la derecha o a la izquierda, por donde se mire o se ande en la transparencia casi inmaterial del bosque de leños plumizos, esqueletos sin sepultura condenados a permanecer de pie en la arena exangüe, no hay una gota de agua, lo que no impide que vivan aquí los hombres en guerra. Vivimos raquíticos, miserables, prematuramente envejecidos los árboles, con más ramas que hojas, y los hombres, con más sed que odio.

Tengo a mis órdenes unos 20 soldados, con los rostros entintados en pecas, en los pómulos costras como discos de cuero y los ojos siempre ardientes. Muchos de ellos han concurrido a las defensas de Aguarrica y del Siete,¹ de donde sus heridas o enfermedades los llevaron al hospital de Muñoz y luego al de Ballivián. Una vez curados, los han traído por el lado de Platanillos, al 11 Cuerpo del Ejército. Incorporados al regimiento de zapadores a donde fui también destinado, permanecemos desde hace una semana aquí, en las proximidades del fortín Loa, ocupados en abrir una picada.² El monte es muy espinoso, laberíntico y pálido. No hay agua.

17 de enero

Al atardecer, entre nubes de polvo que perforan los elásticos caminos aéreos que confluyen hasta la pulpa del sol naranja, sobredorando el contorno del ramaje anémico, llega el camión aguatero.

Un viejo camión de guardafangos abollados, sin cristales y con un farol vendido, que parece librado de un terremoto, cargado de toneles negros, llega. Lo conduce un chofer cuya cabeza rapada me recuerda a una *tutuma*.³ Siempre brillando de sudor, con el pecho húmedo, descubierto por la camisa abierta hasta el vientre.

—La cañada se va secando —anunció hoy—. La ración de agua es menos ahora para el regimiento.

—A mí no más, agua los soldados me van a volver —ha añadido el ecónomo que le acompaña.

1 Nota del autor (NA): kilómetro Siete del camino Saavedra-Alihuatá, donde se libró la batalla del 10 de noviembre.

2 NA: camino transitable por camión en el Chaco.

3 NA: calabaza tropical de forma esférica que se utiliza como vaso.

Sucio como el chofer, si este se distingue por la camisa, en aquel son los pantalones aceitosos que le dan personalidad. Por lo demás, es avaro y me regatea la ración de coca para mis zapadores. Pero alguna vez me hace entrega de una cajetilla de cigarrillos.

El chofer me ha hecho saber que en Platanillos se piensa llevar nuestra División más adelante. Esto ha motivado comentarios entre los soldados. Hay un potosino, Chacón, chico, duro y obscuro como un martillo, que ha lanzado la pregunta fatídica:

—¿Y habrá agua?

—Menos que aquí —le han respondido.

—¿Menos que aquí? ¿Vamos a vivir del aire como los carahuatas?⁴

Traducen los soldados la inconciencia de su angustia, provocada por el calor que aumenta, relacionando ese hecho con el alivio que nos niega el líquido obsesionante. Destornillando la tapa de un tonel se llena de agua dos latas de gasolina, una para cocinar y otra para beberla, y se va el camión. Siempre se derrama un poco de agua al suelo, humedeciéndolo, y las bandadas de mariposas blancas acuden sedientas a esa humedad.

A veces yo me decido a derrochar un puñado de agua, echándomelo sobre la nuca, y unas abejitas, que no sé con qué viven, vienen a enredarse entre mis cabellos.

21 de enero

Llovió anoche. Durante el día el calor nos cerró como un traje de goma caliente. La refracción del sol en la arena nos perseguía con sus llamaradas blancas. Pero a las seis llovió. Nos desnudamos y nos bañamos, sintiendo en las plantas de los pies el lodo tibio que se metía entre los dedos.

25 de enero

Otra vez el calor. Otra vez este flamear invisible, seco, que se pega a los cuerpos. Me parece que debería abrirse una ventana en alguna parte para que entrase el aire. El cielo es una enorme piedra debajo de la que está encerrado el sol.

Así vivimos, hacha y pala al brazo. Los fusiles quedan semienterrados bajo el polvo de las carpas y somos simplemente unos camineros que tajamos el monte en línea recta, abriendo una ruta, no sabemos para qué, entre la maleza inextricable que también se encoge de calor. Todo lo quema

4 NA: planta de hojas espinosas y de raíz húmeda que crece a ras del suelo.

el sol. Un pajonal que ayer por la mañana estaba amarillo, ha encanecido hoy y está seco, aplastado, porque el sol ha andado encima de él.

Desde las 11 de la mañana hasta las 3 de la tarde es imposible el trabajo en la fragua del monte. Durante esas horas, después de buscar inútilmente una masa compacta de sombra, me echo debajo de cualquiera de los árboles, al ilusorio amparo de unas ramas que simulan una seca anatomía de nervios atormentados.

El suelo, sin la cohesión de la humedad, asciende como la muerte blanca envolviendo los troncos con su abrazo de polvo, empañando la red de sombra deshilachada por el ancho torrente del sol. La refracción solar hace vibrar en ondas el aire sobre el perfil del pajonal próximo, tieso y pálido como un cadáver.

Postrados, distensos, permanecemos invadidos por el sopor de la fiebre cotidiana, sumidos en el tibio desmayo que aserrucha el chirrido de las cigarras, interminable como el tiempo. El calor, fantasma transparente volcado de bruces sobre el monte, ronca en el clamor de las cigarras. Estos insectos pueblan todo el bosque donde extienden su taller invisible y misterioso con millones de ruedecillas, martinetes y sirenas cuyo funcionamiento aturde la atmósfera en leguas y leguas.

Nosotros, siempre al centro de esa polifonía irritante, vivimos una escasa vida de palabras sin pensamientos, horas tras horas, mirando en el cielo incoloro mecerse el vuelo de los buitres, que dan a mis ojos la impresión de figuras de pájaros decorativos sobre un empapelado infinito.

Lejanas, se escuchan, de cuando en cuando, detonaciones aisladas.

1° de febrero

El calor se ha adueñado de nuestros cuerpos, identificándolos con la pereza inorgánica de la tierra, haciéndolos como de polvo, sin nexo de continuidad articulada, blandos, calenturientos, conscientes para nosotros solo por el tormento que nos causan al transmitir desde la piel la presencia sudosa de su beso de horno. Logramos recobrarnos al anochecer. Abandónase el día a la gran llamarada con que se dilata el sol en un último lampo carmesí, y la noche viene obstinada en dormir, pero la acosan las picaduras de múltiples gritos de animales: silbidos, chirridos, graznidos, gama de voces exóticas para nosotros, para nuestros oídos pamperos y montañeses.

Noche y día. Callamos en el día, pero las palabras de mis soldados se despiertan en las noches. Hay algunos muy antiguos, como Nicolás Pedraza, vallegrandino que está en el Chaco desde 1930, que abrió el camino a Loa, Bolívar y Camacho. Es palúdico, amarillo y seco como una cañahueca.

—Los pilas⁵ haigan venido por la picada de Camacho, dicen —manifestó el potosino Chacón.

—Ahí sí que no hay agua —informó Pedraza, con autoridad.

—Pero los pilas siempre encuentran. Conocen el monte más que nadies —objetó José Irusta, un paceño áspero, de pómulos afilados y ojillos oblicuos que estuvo en los combates de Yujra y Cabo Castillo.

Entonces un cochabambino, a quien apodan el Cosñi, replicó:

—Dicen no más, dicen no más... ¿Y a ese pila que le encontramos en el Siete muerto de sed cuando la cañada estaba ahicito, mi sof?...

—Cierto —he afirmado—. También a otro, delante del Campos, lo hallamos envenenado por comer tunas del monte.

—De hambre no se muere. De sed sí que se muere. Yo he visto en el pajonal del Siete a los nuestros chupando el barro la tarde del 10 de noviembre.

Hechos y palabras se amontonan sin huella. Pasan como una brisa sobre el pajonal sin siquiera estremecerlo.

Yo no tengo otras cosas que anotar.

6 de febrero

Ha llovido. Los árboles parecen nuevos. Hemos tenido agua en las charcas, pero nos ha faltado pan y azúcar porque el camión de provisiones se ha enfangado.

10 de febrero

Nos trasladan 20 kilómetros más adelante. La picada que trabajamos ya no será utilizada, pero abriremos otra.

18 de febrero

El chofer descamisado ha traído la mala noticia:

—La cañada se acabó. Ahora traeremos agua desde La China.

26 de febrero

Ayer no hubo agua. Se dificulta el transporte por la distancia que tiene que recorrer el camión. Ayer, después de haber hacheado todo el día en el monte, esperamos en la picada la llegada del camión y el último lampo

5 NA: soldado paraguayo.

N. ANT.: conviene aquí explicar el origen de la expresión “pila”: es una contracción de “pata pilada” (“pata pelada” en castellano estándar). Los soldados paraguayos caminaban descalzos. Asimismo, en Bolivia, se dice que los niños campesinos que no usan zapatos caminan “pata pila”.

del sol —esta vez rosáceo— pintó los rostros terrosos de mis soldados sin que viniese por el polvo de la picada el rumor acostumbrado.

Llegó el aguatero esta mañana y alrededor del turril se formó un tumulto de manos, jarros y cantimploras que chocaban violentos y airados. Hubo una pelea que reclamó mi intervención.

1° de marzo

Ha llegado a este puesto un teniente rubio y pequeño, con barba crecida. Le he dado el parte sobre el número de hombres a mis órdenes.

—En la línea no hay agua —ha dicho—. Hace dos días se han insolado tres soldados. Debemos buscar pozos.

—En La China dice que han abierto pozos.

—Y han sacado agua.

—Han sacado.

—Es cuestión de suerte.

—Por aquí también, cerca de Loa, ensayaron abrir unos pozos.

Entonces Pedraza, que nos oía, ha informado que, efectivamente, a unos cinco kilómetros de aquí, hay un buraco⁶ abierto desde época inmemorial, de pocos metros de profundidad y abandonado porque seguramente los que intentaron hallar agua desistieron de la empresa. Pedraza juzga que se podría cavar “un poco más”.

2 de marzo

Hemos explorado la zona a que se refiere Pedraza. Realmente hay un hoyo, casi cubierto por los matorrales, cerca de un gran palobobo.⁷ El teniente rubio ha manifestado que informará a la Comandancia, y esta tarde hemos recibido orden de continuar la excavación del buraco hasta encontrar agua. He destinado ocho zapadores para el trabajo. Pedraza, Irusta, Chacón, el Cosñi y cuatro indios más.

II

2 de marzo

El buraco tiene unos tres metros de diámetro y unos cinco de profundidad. Duro como el cemento es el suelo. Hemos abierto una senda hasta

6 NA: agujero.

7 NA: árbol del Chaco.

el hoyo mismo y se ha formado el campamento en las proximidades. Se trabajará todo el día, porque el calor ha descendido.

Los soldados, desnudos de medio cuerpo arriba, relucen como peces. Víboras de sudor con cabecitas de tierra les corren por los torsos. Arrojan el pico que se hunde en la arena aflojada y después se descuelgan mediante una correa de cuero. La tierra extraída es oscura, tierna. Su color optimista aparenta una fresca novedad en los bordes del buraco.

10 de marzo

Doce metros. Parece que encontramos agua. La tierra extraída es cada vez más húmeda. Se han colocado tramos de madera en un sector del pozo, y he mandado construir una escalera y un caballete de palomataco⁸ para extraer la tierra mediante polea. Los soldados se turnan continuamente y Pedraza asegura que en una semana más tendrá el gusto de invitar al general X “a soparse las argentinas en l’agüita del buraco”.

22 de marzo

He bajado al pozo. Al ingresar, un contacto casi sólido va ascendiendo por el cuerpo. Concluida la cuerda del sol se palpa la sensación de un aire distinto, el aire de la tierra. Al sumergirse en la sombra y tocar con los pies desnudos la tierra suave, me baña una gran frescura. Estoy más o menos a los 18 metros de profundidad. Levanto la cabeza y la perspectiva del tubo negro se eleva sobre mí hasta concluir en la boca por donde chorrea el rebalse de luz de la superficie. Sobre el piso del fondo hay barro y la pared se deshace fácilmente entre las manos. He salido embarrado y han acudido sobre mí los mosquitos, hinchándome los pies.

30 de marzo

Es extraño lo que pasa. Hasta hace diez días se extraía barro casi líquido del pozo y ahora nuevamente tierra seca. He descendido nuevamente al pozo. El aliento de la tierra aprieta los pulmones allá adentro. Palpando la pared se siente la humedad, pero al llegar al fondo compruebo que hemos atravesado una capa de arcilla húmeda. Ordeno que se detenga la perforación para ver si en algunos días se deposita el agua por filtración.

12 de abril

Después de una semana el fondo del pozo seguía seco. Entonces se ha continuado la excavación y hoy he bajado hasta los 24 metros. Todo es

8 NA: árbol del Chaco.

oscuro allá y solo se presiente con el tacto nictálope las formas del vientre subterráneo. Tierra, tierra, espesa tierra que aprieta sus puños con la muda cohesión de la asfixia. La tierra extraída ha dejado en el hueco el fantasma de su peso y, al golpear el muro con el pico, me responde con un toc-toc sin eco que más bien me golpea el pecho.

Sumido en la obscuridad he resucitado una pretérita sensación de soledad que me poseía de niño, anegándome de miedosa fantasía cuando atravesaba el túnel que perforaba un cerro próximo a las lomas de Capinota, donde vivía mi madre. Entraba cautelosamente, asombrado ante la presencia casi sexual del secreto terrestre, mirando a contraluz moverse sobre las grietas de la tierra los élitros de los insectos cristalinos. Me atemorizaba llegar a la mitad del túnel en que la gama de sombra era más densa, pero cuando lo pasaba y me hallaba en rumbo acelerado hacia la claridad abierta en el otro extremo, me invadía una gran alegría. Esa alegría nunca llegaba a mis manos, cuya epidermis padecía siempre la repugnancia de tocar las paredes del túnel.

Ahora, la claridad ya no la veo al frente, sino arriba, elevada e imposible como una estrella. ¡Oh!... La carne de mis manos se ha habituado a todo, es casi solidaria con la materia terráquea y no conoce de repugnancias...

28 de abril

Pienso que hemos fracasado en la búsqueda del agua. Ayer llegamos a los 30 metros sin hallar otra cosa que polvo. Debemos detener este trabajo inútil, y con este objeto he elevado una "representación" ante el comandante del batallón quien me ha citado para mañana.

29 de abril

—Mi capitán —le he dicho al comandante—, hemos llegado a los treinta metros y es imposible que salga el agua.

—Pero necesitamos agua de todos modos —me ha respondido.

—Que ensayen en otro sitio ya también ps, mi capitán.

—No, no. Sigán no más abriendo el mismo. Dos pozos de treinta metros no darán agua. Uno de cuarenta puede darla.

—Sí, mi capitán.

—Además, tal vez ya estén cerca.

—Sí, mi capitán.

—Entonces, un esfuerzo más. Nuestra gente se muere de sed.

—No muere, pero agoniza diariamente. Es un suplicio sin merma, sostenido cotidianamente con un jarro por soldado. Mis soldados padecen,

dentro del pozo, de mayor sed que afuera, con el polvo y el trabajo, pero debe continuar la excavación.

Así les notifiqué y expresaron su impotente protesta, que he procurado calmar, ofreciéndoles a nombre del comandante mayor ración de coca y agua.

9 de mayo

Sigue el trabajo. El pozo va adquiriendo entre nosotros una personalidad pavorosa, substancial y devoradora, constituyéndose en el amo, en el desconocido señor de los zapadores. Conforme pasa el tiempo, cada vez más les penetra la tierra mientras más la penetran, incorporándose como por el peso de la gravedad al pasivo elemento, denso e inacabable. Avanzan por aquel camino nocturno, por esa caverna vertical, obedeciendo a una lóbrega atracción, a un mandato inexorable que les condena a desligarse de la luz, invirtiendo el sentido de sus existencias de seres humanos. Cada vez que los veo me dan la sensación de no estar formados por células, sino por moléculas de polvo, con tierra en las orejas, en los párpados, en las cejas, en las aletas de la nariz, con los cabellos blancos, con tierra en los ojos, con el alma llena de tierra del Chaco.

24 de mayo

Se ha avanzado algunos metros más. El trabajo es lentísimo: un soldado cava adentro, otro desde afuera maneja la polea y la tierra sube en un balde improvisado en un turril de gasolina. Los soldados se quejan de asfixia. Cuando trabajan, la atmósfera les aprensiona el cuerpo. Bajo sus plantas y alrededor suyo y encima de sí la tierra crece como la noche. Adusta, sombría, tenebrosa, impregnada de un silencio pesado, inmóvil y asfixiante, se apilona sobre el trabajador una masa semejante al vapor de plomo, enterrándole de tinieblas como a gusano escondido en una edad geológica, distante muchos siglos de la superficie terrestre.

Bebe el líquido tibio y denso de la caramañola que se consume muy pronto, porque la ración, a pesar de ser doble “para los del pozo” se evapora en su fauces, dentro de aquella sed negra. Busca con los pies desnudos en el polvo muerto la vieja frescura de los surcos que él cavaba también en la tierra regada de sus lejanos valles agrícolas, cuya memoria se le presenta en la epidermis.

Luego golpea, golpea con el pico, mientras la tierra se desploma, cubriéndole los pies sin que aparezca jamás el agua. El agua que todos ansiamos en una concentración mental de enajenados que se vierte por ese agujero sordo y mudo.

5 de junio

Estamos cerca de los 40 metros. Para estimular a mis soldados he entrado al pozo a trabajar yo también. Me he sentido descendiendo en un sueño de caída infinita. Allá adentro estoy separado para siempre del resto de los hombres, lejos de la guerra, transportado por la soledad a un destino de aniquilación que me estrangula con las manos impalpables de la nada. No se ve la luz, y la densidad atmosférica presiona todos los planos del cuerpo. La columna de obscuridad cae verticalmente sobre mí y me entierra, lejos de los oídos de los hombres.

He procurado trabajar, dando furiosos golpes con el pico, en la esperanza de acelerar con la actividad veloz el transcurso del tiempo. Pero el tiempo es fijo e invariable en ese recinto. Al no revelarse el cambio de horas con la luz, el tiempo se estanca en el subsuelo con la negra uniformidad de una cámara oscura. Esta es la muerte de la luz, la raíz de ese árbol enorme que crece en las noches y apaga el cielo enlutando la tierra.

16 de junio

Sucedan cosas raras. Esa cámara oscura aprisionada en el fondo del pozo va revelando imágenes del agua con el reactivo de los sueños. La obsesión del agua está creando un mundo particular y fantástico que se ha originado a los 41 metros, manifestándose en un curioso suceso acontecido en ese nivel.

El Cosñi Herbozo me lo ha contado. Ayer se había quedado adormecido en el fondo de la cisterna, cuando vio encenderse una serpiente de plata. La cogió y se deshizo en sus manos, pero aparecieron otras que comenzaron a bullir en el fondo del pozo hasta formar un manantial de borbotones blancos y sonoros que crecían, animando el cilindro tenebroso como a una serpiente encantada que perdió su rigidez para adquirir la flexibilidad de una columna de agua sobre la que el Cosñi se sintió elevado hasta salir al haz alucinante de la tierra.

Allá, ¡oh, sorpresa!, vio todo el campo transformado por la invasión del agua. Cada árbol se convertía en un surtidor. El pajonal desaparecía y era en cambio una verde laguna donde los soldados se bañaban a la sombra de los sauces. No le causó asombro que desde la orilla opuesta ametrallasen los enemigos y que nuestros soldados se zambullesen a sacar las balas entre gritos y carcajadas. Él solamente deseaba beber. Bebía en los surtidores, bebía en la laguna, sumergiéndose en incontables planos líquidos que chocaban contra su cuerpo, mientras la lluvia de los surtidores le mojaba la cabeza. Bebió, bebió, pero su sed no se calmaba con esa agua, liviana y abundantemente como un sueño.

Anoche el Cosñi tenía fiebre. He dispuesto que lo trasladen al puesto de sanidad del regimiento.

24 de junio

El comandante de la División ha hecho detener su auto al pasar por aquí. Me ha hablado, resistiéndose a creer que hayamos alcanzado cerca de los 45 metros, sacando la tierra balde por balde con una correa.

—Hay que gritar, mi coronel, para que el soldado salga cuando ha pasado su turno —le he dicho.

Más tarde, con algunos paquetes de coca y cigarrillos, el coronel ha enviado un clarín.

Estamos, pues, atados al pozo. Seguimos adelante. Más bien, retrocedemos al fondo del planeta, a una época geológica donde anida la sombra. Es una persecución del agua a través de la masa impasible. Más solitarios cada vez, más sombríos, oscuros como sus pensamientos y su destino, cavan mis hombres, cavan, cavan atmósfera, tierra y vida con lento y átono cavar de gnomos.

4 de julio

¿Es que en realidad hay agua?... ¡Desde el sueño del Cosñi todos la encuentran! Pedraza ha contado que se ahogaba en una erupción súbita del agua que creció más alta que su cabeza. Irusta dice que ha chocado su pica contra unos témpanos de hielo y Chacón, ayer, salió hablando de una gruta que se iluminaba con el frágil reflejo de las ondas de un lago subterráneo.

¿Tanto dolor, tanta búsqueda, tanto deseo, tanta alma sedienta acumulados en el profundo hueco originan esta floración de manantiales?...

16 de julio

Los hombres se enferman. Se niegan a bajar al pozo. Tengo que obligarlos. Me han pedido incorporarse al regimiento de primera línea. He descendido una vez más y he vuelto, aturdido y lleno de miedo. Estamos cerca de los 50 metros. La atmósfera cada vez más prieta cierra el cuerpo en un malestar angustioso que se adapta a todos sus planos, casi quebrando el hilo imperceptible como un recuerdo que ata el ser empequeñecido con la superficie terrestre, en la honda obscuridad descolgada con peso de plomo. La tétrica pesantez de ninguna torre de piedra se asemeja a la sombría gravitación de aquel cilindro de aire cálido y descompuesto que se viene lentamente hacia abajo. Los hombres son cimientos. El abrazo del subsuelo ahoga a los soldados que no pueden permanecer más de una hora en el abismo. Es una pesadilla. Esta tierra del Chaco tiene algo de raro, de maldito.

25 de julio

Se tocaba el clarín –obsequiado por la División– en la boca de la cisterna para llamar al trabajador cada hora. Cuchillada de luz debió ser la clarinada allá en el fondo. Pero esta tarde, a pesar del clarín, no subió nadie.

—¿Quién está adentro? –pregunté.

Estaba Pedraza.

Le llamaron a gritos y clarinadas:

—¡Tararíí!... ¡Pedraza!

—Se habrá dormido...

—O muerto –añadí yo, y ordené que bajasen a verlo.

Bajó un soldado y después de largo rato, en medio del círculo que hacíamos alrededor de la boca del pozo, amarrado de la correa, elevado por al cabrestante y empujado por el soldado, ascendió el cuerpo de Pedraza, semiasfixiado.

29 de julio

Hoy se ha desmayado Chacón y ha salido izado en una lúgubre ascensión de ahorcado.

4 de septiembre

¿Acabará esto algún día?... Ya no se cava para encontrar agua, sino por cumplir un designio fatal, un propósito inescrutable. Los días de mis soldados se insumen en la vorágine de la concavidad luctuosa que les lleva ciegos, por delante de su esotérico crecimiento sordo, atornillándoles a la tierra.

Aquí arriba el pozo ha tomado la fisonomía de algo inevitable, eterno y poderoso como la guerra. La tierra extraída se ha endurecido en grandes morros sobre los que acuden lagartos y cardenales. Al aparecer el zapador en el brocal, trasminado de sudor y de tierra, con los párpados y los cabellos blancos, llega desde un remoto país plutoniano, semeja un monstruo prehistórico, surgido de un aluvión. Alguna vez, por decirle algo, le interrogo:

—¿Y...?

—Siempre nada, mi sof.

Siempre nada, igual que la guerra... ¡Esta nada no se acabará jamás!

*1° de octubre*

Hay orden de suspender la excavación. En siete meses de trabajo no se ha encontrado agua.

Entretanto el puesto ha cambiado mucho. Se han levantado pahuichis⁹ y un puesto de Comando de batallón. Ahora abriremos un camino hacia el este, pero nuestro campamento seguirá ubicado aquí.

El pozo queda también aquí, abandonado, con su boca muda y terrible y su profundidad sin consuelo. Ese agujero siniestro es, en medio de nosotros, siempre un intruso, un enemigo estúpido y respetable, invulnerable a nuestro odio como una cicatriz. No sirve para nada.



III

7 de diciembre (Hospital Platanillos)

¡Sirvió para algo, el pozo maldito!...

Mis impresiones son frescas, porque el ataque se produjo el día 4 y el 5 me trajeron aquí con un acceso de paludismo.

Seguramente algún prisionero capturado en la línea, donde la existencia del pozo era legendaria, informó a los pilas que detrás de las posiciones bolivianas había un pozo. Acosados por la sed, los guaraníes decidieron un asalto.

A las 6 de la mañana se rasgó el monte, mordido por las ametralladoras. Nos dimos cuenta de que las trincheras avanzadas habían sido tomadas, solamente cuando percibimos a 200 metros de nosotros el tiroteo de los pilas. Dos granadas de stoke cayeron detrás de nuestras carpas.

Armé con los sucios fusiles a mis zapadores y los desplegué en línea de tiradores. En ese momento llegó a la carrera un oficial nuestro con una sección de soldados y una ametralladora y los posesionó en línea a la izquierda del pozo, mientras nosotros nos extendíamos a la derecha. Algunos se protegían en los montones de tierra extraída. Con un sonido igual al de los machetazos las balas cortaban las ramas. Dos ráfagas de ametralladoras abrieron grietas de hachazos en el palobobo. Creció el tiroteo de los pilas y se oía en medio de las detonaciones su alarido salvaje, concentrándose la furia del ataque sobre el pozo. Pero nosotros no cedíamos un metro, defendiéndolo ¡COMO SI REALMENTE TUVIESE AGUA!

9 NA: cabaña de palos y ramas.

Los cañonazos partieron la tierra, las ráfagas de metralla hendieron cráneos y pechos, pero no abandonamos el pozo, en cinco horas de combate.

A las 12 se hizo un silencio vibrante. Los pilas se habían ido. Entonces recogimos los muertos. Los pilas habían dejado cinco y entre los ocho nuestros estaban el Cosñi, Pedraza, Irusta y Chacón, con los pechos desnudos, mostrando los dientes siempre cubiertos de tierra.

El calor, fantasma transparente echado de bruces sobre el monte, calcinaba troncos y meninges y hacía crepitar el suelo. Para evitar el trabajo de abrir sepulturas pensé en el pozo.

Arrastrados los 13 cadáveres hasta el borde fueron pausadamente empujados al hueco, donde vencidos por la gravedad daban un lento volteo y desaparecían, engullidos por la sombra.

—¿Ya no hay más?...

Entonces echamos tierra, mucha tierra adentro. Pero, aún así, ese pozo seco es siempre el más hondo de todo el Chaco.

La paraguaya*

Augusto Céspedes

Aquella fotografía de mujer pertenecía a un paraguayo muerto. El teniente Paucara la había obtenido una tarde, después del ataque sorpresivo con que los pilas ocuparon un sector de 400 metros de las trincheras bolivianas en el oeste de Nanawa y llegaron hasta la picada que conducía al fortín Aguarrica, siendo ametrallados en ese punto por una sección de refuerzo boliviana, oportunamente llegada al comando de Paucara. Él había manejado personalmente la ametralladora, disparando contra unos bultos azulencos que divisó a 200 metros entre las ramas, debajo de las cuales quedó uno.

Desaparecieron los pilas, pero desde más lejos, toda la mañana y el principio de la tarde maullidos de disparos siguieron aguzándose entre las hojas.

A 200 metros se vislumbraba el bulto, inmóvil, vago como una mancha de pintura azulosa sobre la tierra amarillenta, aprisionada por la áspera malla de ramas y hojas cenicientas que hacían un conjunto plomizo. Con un anteojo de artillero lo observaron en la tarde: negrura de cabellera y uniforme de soldado, pero lo particular eran los pies y las piernas, calzados. Calzados, cosa inadmisibles en un soldado paraguayo, e indicio, infalible, más bien, de un grado militar.

—Es un oficial.

—Sí, mi teniente, oficial es.

Un oficial muerto era presa valiosa para incorporarla al parte de bajas enemigas. Calmado el tiroteo, ordenó que trajesen el cadáver. Dos soldados, arrastrándose por debajo de los arbustos, aplastándose contra

* “La paraguaya” forma parte de *Sangre de mestizos. Relatos de la guerra del Chaco*, Santiago: Nascimento.

el suelo cada vez que la casualidad llevaba las ráfagas de fuego en su dirección, llegaron hasta el muerto y atándolo a una correa lo arrastraron, abriendo un surco en la arena candente, hasta arrojarlo a un ancho hoyo al pie del observatorio.

Era oficial. Tenía la cara refregada de tierra y los ojos abiertos velados de polvo. La mejilla derecha había sido arrancada por los espinos en el arrastre. Semejando innumerables lunares peludos le cubrían la piel las moscas negras, atraídas por su sangre. Se le registró, hallando en los bolsillos del colán cartas dirigidas al “Señor teniente 1° Silvio Ezequiel” y en el bolsillo abotonado de la blusa, un sobre doblado del que extrajeron una libretita, un pequeño paquete de papel de seda con un mechón de cabellos negros y una fotografía de mujer.

“A mi amor, recuerdo de su amor” y una inicial: “A”, estaban escritas en el dorso.

—Que lo lleven más atrás y lo entierren —ordenó.

En una frazada dos soldados se lo llevaron, con su cortejo de moscas, al atardecer.

El teniente Paucara guardó las cartas en un bolsillo, pero la fotografía y el paquetito de seda los puso en su billetera.

Ni en aquel día ni en los siguientes los volvió a mirar, pero al descenso de la temperatura bélica regresó a su puesto, un buraco abierto a la sombra de un inmenso palobobo, un kilómetro detrás de las trincheras que en un arco de más de 20 kilómetros se insertaban en el seno del bosque, intentando abrazar a Nanawa.

Allí extrajo la fotografía y la contempló detenidamente: una hermosa mujer joven, con un tropel de cabellos densos, negros y sueltos que daban la impresión de caer con estrépito sobre sus hombros. El contorno del pálido rostro ligeramente redondeado le daba una expresión infantil, abrochada en el punto negro de los labios. Pero los ojos inmensos, rodeados de sombra, desmentían esa infantilidad, mirando de frente con la cálida y brillante obscuridad de uvas maduras y embriagadoras.

Le encantó la figura. Ciertos días de la vida letal de la guerra de posiciones, en el bosque al que se pegaba el polvo de una lenta y tenaz ascensión de entierro, las horas eran remachadas una tras otra por el periódico martilleo de ráfagas de ametralladoras y disparos de fusil. Tendido en su lecho de campaña, con la cabeza hacia la luz que penetraba por la abertura del techo del buraco, formado de gruesos troncos de quebracho, aburrido de leer o dormir, contemplaba la figura, dejando desvanecer el pensamiento como un vapor de agua de la superficie tersa de la fotografía. Así contemplaba en épocas distantes caer la lluvia, en las tardes grises de

La Paz, por una ventana del aula del Colegio Militar próxima a su pupitre, hasta que el profesor alemán guillotinaba su éxtasis con un:

—¡Qué migga ese cadete!



Olvidó al muerto lleno de lunares. No recordaba su nombre, pero la foto se asomaba a sus tardes como a una ventana.

“A”... ¿Alicia? ¿Agar? ¿Antonia?... Alrededor de la pálida incógnita despertaba una vida misteriosa, perdida para él como para el muerto. De la foto que tenía ante sus ojos semicerrados, obtenía una película cinematográfica, desprendiendo idealmente la composición de movimientos diversos. Y no solo idealmente: a veces la desconocida misma proyectaba una sonrisa imperceptible, de sus cabellos una brisa insensible arrancaba otros resplandores y los ojos serenos se hacían acariciadores, penetrando en la penumbra mental donde atraían nostalgias indefinidas y recuerdos raros.

Recuerdos que habían perdido su forma para fundirse en una sensación oscura e indistinta, despertaban al reflejo de la figura presente. La existencia del teniente Paucara no contaba sino con superficiales remolinos amorosos. Casi adolescente, había saltado de la práctica militar en las quebradas paceñas al pie del Illimani o en las frías pampas de Viacha, a la calcina planicie del Chaco cálido, cubierto de infinitos árboles taciturnos y tristes como un entierro bajo el sol.

Esas figuras se iban precisando, aproximadas al ángulo óptico de la fotografía misteriosa. Y era Chela, que tenía melena negra y corta, pegada a las mejillas y una risa imprudente en la obscuridad del cine vespertino. O era Julia, la morena, vestida con un traje de malla imponderable que se precipitaba en la curva vertiginosa de sus caderas. O Lola, que desde su balcón enfarolado de una esquina de Churubamba le hacía un difícil alfabeto de señales usando la cabeza para las afirmaciones, la melena para las negaciones y los dedos para los números, a él que, erecto dentro de su uniforme de paño azul pizarra, atléticamente erguido, hacía de centinela en la esquina, como un faro entre un mar de indios.

Y era, finalmente, la más alta y deseada: Toñita, la ingrata novia de sus vacaciones en Punata, de donde era nativo, que le decía:

—No me gusta que seas militar, pero es raro... tu uniforme me gusta, y tú también, por separado.

Y poniéndose sobre la ceja la gorra militar reía con sus ojos anchos y su boca cruelmente sabrosa. Gustaba de hacer caer sobre un lado del

rostro moreno y brillante un mechón de cabellos, adquiriendo una seducción perversa de mala hembra, y cuando echaba los cabellos atrás, descubriendo el cuello y entreabriendo los labios, era aún más provocativa. De todas maneras... También cuando cruzaba violentamente sus piernas de marcha triunfal. ¡Regia negra!

Lo abandonó por un abogadillo de Cochabamba. Tenía una instantánea de subteniente junto a ella. Toñita con la gorra militar y él, recto y con el pecho abombado. Perdió la instantánea en La Paz, ya en el curso militar de su aprendizaje, al iniciarse en un burdel de la Locería. Allí conoció a otra mujer: Violeta, pequeña, enfundada en un traje azul eléctrico que brillaba sobre los senos minúsculos, y que le dijo primero “Señor teniente”, luego “milico”, y más tarde “paco” y “ñatito”.

Un orangután sirio-palestino, de enormes brazos, exhibiendo una embriaguez asiática, ofendió la pulcritud de Violeta con ademanes impropios, que estimularon la gallardía del cadete, ebrio también por haber ingerido dos copas de un whisky fabricado en la casa. Se “trenzaron” a trompadas, siendo derrumbado el orangután, a quien Violeta remató con un magistral golpe de zapatilla. Y luego, haciendo sentar a Paucara sobre sus rodillas, lo ascendió a coronel:

—¡Mira, qué hombre! ¡Qué macho! Me gusta el ñato... ¿Serás mi marido, ñatito?

Fue su marido. Ella, al irse a Chile, le obsequió también una gran foto y una gran dedicatoria, que quedaron en La Paz.

No tenía más recuerdos ni fotos. Todas esas mujeres superficialmente halladas no le dejaron huella, y de la más querida e ingrata solo le llegaba de tarde en tarde la ilusión sensual de su carne morena y luciente, en las crisis carnales de la castidad de campaña.

Pero poseía en cambio el retrato de la paraguaya “ausente”, y a todas las otras, superponiéndolas, condensándolas, las fijó en aquellos ojos negros y en la faz adolescente, cerrada por la hermética cabellera sonora.

Dejó el sector de Nanawa y fue trasladado a Alihuatá. La fotografía, incorporada a su intimidad como algo legítimo e inseparable, guardada junto al detente bordado en seda que su madre le había recomendado llevarse siempre en el pecho y que él llevaba en la billetera, fue una de las pocas que salvó en las jornadas febrífugas del cerco de Campo Vía. Su vida en incendio admitió, sin sentirlo, el hecho de su romántica relación con esa mujer incógnita y muda, con la lejana paraguaya alojada en la intimidad de su cartera como única mujer en el vacío que las otras no habían ocupado con sus imágenes al bromuro ni con su amor. En la billetera, transfundida de sudor, la presencia del objeto maravilloso se

le hizo natural, como si lo hubiese obtenido por regalo voluntario de la ausente y no a costa de un homicidio. Se le hizo familiar y querido como una antigua compañera de tiempos de paz, traída a su árida soledad prisionera de los arenales ensangrentados. En la inmensa homosexualidad del monte, esa foto era el único signo de mujer.

II

Mujeres... no las veía desde hacía dos años.

Pero en mayo de 1934 la línea boliviana se había replegado hasta las proximidades de Ballivián y un día de aquellos los teléfonos de campaña llevaron a través del bosque una sensacional noticia, distribuyéndola de los comandos de División a los regimientos, de estos a las compañías, pasando por los puestos de artillería, de almacenes, de zapadores y sanitarios. Delegaciones de damas de las ciudades visitaban la línea.

—Aló, aló. ¿Paucara?... ¿Qué dices, hijo? Dice que están en Ballivián. ¡Mujeres! Mujeres *en ciertos*, con tetas y todo! No esas féculas¹ con nombres de china.²

—¿Las has visto?

—¿Aló? No las he visto, pero dice que son estupendas. ¡Sobre todo las cruceñas!

—¿Y... son de las nuestras?

—No, hombre. De lo mejor de la sociedad.

Mujeres... retorno al color, a la sensualidad de la vida fina que inundaba el planeta excluyendo al Chaco, isla misógina de ascetas uniformados.

Había completa tranquilidad en la línea porque recién el Ejército paraguayo, rehecho del desastre de Conchitas, se fortificaba a 12 kilómetros de Ballivián.

Una ardiente mañana la comitiva llegó al sector del Regimiento. Paucara, bañado, bruñido de talco, con correa y pistola al cinto, esperó en la picada, cerca del comando de compañía. Una trompetería de autos y camiones hizo su aparición. En lo alto del primer camión florecieron dos rostros tiernos bajo enormes sombreros de paja. Detrás aparecieron otras mujeres. Para descender, una arrojó el sombrero y la melena liviana estalló en resplandores rubios. En un instante el puesto se pobló de mujeres, oficiales, jefes y emboscados.

1 NA: féminas.

2 NA: argentinismo, hijas de pobladores del Chaco.

Oyó voces cristalinas:

—¡Cuánto polvo! Mira tus pestañas.

—¿Y tú? ¿Y tú?

Fue presentado.

—El teniente Paucara, uno de nuestros mejores oficiales.

—Mucho gusto. Mucho gusto.

Destacó en la rubia las pestañas azules que irradiaban dos haces de sombra sobre sus ojeras. Y en la morena, que tenía en la cabeza un pañolón atado debajo de la barbilla, unas pupilas absolutas por su negrura y una fragancia de tocador. Todas vestían traje de ciudad.

En medio del monte ríspido su presencia renovaba en Paucara la sensación pura del primer hombre al descubrir tan misteriosa obra en la misma naturaleza que había formado los árboles, los lagartos y los indios. En fila de uno se adelantaron por la senda hacia las trincheras. Paucara, detrás de la rubia, aspiraba con ternura el perfume de su proximidad sobrenatural, mirándola como a un ser que casi no perteneciese a la especie humana.

En la línea, las muchachas se sumergieron en las zanjás, gloriosas de sentirse miradas por centenares de soldados que brotaban de los subterráneos, hirsutos, mudos, troglodíticos, para contemplar a esos animales exquisitos e inaccesibles, la irrealidad de cuyo paso no se desvanecía ni con los cigarrillos que distribuían.

Los corroídos matorrales del Chaco parecían floridos.

—¿Dónde están los paraguayos?

—Allá...

Y les señaló la masa lejana y gris de la arboleda del horizonte.

—¿Tan lejos?... —dijo una, con cierta decepción.

En una posición de ametralladora, para enseñarla, Paucara se introdujo al nido junto con la rubia. Fuera quedó el resto de la comitiva.

—Esta es una pesada Vickers —explicó el teniente—. El tubo, el refrigerador. La banda pasa por aquí. Se estira dos veces aquí, y ya está. Las asas para agarrar, ¿no? Este es el botón ¿Quieres disparar? Son trescientos tiros por minuto.

Junto con la muchacha, en la penumbra del nido, Paucara sentía una intimidación cruel. Vislumbró, cuando ella se inclinaba, el blanco nacimiento de sus senos. “Qué frescos deben ser”, pensó. Tuvo miedo.

—Coja las asas. Mire allá. Ahora va a apretar el botón. Un poquito. Lo suelta... y otro poquito. ¡Ya!

¡Tran!... ¡Tran!... Trantaatatá...

Tres ráfagas rompieron la paz de la mañana.

Un coro de risas y comentarios pobló la zanja y otras muchachas ingresaron a disparar.

Una hora después, en un girar de sendas calenturientas acribilladas por discos de sol, llegaron al Comando. A la sombra de un cobertizo sumergido en el resol de las 12 del día, el quitarse los sombreros y desnudarse los brazos equivalió en las mujeres a una nudificación total. El resol les matizó brazos y rostros de jaspes azulosos.

Almorzaron. Bailaron al son de la banda militar. Paucara, al tomar entre sus brazos a la elegida, iniciar el fox y sentir sobre su pecho el peso del seno, se sintió apoderado de un horror virginal. Le invadió una mudez inquebrantable. La muchacha le pidió colaboración para quitarse de la cabellera briznas y cadillos, tarea que cumplió voluptuosamente.

A las 3 se marcharon. Salieron los oficiales hasta la picada a despedir la caravana.

—¡Buena suerte! ¡Adiós! ¡Hasta pronto!

—Mirá, mirá —le dijo un oficial en voz baja a Paucara—. Mirá, hermano...

Al ascender al camión, una de las muchachas luchaba por desprender su falda de un gancho de la caja, dejando entretanto ver la liga y una combada franja de piel del ancho muslo.

—¡Hasta la vista!

Uno a uno croaron los autos. Florecieron los sombreros de paja en lo alto de los camiones, manos blancas arrojaron besos abstractos en la picada, y se perdieron llevándose su misterio. La plazoleta del Comando quedó desierta como nunca. Algunos oficiales, un cruceño del Comando y dos artilleros, se trasladaron a un pahuichi de abastecimiento con objeto de agotar las provisiones destinadas a la fiesta.



Bebieron.

—¡Dos años sin mujer! ¡Dos años, hijo!

—¡Lo mismo que en Viacha no más ps, che.

—Guá... En Viacha había *cullacas*³ ya...

—Carajo, cuando yo vaya a La Paz he de encamarme bien acompañado, ocho días, sin salir.

—¿Qué dices de la morocha, hermano?...

—Pero ¿hay en el mundo esa maravilla que se llama hembra? ¿Hay?...

3 NA: hermanas (en aymara). Por extensión, mujeres indígenas.

—¡Atención: orden de compañía. Los soldados deberán dormir esta noche en posición de firmes!

—Que vengan a levantarle la moral a uno está bien, ¡pero no tanto!

Carcajadas desentonadas seguían a estas frases, a la vera del bosque que recobraba su huraña soledad desprovista de los fugaces seres blancos. Los militares estaban como estupefactos, habitando en una atmósfera calurosa que les torcía las caras en que surgían los ojos desviados y amarillentos.

Una hora más tarde, dos oficiales, desnudos de medio cuerpo arriba, rojos como demonios, gesticulaban y hablaban ante un jarro de pisco.

—Seco, hermano.

—Salud.

—Seco, seco... ¡Todo! No seas *keusa*.⁴

—Nada de *keusa* aquí.

—Tomá ps, entonces.

—No me da la gana.

—Te echo, ¡te echo, carajo!

—¿Boche conmigo? ¿Quieres boche conmigo? ¿Eres hombre?

Paucara intervino:

—No ps, che. Nooo... Estamos entre amigos.

—Yo no soy amigo de huevones, ni de cholos.

—¿Cholo yo? Desgraciado. ¿Eres macho de pegarte un par de tiros?

Se trabaron a puñetazos y luego se revolcaron abrazados en el suelo, arañándose la piel de las espadas desnudas en los espinos.

—¡No sean brutos! ¿Qué hay? Pero ¿qué hay?...

Los separaron.

—¡Qué feo, carajo!... Entre camaradas. ¡Ahí está la famosa camaradería de campaña! Parece que pelearan por las mujeres...

—No, hermano. ¡Tú eres mi hermano! Tú eres un macho. Conozcan al teniente Paucara. ¡Salud! Antes de pasar por nuestro sector, diez mil pilas clavados. Que venga el ataque, hermano.

—¡Qué venga! ¡Aquí está el Pérez! Salud, hasta la muerte. ¡Por el Regimiento Pérez!

—¡Por el Regimiento Chuquisaca!

—¡Por el Lanza!

Al anoecer se separaron. Paucara en su comando, semialetargado, recibió el parte "sin novedad". Dio sus órdenes.

4 NA: maricón (aymara).

—Que patrullen bien la cañada. Por ahí pueden meterse, sobre todo al amanecer.

—Sí, mi teniente.

Bebió un jarro de agua. Podía palpase la noche. La atmósfera tibia, casi una mujer o una caricia, estaba colmada de un sentido sensual. Se acostó.

Sudaba, y un grumo de tinieblas, sudores y pensamientos en derrumbe caía sobre sus sensaciones, como un vapor volcánico. Del fondo de ese volcán se desprendió el sueño de una persecución erótica. Una mujer de melena rubia y rostro de niña, arremangada de faldas hasta la cintura, montaba sobre una ametralladora. Paucara se le acercaba por detrás, le pasaba los brazos por debajo de las axilas y le palpaba el vientre. Pero no era una mujer, sino su asistente sexuado, y con medias de seda. Varios soldados sombríos le miraban silenciosos. Salía después de la zanja transformada en un callejón con casas pintadas de yeso, llenas de puertas abiertas entre el suelo y la pared, e ingresaba a una de ellas. La puerta daba acceso a una cañada donde hallaba a una mujer: la paraguaya de ojos melancólicos. La abrazaba, la besaba y sobre el pasto caía encima de ella, pero no podía desnudarla. Procuraba desesperadamente poseerla a través de lunares movedizos como moscas y de su boca desaparecían los dientes.

Despertó, sofocado de calor. Giró sobre un costado. El beso del sudor le babeaba en el cuerpo. Pavorosa, la lúbrica imagen no había huido con el sueño. Semidormido oía reír a las muchachas de la mañana y oía también, nítida, penetrante, la banda de música. Arrojó la sábana y se echó sobre el otro costado. Un beso de fantasma tibio le dolió en su carne con la ausencia de otra carne. Se volcó de espaldas. Buscó sobre su piel la memoria de las mujeres que poseyera. Dos recuerdos musculosos huyeron de su pecho y solo el aire se cerró en sus manos vacías, entretanto que debajo de sus párpados una ronda de mujeres desnudas se le ofrecía. La incandescencia de su nuca congestionó toda su cabeza y fue caldeando su cuerpo hasta que, encogiéndolo en un frenesí de achicharramiento furioso, le hizo completar el simulacro de su terrible sueño...

A través de los troncos del buraco, la luz del amanecer era un sucio papel borronado de sombras. Su juventud...



Poco después trabó en Ballivián el ansiado contacto con una de las diminutas meretrices, de rostros aplastados y negros senos, recolectadas de

Yacuiba y Charagua. Ella recluyó la figura de la paraguaya en su inofensiva virginidad de estampa.

En junio, las olas de asalto paraguayo se estrellaron frente a su sector. En cierta ocasión, una granada Stoke, caída a cinco metros de él, lo enterró, sin hacerle más daños que la incrustación de partículas de arena en la piel y, más tarde, al atravesar a la carrera un inmenso sector batido por el fuego, fueron muertos los estafetas que le acompañaban y deshecha su billetera por una bala que se aplastó sobre su pecho, sin herirlo.

A su prestigio de valiente, esos hechos añadieron fama de hombre de buena suerte. Pero él, dentro de sí, atribuyó su fortuna más bien a una virtud mágica del retrato misterioso.

Así lo declaró una noche de octubre en el fortín Guachalla, cuando reunido en un pahuichi con algunos camaradas, a la luz de un lampión de gasolina en cuyo cristal chocaban los insectos voladores, charlaba y bebía una composición tóxica con nombre de cocktail, haciendo circular de mano en mano un jarro de aluminio. Al extraer unas notas de su billetera dejó caer la foto, que la levantó uno de los presentes, incorporándose para apreciarla a la luz de la lámpara.

—¡Bien recia, che!

—A ver, a ver... ¡Macanuda! “A mi amor, recuerdo de su amor”. No debe ser para ti. ¿A qué desgraciado le has quitado?

—Es una paraguaya –informó Paucara.

—¿Paraguaya?... ¿Me la regalas? La pongo en mi álbum –dijo uno, haciendo ademán de guardar la foto en un bolsillo.

—No, no. Devolvémela.

—Regálamela, hombre. Ya la guardé.

—¡No! ¡He dicho que no! No friegues. ¡No!

Y Paucara subrayó la negativa aproximándose al camarada con actitud tan airada que este sacó la fotografía del bolsillo y la arrojó sobre la mesa diciendo despectivamente:

—Ahí la tienes. Caray, ni que fuera tu chola...

—Déjenlo, hombre. Le puede servir cuando viaje a Asunción. Con la foto ha de estar consiguiendo cama y rancho gratis.

—Yo –dijo enérgicamente Paucara– no soy tan desgraciado. Antes acabo siete pilas con mi pistola.

Y luego bajando de tono:

—No, compañeros. Les juro, aunque se rían, no quiero separarme de esa foto. La quiero mucho. Es mi buena suerte. Es mi mascota.



Una tarde de noviembre, en los días del cerco de El Carmen, los patrulladores paraguayos que recorrían el bosque entre ese lugar y Cañada Cochabamba, sorprendieron a tres bultos amarillentos de combatientes bolivianos que atravesaban cautelosamente un sendero. Les intimaron rendición, pero dos de ellos saltaron al monte, mientras el tercero hizo fuego a los dos paraguayos con su pistola. Con una descarga lo derribaron.

Se le aproximaron lentamente: estaba tendido de bruces sobre un círculo de sangre que crecía debajo de su vientre. Tenía una pistola en la mano.

Un soldado le dio un golpe con el cañón del fusil.

—Está muerto.

—Es oficial, mi sargento.

Le quitaron la pistola y las botas y con manos ávidas se disputaron los bolsillos.

Un pila encontró una billetera y la abrió: papeles, un detente, un paquetito de seda y una fotografía de mujer.

—Huú... Linda la mujer del bolí.

—Y pero... quedó viuda.

Y siguieron la marcha por el bosque, llevándose el retrato de la “viuda”.

Una prueba sensacional

Abel Alarcón*

I

Zabulón Zabaleta, desposeído de aptitudes, tanto para trabar relación espiritual con las letras, cuanto para hacer conocimiento con las ciencias, había optado por abandonar el Colegio Nacional Ayacucho, donde hacía estudios infructíferos del cuarto año de humanidades, y huir de la casa paterna en busca de oficio que, al par que fuese más acomodado a sus aficiones, le permitiese lograr fortuna; pues en sus deseos no se conformaba con arrastrar vida modesta, y más bien, en sus sueños, se veía llegado a hombre a quien debía acompañar lúcida estrella, al correr de poco tiempo.

Pero Zabaleta no tuvo el don de la perseverancia, así pasó de un oficio a otro sin adiestrarse en ninguno: ayudante de barbero, en vez de afeitarse, cortó el perigallo a más de un cliente; oficial de carpintería, lejos de labrar, rayó hermosas maderas; mancebo de sastre, prendió mangas al revés; y en fin, aprendiz de farmacéutico, ocasionó fenomenal explosión que, por poco, no hizo desaparecer la botica.

Zabulón, en ejecutar despropósitos habría podido ser maestro de Sánchez y Max Linder, célebres artistas de la pantalla, si se hubiera inventado la cinematografía en aquellos dichosos días.

Buscaba otro oficio más agradable y fácil que los que desempeñó, cuando, en grandes carteles, con sugestivos títulos y sorprendentes figuras,

* Nació en La Paz en 1881 y murió en Buenos Aires en 1954. Narrador y poeta. Es autor de las novelas *California la bella* (1926), *En la corte de Yahuar Huacac* (1929), *Era una vez... Historia novelada de la Villa Imperial* (1935) y de los libros de cuentos *De mi tierra y de mi alma* (1906) y *Cuentos del viejo Alto Perú* (1936). En poesía escribió *Pupilas y cabelleras* (1904), *El Imperio del Sol* (1909) y *Relicario* (1919).

“Una prueba sensacional” forma parte de *Cuentos del viejo Alto Perú*, La Paz: Arnó Hermanos.

se anunció, en la ciudad, la llegada de un famoso mago y la fecha en que debía verificarse su primera función.

Moviéronle a concurrir a ella un secreto impulso y un afán singular de curiosidad, ocasionándole el gasto de sus últimos centavos; mas, el dispendio, como pocas veces, se resolvió en provecho, pues fue tal la impresión inefable que le causaron las maravillosas pruebas que presenció, que desde ese instante creyó hallar el secreto de su suerte, o mejor dicho su modo de vivir, y para iniciarse en él, se entregó en alma y cuerpo al nigromante, a quien, después de terminadas sus funciones, acompañó en su viaje a otras ciudades, con lo que no se supo más del clarividente Zabolón Zabaleta.

Transcurridos años, circularon en La Paz anchos y vistosos anuncios, en medio de los que veíase unos esqueletos danzantes en torno de un ilusionador, y a este haciendo surgir, con su vara mágica, un diablo de entre gruesas llamas. Al lado del ilusionador retorciáanse serpientes, volaban barajas y diversos objetos de cábala se aglomeraban bajo dos manos extendidas, significando haber salido de ellas, mediante fantásticas combinaciones. Cerca al diablo, la muerte, haciendo una mueca, aparecía debajo de una mesa. Sobre esta yacía un hombre con la cabeza cortada. Al fondo se desvanecía una sombra, cual si fuese el alma del decapitado. Y al pie de todo ese cuadro de representación heterogénea, leíase en cargadas letras:

EL PRÍNCIPE DE LOS MAGOS —EL GRAN ZABÚ-ZABÁ— FASCINADOR, ADIVINO, ENCANTADOR, ILUSIONISTA, MAGNETIZADOR, HIPNOTISTA, SUGESTIONADOR, PSICÓLOGO, EXCÉNTRICO, TRANSFORMISTA. EXPERIENCIAS DE ALTA ESCUELA - PRUEBAS NUNCA VISTAS - DEBUT JUEVES PRÓXIMO - VÉANSE PROGRAMAS.

El príncipe de los magos, pese a sus estrambóticos anuncios, fracasó ruidosamente en su exhibición. El público apreció como rancios y vulgares sus juegos de manos. Habiendo visto ya los nuevos y extraordinarios del caballero Hermann, del conde Patricio, del sin rival barón de Monte Frío y otros... cómo no habrían de parecerle pobres los de él, que no eran sino los que tres lustros atrás aprendiera de aquel nigromante, que, después de gratificar su compañía con algunos objetos y útiles, para combinaciones artificiosas, sobrantes en su equipaje, le dejó en una de las fronteras. Internado en pueblos, donde ejecutaba los mismos trabajos y con la misma mecánica destreza, no se renovó ni renovó su arte.

Recordaba con amargura la rechifla; escuchaba aún aquella voz salida de la cazuela que descubrió su verdadera persona; que lo desconcertó;

que le hizo temblar dentro de su frac estropeado; que hizo caer de sus manos y quebrarse su predilecta botella inextinguible; escuchaba aún aquella voz malévola, burla cruel de mestizo; oía gritar: ¡afuera príncipe tumaicu! (vagabundo) ¡Zabú-Zabá falsificado! ¡Zabaleta, no sirves; devuélvenos nuestra plata!...

Pobre Zabaleta, si no hubieran conocido que era hijo del país, tal vez no le habrían silbado.

Decepcionado de la ciudad, no obstante de ser hombre que no se ahogaba en poca agua y de haber garbeado en aventuras, preparó marcha para los pueblos de la provincia de Yungas, seguro de que en ellos tendría mejor fortuna.

Desde Unduavi, con el alzarse de la vegetación y ofrecérsele a su vista un risueño panorama, el ánimo volvió a enseñorearse en su pecho y lo sintió como el revoloteo de un pájaro.

Avanzando el camino, deleitóle el murmullo de un río que llevaba sus cristales por el fondo de la quebrada; encantóle la visión de las cascadas; cintas parleras deslizadas del secreto de las peñas; y la alegría del cielo azul y de la tierra engalanada con alcatifas de césped bañó su alma entrando por las ventanas contemplativas de sus ojos.

Más tarde, observó que iba estrechándose el paisaje. Sobre su cabalgadura, seguido de las acémilas que transportaban cosas de magia y de encanto, cruzó un agrio sendero trazado en el peñón; salvó una enorme cuesta y, al doblar el viso, admiró una nueva decoración de la naturaleza, sobre la que el crepúsculo tendía ya su luengo manto de púrpura.

A la jornada siguiente, hallóse en medio de crespos montes; y después de varias horas de pasar junto a florestas, de atravesar ríos, en cuyas amenas orillas multicolores mariposas formaban prismas; de seguir el verde toldo de bosques animados con la greguería de aves extrañas, llegó al fin a una avenida de naranjos, que tendían alfombra de azahares, y dejándola entró en el pueblo de Chulumani, al momento en que hacía su primera llamada a novena un chato campanario.

II

Los estupendos carteles y programas de Zabaleta entusiasmaron al pueblo. Al patio de una casa derruida, que por largueza de la honorable junta municipal convirtióse en teatro, concurrió, si no toda, la mayor parte del vecindario, a pesar de la contrapropaganda que hizo el cura, expresando que cometería pecado, sujeto a grave penitencia, el que acudiese

a presenciar cosas de embeleso, que eran el resultado de negociaciones con el diablo.

Se levantó el telón y presentóse el gran Zabú-Zabá, el príncipe de los magos. Ostentaba un jazmín del cabo en la solapa de su frac agostado con el tiempo y las planchaduras; escrupuloso peinado, de raya a la izquierda, ponía largo rizo en tirabuzón sobre su frente; y las guías de su frondoso bigote hacían guardia a su nariz y disimulaban la flacura de su rostro.

Correspondió a los aplausos, que arrancó su presencia, con una venia –tan grande que dejó ver la espalda– y dijo:

—Respetable público: la serie de pruebas que he de realizar esta noche, valiéndome de mi incomparable vara mágica, son el efecto de un largo proceso de investigación científica, mediante la cual he llegado a dominar todos los elementos: el aire, el agua, la tierra y el fuego. No hay nada imposible para mí poder magnético, sugestivo e hipnótico, y así, dignísimos concurrentes, veréis suspendidas momentáneamente las leyes de la naturaleza, sin que esto obedezca a pacto que tenga con el diablo, como falsamente ha propalado el señor cura del pueblo, sino al conocimiento profundo que de los fenómenos físicos y químicos tenemos los nigromantes.

”En mis extraordinarias operaciones, no faltaré al respeto que se debe a una sociedad culta como la presente; no ejecutaré pruebas que causen molestia a alguno de los circunstantes; y no cambiaré ni menos perderé los objetos que solicite del público: falta en que suelen incurrir algunos prestidigitadores. Yo, felizmente, no soy prestidigitador; soy mago.

”Señoras y señores: mis pruebas serán, pues, solo para alegraros y con no pocas curaré la hipocondría de algunas jóvenes enamoradas, cual lo hice en los muchos países que he visitado. Con este breve discurso procedo a mis ejercicios, pidiendo permiso al respetable público. Como observaréis, yo ejecuto mi trabajo con limpieza y ligereza” –añadió suspendiéndose las mangas.

Acercóse a una bandeja en que se veía varios vasos, vertió vino en ellos, y, cuidando de retener para sí el de doble fondo, los ofreció a algunos espectadores de primera fila, entre los que se hallaba una obesa señora que parecía licuarse en esa cálida noche de Chulumani. Cuando la señora llevaba la copa a los labios, invitada por el mago, este hizo ademán de lanzarle la suya al rostro, lo cual causó una gran sorpresa. Gritó la robusta dama; todos la creían bañada por el contenido; mas, advirtieron que la cabeza y los hombros los tenía cubiertos con pétalos multicolores. El vino se había tornado en flores, merced al poder misterioso de Zabú-Zabá que sonreía en medio de nutridos aplausos.

Cogió una cacerola, que llamó maravillosa, y después de comprobar que se hallaba vacía, la llevó a la llama de una lámpara de alcohol, a cuyo ardor luego surgieron y volaron por el escenario, con mucho alborozo de los asistentes, media docena de aves, que solo él sabía encontrábase bajo el papel que, siendo de color semejante al metal de la cacerola, aparentaba su fondo.

Así que hubo cesado la ovación, Zabú-Zabá, cogiendo un cuadro, expresó:

—Ahora contemplaréis un singular fenómeno, un fenómeno de encanto. Ved este paisaje de invierno: la nieve cubre la tierra; los árboles están secos; el cielo se halla cargado de nubes. Al mirar este paisaje siento frío y tristeza. Supongo que la misma impresión producirá en vosotros; pero como no quiero que ahora nadie esté frío ni triste, he de cambiarlo, por virtud de mi vara mágica, en uno de primavera, para que todos se alegren. Mientras se verifica la transformación, ¡música, maestros! —agregó colocando, al mismo tiempo, cuidadosamente, el cuadro cerca de un brasero que se hallaba sobre su mesa de experiencias.

Entre las notas de un gemebundo vals, en boga en aquel tiempo, llamado “El Canario”, que ejecutó una original orquesta que se componía de una mestiza guitarra; de una flauta soplada por labios profanos, y de un acordeón, cuyos fuelles estrechaban y distendían torpes manos; entre las notas de ese vals y al rescoldo de la lumbre, las tintas de simpatía operaron el milagro de dorar las nubes, de vestir los troncos con hojas y flores, y de convertir el campo de nieve en lozano jardín.

Con tales pruebas, aindamáis con la de encender un metal arrojándolo al agua; la de atravesarse el brazo con un cuchillo; la de la aparición de la serpiente animada, y con la de gran efecto y última de esa noche, o sea la presentación del hombre decapitado, nuestro nigromante dejó maravillados a los concurrentes, y cautivado el corazón de 40 años de doña Manuela Rigodones, que se hacía decir viuda, así como el de Dolores, la concubina del señor juez instructor, garrida moza que contaba 20 frescos abriles.

Doña Manuela Rigodones ofreció, en honor del príncipe de los magos, una copiosa comida, a la que asistió lo más espectacular del pueblo. Destacábase, en la mesa larga de fiesta, la figura de las autoridades, especialmente la del señor subprefecto, que concurrió en traje oficial y con insignia, consistente en una banda roja que le cruzaba el pecho. A su lado, esponjábase el acaudalado Andaskala, luciendo en la corbata una enorme gema, con la que parecía un obispo sentado detrás de la custodia. El festejado ocupó asiento en medio de la dueña de casa, que le preparaba bocados amorosamente, y la pícara Dolores, la del juez instructor, que

iba ganando camino envolviéndole, de rato en rato, en la caricia de sus negros ojos.

Al banquete siguió el baile, en el que fuertes ponches y frecuentes mixtelas se encargaron de fomentar la confianza y de abrir paso a la alegría.

El organista de la iglesia del pueblo los hizo bailar con la misma música de vals y polcas con que se permitía acompañar la dominical misa. Del viejo piano surgían notas sordas, que parecían seguidas de castañetas, por virtud de las teclas flojas y amarillas, algunas de las cuales precisaban del auxilio de un cuchillo para volver del letargo en que, de vez en cuando, la presión de los dedos las sumía.

Al amanecer, la voz de barítono de los gallardos y vistosos gallos de Chulumani desbordó el entusiasmo. El señor subprefecto, con visible humera, con la banda arrugada y con una borla menos; y doña Manuela Rigodones, recogiendo graciosamente un pliegue de su falda color huayruru (rojo y negro), se hallaban empeñados en las quimbas de un huayño (zapateado mestizo); así como Andaskala, con la señora del subprefecto; la señora de Andaskala, con el juez instructor; el boticario, con la del tinterillo, y este con la de aquel. Los demás aplaudían a quebrarse las palmas. El príncipe de los magos y Dolores, hundidos en un sofá de la antesala, se apretaban las manos. El ministerio público, o sea el agente fiscal, roncaba, cerca de ellos, en un sillón de jacarandá, y siguió roncando hasta que, al asomar los rayos del sol a las ventanas, los despertó la taza de café con aguardiente de la despedida.

III

Zabaleta, después de una larga lucha con su corazón que latía vehemente por la gracia y la lozanía de Dolores, había acordado matrimonio con doña Manuela. Suspiraba aún por los encantos de la moza, y el recuerdo de aquellos besos de la verbena del domingo de ramos insinuaba en su ánimo un dulce estremecimiento.

Pero ¿qué hacer? —reflexionó Zabaleta—. Era preciso ya ser propietario. A esta resolución presentóse a su vista todo aquello de lo que era dueña la Rigodones: su casa que, por tener tanto mueble colocado con mal gusto, semejava almoneda; su jardín rodeado de arriates; más allá, su huerto, su cafetal en flor; la gradería de sus cicales, cuyas hojas, de esmeraldino color, volvían en joyas al escriño de doña Manuela.

—¡No hay más remedio —exclamó el príncipe de los magos entusiasmado por la visión y palmeándose la frente—, no hay más remedio! ¡Hay

que casarse! Todavía está guapa doña Manuela. Se realizaron mis sueños; no erré en mi oficio, por él soy ya propietario de la Rigodones... qué bárbaro soy, quiero decir de su fortuna.

Riendo calóse el sombrero y fue en busca de su novia.

Dolores quedó dolorida con la nueva del enlace. Amar para que el amor se vaya. Lloró de despecho. Tenía que quedarse con su feo y achacoso juez instructor, cuando había resuelto ya fugarse con el apuesto nigromante. Recordó con tristeza las furtivas caricias de sus bigotes engomados.

Corría la primera proclama del matrimonio de Zabaleta; mas, alguien, en descargo de su conciencia, comunicó al señor cura que no era verdad que hubiera muerto el esposo de doña Manuela y encontrábase en un lugar fronterizo al Brasil, donde había marchado, desconsoladamente, diez años ha, en pos de calma y en pos de olvido para aquel desliz tan sonado en la ciudad de La Paz, con el que le empañó la honra y le puso en lenguas su consorte, la que, en esos tiempos, en que no estaba archivada aún la sanción social, vióse compelida a huir allá, allá donde todavía le iba ofreciendo refugio la generosidad de su infeliz marido.

La noticia estalló en el pueblo como bomba lanzada desde un aeroplano; una bomba que desbarató los planes de Zabaleta e hizo desaparecer para él la casa, cafetales, cicales y escriño lleno de joyas de doña Manuela.

Pero como no hay mal que por bien no venga, el contratiempo encendió una pasión verdadera en el pecho del príncipe de los magos, y fortalecido volvió a la compañía de sus trebejos de encanto, de sus objetos y útiles con que hacía combinaciones artificiosas.

Para tranquilidad del juez instructor, que lo tenía entre ojos, y a más tardar hubiera dado orden para que lo atasen corto, anunció su función de despedida y que ejecutaría en ella la más sensacional y nunca vista de sus pruebas, en obsequio al hermoso país que le ofreció grata hospitalidad y del que llevaba tan dulces recuerdos.

Esa noche hallábase repleta la sala; no faltaba ni una persona del vecindario, a no ser la concubina del juez instructor. Causó extrañeza que este se encontrase solo en una fiesta, lo que jamás hubo acontecido. Fue que había provocado gran altercado la Dolores. Escuchaba aún la autoridad las últimas frases que, acalorada, profirió en el trance: “¡No voy, no voy; no quiero que creas que deseo ver a Zabú-Zabá; qué me importa Zabú-Zabá, ni tú, ni nadie, viejo celoso!...”.

La sala estaba repleta, pero pasó una hora y pasaron dos y no se presentaba el nigromante. Investigaron. Resultó haber recogido los fondos de la boletería, pero no hallarse en el escenario.

La gente, enfurecida, volvió a su casa. Cuando el señor juez llegó a la suya, halló el lecho semiconyugal vacío...

¡El nigromante había hecho desaparecer a Dolores!...

El pueblo de Chulumani recuerda todavía la más sensacional de las pruebas de Zabolón-Zabaleta.

Qhaya kutirimuy

(Vuelve mañana)

Alberto Ostria Gutiérrez*

I

Golpeada por el dolor de la víspera, tuvo aún fuerzas para levantarse. Era tal vez la *chaupituta*, la media noche. Automáticamente, dobló los cueros de ovejas y los dos *psyllus*: su único lecho, tendido sobre la tierra dura. Luego, asomándose a la puerta, clavó los ojos en la sombra. No se distinguía nada. Arriba, en el cielo, apenas unas cuantas estrellas brillaban entre las grietas de unas nubes negras.

Bajó por el sendero que iba a lo largo de la montaña, hasta caer en la quebrada de Viñamayu. Desde allí, el camino se hacía más fácil. Bastaba seguir el curso del riacho. Por último, entrar en la ancha carretera, que llevaba a la ciudad.

La ciudad era pequeña. Ni ferrocarriles ni tranvías que la perturbaran. Algún automóvil o algún coche. Burros con sus cargas de choclos, de frutas, de carbón. Calles rectas. Paredes blancas y limpias. Uno que otro transeúnte, muy de cuando en cuando, como para demostrar que allí había gente.

Avanzó por la calle de San Pedro que concluía en la plaza central. Tras los tejados rojos comenzaba a asomar el sol. La noche había derivado en una mañana clara y las nubes, blanquecinas ya, se hallaban refugiadas en las crestas de las montañas.

* Nació en Sucre en 1897 y falleció en Santiago de Chile en 1967. Escritor y diplomático. Es autor de los libros de cuentos *El traje de arlequín* (1921, en coautoría con Adolfo Costa du Rels), *Rosario de leyendas* (1924, con prólogo de Alfonso Reyes) y *La casa de la abuela* (1925), además de los ensayos *La doctrina del no reconocimiento de la conquista en América* (1938), *Una revolución tras los andes* (1944) y *Un pueblo en la cruz. El drama de Bolivia* (1956).

“Qhaya kutirimuy (Vuelve mañana)” apareció en la *Revista Kollasuyo*, núm. 8 (agosto de 1939).

¿Qué hacer? ¿Hacia dónde dirigir los pasos? El reloj de la catedral marcaba las siete. Pero ¿qué podía importarle a ella el reloj de la catedral? ¿Acaso sabía lo que significaba ese ojo grande, prendido en lo alto de la torre? Tiempo, horas, minutos eran para ella cosas sin sentido. Para ella solo existía la mañana, la tarde, la noche, que diariamente llegaban con el sol o con la sombra.

Su instinto la empujó hacia el cuartel, contiguo a la iglesia de San Francisco. Varios soldados concluían de barrer la calle. Sucios, apenas con el pantalón del uniforme, descalzos. En la puerta se paseaba el centinela.

—Tata —dijo acercándose a uno de ellos—, ¿sabe algo de mi hijo, del Juancito? Se lo llevaron ayer...

El soldado siguió barriendo, sin ganas, enceguecido por el polvo que levantaba su ancha escoba de *thola*; pero ante la insistencia de ella, se detuvo un instante, la miró y dijo:

—¡Fuera de aquí!

No la ofendió la brusquedad del soldado. Solamente sintió la negativa que envolvía. Por eso se estremeció un instante. Pero no alcanzó a tener miedo. Avanzó más bien hacia donde se hallaba el centinela. Y repitió su pregunta:

—Tata, ¿sabes algo?...

El centinela no contestó. Se limitó a amenazarla con la culata del fusil, cuando ella intentó penetrar en el cuartel para saber algo de su hijo, del Juancito.

Una chola que pasaba, compadecida sin duda, se limitó a aconsejarla:

—*Suyaricuy*, espera.

Entonces ella se sentó al borde de la acera, donde llegaba ya el sol, y esperó. La tierra, el sudor y las lágrimas, cruzando las arrugas de su rostro, habían trazado hondos surcos negros. Sus ojos menudos, gastados por los años, se hallaban enrojecidos como llagas. Una sombra pequeñita se proyectaba de su cuerpo acurrucado.

Transcurrieron dos, tres horas. En su vientre el hambre comenzó a dejarse sentir. Pero ella no hizo caso del hambre, como no había hecho caso del cansancio, ni de la dureza de la piedra donde se hallaba sentada. Siguió mirando hacia el cuartel, siguió esperando, como le habían aconsejado.

Entretanto, de su mente no se apartaba la misma obsesión: saber algo de su hijo, del Juancito, a quien unos cuantos soldados, el día anterior, habían arrastrado de su rancho para llevarlo al Chaco, a la guerra.

Esa era al menos la pobre explicación que habían alcanzado a darle los indios de otros ranchos. Mas ella no alcanzaba a comprenderla. “Güirra,

güirra”, ¿qué era eso? Nunca había oído tal palabra y no podía, por tanto, penetrar en su significado. Además, para comprenderla habría tenido necesidad de pensar. Y ella, ¿acaso podía, acaso sabía pensar? Solo sabía preparar la lagua y el mote.

Su dolor no nacía, pues, de pensar, ni siquiera de recordar. Era un dolor animal, como el de la perra que, aun siendo perra, sufre cuando le arrancan sus hijos.

Del cuartel, hacia el mediodía, salieron unos oficiales y entraron otros. Todos parecían tener prisa y algunos hablaban animadamente. Esperanzada, ella intentó detenerlos al paso, repetir sus preguntas. En vano. Pasaban sin escucharla, sin comprender lo que decía. Por fin uno de ellos se detuvo a oírla.

—Es tarde —exclamó el oficial, fastidiado, cortando las preguntas que ella comenzaba a hacerle—. Estamos muy atareados. *Qhaya kutirimuy*, vuelve mañana.

No satisfecha con eso, intentó acercarse a otro. Inútilmente. Ambuló todavía por los alrededores del cuartel. A la sombra de unos árboles, en la puerta del mercado, dos cholos vendían platos de ají, de lagua, de maíz tostado. A la vista de aquello, se encogieron sus entrañas apretadas por el hambre. Pero se limitó a comprar un poco de coca para acullicar durante el regreso.

Al pasar nuevamente por la plaza central, el ojo grande del reloj marcaba las tres de la tarde y la sombra de la torre se proyectaba ya sobre el atrio de la catedral. Mas ella no miró en esa dirección. Miró hacia la calle de San Pedro, donde principiaba su camino. Luego, sus pies avanzaron con paso lento, cargando la misma pena que había traído.

II

Volvió al día siguiente, como le habían dicho. Cinco leguas, 25 kilómetros había de su rancho a la ciudad, pero para ella no existía la distancia, como no existía el hambre, como no existía nada fuera de su dolor.

Encaminó sus pasos hacia el cuartel, lo mismo que el día anterior. En la acera había sentadas otras indias, con los ojos enrojecidos de llorar, como ella. Se sentó en la acera también.

El centinela estaba en el mismo puesto que el día anterior. La calle había sido barrida más temprano; mirando por la boca ancha de la puerta, hacia adentro, aparecían unos soldados tomando el sol, junto a la pared del fondo.

Durante una hora no cambió el cuadro. Después, el centinela fue reemplazado por otro centinela. Ella, lo mismo que las demás indias, no se había movido de su puesto. Solo sus ojos bailaban inquietos, rojos como llagas todavía. De vez en cuando se oía un suspiro, una tos. Pasaba un automóvil saltando sobre las piedras de la calle. En la esquina se perseguían varios perros lanudos, probablemente compañeros de las otras indias.

Llegaron unos oficiales. Tímidamente, se levantó ella. La siguieron las otras indias.

—*Tata* —dijo—, ¿sabes algo?...

Pero no la miraron siquiera. Ni a las otras. Esas escenas se habían repetido hasta el cansancio en el curso de más de dos años que duraba la Guerra del Chaco, y nadie hacía caso de ellas. Era natural que lloraran las madres. ¡Pero era el destino de los hijos!

El sol había alcanzado a ocupar todo el ancho de la calle. Hacía calor en la acera sin sombra. Las indias se habían ido dispersando una a una. Solamente quedaba ella.

Esa soledad la llenó de inquietud. Comenzó a dudar. Tal vez no era allí donde debían informarle acerca de su hijo, del Juancito. Por algo las demás indias se habían ido. Vaciló todavía un instante, pero luego se decidió a ir a otra parte.

¿A dónde?

He ahí una interrogación grande, llena de misterio para ella. Se detuvo. Siguió andando. Se detuvo nuevamente. Pasaban a su lado los transeúntes y era ella la que ahora no los miraba siquiera. Comenzaba a desfallecer.

Se sentó de nuevo en la acera y se pasó la mano por la frente, para enjugarse el sudor. De pronto, al levantar los ojos, descubrió un soldado, haciendo guardia, como aquel otro del cuartel. Estaba frente al edificio de la Policía.

Al darse cuenta de ello, renació la esperanza de tener noticias. Quién sabe era allí. Al fin y al cabo había soldados, como en el cuartel.

Cuando intentó entrar, el centinela no la detuvo, como en el otro cuartel. Se limitó a señalarle un cuartucho junto a la puerta, donde había varios hombres, fumando y charlando. Uno de ellos, el que estaba sentado al fondo, fue el primero en verla y se apresuró a gritar:

—*Suyaricuy*, espera.

Entonces ella se sentó en el umbral de la puerta. Y esperó nuevamente. Entretanto, los hombres siguieron charlando, como si ella no existiera.

Por fin salió uno. Después otro. Quedaron solo tres, que hablaban en voz alta y reían constantemente. Una gran modorra la había invadido,

sentada allí en el umbral de la puerta. Aquellas carcajadas, sin embargo, la despertaron a la realidad. Vio ya a solo tres hombres. Se puso de pie, avanzó unos cuantos pasos e intentó interrumpir la conversación.

—*Tata...*

El hombre que estaba sentado al fondo de la habitación, le hizo una seña —una, dos veces— de que se callara. Como a pesar de eso ella insistiera, a los ojos oblicuos de él asomó la ira y en el color bronce de su rostro se acentuó el color verde.

—¡Déjanos en paz, india bruta! —masculló.

E hizo seña al guardia para que la echara a la calle, inmediatamente.

Renació entonces para ella la misma interrogante de antes, grande, llena de misterio:

—¿A dónde ir, a dónde?...

III

Tercer día. Camino a la ciudad. Pasos inciertos. Un caserón blanco, con un patio enlozado y al centro un gran cuadrante. Oficinas. Papeles amontonados como torres. Y en todas partes la misma respuesta para ella:

—No es aquí.

Finalmente, en un segundo patio, pequeñito, inundado por la hierba, una oficina oscura, en cuya puerta había una larga fila de indias.

—Aquí es, mama —le dijo una de ellas.

Esperó varias horas, pero no alcanzó a llegarle su turno. Con el medio día salió el hombre que trabajaba en la oficina y cerró la puerta con un candado. Cuando cruzaba el patiecito ella logró interponerse en su camino.

—Es tarde —dijo él, señalando al sol, cuyos rayos caían verticalmente—. *Qhaya kutirimuy*, vuelve mañana.

De nuevo diez leguas murieron con el tercer día; cinco del rancho a la ciudad; cinco de la ciudad al rancho.

De aquella oficina la mandaron a otra, en la Municipalidad, y por último a otra, situada en un edificio anexo a la Prefectura. Allí esperó como en el cuartel, como en la policía, como en el patio pequeñito e inundado de hierba.

Esperó...

Llegaron otras indias, con los ojos llorosos, al igual que ella. Y algunas lograron entrar en la oficina, por suerte o por desgracia, porque de la oficina salieron llorando.

—*Guaguay guañusca*, mi hijo ha muerto —oyó que decían.

Entonces a ella le dio miedo. Y no se atrevió ya a insistir para entrar. Prefirió quedarse en la puerta, como de costumbre. Mirar. Callar.

Un día encontró cerradas las puertas de la oficina. Buscó en todas direcciones para saber la causa. Pero al final, como estaba acostumbrada a esperar, esperó también. Y hacia el medio día –era domingo– las puertas cerradas bastaron para decirle lo que le habían dicho tantas veces los empleados de la oficina.

—*qhata kutirimuy*, vuelve mañana.

Entretanto, fue pasando el tiempo: diez, cincuenta, quién sabe cuántos días.

En la oficina los empleados buscaron o fingieron buscar el nombre que ella les decía. Recorrieron unos papeles largos, conversando o silbando. Y acabaron moviendo la cabeza negativamente, mientras le ordenaban a ella que no se acercara tanto: mitad por pena, mitad por asco.

Tuvo así que volver a la puerta, pero conservando intacta su esperanza; acrecentada más bien por aquellos pasos que había dado hacia adentro.

Posteriormente, para los otros –para los blancos, para los cholos– llegaron grandes noticias. Había terminado la guerra. Comenzaba la desmovilización. Final de una larga pesadilla. Alegría en los corazones.

Mas para ella todo siguió igual. Ni siquiera se enteró de esas noticias. Desde que se llevaron a su hijo, al Juancito, no hablaba con nadie. Además, aun cuando le hubieran avisado, habría sido inútil, porque ¿acaso sabía ella dónde, ni cómo, ni qué cosa era la guerra?

Los empleados de la oficina, a su vez, habían acabado por acostumbrarse a la presencia de ella, humilde, silenciosa, acurrucada en la puerta como un animal inofensivo.

Cierto día, sin embargo, dos empleados que compulsaban una lista muy larga –nombres de muertos, de prisioneros, de heridos– interrumpieron de pronto su tarea. Comenzaron a discutir en voz alta. Y luego la llamaron.

—¿Cuál es el nombre de tu hijo? –preguntó uno de ellos.

—Juancito, *tata*.

—¿Juancito qué?

—Juancito Quespi, *tata*.

Los empleados volvieron a mirar en las listas, ávidamente.

—Ha muerto –dijo uno de ellos.

—No ha muerto –replicó el otro.

Los cuatro ojos se clavaron una vez más en las listas: O... P... Q... Quespi... Quespi... Quespi...

—Hay tantos Quespi entre los indios –volvió a decir el primero–, que resulta imposible distinguirlos. Son como las hormigas.

Y se encogió de hombros. El otro hizo lo mismo. Después, frente a la duda hundida como una cruz en ella, la propia duda de los dos les hizo decir, casi al mismo tiempo, lo de siempre:

—*Qhaya kutirimuy*, vuelve mañana...

Confesión

Geraldine Byrne de Caballero*

Quiero confesarme, *tatay*. Me pesa demasiado mi pecado. Es como un bulto en mi *llijlla* que me encorva hasta el suelo y no me deja caminar. Quebrada arriba y quebrada abajo me arrastro sin rumbo y sin alivio. Tres veces he visto crecer la luna y tres veces la he visto morir. Confesame, *tatay*, quitame de encima esta carga.

¿Que entremos a la iglesia? *Manapuni, tatay*. Tengo miedo a la virgen-cita blanca. Ella es santa y no puede ver a una *kencha*. Deja que me quede aquí, en tu huerto. Deja que te hable en *keshua*, para que me escuche la Pachamama. Ella es morena y dura como yo. Ella sabe lo que puede sufrir una mujer. Toma, *tatay*. Aquí tienes huevos frescos para tu doña Mariquita... Que me devuelva el tocuyito.

Sí, soy la mujer del mayordomo.

¿Que parezco una vieja? Es el maldito peso en mi *kjepi* que me tiene enferma.

No, no somos casados. *Tantaskjalla* nomás. Cuando se vaya el patrón a la ciudad, hemos de reunir dinero para la pollera blanca, para el terno de rompe diablo, para el *huirki* de chicha. O tal vez no nos casemos. El patrón es malo, no deja escapar una paja. Pero eso no importa. Escuchame, *tatay*, haz que el *tata amitu* me perdone. A nadie he podido contar lo que quiero

* Nació en Algeciras, España, en 1906 y falleció en Cochabamba en 1986. Fue profesora de inglés en la Escuela Nacional de Maestros de Sucre de 1943 a 1945. Además, fue corresponsal del *Daily Telegraph* de Londres y de *La Razón* de la ciudad de La Paz.

“Confesión” apareció en la *Revista Kollasuyo*, núm. 57 (noviembre-diciembre de 1944).

confesarte. Por eso me ahoga mi falta, por eso me tiene embrujada, sin paz ni sosiego.

Me sentaré aquí, a tu lado. Deja que tuerza el *kjaitu* en la rueca, mientras tú vigilas la poda de tus durazneros.

No, no voy a hablarte del mayordomo. Él es viejo. De los viejos nada tiene que contar una mujer. Es del primero que quiero hablar a la mamita, a la Pachamama. De ese originario que bajó de las alturas para hacer moler su maíz. De ese molendero que bajó de las cumbres para enloquecerme.

Tampoco éramos casados. *Tantaskjalla*, también. Soy nacida en la casa de hacienda, *tatay*. El patrón me había prometido al mayordomo, para que yo lo vigilara. Ya estaba todo arreglado.

Un día voy al molino. Llevo la merienda para el patrón. Me sigue mi perrita, *Uspa*. Veo que hay mucha molienda –el corral está lleno de burros, corren las dos pardas del estanque. Reconozco las cargas que están amontonadas en la puerta. Los costales tienen guardas negras, aguadas con rojo. Son costales tejidos por los originarios del Alto.

Entro al molino. Hay poca luz. El polvo de las harinas se levanta como neblina. Pero lo veo enseguida. Está de pie, detrás de las piedras que giran. Está echando maíz amarillo a la tolva. Es un originario que ha bajado de las pampas, un indio bárbaro, no *runa* como nosotros. Lleva calzón verde, camina verde también. De *kcullu* ralo, grueso. (Nosotros aguamos bayeta fina y suave en los telares de la hacienda). El originario tiene el pelo largo, la montera curva, reluciente con lentejuelas. Su ancho cinturón de cuero lleva tres corridas de claveteado. Me fijo en su cuello –es fuerte y pulido, como el arado de *jarkka* cuando ha bregado largo con el surco.

¿Que no puedes escuchar estas cosas? Nadie me ha enseñado a confesarme, *tatay*. Tienes que dejar que cuente a mi modo.

Mis ojos se juntan con los ojos del molendero. Se me adormece el cuerpo, mis huesos se vuelven blandos. Siento calor en la sangre, como si hubiera tomado un mate grande, lleno de trago. El originario se ríe, pero él tampoco puede desprender los ojos, porque están clavados en los míos. Y resbala el maíz de la tolva. Cae como el granizo sobre las piedras que giran. Se mezcla el maíz con la harina fina que vuela de las piedras.

Grita el mayordomo. Grita el patrón. Golpean al originario, porque ha desigualado la tarabilla, porque ha mezclado el maíz con la harina. El patrón dice que tengo yo la culpa y me echa a palos, *Uspita* se pone a aullar. Salimos las dos, corriendo.

Esa noche me apresuro a lavar los platos. Les doy la lagua casi cruda, a los perros. Mañana hay amasijo –pongo el *llekje* a la ceniza caliente. Tal

vez se quemé. Tal vez ya no sirva para hacer levantar la masa. No me importa. Quiero ir pronto al molino. Quiero mirar en los ojos al molendero originario de las pampas.

La noche es negra. Sigue la molienda sin descanso. Oigo retumbar las piedras, chichisbear el agua que pasa por el chiflón. Oigo llorar los cabritos que están separados de sus madres. (Es cruel el patrón, todo lo quiere para él, hasta la leche de las crías).

Están cocinando los molenderos al pie del molino. Hay una luz rojiza que viene de la lumbre. Él está de pie, junto al eucalipto grande brillan como el fuego rojo sus piernas. Brillan más que el tronco del eucalipto.

Paso por el molino, cantando. Él me oye. Yo echo a correr hacia el río, pero él corre más que yo.

Caemos juntos sobre la arena caliente de la playa...

(No te enojés, *tatay*. Hablo para la Pachamama. Ella sabe cómo quemar el sol durante el día. Ella sabe abrir sus entrañas, calladamente, para recibir la lluvia tibia de las noches de verano).

Cuando amanece, ya estoy en camino. Uspa anda pisándome los talones. Y yo voy pisando las huellas del molendero de las pampas. Llevamos los burros por delante, cargados de las harinas amarillas y moradas que han molido, toda la noche, en el molino de la hacienda. Sobre los costales aguados van las ollas de barro, ennegrecidas por el humo. Van las chúas y las cucharas de palo. Él me quiere hacer regresar a la casa. No quiere tener compañera en el rancho solitario de la cumbre. Pero yo sigo pisándole las huellas, él sigue pisando la bosta de los burros, y a mí me va pisando las abarcas Uspa, mi perrita.

(Tú no sabes cómo puede ser aquello, *tatay*. Es como si un trenzado nos amarrara al hombre. Un lazo que quisiéramos cortar, porque nos maltrata las carnes, pero que cada vez nos ajusta más fuerte, como la traba corre-diza que sujeta a los novillos...., ¿sabes, *tatay*?, es como esa estrellita que sigue a la luna en sus largos viajes. Pasan por el cielo tranquilo, siempre van juntas, nada las puede separar).

Estuve en el rancho del originario hasta que los plumones blancos de los molles se convirtieron en collares rojos. Todo aquel tiempo, él me mataba de hambre y de maldad. Andaba, como los llameros, por todas partes. Pero nunca pisaba el mismo camino, porque casi siempre iba detrás de una mujer.

Cambió las harinas amarillas y moradas. Vendió los costales aguados. Un día, llega sin los burros. No tenemos ya qué comer. Mi perrita parece un costalito de huesos. Pero me olvido de que tengo hambre cuando lo veo regresar. Cuando veo su risa silenciosa. Cuando veo brillar su cuerpo

oscuro a través del *kcullu* ralo, del *kcullu* verde que aguan los originarios de las alturas.

Se va otra vez. Tarda mucho en volver. Nos morimos de hambre, Uspita y yo. Quiero bajar a la hacienda, a pedir caridad. Pero no puedo irme –tengo que esperar al molendero, aunque me muera esperándolo.

Crece la luna y desaparece. Los ojos de Uspita se empañan, como los cristales de la iglesia. Ya no aúlla de hambre. Ya está quieta. Yo también estoy quieta, no tengo fuerzas. No quiero vivir, porque él no quiere estar conmigo.

Me encuentra el mayordomo. Pasa por las pampas con los peones, en busca del ganado. Me envuelve en un poncho. Van a bajarme a la hacienda. Quiero llevarme a Uspita, pero está tiesa, fría. Dicen que hiede y la arrojan al precipicio.

El mayordomo me baja a su rancho. Me da comida. Me da ropa. Me perdona el patrón porque sé trabajar, porque no me robo el pan cuando sale, caliente, del horno. Porque no sé llevarme el azúcar de la cocinera.

Estoy bien en el rancho del mayordomo. Es bueno conmigo, como el padre con la hija. Pero empiezo a andar como cuerpo sin ánimo. (Mi ánimo está allá arriba, en las pampas frías que azota el viento).

Voy al molino por la mañana. Voy al molino cuando baja el sol. Me quedo allá hasta que se tornan lilas las piedras blancas. Espero, porque sé que tiene que volver. Tiene que volver de donde esté, porque está amarrado a mí con un lazo que hiere las carnes, con un trabajo que quita la paz y el sosiego.

(*Agradeseiki, tatay*. Está buena la chichita del cántaro. Me refresca la garganta. Que tome también la Pachamama, estará cansada de escucharme. Pero tú tienes que oírme hasta el fin, tú tienes que confesarme).

Lo veo otra vez. Es tiempo de la siembra de papas. Hay mucha gente en la huerta grande. Hay muchas yuntas. Estamos poniendo la *mishka*. Yo debo arrancar los *sapjis* que han brotado, como gusanos pálidos, de las papas arrugadas. Me arden las manos.

Miro hacia la higuera grande. Allá están el patrón y el mayordomo, descansando en la sombra. (Pone la *mishka* de papas el patrón, descansando a la sombra de la higuera). Y veo al originario de las pampas. Está de guanero. Una mujer va echando la semilla al surco. Él pisa la semilla de papa y la cubre con el guano que lleva en el costal. El viento esparce la bosta y envuelve al guanero en una nube oscura. Es él. Mi cuerpo me lo dice, aunque mis ojos no lo vean claramente. Me late el corazón en la garganta. Siento correr calor por la sangre. (Así corre mi sangre cuando he tomado trago, mucho trago).

Quiero que me vea el molendero. Le grito al mayordomo. Le digo que me voy, que es hora de meter las cabras al corral. El originario levanta la cabeza. Ahora lo veo con los ojos –tiene el cuello envuelto en un trapo blanco, un trapo con manchas rojas, oscuras.

Echo a correr por la huerta. Me llama el patrón, me da un encargo para la cocinera. Tardo en llegar al rancho del mayordomo.

El originario me espera delante de los espinos del corral. Aún no han bajado las cabras del monte. Corro hacia él, ligera. Quiero preguntarle por qué se fue, por qué tardó tanto en regresar, por qué está herido en el cuello. (Están húmedas las manchas rojas en el trapo blanco). No atino a decirle nada. Me ahoga el corazón en la garganta. Me abrazo al molendero. Ya no siento nada, me pierdo, como en el sueño de la borrachera. No hay más, delante del corral de cabras, que el pecho fuerte, los brazos duros, la risa callada del originario que ha vuelto.

Y quiero decirle que me lleve, que no me deje morir sola otra vez, como nos dejó morir, a Uspita y a mí, en el rancho helado. No sé si le hablo con la boca, porque él no parece escucharme. Se desprende de mis brazos con torpeza, se aleja del rancho.

Caigo al suelo, sobre las espinas del cerco. Riego la cara áspera de la Pachamama con el llanto de mis ojos. Así me encuentra el mayordomo cuando termina la siembra de papas –echada sobre las *kishkas*, sin sentir las, regando la tierra con mis lágrimas.

El mayordomo cree que estoy con el *umphuruna* en el cuerpo, porque lo estoy maldiciendo con malas palabras. Pero estoy maldiciendo al indio perverso que me quiere hacer morir.

(¿Por qué no dejas que me confiese? ¿Acaso habría venido a sacarte de la iglesia, a distraerte de la poda, si hubiera sido para contarte algo bueno...? No, tú no sirves para confesar. Tú no puedes comprender cómo sufre una mujer cuando tiene trago en la sangre, cuando es fuerte y dura como yo. Tu doña Mariquita te lo cocina, te lo remienda, te da un hijo todos los años..., pero ella no siente como yo. Solo la Pachamama puede comprender mi dolor. Ella también se enfría, se envejece cuando se aleja el sol en el invierno, cuando ya no recibe la lluvia tibia de las noches de verano, cuando se seca la semilla que estaba brotando en sus entrañas).

El patrón dice que estoy con *chujchu*. Me da unas pastillas blancas, amargas. Las echo a la acequia. Me dice que necesito tener un hijo, que el mayordomo es muy viejo para mí. Esa tarde lo manda a ver los barbechos de río abajo. El patrón quiere que yo duerma en la casa de hacienda. Yo escapo antes de terminar mis obligaciones. Bajo a mi rancho, corriendo.

La puerta está medio abierta. Sé que el molendero está allí, que me espera. entro en el rancho, ligera como el viento. Es ya de noche, pero alcanzo a verlo –alto, silencioso, con la almilla verde abierta sobre el pecho. Lleva, siempre, el trapo blanco, manchado de sangre, alrededor del cuello.

Me prendo de él. Lo arrastro al suelo, sobre los cueros de oveja. Y me pierdo otra vez. Ya no soy la mujer del mayordomo. Soy la mano que le arranca el ancho cinturón de cuero, con tres corridas de claveteado. Soy la boca húmeda que apaga la risa silenciosa. Soy la Pachamama, áspera y morena, que se ofrece al dolor agudo del arado que lacera para fecundar...

Despierto y estoy sola. Se ha ido otra vez, calladamente, en la noche. Solo han quedado las huellas de sus manos crueles en mi cuerpo fatigado.

Salgo a la puerta. Hay una claridad en el cielo, una luz blanca como la leche. Están llorando las cabras, quieren saltar por encima de los espinos del cerco. El frío del amanecer hace salir un humo caliente del suelo del corral. Quieren salir las cabras a pastear, porque tienen hambre. Pero hoy no las llevaré al monte.

(Déjame terminar, *tatay*. Ya envuelvo el *kkaitu* en la rueca para irme, para seguir vagando, quebrada arriba y quebrada abajo).

Ha subido el mayordomo de los barbechos de río abajo. Me cuenta que ha estado con los llameros. Con los llameros que pasan, llevando panes de sal. Los llameros le han avisado por qué no volvió más el originario, por qué me abandonó en el rancho solitario de la cumbre.

(Yo escucho, callada, al mayordomo. Oculto las huellas amoratadas bajo mi rebozo nuevo).

Los llameros, me dice el mayordomo, lo habían encontrado camino al Potosí. Había seguido a una mujer de la tropa, a una moza que tenía compañero. Y el originario había muerto al compañero de la moza, porque la necesitaba para él.

Habían llamado a los soldados del pueblo. Los soldados habían buscado al molendero. Y el molendero había tenido miedo.

Él, que no temía a nada, sintió miedo por primera vez. No tuvo miedo a los soldados. No tuvo miedo a la muerte. Tuvo miedo que lo encerraran en algún lugar pequeño y sucio, que lo encerraran como al chanco capón, que recibe comida hasta que lo matan. Como al chanco capón que no puede andar, ligero y suelto, por las montañas.

Porque el originario era más ligero que los llameros que andan, al paso pesado de sus llamas, siempre por las mismas sendas que hacen sus pies. Era más suelto que los cóndores, porque no tenía *irpitas* en su nido solitario. Y porque tenía que andar suelto, ligero, había tenido miedo a que lo prendieran.

Lo habían encontrado los llameros, camino al Potosí. Estaba colgado del cuello por un trezado que le había cortado la garganta hasta el hueso. El trezado le había cortado el cuello fuerte, lustroso, que semejaba la madera fragante de la *jarkka*.

Me dice el mayordomo, contento, que los llameros lo han enterrado en el camino, a la sombra de la *jarkka*. Que han puesto una apacheta de piedras en el lugar. (Llueven las flores amarillas de la *jarkka*, como el maíz a la tolva del molino).

Y de esto hace mucho tiempo. Muchos días antes de que me bajaran, casi muerta, del rancho del originario. Por eso no había vuelto. No volvería jamás, porque estaba muerto.

Ya está tranquilo el mayordomo. Dice que ya ha terminado el embrujo...

¿Tranquila, yo, *tatay*? ¿No tienes, acaso, ojos en la cara? ¿Puedo estar tranquila con mi culpa a costas como un bulto pesado en mi *llijlla*? Porque tengo culpa, *tatay*. He pecado contra los muertos y contra la Pachamama. Lo até a mí tan fuertemente, lo llamé con tanta angustia, que se lo arrebata a la Pachamama. No dejé que descansara, tranquilo, en la tierra, a la sombra fresca de la *jarkka*. El cuerpo del originario era fuerte, pudo dejarme para correr en busca de otras mujeres, pero su ánimo era débil y tuvo que oírme.

Quisiera hacer hablar a la Pachamama. (Tú no sabes nada, *tatay*. No sabes más que santiguarte). Quisiera que me diga ella por qué los cuerpos andan por un lado y los ánimos por otro. Quisiera saber por qué se ocultaba él la garganta con un trapo empapado en sangre. Quisiera mostrar a la Pachamama estas huellas oscuras y crueles...

Mira, allá viene tu doña Mariquita. Devuélveme el tocuyito y entrégale tú los huevos frescos. No quiero que me vea. Dicen que son *kjenchas* las mujeres que se acuestan con los muertos. Y ella no comprendería, porque no es mujer. Es una santa, como la virgencita blanca que sonrío, tan tranquila, allá en el fondo de la iglesia...

La opinión del jaguar

Luis Toro Ramallo*

La selva es una sinfonía en verde. Rara vez hay silencio en ella. Solo cuando la tempestad tropical se aproxima y todos los habitantes de las ramas buscan refugio, hay como una calma solemne entre el armazón de los ramajes.

Después noche y día los pájaros y las bestias pueblan sus entrañas de gritos que asustan al afuerino.

Ya es el grito destemplado del tucán, la algarabía de los loros, los cuchicheos de los monos o los gruñidos del chanco montés, el pecarí, que pasa al trote por sus caminos, en busca de la aguada propicia o del pastizal donde hoza con deleite, en busca de las raíces jugosas o de los tallos tiernos que aún no han visto la luz.

De noche es el grito del guajojó, pájaro agorero que hace temblar a los nativos, los chillidos y el canto funeral del búho de grandes ojos rojizos.

Hay crujidos de ramas, ruidos misteriosos, sutil murmullo de algo que se desliza sobre las hojas muertas y entre las hierbas y el coro gigantesco de las ranas y los rococos¹ en los remansos del río o en las charcas que cubren las algas de un verde claro como de pradera nueva.

* Nació en Sucre en 1899 y falleció en Santiago de Chile en 1950. Narrador e historiador. Es autor de las novelas *El político* (1929), *Chaco* (1936), *Cutimuncu* (1940), *Ahumada 75* (1941), *Fuente de soda azul* (1945) y *Oro del inca* (1945). También escribió el libro de cuentos *Jaguares* (1946) y los ensayos *Hacia abajo* (1925), *Una síntesis del conflicto boliviano-paraguayo* (1932), *Una página en la historia de Bolivia* (1938) y *Bush ha muerto, ¿quién vive ahora?* (1940).

“La opinión del jaguar” forma parte de *Jaguares*, Santiago: Zig-Zag.

1 Nota del autor (NA): grandes sapos.

Pero por encima de todo se destaca el grito ronco de él, del manchado señor de la espesura. Grito ronco, inolvidable de monarca de la selva y de la garra, fiero señor dueño de la maraña.

Su piel está tatuada por el sol al colarse por entre los ramajes. Sus ojos son lumbre en la noche rayada de luciérnagas y son rubios pedazos de sol en el día. Su gesto es displicente. Tiene como un viejo esplín, un gesto de cansancio y un lento y ondulante andar que nadie imaginaría toda la fuerza y la fiereza que disimula.

A veces endereza la cabeza y con las orejas tensas escucha. ¡Ah!... No es si no un anta torpe que trota quebrando matorrales. Otras veces mira atentamente a los pájaros que pasan o saltan en las ramas. Parpadea y sigue lento, como cansado. El mono huye ante su presencia sin atreverse a chillar siquiera. Él ni lo mira. Se parece tanto al palo seco que camina en dos patas y que hiere, cobardemente, desde lejos.

Y va a pescar. Le distrae y le gusta ese deporte. Son tan tontos los peces... Acuden a ver si en la burbuja que ha formado su saliva hay algo que comer. Un zarpazo certero los lleva a tierra. Ya es algo...

A veces también pasan piraguas por el río. Son los palos que caminan los que van en ellas. Él los mira con desprecio. Siempre hacen ruido. Cantan o emiten unos sonidos rudos que deben ser un idioma, idioma que no se entiende en la selva.

La boa es un peligro, el caimán es una pesadilla. Pero la boa es escasa mientras el otro, el hediondo, está siempre con hambre, llora como las crías de los palos ambulantes, tiene una cola peligrosa y unas mandíbulas feroces. Son los únicos de quienes debe cuidarse.

Los otros, los toros selváticos por ejemplo, pierden el tiempo en escarbar el suelo, en bramar amenazantes y cierran los ojos al embestir. Son brutos que solo por una causalidad pueden herirle. El único peligroso en realidad es el palo que anda y que mata con tanto ruido hiriendo con un dedo largo y negro que va siempre con él.

¿Cuántos de esos animales verticales han muerto? Acuden a su memoria el recuerdo de seis. Pero a ninguno quiso comer. Hedían tanto... Uno de ellos exhalaba por la boca un vaho repugnante que mareaba. Otro estaba lleno de sarna, otro más blanco, con una especie de calabaza en la cabeza, se quiso defender. Sacó ese dedo negro y largo y una cosa candente y brutal le atravesó una pierna. Pero un certero zarpazo le degolló. Bebió un poco de su sangre con un olor tan extraño, que tuvo que ir al río a lavarse la boca. Otro sarnoso más y uno alto y muy flaco que debía ser de las lejanas montañas, no pudieron despertar su apetito. Los

mató porque sí, porque odiaba a ese palo ambulante que se creía dueño y señor de todo.

Y los perros... ¡Qué lacayos eran!... Defendían al palo seco más que a sí mismos. Le meneaban la cola, le lamían las manos y le obedecían en todo. Se dejaban poner pedazos de cuero, con espinas, en el cuello, se dejaban atar, siempre sumisos, meneando la cola, humildes y bajos, como lo que eran: como perros...

El gato que era un bravío hermano suyo, que también habitaba en el monte, se cobijaba a veces en los nidos verticales que hacía el palo seco andador. Pero el gato no rendía pleito homenaje a ese que creía ser su dueño. Al contrario. Se vengaba de él en la primera ocasión. Y era libre. Salía a su antojo. Y volvía al nido vertical porque le convenía y nada más.

Qué despreciable era el palo ambulante. Recordaba haber presenciado desde la linde del bosque una especie de alboroto formado por muchos de ellos reunidos. Había hembras y machos. Bebían algo que no era agua, lanzaban alaridos en conjunto y hacían sonar unas tripas estiradas encima de una especie de calabazas alargadas. Se tambaleaban. Miraban a sus hembras como si se las fueran a comer y ya se habían comido un novillo. Después algunos de ellos salieron al patio y allí se dieron zarpazos que apenas hacían brotar sangre, mientras chillaban sus hembras y gemían los pequeños palitos ambulantes. Qué despreciable era ese animal...

Los troncos altos desnudos parecen las columnas de una enorme, infinita catedral. El señor manchado de la cabeza gacha y de la larga cola en curva, recorre con paso lento, largo y afelpado, el camino hacia la aguada...

No hay ningún rumor que le inquiete. La selva extática parece adormecida por el sol. Su piel lujosa brilla como seda. Es el emperador de la espesura. Su fuerte ronroneo parece marcar el compás de su paso. Ya se ven los matorrales que bordean el riacho donde él bebe. Es el momento de tomar precauciones. La boa, el caimán y acaso el palo andador, pueden estar por allí.

Sus ojos claros lo miran todo. Sus orejas tiesas auscultan y sigue su marcha lenta, ondulante, como fatigada. Ya ve las aguas del remanso. Se detiene. Lástima que el viento, leve, sople hacia el río. Así sus narices no pueden percibir el olor de sus enemigos.

¿Pero qué? Y avanza con cautela disimulándose entre los matorrales. Ya llega a la orilla y empieza a beber, siempre atento, el agua tibia de la ensenada medio oscura.

De improviso algo silba en el aire y siente en su lomo un leve pinchazo. Algo sutil venido desde lo alto se le acaba de clavar. Se revuelve con

furia y arranca la espina que termina en una pluma de pájaro. Adivina. Es el palo ambulante que le espera escondido en la copa de un árbol. Mira por todas partes y al fin lo descubre encogido sobre unas ramas flexibles donde él no puede llegar. La brisa adversa no le deja sentir su olor. Pero... ¿qué le puede hacer ese pinchazo? Y se interna en la selva seguido, por las ramas, de ese palo ambulante que entonces se parece más a los monos cobardes.

De improviso siente como un gran cansancio. Le pesan las patas y el corazón se le encoge. Sigue un corto trecho, pero la fatiga, una fatiga extraña, le obliga a tenderse. Se le van nublando los ojos y cae una sombra, como de noche, sobre él.

El indio baja jubiloso. Acaba de cazar un jaguar de hermosa piel con su dardo envenenado de curare.

Saca el cuchillo y desuella al animal y con la piel goteando sangre regresa a la aldea. Está risueño, feliz. Ya tiene para beber una semana.

Santiago

Josemo Murillo Vacarezza*

En la atmósfera gris y silenciosa de ese día ambiguo había como un jadear imperceptible y agonizante, como si toda la vasta planicie se adurmiera inquieta bajo la pesadumbre de alguna cuita.

Más relieve tenían las cosas y la calma era más densa. Las abarcas del mozo caminante chasqueaban únicas en el suelo duro del camino ceniciento, como si a todo el paisaje le hubieran dado un brochazo de la misma pintura.

Ni las aves éticas que otrora revoloteaban entre las matas y los guijos daban sus trinos lamentables a la polifonía agónica. Entonces, como para acompañarse de alguien que le diera la sensación de seguridad en medio de aquella vastedad horizontal que se confundía muy lejos con las cenizas del cielo nublado, el mozo expandió de su quena la rima sollozante y larga como la demanda de una mujer sin consuelo.

El eco se difumaba quejumbroso entre los cerros y alcores que, a un flanco, se dibujaban remotos con un violeta pálido y desteñido.

Tras de esas cumbres, como parpadeos imperceptibles, leves relámpagos demostraban que en otras comarcas la lluvia descendía copiosa, con un júbilo de fiesta popular, y como si comprendiera la bondad de su ayuntamiento con el duro suelo, siempre árido y sediento.

La flauta se apagó. El indio, joven recio, que venía a pie desde un caserío oculto en el abrazo de dos cerros erizados de pencas y pasacanas,

* Nació en Oruro en 1897 y falleció en 1987. Narrador y ensayista. Publicó el libro de cuentos *Aguafuertes del altiplano* (1946) y los ensayos “La pollera” (1982), “La canción popular en Bolivia” (1984) y “Oruro. Estudio sociológico de la ciudad y su región altiplánica” (1987).

“Santiago” forma parte de *Aguafuertes del altiplano*, Buenos Aires: José Rubio.

sintió sus manos ateridas por la brisa que, acariciante y sutil, le hacía palpar las mejillas.

Las matas de paja, que el frío había dorado, afinaban sus arpas para una canción con que el altiplano saluda al cortejo interminable de los vientos.

Una densa nube de tierra, hecha remolino caprichoso, se aproximó elevándose muy alto como lábaro de triunfo, anunciador del huracán impetuoso.

El polvo se le adhirió al mozo en el traje y en los párpados. Y los pajonales inclinábanse como una rubia y dócil cabellera vibrando en una canción lúgubre que a instantes se hacía aguda como un grito desgarrante, y que tornábase después grave como si un hombre gimiera con trágicos sollozos; mil sirenas escondidas no hubieran hecho orquesta mejor.

Después, como una corte infinita de héroes menos epónimos, pasaron otros vientos con la marcha triunfal de las pajas de todo el altiplano, y fuéronse a ras del suelo sin levantar un átomo de polvo, como si fueran bandadas de aves gigantescas y sedosas.

La atmósfera se hizo más densa. El gris se iba ensombreciendo con un color de crepúsculo y los centelleos eran más dilatados.

Aún distaba algo para alcanzar el villorrio donde los demás indios, de pie en las puertas de sus viviendas, arrebujados en sus amplias chalinan, veían cómo la naturaleza había apagado todas sus luces y cubría los campos con un manto de silencio y profundidad.

Estaba muy próxima la tormenta.

El mozo caminante no podía abreviar su sendero, trazado como una línea recta a través de la llanura.

El estrépito de un rayo cercano sacudió a las matas que concluyeron su monorríma; la tierra pareció palpar agitada en convulsiones que, como ondas, repercutieron en las montañas distantes. La luz de la descarga iluminó, deslumbrante, todo el panorama.

Una nube de polvo se fue disolviendo, lenta como el humo de un disparo.

Y cuando llovía con gotas menudas e inficionantes, y los chiquillos de la aldea jugaban en el lodo o se salpicaban con el agua de los regatos, las indias, en el fondo de sus cabañas, seguían pronunciando frases para conjurar el rayo. A breve distancia de la aldea sobrevino el relámpago y estalló el trueno.

De su fervoroso panteísmo el símbolo era un apóstol, galopante en un corcel invisible, y que donaba sus bienes con la consagración de los rayos.

—Santiago, Santiago... —se decían ellas como en una letanía, mientras sus maridos tenían en la mente la imagen del dios paradójico.

Por eso, concluida la lluvia, y cuando los carriles del camino estaban inundados todavía, salieron hombres y mujeres en dirección al sitio donde había ocurrido la explosión.

El mozo viajero estaba agonizante. La descarga lo había herido, y, en demanda de instintivo auxilio, se había revuelto en el lodo; alzó los párpados somnolientos y dejó ver las pupilas sin luz; movió las mandíbulas en una palabra apagada.

Los demás indios, arrodillados en torno suyo, no se aproximaron más, cohibidos por su misticismo espectaron los rictus agoniosos del que no alcanzara la jornada.

No se atrevieron a tocarlo por el temor de ofender la voluntad de Santiago, y esperaron, pacientes, que concluyera el último suspiro del moribundo.

Solo cuando este dejó caer el mentón y se le aflojaron los tendones, las mujeres le dieron una posición digna y los hombres lo trasladaron a un poncho que había extendido en el suelo húmedo.

Así, en procesión, retornaron a la aldea, donde concluyeron el funeral. Mientras tanto, otros levantaron un túmulo en el sitio mismo donde había descendido el apóstol tonante y que había consagrado con uno de sus rayos.

Al otro día, llenos de íntima alegría, ataviáronse de gala, y, con presentes diversos, fingieron despedir a Santiago, que hasta entonces había permanecido oculto en la superficie.

Era un baluarte más que los defendía de los malos influjos, y aun cuando no habían podido salvar al mozo que cayera malherido, estaban satisfechos con esa promisoriosa visita.

Y los padres del desaparecido, con un orgullo imposible de disimular, sin el más mínimo dolor anunciaban desde entonces:

—A nuestro hijo se lo llevó el rayo.

Las matronas sentían el escozor de la envidia, y los hombres se empequeñecían ante la preferencia del apóstol.

Otoño

Wálter Montenegro*

Don Cristóbal Guzmán pensaba que lo más importante en la vida era tener el despacho al día. Con orgullo desmedido, si se piensa que era hombre de corazón humilde, afirmó muchas veces que nunca, en largos años de oficinista, había tenido su trabajo atrasado.

Todo ello parecía ahora sumido en el más profundo olvido; con indiferencia inexplicable veía crecer la montaña de papeles que se iba formando sobre su escritorio; cartas oficiales, cuadros estadísticos e informes técnicos amenazaban enterrar su bien ganado prestigio.

Apoyados los codos sobre la mesa, mordía un lápiz distraídamente. Su mirada vagaba de un lado a otro, como haciendo un viaje de turista hastiado por los ámbitos de la habitación.

Por momentos parecía recobrar la conciencia de los hechos, al contacto eléctrico de los ojos de su secretaria, nerviosa joven de gruesos anteojos que, llena de iniciativas y opiniones, era eso que se ha dado en llamar el “brazo derecho” de su jefe; robusto brazo, en verdad, que con alarmante frecuencia actuaba con absoluta autonomía.

Algunas veces don Cristóbal había advertido estos desbordes de su “brazo derecho”, y hasta hubo proyectado severas actitudes represivas. “No es necesario herirla –se decía– pero hay que poner los puntos sobre las íes”. Luego perdía todo valor e iniciativa frente a los redondos anteojos a través de los cuales salían rayos hirientes y precisos que hoy parecían

* Nació en Cochabamba en 1912 y falleció en La Paz en 1991. Narrador y periodista. Es autor de los libros *Once cuentos* (1938) y *Los últimos* (1947), además de *Estaño malayo* (1943), *Mirador* (1948), *Introducción a las doctrinas político económicas* (1956), *La universidad de San Andrés* (1982) y *Las oportunidades perdidas. Bolivia y el mar* (1987).

“Otoño” integra *Los últimos*, Buenos Aires: Cámara Boliviana del Libro.

atraer con alcance telescópico la atención de don Cristóbal perdida en otros mundos.

El señor Guzmán había acabado por resignarse, a medias, a aquella situación. Después de todo, no es halagador haber pasado 15 años bregando como profesor de primaria, con miles de arrapiezos burlones y mal inclinados, para luego, alcanzado cierto sitio de respetabilidad y reposo, volver a ponerse en pie de guerra; y esta vez, con un enemigo por sí solo infinitamente más peligroso que la suma de todos los discípulos de otros tiempos.

Era esa la historia de don Cristóbal Guzmán, hombre de 50 años de edad; una larga carrera como profesor en las escuelas fiscales, mal pagado por el Estado y escarnecido por los niños por su debilidad de carácter, para llegar, al final, a ocupar su actual situación de jefe de un Departamento en el Ministerio de Educación.

De cómo se produjo este cambio, don Cristóbal nunca quiso averiguarlo, y se limitó a recibirlo agradecido y regocijado en lo íntimo de su espíritu, como las plantas deben recibir la lluvia, sin preocuparse por averiguar el origen meteorológico del beneficio.

Podían haber sido dos cosas: primera, simplemente, su apariencia insignificante, su gesto cohibido, esa timidez que le hacía levantar los ojos con gratitud de perro cuando alguien se mostraba cordial con él; su paciencia, su resignación y su silencio, que siempre son gratos a los ojos de los superiores (como él mismo solía decir). O, quizás, aquel laborioso informe que una vez presentara ante las autoridades escolares sobre la reforma de los métodos pedagógicos en vigencia. El señor Guzmán oyó, algún tiempo después de haber elevado dicho informe, que el ministro de Educación, en un famoso discurso, decía cosas casi exactamente iguales a las que él había afirmado en su trabajo.

“Es necesario huir de esta equivocada enseñanza que atiborra la inteligencia del estudiante con mil conocimientos minuciosos que luego son olvidados y no dejan en él ninguna idea fundamental, ni le sirven prácticamente para nada. Enseñémosle a comprender antes que a aprender. ¡Sí, señores!”.

Esto de “sí, señores”, no lo había puesto el señor Guzmán; era la contribución del ministro. ¡Pero qué semejanza en el resto!

Don Cristóbal no pudo menos que asentir con entusiasmo, cuando otro maestro, parado junto a él en el gran desfile escolar, le dijo refiriéndose al ministro y a su discurso: “¿qué inteligente e ilustrado, no? Raro ministro...”.

Ciertamente, el aguerrido coronel que en ese instante golpeaba la balastra del balcón con un puño cerrado, recomendando “disciplina, disciplina y siempre disciplina”, debía ser hombre inteligente para haber pensado por sí mismo todo aquello que don Cristóbal aprendiera en 20 años de experiencia. Nada de lo ofrecido en el discurso se llevó a la práctica desde luego, pero algún tiempo después el humilde maestro Guzmán recibió su ascenso, y lo recibió sin tratar de averiguar razones; tan simplemente como el césped de los campos recibe su ración de agua del cielo.

La vida fue desde entonces una especie de paraíso para las modestas aspiraciones de don Cristóbal; ya no más llegar a la escuela, para encontrarse con que los alumnos habían dibujado en el pizarrón grotescas caricaturas suyas, ridiculizando sus pantalones arrugados, su cuerpo demasiado delgado, y su sombrero sin forma apropiada; no más gritar inútilmente “¡silencio, niños. O rebajo un punto a toda la clase!”; no más pelotas de papel volando misteriosamente de uno a otro lado del aula, ni bolitas de cristal malvadamente colocadas debajo de las patas de su silla, hasta haber creado en él aquel complejo de desconfianza que le hacía mirar siempre con recelo hacia abajo antes de sentarse. Ahora, las cosas eran diferentes; la quieta oficina, el respeto de los tres auxiliares que trabajaban en su sección, y el poder emitir algunas opiniones propias, cuando le pedían un “informe técnico”.

Lo único que agriaba la dicha de don Cristóbal era el carácter de su “brazo derecho”. La señorita Luisa Clara, como la llamaban todos en el ministerio, era para el temperamento de don Cristóbal una especie de perenne amenaza de tormenta sobre un quieto paisaje. “En primer lugar –se decía el señor Guzmán– ¿para qué llamarse Luisa Clara? ¿No es acaso suficiente con un nombre? Luisa Clara, realmente, suena muy enfático”.

Siempre activa y enérgica y llena de iniciativas. ¡Oh, sus proyectos!... Cada semana anunciaba a don Cristóbal alguna nueva empresa a la cual dedicaría su vida entera. Tenía un modo de decir “mi vida entera”, que irritaba irremediablemente al señor Guzmán, pero, demasiado tímido para hacer ninguna observación, se limitaba a sonreír servilmente. Entonces ella, tomando familiarmente el brazo de su jefe, reía con una risa estridente que acababa por destemplan los nervios del viejo maestro.

—Ud. no sabe de estas cosas, don Cristóbal. Indudablemente, Ud. es demasiado bueno e ignora las maldades del mundo. Pero nosotras tenemos que luchar, luchar sin descanso... –y volvía a lanzar otra vez aquella sonora y bien modulada carcajada que tanto disgustaba a don Cristóbal.

La señorita Luisa Clara acostumbraba decir que la gente de espíritu sano ríe abierta y fuertemente. “*Mens sana in corpore sano*” –concluía proféticamente, levantando el índice de su mano derecha, con un destello muy inteligente detrás de sus gruesos anteojos. Para ella, todo era “indudable”.

Así y todo, don Cristóbal se sentía contento con su destino, y miraba con ojos serenos hacia el porvenir que ya no podría reservarle grandes sorpresas, hasta aquel día...

La señorita Luisa Clara, que organizaba las audiencias públicas con severa rigidez, despidió al último visitante, y luego anunció a don Cristóbal:

—La próxima es una maestra provincial del interior de la República, quiere un cambio de destino o algo así. Nada interesante. Indudablemente, si Ud. prefiere, puedo decirle que la audiencia ha quedado suspendida.

—No, dígame que pase. Estas pobres gentes gastan todos sus ahorros en venir a La Paz a hacer sus reclamos. Un día más en hoteles o pensiones cuesta mucho dinero.

—Oh, siempre las mismas quejas: que el sueldo es insignificante, o que quieren cambiar de escuela porque no se llevan bien con el director. Ud. es muy bueno, don Cristóbal. Ya se lo he advertido muchas veces...

Don Cristóbal sonrió avergonzado de su bondad.

La señorita Luisa Clara abrió la puerta y entró la maestra.

Tenía puesto un vestido negro de tela humilde que, a las claras, mostraba su excesiva relación con el cepillo y las mezclas caseras para quitar manchas.

Saludó a don Cristóbal con cierta afectación y como si se tratara de dar el mayor encanto posible a su sonrisa.

Inició la charla como si estuviese escribiendo una carta oficial y pudiese previamente “señor Director” y luego dos puntos.

No dejó de sentirse halagado el señor Guzmán por la impresión que ella le daba de estar realizando una entrevista trascendental.

Conforme hacía su historia (huérfana, obligada a ganarse el pan de cada día y trabajando en una escuela de provincia de la que quería ser cambiada, porque el director parecía no tenerle buena voluntad), don Cristóbal la examinaba subrepticamente.

Tenía esa lozanía de cutis propia de la gente del valle; sus labios eran extraordinariamente jugosos y, aunque estaba muy formalmente sentada en la incómoda silla de alto respaldo, había en su actitud algo de ese tibio abandono a medias amoroso y maternal que...

Don Cristóbal tuvo que suspender su examen, ligeramente asustado, para responder algo. Pero luego sus ojos volvieron a recrearse en la contemplación del busto sólido y opulento. Los senos mostraban netamente su forma debajo del vestido, seguramente un tanto encogido a fuerza de viejo. Y luego, aquellas curvas del vientre y las caderas apretadas por la falda. Las medias negras de algodón revelaban debajo de sí una blancura que...

Don Cristóbal, sobresaltadísimo, levantó los ojos y se puso a disertar muy serio acerca de las dificultades de realizar cambios sin antes consultar a los jefes de distrito, pero, inevitablemente, su mirada volvía a posarse en el cuerpo de la maestra.

La señorita Luisa Clara se aproximó en aquel instante, e interrumpiendo la conversación preguntó algo a don Cristóbal, sonriendo con aire suficiente, como si quisiera mostrar su importancia. Se alejó con aire muy comprensivo y diciendo “indudablemente, indudablemente”.

Don Cristóbal no quería dar por terminada la charla, y formuló algunas preguntas acerca de esto y aquello.

—¿Cómo se han recibido en Cochabamba los últimos nombramientos?

Ella iba cobrando ánimo y hablaba con soltura, aunque empleando siempre palabras un tanto rebuscadas. Decía, por ejemplo: “debo participar a Ud., señor director”.

El señor Guzmán sonreía bondadosamente, y hasta habría querido hacer alguna broma, pero automáticamente levantó la vista y vio que el “brazo derecho” tenía severamente apuntados hacia él sus grandes anteojos desde detrás de la máquina de escribir. Y sintiéndose muy alarmado, reprimió su impulso humorístico.

—Muy bien, señorita...

—Blanca Quiroga, servidora suya.

—Vuelva usted después de dos días, y veremos si puedo hacer algo. Venga el jueves a esta misma hora.

Ella se puso en pie y se despidió. Don Cristóbal adquirió, por primera vez en su vida, dos nociones: que las mujeres tenían manos muy suaves y tibias, y que dejaban un olor agradabilísimo detrás de ellas; aquella inquietante mezcla de fragancia de cuerpo joven y olor de ropa limpia, y algunos polvos y lociones, aunque fueran muy baratos. Naturalmente, el señor Guzmán ignoraba estos detalles de composición química, y se limitó a disfrutar el aroma, hasta que este desapareció violentamente batido por el rápido paso de la señorita Luisa Clara, que vino en aquel instante a anunciar la próxima entrevista. Ella era perfectamente inodora, si se exceptúa cierto vago tufo de bencina que tenían sus vestidos los lunes

en la mañana, seguramente por haber sido desmanchados el día anterior con dicho producto.

Durante los días siguientes, y sin saber por qué, don Cristóbal se sintió más fastidiado que de costumbre con la señorita Luisa Clara.

“Esta mujer se cree aquí el jefe –se decía– y el jefe soy yo. Digo mal, no es una mujer, porque si lo fuera, tendría la misma fragancia que la señorita Quiroga; ese es aroma de mujer, y no aquel olor de automóvil de los lunes por la mañana”.

La señorita Luisa Clara, activa como de costumbre, propuso numerosos trabajos que el señor Guzmán rechazó sistemáticamente, sin ninguna razón justificable.

“Es necesario darle la sensación de que quien manda aquí soy yo, una vez por todas –pensaba el director– y nada de llamarla otra vez señorita Luisa Clara; Luisa a secas, y basta”.

—Señorita Luisa, tenga la bondad de abrir esa correspondencia.

—Señorita Luisa Clara –corrigió ella sonriendo y haciendo una reverencia.

—Bueno... Es que un nombre me parece suficiente –murmuró don Cristóbal muy encendido y tartamudeando.

—No señor, no señor –contestó ella levantando el índice de su mano derecha. Ya sabe que todo el ministerio me llama Luisa Clara, y que yo siempre firmo mis artículos con los dos nombres. Además, ¿por qué negarle esa satisfacción a su brazo derecho? No olvide, don Cristóbal, que soy su brazo derecho –concluyó, disparando su terrible carcajada.

Don Cristóbal no respondió nada, pero unos instantes después se le ocurrió que habría podido responderle: “Si Ud. es mi brazo derecho, yo quisiera ser manco o zurdo”. Claro, eso habría estado muy bien; no pudo menos que sonreír celebrando su ingenio.

—Muy bien, muy bien, señor Guzmán –dijo la aguda secretaria, a quien nada se le escapaba –, ya sonrío Ud., y eso quiere decir que una vez más he conseguido disipar su mal humor. Aquí, entre nosotros, lo que a Ud. le hace falta, indudablemente –añadió acercándose con una picaresca sonrisa– es casarse.

—Señorita Luisa, digo señorita Luisa Clara, yo estoy muy bien así... –don Cristóbal difícilmente podía reprimir su cólera.

—No, no, no, no. A mí no se me engaña –el índice de la mano derecha se movió sentenciosamente en el aire–. Indudablemente...

—Voy a salir un momento... –y don Cristóbal se alejó de la oficina, sintiendo náuseas a fuerza de disgustado.

Así llegó el día de la segunda entrevista con la señorita Quiroga.

Don Cristóbal no pudo evitar el mirar furtivamente dos o tres veces su reloj, mientras desfilaban por su despacho otros solicitantes.

La secretaria hizo el anuncio respectivo:

—Aquella maestra de provincia... ¿cómo se apellida?... Ah, Quiroga. Bueno, todos se llaman Quiroga en Cochabamba.

—No veo nada de malo en ello. Dígale que pase.

Ella entró con paso firme que le hacía temblar los senos debajo del vestido negro. Tenía otro sombrero que dejaba ver una buena porción de sus cabellos castaños, ligeramente ondulados.

La entrevista transcurrió un poco difícilmente porque en realidad nada había hecho don Cristóbal en su asunto. Pero la joven maestra repitió casi enteramente su historia, y él pudo dedicarse a la grata tarea de contemplarla.

Súbitamente, le asaltó la idea. Aterrado miró instintivamente a su secretaria que, como de costumbre, mientras se producían las audiencias, simulaba escribir, aunque todo en su actitud mostraba que seguía, sin perder palabra, el hilo de las conversaciones de su jefe con los visitantes.

La imaginación de don Cristóbal volaba con inusitada velocidad.

—Ejem, señorita Luisa Clara —dijo sonriendo tan amablemente como le fue posible—, ¿querría Ud. hacerme el favor de traerme las listas de profesores de Cochabamba, con especificación de escuelas?

La secretaria se puso de pie, abrió la puerta, y llamó a uno de los auxiliares que trabajaban en la próxima habitación.

—Ud. misma, personalmente, tenga la bondad. Ya sabe... los auxiliares nunca comprenden lo que uno quiere.

La señorita Luisa Clara respondió:

—Indudablemente —le dirigió una vaga mirada de desconfianza, y salió dejando la puerta abierta.

—Vea Ud., señorita Quiroga, no quisiera que me comprendiese mal, pero, Ud. sabe, aquí no dispongo de mucho tiempo. Si me permitiese invitarla a tomar té, podríamos charlar más detenidamente. Por supuesto, si Ud. no tiene inconveniente.

—Claro que no, señor Guzmán; es un honor inmerecido para mí... que una alta autoridad educacional...

Iba a continuar su frase protocolar, pero don Cristóbal, muy apresurado y temblando ante su propia audacia, porque ya se oían los pasos de la secretaria, la interrumpió.

—Muy bien, muchas gracias, ¿cuándo?

—El sábado. La buscaré en su alojamiento a las cinco de la tarde. ¿Dónde vive Ud.?

—En la pensión Z.

En ese preciso instante entró la señorita Luisa Clara, trayendo un voluminoso legajo de papeles, y examinando escrutadoramente a don Cristóbal y la maestra.

—Muy bien, señorita Quiroga. Quedamos en lo acordado. Muchas gracias.

Ella se levantó, dispersando otra vez su fragancia, y salió después de estrechar la mano de don Cristóbal.

La secretaria hizo un gesto de indecible y deliberado asombro, pero no dijo nada. El señor Guzmán quiso simular que no había advertido la actitud de su brazo derecho, pero al fin no pudo contenerse y preguntó nerviosamente:

—¿Qué le pasa a Ud.?

—Pues, don Cristóbal, que hace tres años que trabajamos juntos, y todavía me sorprende Ud. Me pide las listas de maestros para resolver el asunto de aquella profesora, y luego la deja irse sin siquiera mirar las listas.

—Déjelas sobre mi escritorio, por favor. Las examinaré después.

—Don Cristóbal, don Cristóbal, indudablemente... —el índice de la mano derecha se levantó y trazó en el aire algunos signos a medias de sospecha y de acusación.

Las sienas de don Cristóbal palpitaban violentamente. Su gesto de audacia había sido demasiado grande.

Durante los siguientes días, antes de la fecha señalada para la cita, se sintió poseído de extraordinaria nerviosidad. Era la primera vez en su vida que se encontraba en trance de invitar a una mujer. No pudo evitar, al pasar por ciertos cafés de moda, el mirar curiosamente hacia adentro, examinando la distribución de las mesas e imaginando cuál de ellas podría ocupar con la señorita Quiroga.

¿Iría al más elegante de los locales?

Por una parte, la idea ofrecía halagadoras perspectivas para su vanidad, pero tenía miedo de encontrarse mezclado en aquella muchedumbre de gente muy elegante entre cuyos trajes —no pudo menos que advertirlo a pesar de su inexperiencia— el suyo y el de su amiga no se encontrarían muy a tono. Ya se había fijado, durante sus excursiones preliminares, en el derroche de pieles y plumas que lucían las damas. Realmente, sería preferible buscar un establecimiento más modesto.

El sábado, a las cinco de la tarde, y con una vaga aprensión de no encontrar a la señorita Quiroga, don Cristóbal se presentó en la pensión Z. Durante la mañana había dado a planchar su traje, tenía una camisa notoriamente limpia, y se había puesto aquella corbata de color azul brillante que le regaló alguno de los auxiliares de la oficina en un cumpleaños, y que hasta entonces nunca quiso usar.

Ella salió a recibirle, y le pidió que la esperara unos minutos. A poco reapareció llevando su mismo vestido negro cuidadosamente preparado para esta oportunidad; el resto de su indumentaria tampoco había cambiado.

Conforme iban andando por la calle, y en medio de las minuciosas precauciones del señor Guzmán para ceder siempre la acera a su pareja, él tuvo un ligero sobresalto. Un vago aroma de bencina llegó hasta sus narices; miró con inquietud a una y otra parte, esperando ver a la señorita Luisa Clara.

Pero no, era el vestido de la señorita Quiroga el que desprendía el ingrato perfume. Seguramente, dada la extraordinaria oportunidad de su salida con el señor director, se había creído obligada a usar recursos extraordinarios en la limpieza de su ropa.

Don Cristóbal pensó en ello con ternura, sintiéndose objeto de un homenaje especialísimo. Sin embargo, habría preferido que quedasen algunas manchas, pero que desapareciese el aroma de tan ingrata memoria para él.

Llegados al café (no el de lujo, sino otro mucho más modesto), el señor Guzmán cometió algunos errores imputables a su inexperiencia. Es necesario recordar que se trata de un humilde maestro de primaria que sabrá mucho acerca de la manera de orientarse, poniendo el brazo derecho hacia donde sale el sol, y otras cosas semejantes, pero que no tiene ninguna obligación de saber que primero toman asiento las damas, con una ligera ayuda protocolar de parte de los caballeros; que hay que dejar el sombrero en los lugares especialmente designados para ello, etcétera.

Por eso, adoptando un aire de gran naturalidad que le pareció conveniente para disimular su embarazo, pero mirando recelosamente hacia abajo como de costumbre, se sentó tan pronto como llegaron frente a su mesa, mientras ella continuaba todavía en pie, luchando bravamente, pero con una adecuada sonrisa en los labios, para poner en buena posición su silla.

El té transcurrió gratísimamente para don Cristóbal, que admiró las buenas maneras y la soltura de la señorita Quiroga. Tenía, sobre todo, un modo de tomar las cosas con los dedos índice y pulgar, levantando graciosamente el meñique ligeramente encorvado, que pareció al señor Guzmán lo más exquisito de las buenas maneras. Sin pensarlo mucho trató, en la mejor forma posible, de dar a sus manos el mismo dispositivo estético. Hacía tiempo que su sombrero había caído de sus rodillas al suelo.

Ella parecía excitadísima. Miraba en torno suyo con gran expectación, preguntando frecuentemente al señor Guzmán si conocía a las personas

que entraban en el café. Él, sin premeditación, mintió dos veces, afirmando que sí, con aire despreocupado, respecto de dos señores con aire muy importante, y una dama de aquellas que miden su elegancia por la cantidad de cosas que llevan sobre sí.

Don Cristóbal, que había enseñado gramática en las escuelas, no podía menos que advertir ciertas fallas en el lenguaje de su amiga. Decía, por ejemplo “prespectiva” o “giminasia”, pero todo ello, en vez de soliviantar el celo purista del viejo maestro, no hacía sino inducirle a conmovidas reflexiones acerca de los escasos medios que tienen los pobres profesores para adquirir una sólida preparación.

No se habló una sola palabra del asunto de la señorita Quiroga. Y cuando don Cristóbal se despidió de ella en la puerta de la pensión, le pidió que fuese nuevamente a verlo a su oficina, dos días más tarde.

El señor Guzmán se fue en dirección a su casa, experimentando una extraordinaria sensación de alegría y ligereza. Un transeúnte con quien se cruzó en la calle, le miró con curiosidad, porque, al parecer, iba tarareando una canción. Hay gente, aunque sea vista por primera vez en la calle, de quien no se esperan canciones.

El lunes por la mañana, y poco después de iniciadas las labores, la señorita Luisa Clara abordó a don Cristóbal inundándole de olor a bencina y presentándole aquellas famosas listas de maestros del distrito escolar de Cochabamba.

—Me parece, señor director (le llamaba siempre señor director cuando quería hacer algo por cuenta propia), que podemos solucionar muy fácilmente el asunto de la señorita Quiroga que ya lleva esperando mucho aquí. Hay una vacancia en la escuela N., y en vez de mandar una nueva maestra, sería conveniente...

—Sabe, señorita Luisa, tengo que pensar detenidamente sobre este asunto antes de resolverlo.

—Pero don Cristóbal, si no hay nada que pensar; el procedimiento es muy sencillo; simplemente...

—Señorita Luisa, voy a arreglar las cosas por mí mismo.

—¿Ah, sí? Muy bien, muy bien. Indudablemente, Ud. es el jefe —dijo ella alejándose ligeramente encendida y sonriendo agriamente.

Aquella tarde don Cristóbal se vio obligado a confesar nuevamente a la señorita Quiroga que aún no había hecho nada.

Ella se ruborizó y, muy turbada, dijo algo acerca de que sus recursos eran escasos y no le permitirían quedarse mucho tiempo en La Paz.

El señor Guzmán recibió un golpe en el corazón. A medias, una inmensa compasión que casi le humedeció los ojos y su sentido del deber, se levantaron violentamente desde el fondo de su conciencia.

¿Era posible haber ocasionado semejante retraso a la pobre maestra? Seguramente habría tenido que prestarse dinero para venir a La Paz, y no, ciertamente, a perder el tiempo tomando té con él ni a visitarle tres veces por semana en la oficina.

—Señorita Luisa Clara, tenga la bondad de traer aquellas listas de profesores...

—Sí, señor Guzmán —respondió ella, sin dejarle concluir.

—Y redacte ahora mismo el telegrama ordenando aquel cambio de destino del que usted... del que hablamos esta mañana.

—Ya ve —se volvió sonriendo hacia la señorita Quiroga—. Todo estará listo mañana. Y podrá usted volver a Cochabamba por el próximo tren.

—Señor director, debo manifestar a usted que me encuentro profundamente agradecida. No sé con qué palabras expresarle...

—Nada, nada. Esté usted tranquila y contenta. Espero que la veré antes de su viaje —añadió bajando ligeramente la voz para que el “brazo derecho” no oyera sus últimas palabras.

—Por consiguiente —respondió ella, y el señor Guzmán volvió a conmovirse pensando en la falta de gramática de los pobres maestros.

Cuando la señorita Quiroga se hubo ido, él quedó silencioso y cabizbajo. Le sobresaltó la señorita Luisa Clara que en aquel instante traía ya el telegrama para la firma de su jefe. Eficiente secretaria.

—Es indudablemente vergonzosa la deficiencia de lenguaje apropiado de algunos profesores —dijo—. ¿Oyó usted cómo respondió cuando usted le hizo su galante ofrecimiento de una visita? “Por consiguiente” —y lanzó más torrencioso y áspero que nunca el caudal de su risa—. Así anda la instrucción pública —concluyó— con gente sin cultura en el magisterio. Escribiré un artículo sobre esto.

Su índice amenazador y vengativo apuntó al cielo.

Don Cristóbal quedó con la vista perdida en el vacío, y mordiendo un lápiz.

—Ella se va después de dos días...

Salió de la oficina tan abstraído que ni siquiera advirtió la inquisitiva y perspicaz mirada de su secretaria, que, como para llamarle la atención, le dijo con voz muy clara y bien modulada: “Hasta mañana, señor director”.

Aquella noche fue la más extraña de la vida de don Cristóbal. Jamás hasta entonces el insomnio le había visitado. Metódico y sobrio, estaba

acostumbrado a poner la cabeza sobre la almohada y dormir profundamente. Cuando soñaba, era como simples imágenes que, después de realizar sus habituales absurdas combinaciones, se iban sin dejar ninguna huella.

Pero, pensando en la señorita Quiroga, en su aroma, en la curva de sus caderas, y el color de carne entrevisto a través de la perversa malla de las medias negras, sintió que la atmósfera se hacía pesada, que su cama estaba demasiado hundida por el largo uso, y otras cosas más, igualmente insólitas, que mantuvieron sus ojos abiertos, examinando las flores del empapelado y las caprichosas manchas del agua filtrada del techo sobre el lienzo del cielo raso. Si él se atreviese... Y la fragancia de la señorita Quiroga parecía saturar las sábanas, envolviendo su cuerpo en tibias oleadas.

—Los hombres casados —pensaba don Cristóbal— vuelven a casa después del trabajo, y les espera la mujer con un delantal blanco atado a la cintura, que les da un delicioso aire hogareño; se besan, él cuenta cosas de la oficina y ella habla de los asuntos de la casa. Él se sienta a leer los diarios, o se ocupa de arreglar pequeños desperfectos en los muebles, mientras ella cose o prepara la comida. Después, se salen juntos; a las mujeres les gusta ir al cine; se sientan muy próximos uno al otro y se toman de las manos al amparo de la oscuridad. Luego, otra vez a la casa. Naturalmente, don Cristóbal no sabía cómo podría realizarse aquello de desnudarse ambos en la misma habitación, pero su imaginación saltaba sobre estos detalles, y volaba luego febrilmente.

Cuando al fin llegó a dormir, aquello fue un caos de mujeres que se desvestían, de extender las manos y percibir la tibieza de otro cuerpo, de delantales blancos y medias negras. La señorita Quiroga tenía desatados los cabellos castaños sobre la blancura de la almohada. Don Cristóbal iba a despertarla tocando sus labios, pero de otra cama colocada al frente de la suya, surgía repentinamente la figura del señor ministro que, vestido con su uniforme de gala, y dando golpes de puño, decía: “no señores, sí, señores”, mirando al señor Guzmán con gran severidad que le impedía llegar a los labios de la señorita Quiroga, no obstante que habría querido pedir permiso para hacerlo, pero súbitamente le vino a la memoria cierto artículo de los reglamentos que prohibía dirigirse al ministro en forma personal. “No, señores”, vociferaba entre tanto el ilustre personaje.

Despertó fatigadísimo, pero cuando salió para ir a la oficina, sus ojos, habitualmente opacos, tenían cierta llama de resolución ardiendo en lo más profundo.

Nuevamente enfrentado con la montaña de papeles, empezó a fraguar planes. Su mirada vagaba sobre el escritorio y las paredes.

—Indudablemente, señor Guzmán, debiera Ud. haber firmado ya la correspondencia.

—Sí, señorita, tráigame la correspondencia.

—Pero si la tiene ahí desde ayer —y se aproximó al escritorio de don Cristóbal. Parecía empeñada en demostrar su enojo con los bruscos ademanes con los cuales desplegaba los documentos para la firma del jefe.

Él dibujaba automáticamente la anticuada rúbrica. Estuvo a punto de repetirla dos veces sobre la misma carta. El “brazo derecho” actuó enérgicamente y apartó a tiempo el papel.

—Indudablemente, a Ud. le pasa algo, don Cristóbal.

—No, señorita, nada me pasa, nada.

Y don Cristóbal levantó los ojos para encontrarse con el agudo brillo que, brotando a través de los lentes, parecía querer clavarse en él y penetrarle hasta la conciencia. El creyó conveniente volver a bajar la vista.

Por la tarde, don Cristóbal parecía ya no abstraído sino muy nervioso e inquieto. Dos o tres veces fue posible verle sonriendo tenuemente. El “brazo derecho”, por su parte, empezó a mostrar síntomas de extraordinario desasosiego. Rió repetidamente, sin motivo, y trató de agitar su índice en el aire, pero sin éxito. Después de algunos movimientos vacilantes el índice caía como abatido. Fenómeno extraño si se piensa que, durante años enteros, aquel dedo había estado actuando en la atmósfera de la oficina con admirable firmeza; ora acusando, ora interrogando, o afirmando cosas en forma absolutamente irrefutable. Los auxiliares, por ejemplo, temían al índice, como a la expresión misma de la conciencia, del deber y la razón.

Durante una salida de la secretaria, don Cristóbal tomó el teléfono. Cuando ella volvió, una franca sonrisa iluminaba el rostro del jefe, lo que pareció llevar al paroxismo el malestar del “brazo derecho”.

El señor Guzmán salió de la oficina más temprano que de costumbre, sin prestar la menor atención al gesto notorio con que ella miró su reloj de pulsera de grandes dimensiones, mientras decía con su acostumbrado retintín:

—Buenas tardes, señor director.

Don Cristóbal se presentó muy acalorado en la pensión Z, y tartamudeando un poco, dijo:

—Creí, señorita Quiroga, que antes de irse le gustaría pasear un poco. Por eso la llamé por teléfono. Espero que no la habré molestado y que querrá Ud. salir conmigo.

—Muy encantadísima —dijo ella, tocando nuevamente el corazón del maestro con su deficiencia gramatical.

Don Cristóbal llevó a su amiga a aquel parque público, colgado como un nido en medio de estáticos aluviones de arcilla; allí donde al atardecer

se refugian juntos, entre el follaje de los pinos, las parejas de enamorados pobres y algunos rayos que, al irse, el sol deja olvidados.

El viejo maestro no podía quejarse de la contribución de la naturaleza a sus fines personales. La tarde era diáfana, y había en la atmósfera esa quietud sugerente y emocionada que...

—¿Le gusta el paisaje?

—Oh, sí, señor Guzmán, estoy feliz.

El señor Guzmán encontró difícil añadir algo más. Sentados como estaban en un banco, separados por una respetuosa distancia, se limitó a bajar los ojos y a dibujar algunos indescifrables jeroglíficos, con la punta del zapato, sobre la arena.

Ella hablaba volublemente, sin dar tiempo a don Cristóbal para hacer el necesario acopio de fuerzas. Cuando, después de un momento de preparación, iba a lanzarse, previas algunas toses nerviosas, la señorita Quiroga irrumpía con algún nuevo comentario sobre el oscuro matiz de la vegetación o las caprichosas formas de las montañas; y el señor Guzmán se veía obligado a convenir en que, efectivamente, el verde de los valles es mucho más claro y que las rocas adoptan, a veces, formas muy raras.

El tiempo iba pasando, entre tanto, y don Cristóbal, víctima de una tensión a la que no estaba acostumbrado, se sentía realmente enfermo. Le dolía la cabeza, tenía la boca seca y le temblaban las manos.

Al fin, consiguió colocar las primeras palabras de la frase que tan largamente había preparado; y dijo sonriendo con aquella timidez que había sido la única compañera de su existencia:

—Yo soy hombre viejo, y no sé si...

—Pero Ud. no es viejo, don Cristóbal. Tengo un tío, seguramente mayor que Ud., que todavía juega pelota de mano todos los domingos, sin faltar uno.

—Indudablemente... (¿por qué precisamente ahora se le había escapado, por primera vez, la maldita palabra?).

Ella rió de buena gana, y apoyando una mano sobre el trémulo brazo de don Cristóbal, le dijo:

—Don Cristóbal, me parece que su secretaria tiene demasiada influencia, porque hasta usa Ud. su palabra favorita. Estoy segura de que ella no me quiere —añadió después de un instante de reflexión— y que, si hubiese podido, habría hecho fracasar mis gestiones. Se lo debo todo, todo, don Cristóbal; Ud. ha sido un padre para mí, un verdadero padre.

—No, señorita, si yo... yo no...

—No me diga que no, señor Guzmán; si no hubiera sido por Ud., mis perspectivas estaban perdidas —concluyó la señorita Quiroga, lanzando en alas de la suave brisa que jugaba entre los pinos, su último error de la tarde.

Don Cristóbal ya no respondió nada y quedó silencioso, encogido y miserable, mirando fijamente al suelo. Aquella voz interior, que habla a veces hasta a los maestros de primaria, le dijo que todo había concluido.

Poco después, bajaban los dos por los senderos del parque, rumbo a la ciudad. Un melancólico silencio envolvía los árboles y las casas; las luces se encendían gradualmente, y llegaban a veces ecos de bocinas de automóviles, como alaridos de monstruos remotos. El aroma de la señorita Quiroga vagaba furtivamente en torno a don Cristóbal.

Frente a la puerta de la pensión ella tendió la mano. Don Cristóbal la estrechó.

—Viajo mañana. Le agradezco una vez más con toda mi alma. Quisiera poderle pagar de alguna manera el servicio que Ud. me ha hecho.

Él no contestó, limitándose a levantar sus pobres ojos desesperados y a mirarla con toda la angustia que puede caber en el corazón de un pedagogo desolado. Ella pudo haber comprendido. Pero las mujeres no comprenden o comprenden demasiado bien. Sonrió afectuosamente, y se alejó.

Don Cristóbal tomó el camino de su casa lentamente.

—Un verdadero padre —se repetía.

Al día siguiente se le habría podido tomar por un papel arrugado sobre su escritorio, tal era su aire de abatimiento. Contestaba con ausencia realmente cómica a las preguntas que le hacían.

El brazo derecho acusaba síntomas de inquietud, pero había una especie de excitación gozosa en el gesto con que hizo vagar su índice por los ámbitos de la oficina.

Al fin, después de algunas tentativas infructuosas, pareció decidirse y se aproximó al jefe. Tomó una silla y se sentó sonriendo forzadamente.

—Indudablemente, don Cristóbal a Ud. le pasa algo grave. Quisiera poder ayudarle, ser su amiga, su confidente —concluyó solemnemente. Él levantó los ojos y la miró sin responder. La señorita Luisa Clara bajó los ojos, ruborizada.

Era tal la angustia del señor Guzmán, que no pudo resistir al deseo de buscar consuelo. Sin saber bien hasta qué punto llegarían sus confesiones, empezó a hablar trabajosamente.

—Ud. sabe, señorita... yo ya soy un hombre viejo, y me siento muy solo. No sé si debería decirle estas cosas, pero Ud. ha sido siempre tan buena... secretaria...

—Señor Guzmán, mis sentimientos...

—Hace tiempo que debía haberlo hecho —interrumpió él sin poder contener el desborde de sus confidencias —ahora es demasiado tarde, perdone que le diga...

—Señor Guzmán, Ud. me hace dichosa —exclamó la señorita Luisa Clara en tono que habría debido sorprender a don Cristóbal, si él hubiese estado en condiciones más normales. Pero sin comprender nada, continuó, más bien monologando que dirigiéndose a la secretaria.

—Soy demasiado viejo, demasiado viejo. “Puedo ser un padre” —añadió sonriendo tristemente al recuerdo de aquella frase.

—Señor Guzmán —interrumpió la secretaria poniéndose de pie—, Ud. tiene la juventud del corazón que es la única que vale. Y por lo que a mí se refiere, su edad no me importa, y estoy feliz de haberle ayudado a decirme esto; comprendo que, seguramente, no se atrevía Ud. por razones de disciplina. Pero el amor no tiene vallas —rió gozosa, levantando el índice triunfal.

—¡Oh, don Cristóbal, cuánto tiempo de incertidumbre! Y todo porque Ud. es demasiado tímido y bueno, y no sabe de las cosas de la vida.

Luego, encendida de rubor, se agachó y besó rápidamente a don Cristóbal en una mejilla. Él quedó mudo de espanto y no opuso resistencia.

En seguida la señorita Luisa Clara dijo: “esto hay que anunciarlo al mundo”, y corriendo fue hasta la puerta y llamó a los auxiliares que trabajaban en la oficina contigua. Cuando estuvieron presentes, esperando con aire cohibido alguna reprimenda de las que solía promover el “brazo derecho”, la señorita Luisa Clara habló:

—Muchachos, como a compañeros de trabajo les toca ser los primeros en conocer la noticia. (El índice apuntó gravemente al cielo como tomándole por testigo). El señor Guzmán y yo acabamos de comprometernos en matrimonio.

—Pero, señorita —dijo el señor Guzmán poniéndose bruscamente en pie—, y no... no... —inexplicablemente le pareció imposible continuar y desmentir allí mismo a su secretaria.

Ella sonrió benévolamente. Los auxiliares no sabían qué hacer. Uno de ellos, después de vacilar, empezó a aplaudir, pero inmediatamente bajó las manos muy confundido.

La señorita Luisa Clara los despidió con ademán amistoso.

—Señorita Luisa —exclamó don Cristóbal mortalmente pálido— quisiera que nos comprendamos. Naturalmente, yo no sé cómo explicar...

—Nada, nada, Cristóbal —respondió ella sonriendo tiernamente—, nosotros nos comprendemos como... como dos almas gemelas. Y no se preocupe por el resto. Ud. no conoce el mundo, pero para eso estoy yo. Todo corre de mi cuenta —bruscamente se aproximó al espantado director, y volvió a besarle en una mejilla, produciéndole un incómodo cosquilleo con los aros de sus anteojos. A continuación, riendo y saltando, salió dichosa como un pajarillo.

¿Qué puede hacer un maestro de primaria en estas circunstancias? ¿De qué puede valerle el saber aritmética, gramática, geografía e historia nacional? Tampoco los experimentos sobre dilatación de los cuerpos bajo la acción del calor dan ninguna pauta para proceder en un caso como el presente.

No habiendo querido salir de su habitación, dos días más tarde, recibió allí el último número del semanario *La voz del profesor*. En la sección dedicada a noticias personales, aparecía el retrato de la señorita Luisa Clara sentada detrás de un escritorio y con una pluma en la mano, encabezando el anuncio de su matrimonio con él. El artículo, en el cual se calificaba a ella de “intelectual de avanzada” y “vigoroso talento”, se refería a don Cristóbal en la última línea, en términos de “abnegado maestro”. Y concluía con estas palabras: “Indudablemente, esta dichosa unión será el más perfecto fruto de las afinidades electivas”.

Don Cristóbal, mirando cautelosamente como de costumbre hacia abajo, se sentó poco a poco en aquella silla de su cuarto, que crujía dolorosamente como crujen todas las sillas de las pensiones baratas.

Bala en boca

Augusto Guzmán*

En el enorme edificio habían quedado solamente dos vigilantes después de la medianoche: un miliciano y un carabinero trabados en un amable diálogo. El diálogo consistía en que uno hablaba y el otro escuchaba permitiéndose apenas ligeras intervenciones estimulantes. La noche subía, caliente, desde la calle, por la angosta gradería hasta envolverlos con su impalpable manto de sopor.

—Se nos están terminando los cigarritos —dijo uno de ellos.

De sus esferas iluminadas el reloj de la catedral lanzó al espacio el vuelo metálico de cuatro notas altas, agudas, y una sola nota grave, indicativa de la hora. Entonces la lluvia se desató torrencialmente como si los golpes de campana hubiesen aflojado el misterioso sistema de contención de las nubes encima de la ciudad dormida.

El mocetón musculoso de aceitunada piel, ojos pequeños y nariz breve, de fosas visibles por la conformación redondeada de las aletas, interrumpió su relato para decir:

—Con esta lluvia estamos perdidos. Ni dónde hallar los cigarritos.

El carabinero, metido en su uniforme verdeamarillento, replicó tranquilizador:

* Nació en Cochabamba en 1903 y falleció en 1994. Escribió las novelas *La sima fecunda* (1933), *Prisionero de guerra* (1938), *Bellacos y paladines* (1964) y de los libros *Cuentos de pueblo chico* (1954), *Pequeño mundo* (1960) y del volumen *Cuentos* (1975). También es autor, entre otros, de los ensayos *Historia de la novela boliviana* (1938), *Gesta valluna. Siete siglos de la historia de Cochabamba* (1953), *Adela Zamudio* (1955), *La novela en Bolivia. Proceso 1847-1954* (1955), *Breve historia de Bolivia* (1969) y *El arte de la biografía en Bolivia* (1984). Su *Obra reunida* es el volumen 89 de la BBB.

“Bala en boca” integra el libro *Cuentos*, La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República.

—Lluvia loca pasa en un momento. Ya van a llegar los de la ronda; pueden darnos algunas cajetillas y hasta un poco de pisco. Sigue nomás contando.

—Como te decía —continuó el otro—, entre estos chóferes hay mal-ditos. Ayer casi doy cuenta de uno con este mi fusil. Él se libró de morir y yo de ser criminal. Serían más o menos las dos de la mañana cuando me mandaron a la esquina del Banco. Me puse a fumar en la puerta, con el fusil en bandolera. No había un alma por las calles. De repente, por la otra esquina de los mercados, se dio la vuelta una mujer que lloraba. Me pareció enferma y no borracha. Se acercaba apenas, apoyándose en la pared. Era una pobre india con la cara manchada y los pies desnudos, sucios, enormes. Le pregunté en quechua qué le pasaba y me dijo que le dolía la barriga. Cólico, indigestión, dolor de barriga, dije yo. La india no sabía explicarse. Se dobló con las manos en la cintura y cayó en la acera como un trapo. Creí que era epilepsia y la sacudí. Estaba embarazada. Parecía que iba a tener un hijo ahí mismo, en la calle, al instante. Un auto venía por suerte. Aunque hubiera sido particular, lo habría parado. Era de alquiler y lo paré...

La lluvia había cedido casi instantáneamente de comenzar. La noche refrescaba como si hubiese cambiado su manto ardiente por otro de temple suave. El relator seguía narrando que el chofer había parado de mala gana su destartalado coche diciéndole:

—Qué cosa quiere, estoy yendo a una llamada urgente.

—Esta mujer se muere, o por lo menos va a tener un hijo, compañero. Hay que llevarla al hospital —había sido su pedido en el mejor tono de solicitud.

—Búsquese otro —dijo el chofer, resueltamente.

—Oiga usted, so bruto, esto no tiene espera. Además, yo se lo mando —había respondido él, también resueltamente, obligado por las circunstancias.

—¿Usted me va a pagar? Mire que ya tiene la ropa sucia de sangre y me va a manchar el asiento. Llame usted mejor a una ambulancia.

En medio de la discusión, la pobre mujer, más práctica y con un esfuerzo supremo, había alcanzado a abrir la puerta y a meterse en el coche sin interrumpir sus quejidos. El chofer, furioso, quería echarla, con el motor ya encendido para alejarse.

—Salga de ahí, cochina...

Entonces, el hidalgo que había en la sangre mestiza del joven miliciano preparó el fusil, apuntó y disparó por encima de la cabeza del chofer que, estupefacto, acertó a exclamar:

—¡Voy en seguida, señorcito, no me mate!

El estampido del fusilazo despertó al vecindario de su descanso. En un minuto se congregaron varias personas y encima llegó el grupo de la ronda. Averiguado el caso, el chofer tuvo que llevar a la enferma hasta la maternidad.

—Muy ligero eres tú para disparar, por lo visto —observó el carabinero, risueñamente, a manera de comentar el relato del miliciano locuaz, que ahora cogía otro hilo del ovillo de sus memorias.

—Así nomás soy. En verdad, solo quise asustarlo y lo asusté. En otra ocasión, en Viacha, cuando estuve haciendo mi servicio militar, me ocurrió una cosa curiosa. Por poco no me hago volar la cabeza. Estaba enamorado de una birlochita a quien le decíamos Rosacana, porque se llamaba Rosa. Nos tenía locos a los sargentos del regimiento. Yo me arreglé con ella, pero ella se arregló también con otros. Sus enamorados la llenábamos de obsequios y eso parecía ya su negocio. Uno que otro beso, una que otra corrida de mano en la pulpería de su madre que nos vendía cerveza. Total, nada. Como nadie la conseguía, todos la queríamos para novia y no para querida, porque así habíamos sido los hombres. La mujer coqueta nos domina y acobarda. Si ella no se nos entrega, nos entregaremos nosotros como sus esclavos. Un día, nada más que para impresionarla, resolví hacerle creer que era capaz de pegarme un tiro en su delante, un tiro de amor y de protesta por sus coqueterías con los otros sargentos. Me fui con el fusil a la tienda de mis encantos. Estaba sola, detrás del mostrador. Después de un momento de charla, en que le pedía celos y ella se enojaba, me puse el cañón así, y con la otra mano, ajusté el gatillo así...

La tremenda detonación sacudió las vidrierías del recinto. El relator fidedigno se había desplomado, con la frente deshecha por el impacto mortal. Aterrado el carabinero no acertaba a explicarse el horrible suceso. Se puso a llorar como un muchacho sin atreverse a tocar siquiera el cuerpo de su compañero. Y, sin embargo, el propio terror de verse solo con un hombre que era ya cadáver, le hizo abrir la ventana y gritar:

—¡Auxilio! ¡Auxilio! ¡Favorézcannos!

Llegaron pronto los curiosos, los agentes de policía y los del servicio de ronda. Felizmente para el carabinero había signos inequívocos del caso fortuito. Las manos salpicadas de sangre del infortunado occiso oprimían todavía el arma que le había volado el hueso frontal. Se probó que el arma del carabinero, distinta a la del miliciano, no había sido disparada. Un agente de investigaciones anotó el número de esa arma antes de devolvérsela. El caso era claro. Sin embargo, el carabinero fue detenido

preventivamente en su propio cuartel hasta que el juez se hiciese cargo del asunto al siguiente día.



En la celda de su encierro a donde había llevado su carabina sin que nadie se opusiera a ello, oyó que el reloj de la catedral daba la hora dos. Tenía de cinco a siete horas para dormir sobre el camastro que le entregaron los de la guardia. ¿Pero cómo podía dormir con semejante excitación y con el gusano que le roía el cerebro, en busca de una explicación del suceso? ¿Quién dejó preparada el arma homicida? ¿El diablo, como en otras ocasiones? Pero el diablo es una explicación para tontos y perezosos. Comenzó a cavilar. Tendido de espaldas recompuso una y mil veces la escena en sus mínimos detalles. Estaba seguro de que el fusil había venido con el tubo en el cañón. Una angustia infinita le apretaba la garganta. En aquella ciudad tibia, donde nunca nevaba, le pareció que caía una nevada sin fin, y no de nieve, sino de ceniza. Bajo esa sensación interminable de hundimiento y dispersión el sueño lo vencía cerrándole los ojos que, sin embargo, vieron rápidamente, como en una revisión sumaria, la escena de la esquina del Banco con el chofer y la mujer encinta, y el fusil que, después del fogonazo, quedaba automáticamente preparado para un segundo disparo.

—El loquito tenía el fusil bala en boca —se dijo tranquilamente, y se durmió.



Al entrar en el despacho del juez instructor, su ánimo comenzó a deprimirse un poco. Le incomodaba someterse a un interrogatorio judicial. Detrás de una mesa tosca con pretensiones de escritorio, gracias a una rejilla de madera que enmarcaba la tabla horizontal, posaba el magistrado alto, moreno, grueso, de ojos pequeños, inquisitivos, penetrantes y desconfiados. El gesto de los labios carnosos no era severo ni agrio, sino más bien un tanto sarcástico. El carabinero se cuadró ruidosamente delante de la mesa.

—Con permiso, mi doctor, he venido a declarar —dijo humildemente.

—Con qué asunto viene —preguntó indiferente el juez.

—Asunto del miliciano, mi doctor, el miliciano que se mató casualmente.

El juez no tenía la menor idea del caso del miliciano. Entró el auxiliar, con los papeles, y le informó muy pronto.

—Sáquese la gorra y siéntese aquí —ordenó el juez, displicente.

El carabinero, sin gorra, perdió el aire militar y se sentó resignado haciendo descansar su carabina en el suelo de ladrillo cubierto con estuco, no sin antes entregar el informe de Investigaciones que acreditaba su inculpabilidad. Después de varias preguntas y respuestas, en momentos de firmarse la declaración, por causa no averiguada, el señor juez dio en repantigarse en su asiento de juzgador y por dirigirse, con cierta sorna, al excitado guardián del orden:

—¿De modo que tú no mataste al pobre miliciano con quien estabas a solas?

La horrible pregunta lo demudó un instante, con el miedo de los inocentes a la justicia, pero tomando con la misma prontitud repentino coraje, se puso a explicar demostrativamente:

—Pero, mi doctor, ahí está pues el informe que le he dado. ¿Acaso era mi enemigo ese difunto, alma bendita? Apenas nos conocíamos hace años, en la cancha de pelota de mano. El pobre creyó que el fusil no estaba preparado, y manejó así, como yo puedo manejar esta mi carabina...

Una detonación explosiva se produjo en el despacho judicial en cuya pared empapelada estalló un minúsculo forado a dos cuartos de la cabeza del juzgador que, después de ponerse lívido, mientras la gente invadía su despacho, alcanzó a decir entre furioso y asustado:

—Estúpido, animal, firme usted su declaración y mándese a mudar antes que lo despache a la cárcel.

Cruel Martina*

Augusto Guzmán

Martina había nacido y crecido en la empingorotada casita de dos piezas, angosto corredor, paredes blanqueadas y techo rojo, protegida por un pequeño batallón de tunas que se desparramaba sobre el tajo brusco de la pizarrosa quebrada. Al fondo discurría, brillante, el hilo de agua descolgado de las montañas para el centro del encabritado pueblo de Totorá, cuyas anfractuosas secciones se juntaban por recios puentes de cal y piedra. La casita de su madre, doña Epifanía, tenía por la espalda, donde medraban frescos los nopales, la quebrada Supaychincana; y por el frente, la estrecha, empinada y retorcida calle del Diablo. Tal vez para conjurar a ambos diablos, el español de la calle y el quechua de la quebrada, plantó en el encalado espinazo de su techo una airosa cruz en cuyos brazos solían posarse los pájaros a la salida del sol.

Doña Epifanía era una mujerona erguida y de respetable estatura. Aunque imponente, no carecía de atractivo y simpatía, especialmente cuando en la calle del Diablo colgaba otro diablo rojo de hoja de lata, pregonado la chicha buena, que buena había de ser entonces cualquiera chicha en aquel pueblo famoso por su espíritu jaranero, por sus rumbosas fiestas sociales y por sus entusiastas carnavales, por sus caballos de raza, por su burguesía aristocrática, por las luchas sangrientas de sus facciones; y más tarde, a principios de este siglo, por sus 40 pianos, sus bibliotecas particulares, su foro y su prensa ilustrados; y en todo tiempo famoso por su chicha, la mejor del distrito chichero de Cochabamba hasta hace unos diez años. Doña Epifanía vendía a sus parroquianos la chicha con *jayachiku* (cualquier plato con picante para abrir la ganas de beber) desde

* “Cruel Martina” forma parte de *Cuentos*, La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República.

las tres de la tarde, hora en que los jóvenes y caballeros comenzaban a aburrirse de ociosidad y se juntaban por grupos en los banquillos de la plaza indagando la supercalidad de la chicha. La tienda de doña Epifania no siempre era preferida a causa de estar alejada del centro y en calle trepadora. Su negocio corriente lo hacían los vecinos de la propia calle, desde la plazuela de granos hasta el cruce de Qhariwakachi. Sin embargo, al regreso de las *kacharpayas* de gente distinguida, buena parte del cortejo masculino se quedaba en la chichería de doña Epifania. En el pueblo de costumbres españolas se llamaba con la voz quechua *kacharpaya* a la despedida que amigos y familiares hacían a los viajeros en las goteras del pueblo, llevando chicha y también alguna comida. Estas *kacharpayas* eran frecuentes en la ruta de Epifania porque la calle del Diablo terminaba en el camino a Cochabamba.

De una de estas despedidas se originó el nacimiento de Martina. El hombre que el destino había elegido para su padre era un borrachín alegre, musicante y mujeriego apodado el Tunas Molle porque alguna vez propuso, entre copas, que le sirvieran una ensalada de su invención: rodajas de tunas con racimos de molle en aceite y vinagre. El calavera pulsaba la guitarra con sonoridades metálicas y sollozantes trémolos, mientras acompañaba el canto de inflexiones entre gallardas e implorantes. En los variados sonos de la guitarra y el canto cayó la corpulenta humanidad de Epifania, que al cabo concibió para Tunas Molle la hija que nunca había esperado en su áspera primavera, erizada de renuncias y represiones, engreimientos y terrores religiosos. El trance del embarazo le amargó la vida. El borrachín fecundo pero parasitario e improductivo, aunque era un simple comparsa de los del gasto en las parrandas, presumía de distinguido y no quería ser padre de una criatura de vientre de chichera, por lo que comenzó una ofensiva de reproches y denuestos encaminados a sostener un proyecto abortivo. La infeliz Epifania hubo de someterse a incontables pruebas, desde levantar un costal de *muku* de cuatro arrobas, hasta rajar leña detrás de las pencas del despeñadero. Una serie interminable de bebedizos, a cuales más amargos, le provocaba dolores insoportables al vientre, en cuya generosa matriz cobijaba, recóndito e invulnerable, el nuevo ser inocente y perseguido. Para dramatizar el tratamiento de frustración, el filarmónico bellaco golpeaba duro a su concubina con sus manos ágiles y despiertas de artista. Ella sufría como un animal silencioso y desdichado. Pero nada lograba la evacuación del feto. Derrotados ambos, lo dejaron crecer desde los cinco meses, cuando la curvatura abdominal del embarazo comenzó a pronunciarse en forma incontenible. Creyó morir del parto y en efecto murió, a los pocos días del suicidio de Tunas Molle, que en estado de

frenesí alcohólico se desbarrancó en el Supaychinkana llevándose en el cuerpo semidesnudo los espinillos de las tunas que cuajaban el singular huerto de doña Epifania.

La desamparada infancia de Martina pasó detrás de las chumberas que constituyeron su primera impresión vegetal y su primer mantenimiento a escondidas de su tía Petrona, quien vino a ejercer las veces de madre entre sobrios cuidados y enérgicas palizas. Tía Petrona era una vieja picantera, escabechera y choricera que negociaba en la playa del río los domingos de feria vendiendo a la puerta del tambo su apetitosa mercancía a los negociantes de ganado. A la muerte de Epifania se instaló en la casita de techo rojo tomando a su servicio auxiliar a la *imilla*, sirvienta nativa de la difunta en reemplazo de la suya, que al sentirse redondeada de formas se dio modos de emanciparse. Prácticamente tía Petrona trasladó el negocio de la playa a su nuevo domicilio. Allí se remachó judicialmente mediante una adjudicación en remate por las hipotecas que pesaban sobre la casa desde el tiempo de la compra hecha a crédito por Epifania. Todos sus ahorros se quedaron en la casa.

Menudo trabajo el de cuidar a la pequeña para cuya alimentación tuvo que criar un par de cabras que ramoneaban en las laderas vegetadas de la quebrada. Martina se llamó la criatura que llegó a la vida causando la muerte de su madre. Durante un año y dos meses creció junto a los exhaustos pechos de su protectora causándole, con sus necesidades diarias y toda serie de enfermedades infantiles, molestias sin cuento compensadas solamente por el cariño y la alegría maternal que nace en toda mujer que cría. A los 14 meses, después de muchos ejercicios, Martina se plantó sobre los carnosos, sonrosados y menudos pies, y echó a caminar desde la cama hasta el rincón donde se conservaba la chicha en unos cántaros redondos de arcilla bermeja. El acontecimiento arrancó a tía Petrona un grito de alborozo que fue a perderse entre las carnosas pencas donde se abrían como canarios dormidos las amarillentas flores del tunal.

—¡La Martinita se ha caminado solita de repente! ¡Si no tiene pues más que un añito mi Martinita!

Al cumplir los cuatro años, el mismo día de su santo, la llevó a confirmar ante el obispo de la diócesis que a la sazón hacía su visita pastoral a la provincia y, para juntarlo todo en una sola fecha, le hizo también el *uma-rutuku* o corte del primer cabello. Apadrinaron el acto los esposos Méndez Rico, acaudalados yungueños de la calle Uyajti, que ya habían patrocinado su bautismo. Vestida de pollerín celeste, blusa blanca con adornos de encaje y zapatos de charol, Martina se despojó de la cinta rosada que ceñía su cabeza y entregó su oscura y sedosa guedeja a las

hábiles manos del peluquero Tapia que de inmediato le compuso hasta seis trencillas. El primer corte de tijera lo hizo el padrino don Serapio Méndez, depositando la primera trencita en una charolilla de plata con un tributo de cuatro libras esterlinas a cuyo brillo y sonido fascinadores recorrió entre los circunstantes un murmullo de aplauso y admiración. Luego la madrina, doña Dolores Rico de Méndez, cortó la segunda trenza y, cogiéndola de su escarcela, depositó discretamente otras cuatro medias libras de oro, también inglesas. Los demás invitados principales dieron monedas de plata de un peso boliviano, hasta que el barbero procedió al corte total del cabello y afeitó de la infantil cabeza en el patiecillo de la casa. Y entonces comenzó la fiesta: almuerzo, chicha, bailes y cuecas con música de armonio y violín. Martina, retraída del juego bullicioso de chiquillos y chiquillas que habían llegado con sus padres, apareció luciendo sobre la pelada cabeza un vistoso pañuelo punzó de seda. Se entretenía con una petaquita de cuero, imitación de las grandes que las traían muchas de Santa Cruz. Una hermosa muñeca de trapo de importación europea que le regalaran ese día, la examinó con indiferencia y la arrojó a los conejos de la cocina alborotándolos con el exótico presente.

La niña fue creciendo robusta, mientras en la joroba de una pequeña vasija vegetal –*tutuma*– que le asignaron, lamía golosa el arropo blanco y el arropo rubio, *qeta* y *miski qeta*, subproductos de la chicha que tía Petrona resolvió fabricar en la casa. Los hartazgos inolvidables de Martina, hija de Tunas Molle, fueron los de comer tunas que producía la casa. Unas veces sola y otras con Santusa, la sirvienta, ya mozuela, perfeccionó la técnica de sacar el fruto de enojosa cobertura y extraer la codiciada pulpa.

En el verano llovedizo, el paraje totoreño a 2.800 metros sobre el nivel del mar, se encendía dulcemente. Tía Petrona bajaba, con Martina y Santusa, a una poza del Supaychinkana y, quedándose en camisa, entraba en el baño con sobresaltos nerviosos. Santusa rehuía la entrada, cobarde, probando el temple del agua con los pies unas diez veces, hasta que tía Petrona la animaba con tranquila resolución a flotar en los brazos de una y otra chapoteando alegremente en el remanso.

Tía Petrona dio al antiguo negocio de doña Epifania nueva jerarquía, de casa quinta, al instalar en el corredor una mesa larga donde venían a comer por lo menos dos veces por semana grupos de personas dedicadas a alguna celebración. En poco tiempo se hicieron famosos los platos de pichón, de pato, picantes y asados de tía Petrona que así pasó a vivir más holgadamente, aunque sin disfrutar de descanso alguno.

Martina pasó la infancia sin escuela y entró rápidamente a la pubertad. Sus cabellos negros y lucientes, partidos por mitad de la coronilla a

la frente, en dos trenzas, caían a sus espaldas de modelados hombros y alguna vez sobre sus pequeños senos redondos, apretados por un corpiño que moldeaba con tempranas turgencias el busto. En realidad era mucha mujer en solamente 12 años. Su tez de retostada palidez, uniforme y tranquila, sus ojos oscuros, de pestañas rectas y de un mirar digno y apacible. Los domingos de misa obligatoria, iba con Petrona y Santusa, vestida de cholita lujosa con mantilla de flecos, pollera de terciopelo y zapatillas de charol con medias encarnadas. Llevaba, en vez del reclinatorio de las aristócratas, una felpuda alfombra cuadrada, con picoteada guarda de lana gruesa. Comenzó a divertirse tanto en el carnaval, sin darse a la carne, como a aplicarse a los oficios religiosos de la cuaresma. En pocos años alcanzó prestigio de ser una chola seria y distinguida.

Pasaron los años. La casita blanca de techo rojo perdió su aspecto coquetón y limpio, aunque no su carácter pintoresco. Las lluvias deformaron el techo y lavaron el blanco de las paredes. La cruz de palo de sauce, torcida y rajada, fue cediendo de su sitio y al cabo cayó sin que nadie se cuidara de reponerla. La plantación de tunas, emplazada en un terreno proclive al escurrimiento, se redujo a la mitad. Tía Petrona envejeció como la misma casa y se tornó enfermiza. Santusa se independizó a raíz del primer desliz que le trajo el primer hijo y Martina, la hija de la olvidada Epifania y del Tunas Molle, agotó la adolescencia y juventud hurtando el cuerpo a la seducción y al casamiento con una terquedad de mula inconquistable. Los requiebros, los piropos y las proposiciones amorosas, lejos de encenderla en ruboroso contentamiento, la encendían en furia incomprensible que se traducía por coléricas reacciones de agresiva torpeza. Al elogio el insulto, a la alabanza una ofensa. Y al atrevido que se avanzase con tocamientos lascivos o de simple exploración, bofetada, escupitajo y amenaza de usar un cortaplumas que llevaba en el bolsillo. Nadie podía con ella. El negocio de los platos criollos acabó por reducirse a una picantería con mesa y brasero a la puerta y apenas un cántaro de chicha cuya clientela formaban los vallunos de viernes y martes, fleteros que entraban al pueblo y salían de él por esa ruta. Empobrecieron. La cholita lujosa dejó de ser tal. Pero en cambio, en la modestia de sus ropas, resaltaba el aseo personal, la limpieza. Ni zapatillas de charol, ni medias encarnadas, simplemente zapatos plebeyos de piso plano, pollera de franela y manta de algodón descoloridas. Sus manos, sus pies, su cara, toda su piel brillaba de jabón y agua con una pálida tersura que atraía como el ámbar o como el marfil. Ciertamente la belleza dulce de su carne en madurez otoñal llamaba a los hombres para el amor. Al acercarse solo encontraban humillación y desprecio. Tampoco aceptaba más de una o

dos copas de chicha, ni le gustaban los bailes. Los choleros del pueblo, jóvenes platudos que exploraban este filón mestizo, acabaron por decir que Martina estaba enredada con el cura. Un necio desahogo del despecho. El cura viejo tenía familia y Martina no era beata, mística en grado singular. Iba los domingos a misa y comulgaba por cuaresma. No era mala persona. Simplemente en su alma árida y desnuda de amores no había germinado la planta de la ternura. Ni siquiera le simpatizaba el otro sexo. Por el contrario, sentía en la sangre, en las entrañas vírgenes, un odio mortal a los hombres que parecía venirle, instintivo e incontrolable, con remoto impulso hereditario, del ancestro. ¿No habría sido así su madre? Tía Petrona no sabía explicar el caso pero profetizaba que podía sucederle lo que a su madre, tener un amante a la madurez.

—Mi comadre no era así, como esta. Bailaba, reía, también se mareaba algunas veces. Era pues como cualquier mujer de este mundo.

Al cumplir Martina los 38 años, más o menos a la edad en que doña Epifania encontró al Tunas Molle en la casita de la cruz caída y de las tunas siempre verdes, se inició el drama capital de su vida. La prefectura envió a Totorá a un flamante corregidor, de apellido Ardiles, de 30 años a lo sumo, guitarrista, cantor, mujeriego y muy bien encarado sujeto, quien al punto en rueda de contertulios recogió el caso célebre de la inconquistable Martina. Ingenioso como era, dijo que por haber humillado, derrotado y hecho padecer sin misericordia a tantos pretendientes, la tal hija de Tunas Molle debía llamarse la Cruel Martina. El remoquete fue celebrado y aceptado. Pero Ardiles, seductor profesional, soltero con tiempo y libertad para tal ejercicio, se juró en secreto rendir la fortaleza de Martina como primera hazaña de su corregimiento. Emprendió la campaña con los métodos corrientes. Copitas en casa de tía Petrona, previo soborno. “El corregidor nos visita con sus amigos”. Martina se plantó desde la primera copa. Accedió a tomarla solamente a condición de que no le invitasen la segunda. Los dedos de Ardiles desgranaron, en la desolada noche, los acordes llorosos de su sentimental guitarra, acompañando las coplas escogidas para el caso, todas alusivas a la crueldad de las enamoradas renuentes: *¿Imamantan chay sonqoyki, uchu kutana rumichu?*... que en el dulce, insinuante, tierno y onomatopéyico quichua, quiere decir: “¿De qué es el corazón tuyo, acaso es la piedra de moler ají?”. O el otro canto que sangraba doliente: *Sonqoytachus qhawaykuaj, llawar qhochapi waythasqan*, que en lengua hispana diría: “Si miraras el corazón mío lo vieras nadando en sangre”, naturalmente todo por culpa del amor no correspondido. Se agotaron las coplas con la chicha y las manos de Ardiles se cansaron. Martina accedió a bailar con desmañados pasos dos o tres veces con los

comparsas del corregidor, pero precisamente a él se lo negó todo, categóricamente, sin eufemismos:

—No bebo porque ya no quiero. No bailo, porque no sé bailar ni me gusta.

El otro, canchero en estos lances de chichería, festejaba el mal humor de la chola, llegando a decirle de frente:

—Cruel Martina, eres de comienzo difícil, pero ya te ablandaré poquito a poco en noches sucesivas. ¿No me recibirás, Cruel Martina?

Ella respondía impávida, en quechua:

—Venga, señor corregidor, cuando quiera con sus amigos a tomar chicha, pero no a otra cosa.

Ardiles volvía a la carga.

—¿Te gustan mis canciones, Cruel Martina?

—Son lindas, señor corregidor.

—Entonces tengo esperanzas.

—Esperanzas conmigo no las tenga, caballero, ni siquiera en chanza.

El asedio fue continuo, y era en sus impulsos cosa de astucia, de violencia lujuriosa y tal vez de amor verdadero que ardía contra esa resistencia ruda. No pasaron tres meses desde el primer asalto cuando el simpático corregidor apareció con la cara vendada. Sus amigos asociaron el hecho a la campaña oficial en la calle del Diablo. No podía ser sino un puntillazo de la Cruel Martina. Ardiles se ufano:

—No es muy grave. Me ha metido el cortaplumas en la mejilla hasta el hueso, pero yo terminé con ella.

—¿Terminaste o comenzaste? ¿Cómo te supo la doncella? —le preguntaron sus amigos.

—Aunque estaba desmayada, me supo buena, limpia, sabrosa y con fragancia femenina.

Se supo que la octogenaria tía Petrona puso queja ante el subprefecto y que Ardiles firmó acta de garantía para no pisar la casa de la Cruel Martina. Con esto cayó, prácticamente, el telón sobre ella. ¿Qué más daba el episodio? En efecto, no daba más el episodio de una mujer extravagante. Y aquí terminara el relato si la historia no continuara. Vencida no por la tentación, sino por la fuerza, Martina se replegó en la soledad y el silencio hasta que la comadrona del pueblo le reveló el tremendo secreto de su maternidad involuntaria. Ignorante en absoluto de la fisiología del embarazo, solo pudo percatarse de su estado a los cinco meses de haberla disfrutado Ardiles, a quien había herido instintivamente al recobrase del desvanecimiento de la lucha que sostuvo luego de haber bebido el vaso de aloja dulce que le ofreciera el propio corregidor.

En aquel caluroso día de la primavera el muy ducho se había dado modos de estar a solas con Martina, alejando de la casa a tía Petrona, con el encargo remunerado de conseguir un buen plato de chicharrón. Cuando volvió la vieja sin el chicharrón inventado por Ardiles, todo había pasado. Martina lloraba con las ropas desgarradas, lamentando que el cortaplumas se perdiera porque el violador lo había arrojado, desde el corredor, por sobre la huerta de tunas, indudablemente hasta lo más profundo de la quebrada cubierta de matorrales.

—*Supaypa wachasqan kqara* (“hijo del diablo, ocioso pelado”) —había escupido tía Petrona—. Mañana mismo voy a quejarme al subprefecto.

—Si vuelve lo mato, juro que lo mato —amenazaba Martina.

El nuevo ser, que curvaba como un firmamento su vientre rebelde y ultrajado, se puso a obsesionarla como amenaza implícita en el fondo de ella misma. Desde el impacto de la revelación, lloraba sin consuelo porque iba a tener un hijo como otras lloran por haberlo perdido. Sin embargo, nada hizo por secundar los frecuentes consejos acerca de esfuerzos musculares, de tocamientos y de yerbas a tomar que podían procurarle el aborto. Un oscuro terror orgánico, especie de miedo visceral, la poseía paralizándola en los proyectos. Pero al correr los días, en sus entrañas, como juntado por los microscópicos caudales de los vasos sanguíneos y secretores, brotaba un río violento de despecho y de odio que la recorría entera y caía como una cascada de fuego sobre su inteligencia atormentada. Desnutrida, demacrada, fantasmal, desvelada, con los ojos abiertos a una realidad que no parecía temporal ni suya, la mal llamada Cruel Martina soportó el trance, en tensiones contrapuestas, hasta los siete meses pasados de su dramático embarazo. Y de pronto, la tempestad de sombras y de fuego que la envolvía se disipó. En sus ojos extraviados nació una claridad apacible de amanecer campesino. A los labios exangües, de gesto rencoroso y altanero, asomó como un botón de rosa en primavera el tímido encanto de la sonrisa. Y mientras maduraba, doliente, su cuerpo descuidado por el abandono y el desconcierto, toda ella parecía afirmarse en un lento gesto de integridad señorial, que no era, no, resignación cristiana ni orgullo luciferino, sino ciertamente las dos cosas a la vez. Un rudo sentimiento de seguridad, de problema resuelto y camino encontrado. En su fondo había pasado, como una ronda angelodemoníaca, la batalla del bien y del mal, para dar paso a un conato de revancha en vigilante acecho que parecía haber resuelto extrañamente sus complejos de dolorosa humillación y resentimiento.

Ya era madre. Amamantó al niño algo más de 30 días en su penumbroso rincón de la tienda, casi siempre cerrada, mientras andaba penosamente por la casa la viejísima tía Petrona. Cuidaba y cebaba al

niño sin ternura, sin sensibilidad materna, como si estuviera cebando un lechoncillo. Tía Petrona percibía algo irregular en esta madre primeriza, pero lo atribuía con razón a su carácter desequilibrado y al hecho de la maternidad forzada.

—Tú no quieres a tu hijo como cualquier madre —la reprochó una mañana.

—Es que tampoco soy como cualquier madre. Yo no he nacido para esto. Ese corregidor no es de aquí. Nunca lo hemos conocido en el pueblo. Estoy segura que se trata del mismo diablo.

—Podiera ser. Pero estos forzamientos no son raros en los pueblos y los cometen personas conocidas y distinguidas.

—Con eso yo no tengo que consolarme. El chico este no me va a dejar vivir ni trabajar y me llena de vergüenza. Esto no se va a quedar así.

—Estaría bien que vayas a confesarte. Hace mucho que no oyes misa.

—Una mujer como yo no puede entrar al templo. Para librarme de esta afrenta yo sé lo que tengo que hacer. Lo único que te pido es que no te metas.

—No será pues que piensas botarlo al Supaychinkana —contestó la vieja con enfadado sarcasmo.

—El hijo que me ha dado yo se lo voy a devolver al padre.

—Es muy niño para entregarlo a nadie. Espera a que crezca.

—Yo no pienso criar guaguas, tía Petrona.

—Yo puedo criarlo, como te crié a ti.

—Si a ti te gusta criar niños, debieras tenerlos.

—Eres tonta y nada sabes. ¿No ves que soy una vieja, pero demasiado vieja?

La conversación en quechua tomó un giro inesperadamente confidencial.

—¿Conque, eres vieja? Yo sé que no soy tu hija. Tú me hallaste en el lecho de una muerta. ¿Por qué tú no tuviste un hijo? Ya lo ves, porque no lo querías. A ti los hombres no te han tocado, te hiciste respetar, ¿no es eso? Solamente yo, perseguida del demonio, he sido la mujer infortunada.

Se puso a llorar. Tía Petrona, compadecida, le pasó su mano seca por la cabeza, suavemente, a tiempo que le decía con ingenuidad senil:

—No desesperes, Martina. Cuando era joven, jovencita, también abusaron de mí los hombres. Y no solamente uno ni por una vez. Lo que pasó conmigo es que no llegué a concebir.

Por entonces, durante los días que guardaba cama la Martina, Ardiles se llegaba casi cada día a la casa, hasta que logró amainar el encono en el viejo corazón de tía Petrona. Le pedía disculpas y juraba que no volvía

para hacerles daño alguno. Solamente quería saber si era cierto que Martina iba a ser madre.

—Ya nació la guagua, es varoncito —informó tía Petrona—, por lo menos debías dejar para la ropa del chico y el caldo de la enferma.

Ardiles, ruborizado, entregó el dinero.

—Estos cinco pueden servir para todo. Yo gano poco, tía Petrona, pero no quiero escándalos. Busco la amistad sincera, llana. La Martina no debe ser tan rencorosa.

—Espera un poco. Yo te voy a poner bien con ella.

En el fondo se sentía halagado de la difícil, casi imposible conquista. Por otra parte, no había quién no creyera que Ardiles había convertido a la irreductible Cruel Martina en su querida, en su “chola” hasta hacerla tener un hijo. Su vanidad masculina necesitaba pues por lo menos aparentar relaciones. Martina, informada de los rodeos de Ardiles, tomó su resolución tranquilamente. Espiaba también ella, a su vez, la oportunidad propicia que no tardó en llegar.

Un ataque agudo de artritis derrumbó a tía Petrona en cama. Dormían en el mismo cuarto, lado a lado, separadas por una vieja cómoda de cedro donde había un nacimiento del Salvador en un fanal de vidrios juntados por listones de hojas de lata. Un viernes en la noche aconsejó a Martina hacer las paces con el padre de su hijo. Aunque no se casara, podría ser un apoyo si ella faltara, como parecía que ya no estaba para este mundo. Martina aceptó sin comentarios y sugirió que sería bueno hacer una comida íntima el domingo con Ardiles y sus amigos.

—Yo estoy enferma, llamemos a alguien para que te ayude en la cocina —propuso la vieja.

—¿Por qué ayuda de nadie? ¿Acaso no hago sola muchas veces la comida del negocio? Además, yo no quiero comentarios de mujeres. Que vengan los hombres y que coman de mis manos. Tú no te alzarás tampoco de ningún modo. A la hora de comer te podemos aproximar a la mesa.

—Haz como quieras, Martina, mañana sábado viene con seguridad don Ardiles en su tordillo —y se hundía en el sueño quejándose quedadamente de su artritis.

Apagada la vela, Martina velaba en la sombra. En sus ojos, en su boca, en toda su cara, una sonrisa bellaca.

Ardiles apareció a caballo poco después del medio día y no encontrando a tía Petrona indagó a Martina que, por primera vez, se dejaba ver. Ella le invitó a pasar. Ardiles desmontó y, sosteniendo las riendas, se paró en la puerta junto a la mesita de las ollas, con receloso asombro.

—Mañana domingo, don Ardiles —dijo sin rubores Martina—, tía Petrona dice que vengas a comer a las tres y media una *sajrahorita* con tus amigos. Eso nomás tenía que avisarte, porque ella está un poco enferma.

Ardiles se animó. Tía Petrona había cumplido.

—¿Alguna fiesta, Martina? ¿Qué celebran, qué festejan en la casa?

—Es despedida, don Ardiles. Estamos pensando irnos a Pocona.

—No será muy pronto. Eso tienes que hablar conmigo, Martinita. Voy a venir con el Rómulo, con el Rosendo y el Angelito. ¿Y no me muestras a tu guagüita?

—Guagüita de mostrar no tengo.

—Me voy entonces —dijo Ardiles sagazmente—, somos amigos y estoy feliz de verte de tanto tiempo, Martina. Hasta mañana.

El domingo, pasadas las doce, Martina se sentó en el banco del corredor inclinado sobre sus viejos pilares de molle, con el niño entre los brazos, mientras el sol de octubre clareaba refulgente sobre el empedrado del pequeño patio y en el alegre verdor del bosquecillo de tunas. El pequeño se prendía al pezón golosamente con su ambiciosa boca de sanguijuela. La hembra lactante no hizo más que ceñirlo contra sus hendidos senos impidiéndole la respiración por algunos minutos. La criatura sin bautizar dejó de vivir. Una olla de barro hervía en el fogón de la cocina. En otro recipiente de arcilla enlucida se veía un trozo de corderillo dispuesto para el picante. Martina, con el cadáver del párvulo ya desnudo, ingresó en la cocina. En el dormitorio, hacia la calle, un acceso de tos senil martillaba el viejo pecho de tía Petrona, acosada por un enjambre de moscas. Un menúdo gallo canoro, amodorrido a la sombra de las pencas, batió sus lucientes alas dándose frescor y, empinándose gracioso sobre sus piernas amarillas, lanzó a la quebrada del Supaychinkana sus notas de clarín, una y otra vez: centinela del hogar.

Llegados puntualmente los comensales, comieron un guiso de carnes blandas en ají, diestramente preparado. Tía Petrona, ayudada por Ardiles, que asumía actitudes de hombre de la casa, ocupó un sitio en la mesa lamentándose de que la caprichosa de Martina no quisiera ayuda de nadie. Tan bueno encontraron el insólito plato de su anfitriona que la reclamaron para brindar los vasos de chicha.

—Bebamos —dijo Ardiles, entusiasmado por la presencia de Martina, que acudió prestamente—, bebamos por esta excelente cocinera y por su hijo o hija.

—Salud, salud, doña Martina, a su salud —brindaron los demás vaciándose las copas.

—Que sea pues a mi salud —contestó modestamente la picantera y bebió con ansiedad su vaso grande.

—Andando, Martinita, queremos pues conocerla a tu guaguüita —dijo afablemente el corregidor.

No hubo carcajada de loca, ni crispadura dramática de nervios, con visajes de extravío, en aquella mujer de tranquila seguridad que, sonriéndose escéptica, informó al auditorio bien nutrido:

—¿Cómo puedo yo traerles el niño, si ustedes mismos acaban de comérselo?

Un escalofrío de terror paralizó a los convidados de la muerte en sus asientos. Estupefactos, sintieron que la saliva se les secaba en la boca.

—¡Qué disparates hablas, Martina! —gritó escandalizada tía Petrona alzando las rugosas manos contra la faz de su pupila y compañera, a tiempo que instintivamente encaminaba sus cansados pasos hacia la achatada pieza de cocinar. Del umbral retrocedió horrorizada, tapándose el rostro con las manos.

—¡Dios mío, el Señor tenga piedad de nosotros!

Los cuatro hombres, como movidos por un solo resorte, se precipitaron a la cocina en cuyo centro, sobre un gran plato de alfarería tarateña, vieron la cabeza y otros residuos del parvo sacrificado.

—¡Asesina, malvada, vas a ver ahora lo que te ha de pasar! —se dirigió Ardiles a la impávida con la voz acuchillada de terror y de indignación, mientras los otros, positivamente antropófagos involuntarios, escupían por el suelo entre protestas y maldiciones, tentándose la garganta o el estómago, cual si quisieran devolver el guiso macabro. Martina se irguió como una espada que mostrara el filo. Sus ojos pasearon sobre los circunstantes una mirada de superlativo desprecio antes de contestar:

—¡Asesino eres tú, corregidor, que entras en las casas para abusar a las mujeres sin auxilio y sin defensa!

Sumario, plenario, sentencia. Agotados los recursos de ley, Martina no pudo salvarse de la pena capital. Empero, felizmente para ella, como no sintió del amor, tampoco sintió nada del peligro. Y así pudo mantenerse enhiesta hasta el trance definitivo, sin cuidarse de los trámites curialescos.

Ardiles, después del desquite neuropático de Martina, tuvo que abandonar el pueblo trucidado por los comentarios burlescos.

—¿Conocen ustedes un plato que se llama Corregidor Ardiles? —preguntaban en los corrillos para iniciar el relato del suceso.

Tía Petrona sucumbió durante el proceso. Fue la única persona que sostuvo, por natural inducción, la teoría de la irresponsabilidad legal

admitida originalmente por el Código Penal Boliviano de 1829 en su artículo 26: “Tampoco se puede tener por delincuente ni culpable al que comete la acción hallándose dormido, o en estado de demencia o delirio o privado del uso de su razón”.

La vindicta pública tuvo que satisfacerse con la ejecución de la sentencia en el mismo pueblo. El piquete era de ocho rifleros y un tambor para el recorrido. Resabio del atuendo judicial de la Colonia, venía también el jumento clásico. La multitud se agolpó a la puerta de la cárcel, colmando de expectación el claro día, a la hora once. En medio de dos sacerdotes franciscanos apareció Martina: vestida de negro, los ojos vendados, la cabeza descubierta y las manos amarradas. Dos hombres del concurso la cabalgaron sobre el apacible jumento. Rompió el tambor el compás de la marcha y el procesional cortejo se movió por la accidentada calle de Chimboatita. Un silencio religioso de duelo dominaba el paraje y la villa. A cierta distancia, Martina forcejeó por libertarse las manos. El fiscal ordenó que le aflojaran las cuerdas y ella, al conseguir lo que quería, se quitó con una mano el pañuelo de los ojos. El incidente provocó cierta dificultad entre los conductores. Pero la gente pidió a voces que la dejaran como estaba y así quedó. A momentos el asno remolón se detenía para alcanzar, con el abozalado hocico, las plantas que avanzaban al camino desde la quebrada del Supaychinkana. Estaban precisamente por debajo y frente a la deteriorada casa de tía Petrona. Martina se irguió sobre su rústica cabalgadura y hundió en penetrante mirada, de inspección y reconocimiento, sus negros ojos en el paraje familiar. Fue solo un instante, que pareció consternar al público, porque algunas mujeres contuvieron un sollozo de cristiana conmiseración. En el cruce del camino de Chimboatita con la calle del Diablo, llamado Qhariwakachi, apareció el patíbulo compuesto con adobes y un tosco madero rectangular a cuyo lado se veía también un ataúd pintado de negro. La multitud hizo un rumor de expectación. Martina, impaciente con su jumento, rompió al paso una varilla de las plantas del camino. Y produciendo con sus labios un apretado sonido estimulante, de entusiasta besuqueo, dio de varazos al animal en las ancas hasta imprimirle un aire vivo de trotecillo casi juguetero que arrancó a la multitud una cerrada exclamación de festivo asombro...

Matrimonios

Raúl Leytón*

Abrazos, besos, papel picado y arroz... Animación general en la sala. Acaba de casarse la hija mayor de don Manuel Lerdo y doña Rosa Obligado.

La orquesta alegra el ambiente con músicaailable. Sigue la novia requerida por las efusivas felicitaciones de la concurrencia.

Nilda, la hija menor de los esposos Lerdo Obligado, se abraza de su hermana, la novia, y se deshace en lágrimas. Lloro con angustia.

El flamante esposo la toma para sí; la acaricia bondadoso, y ella le rechaza con repudio y vuelve a abrazarse desesperadamente de su hermana.

—¡Qué escena la que hace esta chiquilla! —opina una dama.

—¡Llorar de esa manera! —exclama otra.

—¡Ay, cómo! ¡Si es de mal agüero! —se escandaliza una solterona.

—¡Que la saquen! —reclama alguien.

—Ej natural. ¡A ella también se le antojó casarse! —opina un joven dándoselas de gracioso.

—¿Casarse a los catorce años? —le objeta una niña.

—¡Puej! —le explica hablando despaciosamente—. En mi tierra, el Beni, a loj catorce pasan por solteronaj.

Al siguiente día, la familia Lerdo Obligado se sienta a la mesa lamentando el vacío dejado por su preferida, la mayor.

* Nació en Cinti (Chuquisaca) en 1904 y falleció en 2001. Narrador y sacerdote. Es autor de la novela *La vidita* (1987) y de los libros de cuentos *Placer* (1955), *Alko rancho* (1966) e *Indio bruto y Chakani* (1983).

“Matrimonios” forma parte de *Placer*, La Paz: Canata.

Nilda, al servir un plato, se siente de pronto sorprendida por un vahído y cae sin poder contenerse.

—¡Por Dios, qué le pasa a esta chica! —exclama su madre, apresurándose a socorrerla.

Deliberan de sobremesa.

—Esta niña tiene alguna afección —opina don Manuel—, he notado que sufre de alergia al tabaco.

—Habrás que hacerla ver con el doctor Pataleta —dice la madre.

—¿Y por qué no llamarle ahora mismo? —resuelve el padre encaminándose al teléfono.

A las dos y media de la tarde llega el doctor. Doña Rosa se encarga de recibirlo, porque don Manuel salió ya a su oficina.

Nilda se resiste llorando a ser examinada. Dice y repite que no tiene nada. Parece que el médico encuentra en la vista de la niña algún indicio sospechoso. Ante la insistencia del facultativo, Nilda pierde nuevamente el conocimiento. El doctor no le da importancia al desmayo. Completa sus observaciones, pese a la sorpresa de doña Rosa que no sabe si atender al médico o socorrer a su hija. Está muy inquieta la señora, presiente algo grave.

—¿Qué tiene mi hija, doctor? —pregunta casi desesperada, una vez que abandonan la pieza de Nilda.

—Nada grave, pero...

—¿Pero qué?

—¡Pero triste!

—Triste, ¿por qué?

El médico se da modos de informar a la madre de la novedad. Sí, hay novedad: la niña está encinta.



No tarda don Manuel en llamar por teléfono.

—Soy yo, Rosa. ¿Fue el doctor?

—Sí, Manuel.

—¿Y qué tiene Nilda?

—Nada grave, pero...

—Pero ¿qué?

—Que debe guardar reposo... que precisa cuidado... ¿Qué te parece si hablamos de esto a tu regreso de la oficina?

—Está bien, hija.

La señora da un respiro de momentáneo alivio; cuelga el auricular y se desploma sobre la silla inmediata. Casi toda la tarde se la pasa invocando la protección de sus devotos.

Llega don Manuel. Su señora lo espera en el dormitorio, preocupada, pálida, el rostro descompuesto.

—¿Qué tiene Nilda?

—¡Ay, Manuel!

—La cosa es grave. Lo leo en tu mirada. ¿Qué tiene Nilda?

—Nuestra hija, Manuel, está enferma...

—Sí que lo está, pero ¿qué tiene? ¡Dímelo de una vez!

—¡Enferma de dos a tres meses!

Don Manuel da algunos pasos tambaleantes para atrás, cual si un proyectil invisible le hubiera herido en el pecho. De pie, más que sentado en el borde del catre, apoya un codo sobre la cómoda inmediata y con la mano en el mentón permanece unos segundos, la mirada y el pensamiento perdidos en el infinito de su gravísima preocupación. De pronto, sacude su abstracción y se encamina, a grandes pasos, hacia la salida mascullando con ira.

—¡Grandísima!

Doña Rosa se le interpone, de espaldas a la puerta.

—¿Qué piensas hacer?

—¡Deshacerla a puntapiés! —y se empeña por salir.

—¡Cobarde! —le increpa la señora atrapándole de las solapas—. ¿Pegar a una niña indefensa... a una enferma... a tu hija? ¡Cobarde! ¡Pégame a mí! ¡Y pégate a ti mismo!... Ella tiene mucho menos culpa que nosotros en su desgracia. No supimos educarla... No supimos defenderla: la abandonamos culpablemente; no supimos cuidarla: era un capullo del jardín de nuestro hogar, en mala hora logrado; ¡por nuestra culpa, Manuel!

El hombre exclama sintiéndose derrotado:

—¡Ay, Dios mío!

—¡Sí, tarde te acuerdas de Dios!... ¡No supimos enseñarle a temer a Dios; a conocer y respetar las leyes de Dios! ¡No supimos enseñarle a cuidar su inocencia, a defender su honor y el de su nombre! ¡Ese pecado no es pecado de ella; es pecado nuestro! ¡Pégame, Manuel! ¡Mátame a puntapiés!

Suprema alternativa: o don Manuel va a desplomarse muerto por la violencia del dolor, o su dolor va a diluirse en una abundancia de lágrimas. De lo más recóndito del corazón le surge un suspiro. Más que un suspiro es un grito seco de angustia. Se retuerce buscando apoyo, como si un poder invisible le estrujara el alma. Por fin las lágrimas le afluyen

a los ojos; cae sentado a la cama, los codos sobre las rodillas, mesándose los cabellos, y llora largamente como nunca había llorado en la vida.

Doña Rosa, sentada a su lado, llora también con lágrimas silenciosas.

Después, don Manuel, como si despertara de una pesadilla, posa el brazo sobre los hombros de su mujer, y le dice:

—¡Hija, habrá que hacer otro matrimonio en la casa!



Nilda yace vestida, echada en la cama de su pieza.

Se abre la puerta. La luz se enciende y contempla a tres pasos de ella la figura de su señora madre.

—¡Ya sé todo, hija! —le dice con tristeza indescriptible.

Nilda salta de la cama y cae de rodillas a los pies de su madre exclamando entre gemidos.

—¡Perdón, mamacita!... ¡Perdón, mami!... ¡Perdón!

Doña Rosa trata de levantarla del suelo. Se sienta sobre la cama de su hija, y Nilda, siempre arrodillada, oculta el rostro en el regazo de su madre, llorando acongojada, a punto de ahogarse en sus lágrimas.

—Tu padre...

Doña Rosa no continúa, porque un estremecimiento conmueve a su hija de los pies a la cabeza. Algo así como si hubiera sido tocada por un cable de alta tensión.

De pronto Nilda se incorpora y trata de ganar la puerta corriendo.

Doña Rosa consigue tomarla del brazo.

—Nilda, Nilda, ¿qué haces?

—¡Me voy!

—¿Dónde, hija de mi alma?

—A cualquier parte. No sé dónde... ¡Pero me voy!... ¡Porque mi padre no puede verme más nunca, nunca, nunca!...

Doña Rosa la tiene fuertemente pegada a su corazón y de alma a alma, más que con los labios, le dice:

—Hija, en tu desgracia te quiero más. Porque eres carne de mi carne... ¡Porque yo soy tu madre!



Han pasado varios días.

Una tarde, doña Rosa recibe la visita de Alta Gracia, conocida chola, negociante de zapatos.

Se destaca la chola el sombrero cochabambino: todo un edificio estucado, elevado sobre una cabeza monolítica. Lo deja caer en el piso de madera, produciendo un ruido que se siente en toda la casa. Luce, de propósito, pesados pendientes de oro con perlas auténticas: un prendedor de tres libras esterlinas en el pecho, y en los dedos de una y otra mano, por lo menos seis anillos de oro.

—Lo estoy viniendo —empieza— a pagar una visita y a arreglar nuestros asuntos...

Espera a ver si doña Rosa habla, y como nada dice, continúa:

—Tu marido, don Manuel, se había visto con el mío para decirle que mi hijo Carlos lo había perjudicado a tu hija Nilda. ¿Cómo lo va a perjudicar, pues?... Si han tenido la habilidad de adelantarse y esperan un hijo, ¡será, pues, porque se quieren y porque así Dios lo ha dispuesto! ¿Dónde está, entonces, la perjudicación?

Como doña Rosa nada responde, Alta Gracia le reclama confirmación repitiendo:

—¿Jay?... ¿Jay?...

Después continúa:

—¿Ustedes habían estado queriendo que se casen en privado y solo por el civil?... ¿Para qué sirve, pues, eso?... Mañana se casan y pasado se divorcean. Ustedes se quedan con la hija y con la guagua, ¡y nosotros a pasarles la pensión! ¡Bonita cosa! ¿Habían querido, pues? ¡Eso del divorcio estará, pues, bien para ustedes, los decentes! ¡Para nosotros los cholos, lo que vale, lo único que vale es el matrimonio por la Iglesia, y por la Iglesia se han de casar, y con fiesta! ¡Nosotros haremos todos los gastos! ¿Acaso no tenemos plata? ¡Qué cosa!...

Se enjuga el sudor de la frente con el dorso de la mano. Deja lugar a que doña Rosa diga algo, y después de un legítimo descanso, continúa:

—La guagua no ha de ser ni de ustedes ni de nosotros. La guagua es de ellos. Han sabido hacerla; ¡sabrán criarla! Y si no saben, ¡que aprendan!... Temprano han comenzado y ya entienden de la vida, pueden ahora seguir teniendo todas las guaguas que quieran. ¡No hay nada que hacer! ¡Qué cosa!

Y como doña Rosa permanece muda, a pesar de cuanto oye, ella le insiste, repitiendo:

—¿Jay?... ¿Jay?...

Toma aliento y concluye:

—Una cosa más, para terminar. No estén diciendo que mi Carlos es un cholo. ¡Eso sí que no! ¡Mi Carlos no es un cholo! ¡Nosotros lo hemos educado; es universitario: es decente! Los cholos somos nosotros, sus padres. Como usted, pues, doña Rosa. Usted será decente porque sus padres le

han dado educación, pero su madre también era chola, como nosotras. ¡Qué cosa! ¡Si la estoy viendo a doña Demecia! Chola nomás, pues, como nosotras... ¿Jay?

Así concluye Alta Gracia su torturante exposición; doña Rosa por fin habla:

—Todo cuanto usted acaba de decirme se lo comunicaré a mi marido, y haremos que la cosa se arregle tal como ustedes quieren.

Alta Gracia queda satisfecha y a la vez sorprendida por cuanto ha conseguido lo que pretendía con más facilidad de la que se esperaba. Pide perdones confesando que se ha portado con torpeza, y después de la consabida excusa de: “¡así no más somos, pues, las cholos!” , toma su monumental sombrero y se despide de doña Rosa con un cariñoso abrazo, diciendo:

—¡Ahora ya somos, pues, parientes!



No tarda en hacerse el segundo matrimonio en la casa Lerdo Obligado. ¡Pero qué matrimonio!

En un ángulo de la sala van ocupando asientos los familiares de Nilda. Todas personas de distinción.

En el otro ángulo, los familiares del novio: cholos inmovibles pegadas a las sillas, luciendo, eso sí, abundancia de oro y perlas y brillantes; dos cholos sudorosos que dan la impresión de no haber gustado jamás los beneficios de un baño.

De pronto, a la llegada de un pariente, los de la parte de Nilda se sueltan a llorar. Todos lloran sin proferir palabra.

En la parte del novio, por no quedarse atrás, alguien rompe, a su vez, el llanto, y empieza el lloriqueo general en ambos bandos, a competencia.

Y es que también alguna vez en la vida se celebran matrimonios fúnebres.

El comisario mordaz

Rafael Ulises Peláez*

Faustino Llusca está parado frente a la mesa renga en la cual el comisario trata de anotar sus generales. El indígena de faz ancha y maliciosa, de ojillos perdidos en su gordura, mira azorado cuanto le rodea: se diría que tiene la atención ausente de la realidad. Junto a él, acurrucada a sus pies, su mujer tapada de rebozos gime a la sordina presintiendo algún mal terrible derivado de esos signos misteriosos que traza el comisario en el librote grasiento. Sobre la mesa curialesca del despacho se amontonan papeles y cachivaches del escritorio cuya aparatosa espanta a los humildes campesinos. Afuera de la casa, junto a la puerta del corregimiento, en la calle soldada al camino de perspectivas lejanas, una llama de color alazán vinoso espera, ajena a su destino, el fallo de la autoridad; sujeta por una sogá anudada al cuello que remata en las manos del pastorcillo arisco, en la representación patética de lo humilde del campo.

—¿Cómo te llamas?... —pregunta el comisario mientras juega con la pluma barata mojada en tinta.

La pregunta ha caído en el vacío. Ninguno de los dos indígenas se da por aludido. En el silencio de la tarde mórbida de bochorno se oye a un moscardón trompetear su carraspera...

* Nació en Oruro en 1902 y falleció en Santa Cruz de la Sierra en 1973. Narrador, periodista y profesor. Escribió la novela *Cuando el viento agita las banderas* (1950) y los libros de cuentos *Ronquera de viento* (1931), *Bajo los techos de paja: narraciones del campo y la mina* (1955) y *La odisea de Tancredo Salvatierra* (relato en verso, 1970). También es autor de los ensayos *La revolución de junio* (1930), *La danza de los diablos* (1947) y *Los betunes del padre Barba* (1958).

“El comisario mordaz” fue tomado de *Bajo los techos de paja: narraciones del campo y la mina*, La Paz: Universo.

—¿Cómo te llamas?... —vuelve a tronar el comisario moviendo amenazadoramente su juego de cejas pardas.

—¿Yo, *tata*?... —vacila trémulo Faustino Llusca al salir de su mutismo.

—¿A quién estoy hablando? —ruge el magistrado de primera instancia devolviendo pregunta por pregunta—. No estoy interrogando seguramente al moscardón.

Con su mano izquierda propina un tremendo golpe queriendo aplastar al insecto zumbador que se posó en el obrado y que, al levantar el vuelo, hace rúbrica con su cuerpo en el aire. Su trayectoria lo lleva a posarse en el marco de un cuadro donde figura el presidente de la república. Ni el marido, ni la mujer se conmueven ante esa demostración de energía.

—A vos te hablo —rezonga el gendarme apuntando con el dedo a Faustino Llusca atontado por el interrogatorio.

—¿A mí, *tata*? —insiste en su duda el campesino muy ajeno a las circunstancias presentes.

—¡A mí, a mí! —bufa el policía recargando en su tono la antífrasis de su intención burlesca—. A mí que soy el sindicato del robo de la llama. ¡A mí!...

Nuevo silencio sucede a la explosión de mordacidad del representante de la ley. Los acusados, extraños al proceso interior de elucidar ironías, se están quietos como cuando comenzó la investigación.

La mujer de Llusca, viendo que no sucede nada aterrador, sofrena sus gemidos y se aquieta en postura resignada disponiéndose a la indiferencia.

—Oye, animal, te pregunto cómo te llamas —atruena la voz en el recinto asustando al moscardón cuyo rumor de alas trepida convidando al sueño.

Faustino Llusca gira sobre sus talones pugnando por ver a quién se dirige aquel irascible magistrado. No habiendo nadie más que ellos en la sala, el indio se convence que es a él a quien habla el milico; se sonríe, sin embargo, estólidamente.

—¡Naranjas! —estalla el oficial rojo como la fruta de la interjección. Se levanta de su silla con la cara descompuesta de rabia, se acerca al indio y, poniéndole el dedo en el pecho, le grita al oído—. A vos te estoy hablando, bruto... A vos... ¿Cómo te llamas?

En el preciso momento que se espera la respuesta de Faustino Llusca, su mujer prorrumpe en lamentos imaginando a un hombre herido por el índice del comisario.

—Hazla callar a esta —ordena el energúmeno.

Se inclina el aludido hacia su mujer, le pasa la mano por la cabeza sin decirle nada. Esta se calla temporalmente.

—A ver, dime tu nombre ahora —insiste el feroz polizonte suavizando el tono por efecto de la fatiga de los gritos; o quizá como recurso más diplomático.

Llusca no entiende aquel enredo de palabras y gestos o simplemente se hace el tonto. Sus miradas se distraen en los botones amarillos del agente a los que un rayo de sol arranca unos destellos rubios.

—Tu nombre, ¿cómo te llamas? *¿Ima suticki?* —con las manos crispadas en el poncho del labriego, le sacude rudamente—. Tu nombre...

—Faustino... —dice de pronto el indígena.

Regresa a su mesa el cansado juez rural de primera instancia; toma la pluma y anota el nombre con letra gruesa.

—¿Cuál es tu apellido?

—¿Mi apellido, *tata*?

—¡Miren esto pues! ¿Mi apellido, *tata*? No ha de ser el mío, indio bruto —está a punto de volver a perder la paciencia el nada paciente comisario.

Inclinado sobre el escritorio cavila filosóficamente: “estos indios alti-pampas no tienen concepto de la ironía, ni del sarcasmo, no entienden el calambur, mucho menos la figuración o contrafiguración del idioma castellano tan rico en expresiones y giros. Al pan le llaman pan sencillamente. Son demasiado simples, inocentes del todo”. Las respuestas del sindicato de abigeato le han hecho comprender la inutilidad de ser intrincado o de doble sentido. Lo ha comprendido plenamente, mas persiste en jugar con la ironía y el retruécano tal como ahora se estila entre gente avispada, entre los de la nueva sensibilidad. Prosigue pues en su acrobacia verbal:

—Mi apellido es Ledesma y mi nombre es Cicerón —explica calmosamente al indígena—. ¿Entiendes? Quiero saber ahora tu apellido. El tuyo. ¿Cómo te llamas?

—Cicerón Ledesma —contesta humildemente el inculpado.

—¿Me estás tomando el pelo? —clama levantando las manos Ledesma, el comisario encargado de la justicia rural en Condomarca—. Te voy a hacer cantar la verdad, indio socarrón —se incorpora nuevamente de su asiento y se acerca bramando de indignación al detenido. La mujer se suelta a llorar a todo trapo como si hubiera de decapitar al infeliz marido.

—Soy Faustino Llusca —habla el indio temeroso.

—Hazla callar a tu mujer —comanda fastidiado, mientras retorna a su silla a anotar el nombre completo.

—¿De dónde eres?

—¿Yo, *tata*?

—No, tú no, yo, YO... —esta vez la pluma en manos del gendarme se ha partido en astillas. Furioso e incontenible se aproxima al interrogado igual que el león a comerse a la oveja. La mujer chilla frenética.

—Que se calle esta mujer... —pide a voces Ledesma, fuera de sí.

El Faustino se inclina por tercera vez, pasa la mano por la testa de su hembra y esta se calla.

—¿De dónde eres?

—De Llusca, *tata*...

Cosas de gringos

Ramón Peláez*

Se oyó el pito de la locomotora y el jefe de estación siguió bromeando mientras arrojaba los tejos. Era el pito del tren de pasajeros.
—¿Apostamos una jarrita más a los mil quinientos? —dijo el cura dirigiéndose al jefe de estación.

—¡Listo! ¡Apostado! —replicó este.

El jefe se tomó el borde de la chaqueta con la mano izquierda y arrojó los tejos lentamente. Los ojos de los demás seguían la trayectoria de las fichas hasta que daban en el sapo y contaban en voz alta: 200, 500, 800. Le quedaban tres fichas y faltaban 700 puntos para llegar a los 1.500.

—¡Aquí está el sapo! —anunció cambiando de postura.

—¡Veremos! —dijo el cura.

—Mil trescientos... mil trescientos... —murmuró el jefe tomando puntería con el último tejo.

Lo arrojó.

—¡Nada! —gritaron los demás riendo y palmeándole las espaldas.

—¡A ver, esa chichita!

El jefe se volvió a la dueña de la chichería y pidió:

—Doña Hilaria, una jarrita más, por mi cuenta.

—¿Qué te ha pasado, jefe? —preguntó el Tomás recibiendo su vaso.

—No sé... —replicó el jefe—. No tiene importancia. Ya ganaremos otra.

* Ramón Peláez es originario de Oruro, pero se desconoce las fechas de su nacimiento y muerte. Narrador y dramaturgo. Es autor del cuento “Cosas de gringos” (1961) y de las obras de teatro *A través de las paredes* (1941), *Su majestad el gringo*, *Mentiras* y *Esa tierra inocente y hermosa* (estas tres últimas sin fecha de edición).

“Cosas de gringos” fue publicado por *Khana. Revista Municipal de Arte y Letras*, vol. 1, núm. 35 (diciembre de 1961).

—¡Salud! —dijo el cura—. Esta es la sangre del jefe.

—¡Salud! —corearon todos saboreando la rica chicha del valle.

De pronto el David tuvo una idea genial.

—Brindemos por el hijo de la cocinera —dijo.

Un estallido de carcajadas acogió la idea de David.

—¡Magnífico! ¡A la salud del hijo de la cocinera!

—¡Salud!

Se oyó el pito del tren por segunda vez. Nadie se movió. Tenía que oírse dos veces más para bajar a la estación.

—¿De verdad que llega hoy el hijo de la cocinera? —preguntó el alcalde.

—Así es —repuso el jefe de estación—. Ha hecho un telegrama a la Encarna anunciándole su llegada. Y viene con su mujer.

—De modo que está casado.

—Así dicen: que está casado y que es doctor.

—¿Doctor? —abrieron los ojos enormemente—. ¿El hijo de la cocinera, doctor? Deben estar bromeando.

—No sé... —replicó el jefe—. Se dice que es médico. Ha estado en los Estados Unidos más de veinte años y allí se ha casado.

Charlaban entre todos mientras los vasos de chicha se vaciaban y se llenaban.

—Solo falta que se hubiera casado con una gringa —terció el Tomás.

—Claro que se ha casado con una gringa —le contestó el alcalde—. Si allá no hay más que gringas. ¿O crees que también hay cholas?

—¡Ja, ja! —rió el Tomás—. ¡Qué gringa lo va a aceptar si es más negro que el pongo!

—¡Y más feo que un sapo! —añadió el David.

—Será de ver al hijo de la cocinera casado con una gringa —comentó el alcalde.

—Yo no sé... —apuntó el jefe—, pero dicen que está casado con una gringa y llegan hoy los dos.

—¡Ah, ya sé! —dijo el Tomás después de un momento de silencio—. Es que la gringa debe ser más fea que él.

—¡Claro, ahí está la cosa! —corroboró el David—. La gringa debe ser más fea que él.

Rieron todos burlándose del doctor y de su mujer mientras los vasos de chicha se vaciaban y se volvían a llenar.

—¡A la salud de la gringa! ¡Salud!

Al cuarto pitazo del tren salieron todos juntos caminando despacio hacia la estación.

—Volveremos, doña Hilaria —se apresuró a decir el cura—; que todo quede así.

—No se tarden —contestó doña Hilaria—, he preparado una *chanka*.



Era el pueblito de Belén una miniatura de pueblo grande. Bonito. Como los pollitos que tienen en pequeño todo lo de los grandes, así era Belén. Tenía lo indispensable: su alcalde, su jefe de estación, su cura, su correísta, su jefe del partido de gobierno, su jefe de la oposición, su evangelista, su gente decente; tenía además sus dos chicherías y su peluquero. No pasaban de 12 los habitantes varones de esta metrópoli.

Sus 20 casas estaban prendidas a la falda del cerro, esparcidas al desorden, como si se hubieran caído del bolsillo de alguien que subía la cuesta. Este desorden obligaba a la única calle a ir buscándolas de puerta en puerta. Pasada la última puerta la calle se estiraba cansada de dar tantas vueltas, y se convertía en camino que terminaba en la cumbre donde estaba la empresa minera de Cerro Rico.

Si no hubiera sido por esta empresa minera que era de cierta importancia, no habrían tenido la estación del ferrocarril que estaba a la salida del pueblo, pasado el puente.

Belén estaba en mitad del camino del altiplano al valle; más bien ya estaba en el valle. Allí se daban la mano los vientos fríos de la altiplanicie y los cálidos y aromáticos del valle. Belén recibía a los pasajeros del tren haciéndoles venias con sus árboles verdes y frondosos, y presentándoles, como una bienvenida, sus campos llenos de flores y el aroma de sus limoneros. El viento helado que había acompañado al tren hasta este punto lo entregaba a sus nuevos cuidadores y se volvía al altiplano silbando, silbando...

Esos 12 habitantes de Belén, con sus mujeres y sus niños, con sus sirvientes y sus colonos, vivían, pues, en la más completa armonía. La sencillez de sus costumbres había solucionado muchos problemas de los centros modernos. Ellos eran los productores y al mismo tiempo los consumidores. Sus negocios también eran sencillos. Mandaban sus productos a los mercados de las ciudades y recibían el dinero de vuelta. ¿Qué más?

Habían simplificado la vida. Hasta habían suprimido algunas cosas inútiles, como los apellidos. ¿Para qué servían? Ellos eran el David, el cura, el jefe, la Hilaria, la Julia; a los gringos de Cerro Rico les llamaban mister a secas, y a la “gente decente” —que era una sola familia que tenía

sus propiedades cerca— les decían don Julito al caballero, y “señoritas” a las niñas.

Así era el pueblo de Belén. Bonito.

Se tomaba chicha y se jugaba al sapo donde la Julia o donde la Hilaria; se hacía día de campo donde la Encarna; se compraba aspirinas y remedios donde el evangelista; se comentaban los sucesos del día donde el Tomás, el peluquero; y se presentaba con orgullo a la Irmiña, la hija del jefe, como a la niña más linda de la población.

El río, que también tenía su nombre, pero que para ellos era simplemente “el río”, pasaba entre el pueblo y la estación. Un puente de troncos de árboles y de tablas mal ensambladas unía ambas orillas. En la época de lluvias el río se llevaba el puente todos los años, y todos los años también los vecinos lo reconstruían. Esto era parte de su trabajo y de su distracción. Sentían orgullo de ese río que en épocas de lluvia adquiría fuerza incontenible y causaba enormes destrozos en las plantaciones y se llevaba la línea del ferrocarril en varios puntos. Ese era su río; lo tenían por propio, y aunque accidentalmente pasaba por Belén, puesto que nacía muchos kilómetros arriba, en las pertenencias altiplánicas, para ellos era suyo su río. De ahí que los terribles estragos que causaba en las otras provincias eran consideradas como travesuras de un hijo.

Cuando el río no se llevaba el puente en las primeras avenidas, se ponían preocupados y nerviosos. Por las mañanas, antes de saludarse, se preguntaban “¿se llevó el puente?”, y ante la negativa aumentaba su inquietud, como cuando el hijo está enfermo y no puede hacer demostraciones de sus habilidades y de su fuerza. Alguna mañana de esas la pregunta encontraba la adecuada respuesta: “¿Se llevó el puente?” “Anoche”. “¡Ah, bueno!”. Respiraban. El hijo estaba sano y fuerte.

Así era el pueblito de Belén. Bonito.

Veinte años atrás llegó una vez un tal mister Smith a trabajar en la empresa minera de Cerro Rico. Como no tenía cocinera se llevó a la Pascuala. Maciza la india pero fea como el demonio; buena cocinera. Tenía la Pascuala un hijo, un *llokalla* de tres años que andaba casi desnudo por todos los basurales, feo como su madre.

Después de cuatro años bajaron a Belén mister Smith y su mujer. Con ellos venían la Pascuala —bien peinada, limpia, con delantal blanco y zapatos de medio taco— y el *llokalla*, el Andrés, vestido con overol y con zapatos amarillos.

Aquello fue motivo para que los vecinos rieran una semana. Pero la gran sorpresa fue cuando el *llokalla*, el hijo de la cocinera, habló con

los gringos en inglés. ¡Jesús! ¡El hijo de la cocinera hablando inglés y la Pascuala con zapatos de taco! ¡Qué gringos estos!

Dos años después se fueron todos a los Estados Unidos: los gringos, la Pascuala y el Andrés. Nunca más se supo de ellos hasta aquella tarde en que la Encarna recibió un telegrama anunciándole la llegada del doctor Vargas y de su señora. Al principio no se supo de quién se trataba, pero luego se descubrió que el “doctor Vargas” era el Andrés, el hijo de la cocinera.



Cuando “entraba el tren en agujas” ya estaba el jefe con su gorra dorada y había llegado don Julito en su bicicleta.

—¿Ya sabe la noticia, don Julito? —le espetó el jefe cuando se cruzaban.

—No, ¿qué pasa?

—Llega el hijo de la cocinera.

—¿Quién?

—El hijo de la cocinera, el doctor. Y llega con su mujer, una gringa más fea que el perro.

Pasó delante de ellos la Maxi (otra de las vecinas) corriendo; tenía puesto su vestido floreado de llegada de tren y llevaba en la mano una sombrilla rosada con flecos dorados que perteneció a su abuela. Había que impresionar bien al doctor.

—Don Julito, venga, vamos... —le gritó al pasar—; le voy a presentar al doctor.

Entró el tren despacio, majestuoso, en medio de los gritos de los niños, el alboroto de las vendedoras, de las carreras de los pasajeros, de los platos de comidas. Todo era movimiento de faldas, de jarras de chicha, de canastas de duraznos, de asomarse a las ventanillas rostros sudorosos.

—¿Qué es eso del hijo de la cocinera? —preguntó don Julito.

Pero el jefe corría también moviendo de adelante para atrás una banderola roja.

—¡Ah, es muy interesante! —alcanzó a contestar—. Después le cuento. Venga por lo de la Hilaria... va a haber *chanka*...

Cerca de los coches de primera clase se habían reunido los vecinos. Todos miraban a la pisadera del coche esperando ver aparecer al hijo de la cocinera.

Primero bajaron las maletas. Una... dos... tres... cuatro...

—¡Huá! —se miraron entre ellos—. ¡Este qué tiene!

—Deben ser las ollas —dijo el David.

Estallaron en carcajadas. Cinco... seis... siete... La Maxi con sus ponguitos recibía las maletas. De pronto apareció el doctor y de un salto se plantó en el andén.

—¡Doctor! —le echó los brazos la Maxi.

Era chato y gordo. Macizo como su madre y, como su madre, feo.

—¡Maxi! —le retribuyó el saludo abrazándola fuertemente entre sus nervudos brazos.

—¿Y la señora?

—Ya baja... ya baja... —respondió sin desprenderse de ella.

Mientras tanto los vecinos hacían un examen minucioso de él y de sus cosas. Era moreno, negro más bien; pómulos pronunciados, ojos encapotados, nariz ancha de bulldog y labios gruesos, revueltos, caídos sobre la ridícula barbilla; su frente negra, angosta, y sus pelos ásperos, rebeldes, gruesos. ¡Era feo el hombre! Pero iba muy bien vestido. Esto arrancó el primer comentario del grupo.

—¡El mono aunque se vista de seda, mono se queda!

Rieron provocativamente.

—Este sí que es sapo de veras —dijo el Tomás.

Nuevas carcajadas saludaron la frase.

—Esperen a que baje la sapa —terció el alcalde—. ¡Apuesto una jarrita de chicha a que es flaca y vieja!

—Va la jarrita —aceptó el cura—. ¡Yo digo que es gorda y retacona!

—¡Dos jarritas a que es tuerta! —estalló el Tomás.

—¡No sean malos! —intervino don Julito.

Cesaron los comentarios porque asomó la gringa. Se detuvo un instante sobre la plataforma del coche mirando la estación, el pueblo, el río, la gente; hizo girar su vista por los cerros y por los vecinos; respiró ampliamente mirando las nubes y bajó al andén.

Era rubia como el sol; sus grandes ojos azules eran claros y hermosos; sus facciones perfectas, su cutis terso y delicado como la piel de los duraznos; sus labios rojos, ligeramente carnosos y ardientes. Era esbelta y su esbeltez florecía en sus curvas. Hermosa... hermosa. ¡Dieciocho años!

Bajaron la cabeza los vecinos y se alejaron despacio, callados, mudos, atónitos, pateando piedrecitas por el camino. Se oía el cantar del río y el sol caía a plomo.

—Don Julito —llamó la Maxi—, don Julito, venga, le voy a presentar al doctor.

Bufó el tren y siguió su carrera hacia los valles. Regresaron los concurrentes por distintos atajos. Sobre los balayes de las vendedoras los

quesillos sabrosos, blancos, frescos, apretados, tenían cierta semejanza con la gringa.

Cuando llegaron al puente la gringa se detuvo. Una brisa criolla le ciñó las ropas a las formas. Miró el río. En su semblante se reflejaba una alegría intensa. Miró el pueblo. Echó su cabellera atrás. Una inefable placidez la embargaba. Volvió a respirar profundamente con el cuello vuelto hacia los cielos, tenso y delicado, y sin poder reprimirse corrió a través del puente, como una colegiala, diciendo:

—*¡Oh, it is wonderful!... ¡wonderful!*

—*¿Like it?* —preguntó su marido.

—*Yes, darling* —lo tomó por el cuello y le besó en la boca—. *¡I am so happy!*

Como el eco que rebota de cerro en cerro, así la noticia de la llegada del doctor y de la gringa rebotó de pueblo en pueblo. El valle se llenó de comentarios. ¡El hijo de la cocinera convertido en doctor y casado con la mujer más hermosa de los Estados Unidos!

Los primeros en llegar para ver a la gringa fueron los gringos de Cerro Rico. Luego vinieron los vecinos de Calamarca y más tarde los de San Pedro. Con el pretexto de inspeccionar la línea, vinieron los principales ingenieros de la empresa del ferrocarril. Llegó el subprefecto de la provincia para ver el estado de los caminos. El director general de Sanidad recordó que su cargo le obligaba a una inspección de todo el departamento y optó por comenzar por Belén. Allí comenzó la inspección y allí mismo terminó.

Como consecuencia de todas estas visitas el doctor recibió una andanada de ofrecimientos. La empresa minera de Cerro Rico necesitaba urgentemente un médico; el ferrocarril igual. La Sanidad Departamental precisaba un galeno que supiera inglés. Todos querían llevarse... a la gringa.

Pero el doctor rehusó todos los ofrecimientos.

—Yo he venido de los Estados Unidos —les explicó tratando de no herir sus sentimientos— para vivir en mi pueblo. Me habría sido muy fácil quedarme allá trabajando en un hospital o en cualquier clínica, pero tenía hambre de esto, de esto que es mi pueblo, de esto que he añorado tanto... Ustedes me comprenden... ¡Discúlpennme!

Los del pueblo, conocedores de todas estas propuestas, se enfurruñaron. ¡Qué demonio! El doctor era su doctor y la gringa era su gringa. Ellos los habían visto primero. Así como era su pueblo, su río, su puente, ellos también eran su doctor y su gringa, ¡y nadie los iba a mover de Belén!... ¡Canejo!

Instaló el doctor su clínica con la ayuda de todo el pueblo. La Encarnación dio su casa; el alcalde dictó una ordenanza nombrándole médico de Belén; Tomás, el carpintero, hizo el entarimado de los pisos; la Maxi prestó los muebles; el jefe puso a disposición las líneas telefónicas de la empresa, por supuesto sin que la empresa supiera nada de ello; don Julito montó la instalación eléctrica con sus propios materiales, aunque ni en Belén ni en ninguno de los pueblos se conocía la electricidad; en fin, todos dieron algo para su doctor y para su gringa.

A los dos meses la casa habitación y la clínica estaban maravillosamente montadas. Las paredes pintadas, los pisos lustrados, las habitaciones lujosamente amobladas. En una esquina del living –palabra rara que trajo la gringa– la sombrilla de la Maxi ostentaba sus flecos dorados.

Su despensa era un alarde de prodigalidad. Los vecinos se preocupaban de que estuviera siempre llena. Huevos, leche, quesillos, choclos, papas, legumbres; el azúcar, el arroz, el té, el café, la crema Nestlé, los bombones ingleses y las más finas conservas, eran abastecidas por la pulpería del ferrocarril, aunque en forma misteriosa. Pero allí estaban.

El doctor y la gringa eran felices. Pero habían perdido su independencia. Ahora eran propiedad del pueblo. Los vecinos los habían enraizado. Eran su doctor y su gringa.

Cuando estuvo todo terminado, los vecinos dieron una fiesta para estrenar la casa y la clínica. Fue una fiesta que despertó la envidia de los de Cerro Rico, de Calamarca y de San Pedro. Nunca se había visto una cosa igual.

Pasaban los días y uno que otro enfermo acudía donde el doctor; la mayor parte de ellos sufría de dolores de cabeza, de neuralgias o de resfríos. Enfermedades vulgares. Nadie enfermaba seriamente y la flamante clínica, con su gran mesa de operaciones, hecha por el Tomás con indicaciones del doctor, ni siquiera era mirada por los pacientes. Su doctor no tenía la oportunidad de demostrar sus grandes conocimientos. Esto los tenía desasosegados, intranquilos, preocupados, como cuando el río no se llevaba el puente.

Para aumentar esta irritación, los de Calamarca y los de San Pedro, picados por lo de la gringa y por la fiesta, venían intencionalmente a consultar al evangelista, menospreciando así al doctor.

Esto obligó al alcalde a reunir una noche a los vecinos para decirles:

—No podemos tolerar por más tiempo estas cosas. Los de Calamarca y los de San Pedro se están burlando de nosotros. Tenemos una clínica que es la última palabra en medicina y sin embargo no lo podemos demostrar. Yo conozco las clínicas de la ciudad y no hay allí nada parecido. Tenemos

a nuestro doctor que es una eminencia médica en los Estados Unidos y sin embargo nadie acude a él. Los calamarqueños vienen a comprar aspirinas al evangelista sabiendo que nuestro doctor los sanaría con solo ponerles la mano. Ninguno de ellos se enferma de gravedad, ¿y saben por qué? Por envidia. ¿Vamos a permitir que esto siga así?

—¡Nunca! —rugieron todos.

—¿Vamos a dejar que los calamarqueños sigan haciéndose la burla de nuestro doctor, de nuestra clínica y de nuestra gringa?

—¡Nunca!

—¡Es necesario, señores —siguió diciendo el alcalde adquiriendo una pose y un tono de orador parlamentario—, es necesario que les demostremos palmariamente, con hechos fehacientes que no admiten dudas —esto lo sabía de memoria y lo decía solo en las grandes oportunidades—, lo que significa el viril pueblo de Belén en el desarrollo de la nacionalidad!

—¡Viva el gran partido liberal! —vociferó el Tomás.

—No se trata de partidos —prosiguió el alcalde volviendo a su tono natural y mirando despectivamente a este—. No se trata de partidos. Yo decía que debemos hacer algo para que el doctor demuestre sus conocimientos. ¿Cómo? —paseó su mirada por la concurrencia deteniéndose en cada uno de ellos—. ¡Necesitamos un enfermo! —añadió—: ¡un enfermo grave!

Todos se miraron unos a otros. Estaban gordos, rollizos, llenos de salud. La chicha los tenía pletóricos.

Siguió el alcalde:

—Bien saben ustedes que la clínica nos ha costado mucho; todos hemos aportado a su instalación; hemos colaborado a la medida de nuestras posibilidades. Solo uno de los vecinos no ha dado nada.

—¡Yo! —dijo el David levantándose todo ruboroso—. Pero yo no he aportado con nada porque a todos consta que he estado ausente, en mis propiedades, durante estos dos meses. Yo lo habría hecho con la mejor voluntad, igual que ustedes...

—No se trata de eso —le cortó el alcalde—. Sabemos que lo habrías hecho, pero no lo has hecho. Pero ahora tienes la gran oportunidad. Tu aporte será el mejor de todos.

—Francamente, amigos —habló el David—, yo me siento acortado. Cuando vi la casa y la clínica creí morir de vergüenza. Pero ahora voy a dar lo que quieran.

—¡Magnífico! —vibró el alcalde—. ¡Magnífico! ¡Tú serás el enfermo!

—¿Yo?

—¡Tú!... ¿No ves, Davicho —habló en tono suplicante—, que se están riendo de nosotros? ¿No quieres salvar a tu pueblo? El doctor es un gran

médico; ha hecho miles de operaciones en los Estados Unidos. Solo necesitamos que haga una operación aquí y entonces van a morir de envidia los de Calamarca y de San Pedro. ¡Qué te cuesta! Te hace la operación y quedas mejor que antes.

—¿Pero qué operación?

—Cualquiera, eso no importa.

—Pero una operación es muy peligrosa.

—¡Va! Para nuestro doctor hacer una operación es la cosa más sencilla.

—No, no... —se resistió el David—. ¿Y si me matara?

—¡Cómo te atreves a hablar así de nuestro doctor! —finalizó el alcalde—. ¡Jesús, di!

Intercedieron los demás; se discutió el asunto en todos los tonos y al final el David accedió:

—Bueno, pues... ¡qué se va a hacer!

Lo abrazaron todos y comenzaron a circular los vasos de chicha. ¡Estaba salvado el pueblo! Solo el David permanecía serio, preocupado.

Una hora después, al calor de los vasos de chicha, volvió el tema. Ya el David, con el licor, se había entusiasmado. Ya no veía la cosa tan negra. A lo mejor hasta necesitaba una operación. Él era bien macho.

—¿Y de qué lo va a operar? —preguntó el Lucas.

—De eso vamos a tratar ahora —explicó el alcalde—. Sírvanle más chichita al David.

Lo rodearon. Todos querían tomar con él. Era el héroe del pueblo. Más chicha.

—He oído hablar de una operación que se llama meningitis o una cosa así —apuntó el cura.

—¡Oh, eso es muy fácil! —refutó el alcalde—. Tiene que ser una operación difícil, una operación que los haga morir de rabia a los de Calamarca y San Pedro.

—Y que no se haya hecho nunca en la ciudad —añadió el Jefe.

—¡Claro! —afirmó el alcalde—. Si no, no valdría la pena.

—He leído —intervino nuevamente el cura—, he leído en un periódico de la ciudad que hay un doctor Asuero que hace operaciones maravillosas tocándoles el trigémino.

—¡Ahí está la cosa! —se entusiasmó el Tomás—. ¡Que le toque el trigémino!

—Davicho —suplicó el Lucas—, ¡que te toque eso...!

Ya estaban todos medio curados con la chicha. Hablaban fuerte y reían sin motivo.

—¡A mí no me toca nadie nada! –vociferó el David—. ¡Que me opere si quiere, pero nada de tocarme eso!

Siguieron buscando la enfermedad que necesitaba operación en medio de las copiosas libaciones. Se habló de eclampsia, de parálisis, de fiebres, pero nada satisfacía al auditorio. Al final se resolvió que don Julito viajara a la ciudad y que de allí, hablando con los médicos, trajera el nombre de la enfermedad que necesitaba operación. Pero debía ser una cosa difícil; algo que no pudieran hacerlo los médicos del país. Ojalá fuera de difícil pronunciación.

Se disolvió la reunión al amanecer con la consigna de no hablar del asunto, y se despidieron de don Julito que al día siguiente partía a la ciudad.

Por acuerdo unánime y mientras volviese de la ciudad don Julito, se decidió que el David guardase cama para dar la total impresión de que realmente estaba enfermo cuando viniese a verlo el doctor. Así, una tarde, cuando los demás jugaban su acostumbrada partida de sapo, el David se metió en cama.

—¡Qué tienes, David! –le preguntó su mujer, alarmada—. ¡Qué te pasa!

—Estoy enfermo.

—¿Qué te duele, hijo?

—Nada.

—Pero entonces...

—Estoy enfermo, eso es todo.

—¡Dios mío! Te prepararé un matecito...

—¡Qué matecito! Mi enfermedad es mucho más seria.

—¡Jesús, David! –le tocó la frente—. No tienes fiebre... ¿qué tienes, hijo?

—No sé, pues. Tengo que esperar a que llegue don Julito para saber. Aquello estuvo a punto de echar por tierra todo el plan. Felizmente la Julia antes de ir donde el doctor fue donde el alcalde.

—El David está enfermo –le dijo asustada.

—¿Qué? –se hizo el sorprendido—. ¿Qué tiene?

—No sé... está delirando. Dice que tiene que esperar a don Julito para saber qué es lo que tiene. ¡Dios mío, Señor! ¡Qué hago! ¿O iré a llamar al doctor?

—¡Nunca!..., digo, no todavía. Mañana, hija, mañana.

Cuando se fue la Julia se frotó las manos satisfecho. ¡Aquello marchaba!

Aquella tarde llegó de vuelta don Julito y al día siguiente se reunieron donde el David. Mientras la Julia preparaba la sajta hablaron del asunto.

—Bueno —comenzó don Julito—. He traído una lista completa de enfermedades que necesitan operación. Escuchen... Cáncer, adenitis, otitis, nefritis, meningitis, hemorroides, apendicitis, peritonitis, cesárea, extirpación de los ovarios...

—Pero esa es enfermedad de las mujeres —interrumpió el cura.

—Yo no creo que vale la pena de seguir leyendo, todas terminan en “itis” —prosiguió don Julito sin hacer caso de la interrupción—. ¡Ah, pero debo advertirles que ninguna de estas operaciones ha sido hecha en el país! Y algunas ¡ni en el extranjero!

Estaban contentos y sonrientes, aunque nerviosos. Solamente el David estaba pálido.

—¿Qué les parece si elegimos una a la suerte? —apuntó el jefe.

—¿No hay alguna con nombre largo, difícil de pronunciar? Ese estaría bien —sugirió el Lucas.

—No, no hay; casi todos son “itis”.

—Entonces, cualquiera. ¿Qué dices tú, don Julito?

—Yo diría este: apendicitis. Me han dicho que es muy difícil de operar.

—¡Esa, pues!

—A ver... esperen —revisó el papel que tenía en las manos y prosiguió—: aquí está. Apendicitis: inflamación del apéndice. Síntomas: dolor de estómago, náuseas, vómitos. El apéndice está situado entre la ingle derecha y el ombligo. Haciendo presión en este lugar se produce un agudo dolor. Debe operarse de inmediato, pues puede derivar en una peritonitis que en la mayoría de los casos es fatal.

—¡Esa!, ¡esa! —gritaron entusiasmados—. No busquemos más. Apendicitis.

—Hay algo más —prosiguió don Julito—. Escuchen: no se ha determinado hasta ahora para qué sirve el apéndice en el ser humano. No le hace falta.

—¡Estupendo! —dijo el jefe—. ¡Eso se llama tener suerte!

—Bueno, ya no se hable más —terció el cura—. A ver, don Julito, explícale bien al David lo que tiene que decir cuando lo vea el doctor.

—Mira —le explicó al David acercándose junto a él y descubriéndole el estómago. Todos se aproximaron. Parecía una clase de anatomía—. Mira: aquí está el apéndice. Cuando te pregunte qué es lo que sientes, tú dices que tienes vómitos, que te duele terriblemente el estómago, ¿oyes? Entonces te va a tocar aquí, ¿ves? Aquí. Cuando te apriete ahí, tú gritas. Eso es todo.

—¿Comprendiste? —inquirió el alcalde.

—Claro —susurró el David con una voz de ultratumba. Le temblaban los labios.

—Pero no le vayas a decir que es apendicitis —aclaró el jefe—. Eso tiene que descubrirlo él.

—Por supuesto —dijo don Julito—. El David no tiene que decir nada de apendicitis ni ustedes tampoco.

—Ahora vamos a ver si sabe —comentó el Tomás frotándose las manos.

—¡Cómo no va a saber!

—Pero... ¿y si no sabe? Si no descubre que es apendicitis, ¿qué hacemos?

Una leve esperanza brilló en los ojos del David.

—En ese caso no me opero —dijo.

Tocaron la puerta y entró la Julita con una jarrita de chicha y una canasta con vasos. Sirvió a todos menos al David.

—La sajta está lista —dijo—. Pasaremos...

Levantaron sus vasos, alegres y entusiastas.

—¡A tu salud, Davicho! —y salieron.

Por la puerta entraba un delicioso aroma de perejil, de quirquiña y de locotos.

—¡Hermanitos! —imploró el David incorporándose en la cama—. Si quiera esta vez más comeré la sajtita!... ¡Hermanitos!...

—¿Qué? —le atajó el cura deteniéndose—. ¿Estás loco? ¿No sabes que el picante es veneno para la apendicitis? ¡Mírenlo!

Y le cerraron las puertas.

Promediaba la mañana, una mañana esplendorosa y ardiente, cuando llegaron los vecinos junto con el doctor hasta la cama del enfermo. La Julia había limpiado la habitación. Mientras conversaban de generalidades el doctor extrajo algunos instrumentos de su maletín. Luego dijo:

—Voy a examinarlo. Déjenme solo.

Se trasladaron a la habitación de al lado y cerraron la puerta. Estaban nerviosos. La Julia quedó con el enfermo.

Cuando quedaron solos, el doctor le hizo incorporarse. Le examinó los pulmones, el corazón, le vio la garganta, le tomó el pulso y constató la temperatura. Todo andaba normal; solo el corazón latía apresuradamente.

—Ahora dime, ¿qué es lo que sientes?

—Náuseas.

—Náuseas. ¿Qué más?

—Vómitos.

—¿Te duele el estómago?

—Sí.

—¿Dónde?

—Aquí —se tocó la parte indicada.

—¿Te ha dolido siempre?

—No sé...

—¡Cómo!... ¿no sabes?

—No... digo sí... sí...

—Vamos a ver. Ponte de espaldas. Así. ¿Te duele?

—No.

—¿Ahora? —iba pasando la mano por la parte indicada.

—¡Ay!

—¿Ahí?

—Sí... ahí.

—A ver, a ver...

Examinó detenidamente la parte dolorida, unas veces presionando y otras golpeando sobre sus propios dedos y recorriendo la mano por el abdomen.

—Bueno, bueno —indicó después del examen—. Que entren.

Entraron en puntas de pie, ansiosos e impacientes.

—¿Qué tiene, doctor? —preguntó el cura.

—Bueno, no hay por qué alarmarse.

—¡Cómo que no, doctor! —imploró la Julia—. Este David nunca se ha enfermado.

—Alguna vez tiene que ser la primera —bromeó el doctor—. Pero no hay por qué asustarse. Estas cosas les suceden a todos. Si no fuera así, ¿de qué viviríamos los médicos?

Los vecinos se miraron unos a otros. Estaba bromeando el doctor. No conocía la enfermedad y estaba tratando de esquivar la respuesta. Solo así se explicaba su tranquilidad. ¿Se habían equivocado? ¿De dónde sacaron que era una eminencia médica?, ¿quién les dijo?

—Pero qué es lo que tiene, doctor —intervino el alcalde malhumorado. Se estaba desmoronando su castillo.

—Bueno —volvió a hablar el doctor lentamente—: se trata de una apendicitis.

Los nervios les traicionaron y rieron ruidosamente.

—No hay motivo para reír —manifestó el doctor mirándolos extrañado—. La apendicitis es una cosa seria. Existe el peligro, si no se trata a tiempo, de provocar una peritonitis.

Nuevamente estallaron en risas. No podían controlar sus nervios. Estaban felices porque no se habían equivocado. Su doctor era realmente un sabio.

—¡Dios mío! —exclamó la Julia—. Y... doctor...

—¡Hay que operar inmediatamente!

Esta vez estallaron en una tremenda carcajada. Solo entonces se dio cuenta el galeno que reían de nerviosidad. La enfermedad del amigo los tenía descontrolados.

—Vamos a ver —pensó en voz alta mirando su reloj—. Son las once; no hay tiempo hoy. Mañana lo operaremos a las siete de la mañana.

—¿Lo operaremos? —preguntó el Lucas.

—Sí, lo operaremos.

—¿Nosotros también?

El médico rió sin contestar. Cuando se retiraba le acompañaron hasta la casa. Estaban felices, alegres, contentos. Su doctor era un sabio. ¿Qué irían a decir los de Calamarca? Pronto tendrían que venir de rodillas a suplicar sus servicios. Sus nervios estallaban en sonoras carcajadas. Necesitaban exteriorizar su alegría, gritar, desahogarse; y se fueron donde la Hilaria. Por la noche, antes de separarse, les recomendó el alcalde.

—No se olviden; mañana a las siete. Todos deben venir con su mejor traje. ¡Una operación es una operación!

Antes de la hora fijada estuvieron en la clínica. Los recibió la gringa, toda vestida de blanco, con un gorrito también blanco sobre la cabeza. Adentro esperaba el doctor cubierto con un delantal blanco que le cubría hasta las rodillas. Tenía un gorrito ajustado sobre la cabeza y una venda de gasa que le tapaba la nariz y la boca.

Cuando ingresaba a la habitación que hacía de sala de operaciones, el David, pálido y desencajado, se volvió a los amigos.

—¡Hermanitos! ¡Hermanitos! —imploró casi llorando—: ¡no se olviden de la Julia y de mi hijita!

En ese solemne momento nada le importaba de él. Pedía protección para su mujer y para su hijita. ¡Machazo el hombre!

Quedaron en el patio, apretujados como un rebaño asustado. Estaban desencajados, pálidos, temblorosos. No hablaban y tenían miedo de mirarse a los ojos. Sabían que habían hecho mal; que el David podía morir. Después de todo... ¿qué les importaba la clínica, ni el doctor ni la gringa? Con el David se habían criado juntos desde que nacieron. Todos ellos eran una sola familia, y el David, el más bueno. Era ardiente la mañana y sin embargo temblaban. Poco a poco comenzaron a humedecerse los ojos. Tragaban con dificultad la saliva. Se apretujaron aún más. Luego se abrazaron estrechamente, como para defenderse y darse valor.

Dos horas habían transcurrido en ese silencio cuando se abrió la puerta de la clínica y apareció el doctor con el delantal salpicado de sangre y sin la venda de gasa en la boca. Traía en la mano un frasco de vidrio en el que había un cuerpo extraño.

—¡Miren! —dijo acercándose y señalando el frasco, que lo mantenía en alto—. ¡Miren... miren! ¡Podrido! Un día más y habría sido tarde! ¿Ven? Este es el apéndice. Hemos operado el momento preciso. Como les digo, un día más, digamos mañana, y la peritonitis habría infectado todo el organismo y el David hubiera muerto.

—Pero entonces... ¿no ha muerto? —salió una voz de angustia desde el grupo.

—¡Ja, ja, ja! —rió el doctor con toda su cara de sapo—. ¡Ja, ja, ja! ¡De aquí a una semana va a estar tomando chicha con ustedes! —luego se volvió hacia la clínica y desde la puerta les hizo una seña, diciendo—: entren..., entren..., vengan a verlo, porque el David se va a quedar aquí una semana. Aquí tiene enfermera, y además, esta es la casa de ustedes, es la clínica de ustedes.

Los condujo hasta la habitación y abriendo la puerta, les señaló:

—¡Ahí lo tienen! ¡Pasen!

Allí estaba el David, medio incorporado sobre la cama, sonriente, tal vez un poco pálido, pero vivo. En la blancura de las sábanas y de las almohadas su cara quemada por el sol resaltaba contenta. Junto a él, a la cabecera, con el cabello suelto y ondulado, la gringa le acariciaba la frente.

Entraron mudos como ovejas, empujándose unos a otros y se situaron alrededor de la cama. Para ellos todo esto que estaba sucediendo no tenía sentido, era un milagro. Las palabras del doctor sobre la oportunidad de la operación no encontraban asidero en la sencillez de sus pensamientos. Pero... ¿es que realmente estaba enfermo? Y luego... ¿cómo era eso de que el David estuviera sonriendo, vivo, se diría sano, cuando ellos sabían que después de una operación quedaban dormidos, como muertos, deshechos, destrozados? ¡Santo Dios! Aquello era milagro. ¡Milagro! ¡Tenía nomás que ser milagro!

Como si adivinara sus pensamientos, el doctor les explicó:

—Hemos operado bajo un sistema moderno. Ya no se necesitan anestésicos como el cloroformo y el éter para cierta clase de intervenciones; da mejor resultado la punción. Eso es lo que hemos hecho: una raquídea.

En ese momento el David levantó ambos brazos y musitó:

—¡Hermanitos!

Era la nota que faltaba para derrumbar la fortaleza de aquellos hombres. Cayeron de rodillas, le tomaron las manos y lloraron, rezaron y rieron. Sus sollozos les hinchaban el pecho. Ahí estaban esos hombrotos fuertes y rústicos, gordos y sencillos, buenos y generosos, llorando como

niños. Su llanto era un agradecimiento a Dios, un homenaje al doctor, una explicación de lo que no comprendían.

Como lo había predicho el doctor, a los 12 días de la operación el David tomaba sus primeras copitas. Estaba rozagante, fresco, rosado, animoso.

Esparcieron la noticia por todos los medios de publicidad que entonces se conocía. Corría el año de 1908. El jefe avisó al jefe de la próxima estación, este al otro y pronto el periódico de la ciudad publicaba el acontecimiento en letras de molde. Hablaba la crónica de una maravillosa intervención quirúrgica llevada a efecto por un pobre médico de pueblo y pedía que las autoridades sanitarias tomaran cartas en el asunto y enviaran al autor de la hazaña a perfeccionar sus grandes cualidades científicas a las universidades de los Estados Unidos.

Se reunieron los médicos de la ciudad, alarmados por lo que creían que era un ataque a su prestigio y a sus conocimientos, y publicaron a su vez un comunicado en el que expresaban que la tal “apendicitis” no se conocía en esas regiones, y que ni en Europa se hacían tales operaciones que llevarían indefectiblemente a la muerte a quien se sometiera a ellas; que se trataba de una fantasía grotesca del cronista y que este debería ser castigado.

Aquel comunicado ahogó la inquietud que había despertado la noticia.

Pero no contaron con los vecinos de Belén. ¿A ellos les iban a ganar con un comunicado? ¿A ellos que ganaban las elecciones a fuerza de palos y de machismo? ¡Ingenuos! ¡Ahora les iban a mostrar lo que significaba Belén en el desarrollo de la nacionalidad! ¿Con que no querían venir, no querían ver y convencerse con sus propios ojos? Bueno, les harían ver a la fuerza. Les meterían la verdad por los ojos. ¡A ellos no les iban a venir con florcitas en el ojal!

Resolvieron organizar un campeonato de sapo. Así tendrían que visitar los demás pueblos y allí verían al doctor y al operado. Tenían buenas manos para el juego: el alcalde, el David, el Lucas. Y si a la postre perdían, ¿qué importaba? Ellos no lo hacían por el juego. Iban a hacer conocer al doctor y al operado. Hasta llevarían el frasco con el apéndice.

—Tú –le dijeron al jefe–, esta misma tarde hablas por teléfono con los jefes de las otras estaciones. Les dices que los desafiamos a un campeonato de sapo y que nosotros iremos a cada uno de los pueblos.

—¿Y si el doctor no quiere ir? –anotó el Tomás.

—Tiene que ir. Se trata del prestigio de Belén; ya no es solamente el asunto de la operación.

—¿Y si lleváramos a la gringa? —intervino entusiasmado el cura.

—¡Nunca! —rugieron todos poniéndose de pie—. ¡Eso nunca! La gringa no debe moverse de Belén.

—Bueno, pero hay una cosa —dijo don Julito cambiando de tema—. El doctor no sabe jugar.

—¡Oh, eso no tiene importancia! Lo llevamos de suplente. Total, como no va a jugar...

La comitiva partió cuatro días después de la conversación. El equipo lo componían el doctor, el alcalde, el David, don Julito, el Tomás y el Lucas. La mitad de la población.

Había comenzado la época de lluvias.

Cuatro semanas duró la excursión por los pueblos de Calamarca, San Pedro, La Florida, Talca y Vinto. El jefe seguía, por medio de las comunicaciones telefónicas, las incidencias de la gira. Por las mañanas corría donde el cura y le hacía conocer los detalles.

—¡Ganamos en Calamarca! No podía ser de otra manera. Parece que al David le ha sentado la operación... ¡Qué mano, dios Santo!

—Bueno, bueno... —cortaba el cura impaciente—. Eso no interesa. ¿Qué hay del doctor? ¿Se ha hablado de la operación?

—No sé... no dicen nada. ¡Ah, no saben una cosa! Los de Calamarca exigieron que jugaran todos los de la delegación. Tuvo que jugar el doctor.

Mientras tanto la gira seguía triunfal. En San Pedro ganaron, lo mismo que en La Florida y Talca. En Vinto no se jugó porque no estaba don Luis, pero farrearon de lo lindo. A las cuatro semanas estaban de vuelta, invictos, campeones.

Los esperaban en la estación la gringa, la Encarna, la Maxi, el cura y el jefe. Todos ellos llevaban sendas jarras de chicha.

Antes de que se detuviera el tren avanzaron a su encuentro y el cura, emocionado y a gritos, les dio la primera noticia:

—¡El río se ha llevado anoche el puente! Ha inundado la sementeras Coloma, se ha llevado la línea en tres o cuatro sitios y se ha entrado a la finca de Pan Duro. ¡Ese es río!

Se abrazaron como si hubieran estado ausentes un año.

—Y, ¿qué tal? —preguntaron ansiosos los que se habían quedado—. ¿Qué tal el doctor?

—¡Magnífico! —contestó el alcalde—. ¡Estupendo... maravilloso! En toda la quebrada no se habla más que de él y del David. En San Pedro lo han levantado en hombros. Todos querían verlo, tocarlo, tomar con él. ¡Ha adquirido un prestigio colosal!

El cura y el jefe reían felices.

—¿Qué más? ¿Qué más?

—El doctor y el David han sentado para siempre la fama de Belén. ¡Qué manos, Dios mío! —contestó el alcalde lleno de gozo. Luego tomó la mano derecha del doctor y la besó frenéticamente—. ¡Esta es mano! ¡Mano bendita! ¡Esta mano es la que nos ha dado el triunfo!

—¿Cómo? —se sobresaltó el cura—. ¿Y la operación?

—¡Qué operación ni qué niño muerto! El doctor ha resultado el mejor jugador de toda la Quebrada. ¡Ha hecho siete sapos seguidos! ¿Se dan cuenta? ¡Siete sapos seguidos! Y el David cinco. ¡Esas son manos, Señor!

Efectivamente el prestigio del doctor había crecido como las avenidas, de repente. En los cinco pueblos no se hacía más que hablar de él. De 12 tejos había metido siete al sapo. Era el campeón de toda la región. ¿La operación de apendicitis? ¡Tonteras! ¿Qué le importaba a nadie la operación de apendicitis? Pero hacer siete sapos seguidos... ¡eso no se había visto jamás!

Bebieron y brindaron por las manos del doctor. ¡Mano santa! ¡Mano bendita!

III. Vanguardistas. La magia, el sueño, la violencia

(mediados del siglo xx)



El sueño

Ignacio Callaú Barbery*

Los trajines y ajeteos nocturnos le dejaron, esta vez, hondas emociones, que terminaron por relajar su sistema nervioso, y Jorge Fuentes, después de la noche vencida, trataba, inútilmente, de coordinar sus recuerdos porque el sueño que lo dominaba fue más poderoso que sus empeños y así, al poco rato, se quedó de nuevo profundamente dormido. El sol, penetrando por la ventana, comenzaba ya a invadir una buena parte de la estancia.

Casi de inmediato, después de quedarse dormido, comenzó a soñar.

Y, en su sueño, vio a un hombre que lo perseguía. Este hombre era grande y grueso, es decir macro y bronco, de tez oscura y traje negro; tenía, además, la cara picada de viruelas, “tutada”, “fiera” y fea; tenía los ojos permanentemente cubiertos por gafas negras. En suma: se trataba de un hombre oscuro, de una sombra casi.

“Es lógico”, pensó al despertarse, “si tengo el ánimo impresionado, alterado por el trágico suceso”, pero, de todos modos, y por lo que pudiera pasar, creyó más conveniente no salir de casa durante algunos días. Era más prudente esperar a que todo hubiese pasado y que luego viniese, inevitablemente, el olvido a borrar las huellas, hasta el último vestigio.

Su mucamo le trajo el diario de la mañana, diario que Jorge había reclamado insistentemente y desde muy temprano. Buscó con avidez, en sus páginas, la noticia, hasta que al fin encontró algunas referencias en la

* Nació en Trinidad, Beni, en 1917. Narrador. Es autor de los volúmenes de cuentos *Tierra cambia* (1958), *De cimas a simas: de cumbres a abismos* (1967), así como del libro de viajes *Caminando por Europa* (1967).

“El sueño” pertenece a *De cimas a simas: de cumbres a abismos*, México: Costa-Amic editores S.A.

escueta crónica policial: “Manuel Choque, alias El Campana, fue encontrado muerto en la calle Conde Huyo; su deceso se debió a una puñalada que le asestaron al corazón. El interfecto tenía en las manos, fuertemente asido, un fino y filoso puñal ensangrentado. Se cree que su muerte fue el resultado de una pelea entre los propios elementos y rateros del hampa”.

Las reflexiones de Jorge Fuentes se fueron concretando al fin: no tenía de qué arrepentirse; si había obrado en defensa propia, cualquier otro, en su lugar habría procedido en la misma forma.

Debido al desgraciado suceso se agudizaba, ahora, su invencible resolución por todo lo que pudiese comprometer el prestigio de su nombre ilustre, envolviéndolo en un escándalo social. Sentía, sinceramente, un horror que le helaba la sangre, al pensar en algo que significase un motivo de prisión para él, una detención por parte de las autoridades: prefería morir antes de que tal ocurriese, lo que significaría su deshonor...

Se le ponían los pelos de punta con solo pensar en la polvareda que hubiese podido levantar su caso, si por alguna razón o motivo se llegase a descubrir la verdad de los hechos; los escalofríos que recorrían su cuerpo lo martirizaban cuando creía que el deshonor podía manchar o empañar el buen lustre de su nombre, porque, hasta el hecho de que el suceso se había producido nada menos que en la calle Conde Huyo y entre maleantes de la peor calaña, aumentaba su pánico: “Si se me juzgase”, cavilaba, “tendría que ponerse a la misma altura que la gentuza de tal ralea, y esto es imposible”.

Luego fijó su pensamiento en su bello y fino cortaplumas, tipo puñal de caza, con las cachas enchapadas y con incrustaciones de concha, y la hoja de acero toledano. Y era este puñal, precisamente, el cuerpo del delito que, por descuido, error o miedo, imputables a las circunstancias del momento, había clavado en el cuerpo del asaltante. “El muy ladrón”, pensó Fuentes, “hasta en el instante de morir, me robó siempre algo”.

De pronto sus pensamientos fueron interrumpidos por un sueño pesado, que lo tomó de sorpresa, y que era superior a sus fuerzas; se diría que aquello era una especie de narcótico bajo cuya acción perdía todo su dominio.



No solo ahora, que ya pasaba de los 25 años, sino desde su origen, desde su ancestro, Jorge Fuentes arrastraba una vida de golfo, muelle y cómoda, pero sin ningún sentido. Había nacido, pues, blandamente entre algodones y en cuna de oro. Luego, una herencia había puesto en sus manos una

enorme fortuna y, por ello mismo, fue su vivir apacible, fácil y opíparo, y sin mayores alternativas, pero sin objetivo alguno, por lo cual, para él mismo, su propia existencia iba perdiendo interés cada día. Nunca había tenido el menor aliciente, ni el menor obstáculo para la obtención de sus propósitos; todo le fue fácil, todo lo conseguía sin dificultad, sin mayores esfuerzos; para eso trabajaban sus pongos y administradores en las fincas que le dejaron sus padres.

Y sin embargo este hombre, que vivía y nadaba en la abundancia, no era feliz o, por lo menos, no estaba contento ni conforme con su situación, puesto que tales condiciones de vida no se amoldaban con su espíritu refinado, inquieto y exigente. Poseía, por naturaleza, un temperamento nervioso, impaciente, que le impelía a buscar emociones fuertes, que terminaran aplacando por agotamiento sus energías y su capacidad anímica. Es que su espíritu requería de esas impresiones para disipar y acicatear la abulia en que sus terribles ocios lo sumían; era, en suma, por necesidad, más que por vocación, un cazador de aventuras, cuyas emociones viniesen a llenar el hueco, que, en su posición social y económica, había dejado esta su vida inútil y amorfa.

En busca de esos atractivos, invirtió el sentido normal de la vida: él dormía durante todo el día y se levantaba de cama solamente al anochecer, por lo cual, incluso, no tenía amigos, pues cuando la gente se hallaba despierta y trabajando, él, en cambio, dormía a pierna suelta, pues hasta su servidumbre tenía terminante prohibición de interrumpir su sueño y se daba el caso de que, para la gente que lo conociera antaño, Fuentes no existía ya, porque habían dejado de verlo desde la época de la muerte de sus padres. Y sin embargo este hombre no era un alcohólico; no fumaba siquiera.

Por las noches, a falta de algo mejor, se disfrazaba para ocultar su personalidad y, así, de incógnito –ya que para el disfraz tenía notable habilidad–, salía a la calle en busca de algo que lo distrajera.

Transformado en un desconocido, bajo el anonimato del disfraz, se entregaba a vagar por la ciudad, y nunca le faltó un lugar en donde pasar las veladas.

Escogía, también, para iniciar sus recorridos, las oscuras y tristes callejas de los arrabales paceños y gustaba de deambular por los extramuros y bajos fondos de la ciudad; se asomaba a los antros de prostitución y espiaba en los bares y chicherías, lugares en los que, alguna vez, hacía escala cuando las circunstancias le parecían propicias, y es que, por esos mundos de Dios, trataba de auscultar el gastado organismo de un pueblo hambriento, compuesto de rameras y cargadores, en sus horas de pecado

y de vergüenza; aguzaba el oído allí donde al conjuro del pisco barato explosionaban el odio y la pasión y, en fin, estaba allí donde pudiese encontrar nuevas sensaciones que lograsen impresionar, con violentos y hondos sacudimientos, su temperamento enfermo de golfo, de ente degenerado, de parásito social.



Jorge Fuentes se despertó nuevamente y, como antes lo hiciera, sobresaltado y nervioso: acababa de soñar, pero no con imágenes nuevas, sino repitiendo su sueño anterior; había continuado con el mismo tema de su interrumpido sueño pretérito, y por segunda o tercera vez, había visto a su familiar e implacable perseguidor; había vuelto a soñar con aquel hombre oscuro de gafas negras, a tal extremo que este hombre le era ya conocido en todos sus detalles; podía describirlo, identificarlo, sin equivocarse en lo más mínimo.

Volvió a recordar, entonces, las circunstancias del crimen y de cómo se habían producido los sucesos, pero ahora trataba de ser verídico y de coordinar los detalles de lo acontecido con la mayor minuciosidad posible. “A ver si en esta forma”, se dijo, “mi perseguidor inconsciente, ese personaje que me rodea en mis sueños, con sus anteojos oscuros, deja de fastidiarme y yo pueda dormir en paz”. “Esta recapitulación”, terminó diciéndose, “será pues, semejante a una confesión ante el juez supremo, ante Dios”.

Eran ya pasadas las doce de la noche y Fuentes trataba de cruzar desde la plaza de Churubamba hacia la avenida Tarapacá, razón por la cual estaba caminando tranquilamente, como si paseara por los Campos Elíseos, por las tortuosas y malolientes callejuelas de la calle Conde Huyo, sitio propicio de los rebalses orgánicos, de la hez de la vida paceña, y lugar de prostitución de cholas, birlochas y mujerzuelas de la más ínfima categoría; allí se concentraban los rebalses de la inmundicia que corría por las cloacas de la ciudad, especialmente cuando esta dormía.

Llegando a una de las partes extremas de la callejuela, y poco antes de salir de ella para tomar la bajada que conducía a la avenida, Jorge Fuentes vio con disgusto que dos hombres estaban apostados a ambos lados de la calzada, obstaculizando así el tránsito de peatones, puesto que la famosa calle de Conde Huyo era tan estrecha y angosta como para permitir esta actitud insólita. Fuentes miró a ambos lados y no vio alma nacida por los contornos: estaba solo.

Sospechó, a primera vista, que aquellos maleantes estaban esperando una víctima. Buscó el cortaplumas en el bolsillo de su pantalón y, empuñándolo, apresuró el paso. Cuando, al fin, estuvo a su alcance, es decir se puso en medio de los dos, ambos individuos, a una señal convenida, se lanzaron sobre él y mientras uno se dedicaba a aporrearlo con un laque, el otro le registraba los bolsillos; fue entonces que Fuentes se vio precisado a sacar las manos de los bolsillos, viendo entonces que tenía asida, fuertemente, en la mano derecha, un arma cortante, su fino y valioso puñal.

De allí fue cosa de segundos. El joven presionó, con todas sus fuerzas, sobre el resorte que servía de seguro a la hoja en el cabo, en el mango del cortaplumas. La hoja saltó recta y centelleó a la luz, fina y aguda como un estilete.

Simultáneamente, uno de los asaltantes trató en ese instante de abrazarlo, para robarle la billetera, y Fuentes, acumulando energías, dio a su oponente un fuerte golpe en el pecho con el filoso puñal: la hoja del arma, atravesando las ropas, se hundió en las carnes del atacante, como en un odre de mantequilla, hasta más allá de las cachas.

El delincuente gruñó, y llevándose las manos al pecho, encogió el cuerpo para rodar luego, lentamente, sobre la piedra menuda del pavimento; su compañero, que acababa de asestar un fuerte golpe sobre las espaldas de su presunta víctima, al ver caer a su cómplice, pensó que a él le esperaba otro tanto, y lleno de terror echó a correr como alma que lleva el diablo.

Fuentes lo vio desaparecer corriendo a increíble velocidad, lo cual, instintivamente, lo movió a hacer lo mismo; vio por última vez al hombre que se había acurrucado en el suelo y notó que sus manos estaban fuertemente cogidas del mango del puñal.

El joven se dio también a la fuga; y comenzando a correr, pero en sentido contrario al que tomara el ladrón que huyera antes, llegó a la avenida Tarapacá, pasó por la Evaristo Valle y torciendo por la Lanza se perdió entre la plazuela de San Francisco y el mercado de frutas, allí donde tenía sus nacientes la calle Recreo.

Con estos últimos recuerdos, y pensando en que había obrado en defensa de su propia vida, volvió a caer en las garras del sueño, pero de un sueño parecido al que sufren los que usan drogas, y tan lleno de ansiedades y de convulsiones, que en el rostro del hombre se fueron retratando el sufrimiento y la angustia producidos por la desesperación. Tenía los dientes apretados y el rostro cubierto de sudor.

Su mucamo le despertó cuando ya el sol estaba en su ocaso y brillando apenas en algunos rincones de la grande y bella estancia que ahora le

servía de dormitorio. Fuentes miró la escasa luz del sol y se dijo: “Ahora este dios solar debe estar remontando raudo el otro lado del mundo, para volver con nosotros mañana...”.

El criado anunció:

—Hay un caballero que lo busca.

Jorge Fuentes estuvo en pie de un solo salto.

—¿Es un hombre de lentes oscuros, con la cara “tutada”, verdad?

—No, caballero —dijo el mozo asustado por la actitud de su amo—, este es un señor...

—¡Ah! Entonces dile que no estoy. Mira, si le interesa, que te dé por escrito lo que quiere conmigo.

“Aún sigo con sueño”, pensó, “pero ahora no saldré a la calle. Un buen pisco me hará olvidar y dormir bien toda la noche”.

Y aquella noche también volvió a soñar con su pertinaz perseguidor...

Había terminado por acostumbrarse a la horrible fisonomía de aquel hombre extraño, de lentes negros.



“Esto no es posible”, se confirmó a sí mismo, “si no abandono mi encierro y salgo a la calle, acabaré por enfermarme de los nervios”; omitió de propósito la palabra “loco”. Eran las once de la mañana.

Luego de afeitarse escrupulosamente y de vestirse con la elegancia de un figurín, salió de su casa.

El sol y el aire fresco de la mañana de un día cristalino le hicieron respirar profundamente... “¡Y yo que estaba desperdiciando estos grandiosos días!”, se dijo, “¡en cambio de unas noches oscuras y tenebrosas! ¡Qué tonto! Pero, ¿quién dijo miedo?”, y rió para sus adentros, y es que trataba, por todos los medios, de infundirse valor, porque al andar sentía un raro presentimiento, engendrado en el temor de un peligro que no alcanzaba a definir. “¿Será el hígado?”, se dijo.

A poco de caminar se encontró en la calle Recreo; se encontró de nuevo en medio del tráfico de aquella calle repleta de vendedores y compradores, de gentes que formaban un mercado irregular y multiforme, de colorido chillón y que se extendía desde El Prado hasta más allá de las calles Figueroa y Sagárnaga.

Entre la multitud, Fuentes presintió que alguien lo estaba siguiendo. Se paró para observar algunas chafalonías que exponía, en una vitrina, un orfebre ambulante. Allí se estaba, cuando vio que un hombre lo

observaba insistente y detenidamente; se dijo para sí: “es el mismo que me venía siguiendo”, pero ahora sentía que le faltaba valor para fijar, a su vez, la vista en el desconocido, y cuando por fin se resolvió a hacerlo, su sorpresa no tuvo límites porque comprobó, de inmediato, que ese era precisamente el hombre de sus sueños y de sus pesadillas: el hombre de las gafas negras, el hombre de la *vendetta*.

Y con la misma impertinencia con que aquel lo miraba, Fuentes comenzó a verlo bien, en todas sus formas y detalles. “Tiene el mismo físico, la misma expresión, la misma estatura y el mismo vestido. Es exactamente el mismo. El hombre oscuro existe, entonces”, pensó. “Esta coincidencia no me la creería ni mi propia madre”, acabó por afirmarse.

Y lo más extraño del caso era que el hombre no lo perdía de vista, y Fuentes se alarmó de veras cuando notó que el individuo se le venía acercando, se le aproximaba, hasta que, por fin se hallaron frente a frente.

Jorge evadió su mirada y, aparentando una natural serenidad, trató de seguir adelante en el preciso instante en que un objeto caía, con estrépito, sobre las baldosas de la acera. El hombre, en presencia de Jorge, se agachó y recogió del suelo el objeto caído, y ya con él en las manos, se dirigió a Fuentes para preguntarle:

—¿Esto es suyo, señor? Creo que usted lo ha dejado caer.

Jorge observó rápidamente el objeto y comprobó que era, precisamente, su cortaplumas, el arma con la que había dado muerte a su asaltante en la Conde Huyo, noches pasadas.

Los dos hombres se miraron un instante. La expresión del desconocido quedó oculta tras el negro de sus gafas.

Fuentes en su turbación apenas atinó a balbucir:

—¡No!, quizá... No lo sé... ¿De dónde usted...? —y se calló.

El desconocido se quedó con el cortaplumas entre las manos, mientras hacía saltar, distraídamente, la hoja, apretando para soltar el resorte del seguro ubicado en las cachas.

—Deseo hablarle —le dijo al fin.

—Pero, ¿usted quién es? Yo no lo conozco, ni sospecho de qué podría usted hablar conmigo —replicó Fuentes, casi en tono de protesta.

—Soy de la policía, agente, ¿sabe?

Y, cosa rara, Jorge, al instante, se había serenado completamente, había recobrado, de nuevo, su habitual aplomo. Vuelto de su primera sorpresa, era ahora dueño de sí mismo, obrando con absoluta y plena seguridad.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Entonces usted es detective, verdad? Está bien. Veamos pues, ¿en qué puedo servirlo?

—Solo se trata de una pequeña aclaración —dijo el policía—, ya que entiendo que usted está fuera de toda sospecha. Pero, con todo, estoy obligado a hacerle algunas preguntas. Usted disculpará...

—¿Algún crimen?

—Sí. Un crimen en el hampa.

—Pero, yo no soy, como usted comprenderá, un elemento que pertenezca a esa categoría social o que puede estar vinculado a ella. No creo, entonces, que yo pueda serle de alguna utilidad...

—Esto es lo curioso del caso... La antítesis, como si dijéramos. Se supone que el Campana fue victimado por gentes de su misma calaña.

—¿Y acaso usted lo duda? —se le escapó la pregunta.

—Es claro. El delito fue cometido con un arma cortante muy fina, casi un estilete, así como esta —y mostró de nuevo el cortaplumas—. Un ratero o un asesino de los bajos fondos no utiliza esta clase de puñales y, si hiere con él, tampoco lo pierde, no lo deja en ningún caso. Es un puñal raro que aquí lo tienen muy pocos. Allí, en los calabozos de la policía, tenemos guardado al socio de el Campana que, esa noche, estuvo “trabajando” en su compañía, y él tampoco puede, o no quiere aclarar el asunto. Tal vez si usted...

—Pero, al fin, y dígamelo de una vez, ¿qué tendría yo que hacer con todo esto? —le interrumpió Jorge casi con violencia.

—Mire usted, en ello nada, o casi nada. Solo que se me encomendó el asunto, es decir, el esclarecimiento de este crimen misterioso, y desde entonces he venido soñando, y por tres ocasiones consecutivas, con la cara misma del asesino, hasta el extremo de que su fisonomía se me ha hecho familiar, en algo muy conocido...

—Pero, finalmente, esos curiosos sueños suyos, ¿qué tienen que ver con mi persona? Yo soy Jorge Fuentes, de conocida familia...

—Es que, precisamente, la cara que se me ha venido apareciendo en mis sueños, es la suya, señor —aclaró el detective.

Ambos hombres habían llegado ya hasta la plaza Murillo, y tomando, entonces, por una de sus arboladas diagonales, con árboles verdes y coposos en aquella época del año, siguieron caminando...

Los dinamitazos

Óscar Soria Gamarra*

Ayer me llamaron del local del sindicato donde están los presos que tomamos en los días de la revolución: dos gringos (el gerente general y el superintendente del ingenio), el superintendente de negocios, dos jefes de maestranza y el secretario del sindicato amarillo (así llamamos al remedo de sindicato organizado por la empresa con seudo dirigentes comprados), es decir, todos los rosqueros que no pudieron escapar.

Me recibió el secretario general del sindicato. Me cogió por el brazo y, llevándome por el largo corredor, me habló:

—Oye, Hueso —así me llaman a mí en Catavi a causa de mi extrema flacura—, tienes pues que cooperar. Quisiera que te lo agarres al Saldo (el Saldo es un minero lisiado de Andavilque) y lo convenzas de que no arruine tanto con sus dinamitazos.

Yo, sin querer, estaba sonriendo. El secretario, pasando por alto mi sonrisa, prosiguió:

—Sabes, este Saldo viene a hacer reventar sus dinamitas aquí, al pie de la ventana de los presos, tres y cuatro veces por semana. Y los domingos y fiestas, sin falta.

* Nació en La Paz en 1917 y falleció en 1988. Narrador y guionista de cine. Publicó el cuento "El saldo" (1954, ganador del primer premio del concurso de "El Nacional" de México) y los libros *Contado y soñado* (1957), *Mis caminos, mis cielos, mi gente* (1966) y *Sepan de este andar* (1991). Es autor, entre otros, de los guiones cinematográficos *Yawar Mallku* (1969, en coautoría con Jorge Sanjinés), *El coraje del pueblo* (1971), *Chuquiago* (1977) y *Mi socio* (1983, en coautoría).

"Los dinamitazos" forma parte de *Sepan de este andar*, La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.

Mi sonrisa era ya franca y el Secretario, mirándome fijo, me explicó muy serio:

—No es que me importen estos rosqueros cochinos, compañero, pero de La Paz han avisado que cualquier asunto feo puede perjudicar al reconocimiento de nuestro gobierno por parte de otros países. Y esto es serio, compañero. Estos tipos andan mal: el gerente tiene ataques nerviosos, el otro gringo está con úlceras, uno de los jefes de maestranza no come y el dirigente amarillo ni come ni habla ni nada.

En ese momento, un médico y una enfermera salían por una de las puertas al corredor. Saludamos y el secretario detuvo al médico:

—Con permiso, doctor, quisiéramos saber cómo los habrá encontrado.

—Bueno —dijo el doctor—, el de las úlceras necesita un análisis; la señorita enfermera va a venir esta tarde. La colitis del señor superintendente del ingenio ha cedido. Los estados depresivos del gerente, el dirigente y los otros, siguen igual; el de mayor cuidado es el gerente. Ya se lo dije; todo lo que necesitan es tranquilidad...

—Has oído, Hueso —me anotó el secretario cuando el médico se alejó—. Depende de que lo trabajes bien a ese fregado del Saldo.



El Saldo vive en Andavilque, me parece que ya lo indiqué.

Andavilque son tres callecitas —una de ellas cortando las otras dos— en que cada casa es una chichería. Está en las afueras de Catavi, por el lado de los desmontes —por supuesto, ustedes saben que los desmontes son los cerritos de desperdicios de minerales.

El Saldo vive en una u otra de esas chicherías: haciendo la chicha o ayudando a cocinar durante el día, y ayudando a servir durante la noche.

El Saldo —¿no lo dije ya?— es lo que ya está diciendo su nombre: una especie de resto, uno de esos sobrantes de hombre que deja una masacre de obreros. Lo que tal vez impresiona más en él —sobre todo cuando uno recién lo conoce— es una horrible mancha de carne martirizada en la mejilla derecha, y dos hondos y negros agujeros en el cuello. Pero, además, no tiene pies: sus piernas terminan en unas planchas de madera forradas con cuero y, para moverse, se vale de dos gruesas muletas.

Yo pregunté por el Saldo en la chichería de la Pericha y me informaron que, o estaría en lo de María Kuchera o, con más seguridad, donde la Muchakunita. A la tienda de esta última me dirigí y me expresaron que hacía dos días había pasado a lo de la Komerpunku. Es decir, que este Saldo bandido daba vueltas por todas las chicherías. Hablé, finalmente,

con la Komerpunku y ella me comunicó que lo había mandado a comprar *huiñapu* y que podía verlo esa noche a las nueve.

Cuando volví, el Saldo ya estaba junto al mostrador, charlaba con dos compañeros. En cuanto me vio se dirigió a mí con aire prevenido:

—¿Dices que me estabas buscando, Hueso?

—Sí, hermano —admití. Yo quería ganar tiempo, así que le argumenté, bromeando—: pero no seas tan apurado. Dejé primero que pruebe la chicha de la casa. ¡Señoray! —pedí enseguida—, una jarra, una cuartilla, le ruego.

Y la Komerpunku, en persona, trajo y nos sirvió la chicha.

La primera cuartilla la bebimos charlando del accidente de la semana pasada en Llallagua, de los estudios que se han comenzado para nacionalizar las minas, y de unas notas recibidas por nuestra federación del exterior, de sindicatos y centrales obreras.

Ese momento, y a modo de comenzar a cumplir mi misión, creí conveniente adelantar algunos planteamientos y empecé a hablar, con toda cautela, de la opinión extranjera sobre nuestro país y de cómo todos estaban observando nuestra revolución... cuando, de repente, el Saldo me interrumpió de mal talante para decirme que dónde quería yo llegar, y que la semana anterior ya le habían mandado otro con la misma cantaleta de que el Saldo no friegue más con sus dinamitazos y que tiene que comprender y olvidar... Acabó exaltándose y preguntando:

—¿Y esto?... ¿Y esto?... Se cogía la mejilla derecha y mostraba su carne martirizada, apretujándola entre los dedos; se estiraba los negros agujeros del cuello; y extendía los negros muñones de las piernas, señalándomelos. Y terminaba advirtiendo, ceñudo:

—Yo no olvido esto.

Nos quedamos callados. Doña Rosalía, de mal nombre la Komerpunku, nos trajo un *chillami* con papas cocidas, huevos duros y ají, que nos lanzamos a comer; y se calmó la tensión.

Pero yo pensaba, mientras comía, cómo haría para convencer al Saldo. Todos decían en Catavi que yo tenía buena labia, que era convencedor. ¡Si era por eso que me habían mandado, pues! Bueno, había nomás que darle empeño.

Doña Rosalía nos había llenado nuevamente los vasos. Yo brindé y retomé la palabra:

—Mira, Saldo, hermano, yo toda la vida te voy a dar la razón, pero, yo quiero decirte una cosa...

Yo no sé si el Saldo se dio cuenta del plan que pensaba seguir, pero me interrumpió:

—Oye, Hueso, te propongo...

Yo traté de continuar:

—Dejame que te explique...

Pero el Saldo fue más bandido:

—Hueso, hermanito, me vas a explicar lo que quieras. Aquí, delante de doña Rosalía y los compañeros, te juro que te voy a escuchar lo que quieras, sin chistar, pero dejame hablar primero. ¿Listo?

La Komerpunku se trajo una silla y se sentó entre nosotros. Y yo acepté:

—Listo, hermano, habla.

El Saldo se bebió su vaso de golpe y comenzó su relato:

—Les voy a contar de la masacre de Catavi:

“Habíamos pedido aumento de salarios a la compañía. Las negociaciones se alargaron. A nuestra declaración del pie de huelga, el gobierno respondió que tres delegados mineros debían viajar a La Paz para tratar el asunto. Nuestros delegados viajaron y fueron engañados. La asamblea sindical fijó un plazo de cinco días para que el gobierno arreglara el conflicto y el gobierno nos envió un regimiento como respuesta. Decretamos la huelga y nos mandaron un regimiento más.

”La situación se puso tirante. Todos andábamos ceñudos y sobre todo hambrientos, porque la empresa cerró la pulpería y suspendió el pago de salarios. Los soplones del sindicato amarillo nos seguían. Los soldados vigilaban. Todo estaba vacío, quietito. Los motores, los carros, parados. Cerradas las maestranzas, los almacenes. El único que andaba por las canchaminas y las calles era el viento.

”De repente, una mañana, Catavi amanece cercado. Los soldados les dan de culatazos a dos señoras que quieren pasar al mercado de Llallagua. Las mujeres y los chicos se aglomeran, les tiran piedras, gritan. Los soldados los rechazan...

”Ahí comenzó todo. Las cholos cargando guaguas y canastas, los muchachos y los chicos se reunieron en la plaza a gritar por el cierre de pulperías y a reclamar el paso a los mercados. Los soldados los ametrallaron desde las ventanas de la gerencia y los techos de la escuela y el teatro. Dicen que, en medio de la matanza y al ver tanto horror, las viejas rezaban hincadas en las esquinas: Tatito, Diosito, ten pues compasión...”.

El Saldo observó al auditorio y se quedó mirándome con aire de reproche. La Komerpunku, en silencio, vació la jarra de chicha en nuestros vasos. Bebimos y el Saldo reanudó su relato, con voz lenta y ronca:

—...nosotros arriba, en Llallagua, no nos podíamos aguantar: ¡carajo, los están matando! La gente se reunió con palos, con fierros, con herramientas, los que podían con dinamitas. La palliri Barzola sacó la bandera

boliviana y organizó su grupo de cholas. De tienda en tienda iba, de puerta en puerta arengaba: ¡compañeras, han oído cómo los están matando a nuestros hermanos cataveños! ¡No podemos permitir! ¡Son nuestra misma sangre, estamos peleando contra el hambre de nuestros hijos!

”Nos consultamos: ¿hay que avisar a los de Miraflores, a los de Uncía, a los de Cancañiri? Alguien opinó: desde el cerro habría que hacerles señas... Pedimos: ¡un voluntario... A ver, un voluntario!... Se presentaron varios y se escogió al más joven porque había que ser fuerte y ágil para trepar al cerro Espíritu Santo. Le dieron un banderín rojo y se perdió corriendo.

”Llegaron más grupos y comenzamos a concentrarnos sobre el camino.

”¡Miren, miren: el avisador, con el banderín, ya está subiendo!

”El del banderín estaba trepando el cerro. Como un guanaco saltaba de roca en roca, se ayudaba con las manos, volvía a saltar. Habría subido hasta más de la mitad, cuando comenzaron a dispararle: ¡Kjj... jiu!... ¡Kjj... jiu!... Nadie respiraba. Se oía claramente el chirrido, como retorcido, de las balas al chocar contra las rocas y desviarse violentamente. El del banderín, incansable, saltaba, se agachaba, saltaba otra vez. ¡Kjj... jiu!... ¡Kjj... jiu!...

”Desapareció un largo rato. Creímos que lo habían despachado, pero nuevamente lo vimos trepando. Las balas silbaban. ¡Kjj... jiu!... Las mujeres rezaban. Ya no faltaba sino un poquito. Dos, tres saltos más. Ahora llega. Lo vimos gatear sobre la roca de la cumbre y levantarse. Hizo flamear su banderín rojo, mientras un gran clamor saludaba su hazaña. Arreciaron los disparos: ¡Kjj... jiu!... ¡Kjj... jiu!... Y, en ese mismo momento, ¡carajo!, lo tiraron. Cayó hincado, retorciéndose. Una vez más hizo flamear el banderín. Después, arqueó la espalda y rodó cerro abajo. ¡Ay, Jesús!”

La Komerpunku lloraba a lágrima viva. Llorando y secándose las lágrimas, fue y trajo una nueva jarra de chicha, llenó nuestros vasos y nos servimos. Después de un rato de silencio, fue ella misma, doña Rosalía, la que pidió al relator que continuara:

—A ver, seguilo, Saldo...

Y el Saldo siguió contando:

—¡Qué linda muerte! Yo hubiera querido ser el muerto: que la gente lllore por mí, que por mi muerte se enfurezca la gente, que sobre mi cadáver se levante... ¡Caraspas!

”...Con esa impresión comenzamos a bajar por el camino. ¡Qué formidable! Como una gran fila, como una víbora de gentes, nos movíamos sobre el cerro. La palliri Barzola, por delante, gritando y haciendo gritar, al lado de la bandera que flameaba con el viento. Los sombreros blancos

de las cholas brillaban por el sol. Otros grupos llegaban y aumentaban la gente y la bulla. Seríamos dos mil, dos mil quinientos, pero a mí me parecían un millón. Y me parecía que éramos capaces de cualquier cosa, que éramos invencibles.

”...La Barzola iba y venía entre los grupos haciendo chistes y entusiasmando a la gente: ¡a ver, a ver, vamos a gritar para que nos oigan los *qhapaq kuna*, los privilegiados! ¡Van a contestar, pues!... Y los gritos se elevaban formidables.

”...Así pasamos donde se cruzan los caminos de Llallagua-Uncía y dejamos atrás y a un lado, la línea del ferrocarril. No sé por qué nos llamamos un poco antes de llegar al río de Catavi, por kilómetro 4.

”De repente se escuchó un silbido y, en seguida, una explosión medio apagada: ¡jiu... buk! El mortero cayó en mitad del río de gente. Quince, veinte cuerpos volaron en pedazos, dejando un hueco en medio de la muchedumbre; y el tableteo de las ametralladoras y nuevos morteros se mezclaron y sobrepusieron al terrible griterío que siguió: ¡ta-ta-ta-ta!... ¡jiu... buk!...

”...Vi a la María Barzola envuelta en la bandera, destrozada por la metralla y vi caer gentes con horribles heridas, desangrándose, dando alaridos, llamando, insultando, maldiciendo. Arrastrándonos entre los charcos de sangre, agarrándonos las tripas, o la pierna, o el brazo, las cholas apretando a sus guaguaitas heridas o muertas, ayudándonos unos a otros, escapábamos... Yo, enloquecido, grité no sé qué cosas, llamé a mi mujer y a mis hijos, y corría no sé dónde, cuando sentí algo caliente en las piernas y una cosa que me degollaba y me quemaba la cara. Y no sé más...

”Desperté en una sala llenita de quejidos y llantos. Yo estaba totalmente vendado: tenía heridas en los brazos, en el pecho, en la garganta y en la cara. Y me había quedado sin piernas... y sin mujer y sin hijos”.

Con un sollozo terminó el Saldo su relato. Quedó un momento en silencio y, luego, en otro tono y mirándome con rabia, prosiguió:

—Ahora, díganme, ¿está bien que alguien venga y me diga: Saldo, Saldito, no seas pues fregado...? ¿Está bien que unos niñitos lindos se vuelvan locos o se enfermen porque revientan unos coheteros en su ventana? A ver, pregunten en Catavi, pregunten en Llallagua o en Siglo xx, o en Cancañiri o en Miraflores, quién no tiene un muerto en la masacre, siquiera un muerto, o siquiera un herido... cuando no dos, o tres, o cuatro. Yo no soy el único Saldo: hay cien madres sin hijos, hay cien hijos sin madres. Todos hemos perdido algo... o todo. Todos somos saldos...

Cuando terminamos el último resto de chicha, la Komerpunku abrió su alacena, sacó unos cartuchos de dinamita, nos los repartió y nos dio también fósforos. Y, a esa hora del amanecer, salimos los cuatro que éramos con el Saldo, traspusimos los cerritos de los desmontes y nos fuimos al local del sindicato. Y allí, al pie de la ventana de los presos, hicimos reventar, una por una, las dinamitas: bum... bum... bum... ¡Abajo la rosca!... bum... bum...



Dice que esta mañana me estaba buscando, furioso, el secretario general.

No hay nada que hacer: yo le doy toda la razón al secre. Porque dice que la colitis del súper está más fuerte que nunca, y que los dos gringos han empeorado.

El oficinista

Enrique Kempff Mercado*

Raúl Clavel había cumplido los 55 años. Esta vez nadie se acordó de congratularlo. Su hijo único salió disparadamente a las siete de la mañana, lanzándole un negligente: “Hasta luego, padre”, que no esperaba respuesta. Temía llegar tarde al taller de mecánica donde trabajaba.

Él se afeitó cuidadosamente y notó, con cierto azoramiento, que su corazón percutía con inusitados golpes. Aún le quedaba una hora para entrar en la oficina, pues regía el horario de invierno. Se lavó la cara con agua fría y luego se enjugó con una toalla áspera y húmeda. Evocó, nostálgico, la época en que su mujer le tenía siempre dispuesto un jarro de agua caliente para su ablución matinal. Tal vez había dejado de merecerlo.

Se sentó a la mesa con una humilde sonrisa esperando, de un momento a otro, que su mujer le diera los parabienes, y el desabrido beso tradicional, como otros años. Pero no pasó nada. La sonrisa se disipó en un gesto lastimoso de resignación. Ella sirvió el café malo y el pan del día anterior. No hubo torta ni bizcochos dulces. Tal vez había dejado de merecerlo.

Salió a la calle y se dirigió a la oficina pública donde trabajaba hacía 30 años. La caminata era de media hora. Siempre la hacía a pie a fin de realizar un saludable ejercicio. (Más por economía que por ejercicio). En sus 30 años de oficinista habían cambiado muchos gobiernos y se habían

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1920 y murió en esta misma ciudad en 2008. Narrador, poeta y diplomático. Escribió las novelas *Pequeña hermana muerta* (1969), *Los años cansados* (1980) y *Las calles del tiempo* (1986) y los libros de cuentos *Gente de Santa Cruz* (1946) y *Otoño intenso* (1961), además de los poemarios *Cruz del sur* (1941) y *Tierras interiores* (1946).

“El oficinista” integra *Otoño intenso*, México D.F.: Costa-Amic editores S.A.

barrido a muchos funcionarios, pero él pudo mantenerse en su puesto porque era un funcionario ejemplar. (Más insignificante que ejemplar). Él sabía muy bien eso de la economía y de la insignificancia, y lo sabía hoy más que nunca, hoy que nadie se había acordado de felicitarlo por sus 55 años cumplidos.

Dos o tres vecinos le saludaron al paso, sin mostrarle ninguna deferencia. Le daban el saludo como si le dieran una propina.

Tal vez se lo merecía. Se merecía todo lo malo: que su mujer le hubiera cortado el agua caliente y se hubiera olvidado de su cumpleaños. Mientras caminaba hizo un balance de su vida oscura y sin relieve alguno. Fue pobre desde niño. Culminados sus estudios a costa de los inauditos esfuerzos de su madre –la aguja y el dedal, el desvelo y los pulmones–, se empleó en una oficina pública, para siempre.

Vivió parcamente y ahorró lo bastante para casarse a los 35 años. A los 35 parecía de 50, con su avanzada calvicie y sus flojos músculos desnutridos. Al casarse libró una letra contra la desdicha, inútilmente. Su mujer –vaca robusta– le exigía más dinero y más noches de amor que él no pudo darle. Diole sí un hijo, el unigénito. Ella se volcó al hijo y relegó al padre, que todavía llegaba a sentir, de cuando en cuando, cosquillas de deseo. Probó aún, remiso, algunos frutos de adulterio. ¿Llegó ella a saberlo? Si no lo supo obró como si lo supiera, aliada con el hijo, librando contra él una interminable batalla en la que fue vencido tras la primera escaramuza. Se rindió, capituló, se entregó. Madre e hijo, victoriosos y magnánimos, le permitieron que siguiera trayendo el pan de cada día.

Ahora, cumplidos los 55 años, Raúl Clavel no era sino lo que aparentaba ser: un oficinista próximo a jubilarse, un quídam que seguiría transitando las calles hasta alcanzar la decrepitud. Años atrás tuvo una ambición: jubilarse. Ya no la tenía. Se sublevaba ante la simple idea de tener que compartir todas las horas con la mujerona y su cría.

Llegó a su oficina cinco minutos antes de la hora. Colgó el sombrero en una percha y se sentó frente al descolorido escritorio. Miró con desconsuelo la anticuada máquina de escribir y alistó unas hojas de papel. Poco después fueron llegando otros empleados. Los altos funcionarios pasaban sin mirarlo, como si no existiera. Esto era perfectamente normal y el señor Clavel no sentía por ello ninguna extrañeza. Estaba acostumbrado. No iba a pensar que por ser su cumpleaños se detendrían a presentarle sus saludos y parabienes los ensoberbecidos magistrados de la jerarquía administrativa. No, tenía demasiado sentido común para pensarlo. Ese sentido común que no se adquiere en un escaño parlamentario, sino en la modesta silla de un escribiente.

—Buenos días —decía el señor Clavel, inclinando levemente la cabeza pelada—. Buenos días.

No le contestaban. Eso era lo raro, lo incomprensible. No le contestaban ni los amanuenses ni las dactilógrafas. Simplemente dirigían la vista hacia él, con cierta expresión de sorpresa, y seguían de largo. No le miraban a los ojos, sino al lugar donde él estaba, y las miradas seguían su curso como si él fuera hecho de alguna sustancia transparente. Se dio vuelta y no vio nada junto a sí que pudiera llamar la atención.

Hizo otra tentativa:

—¡Juan! —llamó a uno de los mensajeros que a la sazón pasaba por allí—. Haga el favor de traerme el legajo de asuntos pendientes. Pídaselo al señor Padilla.

El mensajero se detuvo desconcertado, como si hubiera recibido una palmada en la espalda. Miró hacia el escritorio de Raúl Clavel —no a él, sino al escritorio—, luego dirigió una mirada circular a la habitación y terminó escudriñando, atónito, el cielo raso. Se encogió de hombros y prosiguió con sus quehaceres, ignorando enteramente la orden.

“O están locos o yo me he enloquecido”, se dijo el señor Clavel un tanto molesto. “No me saludan y aparentan no verme. Probablemente se han confabulado para burlarse de mí. Sí, eso debe ser. Pero no les daré gusto. Aparentaré una completa indiferencia y quedarán chasqueados”.

Dicho y hecho, se arrellanó en la silla e hizo caso omiso de todo lo que lo rodeaba. Una risita alborozada y complaciente amenazaba destruir la amarga severidad de su semblante, pero logró ahogarla. La risita pugnaba por brotar, pero sus labios se plegaban en una línea hermética y voluntariosa.

—¡El señor Clavel! ¿Saben?, el señor Clavel...

Oyó cómo pronunciaban su nombre, repetíanlo y lanzábanle miradas furtivas sus compañeros de oficina.

¡Ajá! Querían llamarle la atención, despertarle la curiosidad. Pero no, no se dejaría engatusar. Los dejaría con un palmo de narices.

Colocó unas hojas de papel en el rodillo de la máquina de escribir y empezó a copiar un voluminoso expediente, golpeando impasible las teclas.

El tecleo le devolvió la tranquilidad. Los golpes rítmicos, monótonos y sosegados ejercían sobre él una influencia sedante. Los había ejecutado durante 30 años y ahora le parecía que nunca más dejaría de hacerlo. Solo utilizaba sus dedos índices, que volaban nerviosos y ágiles sobre el teclado.

Pasó el tiempo. A las once y media dejó de trabajar. Le dolía la espalda. Un auxiliar se le acercó y dejó un cartapacio sobre su escritorio, sin decir nada.

“Bueno, ya es un paso”, se dijo el señor Clavel. “Se han cansado de la broma, una broma de dudoso gusto. Veamos, veamos qué trabajo me da el jefe”.

Abrió la carpeta, que contenía un grueso legajo de papeles. Encima se hallaba un expediente con este rótulo: “Fojas de servicios del señor Raúl Clavel”. ¿El suyo? Leyó, sorprendido, las instrucciones del jefe administrativo que se hallaban manuscritas en una pequeña hoja sujeta con un alfiler en la parte superior de la cubierta: “Tramítese el pago de la cuota mortuoria”.

“Con que sigue la broma”, reanudó el monólogo el señor Clavel sintiéndose invadido por una oleada de indignación. “Una broma de pésimo gusto. ¡Y con la complicidad del jefe administrativo! Pues no hay dudas de que estas instrucciones son de su puño y letra. Esto es simplemente ridículo. Todo un alto funcionario complicado en travesuras de niño de escuela. ¿O tal vez se reanuda la campaña para jubilarme? Pierden su tiempo, los bribones. No me jubilaré, mal que les pese”.

Terminó mascullando unas palabrotas de tono subido y con eso recuperó algo de su paz espiritual.

Encendió un cigarrillo y dejó que pasara el tiempo, ese tiempo que se deslizaba con fastidiosa lentitud burocrática.

A medio día se puso de pie, cogió el sombrero y salió sin despedirse de nadie.

Al llegar a su casa notó un inusitado trajín. Gente que salía y entraba sin prestarle la menor atención. Estuvo por detener a uno para preguntarle qué ocurría, pero se desanimó y optó por entrar él y cerciorarse personalmente de lo que pasaba.

La sorpresa lo dejó mudo. En el centro de la sala de recibo se hallaba colocado un ataúd, rodeado de candelabros y unas pocas coronas de flores. Tal vez había muerto un vecino y pidieron la casa para velarlo. Su mujer había accedido, no cabía duda, sin tomarse la molestia de consultarlo. Su mujer tenía toda clase de miramientos con vecinos y conocidos. Con toda clase de gentes, menos con él. ¡Si hasta la creían bondadosa!

Enfurecido, sinceramente enfurecido pero guardándose muy bien de disimular en lo posible su ira, irrumpió en el dormitorio y quedó pasmado ante el cuadro que se ofrecía a su vista. Sentada en la cama se hallaba su mujer, su corpulenta mujer, sacudida por los sollozos y lanzando breves chillidos desesperados. La rodeaban algunas vecinas y conocidas que él

había visto en alguna parte, con sus caras a medias extrañas y a medias familiares. Acongojadas y solícitas, trataban de confortar a su esposa.

“Mi hijo”, pensó inmediatamente el señor Clavel.

—¡Mi marido! —exclamó en ese momento su mujer y reanudó el gimoteo—. Mi pobre Raúl. Quién hubiera pensado que tenga una muerte tan repentina. ¡Ay, Virgen Santísima!

Se deshizo en llanto.

Luego, él era el muerto. No podía ser sino él, desde el momento que su mujer no tenía más marido que él, Raúl Clavel. Pero tampoco podía ser él, pues se sentía perfectamente vivo; se dio disimuladamente un pellizco en la pierna y lo percibió claramente; se miró en el espejo del tocador y su imagen se reflejó como siempre, la cabeza calva y la figura enteca, pero cabeza y figura animadas de vida.

¿Y lo que había pasado en la oficina? Recordó cómo nadie lo había saludado, cómo lo ignoraron todos durante toda la mañana, y cómo, por último, le pasaron instrucciones para el trámite de su cuota mortuoria. ¿No había sido, pues, una broma? ¿Estaba muerto? Absurdo. Ni siquiera le dolía la cabeza y se sentía todo lo bien que puede sentirse un oficinista con 30 años de servicios en la función pública.

Su mujer seguía llorando y lamentándose por su fallecimiento. Era un espectáculo insoportable. Por primera vez en su vida la oía llorar. Salió al zaguán, indignado. No iba a aguantar semejante impostura, ni estando muerto.

Al dejar la habitación se encontró con su hijo, quien también se hallaba rodeado de tres o cuatro personas que le expresaban sus pésames. El idiota mantenía un aire de compunción y dignidad que nunca le había conocido.

El señor Clavel sacó fuerzas de flaqueza y se llegó ostensiblemente al corrillo:

—¿Qué pasa? ¿Me van a decir qué es lo que pasa?

No se dirigía personalmente a su hijo, pues no olvidaba la alianza que tenía este con la plañidera del salón. De modo que su pregunta era impersonal. Pero ninguna de las personas del grupo se dio por aludida. Su hijo miró hacia él, con el asomo de un sobresalto, luego su mirada erró por el contorno, como si persiguiera el vuelo de una mosca, y por último sacudió ligeramente la cabeza y volvió a enfrentar a sus interlocutores.

“Le voy a dar una bofetada”, se dijo el señor Clavel. “Me trata como si yo fuera una mosca a la que se puede espantar de un manotazo. ¡Le voy a dar una bofetada para que aprenda a respetar a su padre!”

—Como les decía –habló el presunto abofeteado–, entré al taller y al poco rato me hicieron llamar de casa. Ya era tarde cuando llegué. Mi padre había muerto. Nunca nos había dicho que fuera enfermo del corazón. Le dio el ataque mientras se afeitaba.

Luego, era cierto. Él, Raúl Clavel, había muerto esa mañana a los 55 años de edad.

Se dio la vuelta lentamente, salió de la casa y se dirigió a su oficina. Una mosca antigua, una típica mosca oficinesca, se posó esa tarde en la nariz del jefe administrativo. El funcionario la espantó de un manotazo.

El ponguito de Curawara

Néstor Taboada Terán*

El gobernador Salgado recibió la insólita noticia y quedó por largo instante pensativo. Una comisión del senado norteamericano había resuelto inspeccionar los campos de prisioneros políticos de Bolivia que se encontraban alejados de los centros urbanos. Curawara de Carangas, Corocoro de Pacajes, Miraflores de Uncía, etc. Cabrones yanquis, dijo entre dientes, ¿y a ellos quién los inspecciona? Su odio antiyanqui de otrora resucitó. En la mañana de hoy, siempre monótona, fría y ventosa, lucía el uniforme negro de los Guardias Escogidos de la Alemania hitlerista con una cruz gamada en la gorra ante la simulada indiferencia de los presos que se mostraban famélicos, sucios, con la barba crecida, desesperanzados. Ah, naturalezas débiles... Cuando cursaba la segunda enseñanza en Oruro se había declarado partidario del militarismo y de la disciplina ciega para desembocar lógicamente en el movimiento nacional socialista de la Germanenzug. Ingresó a la organización clandestina de Juventudes Hitle- rianas de Bolivia prohijada por el Deutschland Konsulat. Por su espíritu y nada más que por su espíritu, como decía el Herr Fraenzchen, fue signado

* Nació en La Paz en 1929 y falleció en Cochabamba en 2014. Es autor, entre otras, de las novelas *El precio del estaño* (1960), *El signo escalonado* (1975), *Manchay Puytu. El amor que quiso ocultar Dios* (1977), *No disparen contra el Papa* (1988), *Ollantay, la guerra de los dioses* (1994), *La tempestad y la sombra* (2000) y *La virgen de los deseos* (2008, finalista del Premio Nacional de Novela) y de los libros de cuentos *Claroscuro* (1948), *Germen* (1950), *Mientras se oficia el escarnio* (1968), *Las naranjas maquilladas* (1983) e *Indios en rebelión* (1972). También publicó *Bolivia, una nación privilegiada* (1992), *Capricho español* (1992), *King Kong today* (1999) y *Estandarte de libertad* (2010). Fue distinguido Caballero de Honor de las Artes y Letras de la república de Francia en 2003 y recibió el Premio Konex MERCOSUR 2004 a las Letras.

“El ponguito de Curawara” aparece en *Indios en rebelión*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

para recibir cursos especiales de entrenamiento político-organizativo en Hamburgo.

Dejó de pensar en el senado norteamericano y fijó su atención en el acompañante de Ponce Coronado. Siempre enfadado solía observar al joven indio cuya fidelidad a su patrón le era inconcebible. Ponguito del latifundio de Lawachaca, lo llamaban el Qhopa (basura) porque su obligación primordial había sido echar al muladar los tachos de basura. ¿Qhopa? *Arí, mamay* (sí, mi madre). ¿Echaste la *qhopa*? *Arí, mamay*. Qhopa fue desde niño y *qhopa* seguiría siendo hasta viejo. La hermana de Ponce Coronado, que decía ser la esposa de Jesucristo, lo retuvo para sí bajo sus mimos de solterona y transmitiéndole la savia del rezo cotidiano, el desdén por los bienes materiales y la espera del bienestar en el más allá. El ponguito mascaba coca y recitaba, en tono entrañable, inocente y gracioso: *pagre nostro quistas in los cielos santificaro to nombre...* Y con más de 25 años conservaba la pureza de su cuerpo y el candor de su espíritu; cuando se hacía referencia a las *imillas* casaderas de Lawachaca inclinaba el rostro en señal de recogimiento, evitando quizá de este modo sucumbir a la tentación. Es un amor... Los propietarios llegaron hasta a creer que se trataba de un iluminado. Y en el mes de María fue cuando Ponce Coronado cayó a las fauces de la policía política. ¡Ave María Purísima! Estaba comprometido con el putsch de derecha restauradora, militarista, que tenía el objeto de inhabilitar al jefe de la revolución y fracasó por la fidelidad de los militares del regimiento escolta. El jefe, como represalia, ordenó que los colonos de Lawachaca se repartieran el latifundio y así lo hicieron lanzando al aire disparos de fusilería. El único indio que no estaba en el jubileo fue el Qhopa, porque había resuelto marchar voluntariamente al campo de concentración de Curawara de Carangas acompañando a su patrón. El aborigen es un ser indefinido, no escucha razones ni de a buenas ni de a malas, reflexionaba, y peor aún si es asceta. Le había hablado por intermedio de un traductor hispano-quechua para que entienda que ya era un hombre libre y no necesitaba estar unido a aquel fanático explotador de indios. El ponguito aferrado al pasado escuchaba y no decía esta boca es mía. ¡Pongo y mierda! Dejó de echar margaritas al cerdo y le hizo acariciar las espaldas con un *kimsacharani* (látigo de tres cordeles). El santurrón seguía tan irreductible como al principio. Y ahora van a venir los gringos a ver este espectáculo para decir que Bolivia no ha superado aún la edad de piedra. Taconeando y observando con desprecio pasó frente a los cautivos que, de cuclillas ante el sol, sin calor, se desayunaban con sultana y marraqueta. Salgado está disfrazado de nazi rumiando sus blasones. A veces se le ocurría mirarlos uno por uno, provocador, y uno a uno temblaban

como hojas de papel. El hombre inferior es cobarde por naturaleza, se decía. Llegó hasta la esquina donde le esperaba un Toyota, se abrió el portón y salió el vehículo del Arbeit Macht Frei, criollo. Mientras sonreía recordando la información de *El Diario* de La Paz, llegado en la última remesa de periódicos, el Toyota atravesaba velozmente el desierto altiplano levantando rauda polvareda. Un boliviano de apellido De la Vega, decía la United Press International, en el Louvre de París había arrojado piedras contra La Gioconda y ahora estaba preso de la Sureté, como antes lo estuvo del control político en un campo de concentración. Parecía cuerdo, pero tenía algunas actitudes raras... Oruro pudibundo y recatado descansaba en la loma de un cerro. El Toyota entró por el sur, atravesó las calles polvorientas de Agua de Castilla y ganó la avenida asfaltada del centro de la ciudad. Victoriosa la rebelión popular de abril de 1952, una veintena de mozos había fundado la Juventud Nacional del Ande, versión boliviana de la ss (Schutzstaffel) y adhirió al nuevo estado nacionalista revolucionario como cuerpo destinado a proteger a las autoridades departamentales y mantener el orden. El pueblo lo nominó la guardia negra. Y todas las tardes y noches los muchachos deambulaban uniformados de nazis, gallardos y retadores en grupos de tres y cinco causando el asombro de la cholada y la admiración del señorío. ¡Construiremos una nación altiva eliminando de raíz al comunismo y al judaísmo! En la primera huelga que confrontaron los mineros de San José con el nuevo orden fueron disueltos a golpes de cachiporra por la Juventud Nacional. El sindicato no debe ser instrumento para la lucha de clases, decían los intrépidos. La lucha de clases convierte a las naciones en esclavas del imperio financiero mundial del judaísmo que no conoce fronteras. Observaba con disgusto que las calles estaban descuidadas. Carajo, qué rápido se han depravado los compañeros, han olvidado sus deberes para con la patria por robar y engordar como puercos. Los buzones de las esquinas despedían olores fétidos y se filtraban por las ventanas del Toyota. El edificio de la escuela Ignacio León, donde había pasado su niñez, estaba desplomándose. En la plaza Castro y Padilla nubes de mosquitos se empeñaban en perseguir a los transeúntes. Frente al colegio Bolívar, en la acera del parque infantil, en homenaje al Libertador, la embajada venezolana había instalado un monumento de gusto ignominioso. Recordó los bellos monumentos de Leipzig, Hamburgo y Berlín. En todo el trayecto no le dirigió la palabra al chofer, otra categoría inferior del género humano. Él era introvertido, pero no a la manera india, recitaba su soliloquio de maníaco, sino a la manera aria. El hombre superior de Nietzsche. Hablaba solamente en ocasiones imperiosas y oportunas. El vehículo se detuvo en la puerta de

una modesta casa de adobe y ladrillo de la calle Ayacucho y lo despidió al chofer que moraba en el cerro de Konchupata, casa de las *tikas* (flores). Se lavó las manos y el rostro para ingresar al comedor. Mamá lo había recibido con entusiasmo. ¡Tanto tiempo sin verte! Desde aquella vez que fue perseguido por haber convertido en fiambre a dos borrachos sindicalistas en una casa de tolerancia de la Zona Norte. Pobre hijo mío. Rememoraba como si estuviese aconteciendo hoy día. Apresado en Huachacalla fue conducido a Oruro y Dios, solo el Altísimo, no había otro, lo había salvado de ser linchado por la chusma. Se acomodó en la mesa al lado de papá. Eran varios hermanos los Salgado. Una plaga, decían los orureños. Y ahora se encontraban en casa solamente mamá, papá y él. De cuando en cuando aparecía la vieja Damiana con la vajilla.

—Tu madre me acaba de decir que has llegado de compras. Servite la entrada, no estés con políticas ni remilgos, esta es tu casa.

—Sí, papá, gracias. Voy a llevarme pollos de la salchichería Cochabamba.

—¿Alguna fiesta?

—Ojalá hubiera fiesta en Curawara.

Mamá intervino saboreando las aceitunas chilenas:

—Dice que quiere recuperarlos a sus presos, mi papito.

—¿Están enfermos?

—No, papá.

—¿Entonces?

—Llegarán próximamente varios senadores norteamericanos a inspeccionar los cuarteles donde mantenemos a los presos políticos y usted comprenderá...

—¡Estos yanquis dónde no han de meter sus narices! Se creen dueños del mundo, hasta en la sopa yo veo yanquis...

—Y usted comprenderá que necesito alimentarlos. Al menos en ese sentido me han instruido desde La Paz y remitido dinero...

—Anjá.

—Personalmente el jefe del control político.

—¿El Santo de la Cachiporra? —preguntó riendo.

—Sí, el coronel San Román.

—Pierdes tiempo, hijo mío, si tratas de alimentarlos con pollos —expresó mamá sirviéndoles sopa de cabellos de ángel—, vas a gastar inútilmente ese dinero que te puede servir para otras cosas. Podías más bien invernarlos con quinua. Ayer he hecho preparar un guiso de quinua con mucha arvejita y pasas y aceitunas, como le gusta a papá, y hubieras visto que era de chuparse los dedos, las visitas quedaron encantadas y satisfechas. Nuestra Damiana tiene manos divinas para la comida criolla, como

es india de los López... Persona que se alimenta con quinua vive cien años clavados. ¿No es así, mi papito?

—Sí, querida, ese cereal tiene estupendas calorías. Yo recuerdo muy bien que hace años algunos hacendados mandaron a Estados Unidos muestras para su análisis y allá habían encontrado cualidades nutritivas sobresalientes que al punto echaron de ver la utilidad que prestaría en la alimentación general si se llegase a introducir en el mercado. Para hacer un ensayo del consumo solicitaron una partidita de cincuenta toneladas y cuando los hacendados conocieron la cifra quedaron espantados porque todas las fincas juntas del país, de doña Cleofé, de don José María y de los gil y mil de ricachones no alcanzaban a producir ni la décima parte.

Y mamá y papá se extendieron alabando las bondades alimenticias de la quinua.

—En Curawara tú tienes en cantidad. Y barata. Como la quinua de Carangas no hay otra en el mundo. Los rusos quisieron transplantarla en Siberia, pero parece que fracasaron.



El gobernador retornó a Curawara. Se abrió el portón y detrás del Toyota ingresó un poderoso Leyland que fue a situarse frente al economato. Desde las celdas los cautivos vieron cómo descargaban varias saquillas. Quinua, dijo alguien. Sí, es quinua. Al fin se acordaron de cambiar el menú, yo ya estaba hasta la coronilla con las laguas y los *chhaques* de Salgado... Al día siguiente, después de los ejercicios matinales, no sirvieron la sultana cotidiana, sino quinua aguachenta con azúcar y marraqueta. Sonrieron y la chumaron con gusto, saboreándola. Pero nadie en ese instante se percataba de que el gobernador sonreía entre dientes frente a los albañiles que comenzaban a refaccionar el cuartel. Serían pintadas de rosa las oficinas y las celdas liberadas de manchas de sangre, mugre e inscripciones piadosas. A medio día formaron cola y les sirvieron sopa de quinua con abundante cebolla y ajíes colorados. No lo encontraron de mal gusto y lo chumaron igual. Dios se lo pague al Santo de la Cachiporra, expresaron algunos y otros se ingeniaron para el repete. En la tarde volvió a llover sobre mojado. Los días posteriores de desayuno, almuerzo y cena, fueron recalcados en alto relieve. A la semana la benéfica acogida del primer día ya no era más que un recuerdo remoto en la memoria de los infelices. Y sin duda, los efectos del cereal se dejaron sentir. Recuperaron el peso y la vitalidad prerrevolucionaria, ya no había palidez en los rostros y hablaban un nuevo lenguaje. Los

cerebros de muchos habíanse desperdiciado. Apareció un insólito sector progresista que había leído el folleto “Discursos y mensajes” del jefe, editado en Buenos Aires por una imprenta de Venezuela 4148 y prologado por Osiris Troiani, y resolvió firmar su adhesión incondicional al MNR. Era indudable que ya todos estaban en buenas condiciones físicas y morales, aunque desde luego un poco hastiados por la monotonía del menú. ¡Ya podían llegar los senadores del imperio norteamericano!



Esa mañana parecía estar de buen talante, jugueteaba con un látigo mientras los prisioneros políticos daban vueltas por el patio en fila india al compás de una voz que decía: ¡un-dos-tres-cuatro! ¡Un-dos-tres-cuatro! Dejaron de correr y rompieron filas para tomar desayuno. No tardarán en llegar los gringos y hay que estar listos, monologaba. Pero qué gordos y simpáticos están, ni el Santo de la Cachiporra los va a reconocer... Formaron cola y él pudo percibir las protestas. ¡Carajo, otra vez quinua! Ponce Coronado, aún sudoroso por la gimnasia matutina, abandonó la cola y se acercó impetuoso a enfrentarlo:

—¡Esto es intolerable, señor gobernador!

—¿Qué es intolerable? —replicó sonriendo con ironía y entretenido con el látigo que agitaba.

—¡Comer quinua todos los días!

—¿Y ahora?

—¡Es una tortura despiadada y yo he resuelto no comer más!

—¿Ah, trata de promover una huelga de hambre?

—No precisamente...

—Pase a mi oficina y charlaremos.

—¡Si usted quiere matarme puede hacerlo ahora mismo!

En la oficina sobresalían el retrato del jefe sonriente que, con una miopía de vidrios blancos, parecía vigilar todos sus movimientos, y el *souvenir* de un joven hamburgués del Sturmabteilung, brazal de fondo rojo atravesado por una banda blanca y en el centro la cruz gamada negra. Se agazapó detrás del escritorio, encendió un cigarrillo y aspiró. Ponce Coronado sabía que Salgado no fumaba.

—Sea usted humano, señor gobernador. Le habla un preso político no solamente por él, sino por todos los que han tenido la desgracia de caer en esta situación. ¿Puede haber algo más triste en el mundo que un ser humano transformado en preso común o preso político? Por amor a Dios, no nos haga comer más quinua, sea usted considerado...

Una carcajada de respuesta lanzó sobre aquel rostro afligido.

—¡Lo único que faltaba! Qué gracioso payaso es usted para su edad, señor. Podría tener gran porvenir en un circo... Si no quiere comer es asunto suyo, pero para mí tiene gran importancia. No quiere comer, es muy sencillo, se va del cuartel... —arrojó el cigarrillo.

—¿irme del cuartel, dice usted?

—Sí, señor. ¿Lo duda? Cuando habla un Salgado quiere decir que habla un hombre de palabra. Ahora que está usted aquí aprovecharé para hacerle una breve confidencia. En este momento comer quinua es el más importante problema de Estado y no quiero entrar en mayores detalles porque lo conceptúo a usted un intelectual, es decir, una persona de talento. ¿Qué no entiende? Hágame favor, no me tire de la lengua, solo le recalco para su buen gobierno que no alimentarse significa traición a la patria. El que no quiere comer quinua merece ser fusilado en el acto. Con esto no quiero decir que lo voy a matar a usted, sino simplemente que lo voy a echar del cuartel si no cambia de criterio.

—Ya lo dije y lo repito, señor gobernador: ¡he resuelto no comer más quinua!

—Entonces está claro, se va usted tranquilamente porque no quiere comer. ¿Estamos?

Dos esbirros de aspecto deprimente lo custodiaron hasta su celda y le pidieron se apresurara en liar sus bártulos. No podía creerlo. Tan de súbito... ¿Quizá el colegio de abogados reclamó mi libertad? ¿O la sociedad de propietarios rurales? Los abogados... no creo, solo piensan en la competencia desleal. Cuanto menos bulto más claridad, dicen los carajos. Miró a su alrededor buscando cooperación.

—Si me permiten, lo buscaré al Qhopa para que me ayude, ¿no? Es que el Qhopa es mi ponguito.

—¡Apúrese, rosquero, ya no hay pongueaje en Bolivia!

Abrumado por el peso de su carga se dirigió a la salida. Eso ustedes creen, murmuró entre dientes. No permitieron que se le acercara nadie. Sus correligionarios mantenidos a raya le hacían señas desesperadas e incomprensibles. ¿No me aplicarán estos villanos la ley de fuga? El portón se abrió para darle paso, ¡Santo Dios!, y escuchó una voz que lo llamaba: ¡tatay, no me dejes! Se echó a un lado y vio que el fiel Qhopa trataba de seguirle los pasos y los esbirros a golpes le hacían desistir de sus propósitos. Pobre ponguito, dijo entre sí y tras él se cerró el portón. Creyó seguir escuchando el clamor del indio. Tatay... Avanzó lentamente por aquel legendario pueblo fronterizo. Ahí estaba la inmensidad del desierto, su libertad. Suspiró profundamente y prosiguió caminando. Ahora el

problema es llegar a La Paz, a mi casa. Cuando me vean mi mujer y mis hijos no van a creer que soy yo. Mi hermana va a reclamar de su Qhopa. Y después de todo qué me importa a mí del pongo y mierda, primero soy yo e inútilmente me estoy haciendo doler el corazón. Tendré que abrir mi bufete o asociarme por lo pronto con el loco Mendizábal... Llegó a la plaza y no había un ser viviente. Sonrió al observar que estaba cuidadosamente empedrada. Los bandidos del control político la habían embellecido con el trabajo forzado, esforzado y reforzado del doctor Loayza Beltrán. ¡Tú que no has hecho más que comerle la costilla a Carangas como honorable diputado independiente vas a saber ahora lo que es trabajar por Carangas! Empedró la plaza como vulgar peón.

Sentado en el colchón a la espera de que algo imprevisto aconteciera, pensó: tendré que rezar como el Qhopa para que se produzca un milagro, pero yo soy pues liberal-positivista y no creo en milagros. Escuchó el ruido del motor de un vehículo que se acercaba. Era un Toyota del control político y apareció por la plaza. Desgracia... Pasó lentamente, aminorando en lo posible para que sus ocupantes lo observaran con detenimiento. Estos deben ser otros que bien bailan, que piensan que comer quinua es el más importante problema de Estado. Se perdió con dirección al cuartel. Al filo del medio día, amarillo de fuego, apareció una *imilla* de pollera larga y rebozo negro con un hermoso prendedor de cobre en el pecho y él pensó de inmediato que ahí estaba su salvación. La india advirtió que el desconocido venía a su encuentro y volvió sobre sus pasos con rapidez. ¡India cangreja! La llamó a gritos en aymara, quechua y castellano. ¡*Jutamay!* ¡*Jamuy qayman!* ¡Ven, no te escapes! La acorraló, pero la *imilla*, presa del pánico, se acurrucó en el suelo ocultando su rostro entre las rodillas. En qué situación ridícula me pone esta india, con dos puntapiés la haría entrar en razón; y después hay quienes todavía quieren confraternizar con la indiada. Amistosamente le palmeó en la espalda: no te asustes, *imilla*, no te asustes, yo soy caballero decente... Como respuesta la india lanzó un chillido espantoso y mientras él retrocedía se puso de pie con rapidez y escapó perdiéndose por las calles del poblado. Después se le apoderó el extraño presentimiento de que lo observaban por entre las puertas y ventanas entreabiertas. Se estremeció. Estos nervios que me joden... La puerta más próxima se cerró con estrépito en sus narices, no se amilanó y llamó a una y otra, pero nadie aparecía. Indios de la gran siete, crueles con los débiles y humildes con los fuertes, si no sabré yo. Y sentía que centenares de ojos, como dardos que se le hincaban en el cuerpo, le observaban sus movimientos, sus actitudes mínimas. Desconsolado volvió a la plaza y se inmovilizó en su soledad. Esperaba la llegada de algún vehículo, así sea

del control político, en el cual montaría a como dé lugar para alejarse de este suplicio. En cada recodo de la patria debe existir un maestro que enseñe, un sacerdote que bautice y un soldado que defienda, qué bien sonaba esta semántica literaria de escuela cantonal, pero en Curawara no había maestros, no había sacerdotes, no había soldados, solo la indiada como la tierra, inhóspita y huraña. Curawara...

Curawara de Carangas, palomitay,
 Testigo de mis amores,
 Ciento por ciento
 Me has de pagar...

Sus ojos pequeños y suaves se llenaron no solamente de horizontes azules, sino de lágrimas salobres. Después del bochorno del medio día apareció de retorno el Toyota policial, pasó por la plaza y se perdió con dirección al altiplano levantando una larga columna de polvo.



Observó y no lo creía. En la esquina abrieron las puertas de una tienda, acaso para que la pueda ver mejor. Pensó que si trataba de acercarse la cerrarían de inmediato, como ya lo habían hecho esta mañana los invisibles habitantes de Curawara. Decidió esperar. No había desayuno y el hambre lo mortificaba. Malhumorado y sin ánimo seguía sentado. Estoy envejeciendo, sin duda; dicen que los viejos tienen el humor negro. No pudo más, se levantó y con lentitud dirigió sus pasos a la tienda. Parecía más viejo de lo que era. Esta vez no le cerraron las puertas como esperaba y del rincón del mostrador, cerca de los adobes de sal y botellas vacías, emergió un indio de mirada dura.

—Buenas tardes, *tata* —le saludó tratando en lo posible de dulcificar su voz de ex propietario.

—No me diga *tata*, hágame el favor. Mi nombre es señor Óscar Carpio.

—¿Óscar del Carpio, dirá usted?

—No, ese es un primo lejano que vive en La Paz. ¿Qué desea usted?

—Sabe...

—No sé nada.

—Señor, yo estaba preso en el cuartel y me han dado libertad y veo que este pueblo está muerto o por lo menos se hace el muerto.

—¿Y?

—Y tampoco veo que llegan camiones o automóviles que...

—Sí, llegan —le interrumpió—, pero de vez en cuando, señor. El que llega más es el del Ricardo Pardo. Somos, pues, el jirón olvidado de la patria.

—¿Y no sabe, por si acaso, cuándo llegará el Ricardo Pardo?

—Puede ser de aquí a treinta o sesenta días, depende si tiene carga. Esta mañana al amanecer partió a Oruro.

—¿Y a pie no se puede ir?

—De ir, se puede ir, pero caminando tres o cuatro días, señor. De aquí a Choquecota en dos, de Choquecota a Janqhocala en uno y de Janqhocala a Oruro en otro.

Cambió de semblante y, tieso y ensimismado, se mantuvo largo tiempo. Esto más en mi tren de desdichas. Yo, un profesional, un exministro de Estado y dueño políticamente del país en su mejor época de auge y abundancia, ahora prosternado ante un indio ensoberbecido. Acabáramos, *tatay*. Otros ignorantes como este son pues ahora los dueños de mi patria infortunada... Quisiera salir al exterior para denunciar los agravios, por lo menos a Arica. Hasta que su estómago —el hambre tiene cara de hereje— lo volvió a la realidad.

—¿Me puede invitar una tacita de café?

—El café es un lujo aquí, señor.

—¿Un pedazo de pan?

—El pan es escaso, señor.

—¡Y no tiene nada para comer!

—No, pues, nada por ahora.

—¿Y si le pago?

—¿Tiene dinero, señor?

—No precisamente dinero. Vea, allá está, en la esquina, un colchón con frazadas nuevas.

—Ah, no está mal la cosa, señor. A ver tráímelo.

Volvió cargando y detrás del mostrador lo esperaban Óscar Carpio y una india vieja y mofletuda.

—Yo quiero comida. Sí, buena comida —se cuidó de mencionar la indeseable quinua—, decente, de caballero, ¿entendieron?

—La señora no entiende castellano, señor. Tiene que hablarle en puquina, dialecto de los chipayas. Ella es chipaya...

—¿Puquina? Yo no sé hablar en puquina.

El indio le habló largamente a la india en puquina. Discutieron por momentos a gritos. La mujer escuchaba al hablar.

—Qué joder, si la cosa es sencilla, dígame que me prepare comida. ¡Comida! —gritó—. ¡Comida! —haciendo ademán de ponerse algo a la boca.

—Sí, señor, le estoy diciendo eso y ella insiste en reclamar primero la paga.

—¡Ahí está, llévense el colchón y las frazadas!

—Ajá.

Nuevamente discutieron en puquina, después sus rostros melancólicos se hicieron impenetrables. Revisaron el Simmons de una plaza y las cobijas. La india habló largamente y el indio tradujo:

—Dice que son artículos ordinarios, muy delgados y que no sirven para el frío de Curawara, pero que para mandarle a su hijo que está estudiando en la universidad de Oruro con el Felipe Íñiguez le va a aceptar excepcionalmente.

La india se llevó el colchón y las frazadas, mientras Carpio le invitaba un vasito de pisco teñido de rosa.

Apareció la india con un plato de loza desportillado y naturalmente bordeado de suciedad.

—Puede comenzar sirviéndose este platito de *kispiña*, señor.

Bocaditos de quinua, pensó. Gracias, gracias. Y no se sirvió pretextando esperar el plato fuerte. No tardó la india y esta vez con un recipiente de barro donde el contenido vaporecía. ¿Acaso un caldito de mariscos?... Sírvase, señor. Corrió la silla para que estuviera más pegada a la mesa.

—Gracias. ¿Y esto? —removió horrorizado la sopa.

—¿Qué tiene? —reclamó Óscar Carpio.

—¡Quinua!

—¿Y?

—¡No quiero quinua, carajos, malnacidos! ¡No, quinua no, mil veces no!

—No quiere comer, señor, está bien, nadie le está obligando, es usted libre de hacer lo que le plazca, de comer o no comer, pero como a caballero le insinúo, don, que no le falte el respeto a la señora chipaya que con qué sacrificio le ha preparado el platito para que se descontente. ¡Malagradecido *weraqocha* había sido usted! Y ahorita mismo se va de mi casa porque nadie le está pidiendo que se quede. Sí, señor.

—¡Quinua y quinua y quinua!



—Es que, señor, comprenda que en esta región solo quinua da. Y nos servimos todo el año redondo, es nuestro único alimento. Si no fuera por la quinua que nos hace valientes, nacionalistas y fuertes, no habría habitantes y los chilenos ya nos hubiesen conquistado y estuvieran reinando en Oruro. La quinua es un alimento poderoso.

—¡Quinua y quinua y quinua!

En la noche estival la oscura golondrina retornó a su nido. Ingresó al cuartel por las ventanas abiertas del departamento privado del gobernador

y se quedó en la cocina para saciarse con los mejores manjares de la despensa. Al hincar el diente en un pollo frito apareció Salgado que no dio muestras de sorprenderse con su presencia.

—¿Usted todavía aquí? Yo ya lo creí en La Paz haciendo declaraciones para la United Press contra el tenebroso campo de concentración de Curawara de Carangas que dirige el nazi Salgado.

—Señor gobernador, no sea cáustico, nunca me expresé yo en la forma que usted lo dice. Además, disculpe, tengo hambre, mucha hambre. Después de que coma máteme usted. ¡Usted y no sus esbirros! No he comido desde hace varios días su maldita quinua.

—Después de que coma reincorpórese a su celda porque lo esperan, después de que coma... *Es zittern die morschen Knochen...*

En el rincón de la celda el Qhopa rezaba, Pagre nostro quistás in los cielos santificaro to nombre... Y mascando coca. ¡Tatay! Le contó que ya no traía colchón ni frazadas y el ponguito, que le tenía solicitud reverente, entrególe su cama de cueros de ovejas, papeles y mantas viejas. Se acurrucó lo más cómodamente posible mientras el indio se arrodillaba en el frío pavimento con los brazos en cruz para proseguir con más fervor sus rezos. Ya me está cabreando este pendejo con sus huevadas. ¡Uy, pero qué hediondo es este rincón!... ¿No me contagiará las verrugas que tiene en el cuello y las manos? Al instante se sumergió en un sueño de piedra, cansado por las emociones del día. Más tarde, y como en un juego de arabescos, percibió que el Qhopa salía de la celda, daba una señal a unos gigantes de la aldea y estos entraban guiados por la *imilla* de pollera colorada y reboso negro como llamas alborotadas para patearle en las costillas. Abrió los ojos y vio estrellas, un garrotazo le había caído en la cabeza. Se arrastró de cuatro pies para huir y tropezó con la oscuridad de las paredes y después con los agresores. Y nuevamente las paredes. Sus correligionarios de aspecto deprimente se habían confabulado. Se arrodilló doblando el cuerpo hacia abajo y cubriéndose el rostro con las manos. Al día siguiente el gobernador, paseando con su uniforme negro, vio que Ponce Coronado no salió de su encierro para los ejercicios matinales y el desayuno. Pobre viejo, la paliza ha debido estar buena y su restauración es cuestión de días. El ponguito solitario, sentado en cuclillas, sorbía con avidez su desayuno de sultana con dos marraquetas. Se detuvo a observarlo.

—¿De qué estás llorando?

—No estoy llorando, estoy cantando.

—Ah, Qhopa, aborígen solariego, alma enigmática.

Había acabado el desasosiego y sus prisioneros ya no comerían quinua, volverían a las laguas y *chhaques* de subsistencia. Desde La Paz había

comunicado el Santo de la Cachiporra que los senadores norteamericanos cancelaron su viaje de inspección a Bolivia hasta mejor oportunidad. El derecho se ampara con la fuerza, opinó riendo en silencio, casi sin convicción, ausente. Este indio desde anoche es libre, ya no vivirá más bajo la férula de su patrón.

Sweet and sexy*

Néstor Taboada Terán

Vestido de frac, con negros faldones largos, como Mandrake el Mago, anunció que el boliche ingresaba a una nueva etapa. Fundado con el nombre de El Chorizo Alegre, por razones de servicio ineludible, lo cambió por El Ciervo y después por El Desplume. Tantos éxitos acumuló que sus visitantes consuetudinarios influyeron en la instalación –por las intermediaciones– de cigarrerías y hoteles-alojamiento con parqueo gratuito. Por ejemplo, el Taca Taca con 170 apartamentos, 18 pisos, cinco ascensores, suites especiales, camas redondas, música y aire acondicionado. Ahora que se vive en una época de confrontaciones históricas y buscamos las raíces de lo nuestro en la mitología, el folclore, la etnología, la lingüística y otras hierbas, hemos visto oportuno llamarlo peña folclórica Machu Picchu. Y del público surgió la voz de un gracioso: don Capanno, ¿por qué no lo llama mejor Pichu de Macho? Sonrió el indulgente propietario, movió la cabeza y siguió diciendo tal nombre. Desde luego, no asume los espúreos rasgos de un *ranking*, el esmirriado rostro de un certamen o una competencia, ofreceremos espectáculos de calidad porque ustedes se lo merecen. Para concluir el programa contamos con la colaboración de Mapuche, el indio orgulloso de su destino de raza. ¿Mapu? Cubierto con un poncho largo y negro apareció un mestizo espigado. Sonriente saltó al estrado y levantó los brazos como un atlético Nicolino victorioso. Este indio es bien piola, opinó alguien. Gozaba de popularidad en el ambiente de los clubes nocturnos. Tengo la sobriedad de la llama y la altivez de los cóndores, decía. De rodillas, prosternado, besó el suelo: saludaba a la Pachamama de los aborígenes. Los contextos son diferentes en el macrocosmos, explicó, América es de los indios y no de los conquistadores europeos y en esta

* “Sweet and sexy” fue tomado de *Las naranjas maquilladas*, La Paz: Gisbert y Cía.

hora de reparación de oprobios vuelve a ser de los mapuches, de los pieles rojas, de los aymaras, de los quechuas, de los siboneyes, de los aztecas y los mayas. Y anunció la actuación del conjunto Camperos de la Cañada Rosquín. Con sus guitarras desplegadas se acomodaron media docena de jóvenes menuditos, morochos, de trajes marrones y camisas amarillas y corbatas de rojo encendido.

Las penas y las vaquitas
 Se van por la misma senda.
 Las penas son de nosotros
 Las vaquitas de Anchorena...

Ceremoniosos, los Camperos dieron la buena-noche y contaron anécdotas que causaban hilaridad. Concluyeron interpretando zambas mientras el público bebía vino en vasijas de barro y arcilla. Gratificados con entusiastas aplausos cedieron el escenario al Chango Bermudes, quien explicó que venía de un pueblo muy lejano, Las Petacas, perdido en las quebradas de Humahuaca. Hijo de indios en instancias increíbles, trabó relación con artistas tarijeños –desterrados por falta de oportunidades o persecuciones de sus caudillos– que le enseñaron el uso del erke y el charango. Mostró el prodigioso instrumento fabricado con la cubierta dura del quirquincho, que en otras geografías es armadillo y/o tatú. Para recordar horizontes olvidados por la desaprensión del hombre les leería el poema que había compuesto últimamente, hasta que aparezca su autor, “La llama”, inspirado en la belleza telúrica de su comarca. “Inalterable, por la tierra avara / del altiplano, luce la medida / de su indolente paso y su apostura, / la sobria compañera del aymara. / Parece, cuando lánguida se para / y mira la aridez de la llanura, / que en sus grandes pupilas la amargura / del erial horizonte se estancara...”. Y acompañado del charango prosiguió recitando dolidas composiciones. ¡Domingo Serpa! Que hablaban de cerros majestuosos, habitantes melancólicos, ríos mermados y vientos furentes. Impresionado el público, no descuidaba la comilona: huascha-locro, carbonada, tamales, huminta, mamón, cayoto, quesillos. El notable hijo de Las Petacas terminó su diligencia interpretativa con cuecas y taquiraris del altiplano secreto. Mozo, escucháme una cosa, ¿tenés pollito al curry o riñoncitos al champignon? ¿Y raviolos de ricota con salsa mixta? El quinteto Estrellas de la Gallareta era muy ducho. Uno de los componentes cantaba con tono agudo, sutil, penetrante. Es el estilo de Jaramillo, ¿vivo?, dijo alguien. Qué va, en vez de tener huevos de pájaro bitongo tiene ovarios de gallina embarazada, respondió mordaz una escritora inédita y solterona. La acompañaban un poeta boliviano que

Sale cantando la luna
Desde lo de Valderrama...

Y de súbito, con estrépito desusado, cinco enmascarados irrumpieron y cerraron tras ellos las puertas de la Peña folclórica que entraba en una nueva etapa. ¡Se acabó la joda! Cortado de raíz el hilo del regocijo, uno de los atracadores se encaramó al tablado y a empujones echó a Los Wiracochas, quienes no atinaron a comprender lo que acontecía. ¡Nos vamos a quejar a don Capanno! ¡Mejor vayan a quejarse a San Perón!, ¡trepadores! Cuando Mapuche intentó tomar los micrófonos para hablar, de un puntapié fue despedido hasta el centro del salón. Y anunció claramente que se trataba de un operativo. ¡Mientras ustedes, burgueses insaciables, burócratas satisfechos, se dan al morfi y al chupi hasta reventar, los habitantes de las villas sufren hambre y frío! Entusiasmadas algunas personas –principalmente jóvenes– quisieron escalar la tribuna para identificarse con el operativo como colaboracionistas, pero agradeció el gesto idealista diciendo que trabajaban solos y no mal acompañados. ¡Se ruega a las damas gorilonas depositar aquí las joyas de las que son portadoras y a los caballeros gorilones la guita, toda la guita que cargan! ¡Tienen que evitarnos la violencia de quitárselos! Rodeados, hombres y mujeres no atinaron más que a desprenderse de sus tesoros. Los que lo hacían de buen grado –fanfas– como solidarios con el operativo, cambiaron de semblante cuando instruyeron ahora las pilchas. ¡Saltó la podrida! Los señorones sonreían. ¿Vio?, así no más es, como en Cuba. ¿Vio? Los hombres se desprendieron de sus chaquetas y las mujeres de sus polleras, los hombres de sus camisas y las mujeres de sus pulloveres, los hombres de sus camisetas y las mujeres de sus sostenes... ¡Apresurarse, ya mismo, burgueses insaciables y burócratas satisfechos! ¿Y los zapatos, señor ilegal? ¡Todo, todo! Y nadie pudo decir me las pico. O me borro. En las villas hay gente que no tiene un par de zapatos para ir en busca de laburo... Presa de nervios, Ginevra King reía y el negro francés de origen Mozambique temblando como hoja de otoño le decía para consolarla *indian show, indian show...* ¿No falta más nadie? Con las manos desplegadas mujeres y hombres cubrían sus partes pudendas. Qué turro que sos. Sonreían con amarga ironía los desnudos diplomáticos de países hermanos. Cuando pase el quilombo, perdón, el bochinche, prometían a los mejores glúteos del mundo, presentaremos una enérgica protesta al canciller de la nación. En brazos de sus novios algunas jóvenes sollozaban. No llorés, nena, tirales un pedo. ¡Ah, maullantes gatitas que tratan de enternecer el espectáculo! Uno de los asaltantes fijó su atención en la rubia que debía tener más de

15 y menos de 20. ¿Sos virgen?, comiéndosela con los ojos. Temblando esbozó un gesto de asentimiento. Bien, vení vos. Tomándola del brazo la condujo hasta la tarima. ¡Mapuche, tendé un poncho aquí! Y vos, nena, al suelo, como hizo el indio para saludar a la Pachamama. Comenzó a desnudarse lentamente el bandido, como si se tratara de una escena de *strip-tease* masculino, luego de ropas solamente tenía la máscara que le cubría el rostro. La mata el bárbaro, dijo alguien. El espectáculo de la debilidad humana. ¡Silencio o los cago a tiros!, advirtió procaz el atracador. Como cabras no, balbuceó apenas la Ninfa amenazada por el Adonis. Y a un indiferente se le cayó de las manos la empanada tucumana. No tenés nada que temer, esto no es un estupro. Expectativa general, silencio absoluto. Ahora abrite, nena. Y las súplicas inútiles no-no. Clavada sobre su propia sombra se mordió los labios soportando la agresión. La acometida. *O grande barulho, incrível violencia de loura sendo violentada. A força por meio da alegria...* Lentamente las luces fueron muriendo y solamente dos demudados reflectores –rojo y amarillo– coincidían sobre el escándalo: el hombre golpeando tenazmente con el hueso de la pelvis y la heroína retorciéndose de espanto como si hubiera perdido la razón. Mordéme. Gritá. Insultáme. Gemí. Matáme. Y la resistencia de límites definidos. Flotando entre jadeos, como una libélula, acabó rindiéndose. Ah, decía el público en las últimas contorsiones de la honda sin aliento para seguir la huella. Resollando aún el agresor se levantó de un salto –el sexo flojo, cubierto de arrugas, como una vieja longaniza– y vistiéndose con la misma parsimonia con que se había desnudado, se integró de nuevo a la cuadrilla de delincuentes subversivos. Desaparecieron por la puerta de servicio llevándose las joyas, los dineros y las ropas del público. Claro, ahora el espiche. Había terminado el operativo. ¡Qué broma del carajo! De inmediato, con el poncho largo y negro que estaba tirado, Mapuche cubrió la desnudez de la rubia sentada en el estrado del escenario, ocultando el rostro entre las manos, aún con el olor a violación. La trasladó a las oficinas del capo del boliche. Por favor, den paso a la nena. Indignados los señorones comenzaron a dejar escuchar sus protestas. ¡Qué descaro, y hay boludos que todavía aplauden! La animada diversión folklórica había tenido un impresionante desenlace. Y ella se dejó a gusto. ¡Qué huevos de esa tipa! Se encendieron todas las luces y apareció Capanno, siempre con su frac de Mandrake el Mago. Risueño, increíblemente risueño, expresó que el programa aun no había concluido, se les encarecía ocupar sus sillas. ¡Ahora, damas y caballeros, tengo la grata satisfacción y el altísimo honor de presentar al conjunto Los Muchachos de Montparnasse llegados recientemente desde la Ciudad Luz, París, Francia, como artistas exclusivos de la peña folklórica Machu

Picchu en su nueva época! Y acto seguido aparecieron uno a uno los cinco asaltantes y la joven vejada. ¡Los Muchachos de Montparnasse tienen una extraordinaria potencia de tiro de sus baterías en la cruda mirada sobre un momento irreversible de la realidad! Y cuya hombría de bien y coraje artístico indiscutido, con el acoplamiento escénico, les otorga el aval en lo que atañe a sus valores coherentes e intrínsecos. De ahí que aprovechamos para reiterar nuestras normas, al lado del Martín Fierro, de cuya estatura existencial nadie puede dudar y que dijera: “No me hago al lao de la güeya / Aunque vengan degollando / Con los blandos yo soy blando / Y soy duro con los duros / Y ninguno en un apuro / Me ha visto titubeando”. Con ustedes ahora el ejecutante Rasquetti, director de Los Muchachos. Riendo agradeció Rasquetti en nombre de los artistas la gentileza y fina atención del público, que se había comportado magníficamente en la escenificación de una comedia que requiere colaboración por el realismo del asunto. Asunto que está a horcajadas entre la civilización y la barbarie, prosiguió, entre la coerción y la redención, ente el miedo y la euforia.

Con la sublimación de la entrega total nosotros proclamamos un auténtico libre albedrío, con todas sus connotaciones atingentes. Este atrevido mensaje de fraternidad y libertad que llevamos por el mundo, desmantelando esquemas y prejuicios acumulados por siglos de oscurantismos, es la toma de conciencia de un ensueño despierto en que las angustias y tensiones neuróticas se aplacan con el contacto que hacemos con la realidad real. Somos enemigos de las fobias, las depresiones y las angustias del mundo del *stablishment*... Aparecieron las tropas y también las joyas. El dinero no se restituirá, dijo la rubia, caballito-del-diablo, con el rostro más blanco que la leche, porque será para la cantina. Se acabó el julepe, dijo el poeta del exilio limpiándose los bigotes. Señores y señoras, desde este momento, por el bien de todos, hay canilla libre. ¡Beberemos y bailaremos hasta la madrugada! Arrebatados y frenéticos aplaudieron todos de pie, unánimes. ¡Flor de mina para ejercitarse en el tiro! Los Muchachos de Montparnasse con severas inclinaciones de cabeza y gestos reverentes terminaron haciendo palmas. ¡Qué artistas, por Dios! ¡Sensacional! Fue el delirio feliz. ¡Genial, divino! ¡Estoy que me cago de la risa! ¡Qué originalidad! ¡Y yo que puteaba de puro boludo! ¡Qué autenticidad! ¡Dieron cátedra a pesar de las escasas dimensiones de la pista! *O homem não destruir as correntes que prendem você ao passado, mágica abandono e desejo caração-magia que motivam o seu fracasso e levam em busca de apoio, em princípio, o pai deve acolher em suas fileiras as bordas atrás, a nos proteger contra a estudar os perigos de existência...* ¡Qué maravilla, ha sido un éxito clamoroso! Son actores consumados que no han dejado un blanco en la copia, qué París

ni qué París, sonreían dichosos los diplomáticos de los países hermanos. *Beautiful*, opinó Ginevra King, *sweet and sexy*, mientras que la escritora solterona e inédita decía que eran pobres locos e insatisfechos que nada tenían que ver con el asombro de vivir, con la lúcida perplejidad. Borges ha dicho la tristura, la inmóvil burlería, la insinuación irónica, he aquí los únicos sentires que un arte criollo puede pronunciar sin deajo forastero. Y ahora distinguido público, anunció Mapuche, otra vez con nosotros el conjunto de Los Wiracochas para concluir con la zamba de Manuel J. Castilla y Cuchi Leguizamón. Sonrieron los cabecitas-negras y con sus voces generosas que poseían la reciedumbre y el estilo mágico de los pioneros de la canción folclórica, abrieron la tercera parte del programa de la peña Machu Picchu.

Lucero, solito, brotes del alba,
Dónde iremos a parar
Si se acaba Valderrama.
Dónde iremos a parar
Si se acaba Valderrama...

El ocaso

Óscar Barbery Justiniano*

—¿Sufres, hermano? —preguntó quedamente, casi con dulzura.

Hernando, ganado por aquel tono de voz, cuya inflexión le llegaba muy hondo, respondió:

—Sí —y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Lo comprendo —contestó el hombre con convicción—. Es natural —añadió pensativo—. Todo ser normal debe sufrir al encontrarse con estas condiciones. Es el Génesis... —reflexionó.

Hernando, pese a que estaba dolorido y terriblemente postrado, además sujeto a aquella inmovilidad exasperante, se interesó:

—¿El Génesis?

—Sí. El Génesis del hombre. El “parirás tus hijos con dolor”; el “ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Se alude al sufrimiento, como razón de ser del Hombre sobre la tierra; como castigo o como expiación. Sugiere también el instinto de conservación. Aquí el Hombre naciendo; allí el Hombre subsistiendo. “Ganarás el pan”, arrancándose a la tierra; arrebatándose a los animales; disputándose a los demás hombres. Y porque cada vez la vida es más compleja y más difícil, la lucha tiene que ser más ardua, a veces cruel. Los agresivos triunfan, los pasivos y mansos perecen. Tu dolor de hoy, querido amigo, no es más que una consecuencia de esta situación. Luchas por el poder político en este pobre país atrasado, sin trabajo, sin posibilidades fáciles de mejoramiento, y en el fondo luchas

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1929 y falleció en la misma ciudad en 1998. Narrador y político. Escribió las novelas *Zapata* (1963), *El hombre que soñaba* (1964), *El reto* (1968), *Yo, un boliviano cualquiera* (1976), *Puerto ancho* (1982) y *La pugna* (1994), así como el libro de cuentos *Su hora más gloriosa* (1971).

“El ocaso” forma parte de *Su hora más gloriosa*, Cochabamba: Serrano.

por el pan. Pero la panadería está en nuestras manos, y nosotros la defenderemos de todos, dioses o diablos. ¿Me entiendes, hermano querido?

Hernando no contestó. Un sentimiento de profunda repulsión lo poseyó y le dieron ganas de vomitar. Volvió el rostro. Las ligaduras ya le habían adormecido manos y pies. Esto no le preocupaba.

—Este es un país violento —continuó el hombre—. Los unos son para ofender, los otros para defenderse. Pero nosotros somos distintos. Hemos logrado colocarnos por encima de nuestras emociones. Podemos matar sin cólera, sin odio; solo cuando lo consideramos necesario. Mientras tanto, vemos que la agresividad impera. Las ratas se devoran entre ellas cuando no encuentran qué comer. De otro lado, se dedican a la política los más ambiciosos y mejor dotados. Es inútil que procuren conformarse con la rutinaria paz de alguna profesión liberal. Exigen horizontes más amplios porque no están absortos en el trabajo ni embrutecidos por él. Lo comprendemos. Desde alguna parte, esa voluntad de dominio, de la que hablaba Nietzsche, obliga imperiosamente a cada quien a conquistar su cuota de poder. Ya no se trata, amigo mío, de sandeces tales como la lucha de clases, o de leyes dictadas por la estructura económica. Se trata del Hombre que quiere realizarse, recuperar su propia estimación; sentirse a sí mismo en la admiración de su propia creación. Algunos ya lo hemos conseguido; ya hemos vencido. Otros, como tú, porque no tienen qué decir para justificarse, para encontrar prosélitos inventan ideales, causas, y lanzan acusaciones en contra nuestra. Vuestro egoísmo debe vestirse con ciertos ropajes para expresar el egoísmo de los demás. Pero las cartas sobre la mesa descubrirían a unos y a otros, y, no teniendo a quiénes engañar, el juego resultaría grotesco. ¿Exagero, hermano mío?

—Me das asco —repuso Hernando reconcentradamente—. ¡Cuánto te has rebajado! ¡Hasta dónde te han obligado a llegar! Representas el fango que...

—Fango es lo que hay en el fondo de las grandes palabras...

—¡Vete! ¡Vete! Lo que nunca llegarás a comprender es que el fango puede sublimarse en virtud.

—La virtud es una emoción; es una cara de la medalla. Nosotros ya hemos superado la ambivalencia teológica; el bien y el mal; el sí y el no. Ya no nos engañamos. No podemos seguir llamando bondad a la debilidad; resignación a la incapacidad de obrar...

—Me das asco...

—No, hermano. No te exaltes ni te amargues. ¡Cuánto te comprendo! Aún repites el catecismo cristiano marxista. ¡Ah! Ahora recuerdo que alguna vez me llamaste tu conciencia. Fue por aquella época de tus conflictos espirituales. ¿Es que ahora no quieres enfrentarme?

—Todo lo enlodas. Incapaz de elevarte, tratas de que todo se rebaje a tu nivel, y para ello utilizas el cinismo. Déjame. Tu cinismo me hiere más que estas ligaduras que ya se encarnan. Yo tampoco me engaño. Tu cinismo es una forma de negativismo de la vida y sus valores.

—Lo siento, en verdad. No quiero herirte. No por humanidad, como suele decirse, sino porque lo considero innecesario. No hacemos nada que no persiga un fin. Somos los precursores del futuro; el embrión de los que vendrán y poblarán la tierra.

—Vete.

—Bien, me voy —dijo el hombre poniéndose de pie—. Pero aún diré más. Ustedes proliferan como hongos entre el hambre de aquellos que están destinados a desaparecer. Nosotros queremos salvarlos, de ser posible, pero ellos tienen prisa, y los culpables son ustedes. Vuestros discursos les crean necesidades y apetencias en las que jamás pensaron y se vuelven cada vez más levantiscos y peligrosos. Pero nosotros conservaremos el poder pese a todo. No olvides que aún no hemos usado de la fuerza, disciplinada y racionalmente. Saldrás pronto en libertad, pero no vuelvas a intentar golpes de sorpresa. Lo sentiría por ti, hermano. ¿Me crees?

—Me parece extraño este sentimentalismo tuyo...

—Yo lo abomino. Ya te he dicho que aún no somos los hombres del futuro. Aún nos queda el almizcle de debilidades y emociones. Aún, infelizmente, somos capaces de estimar a alguien...

Hernando miró al hombre profundamente, a la escasa luz de aquel atardecer que ingresaba ya a la pequeña habitación por una alta ventana, e inmediatamente sintió pena por aquel hombre que había sido su compañero en la infancia, luego su más entrañable amigo, y que ahora era su verdugo. Desde el rincón en que estaba tumbado, e inmovilizado por las ligaduras, se sintió infinitamente superior a él. Una claridad inusitada, como una revelación, alumbró su conciencia. Siempre había dominado a Luis, aún sin proponérselo. Esta realidad, al manifestarse alguna vez de improviso, lo había dejado asombrado. Cuando dictó alguna regla para algún juego; cuando, sin deliberación, había dado una orden cualquiera, con firme tono de voz; cuando le dijo un consejo o emitió una opinión, Luis, el hombre que tenía ahora a su frente, de pie, insultante, se había dejado guiar, o había obedecido inconscientemente.

Hernando ahora pensaba que Luis jamás había podido despojarse de aquel sentimiento que siempre lo había supeditado a él; a su superioridad bondadosa, de la cual jamás, empero, había abusado. Por eso, al destello de aquellos recuerdos, levantando la cabeza cuando podía, dijo quedamente, pero con firmeza:

—Luis, desátame.

Luis vaciló. El tono firme y seco de la voz de su antiguo amigo le llegó nítido desde las brumas de un pasado dormido en su interior, pero no muerto. Bajó los brazos; tanteó los bolsillos traseros de su pantalón y extrajo algo de uno de ellos.

—Desátame —volvió a decir Hernando.

Entonces Luis obedeció. Se aproximó a su amigo y le cortó con un cortaplumas las ataduras. La sangre coagulada se desprendió, mientras que otra sangre, tibia, nueva, comenzó a fluir de las heridas.

Hernando, ya libre, se puso de pie y miró a su amigo. Se sintió fuerte, alto, altivo. Su mirada dominaba la figura esmirriada de Luis, apenas una sombra en la penumbra.

—Ábreme la puerta —sonó de nuevo la voz de Hernando, sin exceso.

Luis dudó. Un instante más y la puerta estaba abierta a una noche fresca y clara. Hernando respiró profundamente, casi ya sin ocuparse de Luis. Sin volverse vio un patio gramado y, como a 30 metros, un potente foco encendido en lo alto de un poste.

—Me voy —dijo Hernando—. Me bastará cruzar aquella alambrada —añadió—. Adiós, y gracias... —y salió de la celda.

Luis no respondió. Hasta ese momento había obedecido maquinalmente, la mente en blanco. Miraba alejarse a su amigo, con paso firme, erguido, sin miedo. Una sombra pasó por sus ojos, se diría que de tristeza, y dijo “adiós” con suavidad.

Entretanto Hernando había llegado a la alambrada. La luz del foco lo iluminaba mientras se hacía de algo para poder trasponerla. Ya había comenzado la ascensión cuando Luis extrajo su pistola y le apuntó con seguridad. Los disparos solo cesaron cuando el cuerpo de Hernando quedó inmóvil sobre la grama.

El llanto del impuesto

Jorge Suárez*

Tú, sin motivo me acusas. No sabes si soy o no soy y me acusas. Mi padre, para que sepas, era el Juan Maita, pero le decían Juan Cuerdas, por mal nombre. Le decían Cuerdas porque hacía jáquimas y trenzaba cabestros para los animales. En la canchita donde trabajaba, allá en Irupana (¿conoces Irupana?) deben estar todavía sus estacas de tesar la cuerda. Tiesitas, ¡testigos son de su trabajo! Si estoy aquí, no es por ladrón como tú dices. A nadie yo he matado. A ninguna mujer he abusado. ¡Pobre mi madre que no está viva y que te cuente que yo untaba las lonjas con el cebo para que se suavicen al sol! Después venía mi padre y las trenzaba. Al rengo don Matías que tiene sus chacos en Lavi puedes preguntarle quién soy yo, si quieres. ¡Qué mierdas! Me dices ladrón y quieres que me calle. ¡Ladrón serás tú que ni nombre tienes y solo por el Rompebolsas te llaman los que te conocen! Si estoy aquí, ¡carajo!, no es por lo que tú piensas.



—¡A ver, José Maita! —me llamó el Salustiano, el que maneja el sindicato—. ¡Vas a venir al pueblo mañana porque hay concentración!

* Jorge Suárez nació en La Paz en 1931 y falleció en Sucre en 1998. Poeta, narrador y periodista. Escribió los poemarios *Hoy fricasé* (1953, en colaboración con Félix Rospigliosi), *Melodramas auténticos para políticos idénticos* (1960), *Elegía a un recién nacido* (1964), *Sonetos con infinito* (1976), *Oda al padre Yunga* (1976), *Sinfonía del tiempo inmóvil* (1986) y *Serenata* (1990); además del libro de cuentos *Rapsodia del cuarto mundo* (1985), y las novelas *El otro gallo* (1982) y *Las realidades y los símbolos* (2001). Su *Obra reunida* es el tomo 115 de la BBB.

“El llanto del impuesto” fue tomado de *Rapsodia del cuarto mundo*, La Paz: CEUB / UMSA.

El Salustiano me habló desde su tordillo, sobre la senda que viene a dar a mi cocal, en la cuesta de Pampasi. Yo estaba en la puerta, sentado en el poyo, y me había sacado el sombrero cuando el Salustiano se me apareció en la senda. No es campesino el Salustiano y, si no te quitas el sombrero, se acuerda después y te pone multa en el mercado.

—¡Está bien, jefe! —le respondí, mordiéndome la lengua.

—¡Ni qué hacer! Si vieras, cada vez que al Salustiano le da la gana, hay concentración. Mañana voy al almácigo para ver mis plantitas, te dices, y no puedes ir porque al Salustiano se le ha ocurrido reunir a la gente. De esto vive el muy pícaro. ¡De eso! Y de acaparar todo el maíz de la zona. Cuando quieres comprar maíz, tienes que comprarle a la Rosenda, que es la chola del Salustiano. Sí, pues, es su chola, pero mejor te callas, porque si el Salustiano te escucha, te mata. Así que al otro día tuve nomás que subir al pueblo, con pena de mi mujer que estaba temblando en el catre, por el susto de la coral que le había salido en la aguada. En el camino lo encontré al Pablo Choque, ese que tiene su naranjalito junto al río, colindante con mis hualusas, ese mismo. No le dije Pablo, cómo estás, porque Pablo Choque, mala gente, es seguidor del Salustiano. Me pasé de largo y lo dejé en la cuesta con su cabeza de plátanos al hombro. Después me di la vuelta y le grité: ¿Para quién son esos plátanos? Seguro, me contesté yo mismo, son para el Salustiano, y seguí caminando. Cuando llegué al pueblo, hubieras visto, la plaza estaba llenita. No había dónde pararse. Sobre el tejado de la iglesia, que está al lado contrario de la alcaldía, había una fila de gallinazos. Nunca, te digo, había visto tanto gallinazo junto. Algo se me hizo en el corazón y me saqué el sombrero, porque frente a la alcaldía, sin tropa, se habían estacionado también dos caimanes del Ejército.

El Salustiano estaba en el balcón de los Álvarez, los dueños de la pulpería. ¿No los conoces a los Álvarez? ¡Tienes que conocerlos! Son los dueños de la casa de dos pisos. Cuando llega el prefecto, ahí se aloja. Cuando el Cristo sale en procesión entra en esa casa y los curas le cantan misa. ¿Dónde crees que está el estandarte del pueblo? Ahí, en la casa de los Álvarez, esperando a que haya fiesta para subir al palo.

—¡Compañeros! —empezó a gritar el Salustiano para poner orden. (Daba risa el gordo, agarrándose de las barandas, de miedo a caer en la plaza)—. ¡Compañeros! Está aquí en Irupana, para hablar con el pueblo, el ministro de Asuntos Campesinos.

¡Fiero cochino que era dirigente de la Central y se vendió al gobierno para ser ministro, el Felipe Mendoza había llegado a Irupana! Ese era el motivo de la concentración. Cuando al Salustiano se le acabaron las alabanzas, la gente empezó a jalear y el Felipe salió al galpón.

—El presidente me ha enviado para hablar con ustedes.

Dijo esto el Felipe y el Salustiano ordenó más aplausos. Animado por el jaleo, el Felipe le metió con todo: el desarrollo, nos dijo. La deuda, nos dijo. La crisis, nos dijo. El estaño, nos dijo. Y su voz fue creciendo. Como en la tormenta, cuando se acercan los truenos. Como en la tormenta, cuando se alumbra el cielo y salta el relámpago:

—¡Hay que pagar impuestos porque también somos bolivianos! —nos dijo y se armó el lío. Hubieras visto, qué alboroto.

¡Pum! ¡Pum! Sonaban los tiros. Y cuando pasaban por tu cabeza, sss... decían. Te ibas a los costados y era peor, porque los militares, seguro que habían venido la noche anterior con las sombras, te hacían volver al centro de la plaza, punzándote con sus bayonetas. ¡Qué alboroto! Nadie quería saber del impuesto. La gente comenzó a moverse hacia la casa de los Álvarez. ¡Hubiéramos entrado y ahí nomás se terminaba el Fiero! Pero, otra vez, sonaron los tiros. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Cuando pasaban por tu cabeza, sss..., decían. Te ibas a los costados y te encontrabas con las bayonetas. Calló por último la bulla y vino el silencio.

Ni un grito.

Ni un llanto.

Ni un suspiro.

Si te digo ahora que en ese silencio se podía escuchar el canto de la lombriz, no te miento. La voz del Felipe resonó en toda la plaza.

—¡Los que estén de acuerdo con el impuesto, levanten la mano!

Nadie levantó la mano.

Entonces, el Salustiano se le acercó al Felipe y le dijo algo. Yo estaba, te digo, puestos los ojos en el balcón y sé que algo le dijo, porque el Felipe alzó los brazos, como pidiendo calma, como pidiendo atención para sus palabras, y consultó:

—¡Los que no estén de acuerdo con el impuesto levanten la mano!

Y nadie, una vez más, levantó la mano, porque nadie tampoco entendió la pregunta.

—No habiendo moción en contra —sentenció el Felipe—, el impuesto está aprobado.

Qué dices, pues, ahora. Qué dices. Hablá, pues, Rompebolsas. ¡Nunca se había conocido semejante iniquidad! Ya no pude aguantarme. Desde mi puesto y alzando el puño le grité al Felipe: ¡fiero cochino! Y de todas partes, con mi ejemplo, comenzaron a gritarle cochino al Fiero. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! Sonaron los tiros y se acabó el alboroto. Como cuando retiras la leche del fuego, así se acabó. Los soldados bajaron sus fusiles y el Salustiano, aprovechándose del miedo, ordenó en voz alta:

—Levanten las manos los que estén de acuerdo con el impuesto.

La gente –qué más podía hacer– levantó las manos. Yo me estaba escapando por detrás, hacia las quintas, y se me aparecieron los soldados.

—¡Este es! –dijo un sargento.

Y me apresaron.



Ahora, ponte la mano al pecho y dime: todo el año está creciendo la hierba. Limpias el maizalito y ya se ha pasado al cocalito. Entrás al cocalito y ya ha brincado al cafetalito. ¿Y el almacigo? Cada mañana lo miras: las hormigas no perdonan la hoja tierna. Ya están madurando los plátanos y vienen los loros. Velas por la noche el gallinero, y la comadreja se come a los pollos. Imposible es trabajar con suerte: todo tiene su contra. Llega, al fin, la mita y tienes que darle al Salustiano la cuota de oro para la medalla del presidente. Nada alcanza: en el mercado te cobran sentaje para vender, vendes y tienes que pagar la balanza. Te hacen limpiar la cuneta del camino y no te pagan. Te hacen construir la escuela y no hay maestro. Te hacen levantar la posta y no hay doctor. Ponte la mano al pecho y dime, pues, si es justo que todavía te pongan impuesto.

—¡Este es! –dijo el sargento.

—Con permiso, mi sargento, voy a hablar –le respondí yo.

—En la cárcel vas a hablar, honorable.

Y de un culatazo me hicieron callar.



Por eso estoy aquí, por eso. No es por ladrón como tú dices. Me subieron a un camión y me trajeron a La Paz, hasta este calabozo. Yo nomás tengo la culpa, yo, por abrir la boca. Rompebolsitas, ¿tú crees que me soltarán? Hablá pues. ¿Tú crees que me soltarán? El comisario me ha hecho llamar y me ha dicho que estoy metido en un complot. Quién te manda a meterte en lo que no debes, me ha dicho. Riéndose, haciendo sonar sus dientes de oro, me ha dicho: que vengan, pues, los extremistas a sacarte. Que te pongan abogado. Que te traigan frazadas. Que le manden plata a tu mujer. Fregado estás, Maita, me ha dicho: si no es a la cárcel, te han de mandar al destierro. Después, me ha hecho firmar un papel que dice que son mis declaraciones.

Y ahora, la María, mi mujer... ¿Le habrán avisado? Yo aquí sufriendo y la pobre que todavía estaba con la fiebre de la coral. Habrá ido al chaco de don Matías, pensará, y la gomosis estará blanqueando los naranjos.

La emboscada

Adolfo Cáceres Romero*

*Rápidas manos frías
Retiran una a una
Las vendas de la sombra
Abro los ojos
Todavía
Estoy vivo
En el centro
De una herida todavía fresca*
“Madrugada”, Octavio Paz

Estaba ahí tendido, con las venas vaciadas a la tierra, lejos de todo lo que había reclamado: lejos del dolor y la vergüenza de sentirse solo en la derrota; lejos de ese cerco de árboles y voces invisibles que él desafiara. El hombre —el que debía su vida al pañuelo de la Capitana—, por fin había dado con su cuerpo y, sin dejar de escupir, guardó sus armas para examinarlo. El rostro que ahora contemplaba, casi enterrado por los pelos y las moscas, brillaba con una sonrisa de porcelana. “No pudo escapar, entonces”, se dijo, tratando de cerrarle los ojos. “Es el fin”. Sus dedos se hundieron en esas cuencas de hielo. Muerto el jefe ya nada tenían que hacer ahí. Bajo esos labios sellados reposaba la última orden. Todo era extraño bajo ese instante de soledad sin tiempo. El hombre retiró sus dedos fríos. Los ojos lanceolados porfiaban con su brillo. “No pudo huir, el jefe”. Ahora el hombre era el único sobreviviente del grupo. “Muerto”. Recién comprendía el absurdo de ese sacrificio. “¿Cuántos éramos?” Vio sumergirse la fila de rostros en espanto. El río se devoraba la sorpresa de ese instante. Todos habían muerto con los ojos abiertos, como queriendo rescatar algo de ese día. El río. Los peces se cebaban con sangre humana.

* Nació en Oruro en 1937. Narrador, ensayista y docente. Es autor de las novelas *La mansión de los elegidos* (1973), *Las víctimas* (1976), *La saga del esclavo* (2006), *Octubre negro* (2007) y *El charanguista del Boquerón* (2009). Entre otros, escribió los libros de cuentos *Argal-Galar* (1967, junto a Renato Prada; con este ganaron el Premio Municipal de Cuento de Cochabamba), *Entre ángeles y golpes* (2001) y *El puente de los suicidas* (2015), así como del ensayo *Nueva historia de la literatura boliviana* (1987-2011, cuatro tomos) y un *Diccionario de la literatura boliviana* (1977, en coautoría con José Ortega).

“La emboscada” aparece en *Argal-Galar*, Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Ya nadie podría beber de esas aguas sin pensar en la sangre que arrastraban. La fila. Nada parecía alterar su marcha, ni los proyectiles que salpicaban sangre en vez de agua ni las bocas que escupían fuego. “No deben encontrar mi cadáver”: una rama quebrada yacía junto a la orden escrita. El hombre la borró. “¿Cuántos, con la Capitana?”. El río continuaba su marcha. “No deben”: la orden. Volvió a remover la tierra hasta borrarla. “No deben”, leía su mente. Los perros, al otro lado del río, olfateaban sus rastros. Los muertos, desenterrados, eran perseguidos aún debajo de la tierra. “No”: la orden, y desapareció la última palabra. Sacó su navaja. La hoja parecía estremecerse al contacto de la luz. “Qué pronto hiede todo”, se dijo el hombre, sorprendido del ritual que ensayaban sus manos.

El miedo hizo que tiraran a matar. El capitán, con el rostro bañado de sudor, dio la orden de fuego. “¡Nadie debe escapar con vida!”, gritaba. Nadie, ni la mujer que apenas podía tenerse en pie, con el pañuelo blanco en alto. “Mi capitán, la mujer...”. “¡Fuego! ¡Fuego, carajos!”, chillaba el capitán. Hacía rato que esas bocas de acero calculaban sus miras con impaciencia. La orden, la de la emboscada, llenaba las aguas. No era la última. “Fuego, señores, prueben su puntería”. La calesita giraba, lo mismo que las bombillas de luz, escurridizas, que esperaban el golpe que las encendiese. Él apretó su mejilla sobre la madera pulida del rifle y disparó. “¡Prueben, señores!”. La noche estalló en sus oídos. “¡Buen tiro!”, le gritaron. A cada “¡fuego!” las bombillas de luz se iban encendiendo. “Tiene buena puntería, señor”. ¿Por qué ya no sentía esa misma felicidad y orgullo ahí, junto al río? Era más bien la vergüenza de un tropezón y la caída lo que le mortificaba. Ya no apretaba un rifle contra su hombro. Las aguas y sus víctimas seguían en el mismo orden con el que habían iniciado su marcha. Los soldados gritaban locos de contento, sacudiendo su olor a pólvora. “Buen tiro, señor. ¿Es usted militar?”. Las bombillas estaban encendidas. La música. La luz hacía el día. Ahora volvían como héroes. “¿Cuántos eran?”, inquiera un periodista. El campamento se ha poblado de gente extraña. “¿No escapó nadie? ¿Ni la mujer?”. Se ha ganado un ascenso el capitán. El río crecía en sus aguas. “¿Cuántos?”, pregunta otro periodista. “Ah”, dice tomando notas. El río arrastra su caudal de sangre. “Estimado capitán, es usted un héroe que ha salvado la honra del Ejército”, dice un viejo general, vaso en alto. Un héroe. Los soldados no pueden disimular su júbilo. “¿Qué? ¿Había una mujer?”, la admiración del viejo general. Los periodistas acuden a entrevistar a la tropa. “¿Y los cadáveres?”. Los flashes centellean por todos lados. “Ya los vamos pescando del río”, lanza su carcajada un soldado. El capitán y los generales brindan por la patria. “¿Cómo se sienten los héroes?”, la calesita giraba de nuevo y él, el capitán,

estrechando las manos que le felicitaban, se cuadraba y sonreía. El capitán sonreía. “Capitán”, interroga un periodista intruso, “¿usted mató a la Capitana?”. Le era difícil cumplir con su trabajo de héroe.

Los perros ladraban a lo largo del río, olfateando las huellas de sangre. El hombre, cada vez más lejos de esas aguas, daba de comer a los buitres que le seguían. Sobre sus espaldas, en la mochila del jefe, cloqueaban los huesos mondados. El monte, espeso y húmedo, se cerraba tras sus pasos. La hilera vagaba por su memoria. Habían estado caminando en busca de víveres, sin llevar la cuenta del tiempo. El Ejército seguía sus huellas. Las ramas castigaban el cloqueo de la mochila. Ahora el hombre pensaba en ella, en la Capitana, que fue la primera en rendirse con el pañuelo blanco. El pañuelo que le salvó la vida. El viento arrastraba los lamentos del río, junto a los ladridos de los perros rastreadores. Súbitamente, las ramas se abrieron y, casi al otro extremo del claro, divisó la choza de un selvático. Preparó su metralleta. Los árboles se agitaban sacudidos por el viento. El recuerdo de la Capitana llenaba el ambiente. Su muerte. No era la primera vez que sus manos sudaban al contacto de la empuñadura plástica de su arma. Nuevamente se hallaba en el límite del miedo. El claro es un remolino de hojas y tallos retorcidos. Quisiera romper esa quietud con una ráfaga de fuego. La mochila sigue con su cloqueo seco, marcando sus movimientos. La choza está deshabitada. Los buitres que le seguían se iban alejando. “Ya, ya”, se tranquiliza. El hambre le obliga a registrar la choza: “¡no te muevas!”, de pronto ordena una voz a sus espaldas. “Ten las manos en alto”. El cloqueo de la mochila ha enmudecido. El hombre se deja quitar el arma. “¿Qué buscabas?”, pregunta la voz. Él no puede responder, aturdido por la sorpresa. “Levanta más las manos”. Es una voz desconocida para él, lejana en su acento cantarino. “Tengo hambre”, dice por fin. “Date la vuelta”, ordena la voz. Las paredes de caña se sacuden con el viento. El hombre, al volverse, reconoce a un barbudo como él. “Eres de...”. Va a preguntar, bajando las manos, pero el otro le corta violentamente con el arma sobre el pecho. “¡Quietos! ¡Quietos!”, amenaza. Sí, era un guerrillero, como él. “¡No te muevas o disparo!”, dice con furia, luego aparecen dos guerrilleros más. En todos ellos se advierte el hambre y la fatiga de los que huyen. “El jefe ha muerto”, dice el hombre. “¿Sí?”, es la única respuesta que le dan. “Aquí tengo sus huesos”. Los dos guerrilleros se le aproximan para quitarle la mochila. “Y cómo podemos saber que son de él”, dice uno de ellos. “Es el jefe, murió en una emboscada”, argumenta el hombre. El miedo vuelve a mojarle las axilas. “Murieron todos, inclusive ella, la Capitana”, dice. Los otros permanecen en silencio, revisando la mochila. Los huesos caen al suelo. “Aquí falta el dinero”, dice

uno de ellos. “Solo yo me salvé”, continúa el hombre. “Quién nos dice que no eres un traidor, ¿eh?”, su boca hiede bajo el gesto de amenaza. “Tú hiciste matar al jefe”. El viento parece sollozar entre las ramas. Están locos, piensa el hombre. Es mi locura, la locura del jefe y de la Capitana y de todos los que andamos perdidos en esta selva. Es la locura del miedo, de la desconfianza. Mi locura. “Confiesa que los llevaste a la emboscada para quedarte con el dinero”, grita el otro, el que le apunta con el arma. El hombre ya no les hace caso, le preocupan sus brazos que empiezan a pesarle. “No te muevas”. Sus brazos que le duelen. El arma continúa a la altura de su pecho, insensible. “¿Dónde está el dinero que robaste?”, grita uno de los que registran la mochila. Los brazos se cuelgan del vacío. “¡Más arriba las manos!”. Sus bolsillos son vaciados y rotos. “No hay nada”, dice el que ahora lo registra con sus manos cuarteadas. Manos de ladrones, piensa el hombre. Ladrones hambrientos. Desertores. Qué pena... Nada. Yo también tengo hambre. Pobres. Hambre. Pobrecitos. “Te juzgaremos aquí mismo, por ladrón”, el gesto hediondo, “por traidor”. Qué pena, mis brazos. “Si no hablas, serás fusilado”. Qué pena, qué pena. “No, no; mejor será colgarlo”. Los brazos se hallan dormidos en el aire. El hombre ya no los siente. Esos brazos ya no le pertenecen. “Bien, ¿vas a hablar ahora?”. Las palabras ya no le importan, lo mismo que esos brazos que flotan en el aire pestilente de la choza.

—Cúidese, mi capitán, se la tienen jurada.

La selva con su vaho verde, tibio, alerta el paso de la tropa que va confiada del olfato de los perros. Ahí cerca, después de la espesura, el claro se presta a una emboscada. Los soldados se agazapan por instinto. El silencio les previene de algo que quizás no existe, pero que en ese oficio es inminente: el peligro. El capitán se limpia la transpiración. El calor es sofocante a esa hora de la tarde. El guía está a su lado, tratando de contener a uno de los perros.

—Yo también se las tengo jurada —dice el capitán, guardando su pañuelo—, y ellos lo saben.

Su rostro, bajo la gorra que arde, ha adquirido una expresión dura. Levanta una mano en señal de alto. Se hallan justo al borde del claro. Los rastros que siguen se pierden en la choza. La orden vuela de boca en boca, y los soldados se deslizan velozmente en grupos de tres hombres. Los perros penetran en la choza sin encontrar nada. “No hay nadie”, dice un soldado interrumpiendo su sigilo. El capitán ha comprendido el gesto y ordena el avance del resto de la tropa. En el claro los soldados corren en zigzag. Todo parece un juego. Junto a la choza hay más huellas de las que esperaban encontrar.

—Bueno —dice el capitán, sonriendo—, parece que vamos a pescar dos bandoleros más. Uno de ellos debe ser el jefe.

Los perros, tiesas las orejas, gruñen al contorno.

—Suéltelos —ordena el capitán.

Las colas se sacuden con la espesura que sacuden. El viento va disminuyendo su paso. Las ramas se agitan pesadamente. Muy alto, entre las ramas de un árbol, los perros han descubierto un cuerpo que oscila como péndulo. Los ladridos son más encarnizados. “¡Mi capitán!”, grita el guía, “aquí hay un hombre colgado”. Los buitres revolotean el cielo que se va nublando.

—Está muy alto —dice el capitán, viendo que algunos hombres se aprestan a subir al árbol—; nadie se mueva, voy a bajarlo de un tiro.

Los perros ya han ubicado otra presa. Sus ladridos han cambiado de tono, ahora se gruñen y amenazan entre sí.

—¡Qué pasa! —chilla el capitán, nervioso.

—No sé, parece que han encontrado unos huesos —dice el guía.

—Quítenselos.

Los perros se resisten y escapan.

—Son humanos —dice el guía, al tiempo de recoger otras piezas.

El aire se ha tornado gris, con los buitres girando en torno. Los perros continúan distraídos con los huesos. Los soldados tratan de identificar la figura del colgado. “Es un guerrillero”, dicen. “Puede ser un colonizador”, dice el capitán, impaciente. No tiene tiempo que perder. Pide un fusil y apunta a la liana que oscila. Otra vez su mejilla siente la dureza del arma. Piensa en todo, en que, después de completar la caza de sobrevivientes de la emboscada, será ascendido a mayor; piensa en la guarnición que espera su retorno, los generales que lo abrazan. El premio. Uno de sus ojos se va cerrando cuidadosamente hasta crecer la mirada sobre su objetivo. “Señores”, la voz de la calesita vuelve a acompañarle, “prueben puntería”. Es también la voz del río. La calesita gira, lo mismo que las bombillas sin luz. La música golpea sus oídos. El caño del arma tiembla con la presión de sus dedos mojados. “Prueben, señores”. La calesita lo marea. Voy a perder el premio, piensa. Los perros ladran.

—A ver, tente —dice el capitán, bajando el arma—, pruebe usted su puntería.

Ese gesto parecía una señal porque diez automáticas probaron puntería desde los cuatro costados del claro. Los destellos quemaban la sangre. El río crecía con los cuerpos sumergidos. En el remolino de las hojas giraba la calesita, desenfundada. Las bombillas, súbitamente encendidas, se perdieron en ese cielo poblado de buitres.

La noche con Orgalia

Renato Prada Oropeza*

Para Eduardo Mitre, poeta

Al llegar a su casa y llamar a la puerta, un latón negro, pensé que algo no estaba bien. Nadie contestó y de adentro, desde el único cuartucho que está al fondo del canchón, venía un rumor de pelea y llanto. Volví a llamar más fuerte, esta vez sirviéndome de una piedra. Alguien se acercaba. Miré el cielo siempre tan lindo en las noches de otoño: un montón de estrellas parecía divertirse mirando a los habitantes de la Tierra.

—¿Es a Orgalia? —dijo el hombre que me abrió la puerta.

—Sí, ¿cómo está usted? —contesté viendo, en la penumbra, sus ojos humildes de niño avergonzado.

El hombre no contestó. Dejó la puerta y se puso a caminar mirando el cielo. Se detuvo y, después de un momento en que pareció que recién pudieron llegar mis palabras a sus oídos y a su cerebro, volvió a mirarme y me dijo:

—Ella se ha ido, se ha marchado de casa.

Me quedé perplejo. Miré a su padre que me ocultaba el rostro quizá para que no viera sus ojos llorosos.

—Orgalia —dije.

—Se ha debido ir a La Paz o a cualquier otra parte —dijo su padre.

* Nació en Potosí en 1937 y murió en México en 2011. Narrador y académico. Escribió las novelas *Los fundadores del alba* (1969), *El último filo* (1975), *Larga hora la vigilia* (1979), *Poco después, humo* (1989) y *Las máscaras del otro* (2008). Es autor de los libros de cuentos *Argal-Galar* (1967, junto a Adolfo Cáceres Romero; con este ganaron el Premio Municipal de Cuento de Cochabamba), *Ya nadie espera al hombre* (1969), *La ofrenda y otros relatos* (1981) y *Los nombres del infierno* (1985).

“La noche con Orgalia” forma parte de *Ya nadie espera al hombre*, La Paz: Don Bosco.

Recién me di cuenta del frío que hacía. Metí las manos en los bolsillos de mi pantalón y me puse a mirar el suelo.

—Esta es la segunda vez que se va —dijo el hombre—. Esta vez no iré tras ella. Cada uno tiene que buscarse la vida. Yo no puedo con estos problemas. Usted sabe que lo que gano como albañil no me alcanza para nada.

El hombre se calló cuando yo pensaba seguir escuchando sus divagaciones. Recordé, de golpe, a Orgalia. Al frente mío se extendía el terreno sembrado, desde una eternidad, de maíces que en esta época del año se ponen amarillos. La noche parecía la misma de siempre: una pequeña brisa que levantaba sonidos traviosos en las hojas de las plantas, el croar de las ranas en el arroyo, esperando e invitándonos a que fuéramos tras ellas, y, también, la voz de Orgalia murmurándome al oído mientras tomaba mi mano:

—Vamos, cogeremos muchas ranas esta noche.

—Pero yo no sé para qué. Me dan pena esos bichos.

—Es para venderlas a un gringo. Dice que se las come.

—Deben ser feas.

—No te importa eso. Mañana yo iré a venderlas y te daré el dinero cuando vuelvas a la noche.

Me apretaba más la mano cuando cruzábamos el inmenso maizal con las hojas rozando nuestros rostros, nuestros brazos, dejándonos una impresión de caricias frías en el cuerpo.

Siempre era Orgalia la que llegaba primero al arroyo. Apenas llegaba yo, las ranas se callaban. Podía ver un dejo de reproche en la mirada de Orgalia. Yo quería decir algo para disculparme de mi torpeza, pero ella me tapaba la boca con su mano tibia y acariciadora.

Teníamos que estar sin movernos, respirando apenas, hasta que la más arriesgada de las ranas se pusiera a cantar para llamar a su compañera. Entonces, Orgalia se abalanzaba y a mí me entraba un poco de lástima el canto roto en lo mejor de su euforia.

Después de un rato, el vestido de Orgalia (una bata de género simple) estaba completamente mojado.

—Cogerás un resfrío —le decía.

—Ya son suficientes, ahora vamos a casa a contarlas.

Mientras volvíamos, la luna iluminaba el cuerpo de Orgalia, sus trenzas húmedas y sus ojos brillantes cerca de los míos.

En su casa, sus hermanos menores se despertaban cuando una de las ranas lograba zafarse de la bolsa hasta el rincón donde dormían. Sus padres nos miraban casi con indiferencia y solo por respeto a mí no la castigaban por llevar las ropas en ese estado.

—Ven mañana a la misma hora y te daré la mitad de lo que me paguen —me decía Orgalia al tiempo de darme un beso en la frente como despedida.

Algunas noches yo no volvía porque a mis padres se les metía en la cabeza la idea de que no estaba bien eso de ir a lo de la hija del cuidador de nuestros terrenos a estarme hasta tan tarde para volver fatigado y sin otras ganas que esperar la noche siguiente.

—¿Sabe su madre lo que ha pasado con Orgalia? —me dice al fin el padre de ella.

Niego con un movimiento de cabeza que no sé si alcanza a ver el hombre desde donde está.

—La señora le habría prohibido que venga —dice el hombre.

No le contesto porque estoy escuchando nuevamente el croar de las ranas y el batir de las hojas secas del maizal bajo el brillo de la luna llena que se ha levantado justo encima de la choza de Orgalia y empieza a elevarse en la noche estrellada.

—Ya no volviste más —me dice Orgalia.

—Me enviaron a estudiar al extranjero —le digo y le tomo de la mano.

—Todo un año y ni siquiera una cartita —dice ella retirando sus dedos de los míos.

—Vamos a coger ranas —digo.

Ella baja la cabeza. Me da la impresión de estar llorando en silencio. Me acerco y le acaricio el cuello. Le cojo del mentón para levantar su cara, pero ella hace fuerza y se queda así, sin mirarme, durante un largo momento.

—¿Qué estudias? —me pregunta.

—Filosofía y letras —respondo, sin lograr dar la sonoridad y el énfasis que siempre impresionan tanto a los que me escuchan.

—¿Es algo interesante? —dice ella y se interna en el maizal seco.

No le respondo. Empiezo a hablar de otras cosas: de mis experiencias en el país extraño, de mis impresiones y de mis recuerdos. Le digo que la recordaba mucho. Ella no parece escucharme.

—¿Y cómo te fue con las chicas? —me pregunta.

Me callo. Ella se ha parado. Los tallos de los maíces son más grandes que nosotros y sus sombras casi nos cubren por completo. Nuestras cabezas emergen apenas como si las sacáramos de un pantano betunoso. Le tomo del hombro y quiero volverla para hablar de cerca.

—Yo también he tenido mis experiencias —dice y se suelta con brusquedad.

Me quedo clavado. Pienso que hay algo que nos aparta y nos coloca muy lejos a uno del otro, una masa más densa e inmisericorde que la sombra que envuelve nuestros cuerpos, una materia imposible de verla y palparla, que se ha metido entre Orgalia y yo, y que nunca podremos quebrarla para ir nuevamente a coger ranas o, simplemente, para correr juntos por el maizal y el campo húmedo.

—Las ranas —digo.

—Ya no podremos ir más —me dice y vuelve a su casa corriendo sin que yo intente siquiera alcanzarla.

El hombre da unos pasos hacia mí y me tiende la mano para decirme adiós.

—Usted es como su padre —me dice—. Él hubiera entendido todo. Por favor, no le diga nada a su madre, no querrá que siga cuidando sus terrenos.

El hombre me da un apretón de manos y se entra al canchón sin trancar la puerta.

Camino despacio. Tengo deseo de ir hacia el arroyo y ver, si es posible, una ranita por lo menos. Al cruzar el maizal me parece que ella, Orgalia, está junto a mí como siempre, que me coge de la mano y me dice:

—¿Otro año en el extranjero?

—Sí, el tercero.

—Saldrás todo un cráneo —me dice.

Quiero abrazarla y acercarla a mí como antes. Ella no opone resistencia.

—Las ranas —dice.

—Las ranas —digo y ellas se callan. Ya no cantan más. Me paro al borde del arroyo. Me deben estar espiando para ver que me aleje y entonces ponerse a cantar toda la noche.

—El segundo año no viniste —me dice.

—Sí, vine, pero tú estabas...

—Calla —dice.

Empiezo a alejarme del arroyo. Cuando estoy en medio maizal escucho nuevamente el canto nítido, de cristal y plata, de las ranas. Llego frente a la casa de Orgalia. Ya nadie discute adentro. “Sus hermanos menores deben haberse dormido”, me digo. Sin embargo, me quedo todavía un momento más porque no quiero irme antes de ver salir, por la puerta estrecha, a la niña descalza y vestida con una bata de tela delgada que viene a mi encuentro, me toma de la mano y me dice al oído que me estuvo esperando y que sus hermanos ya se habían dormido.

—Porque para cruzar este campo tan triste y solitario, ir hasta el arroyo y atrapar las ranas se necesita ser como somos ahora: zambullirnos sin

mucho ropaje en el maizal y la sombra, coger nuestras manos de niños y no creer, nunca, que la luna no saldrá para alumbrarnos el sendero –dice Orgalia mientras su imagen se va desgranando poco a poco para caer en la noche y quedar confundida con la sombra de los maizales que ya no existen en el presente.

El sueño del pez

Raúl Teixidó*

Mi sueño, como todo sueño, carece de historia, de tiempo, de infancia. Está arraigado en mis nervios, en mi sangre, se aferra a mí con dolorosa persistencia, como una planta maligna.

Llega el día en que la verdad se introduce furtivamente, como un ave nocturna, por alguna desgarradura del espíritu, y allí anida, hasta que escuches sus graznidos.

¿Qué pensar de un cierto rincón habitado del planeta que, imprevistamente, y en compañía de sus casas y sus gentes, empieza a girar sobre su propio eje, como un enorme artefacto de feria, trastrocándolo todo? Algo así aconteció en mi sueño: aquel pacífico lugar por el que transitaba se vio de pronto atrapado en mitad de un vendaval que lo puso de patas arriba, en medio de una densa humareda de hierbas y desperdicios voladores, en una especie de carrera sin objeto. En tanto esto acontecía, no captaba ruido alguno, ni percibía en la piel el terror que desata un cataclismo inesperado sobre las zonas en convulsión. Los árboles se doblegaron sin oponer resistencia, las viviendas se derrumbaron como figuritas de papel. Y yo, en medio de esa turbulencia, buscaba en vano un palmo de tierra firme para no verme arrastrado, como una marioneta, por ese capricho extremo de la naturaleza.

Paulatinamente, el impulso se fue debilitando, y remitió la rabia ciega. Los objetos que sobrevolaban peligrosamente cayeron, rodando por los

* Nació en Sucre en 1943. Narrador y ensayista. Con “El sueño del pez” ganó el Primer Concurso Nacional Edmundo Camargo. Es autor de la novela *El emisario* (1992) y de los libros *Los habitantes del alba* (1969), *En la isla y otras narraciones* (1991), *Una travesía* (2008), *Cuentos de otoño* (2010) y *Viajeros del atardecer* (2014).

“El sueño del pez” fue publicado en 1966 en *Antología de cuentos. Primer Concurso Nacional Edmundo Camargo*, Cochabamba: Imprenta Universitaria.

suelos, golpeando las paredes y el tronco de los árboles. Otros, de menor peso (papeles, hojas secas, polvareda) formaban una turbia llovizna que ensombrecía la atmósfera.

En un momento dado, todo volvió a estar como antes. Me encontré sumergido en la beatífica paz de un acuario, sin haber experimentado dolor ni sufrido contusiones. El mundo en derredor había adquirido una transparencia de aguas profundas. Un rumor de vertiente o de cascada llegaba a mis oídos. Brillos juguetones, como largas espadas de luz, atravesaban el espacio. Se me antojó estar contemplando un paisaje marino desde una escafandra. Reconocí vergeles, setos, senderos que se multiplicaban, la inconfundible flora de los parques y los jardines urbanos. Las copas de los árboles parecían anhelar la claridad que provenía de lo alto y que se difundía por doquier. De rato en rato, un ligero temblor agitaba el contorno de ese vasto escenario, debido al paso de algún vehículo, y luego la quietud retornaba, como una fotografía que va adquiriendo forma en el lecho del líquido revelador.

El lugar era el mismo por el que paseaba antes de aquella silenciosa conmoción: asientos sobre un terreno oscuro, flores, una fuente, el ámbito familiar de la plaza principal de la ciudad, casi a todas horas habitada por la fauna de lugareños que exhibían, sin reparo, su presencia irrelevante, su presunción y su estulticia.

Tomar conciencia de ello me permitió entender la razón de lo que ocurría: el comienzo de mi liberación, la angustia de asumir, de pronto, la realidad de *mi propio yo*, que se abría paso hacia la superficie de mi ser. Contemplé mis manos y me las llevé luego al corazón. Adivinaba mi imagen, desvaída, como la de un explorador perdido en lo profundo del océano.

Poco después (o quizá luego de mucho tiempo, lo ignoro, dormía) tuve frente a mí a un sujeto magro y cariacontecido, cuyo triste gesto parecía implorar mi atención: era mi propio fantasma, liberado, el patibulario bufón escondido en mi interior. El sopor que me dominaba no me permitió exteriorizar la aprensión que me provocaba su aspecto. Caminaba junto a mí, como si me llevara del brazo. En lo alto de ese escenario adormecido, alguien se reía a carcajadas.

Me dejaba ir, como una piel vacía, junto a mi otro yo, en quien me veía reflejado hasta en el más mínimo movimiento: ambos éramos *uno solo* y, sin embargo, nos mirábamos con desconfianza. Ocupamos un asiento del parquecillo, como dos paseantes despreocupados.

Diminutos peces flotaban en torno a nosotros, colándose graciosamente entre los intersticios del asiento, puñados de pequeñas burbujas surgían y desaparecían por doquier, retazos de musgo correteaban por

el suelo. Me sentía desnudo, como el hombre del paraíso. Y la mirada de quien estaba junto a mí era tan torva como la del propio Dios bíblico: cruel y desaprobadora. Su rostro parecía arañado por la garra implacable del vicio o el abandono. Me resistí a reconocerme en esa mala copia, en ese desgarbado reflejo, como el de un espejo deformante. Su ropa ondulaba al impulso de la suave corriente, mostrando protuberancias que cambiaban de sitio constantemente; desprendía una especie de serrín, como un títere despanzurrado y de sus bolsillos se deslizaban, hacia el suelo, restos de serpentinas que parecían largos y blanquecinos gusanos.

Sus labios se movían, se estrechaban, se distendían, pero, al principio, no logré entender lo que decía, deseoso de liberarme de su incómoda presencia, que me producía la sensación de estar avergonzado *de mí mismo*. Rechazaba la idea de que su imagen era la de mi propia alma contaminada por la vulgaridad, desengañada. El reflejo de mi existencia narcotizada. Aquel hombrecillo era yo y habló por mí y dijo todo aquello que yo no me atrevía a expresar en voz alta. “No desespere –fue lo primero que le escuché decir–: estamos aquí para entendernos. Sigue usted siendo el mismo, no ha muerto en su espíritu la razón ni la sensibilidad. Su inicial desconcierto era previsible, ahora mis palabras vendrán a sosegarlo, si es capaz de mirar las cosas desde una adecuada perspectiva. Cuando se toca el fondo de sí mismo, la angustia es una visitante fiel, pero pasajera. He huido del estrecho reducto de su alma, en el que me tiene usted encerrado. Soy como la sangre de una herida que pugna por salir. No me agrada su modo de enfrentarse a la realidad, ni la bazofia con que alimenta mis inquietudes. Exijo mucho más. He tenido que esperar a que caiga usted en un profundo sueño para que, de verdad, me preste atención. Me ha echado usted unos cuantos huesos, para distraer mi hambre, pero, en realidad, se está usted engañando a sí mismo haciéndolo. ¿No es consciente, acaso, de la imbecilidad que adorna, como un halo santísimo, la vida de esta colonia de zánganos? No se comprende qué hacemos en medio de esta sociedad de respetables cretinos, de filisteos, de reyezuelos de la banca, de bárbaros bien alimentados. Entre los hombres no debemos esperar que haya arcángeles ni genios allí donde pongas los ojos. Seamos modestos. Exijamos únicamente *autenticidad*. Algunos no sobreviven, es decir, mueren en el intento, y eso es muy loable. Pero yo quiero que usted vuelva. Quiero volver con usted. Aquí, donde nos encontramos, apenas existe un trozo de cielo, un poco de sol, una ráfaga de aire puro. Todo es húmedo y profundo, como el vientre de una ballena. No existe en el ámbito de este mundo sumergido el más leve rastro de una primavera renovadora, lo mismo que en el *mundo real*.

”Hace falta conquistar la lucidez imprescindible que nos permita hacer las paces, echar a caminar. Bajo cualquier cielo, en cualquier época, usted y yo seremos los mismos (por eso el arte hermana, tiende puentes a través de los siglos entre las almas que comparten, aunque sea en mínima proporción, algo de la grandeza de un espíritu creador). Aprendemos a distinguir la cualidad sobre la cantidad, la paja del trigo, la verdad sobre la mentira, a combatir la mediocridad impuesta por cerebros decrepitos, aferrados al credo supremo de su propio beneficio, a costa de sus semejantes. La sociedad es una magnífica colección de los más variados especímenes, casi todos dañinos y perversos. En este mundo sumergido (y también en el que no lo está) nos rodea una solemne fatuidad, una impostura reiterada, una farsa transmitida de generación en generación, un engaño de proporciones planetarias, y las gentes que lo protagonizan, que se reparten los roles y nos reducen al papel de simples figurantes, todos aquellos cuyos huesos seguramente ni Dios querría para avivar el fuego del infierno...”.

Lo miraba, asentía, volvía a mirarlo, pendiente de sus palabras, en las que iba reconociendo mi propio discurso silenciado durante años. “¿Por qué le describo un panorama que usted conoce a la perfección? –continuó, al cabo de unos momentos–. ¿Pura redundancia, gratuita pedantería? Quizá no somos inmunes a los pequeños vicios, compañero. Creemos en la vida auténtica y, a veces, se nos da por ponernos solemnes. Lo que, por supuesto, no nos priva de razón. Si llegáramos al extremo de engañarnos a nosotros mismos, más nos valdría arrojarnos de cabeza a un precipicio...”. “En resumen, ¿qué nos resta?”, me aventuré a preguntar. “Amar la vida, transformar este sueño de alfarero borracho en el hermoso cuento de hadas que quizá lo sea, después de todo. Lo que, en modo alguno, nos hace inmunes al fracaso. Es un peligroso objetivo buscar perlas en los corazones insensibles y corrompidos de muchos hombres, pues nos arriesgamos a concitar su furia y su rechazo. El mundo *tal como es* nos desagrada porque destruye los brotes del árbol joven, marchita las ideas, acalla la música nocturna. Algunos, que piensan como nosotros, ya lo sabe usted, acaban vilmente derrotados y hasta pueden quitarse la vida. Ni usted ni yo haremos nunca ese regalo a los filisteos. Al contrario, persistiremos en imaginar una vida purificada, enaltecida por las grandes virtudes, un horizonte en el que se adivina una vela a lo lejos, el latido de una esperanza. Seamos como esos colosales océanos que, en su afán por alcanzar las nubes, estrellan su poderoso cuerpo contra el acantilado, en un perpetuo trueno de nobleza y vigor. Soñemos con dulcineas escondidas en criaturas mezquinas y vanas, corales en los que no murmura el mar,

sino tan solo la insignificancia y la presunción. Vivamos y, si es posible, hagámoslo hasta el final. En ningún momento huir hacia el reino perdido de la infancia: una vez cobrada conciencia de nuestro ser, ese es un camino sin retorno. Proseguir el camino, sin hacernos demasiadas ilusiones: el mundo real no debe sorprendernos hasta el punto de confundir nuestros pasos. Sea absurdo, compañero: *viva*.

”Y hágalo en busca de esa diminuta y rara flor de luz que tiembla, como un suspiro, al borde de la insensibilidad y la ordinariez. Eche mano de ella, por huidiza y caprichosa que se muestre. Su brillo desaparecerá únicamente cuando desaparezca el hombre tal como lo concebimos.

”No ceda a la presión de la indigna chusma que malogra sus aspiraciones, compañero, manténgase siempre fiel a sí mismo. ¿Qué más da si lo que nos rodea es un acuario, una isla sumergida o el mismo infierno, si lo prefiere? Las cosas están ahí para ser miradas, descubiertas, amadas u odiadas, lo mismo que las personas. No se resigne usted a la amable cárcel de la vida acomodada, incluso pregúntese con frecuencia si hay momentos en los que se disgusta usted a sí mismo. De lo contrario, malgastará su talento y sus sueños serán como el agua que se arrastra a los pies de los transeúntes y desaparece en un sumidero.

”La angustia, el desasosiego, son patrimonio de quienes miran de frente a la realidad, para desafiarla o despreciarla. Eleve su espíritu, no reniegue de sí mismo, confíe...”.

Lentamente su voz se fue extinguiendo. Luego, su figura desapareció. Volví a estar *connmigo mismo*. ¡Qué extraña sensación, poner punto final a un diálogo con mi propia esencia!

Las aguas se enturbiaron, tan sigilosamente como al principio, y el orden de las cosas fue tergiversado nuevamente. Me vi envuelto en una profunda oscuridad, como la del fondo de los mares.

Abrí los ojos y miré en torno a mí: las paredes de mi habitación, la ventana, con las cortinas abiertas. No me atreví a hacer ningún movimiento, como si temiera dar un paso en falso y precipitarme de nuevo en mi pesadilla. Me invadió una reconfortante sensación, interrumpida por una presencia que no había advertido: la muchacha del servicio me subía, como todos los días, la bandeja del desayuno. Me limité a asentir, como si hubiera perdido el don de la palabra. “Disculpe, señor estudiante –dijo–. A lo mejor quería usted dormir un poco más...”.

“Al contrario, le agradezco que me despertara”, respondí al punto. Hizo una venia y se dirigió a la puerta. Extendiendo un brazo desnudo y bien torneado, cogió el tirador, y cerró luego, con suavidad. Una espesa nube de burbujas se elevó hacia lo alto, desvaneciéndose al tocar el cielorraso.

El hijo del difunto

Pedro Shimose*

Cuando Alí Babá sancochó a los 40 ladrones en aceite hirviendo, mi general se tiró en paracaídas para probar que era muy macho. En ese preciso instante, el hijo del difunto estaba comiendo pan dulce con tablillas de naranja agria, ¡ay, qué dolor de muelas! “Esto te pasa por comer tanta golloría”, le dijo Engracia, mientras pasaba meneando el trasero. Se paró, sonriente, mirándolo con malicia. “¿Tenés las muelas chías? ¡Vení, yo te las voy a curar!”. Y se lo llevó al catre.

Después de refocilarse con el muchacho, la sirvienta de los Yuca le dijo cosas ricas al oído y no paró de alabar su hermosa manera de ser hombre, diciéndole que las puertas de su casa estaban abiertas para él todo el tiempo del mundo. Así fue cómo, entre lisura y lisura, el hijo del difunto se fue ganando la confianza de esa camba arrecha de pelo oxigenado.

Cantaban los gallos cuando el patrón despertó, sobresaltado, con la bullanga que venía del patio de los naranjos. La banda de Salinas tronaba una diana con sus latas y cueros. Anselmo Yuca no concebía la felicidad de otro modo ni habría podido imaginársela de otra manera. Sus capangas lo saludaron con una salva de fusilería. Inquieto, ordenó a uno de sus caporales: “Oí, Choco, a ver si alistás a los muchachos, no vaya a ser que aparezca el hijo del difunto...”.



* Nació en Riberalta, Beni, en 1940. Escribió, entre otros, los poemarios *Triludio en el exilio* (1961), *Sardonia* (1967) y *Quiero escribir, pero me sale espuma* (1972), y el libro de relatos *El coco se llama drilo* (1976; 2005) También compuso la letra del conocido taquirari “Sombrero de saó”. Su *Obra reunida* es el tomo 112 de la BBB.

“El hijo del difunto” aparece en *El coco se llama drilo*, Santa Cruz de la Sierra: El País.

Algo frío le rozó el cuello. Abrió los ojos y vio al hijo del difunto, apoltronado junto a él, apuntándole con un Colt 38 largo. Del susto se le pasó la borrachera.

—Feliz cumpleaños, don Anselmo. He venido a matarlo —le dijo el muchacho con exquisita educación.

Fue en plena guerra civil, si mal no recuerdo, cuando Anselmo Yuca mató al difunto, después de rodear la estancia, arrancarlo de la cama, enlazarlo y llevárselo al monte, a la luz de los lampiones. Con un grupo de matones apuntándole a la mala, le hicieron cavar su propia tumba y sin más preámbulo, ¡bererén!, se acabó quien te quería.

El presidente dijo en voz alta para que lo oyeran las potencias: “¡Oooh, la democracia! ¡Oooh, la libertad! ¡Oooh, la dignidad humana!”. Y patatí y patatá, los cabrones que nunca faltan le soplaron al oído: “Aquí hay unos carajos que están fregando más de la cuenta. ¿Su excelencia los quiere empaquetados o sin embalar?”. Una voz respondió desde las sombras: “sin embalar”.

Desde aquel instante, Anselmo Yuca dispuso voluntades, compró títulos, tumbó gobiernos y dictó leyes desde su lejano reducto selvático. El pueblo, de pronto, se volvió amnésico y aquellos obstinados que lucharon por conservar la memoria, acabaron suicidándose, aplastados por los remordimientos. Todos terminaron por admitir que la genealogía de Anselmo Yuca entroncaba con remotas dinastías de fieros conquistadores vascongados y de galanas princesas nórdicas.

El hijo del difunto le hizo señas para que se incorporase. Desde su hamaca, Anselmo Yuca vio, horrorizado, cómo una luna moribunda iluminaba, tenue, un cuadro espeluznante. En el canchón, una ráfaga de viento meció los cuerpos rígidos de sus capangas. Los ahorcados se balanceaban hechos badajos de las ramas de un añoso cupesí.

Anselmo Yuca miró al hijo del difunto con ojos de otro mundo. El muchacho le explicó todo con una palabra: narcótico. Lo demás carecía de importancia. Engracia, la sirvienta de los Yuca, había sido el instrumento del destino.

El reloj daba cinco campanadas, ¿o fueron seis? La sorda vibración del bronce reverberó en el aire limpio de la madrugada. El carretón de la otra vida se alejaba, rechinante, por el horizonte y los gallos empezaban a batir las últimas sombras cuando una voz ordenó: “¡nos vamos de paseo!”.

Los dos hombres caminaron en dirección a ninguna parte. Eso cuentan quienes los vieron atravesar el pueblo por última vez. Uno a caballo y otro a pie, con un pico y una pala en las manos.

Anselmo Yuca llegó a creerse querido y respetado. Movilizada por el terror y las prebendas, la multitud estaba allí sin saber por qué estaba allí. La bombilla atronaba el aire y el viento hacía flamear las banderas. El cura párroco advirtió que aún faltaba un año para las elecciones.

—¿Qué hacemos aquí, entonces? —preguntó el opa del pueblo.

—A quien madruga, dios le ayuda —acotó el sacristán.

—No por mucho madrugar amanece más temprano —replicó la loca del lugar.

Chilcheaba el día de la proclamación de candidatos. “Viene un surcito”, dijo una vieja, embozada en su mantón. Desde el quiosco de la plaza, rodeado de matones, don Anselmo promete el cielo y las estrellas.



Cuando cayó el gobierno, don Anselmo se hizo el enfermo y un buen día desapareció. Unos turistas lo hallaron en Suiza.

—He venido a hacerme un chequeo.

—Pero si allá tenemos buenos médicos.

—No hay nada como estos gringos.

—¿Y qué tienen ellos que no tengamos nosotros?

—Magia.

Mientras cava su fosa, don Anselmo percibe los ruidos del monte, aspira los olores de la selva y piensa en su mujer y en sus hijos. Se arrepintió de haber desgraciado a esa buena mujer que lo quiso en las malas, cuando él, Anselmo Yuca, no era nadie. Una voz lo volvió a la realidad y le recordó un crimen ya lejano. Solo atinó a decir: “no fui yo, muchacho, fue la política”.



A ese quilombo iban los pitucos y los mandamases de turno, pero aquel día se coló un muchacho que no era de por ahí. Don Anselmo llegó, como siempre, armando bulla con la banda de Salinas.

—¡Toquen esa polca que me gusta tanto! —ordenó a los músicos, mientras corría la cerveza—. ¡Trago para todos!

Alguien rechazó la invitación. ¿Quién era el atrevido? Los chusus dejaron de tocar. Se escuchó una voz desde el fondo del salón: “don Anselmo, he venido a matarlo”.

El muchacho lo miró desafiante. Se estaba yendo cuando los capangas de don Anselmo lo pararon y entre todos le propinaron una soberana pateadura.

—Chico —le dijo don Anselmo, paternalmente—, te voy a dar un consejo...

—Cuídese, porque lo voy a matar —le interrumpió el muchacho desde el suelo.

—Oí, camba liso: te doy veinticuatro horas pa' que te largués del pueblo, porque si no... —y rubricó sus palabras con un ademán que olía a degollina.

Ordenó que lo soltaran y sentenció en voz alta para que todos lo escucharan: “que esto sirva de escarmiento”. Enseguida pidió unas ñatitas mientras los cantantes juraban que las palmeras habían florecido por tu amor.



La tumba estaba preparada. A don Anselmo le entraron unas ganas inmensas de ser otra persona, de estar en otro sitio o de no haber nacido. Escuchó rastrillar el gatillo.

Se despertó empapado de sudor, se palpó el cuerpo, notó que le dolía la cabeza. “Todo ha sido una pesadilla”, pensó. Recordó la parranda, su cumpleaños, chasqueó la lengua y sintió la amargura de la vida en su boca reseca. “Yerba mala nunca muere”, pensó. Miró en dirección al patio y en eso estaba cuando a sus espaldas escuchó rastrillar el gatillo de un Colt 38 largo.

Hay un grito en tu silencio

César Verduguez Gómez*

Cualquier similitud con personas, instituciones y hechos de la vida real, no es ninguna coincidencia, es una pobre descripción de ellos, puesto que los hechos reales superan a la imaginación.

Zenón dijo: “ya me lo esperaba, este país es un jabón”, recordó Imelda. Eso lo dijo cuando nos llegó la noticia. Quién lo hubiese creído. Nadie, pero nadie, se hubiera imaginado semejante cosa de Adalberto. Un muchacho apacible, estudioso, nada mujeriego, apenas tuvo una enamorada a la que dejó no sé por qué razones. Pamela dijo que por otra chica. No sé, pero nadie pensaba de él. Yo misma no creo hasta ahora.

Ya todo estaba listo. Imelda no podía precisar si era la primera vez, la tercera o la quinta. Revisó sus anotaciones, su lista para viajes. La maleta pequeña, el neceser, las cartas, el dinero, el pasaje, la cartera, el queque. Zenón estaba callado. Imelda prefería ahora que hablara aunque le hiciera doler la cabeza con sus temas raros, su silencio era más doloroso. Febeí miraba con tristeza, clavando su mirada en el silencio. Imelda estuvo a punto de llorar, pero se contuvo. Podía contener sus lágrimas delante de Zenón, de su hija y de cualquier persona, pero no delante de su hermana. Yo soy la columna de esta casa, soy el hombre, soy la mujer, soy todo, se decía. Yo tengo que hacerlo todo, yo tengo que cocinar, y tengo que trabajar, yo tengo que velar por la casa, yo tengo que reclamar, porque Zenón no puede. Si no estuviera enfermo sería otra cosa. Como en sus tiempos. Me ha dejado toda la carga. Y ahora tengo que ser la más fuerte de la casa. Antes me hubiera tocado llorar, pero ahora no. Una acúa de acuerdo al puesto que ocupa, y si yo no me comporto a la altura

* Nació en La Paz en 1941. Narrador, profesor y antologador. Escribió las novelas *Las babas de la cárcel* (1999), *La noche mordida por los perros* (2007) y *Vivo en la misma soledad de tu sepulcro* (2009), así como los libros de cuentos *Mirando al pueblo* (1966), *Lejos de la noche* (1972), *Once* (1981), *Por nada en tus ojos* (1998), *Un ladrido bajo la lluvia* (2006) y *Noviembre desnudo* (2008), entre otros.

“Hay un grito en tu silencio” aparece en *Once*, Cochabamba: Mentor.

de mi posición, esta casa se va a pique. El cepillo, el monedero. Imelda había llorado en casa de Mildred. Bien, le dijo ella, tú tienes que ser la que debe moverse en esto, tu marido, con lo enfermo que está, no puede hacer nada. Nada, repitió Imelda, suspirando con infinita resignación. Es verdad, prosiguió después al recordar esa charla, y por eso el pobre debe estar sufriendo mucho más; él, que siempre protestaba por las injusticias y le gustaba reclamar y defender a la gente que se veía afectada por alguna arbitrariedad, por algún abuso. La edad mata, y mucho más su mal. Ahora parece que con su propio silencio se estuviera carcomiendo el alma y sus entrañas. De nada vale que yo sea benemérito y jubilado, había dicho, y después de haber servido a la patria casi toda mi vida. De nada, repitió con amarga convicción. Fue idea suya la de meter un papelito escrito en la masa cruda. Imelda dudaba si fue el primer, segundo o cuarto queque que horneó. Todo transcurre para la nada, dijo Zenón. Tanto esfuerzo, tanto tiempo de sacrificio, ¿para qué? El Estado no reconoce ni recompensa servicios en la verdadera magnitud de nuestra entrega. Siempre ha sido así. Siempre. ¿De qué me quejo? Y se hundió nuevamente en el silencio. Pasta dental, jabón, toalla y la ropa interior, una chompa. Mildred le había dicho: necesitas ahora más que nunca de toda tu fuerza. Imelda lloraba. Cuando estaba con Mildred lloraba como una niña. Lloraba en cualquier parte, donde nadie la viese. Solo Mildred había visto sus lágrimas.

Febeí miraba la puerta. No sé si espera el rato que ha de entrar Adalberto o el rato que he de salir yo, pensó Imelda. El animal parecía sentir también la atmósfera grumosa y gris de la casa. Pamela es la única que ha podido asimilar la ausencia de Adalberto, es que todavía es una chiquilla, se dijo Imelda; aquí están sus dulces. Pamela había comprado una bolsa de dulces para que Imelda le entregara, en su nombre, a su hermano. Tienes que ir donde el subsecretario del ministerio del Interior, le dijo Mildred a Imelda, y también anda donde Jorge Ramírez, es amigo mío, le dices que eres mi hermana, él es muy bueno, trabaja en el ministerio de Defensa, te puede ayudar, anda allí, aquí y allá, a tal y cual parte, búscale a fulano y mengano, tienes que decir que tu esposo es benemérito, que tu hijo ha sido siempre el mejor alumno de la escuela y del colegio, que tiene premios y diplomas. Lleva por si acaso sus diplomas. Háblale también a Juan Balderrama, es nuestro pariente por parte de madre. Su padre es primo de nuestro abuelo. En estos casos hay que recurrir a todo el mundo, y ese está en buena posición y con muchas influencias. Le dices así y asá, como si yo no supiera qué debo decir, pensaba Imelda. ¿O tal vez en estas circunstancias una se embrutece sin darse cuenta? La verdad es que

desde aquel día que supe la noticia, vivo atontada. Me avisaron y sentí como un golpe en el pecho. Imelda hizo un esfuerzo para reponerse y de inmediato preparó comida, café, alistó una frazada, compró cigarrillos. Se presentó en las oficinas de la Sección Política. No le permitieron verse con Adalberto, estaba en calidad de preso incomunicado. Por favor, pidió, ¿podrían al menos pasarle estas cosas? Sí, les respondieron, no hay inconveniente.

Solamente es comida, café y cigarros, dijo Imelda. Revisamos por rutina, señora, le respondieron, no se permite pasar notas, cartas, periódicos ni radios.

Zenón, en la casa, estaba entre furioso y apenado: lo de siempre, lo de siempre. Siempre fue igual. Ni siquiera es una repetición. La humanidad no se mueve, sigue igual que antes a pesar de los adelantos científicos y técnicos, a pesar de la existencia de más universidades y escuelas, a pesar de haber más pensadores. Sigue estancada. Su manera de ser, de obrar, de pensar, todo lo mismo de antes, de miles de años antes: ambición, poder, odio, amor. La humanidad es un punto pegado en el infinito. No va a ninguna parte. Está ahí y eso es todo.

Imelda, al día siguiente, cocinó temprano y junto con Pamela se fue a la Sección Política llevando otro portaviandas. Señora, le dijeron, su hijo ha sido llevado a la capital. Preguntó Imelda la misma pregunta que hizo el día anterior, cuáles eran los motivos, qué razones había para su detención, y ahora, cuáles para su traslado a la capital. No sabemos nada, le contestaron. Son órdenes superiores. Pero ¿cómo es posible?, expresó Imelda. Ya le hemos dicho, señora. No sabemos nada. Son órdenes emanadas de las autoridades superiores. Nosotros no hacemos nada más que cumplir. Las órdenes son del ministerio, allí tiene que averiguar. Había piedras tapando sus bocas. ¿Qué siempre ha hecho Adalberto?, se preguntó Imelda. Jamás le había notado ninguna actividad extraña a su vida estudiantil, ni tampoco le escuchó conversación alguna, ni siquiera una alusión, sobre política. Recordó su infancia.

De su pasado tenía un álbum voluminoso de fotografías desde que tenía un mes en el mundo. Y para su futuro abrió una libreta de ahorros, para resguardar su porvenir, para asegurar su existencia venidera, se decía.

Zenón, al enterarse de la nueva mala —el traslado de Adalberto—, comentó: no conocemos las leyes del gobierno, son leyes que no pertenecen a los gobernados. No estamos facultados para conocerlas. Pamela tarareaba, como de costumbre, muy bajo, Imelda terminó su arreglo. Estaba todo listo: la ropa, la maleta, el queque. Desde entonces Pamela fue la cocinera

oficial de la casa. Ella y Mildred estuvieron para despedir a Imelda en la terminal de flotas de transporte. Viajó de noche.

Después de comprar frutas y empanadas, Imelda se dirigió muy temprano al ministerio del Interior, donde ingresó presentando su carnet de identidad. Expuesto el motivo de su presencia, los funcionarios buscaron unas listas y le dijeron: no, señora, no hay nadie de ese nombre en nuestras dependencias. Si lo trajeron del interior es posible que lo hayan llevado directamente a las celdas de la Sección Política y recién nos enviarán el parte y los antecedentes. Sí, sí, claro, puede ir allá.

En la Sección Política nadie pudo o quiso darle razones sobre el paradero de Adalberto. No lo conocemos y aquí no hay ningún universitario. ¿Del interior? Le han debido informar mal o debe haber una equivocación, pero aquí no está. O quizás lo remitieron al panóptico, ¿averiguó allí? A veces, por falta de campo o por razones especiales, se los manda allí. Recordó a Mildred: “seguramente tendrás muchos problemas, chocarás con mil dificultades. El camino no te será nada fácil. No te desanimes. Yo sé que tienes carácter, pero hay circunstancias que doblegan a los espíritus más templados. No decaigas. Recuerda que aún tienes una hija y un esposo que dependen de ti”.

Llegó al panóptico, esperanzada. Pero, para su pesar, tampoco se encontraba ahí. No, señora, no está aquí. No insista. No sabemos. Si estuviera aquí no tendríamos por qué negarle una entrevista, pero no está. Tiene que averiguar en el ministerio. ¿No saben allá? No es culpa nuestra. Imelda sintió una terrible desazón. La carne de su carne le dolía mucho más que cualquier otro dolor físico y moral. ¿Dónde está Adalberto?, se preguntaba. Alguien tenía que saber, alguien debía conocer su paradero, su cárcel. No es posible, se decía en la calle, con lágrimas incontenibles, que una persona desaparezca así como así en una nación civilizada, en pleno siglo xx. Zenón había dicho: si Adalberto se ha metido en algún movimiento político, yo no sé por qué se ha metido. ¿Por qué no habló conmigo sobre esas cosas? Todo movimiento revolucionario es inútil. ¿De qué sirve? De nada. Antes de llegar a la mitad del camino se desvirtúa, se desvía, se estanca, se pierde. Y cuando uno se da cuenta estamos como al principio, no se ha hecho nada, no se avanzó ni un centímetro. Sacrificio inútil de unos cuantos o de muchos miles que luego quedan en el olvido.

Otra vez en el ministerio, Imelda se preguntaba ¿cuántas veces? sin poderse responder a sí misma. ¿En cuántas oportunidades subió esas gradas? ¿Diez, veinte, treinta? Llegó a saber que en los sótanos de aquel edificio existían calabozos y pensaba si en ese momento no estaría su

hijo unos metros debajo de ella celosamente vigilado. Solicitó audiencia, nuevamente. Esperó. ¿Cuántos cientos de horas tuvo que esperar, sentada en una silla o un sillón para entrevistarse con el subsecretario o con la más alta autoridad? Mucha gente esperando, pujando por hablar con el ministro, y cuando parecía que por fin le llegaría el turno, era la hora de cerrar las oficinas o algún personaje jerárquico entraba sin anunciarse, sin espera, para quedarse una eternidad. Otras veces el ministro salía llamado por el presidente o con alguna misión que decía de gran importancia, o simplemente no acudía a su despacho todo el día. No faltó quien, rememoró Imelda, la mujer de un fabril preso, me aconsejara: por si acaso, ¿por qué no viaja a Viacha y a Achocalla? Allí también hay presos políticos. También dicen que hay un lugar llamado Chonchocoro que está en pleno altiplano.

Del paquete de frutas, empanadas, queque y la bolsa de dulce, solo quedó esta última. Me embarqué en un colectivo rumbo a Viacha, una hora de viaje. Y lo mismo: no estaba Adalberto. Me dijeron que Chonchocoro estaba a siete u ocho kilómetros de camino a pie. Por mala suerte las movilidades pasaban por ahí solo día por medio y justamente, como yo no sabía, estaba en el día que no tocaba. Entonces me fui caminando por el altiplano toda esa distancia. Mi cansancio hubiese desaparecido si me decían que Adalberto estaba ahí, pero nada. Con la mayor pena tuve que desandar toda esa distancia. Llegué casi muerta a la ciudad. Al día siguiente viajé a Achocalla, dos horas en colectivo, también en vano.

Imelda no pudo entrevistarse con el ministro, pero sí con el subsecretario, quien le dijo fríamente: es seguro que debe haber alguna confusión. Su hijo debe estar aún en su tierra natal. Como usted misma lo ha comprobado, señora, su hijo no está aquí. Su nombre no figura en ninguna de nuestras listas. Regrese a su ciudad, allí no más debe estar.

En el retorno, la angustia se convirtió en sangre que circulaba por sus venas, convirtiéndose en carne su dolor. Pamela lloró, aunque luego canturreara una canción. Mildred derramó lágrimas en silencio. Zenón dijo: vivimos en círculos. Existe una íntima concatenación en los sucesos de un tiempo atrás con los de ahora, es como si un punto de la historia se hubiese detenido infinitamente, ese punto es una identidad, y es, o está, cada vez, ayer, hoy y mañana. Lo que quiere decir que un acontecimiento, en cada vuelta del círculo histórico, vuelve a acontecer.

Los funcionarios de la Sección Política local le dijeron a Imelda y a Mildred: ¿no está en La Paz? ¡Qué raro! Pero, lo que es aquí, no está. Si quieren les hacemos ver las celdas. No está. Esa misma noche del día de su apresamiento, los detectives comisionados del ministerio se lo llevaron.

Eran órdenes del supremo gobierno. Nos dijeron que lo llevaban a La Paz. Quizás lo hayan dejado en depósito en Cochabamba u Oruro. Por ahí debe estar entonces.

Mañana viajaré a Cochabamba, le dijo Imelda a Zenón, de ahí pasará a Oruro. Y se acostó tratando de quitarse el cansancio que la aplastaba. Esa noche Imelda soñó. Soñó que sufría hambre, que sentía un dolor en sus carnes debido a ciertas tormentas que la azotaban en cada amanecer, que había muchos inviernos acumulados en sus huesos y que sus células se confundían con el cemento y el hierro transminándolas. Sentía lluvias heladas remojando su cuerpo desnudo, truenos y relámpagos estallando en su piel. Sus noches estaban cuajadas de miedo y espanto y rogaba que llegue el alba que jamás llegaba. Palpaba en la oscuridad el polvo al que, muchas veces, se creyó convertida. Un río de vientos de fuego y de hielo recorrió su ser despertándola. No durmió el resto de la noche, repitiéndose a sí misma que ese sueño no era nada más que el producto de su estado anímico y de su imaginación pesimista. Hacía esfuerzos para pensar que Adalberto estaba bien en algún lugar, que lo estaban tratando con las consideraciones debidas a todo ser humano, con el respeto necesario al semejante, que, para mayor razón, eran hermanos por el suelo, por la patria que los vio nacer, hermanos por la sangre de la raza, hermanos por Adán y Eva, y finalmente, hermanos por el amor de Dios, pero la oscuridad de la habitación le hizo dudar. Prendió la luz del velador.

Mildred le dijo: haz otro queque para llevarle a Adalberto, es una manera de no perder la confianza, el optimismo. El optimismo le ayuda a tu espíritu y a tu organismo, además ayuda para que las cosas salgan bien.

Otra vez la ceremonia de las horas previas al viaje. El queque, la maleta, la ropa. Zenón, en un sillón, silencioso. Pamela controlando el horno. Febeí echado, mirando ese cuadro gris; en el espacio descendiendo de esa masa de silencio gelatinoso. Imelda, nerviosa, presentía la existencia de un grito, dentro la habitación, dentro el silencio mismo que le agujereaba los tímpanos, un grito que. Febeí movió la cabeza para mirar la puerta. Zenón rompió ese agobiante silencio y dijo: una revolución es como una flecha puesta en movimiento, lanzada al aire, todos creen que llegará a algún sitio, pero no, falso. Está inmóvil. Puesto que si dividimos el tiempo y en cada instante la flecha ocupa un punto del espacio, la ocupación de ese punto determina que la flecha, en ese instante, esté sin movimiento.

Imelda viajó a Cochabamba y de ahí a Oruro. En ninguna de esas ciudades le dieron noticia de Adalberto. De Oruro pasó a La Paz. Buscó a las personas que Mildred le había aconsejado para pedirles ayuda. En ello tardó tres días, porque no fue fácil encontrarlos debido a traslados domiciliarios,

o salidas imprevistas, alejamientos de la ciudad, pero de nada sirvió el encontrarlos: a los que estamos trabajando en el gobierno no se nos permite, se nos está prohibido asumir defensa o interceder por cualquier preso político, le dijo uno. Lo siento, yo quisiera ayudarte, pero tengo una imprenta grande y sería comprometerme si yo fuera tan siquiera a visitarlo a tu hijo, le dijo otro. Sin embargo, de algún otro modo trataré de ayudarlo. ¿Necesitas tal vez dinero?

Imelda decidió recorrer nuevamente los diferentes centros carcelarios. Por la ventanilla de la sección política, el agente le preguntó ¿cómo se llama su hijo? Adalberto Vega. A ver, a ver, sí, está aquí, dijo el agente en tanto miraba una hoja de papel. Imelda sintió que la sangre se le agolpaba en la cara. Una alegría avasalladora la inundó de modo torrencial, desbordándose por todos los poros de su piel. ¿Pue-puedo verlo? Claro que sí, solamente tres minutos; ¿tiene orden de visita? ¿Orden de...?, no, no tengo; ¿dónde se saca eso? En el ministerio. Imelda tomó un taxi. Apúrese, por favor. El tráfico, el embotellamiento de movilidades, el auto no podía correr. Bocinazos. Eran las doce. Cuando llegó, las oficinas estaban cerradas. El lunes, señora, le dijeron. Sintió otra vez esa terrible desazón. Tomó nuevamente un taxi y regresó al edificio de la sección política. ¿No es posible verlo de algún otro modo? Vio que otra gente entraba con esa orden para ver a sus parientes presos. Sáquelo a Wilfredo Sánchez, de parte de su madre, gritó un agente. No, señora, no se puede. Pero al menos, ¿podrían pasarle algunas cositas que traje para él? Sí, claro. Le pasamos. Imelda dijo: vuelvo en seguida, y fue a comprar sardinas, galletas, dos paquetes de diez cajetillas de cigarros, frutas al jugo, empanadas, leche enlatada, mantequilla, queso, pan aceitunas, carnes frías, mermeladas, manzanas, plátanos, naranjas, trocantes, chorizos en lata. Todo esto y con los dulces de Pamela, el queque casi duro y la ropa de Adalberto, le fueron entregados al agente de la ventanilla. Imelda respiró más tranquila. Quedaba esperar la tarde restante y el día siguiente, domingo.

¿Para quién?, le preguntaron a Imelda que se había hecho presente en el ministerio el lunes a primera hora para pedir una orden de visita. Para Adalberto Vega. ¿En dónde se encuentra? En la sección política. Veamos, puesto C. Vega, va, va, va, ve, aquí no hay ningún Vega. No es posible, exclamó alarmada Imelda. Recurrió al más alto funcionario, cuarto o quinto en jerarquía del ministerio. Yo misma dejé el sábado alimentos para mi hijo. ¿A quién le dejó, señora? A un agente. ¿Cómo se llama? No sé cómo se llama, me atendió en ventanilla, él me recibió incluso la ropa de. ¿Cómo se llama, dijo? No sé, ya se lo dije. Identifíquelo, señora, y nos avisa porque en las listas no está el nombre de su hijo. No existe ningún

parte de alta ni de baja a ese nombre. Ha debido sufrir una alucinación, un engaño mental, o tal vez ha sido un error o equivocación de la sección política.

Imelda corrió desesperada a la sección política. No señora, no hay ningún Adalberto Vega, universitario. ¿Y dónde está el agente que me atendió el sábado? ¿Qué agente? Uno moreno, flaco, de 30 a 35 años. ¿Cómo se llama? No sé, no sé pero él me dijo que mi hijo estaba aquí y me recibió las bolsas con ropa y alimentos. Señora, a tres agentes que el sábado estaban aquí les tocó el turno para ser destinados al interior. Han de volver en 12 días. Vuelva usted, lo reconoce al agente y le encara. Pero si él me dijo que. No señora, no está aquí.

Zenón dijo: todo el mundo dice que el futuro será hermoso, en el futuro viviremos mejor. El hombre será otro hombre, será distinto, será mejor, pero nadie se da cuenta de que jamás alcanzaremos al futuro. No bien avanzamos diez o cien años, el futuro avanza también diez y cien años, y así jamás lo alcanzaremos. El futuro estará eternamente lejos. En conclusión, el hombre será siempre el mismo.

Otro viaje. El hacer un queque era como un rito de esperanza.

En las oficinas del ministerio, Imelda podía esperar como en un teatro dramático cuadros de dolorosa impresión: mujeres que lloraban incontenibles, implorantes, hincándose algunas ante un funcionario cojo. Levántese, señora. No me venga a llorar aquí. ¿Por qué no lo controló usted a su hijo?: ahora hágase, pues, otro hijo. ¿Su esposo? Mejor se busca otro. Levántese, señora, si no quiere que la encerremos a usted también. Ustedes también conspiran contra el gobierno, con sus llantos quieren dar una mala imagen de su gestión: Imelda aguantaba su ira y se hacía la promesa de no dobligar su carácter ni rebajarse hasta esos extremos de hacerse maltratar de ese modo. Cuando le tocó finalmente hablar con el subsecretario, este le dijo: la verdad es que no se sabe nada del universitario Adalberto Vega Estrada. Como no figura parte de alta ni de baja en ningún libro de los organismos de nuestra dependencia, es evidente que se le ha debido dejar en libertad a pocas horas de su detención una vez establecida su no participación en actos contrarios al gobierno. Creemos de buena fe que su hijo se ha debido fugar con alguna muchacha y deben estar conviviendo ocultos. Ya aparecerá. No se preocupe tanto, más bien vaya a prepararle algo cuando regrese, por ejemplo una cunita. Aunque es usted todavía joven, ya podría ser abuela. Así es la juventud de hoy.

Imelda se enteró que Wilfredo Sánchez había salido en libertad, recordó el nombre. Él tiene que haber conocido a Adalberto. Sánchez. Lo buscó. Sánchez le dijo así: sí, señora, lo conocí a Adalberto Veguita, un simpático

muchacho, muy bueno. Estuve con él unos 15 días o más. Una noche, a las doce, lo sacaron. No sé dónde lo llevarían. Nos trasladaban de un lugar a otro. No sé dónde pueda estar ahora. ¿La comida? Muy regular. No, no tenía frazada ni ropa que cambiarse. Llegó sin nada, nosotros tuvimos que prestarle. ¿Usted le envió alimentos y ropa? ¿Conservas, cigarros? No, señora, durante el tiempo que estuve con él no recibió nada, absolutamente. ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Recibió una bolsa de dulces.

El queque, la maleta, Pamela canturreaba. Zenón dijo: la historia es toda una, no varía. Desde los supuestos albores de la humanidad existe la ambición del poder, la traición, el crimen. El Caín y la sangre de su hermano viven eternamente. Solo han cambiado de ropas. Ocurre un crimen y la gente cree que es algo nuevo, o algo que se repite, y no se da cuenta de que es el mismo crimen del año anterior, de una década, de un siglo, de una era anterior. Piensa que es una repetición, pero la verdad es que es el mismo crimen de antes. ¿Por qué creen que existen paralelos asombrosos? Porque el suceso es uno mismo dentro del transcurrir circular del tiempo.

Imelda, en su adormilamiento, durante el viaje, sintió un estremecimiento espasmódico, horriblemente intenso y desagradable. Se despabiló y pensó que el ómnibus se había metido de pronto en un bache o en un vacío de la carretera. Estuvo a punto de gritar. Miró hacia adelante el camino iluminado por los faroles y sintió la sensación de un gusto amargo, como si un líquido de ácidos y jugos fermentados le rascara la boca del estómago. Procuró tranquilizarse, tratando de conciliar el sueño. Pero le fue difícil lograrlo, sentía los barquinazos, el traqueteo del motor y veía imágenes sin ningún sentido, sin relación alguna. Una araña dejaba una hilera inconmensurable de huevos. Un camión, cuyo ruido concatenaba con el que tenía en sus oídos, caminando en un paraje de extrema oscuridad. Los huevos reventaban estallando en excrementos. El camión caminando para atrás arrollaba gallinas, patos, perros. Del medio de estos surgió un pájaro, emprendió vuelo, alto muy alto, y de pronto el pájaro tuvo un resplandor y cayó. El impacto en el suelo hizo que Imelda sintiera un estremecimiento en el cuerpo que pareció dar volumen a un presagio. Aún luchó con todo el poder de su mente contra lo que un ignoto sentido le anunciaba, en forma de angustia inexplicable, en una sensación como si su carne se deshiciera lentamente, como si sus días por vivir se hubieran agolpado de pronto en su sangre convirtiéndose en minúsculos seres apurados en devorarle los nervios. Una especie de oscuridad se hizo piedra en su garganta. Imelda continuó haciendo esfuerzos para crear en todo su ser la convicción de que Adalberto estaba en algún lugar,

preso quizás, oculto tal vez luego de una fuga, pero con el corazón palpitando para alegría de los suyos y de ella principalmente. Deseó para Adalberto una morada en la aurora para que apareciera algún día con el sol. Pero, a pesar suyo, sentía que ya no era nada más que habitante de sus pensamientos.

Ya no pudo aguantar más, y delante de un funcionario del ministerio soltó su llanto: usted también debe tener hijos, hágalo por ellos, dígame dónde está mi hijo, por favor, se lo imploro.

Fueron muchos viajes los que Imelda realizó, y cualquier economía se resiente. Me queda el último paso, pensó, pagar. Ya no tengo dinero, pero tengo la libreta de ahorros de Adalberto. Como madre de Adalberto podría retirar los fondos luego de una breve gestión. Zenón le había llamado la atención por sus continuos viajes. Parece que lo del chico es solo un pretexto para viajar otra vez, le dijo, el chico ya debe estar muerto. No, no, no lo está, gritó Imelda exasperada. Y no pudo contenerse. Claro, como tú, artrítico reumatoide, te mueves tanto para conseguir la libertad de mi hijo, no hay necesidad de que yo viaje. Te es más fácil que esté muerto.

Bien, doña Imelda, de acuerdo a nuestro convenio, debo informarle lo siguiente: he investigado el caso de su hijo, no existen muchos datos ni documentos. Los agentes de hace tres años, muchos han sido dados de baja, otros han sido destinados a ciudades del interior. En primer término quiero mostrarle el expediente que logré sacar, al amanecer debo dejarlo en su sitio. Mire, alguien escribió con rojo, con letras grandes ojo. Aquí están unos papelitos interesantes: en este, alguien denuncia a su hijo como miembro activo del ELN, personaje, dice, que ocupa un puesto clave en el alto comando y que actúa mimetizado como un inocuo estudiante que no interviene abiertamente en las asambleas, sino por debajo. Imelda abrió los ojos: déjeme ver. Observó el tipo de máquina, menuda, cursiva, con acentos grandes y con errores de espacio entre letra y letra. Era el mismo tipo de máquina, de una carta que le había enviado la ex enamorada de Adalberto, pidiéndole prestados ciertos libros y llamándolo mi AVE adorado.

Esta otra nota, Imelda la reconoció, era la misma que Zenón introdujo en la masa cruda de un queque.

Adalberto, hijo mío:

No sé si (tarjado) has hecho verdaderamente actividad política. Si son falaces las sospechas, ten paciencia. Tu madre se ha movilizad para lograr tu libertad y en poco tiempo te verás te verás (repetido) con nosotros. Algunas amistades y mi calidad de benemérito de la patria, harán que estés fuera muy pronto. Pero

de ser verdad tu concomitancia, pórtate como un hombre digno que eres por la educación que te dimos. Pienso que tomaste un (tarjado) ideal justo, y en este caso, prefiero que te muerdas la lengua hasta cortártela antes que delates a tus compañeros o camaradas. Estaré, estoy orgulloso de ti.

Te abraza

tu padre

Por lo que pude averiguar, su hijo fue embarcado en un avión y arrojado posiblemente desde el aire al medio de una selva o del Titicaca. No sé quién habrá dado la orden.

El hombre cierra la puerta con el seguro, Imelda se sienta en una silla y abre la cartera. Saca varios fajos de billetes de cien. En el fondo, entre sus efectos personales, aún queda la libreta de ahorros.

—Usted es todavía joven, doña Imelda. Tuvo a su hijo a los dieciocho años, seguramente.

—¿No le basta el dinero que le voy a dar? Puedo aumentarle.

—Contrato es contrato. Yo cumplí.

Desde ese momento Imelda no habla. El hombre había esperado que se calmara su llanto. Lloró largamente. Se queda quieta. Quieta. El hombre se le acerca. Imelda cierra los ojos y se concentra en otro momento, en otro espacio.

Escuchaste ruidos de puertas que se abren. Un ligero temblor sacude tus fibras. Ha de ser entre las tres a cinco de la madrugada. Se abre la puerta de tu calabozo y una voz te ordena: alístese, rápido. En realidad estás listo, pues no tienes maleta, ni un bulto, ni frazada, y dormías sin quitarte la ropa ni los calzados, encogido, doblado para enmarcarte en la mitad de una payasa rotosa deshaciéndose en paja y polvo, cubriéndote apenas con la otra mitad. Te levantas y estás listo. Te quitas algunas pajas. Salga, te ordena la voz. Te alisas el cabello con la mano y piensas en muchas cosas: un traslado o un nuevo interrogatorio con los tormentos acostumbrados de todas las madrugadas o quizás con alguna experiencia más dolorosa para lograr una confesión. Estás preparado. ¿Qué más puedes hablar si no sabes nada de las cosas que te preguntan? Estás seguro de que existe un mal entendido, sin embargo ellos creen que te contradices, o que no quieres hablar lo que sabes y hablas otras cosas para despistarlos. Eso creen. Y no sabes si tú estás loco o ellos son los locos. Locos. Salen a la calle y te hacen abordar una vagoneta. Entonces desechas el interrogatorio y el traslado se hace evidente.

—¿Quiere que apague la luz? ¿No dice nada?

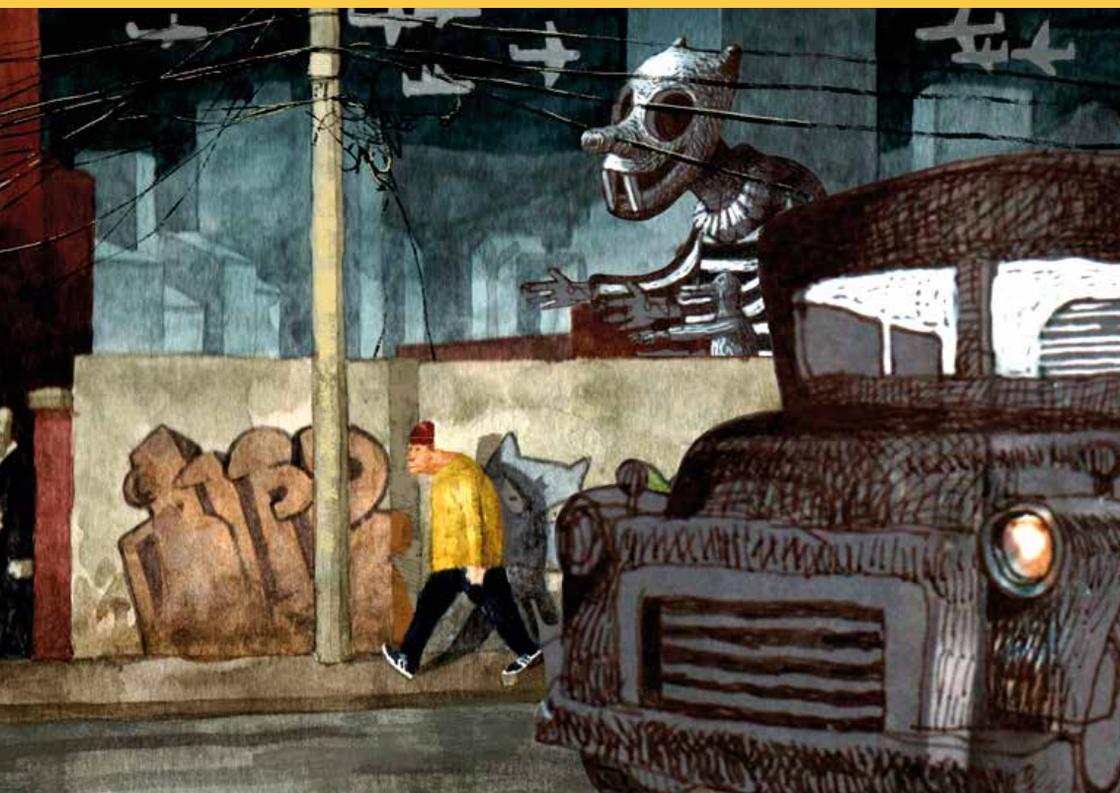
Pero un viaje en vagoneta a estas horas puede tener otros sesgos como el de que en un paraje alejado y solitario pueden aplicarte la ley de la fuga. Por el rumbo que toma la vagoneta te das cuenta de que el punto de llegada es el aeropuerto. En efecto, llegan y te ordenan subir a un avión. Puede tratarse entonces de un confinamiento o de un destierro. Estás confundido. Levantan vuelo. No sabes cuánto tiempo de vuelo ha transcurrido, pero en las actitudes, en la palabra de los que te custodian hay alusiones fáciles de captar sobre su verdadero contenido y te das cuenta de tu espantoso destino. En ese instante uno de los hombres te dice:

—Desvístase.

Y me desvisto lentamente, como autómatas. Luego dicen listo, este es el mejor lugar. Y no sé por qué un miedo terrible me invade y tiemblo. Yo que siempre me creí fuerte. Abren la portezuela y me dicen: ¡salte! ¡Tírese, mierda! El viento silba, sopapea con fuerza, ensordece. Veo oscuridad, a lo lejos una débil luz del alba. En mi desesperación lucho, me aferro a cualquier cosa, me sujeto de la pierna de un hombre. Transpiro frío. Me golpean hasta lograr que mis brazos se suelten... Son más fuertes, me dominan. Grito al borde de la locura, me empujan con fuerza. Me empujan. El amanecer es mi tumba.

iv. Entre la tradición y la
modernidad: otros espacios,
nuevos lenguajes

(fines del siglo xx)



Crónica secreta de la guerra del Pacífico

Germán Araúz Crespo*

Nadie supo finalmente de qué muñeca se valió para ocupar ítem tan importante. Cuando unos lo hacían primo del ministro, otros aseguraban que era cuñado del director. Estas y otras conjeturas sobre las misteriosas influencias del Pacífico Mareño comenzaron a recorrer los pasillos del instituto hasta llegar al ministerio. Los “generalogistas”, a quienes llamábamos así por sus notables conocimientos sobre el árbol genealógico de su excelencia el general, lo emparentaban con él. El segundo misterio era el de su título profesional: le llamábamos indistintamente don Pacífico, señor Mareño, licenciado y hasta doctor. A ver cómo reaccionaba. Nunca le descubrimos un mínimo gesto, el movimiento de un pelo, que certificara nuestras teorías. El planillero tenía su propia versión: juraba haberlo visto, no hacía muchos años, en uniforme de coronel de carabineros, lo que dio pie para que la auditora junior se afirme sin réplicas en la teoría del militar jubilado. El despachador de almacenes se burlaba de esta hipótesis: si este alguna vez fue militar lo ha debido ser del Ejército de Salvación, decía. Me causó mucha gracia imaginarlo los viernes vendiendo atalayas en Las tres calaveras, comentario que aprovechó la telefonista, experta en toda clase de biblias, para recordarme que *Atalaya* solo la venden los Testigos de Jehová.

A todo esto, el susodicho, quiero decir Pacífico Mareño, mantenía un empecinado silencio que atribuíamos, en principio, a una natural timidez, pero al irse prolongando en el tiempo se transformó de curiosidad

* Nació en La Paz en 1941. Narrador y periodista, fue editor de varios suplementos literarios. Es autor del libro *Crónica secreta de la guerra del Pacífico* (2002).

“Crónica secreta de la guerra del Pacífico” aparece en el libro del mismo nombre, La Paz: Correvedile.

en sospecha y, finalmente, en miedo. Ese rechazo al diálogo, aún tratándose de cuestiones inherentes al trabajo, llevó al auditor senior a una lógica conclusión: “Se trata de una triquiñuela para esconder algo. Tal vez el monto real de su sueldo”. Sea lo que fuere, cualquier acercamiento laboral y/o fraternal chocaba con su mutismo. Con invariable énfasis fue rechazando nuestras invitaciones. Primero con motivo de un viernes de soltero. Aquella vez habíamos preparado un programita súper OK, todo completo: desde la generalita en Las tres calaveras, hasta el baile bautismal pelo a pelo con la Brigitte en Las devoradoras. Después, cuando quisimos challar su primer sueldo, para que le dure. Nada lo conmovía. Ni siquiera la propuesta de participar en nuestro inocente pasanaku. Recuerdo cuando, tras una discusión entre stronguistas y bolivaristas, le preguntamos por cuál de ellos iba, respondió lacónicamente que nada sabía de fútbol. Colmó nuestra tolerancia cuando Jaqueline, la Jaquipimpollomío, escultural secretaria-recepcionista de dirección ejecutiva, lo invitó por encargo nuestro a un picnic en Achocalla. Respondió que no tenía la costumbre de asistir a esa clase de “simpáticos acontecimientos”.

Todos esos rechazos –como ya lo dije– derivaron de curiosidad en miedo y de miedo en una creciente antipatía agravada por su desleal comportamiento en el desempeño de sus funciones. Porque resulta que el Pacífico Mareño ocupaba el importantísimo cargo de supervisor de cotizaciones y estaba en sus manos hacer “la vista gorda” a ciertos pequeños “errores”. Yo vi a más de un gil llenarse de plata en ese puestucho. ¿Qué sucedía con este individuo? Ponía en el cumplimiento de sus funciones tal corrección, tal fanatismo, que su actitud –finalmente– redundaba en perjuicio nuestro.

Recapitulemos los hechos:

Primera agresión (a los 15 días de haber asumido funciones): dos cobradores que tenían la maldita costumbre de entregar el dinero tal como lo habían recibido, no pudieron explicar que el total recaudado fuese considerablemente superior al que constaba en los recibos. Consecuencias: severa llamada de atención a los dos cobradores.

Segunda agresión (una semana después de la primera). De tres cotizaciones que tramité personalmente para la adquisición de una fotocopidora, una fue observada porque la firma que la expidió ya no existía. Consecuencia: en vez de una suculenta comisión, me gané un memorándum.

Tercera agresión (seis semanas después): ante estas irregularidades y otras que no son del caso mencionar, el supervisor Mareño solicitó al director una auditoría. El director, fiel al principio “los trapitos sucios se lavan en casa”, naturalmente no dio curso al trámite. Consecuencia:

a partir de entonces, cuando el director atravesaba el departamento el supervisor no lo saludaba.

Cuarta agresión (a los tres meses): atendiendo denuncias cuya procedencia no se puntualizó, la contraloría envió dos funcionarios para hacer una minuciosa revisión de los libros. Consecuencia: un inspector fue removido de sus funciones y otros dos trasladados a la sección archivos.

Como no podía ser de otra manera, esta suma de agresiones se tradujo para nosotros en una pernicioso y lenta disminución de ingresos. Llegamos al vergonzoso extremo de firmar vales en Las tres calaveras. Había que hacer algo. Si no actuábamos de inmediato, podríamos correr la misma suerte del inspector. Acordamos pues declararle la guerra. Y para ello debíamos saber con absoluta precisión quién era nuestro enemigo y cuál era su capacidad de fuego. Sabíamos su nombre, pero nada más. En consecuencia, lo primero que debíamos hacer era escudriñar su pasado. Saber si era político y, en tal caso, a qué grupo (probablemente extremista) pertenecía; si era casado y tenía, al mismo tiempo, una amante. Hipótesis descartada, en razón de sus hábitos burocráticos. Si le gustaba el fútbol y qué películas veía: ¿pornográficas?, ¿de pistoleros? Fue una lamentable pérdida de tiempo. Mareño era impenetrable. Nada parecía interesarle. ¿Ante qué clase de espécimen estábamos?

Entonces –propina de por medio– logramos que el mensajero de la sección estadísticas le siguiera los pasos. Tras cinco días (hábiles) de infatigable pesquisa, nos llegó la primera información: almorzaba en La zañahoria mágica, un restaurant vegetariano frecuentado por hippies. La cuestión podría ser interesante. Todos sabemos que el vegetarianismo viene acompañado de múltiples hábitos raros. Casi inmediatamente después logramos identificar su domicilio: una modesta habitación en una vieja casa de la calle Catacora. Nada de eso, sin embargo, era algo que pudiéramos utilizar en su contra. Había que encontrar algo más sustancioso.

A los 20 días estalló la bomba: “¡Lo vi almorzando con un muchacho!”. “¿Qué edad?”. “Entre quince y veinte años, no te lo podría decir”. “¿Cómo era?”. “Bueno, medio flaco. Como un cirio, che”. (Mareño y el joven, según la versión del mensajero, no solo almorzaron juntos). “¡No me digas, che!”. “Sí, se fueron a su cuarto de la Catacora y mientras caminaba, Mareño, lo abrazaba y acariciaba”. “¡Se trata de un pediatra!”, saltó la telefonista. “¡Pe-de-ras-ta!”, le aclaré a la bruta.

Así que el tal Pacífico Mareño, el incorruptible *homo burocraticus*, como le llamaba el director, era un vulgar marica. “¡No podemos mantener estos elementos en nuestra sagrada institución! ¡Hay que hacer algo!”. “¡Solicitemos que lo revise un potólogo!”, sugerí. “¡Proc-tó-lo-go!”, me corrigió

la telefonista, sin comprender mi ironía. Finalmente el jefe, por algo era el jefe, dijo lo que se debía hacer: sorprenderlo *in fraganti*. ¿Cómo?

No fue fácil convencer al atlético kardixta de contabilidad para que colaborara con nuestra causa. Al fin, guardando la succulenta propina que le dimos, juró que lo que iba a hacer lo haría solo en defensa de la dignidad de quienes trabajamos en la institución. ¡Como si no supiéramos que gasta sus horas libres en cortejar a dos o tres maricones recontraconocidos!

A las 10 am del día D, Pacífico Mareño, que al igual que todos los actos de su vida, acusaba en el cumplimiento de sus necesidades fisiológicas una rigurosa puntualidad, se quitó los lentes, guardó sus implementos de trabajo en un cajón del escritorio, cerró el cajón con llave y se encaminó al wc. El kardixta, que había estrenado para la ocasión una camisa de seda, salió en pos de Mareño, y se perdió tras la puerta del baño: un silencio casi sólido se apoderó del ambiente. De pronto se escucharon gritos y forcejeos, luego solo el silencio. Pacífico Mareño salió del baño imperturbable, como si nada hubiera ocurrido. Se dirigió a su escritorio y reanudó su trabajo. En cambio, el galán no aparecía, pero nadie se animó a entrar al baño. A los diez minutos lo hice yo. Estaba frente a un lavabo mojóndose la cara, cuya nariz mostraba todavía los signos de una reciente hemorragia. Entonces, en un exquisito modelo de síntesis, me explicó lo que había ocurrido: “Creo que nos equivocamos”.

Y así fue. Nos equivocamos. El coordinador financiero se enteró, a las pocas semanas, que el muchacho que lo visitaba temporalmente era su hijo menor. El Pacífico Mareño, natural de Sucre, había hecho su carrera administrativa en aquella ciudad, donde se casó y se divorció. A partir de aquella batalla que perdimos sin atenuantes, nuestra posición se hizo más frágil. Sus informes de mortífera regularidad, volaban sobre nuestras cabezas como cañonazos. Nuestra capacidad de respuesta se redujo a una serie de inocuas refriegas. Por ejemplo, alterar la correlatividad de algunos recibos que él debía revisar, manchar con tinta sus minuciosas hojas analíticas, insultarlo por teléfono, regar de plasticola su asiento o cerrar la puerta del baño desde afuera, cuando él lo ocupaba. Solo conseguimos que aprendiera a no dejar sobre su escritorio documento alguno, a revisar cuidadosamente su silla antes de sentarse y a no contestar llamadas telefónicas cuya procedencia no hubiera establecido antes la telefonista. Llegó al extremo de modificar sus hábitos digestivos y casi no ocupaba el baño de la oficina. No decía una palabra, pero sus informes eran cada vez más y más demoleedores.

Había que planear algo distinto, un golpe que fuera capaz de aplastarlo definitivamente. De otro modo perderíamos la guerra. Se resolvió,

por acuerdo unánime, para evitar filtraciones, que el siguiente golpe sería planificado y ejecutado por un grupo especial.

Aquella tarde, llevado por el interés y el apuro de leer tranquilamente y sin intrusos la revista *El Gráfico*, llegué a la oficina antes de la hora de costumbre. Me sorprendió ver a un grupo de colegas que, atacados por un exceso de puntualidad, se me hubieran anticipado. Se encontraban, para ser precisos, junto al escritorio del Pacífico Mareño y había entre ellos un cerrajero. Comprendí al momento que se trataba del Grupo Especial. “Una bomba”, me dije y me acerqué a preguntarles lo que habían hecho. Nadie, sin embargo –de acuerdo con lo convenido– satisfizo mi curiosidad. Se limitaron a decirme que no se trataba de una bomba y que volviera a mi escritorio. El cerrajero abandonó la oficina y cada uno retornó a su escritorio, buscando algo con qué matar el tiempo.

Mareño llegó a las 14:23 horas, marcó su tarjeta y se dirigió, con helada indiferencia, a su escritorio. Revisó su silla, se sentó y sacó su llavero. Jaló el cajón central y, por primera vez, su rostro, su pétreo rostro de esfinge, se desfiguró. Vio, sin duda, en el centro del cajón, algo y ese algo que vio le produjo tal impacto que saltó hacia atrás, derribó la silla y corrió al baño donde vomitó. A través de la puerta que olvidó cerrar, lo vimos hincarse ante el inodoro. Vomitaba sin parar. Luego, abandonó la oficina. Nadie, sin embargo, se atrevió a celebrar el triunfo.

Pasó una semana sin que el Pacífico Mareño diera señales de vida. En el departamento de personal no se sabía nada de él. Nuestra incredulidad del principio se fue transformando, poco a poco, en hermosa esperanza. Hicimos discretas averiguaciones en el restaurant vegetariano, donde no volvió a presentarse. Supimos, por boca de un vecino, que había abandonado intempestivamente su habitación de la calle Catacora. “Se ha ido a Sucre”, fue el comentario general. “Se trata de un ostensible abandono de funciones”, sentenció el jefe.

A los diez días llegamos a la conclusión, ya definitiva, de una victoria. Habíamos ganado la guerra e hicimos aprestos para una jubilosa celebración en el Club de La Paz. El jefe y el director eran socios de esa institución, por lo que se comprometieron a reservar una extensa mesa donde cupiera todo el personal. Elegimos un viernes para, de esa manera, continuar la farra en Las devoradoras, pelo a pelo con la Briggitte. Llegó el viernes, entramos en la oficina y el Pacífico Mareño estaba ahí, inclinado sobre sus papeles, como si nunca se hubiera movido de su escritorio. Comprendimos entonces que esa guerra, esa terrible guerra que creíamos concluida y ganada, apenas había comenzado.

Pareja fatal

Jaime Nisttahuz*

La verdadera vileza no se encuentra en
el individuo, se encuentra en la pareja.

Montherlant

El problema comenzó desde esa tarde que mi hijo trajo a la muchacha. Rogelia y la empleada habían ido al mercado. La muchacha llevaba una falda con botones adelante. Como los botones se encontraban bastante distanciados, la falda se entreabría mostrando los muslos y los calzones floreados. Ella lo sabía. Por eso precisamente se movía coqueteando de un lado a otro, hurgueteando adornos.

—¿No tiene un cigarrillo? —me preguntó.

—No fuma —le respondió mi hijo—. Voy a ir a la tienda.

Estando solos, vino a sentarse junto a mí y, poniendo una de sus manos en mi rodilla, dijo:

—Usted no parece su papá, parece su hermano —dijo haciéndome encoger el alma y crecer el cuerpo.

Mientras mi hijo encendía el cigarrillo de la chica, ella me guiñó.

—Vamos a subir a la terraza, papá.

Escuchándolos caminar arriba, me di cuenta que entraron al cuarto de la empleada. Estoy seguro que no entraron a buscar al gato.

Cuando bajaron, estaban acalorados y sofocados como si hubieran hecho una carrera de obstáculos.

Volví a encontrar a la muchacha en una parrillada. La acompañana un tipo fornido. Me miró como si no me reconociera. Llevaba una falda

* Nació en La Paz en 1942. Poeta y narrador. Es autor de la novela *Barriomundo* (1993) y de los libros de cuentos *Fábulas contra la oscuridad* (1994), *Inquilinos del insomnio* (2008), *Cuentos desnudos* (2008) y *Desquiciados, maniacos, diferentes* (2010), así como de los poemarios *Escrito en los muros* (1976), *El murmullo de las ropas* (1980), *Palabras con agujeros* (1983), *La humedad es una sombra y otros poemas* (1992) y *Recodo en el aire* (2003).

“Pareja fatal” aparece en *Cuentos desnudos*, La Paz: Correveidile.

cortísima. Al caminar, movía las caderas como pidiendo leña. Los hombres la devorábamos con los ojos. Las mujeres cuchicheaban.

La gente se puso a bailar. Ella no bailaba, su acompañante tampoco. Me animé a invitarla a bailar.

—¿No me reconoces? Viniste a casa con mi hijo. Inclusive subieron a la terraza —le dije con malicia.

—Sí, pero es mejor que no me hable de eso. Mi marido es tremendamente celoso. Apenas me deja bailar. Como usted es viejito, no está desconfiando. A mí me gusta bailar. A él no. Y no quiere aprender. Dice que cuando bailamos parecemos monos.

Como se encontraba sentada casi frente a mí, vi que llevaba calzón negro o no llevaba calzón. La bebida circulaba continuamente. Volví a invitarla a bailar. Me presentó a su marido.

—Es el papá de una ex compañera de colegio.

Cualquier cosa con tal de tenerla cerca. Los hombres la miraban relamiéndose. Los ojos del marido querían apuñalarme: bebía sin descansar. Dificilmente volvería a dejarla bailar. Ni siquiera con un viejito. Menos porque ella con los tragos se movía provocativamente. A no ser que fueran unos viciosos acostumbrados a divertirse provocando y embromando la vida de sus prójimos.

La muchacha estaba embalada. Sacó a bailar a otra mujer. No suelo ser malicioso, pero desde que varias mujeres se declararon públicamente lesbianas y hubo un congreso de homosexuales, no sé si entreverados, pero las orejas y me acuerdo del tango “Cambalache”: “Vivimos revolcaos en un merengue...”.

El marido fue hacia ellas, y agarrando a su mujer de los cabellos comenzó a sopapearla, tirando a la otra al suelo de un puñetazo. Intenté refrenar al tipo. Recibí un cabezazo, vi un destello y no recuerdo más.

Me dieron cinco puntadas en la ceja. Quienes me llevaron a la clínica me dijeron que debía regresar a la fiesta.

—Esa parejita siempre jode en las fiestas. No hay que darles gusto. O tienes miedo.

—Claro, como ustedes no arriesgan el cuero...

De regreso, el hombre me pidió repetidamente disculpas. Estaba embriagadísimo. Exigió que bailara con su mujer. No me hice rogar. Ella había recuperado el entusiasmo y la coquetería. Maña y figura... No llevaba calzón. Me lo dijo al oído. Más que provocarme, me asustó un poco, porque el tipo se refocilaba viéndola contonearse.

Por mi calidad de víctima y casi héroe, despertaba ternura en las mujeres. Me puse a bailar con una rubia. El marido de la mujer sin calzón vino a separarnos torpemente.

—Porr qué no bailas con mi mujerr. Le tienes miedo. O eres marricón. Marido y mujer eran paranoicos.

—Por favor, respeta a la señorita –le pedí.

Y sacó un revólver. Me apuntó. Sentí recorrerme un aire helado.

—¿Tienes miedo?

Apuntó a la rubia.

—¿Tienes miedo?

La mujer se puso a gemir como una niña.

—Estoy emputado de este mundo –dijo y, abriendo la boca, se metió un tiro.

El paraje del Tío

René Poppe*

A esa bocamina abandonada ningún cateador le prestaba importancia. Se sabía que muchos habían fracasado. Su mineral era escaso y de baja ley. Además, se encontraba lejos de todo poblado, en un lugar seco, al borde de los precipicios. Era difícil llegar a ella, muy sacrificado. Solo Ramón Troncoso se animó a visitarla. Su Socia le decía Anda, nada pierdes en probar, échale un vistazo. Él no quería, buscaré otras minas, decía, o me meteré de obrero, será mejor, así tendremos seguro para comer. Pero ella insistía a toda hora, por las noches en la cama, durante el almuerzo cuando faltaba para las huahuas, a toda hora, todos los días. Ramón Troncoso ya estaba por animarse, pero el lugar lejano le hacía perder esperanzas. No hay agua, le decía a su Socia, necesario es el agua para trabajar. Eso le hacía callar a ella, un momento la dejaba pensativa, pero seguía insistiéndole, cuestión de que busques nomás, ¿no ve que hay plantitas por esa región? Agua tiene que haber, pues. Y Ramón Troncoso se animaba, era cierto nomás lo que decía su Socia, no le importaba la lejanía. Agua se podría encontrar. ¿Acaso los que habían fracasado no contaban con agua? ¡Seguro que tenían! ¡De algún lugar tenían!

Él fue el primero en visitarla con la intención de trabajar.

Un día se marchó solo, dejando en el poblado a su Socia. Ella velaría por las huahuas, cocinaría para los pasajeros que se detenían por minutos,

* René Poppe nació en La Paz en 1943. Publicó los libros de cuentos *El paraje del Tío y otros relatos mineros* (1979), y *¡Ay, triste de mí!* (1995); además de las novelas *Después de las calles* (1971) y *El viaje* (1993), así como el testimonio *Interior mina* (1986, que es el tomo 102 de la colección de la BBB) y la antología *Narrativa minera boliviana* (1983).

El cuento "El paraje del Tío" pertenece a *El paraje del Tío y otros relatos mineros*, La Paz: Piedra Libre.

buscaría cualquier ocupación. Ramón Troncoso, con la pena en el cuerpo, se separó de su Socia y huahuas. Ya volvería con la noticia que sería buena. No llevaba suficiente merienda, algunos chuños, coca y *kuyunas*. Por tres días caminó cargando sus herramientas sin encontrarse con ningún saludo. Solo el viento, el sol, la noche y la pampa infinita.

Por la mañana, cuando blanqueaba el día, a lo lejos divisó la diminuta silueta de un paisaje que no era como los que kilómetro a kilómetro impresionaban sus ojos. Era diferente. El hombre había estado ahí antes, modificándolo. Se sintió llegar y bordeó los precipicios. A media día se topó, abruptamente, con paredes derruidas, lamidas por las lluvias, secas por el viento. Le hubiera sido trabajoso levantar nuevamente la casucha que fue. Buscó la bocamina abandonada, malquerida por todos. Dormiría ahí, tendería su cuerpo, lo dejaría descansar, que se repongan sus fuerzas, nada más pedía. Dentro la bocamina abandonada, lejos del viento, en todo ese suelo seco. Después, al día siguiente, la vería, estudiaría, la conocería. Sí, pensaba, ahora descansar nomás. Ante ese deseo sus pies se tornaban más ágiles, más buscadores sus ojos que palmo a palmo recorrían las sinuosidades del cerro. Cuando la vio fue una sorpresa. Ahí estaba la bocamina, húmeda, con un grueso hilo de agua saliéndole desde las entrañas. Los días pasados, cuando quería beber agua sana, también había visto así por el camino: miles de hilos de agua, como serpientes diminutas naciendo y perdiéndose en la misma tierra. Él corría para abalanzarse y beberla, pero ya cerca al suelo, todo era relumbre seco, calentado por el sol. Entonces se retiraba más sediento, más necesitado de agua. Al ver la bocamina abandonada, se sorprendió que también esa visión le persiguiese. No quería volver a engañarse, a necesitar más agua para su sed.

Quería descansar en el suelo seco, a la entrada de la bocamina. Descreído, no corrió ni quiso abalanzarse a ese grueso hilo de agua. Parsimoniosamente se acercó, el aire estaba impregnado de humedad, sentía que lo refrescaba. Siguió andando y paralelamente del bolsillo sacó su bolsa de coca. La desanudó con urgencia y a la boca sus manazas llevaron varias hojas. Masticó y la bocamina era pequeña y estrecha para su cuerpo. Pisó el hilo de agua fresca, agachó el cuerpo y su caminar chapoteó hasta donde se hacía más negra la oscuridad de la bocamina.

Al día siguiente, mal dormido, peor alimentado, muy descansado, el frío y la humedad despertaron sus ojos. El agua era cristalina. Pijchó. Largo rato estuvo alimentándose con las hojas de coca, fumando *kuyunas*. ¿Cómo así que el agua de pronto había nacido en las entrañas de la bocamina? Se alistó para comenzar su primera mita. Era bajo, altioplánico, duro en sus facciones, hosco al mirar. Cuando por primera vez lo vio su Socia,

estaban en la fiesta del pueblo, le tuvo miedo, no aceptaba estar cerca de él. Pero después fue vencida toda resistencia y conversando lo supo obrero de minas, igual que su padre, su abuelo, todos los hombres de su familia. Fue conquistada por la perseverancia y por ese afán de quererla. Se juntaron y jamás lo abandonó. Ni aquellas veces en que se encontraba cesante de todo trabajo: ni de carrero ni de *maquipurita*. Sin qué comer ni dónde llegar, se trasladaban de pueblo en pueblo, buscando una mina, olfateando, presintiendo el mineral. A veces él, con el ánimo caído, se desesperaba, se maldecía por haber agarrado la mala suerte. Pero ella lo reprendía, fuertes somos, le decía, esperate nomás, la suerte cambiará. Él creía. Se tornaba otro. Frente a la bocamina le nacían ánimos, de su cuerpo salían fuerzas, su rostro se llenaba de ganas de trabajar. Pero primero pijchaba, como ahora, aun cuando su coca era poca, sus *kuyunas* casi deshechos, *llampus*. Tendría que apurarse. Conocer desde dónde salía el agua. ¿De dónde se había creado tan milagrosamente si se sabía que toda esa región era seca? Guardó su pijcho para más tarde, cuando el cansancio le reclame.

Arreglando su lámpara de carburo hizo chispito y se adentró a la noche profunda de la bocamina. En los primeros pasos de su trayecto, al desnudar la oscuridad adherida a las rocas, vio los tojos amontonados. Era angosto el socavón y el aire viejo le impedía respirar. Avanzó cauteloso, cuidando no toparse con los gases que lo quemarían, lo dejarían por siempre tendido entre los tojos. Él sabía que si se apagaba la mecha, debería dar media vuelta, escapar de la existencia de mantos de gases. Para eso, extendiendo todo el largo del brazo, llevaba adelante la lámpara de carburo. Sus ojos devoraban la roca en busca de señales de vetas. En los primeros metros, nada. El desaliento le pesaba como derritiéndole las facciones del rostro. Era mina abandonada, despreciada por todos. ¿Por qué he venido? El mover de sus pies era lento. Miraba a un lado y otro. Observaba el techo de roca y nada. Ni una señal de mineral. Estaba por quedarse parado, indeciso de continuar o volverse sobre lo avanzado y la luz de la lámpara, llegando al fondo del socavón, hizo despertar unos destellos. Pensando en la existencia de la veta, emocionado, sin cuidarse de los tojos o los gases, apresuró su avance. Frente al brillo que inundaba esa parte del paraje sintió que el alma toda daba un vuelco en su corazón. El Tío estaba ahí, observándolo con esa serenidad del que espera la llegada del afortunado.

—Tío —le murmuró Ramón.

Era enorme para el espacio estrecho de ese paraje. Se encontraba adherido a la pared, como emergiendo de la roca. Se hallaba sentado, con

los brazos ceñidos al ancho cuerpo. Sus ojos relampagueaban en varios colores fuertes: rojo, azul, verde, rojo, amarillo. Sus labios, conformados para fumar, estaban sin *kuyuna*.

—Tío –volvió a repetir Ramón, reverentemente.

El pene era enorme y grueso. Ramón encendió un *kuyuna*, le puso a los labios. De su bolsa de coca, desanudando perezosamente, sacó un manojo de hojas. Estaba asperjándolas alrededor del Tío y sus ojos vieron el nacimiento del hilo de agua. Salía del mismo Tío, del origen de sus pies hechos de roca.

—Tío –pronunció Ramón, con sentido agradecimiento.

El Tío lo miraba, impasible pero observador. Los cuernos de diablo y las orejas puntiagudas le infundían un fuerte aire sobrenatural.

—Vieja –murmuró Ramón—. Vieja gramputa, alcahueta. Viejita.

Se apoyó en la pared, acariciándola.

—Viejita gramputa –volvió a murmurar a la roca.

Le acariciaba limpiándola de terrosidades, suavemente, arañándola.

—Viejita alcahueta –volvió a pronunciar y sintió el no tener quemapecho, aun cuando sea del más fuerte grado alcohólico, para reverenciarle su agradecimiento. Pero le ofrendó algunas hojas de coca.

Después, como siempre lo hacía en todas las minas, se aprestó para comenzar la mita. Dio media vuelta y durante la mañana limpió de tojos el trayecto. No era extenso el socavón. Al final, cuando las pequeñas troceras fueron llevadas a exterior mina, comenzó su labor. Primero se preocupó de examinar y arrancar las rocas que estaban desprendiéndose del techo y paredes. Con la delgada y larga barrenilla golpeaba y, cuando el sonido era hueco, buscaba la grieta, introducía la punta, alejaba su cuerpo, y la fuerza de sus brazos palanqueaban con vigor hasta desprender el tojo. Este caía y era observado. No había mineral pero la confianza de encontrarlo redoblabla el esfuerzo. Ramón, con cada trozo de roca, estudiaba el peso, sopesándolo diestramente en la palma de la mano. No había mineral y continuaba. Iba de un trecho al siguiente serenamente avanzando.

Por la tarde, encontrándose cerca del Tío, al palanquear una grieta de regular tamaño, se desprendió una trocera de tres a cuatro toneladas. El caer de la roca fue ronco y aplastante. Fue como si todo el socavón se sacudiera del sueño eterno y hasta entonces mezquino. Ramón, lívido por haberse salvado otra vez más de la muerte, sin esperar que el polvo se diluyera en el aire que se renovaba gracias al trabajo, acercó la lámpara de carburo al hueco reciente y ahí, ancha y negra, la veta de estaño mostraba su largo reposar hacia el norte.

Ver la veta fue todo uno con el apretujarse de felicidad y palparla, acariciarla, recorrerla lentamente con la piel de la palma.

—Gracias, Tío —dijo—. Gracias, viejita alcahueta.

El haz de luz de la lámpara de carburo, en forma desmesurada, proyectaba la sombra de Ramón: horizontal y trepadora por el suelo y por encima de la enorme trocera, vertical por las desiguales paredes, curva por el techo.

—Gracias, Tío —repetía.

Su corazón le rebotaba de contento: llega a la puerta del cuarto. Lleva un pesado cargamento en las espaldas. La abre de un empujón. Su Socia se sorprende al verlo. ¿Acaso no ibas a tardar muchos días? Las huahuas lo ven y se prenden a las polleras de la madre. Él descarga el peso de sus espaldas. Violentamente deja caer todo el cargamento. El estaño rueda en pedazos regulares. Su Socia sonrío. Él sonrío. El Tío le sigue mirando impertérrito.

—Gracias, Tío —vuelve a decirle.

Ya no hay polvo en el aire. El silencio es un zumbido. Aparta su mano de la veta. Levanta la lámpara de carburo. Una vez más alumbraba esa tira de estaño que, como serpiente negra, se dibuja en la roca. No intenta volverla a tocar. Buena ley, dice. Se dirige hacia el exterior: combo, barrero, descanso, *kuyunas*, coca. Descanso sobre todo. Afuera, la luz que anochece le hiere los ojos.

Esa noche, por el excesivo trabajo de toda la jornada, tiene el cuerpo como molido, golpeado, muy cansado, y no quiere reposar encima del puro suelo pelado. Para eso, sacando más fuerzas de su agotada humanidad, se dirige a los alrededores. Con el tacto y los ojos, que instante a instante ven menos en la creciente oscuridad, busca arbustos secos, paja brava que por ahí abunda y arranca manojos, los amontona a un lado y continúa arrancando y amontonando hasta lograr una suficiente porción que le servirá de cama suave, que le separará del suelo duro. Luego se dirige a las paredes derruidas que alguna vez fueron partes importantes de una casucha. Pero ahí el viento se ensaña con más violencia: llega bajando desde los cerros, recorre las pequeñas planicies y arremete cruel contra las paredes tratando de arrancarlas desde los cimientos. Ese es un problema que para solucionarlo le exige más fuerzas de su exangüe cuerpo. Pero como para el minero no hay imposibles ni en la mita ni en la vida cotidiana, con parsimonia serena empieza a derrumbar los adobes adheridos a la más alta pared. Los arranca formando otra que impedirá el ingreso del viento. No se contenta con colocarlos uno encima de otro. Va a la bocamina para trasladar agua en el cuenco de sus manos y humedece la poca tierra que

sus ojos encuentran en la oscuridad. Tapa todo posible resquicio y una vez que la nueva pared alcanza la altura de sus rodillas, al estrecho espacio del suelo lo cubre con los arbustos y la paja brava. Ahora el viento pasa silbando por encima de su casucha sin techo. Ramón Troncoso, minero e hijo de mineros, se tiende sobre su lecho y el cansancio, el trabajo de toda la jornada, las emociones vividas y la noche solitaria, le cubren los ojos hacia un sueño donde solo el Tío logra visitarlo: Ramón está trabajando en la veta que es de buena ley. Jadeante, separa la roca del mineral, y el Tío se incorpora abandonando su tradicional postura, al mismo tiempo que cambia todo su aspecto para convertirse en un obrero más, igual que cualquier otro *khoya runa*. Ramón, cosa extraña para él en su mismo sueño, no siente superstición alguna ni intenta escapar despavorido. Como si ocurriese una normalidad más, mira al Tío levantarse y, atentamente, observa su transformación.

—Tío –le saluda.

—Compañero –le contesta el Tío.

—Compañero –dice Ramón.

El Tío coge el combo. Es más diestro en el trabajo, más hábil para separar prontamente la veta de la caja. Ágil y diestro trabaja encargando que Ramón se ocupe de trasladar a exterior mina toda la caja que afuera será desmonte.

—Sí, maestríto –obedece Ramón.

—Te vas a cuidar de los tojos –le recomienda–, te vas a cuidar, compañero.

Y, como un ayudante de los mejores, Ramón traslada la caja y ve que el montón de buena ley de estaño va creciendo en volumen a un costado del Tío, que sigue trabajando afanosamente.

—Siempre al norte tienes que perforar sin desmayar tus ánimos –le recomienda el Tío–. A veces se ha de perder la veta, pero sigue perforando, sin desalentarte.

Ramón presiente que el Tío está por concluir su mita y ve que el estaño arrancado del socavón es un montón de trozos de buena ley.

—¡Sí, maestríto –le grita con gran euforia–, sí, maestríto!

El Tío lo mira simplemente. Ya no es adusta su cara. Su sonrisa tiene satisfacción. Ramón, eufóricamente, sigue gritando su agradecimiento y un entumecerse por el frío no le deja mover los brazos. Grita que sí, maestríto, y el grito y el frío de la madrugada despiertan sus ojos. Todavía no blanquea el día, pero la oscuridad es menos densa. El viento continúa silbando por encima de la casucha, pero es un silbido más suave y que se aleja para morir a los pocos metros. Ramón frota sus brazos con ambas

manos y estos recobran lentamente sus movimientos sin calambres. Cosa rara también. No siente temor por su sueño. Sabe que el Tío se encuentra ahí cerca, dentro de la mina. Que él está solo y toda superstición ha desaparecido de su alma. Quiere pensar que es augurio de buena suerte, pero más que eso, algo le dice que es realidad. No siente pavor. Espera el día.

Cuando desde el horizonte una luz llega blanqueando el cielo y los cerros, Ramón abandona el lecho con nuevas fuerzas, intactas, como si nunca se hubiese agotado. Lo primero que hace es pijchar por algunos minutos, fumarse un *kuyuna* y, amarrando su bolsa con escasas hojas de coca, se dirige a la bocamina para comenzar una mita decisiva. Caminando, piensa que debe trabajar todo el día, sin descanso. Piensa que solo debe perforar para obtener algunas arrobas de buen mineral. Piensa que algunas buenas arrobas y luego irse al poblado. Ahí venderlas. Ahí aprovisionarse de alimentos, herramientas, y luego volver. Camina pensando en la larga jornada que le espera y se introduce a interior mina. Tras los primeros pasos en el socavón, algo le sorprende, pero no le presta importancia: el aire parece que sale de parajes donde han trabajado intensamente. No le presta importancia. Continúa su adentrarse por las paredes y techo de roca. En medio socavón el aire parece que sale de un paraje donde verdaderamente se ha trabajado con intensidad. Apresura sus pasos sin superstición, con ansias de informarse. Llega al fondo donde está sentado el Tío y este continúa igual que antes.

—Tío —le saluda reverentemente.

Estaba por decirle Buenas, maestríto. Pero le dijo Tío y, al bajar la cabeza en su venia reverente, sus ojos se toparon con lo que vio en los últimos instantes de su sueño: el montón de estaño de buena ley, separado de la roca. Ese momento fue que sintió el oscuro golpe de todas las supersticiones de su alma y quedó paralizado de pavor, sin atinar a moverse ni un milímetro, sin alcanzar a derrumbarse hacia un desmayo. Tan solo sintiendo la efervescencia de espumas que le invaden infinitamente naciendo del miedo y, al mismo tiempo, se sabe otro, diferente, como para siempre privilegiado y escogido por la voluntad del Tío que jamás lo abandonará.

Este comprender su buena suerte de escogido y saberse privilegiado se le apodera en forma arrolladora y posesiva; le permite traspasar ampliamente hacia su realidad mágica y sin ningún traspíe ni duda, volviendo la mirada al Tío, con profundo e íntimo reconocimiento, le dice:

—Gracias, compañerito.

Toca acariciantemente la roca y le dice:

—Gracias, viejita gramputa. Gracias, alcahuetita.

Retornar al poblado donde están su Socia y sus huahuas, comunicar la noticia de que hay buena veta, decir que la suerte esta vez me ha privilegiado por la voluntad del Tío, ya no pasaremos más hambre, es la primera idea que se le posa en la mente después de la sorpresa y los interminables agradecimientos al Tío. Para eso, sin dudar sobre el instante de su partida, coge los mejores trozos de estaño, los embute en la saquilla de sus herramientas, y urgentemente, con las cuatro arrobas al hombro, emprende el largo camino de tres días de viaje. La primera mañana, la tarde y la noche, recorre las serranías, bordea los precipicios, va buscando senderos inubicables que hagan menos extenso el trayecto. No siente cansancio. Parecería que la sed y el hambre no están dispuestas a visitarle. Lleva en el cuerpo el gozo intenso de saber que un paso más lo acerca al poblado. Su espíritu, repleto por la ansiedad de comunicarle la buena suerte a su Socia, no le permite observar que, a momentos, en la lejanía, tropillas de vicuñas lo divisan y escapan. Solo al amanecer del segundo día las cuatro arrobas le pesan una enormidad y, por la tarde, después de haber trotado más de medio camino, las fuerzas lo abandonan y tiene el cuerpo como golpeado, los ojos queriendo cerrarse hacia el sueño que Ramón niega brindarse, y continúa caminando. También la sed y el hambre, en el tercer día, lo acosan conjuntamente con dolores por la espalda y los pies. Necesita descansar, pero le es más vital llegar al poblado. Esfuerza su cuerpo y, cuando le faltan decenas de kilómetros para arribar a su destino, las rodillas se le doblan y las arrobas que son toneladas caen al suelo. Entonces decide aliviarse el peso dejando gran parte en el camino. Esconde el mineral disimulándolo entre las piedras. Regresará dentro de algunas horas largas, cuando esté restablecido completamente. Su fuerte voluntad lo lleva hasta el poblado. Los que le ven llegar se le agolpan bombardeándolo de preguntas. Sonríe y quiere que solamente su Socia sea la primera en saber. Llega a su cuarto, pero no está su familia.

—Hace rato nomás han salido a vender comida –le dicen las vecinas.

Él no tiene ni una pizca de aliento para ir a buscarla. Se tiende en la cama con algo roto en el alma por no encontrar a su Socia. Deja reposar su cuerpo sobre las frazadas y cueros de oveja. Espera que regresen y solo al despertar su Socia le avisa que ha dormido toda la noche y la mañana del otro día. Ramón la mira. Tiene hambre y, mientras ella le sirve la comida, Ramón va relatándole lo pasado como si fuese un sueño benefactor. No dice nada del Tío por no despertar inquietudes en su Socia. No vaya a ser que ella le impida volver a la bocamina, que crea que tiene pactos con el diablo, que todos se enteren y los echen del poblado, o lo peor, los maten a pedradas arguyendo que son *laykas* capaces de grandes

maldades. Avisa del agua, de la veta y ella alegre, contenta, venderemos el mineral, mientras dormías ya he buscado compradores, tendremos para que te avies y regreses, compraremos a deuda una mula que te ayude a trasladar el mineral, ya tengo hablado con el corregidor del pueblo, él nos proporcionará, está asombrado de tu suerte, si nadie ha podido encontrar nada en esa bocamina abandonada.

Pasados los días, después de haber ido a recoger el resto de la carga dejada en el camino, Ramón, muy bien aviado y con la mula comprada a plazos, emprende nuevamente el viaje hacia la bocamina donde está el paraje del Tío. Este viaje es diferente al primero y lleva lo necesario. No solo los comerciantes, sino hasta el mismo corregidor, de buena gana, le abrieron créditos sin límites a todo lo que su Socia pedía como conveniente para comenzar la explotación de la veta. Va solo Ramón. Su Socia y algunos vecinos lo acompañan hasta las afueras del poblado. Lo despiden bailando, comiendo, cantando, augurándole la mejor de las suertes. Ramón se siente realmente afortunado y sin prisa recorre el camino.

Cuando llega a la mina visita al Tío. Le ofrenda abundante coca, deja alrededor de sus pies botellas pequeñas de quemapechos, le enciende *kuyunas* y, antes de comenzar la mita, pone techo de paja a su casucha, tiende al suelo cueros de ovejas y a un lado improvisa una cocina y se aprovisiona de arbustos. Solo entonces se apresta a trabajar. Las primeras mitas, cerca de la bocamina en la parte exterior, amontona la carga extraída. Trabaja sin esforzarse, con la normalidad acostumbrada de su vida de minero.

Pasan los días y llega la mañana en que no está solo, pues, de todo ese desierto, surgen las figuras del corregidor y otro nacionalista más. Llegan de visita cargados de quemapechos, amistad falsa y enormes deseos de conocer el ancho de la veta. Ramón no se sorprende por la llegada de ellos. Los invita a pasar hasta el paraje del Tío. El corregidor y el otro nacionalista más, asombrados y codiciosos, ven que Ramón logró extraer troceras regulares de buen mineral. Ellos fingen alegrarse por esa buena suerte. Quieren festejar y de sus alforjas sacan sendas botellas de quemapecho. Brindan y obligan a Ramón a parar el trabajo. Le hacen beber jarros llenos y mañosamente ellos se sirven agua. Lo halagan, lo estiman, hacen protestas de amistad y cuando Ramón se encuentra ebrio, de un salto felino y brutal le golpean. Cogen trozos de rocas desparramadas en el socavón y le golpean hasta dejarle inconsciente. Luego le maniatan por los pies y las manos y le arrastran hacia la casucha. Están apresurados por librarse de él, coger el montón de mineral y emprender su retorno. Le arrastran y le tiran a la entrada de la casucha y desandan los pocos metros hacia

la bocamina. Están acezantes por el esfuerzo de la golpiza y, al ingresar al socavón para recoger los jarros y botellas de quemapecho para que no quede huella de la presencia de ellos, escuchan que alguien combea el barreno tratando de perforar la roca. Se detienen en seco y se miran. Hay una luz al fondo, donde se encuentra el Tío. Gritan preguntando Quién está ahí y la luz se mueve avanzando hacia el encuentro de ellos.

El corregidor y el otro nacionalista más tiemblan de miedo y retroceden torpemente. La luz sigue avanzando y ven que Ramón se acerca sonriente, sorprendido de verlos ahí, con los ojos brillando de alegría por la visita de ellos. Al percibir que es Ramón, el corregidor y el otro nacionalista más emprenden la carrera despavorida por la casucha y ahí, cerca de la puerta, amordazado y golpeado, tirado en el suelo, ven que el Tío tiene la mirada dura fijada en sus personas. Ante esa visión, todo el miedo cervical se incrusta en ellos y la urgencia de escapar les impulsa a trepar el cerro arañando el suelo. Desde entonces son dos figuras llenas de pavor que con descomunal esfuerzo corporal tratan de huir pero que, para siempre, quedaron petrificados por el castigo y la soberana voluntad del Tío.

Sucedió en Mairana

Hugo Murillo Benich*

Los 300 metros que separaban mi hotel de la terminal de Santa Cruz los recorrí cómodamente a pie, porque solo llevaba una maleta y un maletín diplomático. Y eso me permitió meditar y rumiar mis pensamientos antes de subir al ómnibus.

Al vestirme para salir me había puesto mi camisa gris del revés, y esto había sido el resultado de habérmela probado la noche anterior para acudir a la fiesta que daban los distribuidores de ron con el pretexto de festejar nuestro nuevo acuerdo comercial. La camisa en cuestión no estuvo más de un minuto en mi cuerpo y aterrizó volteada sobre una silla, pues acabé decidiéndome por la blanca con rayas negras.

El asunto es que el hecho de ponerme involuntariamente mi camisa del revés siempre me ha acarreado consecuencias un tanto inesperadas. Esto ya me había sucedido tres veces; y como consecuencia de ello había recibido sucesivamente la noticia de la muerte de mi tía Úrsula y su modesta herencia, la aprobación de un examen para ingresar en una compañía comercial y había conocido a mi actual esposa.

Entonces barajé, naturalmente, las posibilidades que podrían hacerse realidad durante el transcurso del día. Hasta pensé en un despeñamiento en la región del Chapare.

Al subir al ómnibus, justo antes de que este comenzara a efectuar sus primeras maniobras para salir a la avenida Cañoto, vi con desagrado que

* Nació en Oruro en 1941. Poeta, cuentista y pintor. Es autor del libro de cuentos *Paraíso* (1990) y de los poemarios *Tierra de nadie* (1991) y *Cánticos impíos* (1996), además del ensayo *Ovnis y extraterrestres en los andes* (1991).

“Sucedió en Mairana” se publicó en la revista *Correvedile, Fantasie & Science Fiction*, núm. 20 (enero-abril de 2002).

mi sitio junto a la ventanilla ya estaba ocupado por una mujer vestida de celeste y con su rostro dirigido hacia fuera para recibir algo de una señora que gesticulaba de manera cómica. Mi primera reacción fue la de reclamar airadamente por mis derechos, pero al ver que la mujer tenía una cintura de avispa y una cabellera que le caía sobre los hombros como una cascada dorada, guardé silencio, me senté a su lado y esperé a ver su rostro.

¡Cielos! Al contemplar sus armoniosas facciones, supe que ese era el Acontecimiento, el Destino y todo lo demás.

—¿Le molesta que ocupe su asiento? —me dijo con una voz que iba a la par de sus otros encantos.

—No, al contrario —le respondí con un susurro—, siga usted.

—Gracias, usted es un caballero. Mis hermanas se equivocaron al comprar mi boleto. Yo no quiero viajar al lado del pasillo, pues me gusta ver el paisaje.

—A mí también —le dije—. Y será mucho más bello cuando lo vea enmarcado por un perfil tan hermoso como el suyo.

Ella me sonrió en silencio. Yo me sentí sorprendido por mi desusada inspiración.

¿Qué más podía pedir? Quizá luego podría yo estirar mi cabeza hacia la ventana con el pretexto de ver el paisaje y quedarme una hora rozando su suave cabellera con mi ruda quijada.

Se llamaba Eugenia y era soltera. Tenía dos hermanas que aún estudiaban en el colegio. Ella estudiaba veterinaria y solo le faltaba un año para concluir la carrera. Yo me llamaba Jorge y vivía con unos primos. Su madre le había traído una pequeña merienda porque ella no acostumbraba a comer en los restaurantes. A Eugenia le gustaban las películas románticas, a mí las históricas. Cuando no me divertía trabajaba duro. Yo era agente viajero de una empresa comercial orureña...

—¡Qué casualidad, pues! —exclamó Eugenia, mientras los profundos verdes de la vegetación lujuriente se desplazaban por detrás de su adorable cabeza—. ¡Yo también voy a Oruro! Allí me esperan mis tíos. Pasaré el resto de mis vacaciones en la casa de ellos. Y dígame usted, ¿nos veremos allá?

¡Cielos! ¡Tres veces cielos!

Examinó detenidamente mi aro de promoción engastado con una piedra negra, el mismo que reemplazaba mi anillo de matrimonio durante mis viajes. Yo tenía grandes proyectos. Pensaba seriamente en una apertura de nuestro mercado en Lima. Los de la empresa ya me habían adelantado cierta proposición. Además estaba acariciando el proyecto de divorciarme —esto último no lo dije en voz alta, claro está.

—Me encantaría conocer Lima —me confesó ella—. Me gustan tantos los vales peruanos.

A mí me gustaba el jazz. Acordamos que íbamos a reunirnos para escuchar vales y jazz en mi aparato para discos compactos. (Costara lo que costara, mi amigo Rubén tendría que prestarme su departamento por unas dos semanas. Todo sería perfecto).

Pero, ¿por qué había cambiado el tono del verde? Este otro verde, amarillento y casi descolorido, no debía aparecer sino más allá del Chapare y únicamente en las cercanías de Cochabamba. Además, estábamos subiendo por un camino que normalmente debía ser horizontal.

—¿Qué pueblo es este? —pregunté tratando de recordar lo que había visto en mi viaje de ida a Santa Cruz.

—Esto es pues Samaipata.

—¿Y Shinahota? —volví a preguntar con incredulidad.

—Eso está en el camino nuevo. Nosotros estamos yendo ahora por el camino antiguo.

—¿Por qué?

—¿Pero usted no se enteró? La otra noche hubo una tormenta en el Chapare y el agua se llevó un puente enteringo. Los que van por allá deben hacer trasbordo.

—Ah —dije yo—. De todas maneras, algo está bien claro: si hubiera sido necesario el mismo diluvio universal para estar junto a ti, yo mismo habría abierto los grifos del cielo.

—Pero qué gracioso es usted —me respondió Eugenia con una carcajada cantarina.

Al llegar a Mairana éramos como dos amigos que se hubieran conocido desde hacía años. Eugenia sabía de mis veleidades literarias. Ya había memorizado un soneto que yo había escrito a los 22 años. A mí me parecía estar viendo su colección de mariposas. Ella ya estaba desesperada por leer mi libro preferido. Y yo ya me desesperaba por decirle algo más íntimo.

Pero yo tenía un hambre verdaderamente canina —pues no había desayunado y ya era la una de la tarde. Y el ómnibus acababa de estacionarse fuera del camino formando un ángulo con la pared de un restaurante.

—Podemos comer aquí, sin necesidad de ir al restaurante —traté de convencerme Eugenia—. Traigo un pedazo enorme de torta y dos manzanas.

—Gracias, Eugenia —repliqué, pensando en un enorme asado de cordero—. Pero yo necesito algo más sólido. Lo que tú traes te lo acepto como postre.

—De acuerdo —me respondió ella—. Vaya usted, pero no se me atrase. Yo bajaré luego por un minutingo.

Le sonreí con ternura incontenible, estreché su mano ligeramente y salí del carro.

Al dirigirme al restaurante, enclavado en medio de una larga calle ensanchada por la carretera que venía de un infinito y se perdía en otro infinito, me reuní fugazmente con un grupo de hombres, en medio de los cuales estaba el chofer.

—Les digo que nunca más vuelvo por el camino del Chapare –vociferaba este—. Me parecía estar en el mismo infierno. La lluvia caía torrencialmente, con tanta fuerza que la luz de los faroles no llegaba a penetrar más allá de un metro en medio de esa cortina de agua. ¿Saben por qué no me salí de la vía?... Un relámpago alumbraba como un sol, yo veía el camino y memorizaba el trayecto hasta donde podía, hasta que caía otro relámpago. ¿Y saben qué pasó cuando llegué a ese maldito puente?, pues...

Ya no escuché la continuación del relato, pues atravesé el primero la puerta del restaurante y me dirigí con premura hacia un viejo mostrador parcialmente recubierto con latón. Allí pedí un plato de asado de cordero al hombre que atendía en el mostrador.

—No hay –me respondió este.

—¿Tienen lengua?

—No –me explicó el hombre—. Solo tenemos sopa de zapallo y pollo al horno con arroz. No esperábamos tanta gente.

—Está bien –le dije—. Entonces quiero un plato de pollo y una naranjada. Pero que sea rápido.

Después me alejé unos pasos en busca de una mesa. En eso tuve éxito inmediato, pues encontré una mesa redonda con dos sillas diferentes. Una de ellas era demasiado ancha, parecía una silla de jardín. Escogí la que tenía un aspecto más normal. Me senté, deposité mi maletín en el suelo, entre mis piernas, y luego me puse a observar a mi alrededor con cierta impaciencia. En la pared que daba a la calle, unas grandes ventanas sin cortinas dejaban ver nuestro ómnibus y las casas que estaban al otro lado de la carretera. Busqué con la mirada el rostro de Eugenia, pero el reflejo de las ventanillas no dejaba percibir claramente. El resto no tenía nada especial: viejas paredes, viejos afiches descoloridos, unas puertas pequeñas, un ventanuco... La gente se había repartido acomodándose en las mesas y en una fila a lo largo del mostrador. Algunos hacían sus pedidos al hombre que me había atendido y otros se dirigían directamente a unos cuatro mozos que corrían por todo lado. Uno de estos me trajo mi plato y mi naranjada.

Al ver la masa acuosa y blanquecina donde no se distinguía ni un grano de arroz y el ala que se hundía en ella como un cadáver amarillento

y seco, mi corazón dio un vuelco. La naranjada, que por suerte estaba fría, me devolvió algo de valor y tomé los cubiertos como seguramente lo hace un arqueólogo al tomar sus instrumentos cuando se dispone a desvestir a una momia.

Estaba furioso contra todos y contra mí. ¿Por qué diablos no había escuchado a Eugenia? En ese momento únicamente el recuerdo de su sonrisa luminosa me impidió dejar el plato y salirme del lugar.

Andaba ocupado con esos pensamientos cuando súbitamente percibí que delante de mí surgía una gran masa no exenta de cierta luminosidad. Con la misma rapidez levanté mi mirada y entonces vi a un ser monstruoso.

Se trataba de un hombre, el hombre más gordo que había visto en mi vida. Era el hombre montaña. Era un elefante. Era el elefante hecho hombre. De su amplia camisa blanca y kilométrica, que le colgaba como la carpa de un circo, emergían a cada lado dos troncos coronados de sendos racimos de salchichas, y de la parte superior una cabeza, qué digo cabeza, una torta de gelatina con los ojos más dulces que uno puede imaginarse, una nariz redonda como una pelota de golf y una boca carnosa apretada por unos carrillos que se fundían por la parte inferior con un cuello de toro.

—¿Puedo sentarme? —me dijo el elefante con una voz estrangulada antes de que yo pudiera recuperarme de la sorpresa.

—Gracias —prosiguió él sin esperar la respuesta, y el joven elefante, porque se notaba que era joven, realizó la proeza de acomodarse en la silla que estaba frente a mí.

No bien él puso sus salchichas, digo dedos, sobre la silla, uno de los mozos vino al punto con un plato que depositó delante de él con la celeridad propia de los de su oficio, diciendo:

—Aquí tiene su comida, don Leoncio.

Entonces, me dije, este es un parroquiano, y la silla especial en la que está sentado es su silla y esta es su mesa. Y al ver el contenido de su plato, reducido a una papilla de consistencia indefinible... hay gente, añadí para mis adentros, que se lleva la peor parte. Mientras él devoraba su pitanza, yo esperaba que alguna vez su tenedor emergiera con un trozo de carne o un hueso, pero nunca sucedió tal cosa.

—Es terrible ser pobre, ¿sabes? —me dijo de pronto entre dos bocanadas—. Y lo peor es estar enfermo, por añadidura.

—Ya lo creo —le dije, saliendo al fin de mi estupefacción.

—Y es el colmo cuando la casa de uno está lejos. Yo soy de Villazón, ¿sabes? Además aquí no hay trabajo.

—¿Y no puedes volver a tu tierra? —le pregunté empezando a sentir piedad por él.

—¿Cómo podría hacerlo sin dinero? Aquí, en Mairana, hay unas personas caritativas que me dan techo. El dueño del restaurante me convida unas sobras. Eso es todo.

Él continuaba comiendo y yo permanecía sin tocar mi plato.

—Me pregunto cuánto costará eso —me dijo de pronto, dirigiendo su mirada hacia mi mano izquierda.

Yo miré mi reloj y de pronto sentí un miedo irreflexivo. Si le decía una cifra muy baja, se daría cuenta de que estaba mintiendo, y si... ¿por qué quería saber el precio de mi reloj? ¿Podría amenazarme con lanzarme su cuchillo, que ahora parecía un arma?

—No lo sé —atiné a decir—. Es un obsequio de mi padre.

Él entonces se rió estruendosamente.

—La naranjada, un obsequio de tu padre. Qué gracioso eres...

De pronto caí en la cuenta de que mi mano izquierda y la naranjada estaban lado a lado. El tipo definitivamente comenzaba a caerme bien. Llamé a un mozo y le pedí otra naranjada para mi compañero de mesa.

—Que sea una botella grande de agua mineral —corrigió él—. Tengo diabetes, oye.

—Me llamo Jorge.

—Yo soy Leoncio.

En ese instante vi a Eugenia de pie en el centro de la sala charlando animadamente con un hombre mayor que yo. Mi corazón se oprimió y me invadió una oleada de celos. Quería adivinar qué decían observando el movimiento de sus labios.

En un momento dado, durante un fugaz lapso, me pareció que los dos me miraron intercambiando una sonrisa de complicidad.

—Aquí está su agua mineral. Son tres pesos —me interrumpió el mozo, colocando la botella a mi lado y extendiendo su mano para recibir el dinero.

Yo metí mi mano a mi bolsillo y conté tres monedas. Cuando dejé de mirar la cara avinagrada del mozo y volví mi rostro hacia el centro de la sala, Eugenia y el hombre ya habían desaparecido.

Mientras tanto, Leoncio se había quedado contemplando la botella de agua mineral que estaba cerca de mi mano derecha. Le miré y, sin saber por qué, sentí pena por mí. Entonces le alargué la botella con mi mano derecha. Él extendió su mano izquierda.

El contacto de nuestras pieles se produjo solo por un breve instante, pero eso fue suficiente para causarme una infinita sensación de asco. Yo

di un sacudón para liberar mi dedo índice de esa inmensa mole de carne fofa. Y bajé mi mirada para ocultar mi disgusto.

Cuando levanté de nuevo mi mirada, vi con alivio que alguien había puesto un gran espejo sobre la mesa ocultando por completo a Leoncio. Al contemplar mi imagen sonriente, vi que el mechón rebelde de mi cabello colgaba en el lado inusual de mi frente. Así que levanté mi brazo —efectuando un esfuerzo monstruoso para vencer una inercia descomunal que de pronto me había invadido por efecto de un súbito cansancio. Pero, ¡cielos!, aún cuando mi mano llegó a tocar mi frente, mi imagen no hizo lo mismo.

Es más, sucedió algo peor, algo verdaderamente inenarrable, mi imagen se levantó con agilidad sosteniendo con una mano mi maletín y dio unos pasos al costado, mientras yo permanecía virtualmente clavado en mi silla por un peso superlativo.

—¡El maletín! —alcancé a decir con voz estrangulada a tiempo de extender mi mano en su dirección—. Ahí están los documentos, el contrato.

—Gracias, Jorge —me respondió mi imagen—. Los revisaré luego.

Entonces mi imagen se alejó hacia la puerta de salida y se unió a los últimos pasajeros que abandonaban el restaurante.

Entonces contemplé mi mano transformada en un enorme tronco con cinco salchichas. Y la verdad que cruzó como un latigazo mi cerebro me hizo exclamar:

—¡Leoncio!

Leoncio, incrustado en mi esbelto cuerpo, se dio la vuelta por última vez en el umbral de la puerta, me dirigió una sonrisa llena de piedad, y luego desapareció.

Me levanté como pude y avancé yo también hacia la puerta. Cada paso ahora me exigía cantidades inauditas de energía. Además mis carnes, cual grandes trozos de gelatina sacudidas por una vibración desordenada e ininterrumpida, trataban de arrojarme al suelo siguiendo impulsos independientes. El sudor corría por mi piel a raudales y mi pobre mente, afiebrada y encerrada en un cráneo que lo sentía estrecho y grasiento, quería deslizarse hacia las regiones de una locura bienhechora.

Cuando llegué a la puerta, el ómnibus arrancaba; y cuando llegué a la carretera, el ómnibus ya estaba a unos 50 metros de distancia y comenzaba a acelerar para alcanzar su velocidad de crucero.

Yo caminé todavía algunos pasos en la carretera, hasta que alguien me tiró de la manga para alejarme del camino y evitar que un raudo camión se estrellara con mi enorme humanidad.

—Ten cuidado, Leoncio —me dijo mi salvador—. Anda ahora a tu casa. Está haciendo mucho calor.

Entonces, sin dar las gracias, me dirigí lentamente hacia una esquina en medio de sacudones y sudores que me bañaban de pies a cabeza. Efectivamente hacía mucho calor. Al llegar a la esquina doblé hacia la izquierda y me interné en una callejuela miserable limitada por casas destartaladas.

Una memoria física se entrelazaba ahora con mi mente y me decía que debía avanzar dos cuadras para llegar a una puerta verde con una aldaba en forma de cabeza de querubín.

Los días que quedan

Alfonso Gumucio Dagron*

No lo llamaban por su nombre, que él mismo había olvidado, sino por el del autor de su primera especialización académica, desde que se graduó con el estudio del párrafo 14 de *El papel del trabajo en la transformación del mono en hombre*. Nunca olvidaría aquellos años en que trataba de desentrañar los significados de la frase: “El perro tiene un olfato mucho más fino que el hombre pero no puede captar ni la centésima parte de los olores que sirven a este de signos para diferenciar cosas distintas”.

En décadas recientes lo conocían sobre todo por el poema que estaba estudiando, publicado por primera vez en el siglo XXI, desaparecido durante la tercera guerra, rescatado de los escombros de la casa de su autor y publicado nuevamente en 2112 en una edición imperdible e invariable de titanio. Había dudas sobre la exactitud de esa edición, pero no se podía esperar otra cosa pues no existía otra versión para comparar. El único capaz de esclarecer el asunto habría sido el autor de los versos, pero murió el último día de la guerra, día en que el Poderoso Unificado de la Restauración decidió eliminar a los poetas que sobrevivieron. Quedaban por allí versiones orales del poema, dichas en voz baja en reuniones fugaces, que en general coincidían con el poema editado en hoja de titanio por la Sociedad de la Memoria. Solo que en ellas aparecían tres versos más, versos

* Nació en Buenos Aires en 1950. Comunicador, poeta, narrador y cineasta. Escribió los poemarios *Antología del asco* (1979), *Razones técnicas* (1980), *Sentímetros* (1990) y *Memoria de caracoles* (2000). También es autor del volumen de entrevistas a escritores bolivianos titulado *Provocaciones* (1977) y de *Cruentos* (2012). Además escribió el libro testimonial *La máscara del gorila* (1982) y *Diario ecuatoriano. Cuaderno de rodaje* (2016), y de numerosos libros sobre cine y comunicación, entre los que destaca *Historia del cine boliviano* (1982, el cual es el volumen 88 de la colección de la BBB).

“Los días que quedan” pertenece a *Cruentos*, La Paz: Plural.

crípticos cuyo sentido, una vez descifrado, aludía a costumbres militares secretas mantenidas a través de los siglos, y el último directamente a los responsables de la tercera guerra, la última de todas, puesto que ahora reina la paz en el planeta y en sus satélites cercanos.

No es que él tuviera nada contra los extintos militares, sino que le habría gustado contar con más información para investigar sobre este poeta del que solo habían quedado dos o tres poemas (pameos y meopas, como él los había llamado en un libro desaparecido). A la poesía hay que estudiarla meticulosamente, especialmente porque ahora que ya no quedan poetas y todos han olvidado el oficio de hacer poesía, pensaba cuando comenzó su especialización, décadas atrás. Los poetas no eran necesarios. Hizo bien el Poderoso Unificado en acabar con los últimos, se dijo sin mucha convicción. ¿Cuál sería la contribución de los poetas en un mundo nuevo de tan perfecta organización social? Los poetas solamente sembraban dudas y temores en lectores indefensos. No valía la pena volver a pensar en todo aquello, ahora que cada ciudadano tenía tareas específicas y poco tiempo para divagar. El tiempo es oro, se decía antes, cuando el oro tenía más valor que una tarjeta temporal, y él no debería invertir el suyo en circunvalaciones alrededor del autor del poema que había comenzado a estudiar tantos años atrás. Debía dedicarse exclusivamente a su especialización si quería evitar que la tarjeta temporal que le habían otorgado fuese cancelada o le quitaran puntos. Tenía que limitarse a estudiar “El niño bueno” y nada más, nueve versos y el título, diez líneas y el resto sobraba. Peligroso, su vecino Heyerdhal andaba más adelantado que él y que muchos otros especialistas del Barrio de la Poesía, estudiando “Agua dormida”, y ya había dado a conocer un décimo ensayo sobre las relaciones simbólicas y la proyección virtual de las palabras “cielo” y “agua”, en “Quiero saltar al agua para caer al cielo”, el único verso del poema. Ahora alardeaba que tenía a punto el siguiente texto de la serie, un estudio del título como primer verso del poema. En suma, pensó y se dijo a sí mismo frente al espejo, hay que trabajar y trabajar incansablemente para que la industria prospere. Era una suerte que el Unificado hubiera permitido que académicos como él se ocuparan de estudiar las pocas muestras de poesía que sobrevivieron a la guerra.

Sus cinco estudios anteriores recibieron elogiosos comentarios de los amigos, por ejemplo “qué bueno”, “muy interesante” o el cariñoso “prosigas, Engels”, y un representante del buró de preservación de papel le había manifestado su complacencia por el camino que seguían sus investigaciones, alentándolo a profundizar en su estudio del séptimo verso, sobre todo la segunda parte, “meterse en una fuente”, que encierra

complejos mensajes sobre la sexualidad en el siglo xx. No es que los anteriores versos no fueran igualmente importantes, pero el Unificado tenía pensado colocar en un meteorito que pasaría por esta galaxia una placa con el séptimo verso y quería tener la seguridad de que entre sus significados no hubiera uno dudoso, sospechoso, peligroso para la estabilidad. A trabajar, se dijo y se puso manos a la obra descubriendo cuidadosamente la hoja de titanio que tenía sobre la mesa de trabajo. Ajustó la iluminación con mayor contraste para observar si la sombra de las letras o la longitud de los versos le daban nuevas pistas sobre la mecánica que dio vida al poema. Era evidente que el autor sabía muy bien lo que quería, desconcertar por ejemplo, maravillarse sobre todo. Estudios sucesivos de Engels demostraron que en el poema había una razón aritmética de $x+5z-q/7$ entre las 49 letras “a”, las 50 “e”, las 16 “i”, las 33 “o” y las 10 “u”, es decir una función lógica de acuerdo a la nueva reordenación de vocales dictada por el Unificado después de la guerra. Engels contaba con otros aciertos entre sus descubrimientos, no en vano le llegaba cada año un holograma de reconocimiento. Podía mostrar a los amigos que le visitaban los 23 que había acumulado. Uno de sus triunfos fue el descubrimiento de la cadencia rítmica de las “s”, que el autor del poema había tratado de disimular. Bajo el pantógrafo ultracuántico, el espectro tridimensional conseguido era idéntico en cada verso del poema, incluso en aquellos que tenían solamente una “s”. Engels tenía la seguridad de que la posición estética y política del autor estaba resumida en este poema a la manera de un fragmento de cadena de ADN, fragmento suficiente para clonar una réplica exacta del original. Incluso descubrió que el título del poema, como era frecuente en los poetas de ese siglo, disimulaba una descripción de las experiencias sexuales del autor, aunque por ahora, en toda lógica, este era tema vetado por el censor superior del Unificado.

Sonó la alarma personalizada para señalar que ya debía haber concluido un párrafo de redacción desde que ocupó el escritorio, y Engels se empeñó en recuperar el tiempo perdido redactando velozmente unas líneas desenvueltas mientras ingería las calorías y fibras del día en la cantidad determinada por el director de nutrición. Luego de los estudios realizados sobre otros versos del poema, ahora veía por fin cumplido su propósito de especializarse en el séptimo, pero esto le producía a la vez intranquilidad y no dejaba de pensar en ello.

Sus cavilaciones fueron interrumpidas ahora por el videófono. Su colega Hierro, especializado en el cuento del dinosaurio, lo llamaba para invitarlo a una reunión autorizada que tendría lugar a mediados del año próximo. Cuidadosamente tomó las señas y se despidió no sin antes

preguntar dónde sería la tertulia, que por suerte resultó ser en casa de Moix, un amigo común que vivía en la misma zona continental, de ese modo podría trasladarse a baja altura y ahorrarse los inconvenientes del transporte colectivo. Le gustaba estar con Moix porque era un hombre ameno. Aunque su especialidad era la tira 457 del tercer libro de Mafalda, no por ello había dejado de revisar los otros tomos que había en el Cementerio Central de Papeles, aún sin autorización del Unificado. Dos o tres veces le llamaron la atención, pero ahora se las arreglaba para dejar las páginas ligeramente pegadas como si no las hubiese abierto.

Nuevamente la alarma lo sacó de su letargo. Esta vez se encendió la luz roja, indicación de que lo estarían observando. Su comportamiento había sido errático desde hacía varios días, se sentía ausente por largos momentos y no atendía a cabalidad sus obligaciones. La computadora central le había recomendado que siguiera tomando diariamente dos píldoras AII, probablemente el ansiolítico Ante Ideas Incómodas, pero no lo hizo porque sentía la necesidad de llegar hasta el final de su malestar. La computadora activaba el videófono todos los días, aparecía el rostro amable de una amiga fallecida durante la guerra y él simulaba tomar la pastilla que luego desintegraba en el baño, sin encender las luces. Y aun así, a pesar de su deseo de profundizar en esa su inquietud, no lo conseguía. Solo sentía el peso del tiempo, más ahora que el Unificado había lanzado la campaña *Tempo est Lactonum*. Por suerte, la computadora que revisaría y ordenaría su trabajo antes de pasarlo al archivo lacrado no estaba programada para entender la poesía del cronopio mayor. Lamentó que su mujer no pudiera leer su ensayo sobre el séptimo verso antes de entregarlo; estaría todo el mes en otra región trabajando en su especialidad: pastas del norte del Distrito K 34 Acuoso 7 (antes de la guerra se conocía como cuenca del Mediterráneo). Mientras tanto, vendría a cocinar dos veces por semana Chávez María, que además de preparar deliciosas albóndigas de albaniza tenía autorización para permitir libre acceso a su sexo, eternamente joven. Después de una visita de Chávez María, Engels se ponía de buen humor y trabajaba con mayor ahínco.

Nuevamente sonó la alarma y esta vez optó por desconectarla, sin medir las consecuencias. Sobre su mesa de trabajo no había nada que pudiera justificar las horas que estuvo sentado. Caminó por la habitación hasta cansarse, luego jugó con el giroscopio estacional probando días de nieve, de lluvia, de primavera, pero nada de lo que aparecía detrás de las ventanas de la casa le quitó la sensación de inacabado, de incompleto. Tomó la lámina de titanio y leyó el poema varias veces seguidas: “No sabré desatarme los zapatos...”. Reconoció para su coleteo que no había escrito

lo que realmente iba descubriendo en los nueve versos, prefería guardar para sí mismo las verdaderas interpretaciones y de ese modo preservar la integridad del poema como una pieza libre de las sospechas del Unificado. Todas las obras encierran verdades a medias, pensó. La verdad debía ser modelada según los deseos del Unificado y presentada de acuerdo a los códigos vigentes, pero él disfrutaría íntimamente otra verdad que le ofrecía el poema, una verdad que sería la clave para interpretar cualquier otro poema, cualquier texto del pasado, de ese pasado cuyo acceso estaba ahora restringido.

Cuando tenía oportunidad de participar en una reunión informal en casa de amigos, él se las arreglaba para ir discretamente al baño en medio de una discusión, y al pasar por el escritorio del dueño de casa leía el texto autorizado que era objeto de estudio. Así, su conocimiento se ampliaba cada vez más. No podía copiar una sola línea pues corría el riesgo de ser detectado, pero le bastaba memorizar algunos versos y repetirlos en voz baja por la noche o al oído de Chávez María, que de todas maneras no entendía las palabras.

Cada vez asumía con menos disciplina la obligación de especializarse en un solo poema. En lo que le quedaba de crédito en la tarjeta temporal terminaría el estudio del séptimo verso y entonces el Unificado le ordenaría estudiar otro verso, quizás dos o tres palabras, según la antigua máxima “divide para controlar”. Lo obligarían a ceñirse a unas pocas palabras hasta agotar todos sus significados. Pero él sabía que concentrarse en una parte impedía entender el conjunto, la verdad más amplia. Se sentía en una espiral sin fin, cada vez más estrecha. Después le pedirían concentrarse en las vocales o las consonantes, o una sola vocal con su respectiva consonante para profundizar en los espectros gálicos. Quizás al final en una sola letra, su morfología, su declinación fonética, su influencia en la palabra. Sabiendo que le quedaban muchos días por delante, renovarían el crédito de su tarjeta temporal y el Unificado le daría otras tareas más sencillas, cada vez menos vinculadas a la poesía, en la medida en que ya no quedaban poemas. Y en los días que quedan, pensó, no tendría mucho que hacer, no habría nada que leer pues incluso el poema ya estudiado sería destinado al sótano del cementerio de papeles, y los días quedarían cada vez más vacíos. Si al menos pudiera desintegrarse a oscuras como las pastillas en el baño o a la vista de todos en el foro público. Pero no sería posible, no lo había logrado nadie desde que un siglo después de la guerra el Unificado instauró el sistema de tarjetas temporales e hizo al hombre inmortal.

La madame

Adolfo Cárdenas Franco*

AJ. Manuel Serrate, alias el Elvis-pelvis, le bastó nada más que una mirada soslayada para darse cuenta que tenía a la madame en el bolsillo. Sonrió con suficiencia al cruzar junto a la susodicha –enamorado hasta los fondillos– ensayando el gesto que, según sus compadres de jarana, tenía la virtud de sancochar los meados de todas aquellas a quienes iba dirigida.

Claro que de lo que J. Manuel Serrate alias el Elvis-pelvis no se daba cuenta era de las artes de las que la madame se valdría para conquistarlo: porque la madame era adivina, prestidigitadora, hechicera, pitonisa, tau-maturga, encantadora y heredera de todas esas anacrónicas habilidades que ella insistía en practicar para proporcionarse el triste sustento, ya leyendo las manos mugrientas de las viejas para quienes el futuro era tan obvio que no necesitaba ser predicho, ya combinando un mazo de cartas españolas de los modos más perplejos posibles a fin de suscitar la medrosa curiosidad del cliente y obligarlo a meter la mano en el bolsillo en busca de otra moneda que le permitiera conocer el epílogo de su propia historia.

El caso es que, si bien la madame tenía mucho de farsante, era porque su descreído medio la obligaba a ello, pero que sabía bastante de ciencias ocultas, el vecindario en general y el conventillo donde tenía su

* Nació en La Paz en 1950. Narrador y docente universitario. Escribió las novelas *Periférica Blvd.* (2004, la cual es la obra 78 de la BBB) y *El caso del Pérez Holguín* (2011). Es autor de los libros de cuentos *Fastos marginales* (1989), *Chojcho con audio de rock p'saaaahdo* (1992), *El octavo sello* (1997), *Doce monedas para el barquero* (2005), *Tres biografías para el olvido* (2008) y *Ópera Rock-ocó: Cuentos reumidos 1979-2008* (2014).

“La madame” integra *Chojcho con audio de rock p'saaaahdo*, La Paz: Carrera de Artes-D'la Piut.

consultorio en particular, así podían atestiguarlo. Es decir todos, todos excepto el Elvis y su grupo de pachangueros que por invertir la noche en bolereadas tardías o guitarreadas tempranas, se privaban de presenciar las trasnoches de toda la senectud de la casona frente a la puerta de la hechicera lanzando desdentadas y opacas exclamaciones ante las oleadas de humo legendario, las encubiertas salmodias demoniacas y los conjuros de antigüedad prehistórica que emergían de esa cueva clausurada a medias, a la curiosidad de los fisgones de oficio.

Por supuesto que a la madame estos diarios concilios la tenían sin cuidado, ocupada como estaba en ensayar invocatorias remotas, fermentar hervidos indescritibles o consultar latines y tratados de aquelarre en busca de ese perdido filtro que atraería al Elvis con sus inmemoriales efectos.

Entre lecturas del gran Tafsir y búsquedas de amanecida en la biblia negra de Juliano el Apóstata, dio al fin con la alquimia que le serviría de entrada al corazón del tipejo. Se afanó en listar los ingredientes y buscarles sustitutos en la farmacéutica contemporánea y así, si la receta exigía extracto de hígado de teleósteo, ella lo reemplazaba con emulsión de Scott o si requería de tripas de perra en celo, la madame compraba una salchicha en alguna carnicería de cuarta. De este modo, poniéndole el hombro a la improvisación, logró el compuesto que luego bendijo al revés en una noche de macumba alucinante.

Oy et ogidneb ne le erbmon led erpad le ojih y le utiripse utnas san atas!! San Cipriano! nehcuece im noicaro y eugell a sortosov im romalc.

Como en los relatos de aparecidos, el hervido comenzó a burbujear con reflejos fluorescentes y la habitación-consultorio, laboratorio, baño, dormitorio, cocina, se llenó de fumarolas místicas y olores de pacotilla ante las narices de todos los que del otro lado de la puerta se espeluznaban o burlaban de acuerdo a su nivel de credibilidad en las artes de la pitonisa.

Innecesario sería describir la enorme alegría que embargó la entraña de la madame, aquella noche en la que había logrado descifrar los legendarios secretos transformados en el precioso líquido que guardó en una botellita de jerez. Con neurótica eficiencia –en lugar de echarse en la cama a festejar el triunfo– se dedicó a consultar los tratados de magia verde de Fray Pedro Lebrun y las cartas de Muqaddam el Ciego, para encontrar la forma en la que debía ser administrado el filtro: la receta de un palomo hervido en agua de azahares y refrito en una solución de aceite de olivos, sal de azucena y polvo de perla rosada.

Contó las horas hasta el amanecer y apenas el sol hirió la esquina de su ventanita, ella, sin quitarse siquiera el batón de trabajo con lunas y

estrellas, salió en busca de los ingredientes perseguida por las carcajadas del Elvis y su caterva de malentrenidos que se recogían de uno de sus habituales desbarajustes.

No le fue difícil encontrar el palomo. Verificó que fuera macho, pagó sin regatear y se fue a buscar las flores con el batón astrológico en persecución de su apuro.

Llegó a su vivienda, fuente de trabajo, consulta, como un florero espectacular a preparar los adobos de ilusionista en un calderito del siglo xvii obtenido de quién sabe dónde y comenzó a picar las flores, mezclándolas con hojas de *wacataya* y tallitos de *chijchipa* para que los hervidos no tuvieran el olor a muerto que exudaban.

Luego, el objeto principal de aquel introito, libre de plumas y reducido a la mitad de su tamaño, fue a parar al caldo que burbujeaba alimentado con ramas de coca, pino japonés y romero que deformaban con sus fumarolas los gestos rituales y ampulosos de la madame, concentrada en reinventar normas e invocaciones con una voz que enfervecía por entre el crepitar del filtro fluorescente evaporado con el inverosímil cocido, cuyas tufaradas se esforzó –en medio de pujidos y pedorreos– por sahumarlas en el sexo.

A las dos y veintitrés, la madame salió de su cuarto, vestida de luces y con un turbante de plumas caóticas y colorinches rozando una esquina del cielo. Tímida se acercó al Elvis y su perennidad contemplativa del barroco rulo en el inseparable espejito de bolsillo.

—Buenas tardes –saludó colocando la mano recargada de anillos y chinches de baratillo en una cadera con un nada convincente ademán de desafío.

El Elvis levantó el ojo derecho y este se abrió desmesurado a contemplar el extraño monumento al circo que tenía ante sí. El estupor le hizo lanzar un eructo que contenía todo el sabor de su reciente almuerzo al contestar:

—Bue... buenas...

Toda la confianza en la efectividad del hechizo se hizo pedazos ante aquel gesto abstruso partido por el copete rocanrolero y que se sacudía al compás del medio silbido que escapaba de los labios torcidos a lo James Dean.

—Just canay du foriú? –preguntó con estudiado desgano el Elvis, repuesto ya de la impresión que le causara la presencia, mezcla de pavo real y bahiana de carnaval carioca.

—¿C... cómo?

—Digo, que en qué puedo ayudarte, beibe...

La madame sintió que las palabras se le convertían en una gárgara truculenta que se negaba a salir en forma correcta del bollo intrincado que era su garganta.

—Pi... pichones –articuló ante el hombre que chasqueaba los dedos al compás de su medio silbido indefectible.

—¿Pi-pichones? –preguntó burlón, consciente de su total dominio sobre la mujer.

—No... no, no; lo que yo digo es que quiero q... que me invite a... –se embarulló la madame odiando al hombre que se mofaba de ella, jurando en ese momento tenerlo de besamanos aunque le llevara el resto de la vida.

—D... digo –aclaró sofocada– que quisiera invitarle u... unos pichones –terminó golpeándose el pecho con tres dedos nerviosos.

El Elvis, que entre otras cosas sufría de hambres compulsivas, ya no se hizo el bello ante el convite. Sacando el peine del bolsillo para arreglarse el rulo con movimientos de contorsionista, dijo:

—Tenks, ¿como a las cuatro?

Asintió la cartomántica con anticuados ademanes de coquetería, guiños y poses carcomidas por el uso, gastadas frente al espejo solitario. Ese único testigo de sus cursis accesos de dicha, ocupada en desacomodar el desacomodo y desempolvar la maraña, organizar el descalabro y decorarlo con flores y palitos de olor.

Treinta y dos minutos después de lo convenido, llegó el invitado con su clásico atuendo de delincuente juvenil y su crónico gesto de Marlon Brando reflejado en el espejo que fue lo primero que le llamara la atención al entrar en el recinto arreglado como teatro de variedades.

—Bien tu cueva –dijo a modo de saludo.

—¿Qué? –se desconcertó la anfitriona.

—Que está ok –aclaró el Teddy boy rocanrolero, nacido para perder (el tiempo) sentándose en una silla y poniendo las tejanas una sobre otra.

La madame, tratando de descifrar la jerga de su invitado, se afanaba en tostar el palomo en cebo de chivo macho, haciendo desesperados esfuerzos por establecer un lazo de comunicación que no fuera la promesa de lo que ya se exhibía en el plato solitario que el Elvis se encargaría de agotar, combinando las microscópicas presas con enormes bocados de marraqueta.

Sin percibir siquiera que la comida no se había compartido, el Elvis, después de murmurar cuatro incoherencias, se puso de pie y salió dejando tras suyo solo las huellas de sus dientes en el minúsculo montón de huesos regados sobre la mesa.

Por supuesto que para la madame aquello fue suficiente; sonriendo se dispuso simplemente a esperar que el hechizo surtiera efecto, lo que en realidad nunca se supo a ciencia cierta, pero el caso es que el Elvis, fuese por el embrujo o porque se prendó de las habilidades culinarias de la adivina, comenzó a orquestar casuales encuentros que se convirtieron en visitas, las visitas en frecuencia y estas en largas estadías en el consultorio, espantando con sus sombríos gestos de rebelde sin causa (conocida) a toda la fisgonería que trataba en vano de explicar aquella irracional relación. Con el tiempo las estadías devinieron en furtivas visitas nocturnas como un prólogo a las excelsas e interminables revolcaderas en el chirriante catrecito que musicalizaba el diálogo saltarín y repetitivo hasta el cansancio que nunca llegaba.

—¿Mequieres?

—Sí sí.

—Cuánto...

—Mu cho.

—Muchito.

—¿Muchito?

—Muchito.

—Hastadónde...

—Hasta elsol.

—¿Tanpoquito?

—Sieshartito hartito, hartito, hartito, ahhhhh...

Pero como “nunca” es mucho tiempo, el romance se desgastaba pese a los insignes esfuerzos y desmesurados alborotos de la madame en demanda de atención. No había caso, el amante quería deshacerse de esa carga y regresar a sus antiguas francachelas en compañía de los que para entonces eran ya su club de admiradores, frente a los que magnificaba sus hazañas con la adivina, definiéndose a sí mismo como un objeto sexual.

Por supuesto que tal afirmación era nada más que una solemne mentira porque la pitonisa amaba al hombre más allá de la encamada y de los desprecios a que era sometida; más allá de sus cualidades (enc)amatorias y de los celos que la enloquecían en las esporádicas salidas cuando, después de haber comido y bebido a su costilla, J. Manuel Serrate alias el Elvis-pelvis se encontraba con alguna furcia y se despedía de la madame no sin antes pedirle unos pesos “como préstamo, por supuesto”.

Decidió entonces cortar esos brotes de infidelidad y para ello recurrió a sucesivas dosis del filtro que inventara aquella noche de aquelarre legendaria y que fueron administradas en principio a través de históricas

comilonas y, cuando los pequeños ahorros se fueron al diablo, en vulgares tazas de sultana.

Pero mientras el abdomen del Elvis aumentaba, sus sentimientos disminuían en proporción espeluznante y aquella existencia clandestina, tan excitante y tan acariciada en el recuerdo, brillaba por la ineffectividad del bebedizo.

—¡Hazmerreír! –gritó un día la madame–. Soy el hazmerreír de todo ese cuchitril por culpa del infeliz –y las lágrimas ducharon la cara cubierta de cosméticos caseros y coloretos de invención propia, trazando surcos de color indefinible en el gesto deformado por la angustia y la impotencia.

La maga no exageraba una pizca; la gente del conventillo había conseguido una diversión gratuita al hacer un seguimiento pormenorizado del extravagante romance.

—Y la pobre sin enterarse –dijo una antigua clienta equivocándose de medio a medio, ya que la adivina había visto en su bola mágica hasta los romances futuros de su pareja.

Ni las interminables consultas al mazo, a las borras de café turco o a las hojas de coca, ni los esporádicos vistazos a la bola trágica, parecían presagiar un futuro de bonanza para la madame que, desesperada, decidió recurrir a lo más recóndito, sacrílego y abismal de aquellos conocimientos, que hasta en las mismas batzarres eran tabú, para trastocar esas visiones que la desollaban lentamente.

Dentro de una estrella de cinco puntas diseñada en el piso con una tiza, la hechicera invocó a Moloch, Astaroth, Belfegor, Asrael y Asmodeo, murmurando plegarias húmedas de baba hidrofóbica, inventando salmos patéticos y repitiendo taumaturgias traducidas de tratados antiguos con más buena voluntad que entendimiento para que la iluminaran en la búsqueda de la fórmula que mantuviera por siempre al Elvis a su lado.

Y como los angustiosos llamados de auxilio tuvieran su efecto, una luz estrafalaria –como de antro putesco– iluminó las tinieblas en las que se debatía el cerebro de la bruja, haciendo que fijara la vista en un pedazo de papiro carcomido de ratones y casi perdido entre la montonera de tratados, frascos, pipetas y varitas de magia esparcidos por el suelo.

Eran unos extraños signos que la historia había semiborrado y que después de un esfuerzo ciclópeo, ella descifrara como arameo y que trataba del maravilloso hechizo de la alucinación eterna atribuida a Circe y ensayada –según recordó– por su abuela que logró conquistar el amor de todos sus conocidos, aunque sus allegadas de aquellos tiempos dijeran que eso, más que ser bruja, era ser puta.

El tiempo que la madame estuvo encerrada en su cuarto pertenece solamente al largo anecdotario de lo desconocido y que recuperó su dimensión natural solo cuando ella apareció con diez kilos menos en el cuerpo, rodeada por un aura que espantaba a niños y viejas; ya no ataviada con sus togas verde viacha o amarillo tungsteno, sin los estrambóticos birretes ni los opulentos turbantes, en fin, sin toda esa fanfarria funambulesca que caracterizaba sus andares. De negro riguroso y con un andar arácnido, con el hálito de misterio que siempre quiso fuera suyo, suscitando ya nos las risas, sino la maravillada ponderación de todos los que la vieron cuando se dirigía rumbo al cuarto del Elvis con el rictus de lo definitivo y que partió en diez pedazos el espejito en los dedos de su dueño. Este se volvió espeluznado a contemplar la maravilla que el espejo roto le devolvía retaceada; se embelesó entonces ante una aparición ultraterrena que ensombrecía el sol con su negra presencia, con la mirada clavada en la eternidad traspasando despectiva la miserable sonrisa del hombrecito encogido en su chamarra de cuero.

Concentró sus emanaciones magnéticas en el elegido y se alejó con paso gótico hacia la consulta, laboratorio, alojamiento y entró sin volver la cabeza seguida a rastras por su admirador, secuestrándolo en ese espacio que ya no pertenecía a la naturaleza humana.

Los días y las noches se sucedieron sin que ninguno de los dos asomara siquiera la cabeza para contemplar cómo iba el mundo. La patota del Elvis permanecía con la vista fija en el picaporte que no chirriaba y las viejas pasaban por el lugar haciendo cruces porque lo consideraban ya maldito.

Cuando todos ya perdían la esperanza y hasta hubo alguien que sugirió se llamara al departamento de homicidios, cuando las viejas peinaban más canas y se santiguaban más seguido, cuando todos los vagos del conventillo, faltos de líder, casi se decidían a buscar trabajo, es que la puerta se entreabrió para dejar paso a una persona con la cara envuelta en un gesto de estupor desesperado.

Difícilmente pudieron reconocer al Elvis con la barba crecida, el pelo revuelto, el copete inexistente, sin la indumentaria cotidiana, envuelto tan solo en el batón de cielo cataclísmico, dirigirse con un miedo de recluso hasta su antigua vivienda y regresar antes de que alguien pudiera siquiera decir ¡puta mierda! con un atado de ropa en una mano y una canasta de pan enmohecido en la otra, con la mirada alucinadamente fija en la puerta de la madame, sin ver nada ni a nadie, excepto la salvación de la madriguera.

Las especulaciones surgieron como una metralla acribillando las espaldas del Elvis:

—¡Embrujado! —dijo alguna doña con una bolsa en la mano.

—¡Engualichau!, iel pibe ta'engualichau! —exclamó un fulano que se hacía llamar Quique Porti, el varón del tanango.

—¡Karimunacha! —sentenció la Patruca, una vendedora de llauchas.

Obra de Satanás, hechicería, magia negra, herejía, anatema, magia roja, trastorno mental, locura temporal, amnesia fijativa, mesmerismo y todo cuanto pudo inventarse al respecto, se dijo en la andanada de días y noches que se sucedieron desde la folletinesca aparición del hombre y su posterior reenclaustramiento en aquel antro que cada día —según las viejas— olía más a azufre.

Azufre precisamente no sería, porque si emergían aromas extraños, lo hacían, y es que la madame vaporizaba sucesivas combinaciones de hongos alucinógenos e infusiones de ayahuasca que tenían la cabalística propiedad de mantener al Elvis en el perenne estado de quimera que le inventaba la existencia de un harén de espejismo que saturaba su existencia física y psíquica, imponiéndole el adentrarse en el laberinto de caras y cuerpos en busca de quien le sorbiera el seso: la mujer de negro que había visto solo una vez en su vida y por no más de ocho minutos.

La madame saboreaba las enajenadas búsquedas de su amante con cruel delectación, neutralizando cada uno de los desprecios que le hiciera con un desencuentro en las desaforadas pesquisas en pos de la mítica mujer de luto.

Cuando la sibila finalmente se cansó de representar a las mujeres más bellas del mundo, hizo que la enigmática apareciera ante la delirante pataleta del alucinado que —según él— había tenido que amar a las hembras de todo el orbe antes de encontrar el objeto de sus deliquios más estrepitosos.

Satisfecha su sed de revancha, la maga se presentó en la caracterización que iniciara las desproporciones del eufórico para ingresar finalmente en un torbellino de amor que en Sodoma hubieran envidiado.

Pero como la enajenación es contagiosa, la encantadora cayó tristemente víctima de sus propios encantos, ya que J. Manuel Serrate, alias el Elvis-pelvis, no era el único orate en esa verbigracia de Gomorra. Es más, allá en sus accesos de delirio, sentía el azote de los celos con una intensidad que producía alaridos retumbando espantosamente en todos los recovecos del conventillo y que se daban cuando cobraba conciencia de que no era ella sino la misteriosa mujer de negro quien enloquecía a su pareja.

Lo que haya pasado posteriormente, nadie lo sabrá excepto cuando la chapa podrida de orín y herrumbre ceda a la presión de algún descendiente de los primitivos habitantes del conventillo que se atreva a interferir los designios del misterio y que penetre en ese espacio sin pasado ni futuro, encontrar el polvo lunar y las telarañas, entre grimorios y piedras bezoar, entre cartas astrológicas y olores de azufre, el viejo mazo de tarot y si sabe echar las cartas probablemente ellas cuenten lo que pudo haber sucedido.

QUE:

El Elvis-pelvis, loco de pasión y desenfreno, en sus raros momentos de lucidez, entreviera la cara de la primitiva madame y recordara su antiguo romance con ella, odiándola históricamente por no olvidarlo y dejarle vivir al lado de la misteriosa dama, planeando entonces el irreversible asesinato de la adivina.

o QUE:

La madame, ciega de celos y con la razón empañada por el vapor de sus propios hervidos, al convertirse en testigo de la atroz traición del Elvis, decidiera estrangular a la mujer de negro para destruir a quien canallescamemente la separaba de su amado.

Eso sí, los naipes jamás podrán decir qué pasó con los restos de la pareja (¿o del trío?) que se perdieron para siempre entre los escombros de aquel lugar tan nefasto.

Venus

Juan Conitzer Bedregal*

Panchito Zambrana, no sé cómo clasificarlo, no era como los otros humanos, semidiós, diré, porque podía estar con los vivos y pasada la medianoche habitaba el mundo de los muertos; la balanza pesaba más para los vivos, en mi opinión, pues sé que realizaba el guión para el video *Para comprender el canto de los pájaros*; su actitud era positiva.

Esta mañana, sin embargo, no pudo dedicarle la hora de siempre al libreto, porque al rayar el alba salió a la posta, le hicieron 27 puntos en una pantorrilla; extrañamente en la ficha médica, costuras en los bíceps (*lapsus scriptorim*).

Soy el doctor Fico que está de turno a estas horas y me puse a conversarle a Panchito a fin de entender la solicitud y origen de la herida y ojeras, y su vida y la vida mía que me pareció una repetición de quehaceres, como el tracatrá de la máquina de coser.

Después de la sutura él me invitó a desayunar a su casa que era un verdadero palacio, enorme, lujosa, no había servidumbre pero tenía comodidades. Un cuarto del semifondo era el dormitorio de su esposa porque fondo no se puede decir dentro de aquella casa; son corredores anchos y piezas alfombradas a ambos lados unidas por arcos y vanos, o separadas de otros espacios por ventanales. De las tres habitaciones con puerta una está a un extremo del pasillo, la otra al centro y la última en el otro extremo, cuento como se ve.

* Nació en La Paz en 1949 y murió en 2009. Narrador, poeta y artista plástico. Es autor de *Alba: mar de pescadores* (1977), *Y Francisco pasó a la leyenda* (1978), *Hijos de papel* (1996), *Cuento desmoralizante del año cristiano y otros* (1999), *Continuando la obra de Dios: Teresa y última parte* (2003), *Hoy entrego el alma* (2005) y *¡Como este!* (2008).

“Venus” forma parte de *Continuando la obra de Dios: Teresa y última parte*, La Paz: Editorial & Editorial.

En la mesa me contó que, después de hacer el amor con la señora no queda satisfecho, y no duermen juntos, que él se va a su recámara atravesando toda la casa y en la puerta del centro lo espera una joven fumando, a veces sola, a veces con su madre, y lo abraza, consolándolo con pasión y sensualidad, aunque está fría como el mármol, en realidad está muerta, con tanta fuerza busca el cuerpo de Francisco que rompe sus propios brazos. La herida de la noche anterior fue provocada por un trozo del brazo izquierdo que antes de caer al piso le hizo ese largo tajo en la pierna y el brazo derecho le produjo un moretón cuando le golpeó una tibia.

Después del café con *croissant*, Panchito me llevó a una de las piezas con puerta; había en el escritorio varios antebrazos de mármol con dedos rotos, algunos brazos con mano entera, más brazos y manos izquierdas, polvo de Carrara en montones y deditos blancos; casi cada noche acarreaba algún fragmento, los amontonaba en orden cronológico, me dijo, para algún día restaurar las esculturas, las Venus que adornaban su mansión.

La noche de los turcos

René Bascopé Aspiazu*

Todavía no llegaba ningún invitado cuando la loca Ricarda despanzurró al conejo en el centro del patio empedrado y lo aplastó conulso y palpitante contra su cara hinchada. Tampoco la orquesta. Pero el cielo ya estaba perdiendo su color y la niebla del final de la tarde empezaba a enturbiar el aire. Desde el peldaño más alto de las escaleras vi que las malvas estaban oscuras y que las enredaderas que colgaban de la baranda parecían hilachas, como las telarañas de los dinteles.

Después, mientras bajaba a dormir donde los turcos, la loca Ricarda se reclinó sobre el sumidero de lluvia e hizo que la sangre del animal fluyera y salpicara formando un charco en medio del patio. Así la dejé cuando toqué la puerta.

Me abrió Rodolfo, el único de los turcos que estaba. No me habló. Se fue a sentar en la cama de madera; sus piernas no alcanzaban el piso y se balanceaban despacio, como si dentro del cuarto un viento leve las hubiera tocado. Él era siempre triste; a pesar de eso habíamos jugado muchas veces en el patio. Pero en su propio cuarto parecía un extraño, como si estuviera solo, como si estuviera pensativo. Mi abuela decía:

—A este chico se le ha escapado el ánima, se va a morir rápido.

* Nació en La Paz en 1951 y falleció en la misma ciudad en 1984. Narrador, poeta y ensayista. Es autor de *Ángela desde su propia oscuridad* (1977), *Primer fragmento de noche y otros cuentos* (1978, Premio Nacional de Cuento Franz Tamayo), *Niebla y retorno* (1979, Premio Nacional de Cuento Franz Tamayo), *La noche de los turcos* (1983), *Cuentos completos y otros escritos* (2004), *La tumba infecunda* (1984) y *Los rostros de la oscuridad* (1988), además del ensayo *La veta blanca* (1982) y del libro de poesía *Las cuatro estaciones* (2007). Su *Obra reunida* es el libro 74 de la BBB.

“La noche de los turcos” forma parte del libro del mismo nombre, La Paz: Offset Millán.

No se murió rápido, sino unos meses después, cuando miraba una manifestación de estudiantes y los soldados dispararon. Yo siempre lo recordé como esa vez en el cuarto casi oscuro, callado y rascándose la cabeza recortada al rape.

La otra cama era de bronce, más grande y más alta. En ella nos acostamos más tarde, cuando llegaron los otros turcos. A mí me colocaron entre Rodolfo y Efraín. Al otro lado, junto a la pared garabateada, se echó Ali.

En la otra cama se metieron las mujeres, Sara, Tule y Teresa. La luz del foco ya estaba prendida y afuera la noche revoloteaba torpemente, queriendo meterse por los cristales rotos de la ventana.

Desde el principio sentí el olor a orines del colchón y las cobijas.

—El Efraín ya tiene catorce años y sigue meándose en la cama —decía mi abuela.

Esa noche supe que eso era verdad, pero solo muchos años después, cuando por primera vez me encajaron a una celda de la policía, me di cuenta además de que ese olor era de orines podridos. Lo reconocí inmediatamente, aunque estaba embrutecido por los golpes de los tiras. Parece el olor a meado de Efraín, pensé.

No fue esa la única razón por la que esa vez no pude dormir donde los turcos, sin embargo, cuando mi madre me preguntó al día siguiente que cómo había dormido, le dije que bien. No se volvió a hablar más del asunto.

Cuando entró el viejo y nos miró a todos en silencio, como si hubiera querido constatar la ubicación de cada uno de sus hijos, me acordé de que mi abuela se indignaba:

—Ese turco desgraciado flagela a sus hijos como a Jesucristo.

De eso me acordé cuando me miró, y me dieron ganas de meter la cabeza entre las cobijas o escaparme y regresar a mi cuarto que estaba justo arriba, o entrar donde cualquiera de los otros vecinos de la casa o, por último, quedarme en el patio, aunque fuera muriéndome de frío. Pero también me fijé en sus grandes bigotes blancos y en su abrigo gris y viejo que le llegaba casi hasta los talones, y me dio pena, esa pena imprecisa que siempre tuve después por los viejos y los turcos viejos.

Ninguno de sus hijos respiró hasta que luego de apagar la luz se perdió en el pasadizo que comunicaba con el otro cuarto. Aún mucho rato después seguimos quietos, casi paralizados. Solo cuando una claridad tenue, como de una lámpara lejana, nos llegó rebotando desde el pasadizo después de que el viejo encendió la otra luz, sentimos revivir.

En ese instante, arriba, empezó la orquesta. Fue como un trueno inabarcable. De pronto me entraron ganas de ir; al fin y al cabo eran también

mis cuartos, y no porque a mi abuela se le hubiera ocurrido prestarlos para la boda de mi tía Lucinda yo no tendría derecho a estar allí. Pero Efraín me pegó un codazo en cuanto me sintió incorporar. Fue la primera vez que esa noche aguanté las lágrimas. Me acordé del viejo que flagelaba como a Jesucristo y no dije nada.

La orquesta tocó un vals. Eso lo supe después, al otro día, cuando mi abuela comentó:

—A la entrada de los novios tocaron el vals.

Esa música la escuché muchas veces más en mi vida: en el matrimonio de Trini, la lavandera que no tenía cuello y que vivía en el quinto patio; en el de Hortensia, la puta regenerada que se casó con el sastre Estanislao, el que se suicidó porque no podía tener hijos; en la boda de Lucho, un fifí que me invitó solamente para que viera cómo se casaba la gente bien, aunque esa vez el vals me pareció extraño, como si al sonido le hubieran echado desodorante.

También me acuerdo de que lo escuché en la radio una noche que tenía reunión del sindicato, y mientras los demás hablaban de cosas serias yo recontaba todas las fiestas de boda a las que había ido; no me alcanzaban los dedos para contarlas. Todo eso fue mucho tiempo después.

Cuando el dolor del codazo de Efraín se me olvidaba, escuché una risita en la otra cama. En realidad no era una risita sola, eran dos o tres risitas que casi no se escuchaban por la música de la orquesta; era como si las turcas se hubieran estado haciendo cosquillas. En ese tiempo yo no sabía nada de nada, pero no sé por qué me acordé que mi abuela decía:

—Para qué nomás habrá muerto la madre de estas chicas; ahora seguro van a resultar putas.

Muchos años después, cuando fui por primera vez a un puterío, me volví a acordar de sus palabras y de las risitas de Sara, Tule y Teresa. Sin embargo, las putas reían de otra manera, reían fuerte y parecían borrachas con ganas de llorar.

Cuando la luz del cuarto del viejo se apagó, lo noté al instante. La atmósfera amarillenta desapareció y recién entonces permitió que la noche entrara despacio por el ventanuco. En ese momento descansó la orquesta y, antes de que el murmullo de los invitados se metiera también en el cuarto, escuché que el viejo roncaba como si sollozara y vomitara al mismo tiempo. Los turcos y sus hermanas también lo escucharon; en ese mismo instante Efraín se levantó como un gato y se metió en la cama de las muchachas. Al poco rato Ali hizo lo mismo. Yo me sentí liberado y esperé a que también Rodolfo se fuera, pero ya estaba dormido. Me moví

a gusto, desentumeciéndome. Ahí fue cuando me di cuenta de que Efraín estaba de pie, casi a mi lado: duérmete, carajo, me dijo susurrando.

La orquesta empezó a tocar nuevamente y Efraín volvió a meterse en la otra cama. Quise concentrarme en la canción que explotaba en el aire, pero no podía. Por suerte en ese momento empezó la primera pelea de la fiesta. La música paró y fue reemplazada por el griterío de los invitados y los golpes secos de los cuerpos que rodaban por las escaleras de madera.

Al otro día mi abuela dijo que ninguno de los dos tenía la razón.

El momento en que la pelea llegó hasta la puerta, sentimos que el viejo carraspeaba en el otro cuarto. Yo cerré los ojos y me hice el dormido; los turcos regresaron a la cama como si hubieran visto un condenado. Efraín sudaba a pesar del viento fresco que entraba por los cristales rotos. Luego, poco a poco, el patio se fue silenciando; solo de vez en cuando se escuchaba una voz impersonal que gritaba “¡música, maestro!”.

En el silencio descubrí la mancha en el techo, justo encima de mí. Con dificultad se la podía distinguir, pero aquella vez yo tenía los ojos buenos; quién no tiene los ojos buenos a esa edad. La mancha era la cara de una mujer vieja; estaba seguro de que era la madre de los turcos que había muerto pocos meses atrás. Apenas la recordaba, pero era ella.

Mi padre fue el primero en saber que doña Cleofé se iba a morir, unos días antes la sintió sentarse encima de él cuando estaba tomando el sueño. Lo que pasó fue que el alma de la señora, que se estaba despidiendo de todos los vecinos de la casa, no pudo encontrar la puerta para salir de mi cuarto, y después de dar vueltas y vueltas se sentó a descansar, sin darse cuenta de que mi padre estaba resoplando su última vigilia. Mi abuela le dijo que hizo bien en no moverse ni asustarla, porque eso hubiera adelantado su muerte.

—Las almas se asustan peor que los perros —dijo.

La cara de doña Cleofé se dibujaba más y más claramente en el cielo raso; parecía que la luz que venía de alguna parte del patio la iluminaba. Hasta que empezó otra vez la música. Mi abuela tenía razón: el alma de la vieja era espantadiza y se esfumó con el ruido.

En ese momento Rodolfo se puso a gemir; estaba dormido profundamente, pero gemía. Otra vez tuve que recurrir al truco de hacerme el dormido.

Solo cuando Rodolfo se calló, Efraín y Ali fueron nuevamente a la cama de sus hermanas. Yo abrí los ojos y miré con miedo al techo: definitivamente doña Cleofé se había ido; sentí un alivio inmenso. De reojo miré la ventana; la noche seguía brillando afuera, como si la música la hubiera encendido. Al otro lado los turcos se habían tapado con las cobijas y parecía que se

revolcaban, jadeando despacito. Me parecía que bailaban al ritmo de la orquesta. Hasta que poco a poco las cobijas fueron resbalando al suelo y vi que los cuerpos de los hermanos estaban desnudos y se retorcían como lagartijas enredadas. Me incorporé un poco para ver mejor, pero Efraín apareció a mi lado amenazándome con el puño cerrado. Me quedé inmóvil por mucho tiempo.

Las risitas y los jadeos se escucharon más nítidamente cuando la música volvió a callarse; era como si se estuviera celebrando otra fiesta más pequeña. Apreté los párpados con mayor fuerza para vencer la tentación de mirar. Entonces fue cuando recordé la noche del velorio de doña Cleofé. Habían recogido las dos camas; el catafalco estaba justo en el lugar donde yo estaba acostado. Cuando me metí abriéndome paso entre las piernas de los vecinos que estaban amontonados en la puerta, un grupo de mujeres con las cabezas cubiertas con velos negros rezaban el rosario. No había flores; de eso me di cuenta cuando una vieja, que rengueaba balanceándose hasta que casi su cadera llegaba al suelo, puso un ramo de violetas encima del ataúd de madera café. Todo el tiempo me pasé intentando ver la cara de la muerta; no pude lograrlo. Esa noche mi padre contó mil veces cómo el alma de doña Cleofé se había sentado encima de él, cansada de no poder encontrar la salida de mi cuarto. La loca Ricarda escuchaba el relato llorando despacito en un rincón, como si oyera una canción tristísima.

Años después, en otro velorio, cuando me acerqué a ver el cadáver, me encontré con la cara de doña Cleofé. Era la misma que la noche de la boda se me apareció en el techo.

Me dolían los ojos de tanto apretarlos, hasta que ya no pude más y los abrí de golpe, con rabia. Rodolfo dormía moviendo la boca como si mamara. La música volvió a sonar y ya no era solemne como al principio de la fiesta, sino alegre, desenfadada y profana. Con cautela miré hacia la otra cama: los turcos eran un ovillo de piel blanca, brazos y piernas. Alcancé a ver las nalgas de Teresa, las mismas nalgas que una tarde, mientras jugaba en el patio, vi a través de las rendijas de las escaleras, cuando yo estaba debajo y ella sentada en un peldaño.

Efraín abrazaba a sus hermanas y las sorbía desesperadamente con sus labios gruesos. Allí, pasivamente, acariciaba el sexo de Tule con las puntas de los dedos. Las muchachas, con un gesto parecido a la sonrisa, se enroscaban y desenroscaban en la penumbra, como serpientes. Esto lo digo ahora, porque sé cómo se enroscan y desenroscan las serpientes.

En el velorio de doña Cleofé, ahora que la recuerdo, estaba Efraín, en el mismo rincón que la loca Ricarda. Tenía una camisa negra, pequeña

para su estatura. Los otros turcos no estaban en el cuarto; estaban en el patio, jugando a la gallina ciega y a San Miguel con los chicos de la casa. Ninguno tenía nada de negro, solo una cinta cosida en el pecho. Rodolfo preguntaba de rato en rato si le había ocurrido algo a su madre; nadie le contestaba y él seguía jugando.

Efraín estaba desnuda, montado encima de Sara, también desnuda. Yo no sabía lo que estaban haciendo, pero tenía la certeza de que no jugaban. Estaban haciendo algo en serio, a pesar de las risitas ahogadas de las turcas.

La música, mientras tanto, se había vuelto cansada, casi sin vida, casi no expresaba nada. Se escuchaban también las discusiones de los invitados que habían bajado al patio.

Pero nada podía hacerme olvidar que en la otra cama estaba ocurriendo algo extraño, que era para mí una especie de placer, vergüenza y repugnancia. A ratos deseaba con todas mis fuerzas que doña Cleofé apareciera otra vez en la mancha de humedad del techo, pero cuando miraba hacia arriba solo encontraba una nube cualquiera.

No sé cuánto tiempo transcurrió sin que me atreviera a moverme, mirando de reojo lo que hacían; hasta que poco a poco la música se fue espaciando y las risitas y los gritos ahogados de las turcas se apagaron. Me incorporé lentamente, sin poder resistir por más tiempo la posición de mis ojos y mi cabeza; los turcos dormitaban y sus cuerpos despedían una luz tenue y triste. Efraín tenía los ojos entrecerrados y una expresión de orfandad total; me sorprendió la mirada, pero ya solo noté un gesto de fastidio y cansancio en sus labios. Tuve miedo y me volví a echar; traté de meter la cabeza dentro de las cobijas: el olor me golpeó otra vez. En ese momento Efraín bajó de la cama y se puso la camisa negra; después se vistió Ali. Todo fue lento hasta que Rodolfo empezó a hacer un ruido notorio con los labios. Las tres turcas, entonces, se levantaron como pedazos de seda arrastrados por el viento. Así las recordé una vez cuando, muchos años después, fui a ver una presentación de ballet; fue lo único que no me aburrí: tres mujeres blancas elevadas por un hilo invisible en la oscuridad.

Las tres se alisaron el pelo y pude ver que Sara era la única que tenía los pechos crecidos. Efraín y Ali esperaron que sus hermanas durmieran para regresar a la cama. Tuve que cerrar los ojos nuevamente, pero sin proponérmelo sentí que Efraín lloraba, seguramente se dio cuenta de que lo escuchaba, porque sentí un nuevo codazo en las costillas que me hizo lagrimear de dolor. Sin embargo, tuve que aguantarlo; había visto demasiado.

Más tarde, cuando la música disminuyó de intensidad y se transformó en una especie de quejido melancólico, todos los turcos dormían. También yo quise dormir, me sentía agobiado. Al disponerme a hacerlo sentí que el colchón se mojaba: Efraín orinaba plácidamente mientras dormía.

Eso fue lo que me decidió a no soportar más. Me levanté con sigilo y bajé de la cama de bronce. Busqué en el piso de ladrillos mis zapatos y me vestí rápidamente. Miré por la ventana; la noche estaba cambiando de color.

Al salir vi que el viejo turco nos observaba incrustado en la oscuridad del pasadizo; sus ojos y sus bigotes blancos resaltaban y apenas se distinguía su abrigo gris. Me pareció que estaba llorando; claro que eso lo pensé después, afuera, cuando se me pasó el susto de verlo y de ver también el alma de doña Cleofé que nuevamente se colocaba en la mancha del cielorraso.

El viejo no me detuvo; tampoco hubiera podido hacerlo. Afuera me golpeó el frío. Dos hombres bajaban las escaleras abrazados y tambaleantes. Me oculté debajo de los peldaños, en el mismo lugar desde donde una tarde vi las nalgas rosadas de Teresa, y observé por las rendijas de madera los pasos de algunos invitados que se iban. El cielo se había vuelto morado. Me encogí junto a la pared, pero la presencia cercana de dos hombres me sobresaltó. Uno era Lasiguro, el mendigo que venía en las noches a dormir bajo las escaleras; dormitaba y se lo notaba disgustado; me gruñó con los ojos entrecerrados. El otro era un desconocido que, tendido en el empedrado, vomitaba apoyado en su brazo. La música había cesado definitivamente.

La niebla empezó a retirarse cuando aclaró más. Un gallo cantó a lo lejos y después se quedó en silencio. Entonces me decidí a subir las escaleras. Lo hice con miedo. Al llegar al peldaño más alto miré hacia el patio: ya estaba seco el charco de la sangre del conejo que la loca Ricarda había despanzurrado; en un rincón, el perro de doña Elsa removía con el hocico los escombros de un basurero volcado; cinco hombres dormían como cadáveres, esparcidos en el empedrado. Después empujé la puerta y entré.

La Chingola*

René Bascopé Aspiazu

La fama de pluma que cargaba la Chingola la hacía codiciada por los Caifanes. Su nariz filosa y grande brillaba esa noche de la fiesta; brillaba roja de frío y sus ojos pequeños, negros e inquietos como ratones, recorrían interesados por los ojos de los muchachos, queriéndolos a todos y al mismo tiempo deseando que la escoja el mejor y el más figura de todos, el Poly fumando con autosuficiencia junto a la puerta de bordes astillados. Y la fiesta comenzaba con Nacidosparasersalvajes y la Chingola entregaba su cintura a un caifán más bajo que ella y movía sus nalgas pequeñas dentro del pantalón de cuerina negra y el caifán trataba de apretujarla y ella lo empujaba con el puño en el pecho, con fuerza, mientras miraba al Poly como pidiéndole disculpas, entornando los ojos y ejecutando los pasos sicodélicos con desgano a pesar de la maestría con que cruzaba sus piernas largas. Pero el Poly reaccionaba sin reaccionar y abría la puerta dejando que la noche penetrara un poco en la fiesta con su frío y su neblina; luego salía al patio empedrado y arrojaba una bocanada de humo y tiraba el cigarrillo recién prendido con un gesto ensayado de playboy triste. Adentro la Chingola se preocupaba y, aumentando la resistencia de su antebrazo, mantenía la distancia necesaria como para evitar que el aliento del caifán la alcanzara. Terminaba el ruido de Nacidosparasersalvajes y el caifán dejaba de deslizar su mano por el pecho de la Chingola y ella caía en cuenta de que cinco o seis caifanes la miraban y reían a carcajadas por la habilidad del enano; entonces, decidida y llevando su fama de pluma en la sonrisa condescendiente,

* “La Chingola” pertenece a *Cuentos completos y otros escritos*, La Paz: La Mariposa Mundial / Plural editores.

se abría paso y llegaba hasta la puerta, pero el Poly entraba nuevamente y la miraba indiferente, casi con desprecio.

—Sale, bestia.

El viejo Bengurias apareció en el marco sucio sonriendo a los Caifanes y dos o tres muchachas palidecían al verlo. Ya se sabía su negocio. Poly fue el primero en acercarse al viejo. Los demás lo rodearon después y le pidieron mercancía. Bengurias sacó del bolsillo del pantalón una caja de fósforos y los Caifanes lo apretujaron, entonces él aprovechó para pellizcarles del sexo, rápidamente. El Poly evitó que la torpe caricia del viejo Bengurias se repitiera tapándose con las manos. Ya lo conocían.

—Camote, maraco.

Calmado, el viejo les ofreció la mercancía. Treinta lucas media tableta. Raspó la pastilla blanca en la caja de fósforos y salió una chispa verde. Como para volver putas a cinco yeguas. Los Caifanes miraron a las muchachas acurrucadas, cuchicheando mientras el tocadiscos gritaba una de Palito con voz de falsete. Treinta lucas media tableta. Y el Poly sugería cerrar la puerta y que no salga ni la dueña de la casa. La Chingola con su fama de pluma ya no sonreía y adivinaba lo que el viejo les ofrecía. Cerraron el trato en 25 pepas media tableta.

—Las cocacolas, a preparar las cocacolas.

El problema era hacer que las palomas tomaran. La Chingola ya se las sabía todas y por eso mismo nunca la hicieron caer: era su orgullo. Siempre la había salvado su fama de pluma, pero quizá no se resistiría a tomar su CocaCola si el Poly se lo pedía. En cambio las lolitas eran más fáciles, caían redondas. Pero la Chingola jamás había sido lolita, parecía que había nacido sabiendo.

Como una pesadilla el Poly con su vaso de CocaCola insistiéndole a una gorda. La Chingola ardiendo de rabia; carajo, ahora no tomaría ni aunque se lo pidiera el mismo Leo Dan.

El viejo Bengurias contaba la plata y de rato en rato miraba cómo los caifanes se esmeraban para que las chicas tomaran su refresquito y las envidiaba. Tenía que ir a otro negocio, se lo dijo al Poly que no le atendió demasiado porque empezaba a impacientarse con la gorda.

—No te gastes demasiado.

El Poly sonrió y cruzó una mirada con la Chingola que se negaba a beber del vaso que le ofrecía el petiso que la había sacado a bailar al principio. Pelotudo, pensando y transmitiendo con su mirada. El Poly volvía al ataque sobre la gordita dispuesta a llorar. Entonces empezó una de los Black Birds y la locura. Los Caifanes presintieron la señal de la melodía

brutal y bailaron con las enfriadas. Esta vez la fiesta les saldría de película, y que no se diga que los Caifanes no sabían divertirse.

Las que habían tomado (algunas llorosas y lastimadas) estaban quietas, serias, pensativas y preocupadas. Los Caifanes las observaban con gestos de pacientes en una sala de espera. El Poly había optado por tomar de los cabellos a la gordita para obligarla a no bajar la cabeza, mientras con la otra mano trataba de hacer que bebiera el vaso de CocaCola; estaba iracundo por la resistencia tenaz que le oponía. La Chingola charlaba con el Enano, que la miraba idiotizado.

La primera en sentir los efectos fue Mariquita, que se movió en su asiento estremecida, palideciendo, llevándose las manos a los muslos. A su pareja se le iluminó el rostro como si hubiera visto nacer un pollo, pero no supo qué hacer, aunque Mariquita, poco experimentada, sacaba la lengua y apretaba las piernas.

—Lista la una.

Todos rieron y Mariquita enrojeció. La Chingola pensó pelotuda y frunció el ceño; con este enano ni con dos tabletas. El bajo la abordaba nuevamente, con más bríos, alentando por el éxito de Mariquita. La música se acabó y la aguja del tocadiscos chirriaba sin que nadie se ocupara de ella. El único que seguía insistiendo era el Poly que sopapeaba a la gordita que cerraba la boca con fuerza, arrodillada en el suelo, gimiendo como una niña que no quiere comer. La Chingola no había bebido y miraba al petiso a quien había logrado convencer de que no hacía falta nada para que ella lo complaciera. Poly, fuera de sí, había derramado la CocaCola y arremetía a puntapiés a la gordita que se cubría la cara con las manos, tendida en el suelo. En los asientos, además de Mariquita, Lourdes y Pupi empezaban a dar muestras de sentir los efectos de la CocaCola y sin darse cuenta restregaban las nalgas en las sillas. Los otros Caifanes empezaban a impacientarse. La Chingola estaba disgustada pero sonreía al petiso que no se animaba a tomarle la mano. El Poly se había resignado ya y encendía un cigarrillo, malhumorado, prometiéndose no invitar nunca más a la gordita a fiestas de los Caifanes. La Chingola lo miraba de reojo, alegrándose infinitamente de que la gordita no se hubiera dejado.

—¡Los canas!

Los Caifanes, olvidándose de las preparadas, se precipitaron a la puerta.

—Quién putas...

—El viejo Bengurias... quién más.

Ya lo conocían, sin embargo se habían dejado sorprender una vez más. El Poly se insultó mientras corría por la calle oscura seguido por tres

sombras. Bajó una pendiente y dobló hacia la izquierda con toda la rapidez de su adolescencia. Unos pasos atrás le seguía una sola sombra. Cuando se metió al callejón, la Chingola también lo hizo. Jadeando intentaron en la oscuridad, pero sintieron que otros pasos se acercaban.

—La cana —dijo el Poly.

Pasaron de largo tres carabineros. La Chingola respiró profundamente. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad y ya podía ver más claramente. El Poly estaba asustado, su rostro desencajado. Después de muchos minutos él se desprendió de la pared y sonrió. Ella miró hacia la calle y no hizo ningún intento de seguirle la corriente. El Poly encendió un cigarrillo y con la autosuficiencia de siempre, con ese ademán que antes volvía loca a la Chingola, aspiró el humo. Sin embargo, ya no era el mismo, ambos lo sabían. Lejos ladró un perro. El Poly pensó que al fin y al cabo la Chingola no tenía por qué ocultarse ni correr, los únicos jodidos serían los Caifanes... las chicas no tenían la culpa. Pero ahí estaba, había corrido junto a él hasta encontrar esa bendita soledad. Pero la miraba agrandada, despectiva. La Chingola con toda su fama de pluma y sus 16 años frescos.

—Chingola...

Se acercó y quiso abrazarla y besarla. La Chingola esperó a que ese rostro extraño se le acercara más, juntando la mayor cantidad posible de saliva en su boca. El Poly sintió el escupitajo tibio, hiriente, y cuando abrió los ojos, sorprendido, buscando su pañuelo para limpiarse, vio a la Chingola que se alejaba hacia la calle, lentamente.

El Con Caballo

Manuel Vargas Severiche*

I

Susano Peña había sido arrastrado por el río hasta quedar inconsciente en la arena de la playa. Cuando despertó, descalzo y con las ropas deshechas, lentamente se incorporó para buscar a su caballo, que pacía tranquilo en un claro del monte. Recuperó parte de su alforja con el avío y restos de la montura. Luego se fue río arriba con su caballo de tiro, alegre de seguir vivo después de dormir una noche en el barro.

Estuvo caminando de arriba abajo sin lograr orientarse, al anochecer tomó una senda llena de rastros frescos de ganado. El caballo sornajeaba y movía las orejas, ya a la derecha, ya al frente o a la izquierda. Dejó el monte alto y apareció en un chaco nuevo, frente a un perchel por cuyos intersticios salía luz. Un ladrido seco lo hizo detenerse a pocos pasos de la palizada, se acercó despacio hasta apoyar los brazos en la tranca. Al otro lado, el perro sonreía, sentado, ladeando la cabeza.

Cuando el hombre quiso hablar, su voz se escuchó apenas. ¡Don Lucio! ¡Cumpa Lucio! El perro volvió a ladrar. Siguió ladrando hasta que se abrió la puerta del perchel dando paso a una mujer con una vela. El hombre quiso gritar otra vez, la mujer solo oyó un quejido ronco que la hizo retroceder dando un grito y cerró la puerta de un empujón.

* Nació en Huasacañada, Vallegrande, en 1952. Narrador y editor. Es autor de las novelas *Los signos de la lluvia* (1978), *Rastrojos de un verano* (1984, Premio Nacional de Novela Franz Tamayo 1980), *Pilares en la niebla* (1995), *Andanzas de Asunto Egüez* (1996), *Los descubrimientos de Domingo Segundo* (2003), *Nocturno paceño* (2006), *Música de zorros* (2008) y *Sal de tu tierra* (2015). Escribió también los libros de cuentos *Cuando las velas no arden* (1980), *Cuentos tristes* (1987; 2004), *Historias de gente sola* (2005), *Retratos de familia* (2005) y *Recuento de daños* (2015).

“El Con Caballo” forma parte de *Cuentos tristes*, La Paz: Correvedile.

El hombre se tocaba la garganta, nervioso ante los continuos ladridos del perro. ¿Por qué no lo reconocían? ¿No estaría su compadre, Lucio Coca? Trató de toser para que volviera su voz, cuando apareció en la puerta su compadre ajustándose el cinturón y bajando hacia la tranca para hacer callar al perro.

—¿Quién es? —dijo restregándose los ojos.

—Don Lucio —carraspeó el hombre—, soy yo, su compadre. Me llevó el río y recién he podido levantarme esta mañana.

—Ah, usted es el alma del finao Susano Peña, ahogado hace una semana. ¿Cómo es que se levantó esta mañana? Su cuerpo ya estará en el río Masicure. ¡Pobre mi compadre!

—Está desvariando, cumpa, yo estoy vivo.

—¿Qué ha hecho, cumpito, pa andar así penando? ¿Por qué viene a mi casa y asusta a mi mujer?, ¿acaso le hice yo algún mal?, ¿le debo algo, cumpa Susano? ¿Y ahora qué hago pa calmar a mi mujer? ¡Está temblando en la cama!

—¿No me invita a pasar, compadre? Usted siempre ha sido mi compadre, ¿no me va a invitar un plato de comida como siempre? ¡Todito el día he andado!

—Pero ahora usted está muerto. ¿Cómo va a entrar a mi casa? ¡Se pueden congestionar las guaguas! ¡Se puede morir mi mujer! ¿Qué puedo hacer, más vale, pa que descanse en paz?

El hombre comenzó a temblar, le salió un quejido que hizo retroceder de un salto a Lucio Coca.

—¡Cumpa! ¡Creo que me va a hacer asustar a mí más! —dijo haciendo una cruz con los dedos—. Le prometo rezarle mis oraciones cada mañana y cada anochecer hasta que ya no pene. ¿Se le ofrece algo más, señor?

—Un platito de comida, señor.

Lucio Coca se alejó, al rato volvió a la palizada y asentó un plato de comida sobre una piedra, luego se acercó a la tranca, diciendo:

—Alma que penas y sufres, yo siempre le di a mi cumpa un plato de comida. Come, si puedes, yo vuelvo a mi perchel a cuidar a mi mujer —y corrió hacia la escalera.

Al otro día Lucio Coca encontró el plato limpio sobre la piedra y se sintió tranquilo; le dijo a su mujer que, a partir de ahora, cada noche tendrían que rezar por el descanso del alma de Susano Peña, “tal vez así te calme esa tembladera”.

II

Susano ya sabía dónde estaba. Del perchel de Lucio Coca tenía que continuar río arriba una legua para llegar al suyo, allí no había nadie, pues su familia vivía en Huasacañada, a un día de camino. Sabía también que, desde hacía un mes, andaba buscando una vaquilla, por eso anteayer tuvo que cruzar el río turbio después de la tormenta y un tronco hizo caer a su caballo, estuvo nadando casi una hora sin poder llegar a la orilla y al fin se desmayó, dejándose llevar por la corriente.

Pero ahora no encontraba su perchel. ¿Iba a culpar a la noche? ¿O a los golpes de piedras y troncos en el río que le hicieron perder el sentido de la orientación? Caminaba triste río arriba, siempre río arriba en busca de las lomas y los caminos anchos que lo llevarían a Huasacañada. La noche era larga. En un pajonal soltó a su caballo y se acomodó para dormir.

Despertó con la claridad y al canto de las aves. Recién sintió su cuerpo molido, hurgó su media alforja y se puso a comer los últimos motes, una papa y un pedazo de charque. Estaba tranquilo, pensando que lo del día anterior fue una pesadilla, ahora sí podría ir derecho a Huasacañada donde su mujer y sus hijos, se cambiaría de ropa y se pondría abarcas y sombrero. Con la vista buscó a su caballo. A sus espaldas escuchó que pastaba, se levantó a ver... no era su caballo. Era la vaquilla perdida.

Una risa ronca salió de su maltrecha garganta. La vaquilla negra. Aquí estaba, al fin. La causa de tantos males. Siguió en busca de su caballo, los árboles ya no eran muy altos, estaba acercándose a las lomas, corrió a un claro y lo encontró pastando, aún con el bejuco del día anterior alrededor del cuello. Lo cogió y volvió donde la vaquilla para comenzar a arrearla cuesta arriba.

La vaca, el hombre y el caballo subían por una senda de zetas y zanjas. Eran tres seres perdidos, el instinto los hacía subir y subir quién sabe si por caminos antes cotidianos. En las profundidades quedó el monte, ahora solo el camino lleno de sol, caldeado y polvoso. Más adelante, unos viajeros algo sorprendidos por el extraño caminar de los tres, intentaron saludar al del medio; aún en pleno día, desconfiaron de sus ojos: ¿sería un hombre de carne y hueso? No contestó a los saludos, andaba como sonámbulo y con una sonrisa tan grande en el rostro que más parecía desquicio. La alegría rebalsaba por todo su cuerpo, saltos, polvo, pies desnudos golpeando la tierra.

A medio día aumentaron los viajeros en distintos puntos del camino y al atardecer, en todas partes, sabían de la vaquilla negra y de un alma perdida en pleno día guiando a su caballo. ¿Adónde iban? ¿A Guadalupe?

¿A Montes Claros? ¿Qué buscaban? ¿Se puede ver un alma en pleno día? No debe ser alma, de repente es un loco nomás, en cuerpo y alma... Hasta que, trastornando la Loma de Veinticinco, la gente reconoció primero a la vaca, luego al caballo y por último el rostro de Susano Peña, ahogado hacía una semana en el Río Grande.

Antes de la oración, en la casa de la viuda, se enteraron de quién venía. La mujer llamó a sus hijos y comenzaron a rezar, y más que rezar temblaban pensando si la vaquilla también sería una visión y si el caballo era de cierto, de repente escapó del río revuelto, ¿qué mal he hecho yo pa que así me busque el alma de mi marido?, ¿qué mal ha hecho él pa que su alma no pueda descansar ni de día? ¿Qué hago?, ¿qué le digo?, ¿qué viene a reclamarme?

Llegó la noche, el miedo crecía en la casa de Huasacañada, rodeada de viejos pinos, bardas y corrales bulliciosos.

III

A esa misma hora, la vaquilla, más negra a la luz de la luna que comenzaba a asomar por los cerros, dejó el camino ancho y se internó por el callejón que conducía a la casa. Detrás, el hombre con su caballo de tiro. Antes de llegar a la tranca, un perro vino saltando a saludarlo, los chanchos comenzaron a gruñir y a corretear en el corral. El hombre quiso abrir la tranca pero estaba fuertemente amarrada, comenzó a llamar con su voz ronca, nadie le escuchaba. La vaca y el caballo se colocaron a ambos lados mirando también la oscuridad del patio, las puertas trancadas y los cuchillos de luz de una vela. Susano sacudió la tranca y adentro se escucharon gritos. Volvió a llamar pero no escuchó su voz, su garganta era un nudo ciego. Miró la luna y la noche inmensa, era como si de pronto animales, árboles y vientos hubieran quedado quietos para observar a los tres encarcelados tras las rejas de la tranca. El hombre apartó a sus dos compañeros y con febriles manos comenzó a desamarrar la tranca; los chanchos volvieron a inquietarse, los cuchillos de luz de la puerta desaparecieron y se escuchó el ladrido del perro alejándose.

Entraron al corral, la tranca del patio también estaba asegurada, el hombre subió por los palos cruzados llegando al patio de un salto, y de otro salto a la puerta. Igual estaba trancada. Golpeó con el puño. Dejó el corredor y fue por detrás, la ventana de la cuadra estaba abierta. Entró a la tibia oscuridad; al ir a tientas a destrancar la puerta de adelante tropezó con bateas y garabatos, rodaron papas y el hombre cayó, nadie fue a levantarlo.

A media noche, Susano comía mote con queso, sentado en el corredor junto a la puerta abierta, alumbrado por un mechero. En la oscuridad del corral, la vaca y el caballo comían chala seca.

La luna desapareció tras los cerros dando paso a la primera claridad del alba. Susano despertó con frío, como un intruso se levantó a mirar. La vaquilla rumiaba en el corral con los ojos cerrados; el caballo, quieto detrás de la tranca, miró a su dueño, este se acercó para acariciarlo y hablarle, lo hizo pasar al patio, aún mantenía el bejuco en el cuello. Entró a la casa para buscar riendas y montura, y cuando las encontró fue incapaz de agarrarlas, pues le parecieron ajenas. Al volver a la luz del corredor recordó que debía cambiarse de ropa y volvió a entrar... Las abarcas no eran de él, todas las ropas que vio le parecieron extrañas.

Envuelto en la redes de su ropa, estaba de pie en medio patio al lado de su caballo, mirando el sol y los árboles, dando la espalda a la puerta y al corredor que antes añorara. Sus desnudos pies no se movían, sus ojos parecían a punto de volar. El golpear de una piedra en el horcón del corredor hizo saltar al hombre y al caballo. Después de un momento siguieron otras que venían de todas partes como arrojadas por los duendes. Salió al callejón agachándose, con el caballo de tiro; montó y se fue al trote camino de La Rayuela.

IV

El cielo comenzó a entoldarse y el viento a soplar sacudiendo a los árboles, inmensas cabezas alborotadas. La oscuridad llegó a media tarde; grandes gotas caían como piedras en patios y callejones; el cielo se descargó en una lluvia persistente que volvió ríos a todos los senderos. Susano andaba perdido en la pampa y su caballo comenzó a encabritarse, chocando contra los cercos de cactus y agaves. El hombre recordó los árboles y los ríos del monte, recordó a su vaquilla negra y la maldijo, ahora eran solo hombre y caballo, inmunes al agua y al viento, ya no intentarían buscar cobijo entre la gente, se alimentarían de los ríos, él se iría al mundo de los peces, nadaría como los patos de las lagunas y volaría como las chulupías que aparecen con el aguacero.

El caballo dejó de trotar y corrió al galope, saltó una barda y el hombre abrió los brazos, gritando, el rostro hacia las nubes. De pronto aparecieron junto a la casa de su mujer. El caballo se paró en la esquina del corral. La tormenta había cesado y quedó solo una llovizna y el canto de las lamas. Una maliciosa sonrisa de agua brotó del hombre, desenrolló su bejuco para azuzar al caballo que partió como el viento callejón abajo, se

detuvo bruscamente y volvió a cruzar y pasar y repasar frente a la casa donde de nuevo se escuchaban gritos y golpes de puertas vueltas a trancar. Comenzó el viento, el hombre sujetó al caballo frente a la tranca, lo amarró a un palo y entró al corral. Le dio una patada en la trompa a la vaquilla, pero esta no pareció sentirlo. Pasó a la cocina y al rato volvió a salir con su media alforja repleta de mote, queso y charque. Hombre y caballo desaparecieron con un resonar de cascos.

Ahora todos sabían de El Con Caballo. Lo vieron en Monte Grande galopando por entre ramas y troncos, no lo atajaban las zanjas ni las espinas, se metía al agua y no se ahogaba, no temía a las cuevas ni a las peñas. Si alguien lo veía de cerca, se orinaba de miedo o caía enfermo.

Pasaba el tiempo y la gente sabía más. Era terrible solo cuando iba montado. Si iba con su caballo de tiro se volvía humilde y servicial. Se acercaba a los percheles a pedir comida con su voz profunda, se ofrecía para ayudar en el trabajo de los chacos o para buscar vacas perdidas. A muchas dice que encaminó a sus estancias. No lo atajaban la lluvia, el mal tiempo ni la noche. Su media alforja siempre iba con algo de mote y charque, aparte de las argollas y correas de su antigua montura. Sus pies eran duros como pezuñas, no le entraban espinas ni astillas, las víboras no le hacían daño. En las hondas pozas de los ríos su ropa se volvía red y pescaba, bajo las lluvias se volvía chulupía y cantaba por entre los árboles...

“Si escuchan un galope como el viento, hay que escapar o dejar de respirar”, decían las madres a sus hijos. “Si escuchan un tropelcito como la brisa, no se asusten y alisten un poco de mote con charque pa invitarle”.

No faltaban los incrédulos y valentones como el hijo mayor de Lucio Coca. “Sí lo conozco”, decía. “Vive a una legua de mi perchel. Lo que pasa es que le da flojera trabajar, desde el comienzo ha venido a pedir comida a nuestra casa. Con caballo o sin caballo, me las va a pagar”. Le tenía rencor porque su madre no salía del primer susto, ya hacía meses que en lugar de mejorar empeoraba. Inútiles fueron los ruegos de su padre para que olvidara su rencor. Una noche, todos escucharon el galope del viento, el joven cerró la puerta asustado y con el odio siempre creciendo. Otra noche escucharon el tropelcito de la brisa, el joven abrió la puerta y bajó a la tranca de la palizada.

De afuera saludaron, de adentro apuntaron; El Con Caballo, amablemente, pidió un puñado de mote con charque. “Ahora no te escapás, carajo”, dijo el de la carabina. Una sonrisa de agua se dibujó al otro lado de la tranca y en lugar de retroceder pareció acercarse. El joven comenzó

a temblar, cerró los ojos y apretó el gatillo. La sonrisa no caía. Siguieron los disparos, siguió la sonrisa, el joven cayó al suelo dando alaridos, hasta el silencio.

Al día siguiente Lucio Coca, a quien el miedo no le dejó salir en la noche, encontró el cadáver de su hijo a un lado de la tranca, y afuera apenas los rastros de un caballo de seis patas.

El hombre que estudiaba los atlas

Alfonso Murillo*

La verdad es que no hubo nadie que me llamara más la atención que él. Este extraño individuo parecía sugerirme algo *pintoresco* apenas lo veía, camino a mi oficina. Y no podía dejar de sentir cierta creciente curiosidad por él, siempre sentado en un banco de la plaza de San Pedro. El encuentro era inevitable, pues para llegar a mi oficina tenía que atravesar necesariamente esa plaza. Era el momento que aprovechaba para echarle una mirada de reojo a su avanzada calvicie, a su desolación.

Su rostro colorado y regordete le daba cierto aire infantil, y esto a pesar de llevar una barba gris de algunos días, nunca lo suficientemente crecida ni afeitada totalmente, siempre al punto según su gusto o su descuido. Sus ojos acuosos, de un matiz y color indefinido, oscilaban entre el pardo y el verde. Parecían reflejar –con éxito– la nada más absoluta.

Y al retirarme rumbo a casa, él continuaba sentado en el mismo banco y con la mirada perdida en el vacío. Todo eso me llevaba a suponer que no se había movido durante todo el día, abstraído en su sempiterna divagación. Yo me preguntaba acerca de la clase de pensamientos (o ausencia de los mismos) que se elaboraban dentro de aquel pequeño, inescrutable cráneo.

Por si fuera poco, su indumentaria era tan invariable como su pasividad. Todo el tiempo vestía el mismo traje marrón bastante raído, lustroso por el uso y descolorido por los días, debido sin duda al intenso trajín de sol al que era sometido implacablemente. Su ceñido paletó estaba sujeto

* Nació en La Paz en 1955. Es autor de los libros de cuentos *El hombre que estudiaba los atlas* (2006) y *Carreteras silenciosas* (2014).

“El hombre que estudiaba los atlas” pertenece al libro del mismo nombre, La Paz: Plural editores.

por un enorme botón, y lucía dos parches de cuero cosidos a la altura de los codos casi hasta usurpar las mangas. Y bajo sus cortos pantalones asomaba un par de botines de suelas de goma que se adivinaban muy rígidos, de aquellos que usan los obreros en la construcción de caminos.

Y su estado de ánimo parecía coincidir con el exterior: el de una digna y callada indigencia, la que seguramente afrontaba con no poca dignidad, o escaso orgullo.

En fin, todo hacía en él un conjunto lamentable, como si él mismo estuviera formado por los añejos aromas del moho y del olvido.

A veces lo veía hojear un libro, de cuya concentrada lectura parecía emanar su única función vital, aparte de la respiración. En cambio, para él yo no existía. Que yo recuerde, nunca me dirigió una sola mirada ni prestó la menor atención a las mías. La indiferencia por el mundo concreto parecía ser la más obvia de sus cavilaciones. Incapaz de captar lo inmediato, prefería seguramente solidificarse con la fábula de los seres que poblaban su imaginación. O es que sencillamente no pensaba en nada. La mente estropeada de un idiota que no sabe que está en el mundo. No obstante, cada vez que pasaba por la plaza no podía dejar de observarlo. Yo me sentía atraído permanentemente por él tal como lo haría un imán con una insignificante limadura. Así, llegaba a someterme al vértigo de aquellos ojos, que fundían una total indiferencia con un vacío sin fondo. Este hombre ausente, casi sin presencia real, representaba para mí un enigma.

Lo sorprendente era que durante semanas desaparecía de su banco habitual. Eso me llevaba a aventurar diversas conjeturas acerca de su ausencia. ¿Acaso habría muerto? ¿O enfermado? O quizá andaba de viaje. Lo cierto es que sencillamente ya no estaba en el banco.

Así, durante los largos intervalos de tiempo en que él desaparecía, yo llegaba a olvidarme de su abismal presencia, colocada, quién sabe por qué lejanos horizontes, y a los cuales solo él parecía responder.

Pero ante una reaparición suya me propuse seguirlo. Quizá yo era el loco: y sin embargo, una noche después del trabajo, postergué mi regreso a casa y me senté en un banco de la plaza desde el cual lo podría vigilar sin ser visto. Y las horas pasaban y no se iba. Muchas veces estuve a punto de marcharme, aunque la curiosidad me mantenía pegado al banco.

Llegar a saber quién era este hombre se había convertido en un desafío descabellado para mí, así que lo único que podía hacer era esperar. Y mientras aguardaba, él seguía tan tranquilo y campante como por la mañana, como una especie de estatua humana.

Si yo arrojaba la toalla y renunciaba, tal vez como una burla, él podía dejar su banco y desaparecer. O tal vez él esperaba mi retirada para irse; al fin y al cabo, parecía tener todo el tiempo del mundo. “Esperaré una hora más y me retiraré”, me decía a mí mismo, no sin antes preguntarme por este supremo representante de la paciencia y la inmovilidad. Pronto el gentío había mermado y solo quedamos él y yo, en medio de la plaza vacía. En la acera del panóptico alguno que otro policía hacía su solitaria ronda.

Cerca de la medianoche, mi primer impulso fue levantarme y hablarle directamente, aunque no sabía cómo podría reaccionar ante mi impertinencia, y menos a esa hora inapropiada para entablar conversación con un desconocido, pero en algún momento debí haberme quedado dormido abrazado a mi maletín, porque cuando desperté vi que el banco donde había estado sentado él ahora estaba vacío. Ante la posibilidad de perderlo de vista, corrí hacia cada una de las cuatro bocacalles que desembocaban en la plaza. Afortunadamente, su silueta aún recibía el último haz de luz de un poste de alumbrado público, justo cuando doblaba la esquina para perderse en la noche. Entonces fui tras él.

El hombrecillo caminaba con la mirada puesta siempre hacia delante. Finalmente, noté que entraba en una casona de la calle Capitán Castrillo.

Debo confesar que sentí un poco de alivio al comprobar que no era ningún ser salido de la oscuridad, sino alguien que tenía una dirección fija. Entrar en su casa era seguramente para él hundirse en el plácido cojito, renunciar por un momento a la inmovilidad de su aislamiento.

Por algún inusual contraste, debo confesar que me sentí un poco desilusionado al mismo tiempo. La posibilidad de que el hombre tuviera una familia, con las conversaciones triviales de sobremesa, desmentía uno de los motivos de mi interés, que fue precisamente verlo tan alejado del rebaño, de la muchedumbre.

Días después, pregunté en una tienda sobre los propietarios de la casona aquella. Pertenecía a la familia del doctor Gustavo Liébana (ya fallecido). El hombre que vivía allí había sido su único hijo. La servidumbre se encargaba de atenderlo y llevar la casa.

Entonces el hombre del parque era nada menos que el hijo de aquel médico famoso; el mismo que se había visto envuelto hace mucho tiempo en un escándalo bastante sonado y del que se ocuparon todos los diarios de la ciudad: el caso Rosthien, un industrial judío bastante rico.

Precisamente, había sido el hijo de Rosthien quien acusó al médico de utilizar su clínica para manipular a pacientes adinerados como su

padre. Para tal efecto, había empleado un dudoso método que aparentemente curaba ciertas manías e inseguridades. Pero el procedimiento clínico –que desmentía el falso apelativo de método, según el agraviado denunciante– solo había consistido en suministrar fármacos adictivos que eran inyectados en dosis regulares a sus pacientes: una especie de morfina aséptica que, combinada con algún narcótico suplementario, los adormecía placenteramente. Y aunque no lograba recuperarlos, por lo menos los mantenía ocupados en el “olvido del ser”.

Situado en un paraje de la zona tropical de Los Yungas, y lo suficientemente alejado de la ciudad, el sombrío sanatorio estaba destinado exclusivamente a atender a pacientes ancianos y ricos. Una cuidadosa vigilancia restringía severamente el ingreso a extraños, vigilancia que se veía reforzada por los perros guardianes rottweilers de Liébana.

Hay evidencias de que los adinerados pacientes deambulaban por los amplios jardines del establecimiento, absorbidos por la perpetua somnolencia del desmoronamiento individual. Dicen que el “tratamiento” había hecho posible la fortuna del médico.

Luego de sucedidas las muertes de algunos de los pacientes –que nunca llegaron a aclararse–, las autoridades policiales informaron que las autopsias correspondientes revelaban “muerte natural” como la causa de los decesos; entre ellos el de Rosthien padre.

El proceso había sido iniciado precisamente por el hijo del industrial, quien, al ver mermado de forma significativa el patrimonio familiar con el tratamiento, amenazó al médico con llevarlo a los tribunales. Un arreglo conveniente entre ellos hizo que el famoso caso –y también, naturalmente, Rosthien padre– quedaran pronto en el olvido.

Luego Liébana vendía su clínica y se establecía de nuevo en la capital, precisamente en su casona del barrio de San Pedro (hoy destruido por una arquitectura falaz, casi como la morfina de su sanatorio): más exactamente en la calle Capitán Castrillo casi esquina Héroes del Acre del antiguo barrio militar. La tendera me contó que el médico llevó a su hijo al sanatorio desde que este era un adolescente, donde lo había adiestrado como enfermero. Posteriormente, nunca se le conoció esposa, hijos, familia o amigos, siquiera. No saludaba o intimaba con nadie en el barrio, aunque se podía decir en su favor que él vivía y dejaba vivir.

Poco después Liébana moría a causa de un medicamento en mal estado (o posiblemente agua destilada) que le fue administrado a través de una inyección. Justicia divina, podrán decir sus víctimas.

Por aquellos días yo preparaba un viaje a Bruselas.

Con el pretexto de sacarle brillo a mis zapatos llamé a un lustrabotas, lo conduje hasta el banco donde estaba “solidificado” el hijo de Liébana y le eché una ojeada al libro que él continuamente parecía leer. Se trataba de uno de aquellos atlas de geografía de cubierta brillante, con ilustraciones parecidas a las que vienen en las enciclopedias. Él, sin prestarme la menor atención, contemplaba un mapa de los Países Bajos.

Traté de aproximarme aún más, pero el hombre reaccionó al darse cuenta de mi indiscreta y torpe maniobra e inmediatamente cerró su libro. Luego volvió a su habitual posición rígida, de eterna mirada ausente. Comencé a notar algo extraño: ni el lustrabotas ni la gente que circulaba le prestaban la menor atención. Era como si él no existiera o lo hiciera solo para mí.

Yo, sin duda, había estropeado mi primer acercamiento, y ahora no sabía cómo afrontar la incómoda situación. Hubiera deseado presentarme y entablar una conversación mínima con él, pero al verlo más recogido que nunca decidí retirarme.

Una semana después yo partía rumbo a Europa.

Era mi penúltima tarde en Bruselas y salí del hotel. Pensaba en lo que podría hacer todavía en la ciudad que dejaba atrás. Fue cuando vislumbré a una leve figura que iba revelándose hacia el crepúsculo; como una fotografía a contraluz. Entonces descubrí a mi personaje de la plaza San Pedro de La Paz, sentado en un banco de la plaza Goffart y frente al hotel.

¡Nada menos!

Ignoro si fue el reflejo del sol, entremezclado con la aparición instantánea de su imagen, lo que logró confundirme. Pero se trataba de él, sempiternamente sentado en un banco, en su acostumbrada posición hierática. Parecía fundirse con el banco en una sola entidad; como si la madera y no la carne fuera la materia de la que estuviera hecho, o como si los bancos adquirieran a su contacto cierta rugosa carnosidad y no quisieran desprenderse de él.

Ahora vestía un elegante traje negro de corte, una corbata roja punzó y finísimos zapatos, tal vez italianos. Llevaba puesto un sombrero bombín borsalino. Lo más llamativo en su atavío actual era, sin embargo, un clavel rojo prendido en la solapa, de una rojez más intensa aún que la de la corbata. Pulcramente afeitado, llevaba un par de guantes negros y un paraguas del mismo color. Observé que bajo el brazo apretaba una cartera de cuero (o un portafolio).

Lo único que no había cambiado en él era su semblante, su soledad de abismo, de eterna mirada ausente. Quise cruzar la calzada e ir

inmediatamente a su encuentro y saludarlo... pero mi ciego impulso fue cortado abruptamente por un tranvía que se interpuso entre nosotros. Apenas se retiró el molesto vehículo lo busqué ávidamente con la mirada. Pero fue en vano: el banco estaba vacío.

Al asombro sucedió la sorpresa, luego el sentido común: después de todo era un hombre rico y podía darse estos gustos. De más está decir que lo busqué, perplejo, por las diferentes plazas y sucesivos parques por los que caminaba. Cada persistente, como evanescente, presencia suya comenzaba a perturbarme. Los encuentros con él –demasiado fugaces– me hacían dudar de su existencia, de mi salud mental. Definitivamente, este sujeto me estaba poniendo nervioso. Me hacía preguntas que rayaban en la insensatez más absoluta, como imaginar su voz, quizá añeja, quizá apollada. Una voz que seguramente emitía palabras herrumbrosas, antiguas; como el barrido de unas hojas por el viento o el cloqueo de unas tijeras. Mi avión salía a medianoche del día siguiente, entonces aconteció un nuevo encuentro con el hijo de Liébana. Esta vez fue en el aeropuerto. El hombre caminaba furtivamente por los largos corredores de la terminal. Vestía el mismo traje raído marrón de siempre, y ya con la barba a medio crecer tenía el aspecto de un inmigrante indeseable cualquiera asolando su impenetrable semblante. Lo más probable era que él también volviera a La Paz. Pero ¿quién puede saberlo?

Quise abordarlo y de repente me di cuenta de lo indiscreto que había sido todo el tiempo en relación a él, y por un resto de pudor me alejé rápidamente por los largos pasillos.

Él, como siempre, pareció no darse cuenta de mi presencia, como si solo existiera el aire que necesitara respirar.

Mientras esperaba la hora de salida, compré un periódico en idioma francés. En las páginas dedicadas a la crónica roja leí una noticia que me llamó la atención. Se informaba acerca del asesinato de una joven mujer recientemente sucedido en un apartamento de la plaza Goffart. Su cuerpo había sido encontrado tendido sobre la alfombra de la sala.

Según el reporte de los investigadores que lo examinaron, se detectó un diminuto, casi invisible orificio justo detrás del pabellón de su oreja derecha. La autopsia revelaba que la mujer murió a causa de un poderoso veneno que le suministraron con una jeringa. En fin, una inyección letal que solo podía haber administrado un especialista, o un maniático. Indagarían por ahí. Lo más llamativo del caso –leí en la noticia– es que los detectives encontraron un clavel rojo prendido entre los cabellos de la mujer.

De vuelta al país, y cuando caminaba rumbo a mi oficina, ¡ahí estaba él!, rodeado de las invisibles tinieblas que irradiaba desde su banco, y yo estaba a su alcance inmediato.

Con el aspecto andrajoso habitual, la nada más absoluta se reflejaba en su eterna mirada ausente, ocupada quién sabe en qué etéreas lejanías. Y yo apresuré el paso.

Joñiqui

Homero Carvalho Oliva*

La resolana ocupaba sin prisa los lugares cobijados por la sombra, se esparcía como un charco gigante de agua que se extiende a punto de soltarse y se va quedando adentro, en el fondo del suelo de los llanos. Suelo que al mediodía parece seco, solo basta penetrarlo unos pocos metros para saber que no es así. La resolana descendía a los rincones más frescos para tomar impulso y llegar a las paredes altas, invadiéndolo todo. La resolana es así, es ese aire caliente cargado de penas y lamentos que inmoviliza a la población después del almuerzo, manteniéndola en un tiempo sin vida, entre sonoros ronquidos y besos fugaces que se pierden en el sueño. Hombres y animales se aletargan en esta hora cuando el calor de la selva expira su aliento sobre cosas y casas.

Levemente, semidespiertos y obligados, los hombres recuperan su vida: el baño, el cafecito, y al trabajo. La estancia recobra su rutina. En la calle principal del pueblo, ancha y arenosa, unos chiquillos sucios representan, con sus dedos-pistolas, una película mexicana de reciente exhibición en el único cine de San Gabriel. Siguiendo por los pasillos enladrillados, sentado junto a un pilar de la casa del alcalde, el hombrecito combate el calor zumbando una varilla fresca, un arbolito despellejado que no sabría jamás de flores en primavera y de hojas secas en otoño.

* Nació en Santa Ana, Beni, en 1957. Narrador y poeta. Escribió, entre otras, las novelas *El espíritu de las cosas* (2001), *Santo vituperio* (2003), *La ciudad de los inmortales* (2005), *Memoria de los espejos* (2005) y *La maquinaria de los secretos* (2008), así como los libros de cuentos *Biografía de un otoño* (1983), *Los cuentos del gallo nigüento* (1986) y *Seres de palabras* (1991). También es autor de los poemarios *Cuerpos* (1995), *Las puertas* (2005) y *Los reinos dorados* (2007).

“Joñiqui” forma parte de *Alta en el cielo. Narrativa boliviana contemporánea*, de Nicolás G. Recoaro (compilador), Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

La varilla formaba una medialuna de sonido abejero; qué bien se estaba debajo de la sombra protectora del alero, apoyado en estos pilares, pensaba el hombrecito, mientras cortaba el aire disfrutando del sonido. Oí, che, tomá para que aprendás a fumar... el pucho descendió y fue a dar a uno de los pliegues de la camisa, esperando ser aceptado por esos labios deformes, joñiquis, del opa del pueblo. Cuando la tela de la camisa, que en sus buenos tiempos fue blanca, empezó a formar un círculo amarillo y la piel empezó a rechazar ese calorcito de cientos de agujas penetrándola, lo llevó a la boca. Una primera chupada lo ahogó, sin embargo persistió en su afán, agradeció con la mirada al hombre que le otorgaba este maravilloso don de personas adultas y le agradeció con su media lengua, cortando las palabras y hablando entre narices. Una vez más el cigarrillo lo hizo toser, pero esto no lo desanimó, él llevaba en las manos algo que muchos señores del pueblo saboreaban y era mucho para alguien como él. En anteriores oportunidades, el hombre le había regalado chicles y dulces, ahora era algo que, de alguna manera, lo igualaba con los señores del pueblo. La varilla trazó un semicírculo en el aire y cayó a una zanja, triste, ya no sería la preferida; desde hoy las sobras de fumadores y sobre todo, las que el hombre le iba a regalar, ocuparían ese lugar. Risueño se perdió entre los árboles de las afueras del pueblo, agachándose a su paso a recoger las colillas arrojadas en la calle; gustaba de mirar las cenizas alegres que se esparcían por el espacio, cuando él soplabla para ver ese rojito que avanzaba hasta quemarle los dedos.

Al anoecer regresó del monte para ocupar su habitual lugar en el café del pueblo. Gustaba escuchar lo que comentaban los grandes, él los llamaba así porque escuchaba que otras personas lo hacían de esa manera, con desprecio, para él eran simplemente los grandes, gentes que a veces le regalaban algunas monedas para sus helados. Esa noche notó que todos estaban nerviosos, que ni siquiera el dueño del local lo echó con su acostumbrado "opa de mierda, fuera de aquí"; recogió una colilla, ¡ah!, esta era fina, pensó, ya empezaba a diferenciar entre el gusto de las sobras... ¿Quién será el desgraciado? No se sabe, don Miguel, yo creo que no es de por acá, en San Gabriel nunca sucedió una cosa así... la hija del Pata de Loro, la bonita, pobrecita, está en el hospital, desangrándose. Pero si apenas tiene nueve años, qué hijo de puta. ¿Y la policía, ya buscó?, ¿agarró a alguien? No, don Miguel, nada se sabe, ella iba al monte, todos los días a jugar solita... ¡Carajo! Él no entendió lo que hablaban, así que salió corriendo detrás de un gato negro que al tercer cerco desapareció, merodeó por el cine para ver si lo dejaban entrar y luego se dirigió a la escuela donde dormía, recogiendo puchos en su bolsillo; se acomodó

en su rincón, escuchó durante un largo rato el correteo de las ratas en el techo y maldijo que nunca se acostumbraría al ruido de los mosquitos sobre sus oídos.

De cara al cielo sintió que millones de puntitos rojos entraban en sus pupilas, estrellas que cada uno guarda para sí mismo, se decía; decidió abrir los ojos de golpe, pero tuvo que cerrarlos nuevamente, el disco amarillo lo hirió desde lo alto de la azul transparencia; revolcándose en el pasto y estrujándose los ojos descubrió un nuevo amigo, otro arbolito que hasta ese momento él no veía. Esto aumentó su felicidad, era la primera vez que fumaría un cigarrillo entero, el otro hombre le había obsequiado, la noche anterior, una cajetilla; no durmió esperando el día para ir a su Casa Grande, como llamaba él a aquel lugar en las afueras del pueblo. Aquí encendería su primer cigarrillo, al lado de sus amigos-plantas, los únicos que no se reían de sus labios deformes. Se aprestaba a encenderlo cuando escuchó un grito acallado, se arrastró entre los matorrales, que silenciaron el ruido de su cuerpo al reptar, y vio que unas manos, fuertes, bajaban el calzoncito azul de una niña; ella lloraba, él hablaba dulcemente, prometía muñecas, dulces; no te va a doler, repetía a cada instante mientras le acariciaba las nalguitas. Vio al hombre bajarse los pantalones, entre los sollozos de la niña que, desnuda en el suelo, se cubría el rostro. Lo que siguió le trajo el recuerdo de su madre, de cuando vivían en el cuartito cerca del cementerio y ella se acostaba con hombres, sin importarle su presencia, pero esto era distinto. A su madre le gustaba, él sabía que le gustaba, pues entre grititos apenas dichos se abrazaba al hombre de las mil caras y pedía más y más; esta, en cambio, lloraba y rogaba porque el hombre se detenga y además, recordó el opa, no tenía los enormes senos de su madre que a él le gustaba acariciar. No supo cuánto tiempo permaneció inmóvil, no quería marcharse sin saber qué hacer, las últimas palabras fueron de amenaza: “Si decís una palabra de esto, te mato”, y la niña mirando, horrorizada, sus pequeñas manitas que limpiaban sus piernas ensangrentadas.

Sentado en su ventana acostumbrada, creyó, por fin, que el hombre había engañado a la niña, que no le daría ni la muñeca ni los dulces.

Don Miguel, otra niña violada en el monte, esto es el colmo. Hay que descubrir al maniático ese o nuestras hijas no podrán salir a la calle sin temor a que algo les suceda. ¿Y la policía, nada? Como de costumbre, nada. Maldijeron toda la noche, juzgando y sentenciando al canalla a las más terribles penas: quemado en media plaza con leña verde; no, eso no, hay que cortarlo en pedacitos o amarrarlo en palo santo, o tal vez... una risa enferma y terrible cortó sus inquisidoras presunciones, cediendo el

lugar a soeces insultos, “salí de aquí, opa de mierda”, pero la risa siguió hasta perderse en la escuela, en una risita fingida, como de enfermo de pecho. ¡Ah!, pero él sabía por qué reía, lo sabía, ahora era más importante y sabio que los grandes, pero no lo diría. Ese sería su secreto, todos en el pueblo se preguntaban quién podría ser el desgraciado violador, y él, el opa del pueblo, el joñiqui, el hijo de la loca, lo sabía; que se pudran, que se devanen los sesos preguntándose quién era. Esa noche fumó dos cigarrillos y se durmió.

¿Qué le pasa al opa este?, pensaba la gente, y él solo reía. Se detenía a escuchar los comentarios sobre las violaciones y los interrumpía con sus risotadas y sus gestos burlones; escapando de patadas y de insultos, fueron esos días los más felices de su vida, se cobraba en algo los desprecios. Casi no dormía imaginando a los padres de las violadas sumidos en el desconsuelo y sentenciando al culpable a miles de crueles castigos. Fumaba y reía. Esos días deambuló por el pueblo sin acercarse a su lugar preferido, el monte; temía que sus amigos-plantas le encarasen que él era testigo de algo perverso y que debía contarlos; no, él no quería eso, él tenía que continuar siendo el único que había visto y oído al violador, ese era su secreto.

Desganado en un banco de la plaza, miraba a unos escolares que se quitoneaban una toronja convertida en pelota de fútbol; se sentía molesto, solo había encontrado unos puchos fumados hasta el filtro a los que ya no podría sacarles el impuesto, como escuchaba decir a los estudiantes que se reunían para fumar a la hora en que él extendía su cuero para dormir. Por todo lugar recorrían sus ojos en busca de colillas, y nada. Sus pupilas cobraron brillo cuando vio a Dantico Román, él le obsequió su primer cigarrillo y le daba uno todos los días, además se acordaba de lo que vio en su Casa Grande, claro que este no lo sabía, lo vio jurando, prometiendo, violando y no dijo nada, porque Román era su amigo. El que le regalaba dulces, cigarros, el vende-boletos del cine, su amigo violador del monte, esperaba que, como de costumbre, le diese un cigarrillo, pero se pasó de largo. Lo siguió, le reclamó, le imploró... “no me molestés, opa de mierda, estoy apurado, andá a pedirle a tu padre”. No tenía padre, nunca lo tuvo, al menos nunca lo conoció, pero eso no importaba, le dolía el desprecio. Enfurecido, corría de un lado al otro, pateando cosas, maldiciendo, hasta llegar al café, rojo de ira, con la lengua chuta a punto de soltarse: yo lo vi, don Miguel, era Dantico Román, en el monte, a la hija del carpintero; habló más despacio que no te entiendo nada, oí, vení acá, este opa no sé qué está diciendo y la gente vino, se aglomeró y escuchó... yo lo vi, era él, les juro, le bajó el calzoncito azul, le prometió muñecas, dulces, ella

lloraba y gritaba, se los juro, era él y ustedes no lo sabían, créanme... este opa está inventando zonceras, es un mentiroso, don Miguel, el Dantico es un buen muchacho, el opa le tiene rabia porque a veces no lo deja entrar al cine. Y de cómo sabe tanto este infeliz, ¿no será que este opa es el violador?, este que creíamos un santo y resultó ser un “opapícaro”, ¿no se dan cuenta?, por eso es que se reía de nosotros, de nuestras hijitas, se estaba burlando el desgraciado.

Gritaba, imploraba, juraba, de rodillas ante el Pata de Loro que, traído por unas viejas chismosas, llegó con chicote y descargó su furia, sus desvelos, su amor de padre convertido en odio, la suma de los días que esperó este momento, y por cada día 100 azotes; cerca de los 300 el carpintero lo reemplazó, esa mano acostumbrada al martillo y a la madera pronto se acostumbró a desgarrar la piel del malnacido. ¿Así que vos, opa, hijo de puta, hacerme esto a mí, que te daba de comer?; y el látigo silbaba en el aire, anunciando que se enterraría en la piel del joñiqui; y llegaron los escolares con frutas podridas y huesos, las viejas que maldecían la hora en que el opa vino al mundo y se alegraban de que su madre hubiera muerto, asesinada, por uno de sus ocasionales amantes. Y usted, comisario, no se meta, el pueblo se cobra lo que le corresponde, venganza. Pero don Miguel, esto es un crimen, yo... Eso y más se merece este opa infeliz. Se turnaron los parientes, se saciaron los amigos, se acabaron los huesos, insultos, la venganza se agotó; la calle quedó sin gente, solo con sus heridas, con su lengua atrofiada, el opa pedía que vinieran de una vez los ángeles, esos que le mostraba el cura en la clase de catecismo. Ya esperaba, ansioso, la llegada de la señora con guadaña, la que le enseñaba la maestra. ¿Por qué le hicieron esto si él era bueno?; la señora vestía pantalón claro y calzaba zapatos de hombre, alzó la vista para suplicar ya no más, la sonrisa irónica le acalló el intento. Lo observó unos instantes, puso un cigarro en sus labios deformes y sangrantes y desapareció.

Tiodor

Paz Padilla Osinaga*

Él pensaba que yo tenía otro y quería matarlo, y dice que por eso le di aceda su comida pa que le haga mal. Yo estaba'n la cocina, preparando la cena, cuando él apareció en la puerta y me dijo que le ardía la panza como si tuviera un sapo revolcándose'n sus tripas. Así me dijo primero y después me salió con eso de que quería'nvenenarlo y era la comida que al medio día le llevé al potrero la que le hizo daño. Me lo largó de sopetón y parecía convenciu de su decir. Lo dijo como siempre, sin pensar en mí. Sin pensar en que mi corazón tuavía se pone triste cada que llega a dormir a dijoras.

Al comienzo creí que'ra'algo pasajero, pero cuando lo vide aprietar sus muelas pa disimular su dolor, recién m'entró en la cabeza que podía ser cierto su reclamo. Le dije que se meta a la cama mientras yo preparaba una'güita de llantén. Se fue y yo me quedé tosiendo por el jumo que salía de las leñas verdes.

Seguro estaba cansau de tanto trabajar nel potrero, carpiendo el maizal, porque cuando le llevé'l matecito, dormía como víbora; rosquita y pesau. La fiebre le había'tacau juerte y de su frente chorriaba'l sudor como riu. Lo desperté. Se refregó los ojos sin ganas y bostezando se sentó.

—Estás sudando. ¿Estás con chujcho? —le pregunté.

* Nació en Pampa Grande (Santa Cruz de la Sierra) en 1961. Narrador y cineasta. Es autor de las novelas *El gemido del huracán* (1991), *El paraíso de los perdidos* (1999), *Anahí, la tejedora de sueños* (2005) y *Las concubinas del diablo* (2010), además de los libros de cuentos *Nel umbral* (1986, Premio Nacional de Cuento de la Universidad Técnica de Oruro 1985), *Los jinetes del tiempo* (1992), *La covacha del loco* (1993) y *El ogro miope* (1995). Dirigió el film *En busca del paraíso* (2010, en codirección con Miguel Chávez).

“Tiodor” forma parte de *Nel umbral*, La Paz: Imprenta Panamericana.

No me contestó. Agarró el jarro y le dio unos sorbos. Pasaba los tragos con dificultad. Me alcanzó el jarro y preguntó si yo ya' bía llevau las gallinas al gallinero; si había' rinconau las herramientas nel troje; si había preparau lagua pa los perros y pa los *khuchis*; si había desgranau maíz pa los pollos. Preguntó toditito eso y como si haiga' stau disvariando volvió a'ncamarse.

Después de cumplir sus encargos, antes de irme a dormir, me pasé por ande tengo la imagen de la Mamita de la Bella y le prendí unas velas. Le recé con devoción pidiendo que se sane mi Tiodor y le pedí que amanezca sanito y libre de' sa fiebre y ese dolor. Pero no jue así.

A media noche sus quejidos, parecius al rebuzno del burro, me hicieron despertar. Se revolcaba como vivora' n arena quemante y chillaba. Se agarraba su barriga y boquiaba. Me asustó al verlo llorar siendo' mbre. Saqué una botella de licor de mi repisa y me puse a frotarle las sienes y a darle de oler pa que se apacigüe un poco. Me acordé que' sa botella' staba bendita con más e' licor y entón le di pa que tome y desapareció su mal como si haiga interveniu la mano de Dios. Milagroso salió e' licor ese.

—No ha i ser mal de Dios, ha i ser mal puesto el que tenís. Los diablos le tienen miedo a la' gua bendita, a la cruz y a' licor.

—¿Quién te ha dicho que los diablos le tienen miedo a' licor?

—Nadie. Pero te decía porque pa la fiesta de Ramos, por hacer bendecir agua, hice bendecir ese licor...

—¡Ay, esta mujer! A ver cuándo hacís bendecir veneno pa que no haga mal y en vez de matar, engorde.

Por más que vido el milagro, no me creyó que' se licor era milagroso. Siempre' ra testarudo y toda la vida quiso salirse con su dicho, pero cuando le hablé de que iba a comprar polvito de santo pa darle un baño pa que se sane por completo, no rezongó, pero igual quiso martirizarme diciendo que acejtaba si duraba vivo hasta mañana. Lo dijo como pa dejar entender que se iba a morir tránquilo si es que llegaba la hora u si es que' ra la voluntad de Dios.

—No me querís acaso que pensás morirte y dejarme solita, ¿ja? Ni un hijo has queriu dejarme y todavía se te da por pensar en morirte. ¡Bribón!

Me puse a llorar porque por algún lau sentía venir a la muerte y me olía que me iba a quedar solita. Entón él, al ver eso, me dijo:

—No llore, mujer, por usté me ua peliar con la muerte si es preciso, pero no llore, ¿ya?

Los perros se largaron n' un solo aullido nel patio y no me dejaron dormir hasta' l amanecer. Quise salir a echarles agua pa que se callen, pero no... Me quedé llorando al pensar que los lamentos d' esos perros eran el

anuncio de su muerte. Lloré y recé pidiendo a la virgencita que interceda por él ante Dios pa no quedarme solita n'este mundo.

Amaneció mejor de semblante, pero se lo notaba un poquito cansau, parece que'staba'sí por el desvelo y por la mala noche. No quiso ir al potrero y se quedó ayudándome a desgranar máiz pa las gallinas. Pensaba desgranar pa una semana. Se subió al troje a sacar máiz enchalau y de ahí ya no pudo bajar porque le volvió el dolor ese y lo hizo revolcarse. Gritaba más que'n la noche. Se quejaba como si lo estuvieran matando. De un vuelo me subí a verlo, estaba pálido y sudaba mares. Conforme pude me bajé y fui a traer e'licor milagroso pa darle de nuevo, pero esta vez no quiso hacer efejto, esperé hasta cansarme y el milagro no se dio. El dolor no le descansó ni gota.

—Aura parece que los diablos se han entrau por completo a tu cuerpo y no queren salir. Parecen querer condenarte'n vida —le dije sin mucho pensar y él se puso serio. Me dijo:

—Mafién andá a llamar a tu comadre Damiana, ella sabe de picharas, tal vez pueda'yudarme... o si no corré a traer al padrecito pa que me ayude a morir y me'ndilgue al cielo...

Como viento me fui ande mi cuma Damiana y en menos tiempo del que tarda un sucha'n levantar vuelo, ya'stabamos de vuelta.

—Ay, Tiodor —le dijo mi cuma mientras le pulsaba su fiebre—, siempre tan sanito y pune aura te ponís mal, pero es así siempre, cuando uno menos quere y más necita salú, el mal aparece y a veces es pa pior.

Sacó de sus bolsillos un atau ande teniaba nuez moscada y se puso a frotarlo, después me pidió alcol alcanforau y un vaso de cristal; truje y ella le puso unas ventosas en sus paletas. Sacudió su cabeza como indicando que no era mal sencillo. Pensando-pensando resolvió sajumarlo con k'olquemillo pa ver en las brasas la laya del mal ese.

Busqué'n cuanto rincón se me vino a la cabeza y no pude jallar el bendito k'olquemillo, me resolví y fui ande los Cuéllares a pedirles un poquitito. Como si me corriera'l diablo volé hasta'nde'llos y pa mi suerte habían tenui. Me pasaron un tanto, cabal pa la sajuma, y como rayo volví ande mi Tiodor.

Con el k'olquemillo, la cuma Damiana se puso a sobarlo cuerpo entero; rezó tres credos y lo sobó tres veces. Después puso el amarro 'nun tarro con brasas vivitas y nos pusimos a'sperar a que se queme por completo.

—¿Leyís algo?, ¿vis algo? —le pregunté con mi corazón un ñudo.

—No, no puedo leír nada, esto no es pa mí —me dijo sin mucho apuro. Estaba seria.

—Entón, ¿se va a morir sin remedio?

—Por esa cruz que se ve ai entremedio, parece. Pero ua'cer lo que se pueda por aliviarlo. Tiene que haber remedio 'neste mundo...

El k'olquemillo se fue haciendo cenizas y mi cuma movía su cabeza como azorada mientras miraba las brasas.

—¿Tenís un gallo colorau? —preguntó sin mirarme.

—Tengo unito, pero es pa mis gallinas...

—Trayelo, es la última'speranza que nos queda. De nada te ha i servir ser mezquina.

Agarré una'spiga de maíz y me bajé. Rocié los granos junto a mis tobillos y las gallinas 'nun solo tastido, saliendo de sus nidos, se acercaron a comer. De un vuelo lo agarré de su *kunka* al gallo y me lo llevé al troje pa ensaminar mediante él a mi Tiodor.

Mi cuma lo sobó con alcol al gallo y de nuevo se puso a rezar los tres credos. Cuando terminó, le dijo al Tiodor:

—Resollalo con toda tu fe, a ver si aura podimos encontrar tu mal adentro del gallo.

El Tiodor resolló a lo que pudo; el gallo panada se atoró, aletió un rato y se murió.

Lo descuartizamos sin esperar buscando el mal, pero nada, todito estaba'n su color y su tamaño: el buche, la panza, las tripas.

—No veu nada. Este mal no es pa mí, tenemos que llamar al diablo pa que nos ayude a salvarlo; él tiene que poder...

Yo me quedé entre pensativa y azorada. ¿Valrrría la pena vender su alma pa que siga viviendo unos años más? Pero, ¿y su decir de él? Mejor era preguntarle primero.

—Vos, Tiodor, ¿qué decís?

Me miró como si no hubiera entendiú y se quedó callaito. Mi comadre Damiana le dijo:

—Animate, hombre, total qué. Si querís vamos al cruce del corral del cincho y ai lo llamamos, no vas a perder nada. Si te morís, como verlo es que la Camila se muere'n menos de un año; de pena u de hambre. En cambio, estando vos vivo, hasta un hijo pueden tener tuavía y después manque te vayas a la otra vida.

Menió su cabeza varias veces diciendo:

—No, comadre, eso es pa después asarse'n las brasas del infierno... Mejor no.

El aliento le alcanzó hasta que me'ncargó sus cosas y se despidió de mí, me dio su perdón y de ahí no hubo fuerzas que lo atajen; se fue a rendir su alma a Dios.

El Turco

Gustavo Cárdenas Ayad*

Apareció con el sol del amanecer de un día domingo. Debajo de un enorme sauce en una esquina de la plaza, detrás de un improvisado mostrador, comenzó a ofrecer bagatelas y géneros de las más diversas clases, en un español ininteligible.

Era un hombre fuerte, alto como una palmera, terriblemente moreno y de una mirada lejanamente melancólica. Tenía más pelos que un mono, en la cara y en las manos, sin embargo, escaseaban en su despoblada cabellera. De bigote ancho y espeso como su sonrisa, que dejaba ver unos dientes totalmente ultrajados por la nicotina de su cigarro negro que no soltaba de los labios.

Para ese entonces, no tenía más de 30 años. Había llegado desde la lejana Palestina tras las huellas de sus dos hermanos mayores, que muchos años atrás habían emigrado hasta estas tierras en busca de fortuna. Recorrió todos los pueblos preguntando a señas, balbuceando un español precario, mientras mostraba retratos. Cuando comprendió que su búsqueda era definitivamente inútil, porque quizás sus hermanos estaban muertos y bien enterrados, pensó en la posibilidad de regresar, pero la brújula de su destino le señaló el lugar donde viviría. Así, con un pequeño cargamento de mercaderías y baratijas, apareció aquella mañana en la plaza del pueblo.

* Nació en Vallegrande (Santa Cruz de la Sierra) en 1961. Narrador y poeta. Escribió los libros de cuentos *Tiro de gracia* (1989) y *Desapariencias* (2003), además de los poemarios *Las hojas de la madera* (1998), *Volver al agua de los sueños* (2001), *Andamios* (2005) y *ConVersos* (2011).

“El Turco” aparece en *Tiro de gracia*, Santa Cruz de la Sierra: Cabildo.

Se cambió el nombre por intraducible, pero dejó varias generaciones que aparte de su sangre heredarían su apellido. Su habilidad en los negocios le permitió abandonar en poco tiempo el sauce de la esquina e instalar la que después sería conocida como La tienda del Turco, con estantes nuevos y un mostrador reluciente.

Por un metro de tela estampada conseguía hacer pasar a las campesinas hasta la trastienda, donde vivía, para sofocar su incontenible ardor de sol del desierto; esto y la mala suerte en los juegos de azar lo hicieron famoso en los 20 pueblos vecinos. Pero sobrevivió en el recuerdo, por esa extraña manía de acostarse a las cinco de la tarde.

Su buen humor lo llevó a ser el “turco” más apreciado entre sus paisanos. En una de las fiestas a las que asistía con frecuencia, conoció a la mujer que al día siguiente sería su esposa. Se casó bajo la bendición de la iglesia católica y olvidó su fe musulmana.

Compró una casa en las afueras del pueblo, pero, convencido de que no era hombre para una sola mujer, dejó la trastienda sin tocar. Siguió cambiando media docena de botones por un momento acalorado. Los domingos se llenaban de colorido con las campesinas que estrenaban su batas con estampados baratos.

—Ese turco la debe tener de acero.

—O de camello –bromeaban sus amigos.

Contrastando con su difícil apellido, bautizó a sus nueve hijos con nombres netamente castellanos.

—Son bulivianos –decía, cuando le preguntaban el porqué. Se negó a enseñarles el idioma de sus ancestros aunque les heredó el gusto por las comidas al limón o a medio cocer.

Cuando el pueblo, acosado por las sequías y por las pestes, dio muestras de infortunio, los habitantes empezaron a emigrar a la capital. Él se puso firme y juró no salir nunca. Tal vez muerto, pensó. Parado en la puerta de su tienda vio salir camiones llenos de gente.

—¡Maricones! –gritaba enfurecido.

—Hasta la vista –le replicaban.

—¡Váyanse al merda! –vociferaba.

De nada valieron sus gritos y la teoría de que las cosas no estaban tan mal.

—Son unos maricones, harmano –decía irritado—. A esta gente le gusta mucho el dulce, y la tierra es amarga –acotaba.

Maldijo a su mujer, a sus hijos y a sus nietos cuando se marcharon para siempre.

—No quiero verlos de vuelta. No quiero verlos llorar con el banda para el carnaval. Hejos de buta —fue su despedida.

En el umbral de su tienda se quedó solo. Volvió a vivir en la trastienda y la vejez dio cuenta de él. Solía vérselo en la plaza charlando con algún oficinista, llorando solo por alguna reciente invasión judía, discutiendo con el cobrador de impuestos, bebiendo en los despoblados boliches.

Ya no jugó más, no había con quién hacerlo. Los momentos apasionados en la trastienda se convirtieron en recuerdo. Sin embargo, siguió acostándose a las cinco de la tarde. Agobiado por el abandono, charlaba solo como hacía 30 años, discutiendo en su idioma, susurrando palabras a la almohada, gritando sus alucinaciones de un desierto inacabable, saboreando las aceitunas y los dátiles de un huerto perdido, allá en un blanco pueblito de su ilimitada Palestina. Voy a regresar, se dijo, no tengo nada que hacer aquí.

En la mañana del día domingo, alguien entró en la tienda, abierta, como de costumbre, sin embargo, los mostradores estaban vacíos. El suelo recién barrido, el olor sedimentado de tabaco negro. Llamó varias veces y nadie contestó. Se acercó a la trastienda, vio dos maletas hechas y al Turco acostado, vestido como para abordar el próximo tren, tendido en su viejo camastro con la mirada perdida en el enmugrecido techo. Se acercó despacio y le susurró al oído:

—Turco, despierte, lo va a dejar el tren.

Retorno en luz

Blanca Elena Paz*

Aún la oscuridad no alcanza a disimular las formas. Las últimas gaviotas se han retirado. Mirando de soslayo, compruebo que continúa trazando los símbolos con la punta del báculo transparente. Además de nosotras dos, solo permanece el silencio.

El agua, que trae un penetrante olor a pez, al tocar la costa retorna o se convierte en espuma. Me observo a mí misma: de rodillas sobre la arena parezco una más de las rocas talladas.

—*Mira, Andrés, mamá se mueve. Parece decir algo.*

No comprendo. ¿Por qué mis dos hijos me miran de esa manera? Estoy recostada en una cama que no es mía. Desconozco la habitación de paredes verdes, los frascos que me rodean. Todo disminuye de dimensión hasta desaparecer.

—¿No piensas decir nada? —repito como aparentando que se trata solo de una reflexión en voz baja. Me sorprende la rapidez de sus reflejos cuando levanta una mano en señal de alto. Pretendiendo ignorar aquello, continuo dando rienda suelta a mi lengua—. ¿Eres mi muerte, acaso? ¿Lo eres? —no me dirige ni la mirada—. ¡Pero qué vas a ser mi muerte tú! No tienes la apariencia.

—¡Guarda silencio! —estalla encarándome—. ¿Podrías esperar un poco? Intento reproducir el mapa y debe ser ahora —es una mulata de cabellos ensortijados y blancos.

—Bueno, disculpa, no deseo importunar, pero no eres mi muerte.

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1953. Narradora y poeta. Es autora de los libros de cuentos *Teorema* (1995) y *Onir* (2002).

“Retorno en luz” forma parte de *Onir*, Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

—No, claro que no es tu muerte, mamita. Te vas a curar pronto. Por favor, cállate. Necesitas de todas tus fuerzas.

Me siento avergonzada. A pesar de su edad, ella sí, irradia energía. Me inquieta desconocer la relación que nos une. Aún resulta imposible justificar mi presencia en este extraño lugar.

—Todo está bien ahora —dice. Al parecer ha concluido—. Toma los instrumentos y copia exactamente, en una lámina, lo que grabé en la arena —observo la disposición de los símbolos; me recuerda a la que conservan las estructuras en las mandalas—. Por favor, apúrate antes de que sea noche cerrada. Esperamos la llegada de alguien más.

—¿Quién es el que falta?

—No falta nadie. Estamos todos, mi amor: nuestros dos hijos, tu madre y yo.

Me indica que guarde conmigo el gráfico.

—¿Ahora puedes responder a mis preguntas?

—Sí, es el momento para hablar ¿Por dónde quieres empezar? —y le digo que necesito saber cuál es el significado de los signos, quién es ella y por qué nos encontramos juntas esperando por alguien en este sitio. Da explicaciones a medias, que no me satisfacen.

—Esta es la ruta. Ya veo que no la recuerdas. ¿Sabes por lo menos quién eres?

—Me llamo Sarela, estoy casada y tengo dos hijos.

—Tu verdadero nombre no es ese, pero serán otros los que te lo aclaren —y de pronto todo para mí es una sucesión de imágenes y pensamientos, entre conocidos y extraños.

Dos zambos bailan capoeira en un parque. Un tercero marca la guinga con palmadas. Cercano a ellos, un blanco, ceremonialmente, levanta un arco y tres flechas con puntas de oro. Al fondo del paisaje se observa la iglesia de la que sale una novia. La tarde declina. Una voz de niño —¿o niña?— ordena continuar hacia adelante. Nuevamente estoy postrada entre las figuras rígidas. La mulata, sentada de cuclillas, parece descifrar las líneas rojizas con las que se despide el sol. El bastón transparente es de hielo. Lo sé porque empieza a derretirse. Se escucha una melodía triste arrancada de una ocarina.

—¡Ricardo! ¿Eres tú?

—No, mi vida, soy Javier, tu esposo —él me abraza.

—No te resientas, papá, mamá delira...

—¡Por fin estás aquí! ¿Por qué te fuiste? —nada responde, solo me estrecha entre sus brazos. Estoy tan confundida. Por momentos es otro. ¿Habré olvidado ya sus rasgos?—. No te vayas otra vez, te lo ruego. No puede haberseme borrado tu rostro, Ricardo. Lo tengo tan grabado en mí.

—*Papá, por favor. No vayas a pensar mal de ella. Sabes que ese era el novio que tuvo antes de conocerte.*

Las figuras de granito ahora están giradas. Todas forman un círculo alrededor de un menhir. La mujer avanza y nosotros dos tras ella. Se escucha un motor, pero no alcanzo a ver de qué vehículo se trata. Ricardo sonrío. Lleva puesto un traje oscuro y brillante. Su camisa blanca tiene volantes en la pechera. ¡La novia soy yo!

—*Sí, cariño. Eras la novia más linda el día de nuestra boda. Acérquense, hijos, ella nos observa.*

—Javier, perdóname no haberte amado como mereces —sé que mi madre es quien me abraza ahora—. Viejita linda. Estoy agradecida —mis dos hijos besan mis manos. Les digo a todos que son lo que más quiero. Necesito la conformidad de los cuatro para partir. Parece que mi voz no les llega porque nada responden; solo lloran.

La mulata avanza. El bastón de hielo es como una serpiente de agua que salta desde sus manos

—Vamos hacia el centro —dice—. El tiempo concluye. ¿Tienes el mapa? Entrégaselo a él, por seguridad. Solo vino para acompañarte en el retorno —el motor acelera. Aún no veo el vehículo. La mujer camina entre nosotros dos. Ella misma une nuestras manos ante el menhir. La noche se ha cerrado.

—¡El ciclo está cumplido! —grita elevando las manos al cielo. El báculo transparente es solo una mancha húmeda en la arena—. ¡Regresen a la luz! Así sea.

Isoglosa

Teresa Constanza Rodríguez Roca*

Amanecí con frío. Los pájaros ejercitan cantos nuevos. El sol pesado, igual que mis ojos, aún se baña en la orilla del ensueño. Cuando me levante y abra la cortina, veré las palmeras cubiertas de polvo fino. Aborrezco los meses de sequía.

Después haré lo de siempre: ir al cuarto de baño, donde el olor a lavanda se intensifica cuando me ducho. Luego, a disfrutar del *morning tea* caliente. Hojearé el periódico a partir de la última página, como es habitual. De pronto, fijaré la vista en un marco de líneas gruesas y negras. Encerrado, mi nombre completo; un asterisco ante la fecha en que nací y una cruz ante la fecha de hoy.

Caramba, con razón no podía abrir los ojos.

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1946. Narradora y artista plástica. Escribió los libros de cuentos *Función privada* (2005) y *Noche de fragancias, cuentos y minificiones* (2015).

“Isoglosa” forma parte de *Noche de fragancias*, La Paz: Correvedile.

Los estidos¹

Marcela Gutiérrez*

CECILIA

Cecilia no nació en este país, pero fue la envidia de sus amigas cuando llegó un extranjero a las costas del Perú y se casó con ella.

Las amigas se preguntaban por qué ella y no nosotras, qué suerte la de la negra.

De hija pobre de vendedores de pescado, pasó a ser la esposa de un ingeniero y conoció perfumes caros, ropa de marca, casa propia, pero un buen día se fue porque extrañaba el olor a pescado y a los rudos marineros que se emborrachan y dicen palabrotas y huelen a sudor.

JAIME

El menor y a la vez el más grande, si parecía el mayor de todos los hijos, decían, pero lo que tenía de grande, lo tenía de bueno, para qué, era el

1 N. ANT.: en el lenguaje coloquial de la ciudad de La Paz, este término se creó a partir del balbuceo “este... este...” de aquellas personas que no saben qué decir o cómo explicar algo. Entonces, esa persona se ha “estido”. Este fenómeno de la lengua entró a la literatura por un conocido cuento de Willy Camacho, “El misterio del estido” (2006), y así llegó hasta la alta filosofía, y también con otros sentidos, como en estos textos de Marcela Gutiérrez.

* Marcela Gutiérrez nació en La Paz en 1954. Poeta y narradora. Es autora de los poemarios *Para matarte mejor* (1993) y *Alicia, la duquesa y el conejo blanco* (2012), y de los volúmenes de cuentos *Diario de campaña* (1994), *Zoociedad anónima* (1998), *Tales por cuales* (2005), *La mujer que no se equivocaba* (2008), *Gente como nosotros* (2009) y *Cuentos de animales y otros seres* (2015).

“Los estidos” forma parte de *Gente como nosotros*, La Paz: Correveidile.

tranqui de sus camaradas, con esa sonrisa de concurso, con esos párpados caídos y mirada tierna. No, el necrológico no exageró en absoluto: cariñoso hijo, fiel esposo, insustituible padre, incomparable amigo; si hasta murió dando la vida por la patria, combatiendo la delincuencia que tanto corroe a nuestro país.

El día de su entierro en la Zona Sur, en un elegante jardín que hace de cementerio, se desmaya la viuda, una elegante dama de negro, asistida por sus cuatro hijos varones. El día de su entierro llora otra mujer allá en un pueblito del oriente del país al enterarse de la muerte del Jaime; uno de sus seis hijos le alcanza un vaso de agua para que se calme.

(Bueno, que se le va hacer, si a uno lo destinan aquí y allí).

Ah, y ese mismo día, en un cementerio clandestino en la ciudad de El Alto, también entierran a Roberto Choque, avezado delincuente de 18 años, muerto en los enfrentamientos con la policía; lo lloran su anciana madre, su esposa de 17 años y su niño de seis meses.

CARMIÑA

Llegó a la edad de 37, habiendo cumplido todas las metas que se había propuesto en la vida. Mujer independiente, profesional y valiente. Despertó una mañana pensando que algo le faltaba. ¿Cómo?, se preguntó, si ella creía que no le faltaba nada. Pero le pasó igual la siguiente mañana y la siguiente y la siguiente y, cuando salió a la calle rumbo al trabajo, se topó con que un grupo de niños correteaba por la calle... ¡Un hijo!, sí, un hijito le faltaba. Vamos a ver... Roberto... no, es demasiado pegado a la madre. Carlitos... no, es esto y aquello. Ella tenía que buscar un artista, un intelectual para que de la mezcla con ella le salga EL HIJO, por esto de los genes, etc., etc.

Fue entonces a una exposición de pintura y ahí lo vio y decidió a primera vista. Ella era una mujer liberada y no le dijo nada cuando se embarazó, ¿quién necesita un marido o un padre para su hijo cuando se es autosuficiente?

Samuelito ahora tiene ocho años, cursa el tercer grado en el mejor colegio de La Paz, además de estar adelantado a su edad, es más grande y gordo que los demás porque Laurita lo alimentó como si fueran tres, pero al niño no le gusta ir al colegio porque cuando sus amigos le preguntan por el papá, no sabe qué responder, además no tiene para quién hacer tarjeta o invitar la salteña en el patio del colegio, cuando llega el día del padre.

MARÍA

En un pueblo del oriente, vive María, más hermosa que sus dos hermanas. Trabajó desde joven en el mostrador de una tienda. Un día vino un afue-reño y le dejó un hijo, otro día vino un señor muy bien hablado, padre de muchos hijos y ex marido de muchas mujeres y le ofreció matrimonio. Por fin María se había casado; en su pueblo dijeron que dios ya le había perdonado el mal paso que había dado y volvieron a saludarla y el cura la volvió a admitir en la iglesia. Ya era mujer respetable.

Ahora ella ya no trabaja en el mostrador de ninguna tienda, no tiene tiempo, porque atiende a los tres hijos que vinieron con el marido, además del suyo propio y a las dos hermanas que ya están viejas y que no tuvieron la suerte de casarse como ella.

JENNY

Comienzan a caminar por el ombligo, justo como lo pensé; te saldrán por ahí, dijo mi papá cuando recién llegué. Ahora me suben por el vientre, que me lo conservé virgen, ¡hasta ahora!, y por mis pechos, por mis grandes y hermosos senos que se los metía en la cara a los clientes cuando trabajaba en ese local nocturno solo para hacerlos antojar. Y siguen subi-endo los muy malditos, entrando por mi boca, mordiéndome los labios, ¡ay!, esos labios que mordieron a tantos cuando intentaban besarme.

Pero escucho la voz de papá en su sepulcro de abajo que me re-cuerda que siempre fuimos pobres, a qué viene tanto remilgo y asquito, que alguna que otra vez había una que otra cucaracha correteando por nuestra cocina. Entonces paro el berrinche y me agusano tranquila como un buen cadáver.

SUSANA

Susana, hija de padres ricos, nació a destiempo, sus padres estaban dema-siado cansados para atenderla, después de haber criado cinco hijos. Fue la más pequeña y debilucha de todos, tal vez por eso le dio tuberculosis a la edad de ocho años, pero sanó, aunque quedó más débil que cuando vino al mundo.

A la edad de 15 años buscó un hombre fuerte que la protegiera y quisiera. Tito medía 1.85, pesaba 90 kilos, meaba en cada esquina y es-cupía en la calle.

Como no los dejaron casarse porque ella era muy chica, decidieron huir a otra ciudad. Al cuarto día, los padres de Susana se percataron que faltaba en la casa, y corrieron a buscarla.

Fue inútil, Susana no quiso volver y fue desheredada. Entonces Tito, cansado de golpearla, vejarla y hacerla pasar hambre, tuvo que devolverla a sus padres, un año más tarde.

Ahora Susana cuida a su nieto en la humilde casa que es lo único que le permitieron sus ahorros de años y años de trabajo. Le cuenta un cuento que había una vez una niña que creía en el príncipe azul que venía a rescatar a la princesa, pero el niño se hace el dormido para no escucharla.

El Pajonal

Óscar Barberly Suárez*

1

Arrastrado por la adversidad, Napoleón Jiménez se fue a vivir a una casita de un dormitorio frente al cementerio El Pajonal, sintiendo que él era como aquella basura que, oleaje tras oleaje, iba dejando el mar en un recodo de la playa de Búzios, allá por el 1990, cuando era feliz.

—¿Y cuál es su música, pues, joven? —preguntó la vieja.

Abstraído de sí, escuchó mágicamente la canción húmeda que el mar le susurraba al oído; la algarabía del sol desbaratado en millones de puntos luminosos sobre el agua, los gritos de la gente feliz y la sensación de libertad que le entregaba la arena. Liberado de su condición mortal por la engañosa promesa de eternidad vibrando en el cielo azul que amarraba sobre el azul del mar, observó la basura ahogada en el agua aceitosa de un sector de playa que parecía rescatar los restos de una humanidad naufragada, y creyó leer en ella, con un súbito don de pitonisa, que esas serían sus últimas vacaciones.

—A mí me encanta, por ejemplo, “se te olvida / que me quieres a pesar de lo que dices / pues llevamos en el alma cicatrices / imposibles de borrar” —tarareó la vieja.

Se dijo, entonces, que la felicidad tiene esa maldita costumbre de advertirte que se acabará. En las bolsas de plástico, con palpitaciones de marea, y en las revolcadas latas vacías de gaseosa y cerveza, se vio a sí mismo

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1954. Narrador, dramaturgo y caricaturista. Es autor de las obras de teatro *El portavoz* (1988), *Tu nombre en palo escrito* (1991) y *Ay, Chabela* (1993). También escribió los libros *Cuentos para leer con asco* (2005) y *Crónicas amilladas* (2008).

“El pajonal” pertenece a *Crónicas amilladas*, Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

convertido en el residuo de esa humanidad bronceada y riente. Adivinó que años después, lejos ya de esos días de sol y mar, estaría reconociéndose como un despojo frente a un cementerio, hablando con una vieja.

Pero cuál es la música de uno. Aquella, la de los días felices, con ritmo brasileño en la última vacación compartida con Leticia y las niñas, o las canciones de los años jóvenes que hamacaron su adolescencia para calmar la ardiente sed de sexo y la urgente necesidad de amor; o esas que años después ambientaron a unos romances intensos, hogaño desvaídos, aferrados a la música como un barco a su ancla, para no irse definitivamente de la memoria, olvido adentro. Napoleón pensó que la música de uno, la entrañable, es aquella que nos acompaña en el despertar del amor, aún si no se tiene a quién amar. Recordó a Aznavour y una de sus canciones, que hablaba de una pareja de enamorados pretendiendo salir a festejar su aniversario de bodas. De esa canción siempre le gustó la música, y la letra contaba una historia de amor, que era su propia historia de soñada convivencia con una mujer amada en aquellos años cuando él se asomaba a la adultez; y décadas después fue una canción que valoraba la sencillez de lo cotidiano convirtiéndolo en extraordinario, con ese hombre esperando nervioso que su mujer se vista para ir a festejar, y el vestido no llega, y cuando el vestido llegó ya puedes respirar, también respiro yo a punto de estallar, mas pronto comenzó un drama singular, tu traje no cerró y te oí sollozar; a tu espalda corrí con ganas de ayudar, tan pálida te vi como una flor de azahar y el cierre descorrí, mas luego al intentar cerrarlo lo partí, ay de mí, por piedad, cantó Napoleón para sus adentros, envidiando la inocencia del drama de Aznavour, ingenuo cuando lo comparaba con el drama de su propia vida, de inexorables días que venían para matarlo. Por el contraste, le gustaba la canción.

—Mis pretendientes me traían serenatas: “Noche de ronda, que triste pasas, que triste cruzas, por mi balcón / noche de ronda, cómo me hieres, cómo lastimas, mi corazón / luna que se quiebra sobre las tinieblas de mi soledad, a dónde vas” —la vieja tarareaba con dulzura.

Boleros. Ritmo dulce para bailar incitando al amor, sea frente a la plaza principal, en el Club Social 24 de Septiembre, o en la canchita polifuncional del barrio periférico. La vieja tiene sentido del ritmo, pensó Napoleón Jiménez. La ciudad tiene otros ritmos, se dijo. El pulso de la urbe es como la marea: el agua que regresa al seno del mar se lleva al nadador agotado o enfermo.

—Y entonces, ¿qué música le gusta?

La que no me gusta es la música fúnebre, pensó, mirando las cruces adornadas con flores de plástico multicolor en ese cementerio apenas

escondido tras una bardita de ladrillos, de un metro de alto y con un alambrado de púas montado encima, percibido por Napoleón como un campo de concentración cuidando con indecisión que los muertos no se escapen.

Quizás se animaría a contarle a la vieja que durante su enfermedad, las pulsaciones de la ciudad lo fueron alejando con un ritmo centrífugo del trabajo, del dinero, del reconocimiento público, del amor de los suyos. La marea lo sorprendió enfermo y agotado, y lo alejó de la plaza principal, de las melodías que sonaban en esa boca central, en ese corazón donde palpita la historia.

En su largo viaje hacia la periferia vendió la casa heredada de sus padres, localizada dentro del primer anillo de circunvalación, en la calle Velasco casi esquina La Riva; vendió la casa que comprara después, en el segundo anillo y la radial Tres Pasos al Frente, y volvió a vender, ya en un estado de total desasosiego, cuando vivía en el quinto anillo de circunvalación y la Av. Santos Dumont.

—Mi marido se llamaba Juan. A veces, para hacerlo reír y otras para molestarlo, yo le cantaba “En mi viejo San Juan”. El pobre me decía: no soy ni santo, ni viejo —la vieja tarareó—: “Pero el tiempo pasó / y el destino borró mi terrible nostalgia / y no pude volver al San Juan que yo amé / mi cabello blanqueó y mi vida se va / ya la muerte me llama”.

Napoleón creyó oportuno decir algo.

—Bien pudo usted cantarle “Caballo Viejo”, es una canción de mi generación y es de la suya —dijo, y cuando la vieja, con el cálido don de gente que tiene aquella de extramuros, quiso ponerlo en la categoría de joven aun a costa de declararse 25 años más vieja, Napoleón le devolvió gentilezas diciendo: “tengo cincuenta años. A estas edades no vamos a estar peleando los segundos de diferencia que usted me lleva”.

Le resultaba paradójico venir a recobrar la salud justo frente al cementerio. Paradójico y oportuno, pues la enfermedad ya había consumido todos sus recursos en 13 años de médicos, medicinas y clínicas. Ahora ya estaba sano, según los médicos, pero con esta enfermedad nunca se sabe, según él. Atrás quedaban, como hitos de su derrotero hacia el suburbio, las casas perdidas que se agigantaban en el recuerdo a medida que se alejaba de ellas.

—¿Y usted es solito?

Napoleón le iba a decir: “mujer al fin, tanta música para llegar a esta pregunta”, pero la dulzura y calidez de la vieja lo inhibieron de agresividades.

—Tengo una mujer y tres hijas: Felicia, mi mujer, de cuarenta años; mi hija Ana Leticia de veintidós, mi hija Carmencita, de diecinueve y mi hija Marimar, que tiene catorce. Tiene nombre de telenovela, ¿no? Se llama así porque la concebimos en una playa de Búzios, frente al mar.

—¿Y dónde está esa montonera de gente?

—En Miami. Se fueron a EEUU a trabajar, a estudiar, a formarse, porque aquí no hay futuro. Yo tuve que quedarme por motivos de salud. Curarse aquí cuesta caro, pero curarse allá cuesta cien veces más. En fin. Ellas son muy buenas. Desde allá me ayudan como pueden.

La vieja también se animó a ciertas confidencias. Uno de sus dos hijos, no el que es artista y que toca el órgano en una banda cuya tarifa es de ocho dólares la hora, sino el otro hijo, el que es comerciante, hace diez años le compró esa casa frente al cementerio porque gracias a semejantes vecinos las casas de la cuadra tenían un precio de oferta. Antes vivía en la ciudadela Andrés Ibáñez, en el décimo anillo de circunvalación y, al saberlo, Napoleón calculó si a ella le alcanzaría la vida para llegar a vivir en las centralidades que él había conocido, y si él, en el proceso de su exilio, llegaría al extremo de vivir más allá del octavo anillo. Pensó: “En todo caso, en este punto de encuentro en el que nos cruzamos, ella tiene el optimismo de los que llegan y yo el pesimismo de los que se van”.

—Usted que es vecino nuevo, no me ha preguntado cómo es vivir frente a un cementerio. Eso es algo que todo el mundo pregunta... —dijo la vieja.

Napoleón sintió una súbita necesidad de no llamarla “la vieja”. Probó con “la viejita” y al fin decidió que ella, a punta de simpatía, se había ganado el derecho de ser llamada por su nombre.

—¿Cómo me dijo que se llama usted?

—Piedades Paniagua viuda de Sosa.

—Bueno, Piedades, dígame cómo es vivir frente a un cementerio, ya que soy nuevo aquí.

—Para empezar, no se alarme si escucha las canciones que cantan los muertos —dijo Piedades.

2

Tres meses después, para Napoleón los cortejos fúnebres con su aparición recurrente agigantaban la percepción del “no somos nada” y redimensionaban la idea del Destino, a tal punto que resultaba fácil sentir la presencia de un personaje celestial tomando lista, apoyado en las desvencijadas

puertas del cementerio, verificando que los muertos no falten a la cita en el día y la hora señalada.

El llanto desgarrador de los dolientes, que invadía nítidamente la salita del comedor y se colaba hasta el único dormitorio de su casa “especialmente cuando sopla el viento norte”, al principio no era un llanto, eran varios, disímiles, identificables, con origen en las gargantas de estos o aquellos, hombres y mujeres que uno ha visto, a veces directamente y a veces de reojo, presidiendo el cortejo fúnebre en un lastimero andar por la calle, como un gran manto negro y pesado que se arrastra en el polvo, rumbo a la desdentada reja de la entrada principal. Pero estos muchos llantos en tres meses habían terminado siendo un único llanto, como un rumor persistente, sin horario, sin pecho o entrañas, sin género o generación o cortejo fúnebre adjudicados como origen. Era un único llanto al que ya no le hacía falta nacer en el cementerio para ser escuchado, pues se quedaba dentro de la cabeza como un eco perenne, para saltar unívoco a la conciencia, montado en cualquier otra clase de llantos, en ladridos, maullidos, bocinazos repentinos; una prolongada risa de alguien en la calle, el chirriar de frenos provenientes de una avenida cercana; en el ronquido de una pesadilla en la madrugada, en el silbido estruendoso del viento al estrellarse contra las lápidas, latigueando las flores de plástico, súbitamente desatado en ese mes de agosto, como si soplara el diablo para apagar las velas, decía Piedades.

“Todo está impregnado por el llanto. Hasta la caldera llora al hervir el agua. De la música que dice la vieja que se escucha, no hay noticias”, pensó Napoleón, sumando ese asunto a sus recurrencias mentales. Lo demás sí, “su verdad había sido”, pues los difuntos espían desde las sombras del patio, y sus miradas son dos reflejos en un charco de agua, dos puntos de luz en la hoja húmeda del plátano en el jardín, dos luminosidades en una mancha de cal en la pared mal revocada, dos gotas de agua colgadas del cable de tender la ropa, dos medias amarillas puestas a secar, el destello rojizo surgido en las botellas rotas que coronan la barda. Los difuntos espían en cada resplandor que aparece en las sombras y hay que acostumbrarse a vivir vigilado, silenciosa o ruidosamente, pues al final se aprende que la muerte es bullanguera y entre sus varios sonidos está el del motor del carro fúnebre que la muerte cabalga como a un caballo manso, encontrando su eco debajo de la cama, donde esperan las falanges inquietas de unas manos muertas para tomar los pies desnudos; y aunque nunca sucede, siempre se espera que suceda, pues se sabe que las penumbras resguardan lo corrompido como un peligro latente contra todo lo que vive. El eco del motor martillado invade lo penumbroso agitando a gusanos

que desbaratan tramas y urdimbres, destejendo carnes y acabando vidas, con un susurro agrio, en una escena que se esfuma cuando es iluminada. De repente alguien toca tu espalda, saludando, y no es nadie. O una voz de boca invisible dice tu nombre. O arremete una mirada golpeándote la nuca. O un aliento caliente y hediondo, desde lo oscuro, te enferma de escalofríos. O al salir a la calle a media noche, escapando, te encontrarás con profanadores de tumbas, brujos que roban calaveras, quizás vampiros, en vez de las parejas de enamorados que naturalmente pueblan los rincones de cualquiera otra calle de la ciudad. O al sintonizar películas de terror en la tele te das cuenta de que los zombis, los hombres lobos y los dráculas de la pantalla, están incitando a que los muertos pacíficos del vecindario se solivianten, y cambiás de canal, desesperado.

Los animales tienen un aura extraña. En qué animal se convierte una rata que se alimenta con carne de difuntos y cuya madriguera son las tumbas. Acaso un gato puede ser un gato con esos ojos fijos de lechuza. Qué adiestrador invisible y demoníaco hace dar vueltas al perro, como si el perro inocentemente jugara con su cola. Los insectos no solo son los más asquerosos del mundo, también son los más temidos, y al aplastarlos uno siente que tomarán venganza de algún modo, conectados como están, a través de infinitos túneles, a esa tierra corrupta, a los muertos que la habitan y a las maldiciones y hechizos que en ella ocurren.

“A todo se acostumbra uno”, le había dicho Piedades y así parecía ser. Los habitantes más antiguos no actuaban de manera muy diferente a los vecinos de otros barrios que Napoleón había conocido en su peregrinar hacia el suburbio. Pero tres meses después Napoleón aún se desesperaba. Reconocía que era un vecino desacostumbrado, quizás porque vivió trece años pensando en la muerte y su sensibilidad magnificaba la corrupción de las cosas desde una perspectiva existencial que solo le mostraba putrefacción y desperdicios.

—Mire, Piedades: muchas de las cosas que usted me ha dicho que ocurrirían y muchas otras que según usted yo iba a sentir, han ocurrido y las he sentido, casi tal cual —le dijo Napoleón y agregó—: lo que hasta ahora no escuché es la música que usted dice que se escucha. Solo hay viento, silbando.

La vieja tomaba un café, sentada en el pequeño espacio que articulaba el dormitorio con la cocina, el patio de atrás, y la entrada principal de la casa de Napoleón. Vino de visita, como tantas otras tardes en los tres meses transcurridos, desde aquella mañana en la que ella ofició de anfitriona en representación de los vecinos del barrio. Mirando por la ventana hacia el cementerio canturreó “...reloj no marques las horas porque voy

a enloquecer...”, y al frente, tras el alambre de púas del cementerio, se sacudían las flores de plástico aferradas a unas cruces que parecían recibir con sus brazos abiertos a ese sol melancólico de las seis de la tarde.

Piedades cantaba, desvaída, más vieja que otras veces. Napoleón la miraba tristemente con sus ojos superpoblados de imágenes de muerte y decadencia. Entonces ella dijo:

—Así me han dicho todos. Que no escuchan las canciones. Pero anoche soñé que solo los que van a morir las escuchan. Los muertos te dan la bienvenida cantando las canciones que más te gustan.

Y Napoleón vio sin asombro cómo Piedades se moría. La taza rota en el piso, el café derramado dibujando en las baldosas rojas una llamarada negra que crecía tímidamente. Piedades tenía los ojos vacíos de miradas y la boca atragantada por una palabra a medio cantar.

Eran las siete de la noche cuando Napoleón creyó que sabía lo que tenía que hacer. Le informaría a Leticia, a través del chat, que vendería la casa al precio que fuera. Explicaría, mintiendo, los motivos por los que la vendía, y ante las indirectas de sus hijas, dejaría en claro que hizo lo posible por ser tolerante con los habitantes del vecindario. Sería enfático al explicar que no la vendía por malas relaciones con sus vecinos, que la culpa no era de él, de su mal humor, producto de los medicamentos que por las dudas seguía tomando, ni de su manera de ver el mundo. Abandonaría el café internet y caminaría con inquietud por el centro, sintiéndose un extranjero, y en su extranjería trataría de ubicar escenas de su infancia en esa plaza 24 de Septiembre, para atarse a ellas como un náufrago a un madero y salvarse de morir ahogado en el desarraigo. Asustado, se detendría frente a la basílica menor de San Lorenzo y se persignaría para sacudirse así el polvo de los muertos. Escaparía. Le pediría un giro extra a sus hijas para pagarse un cuarto de pensión y vivir cerca de la catedral y al amparo de Dios. Se desentendería de El Pajonal y de sus difuntos. Con plegarias invocaría las virtudes de la desmemoria. Y hasta creyó que le sería posible olvidar para siempre esa cancioncilla de Aznavour que parecía venir desde las tumbas.

El cuadro

Cé Mendizábal*

La contemplación de un cuadro ha llenado mi corazón de sombras, de certezas y dudas. Es el tipo de cuadro que uno no espera que exista, menos en este lugar.

En el marco rectangular, alto y relativamente ancho –pintado por un tal Antonio Donghi en 1925–, aparece un cuarto de cuyas paredes se desprende un suave tono anaranjado que combina con el café caoba claro del ordenado piso de madera. En el costado izquierdo se alcanza a ver el extremo de una mesa cubierta por un pulcro mantel blanco y, junto a ella, la consabida silla de madera. Un pomo nacarado ocupa un lugar silencioso en el vértice visible de la mesa.

Ese es el tranquilo ámbito en el que se desenvuelve lo que me inquieta. Hacia el centro, apenas a la izquierda desde la perspectiva del observador, hay una mujer que ocupa el medio de la habitación y, por ende, casi el de la pintura: la ocupa no con esa posición demasiado manifiesta, lo que será más que infantil, pueril; la ocupa más bien con una suerte de equilibrio. Precisamente, unos pasos detrás (el cuadro está trabajado bajo las geométricas leyes de la perspectiva) aparece de espaldas un hombre vestido de negro, parado a corta distancia de la única puerta, los pies separados y dispares, como si hubiesen llegado muy despacio a ese sitio. Como la mayoría de hombres en actitud pensativa, tiene las manos cruzadas por

* Nació en Oruro en 1956. Narrador, poeta y periodista. Es autor de *Alguien más a cargo* (2000) y *Pasado por sal* (2014), ambas obras ganadoras del Premio Nacional de Novela en 1999 y 2013, respectivamente. También es autor de los libros de cuentos *Con ojos de basilisco* (2004), *Los sábados son demasiado largos* (2008) y de los poemarios *Regreso del agua* (1994), *Inmersión de las ciudades* (1998), *En el cóncavo privilegio de la desmemoria* (2004) y *Negro hilar* (2007).

“El cuadro” fue extraído de *Con ojos de basilisco*, La Paz: Gente Común.

detrás al tiempo que su diestra sostiene, como un dato ominoso, un papel enrollado.

Hasta aquí eludo la palabra “pareja”, así que vuelvo a la mujer. Tiene aspecto joven, viste como tal, provocativamente se diría; con todo, no es eso lo que más atrae la atención en ella: es la posición de su cuerpo lo que permite verla de frente, apenas ladeada hacia esa misma izquierda del espectador al tiempo que también da la espalda al personaje de negro. Su traje es rosado, claro y lujoso; escotado y con el largo de falda –apenas encima de las rodillas– suficiente para hacer pensar en alguna actividad artística, pero no de manera contundente. Su rostro, la forma impecable en que se ha recogido el oscuro cabello por detrás de la nuca, sus zapatos igualmente vistosos, contribuyen a esa idea, pero no la confirman en absoluto; acaso todo sea una fantasmal impresión de la moda de los años veinte.

Es aquí donde creo que comienzan a percibirse los graves sucesos que se tejen entre ambos: la mano derecha de la mujer (recordemos que ella está casi frente a nosotros) sostiene un espejo de mano elevado, sí, como, para contemplar su rostro... pero ocurre que su mano izquierda, con un algodón, espolvorea más bien el área entre sus senos y su cuello. ¡Ah, qué grave! Porque sucede que al espejo no solo está alto sino algo ladeado, es decir que, a pesar de lo que pudiese creerse, su ademán no parece el de una mujer que afina detalles, sino... que es usado para mirar o, mejor, espiar al hombre de negro. Para dar a esta acusación un margen de certeza, hay que estudiar los ojos de la muchachita, trazados por el artista con la contundente eficacia de quien quiere sugerir oscuras intenciones; las suficientes como para conferir a los negros hoyos de sus pupilas una dirección inequívoca hacia quien está detrás.

Hay que pensar hasta aquí que tal cosa no sería posible o que el hombre podría descubrirla, pero no es así por el ya pronunciado motivo de que él está fijado de espaldas; de espaldas hacia la mujer en primer lugar, y hacia el espectador en segundo; cuasi detenido con ese pie derecho del que no se sabe si va a atreverse al siguiente paso, con la cabeza y el cuerpo a muy poca distancia de la puerta, detalle que se nos revela por la sombra próxima que se marca sobre ella. Y no podemos conocer el rostro de este hombre que ignora que es espiado; si de golpe decidiera volverse, no tendría la más mínima oportunidad de sorprender el acto de la mujer, ya que esta apenas tendría que mover imperceptiblemente el espejo hacia su propia cara como si efectivamente se estuviese mirando. Tan dramático es esto, que verla ensimismada en su maquillaje solo fomentaría el desasosiego del ciudadano, por lo que casi agradecemos que nunca vaya

a darse la vuelta, que permanezca con ese pesado, lento pie clavado al piso y no vaya a verificar aquello de Dante: “las mujeres nos dan la espalda solo para hacernos ver que, en la distancia, están más cerca”.

Toda esta situación exige ser desdeñada, así que me fijo más en él, en su posición de frente a la puerta del recinto. Su cabeza tiene la inclinación reflexiva de quien mira un punto bastante más bajo que los propios ojos. El conjunto –su traje negro, la blanca línea de la camisa que se asoma por el cuello del saco– podría cerrarse ahí si no fuera por ese detalle que crece a cada segundo: sus manos. Ya dije que están cogidas detrás de la espalda. Pero en una, la derecha, no lo olvidemos nunca, está el papel enrollado. Es este papel el que ahora no puedo evitar: ¿qué es?, ¿qué tiene escrito en su interior? El gesto de la mujer –vuelta de espaldas y con un aire de supuestas coquetería e indiferencia– que verifica reacciones en el hombre, cuya actitud no puede menos que transmitir densas preocupaciones, dice que ese documento contiene algo ineludible ligado a ambos: ¿pero qué? ¿Un regalo? Difícil, porque entonces lo disfrutaría la mujer, y las imágenes serían radicalmente distintas.

¿Una comunicación para ambos, una noticia? En tal caso, la imagen también sería diferente porque entonces mujer y hombre aparecerían leyendo lo que allí se dijese. Ahora bien, cuidado: el papel parece una comunicación, pero dirigida al hombre, a quien se ha tomado por sorpresa, y sobre cuyo contenido todo indica que la mujer ya conocía; de ahí que se permita tan solo espiar sus reacciones.

No hay otro remedio que ir despacio. ¿Será que se trata de un chantaje de la mujer? Tal vez, de esa manera, se justificaría el que ella vigile sus reacciones a través del espejo con gran disimulo. Pero... me asalta una duda... ¿es necesario disimular? El chantajista quiere algo a secas, y no tiene el más mínimo reparo en apremiar directamente; menos sirviéndose de elaboradas miradas por un espejo.

Las únicas premisas correctas parecen ser: uno, él ha recibido un duro impacto por lo que está escrito en el papel y, dos, ella quiere hacerle pensar que deja todo el peso de esa decisión en él, es decir, que a ella le da igual, cosa que por supuesto es falsa, pero aquí radica la naturaleza de toda esta situación, porque ocurre, simplemente, que aquí hay un juego. Ella *juega* a la indiferencia. “Juega” porque en su mente hay apuestas que la llevan a estar del todo pendiente, interesada, porque es su futuro lo que va en ello.

En cuanto a él, dos detalles me dicen que no se trata de una preocupación económica; su ropa elegante, que decididamente está más allá de los gobios monetarios y, el otro detalle –mucho más importante–,

vuelve a ser la manipulación del espejo por la mujer: si él le hubiera comunicado que está quebrado, la damita no se habría andado con vueltas para mandarlo a rodar.

No, tiene que haber otra razón más escondida, más negra y retorcida. Intentemos lo siguiente. A pesar de que nunca veremos el rostro del hombre, adivinamos algo a través de su vestimenta, del grosor de su cuerpo, de la forma de su cabeza, su cabello ralo y bien peinado: es un tipo sobre los 50 años. La muchachita –22, 23 años– es su amante; alguien a quien él ha hecho promesas a lo largo del último tiempo; alguien por quien siente ese reverberado cruce de amor y deseo, pero por quien no se atreve a dejar a su familia para irse con ella: uno de esos estados en supuesto suspenso, en suma; esos cómodos limbos que algunos hombres construyen paralelamente a su hogar oficial con el afán de que no se acabe ni se revele, en la creencia de que así establecen un equilibrio que bien puede extenderse mientras les dure el deseo, acaso toda la vida.

Pero he aquí que la muchachita está en la flor de la edad. Es deseada y lo sabe. Por un momento dudo si fue ella quien escribió ese papel solo para precipitar los hechos o si este llegó de verdad. De una u otra forma, lo suyo es espiar las reacciones del hombre. Pero si he llegado penosamente hasta aquí, no voy a jugarme por una de las dos opciones, porque importa poco: la fría mirada de la chica me dice que lo que importa es que el papel esté aquí. Y si está, contiene una propuesta seria. Tampoco importa de qué se trate; lo que de verdad interesa es que se ha constituido en una abrupta amenaza contra la doble vida del sujeto, quien, de pronto, ha quedado contra la pared, contra la puerta, contra esa puerta que ahora sí le interroga si va a salir por ella para siempre, o si va a quedarse. Y la chica lo mira en el reflejo para leer sus reacciones, para vigilar su más mínimo movimiento: se pregunta si se volverá y le dirá que por ella está dispuesto a dejar todo lo demás, o si, quien sabe, se marchará.

Y da la casualidad (y no sé si odiar por esto a Donghi, al pintor de este drama) que el hombre de negro ha sido fijado para siempre en esa duda, en ese no saber qué hacer: sus pies están como para dar el paso adelante, pero al mismo tiempo están frenados en el deseo de quedarse: la duda, aquí, está cortada en mitades exactas.

Al revés, la muchachita ha sido fijada con todos los ases en la mano, menos uno: si él se atreviera a irse, acaso a ella no le afectará demasiado porque se repondrá prontamente, aunque preferiría que se quedara. Tal vez no tanto porque lo ama (lo que le imposibilitaría usar la trampa de los espejos) sino por aquella ambición secreta, tan suya. Y bien podemos confirmar aquí que lo que dice el papel es cierto, en cuyo caso, en una

escena que no veremos jamás pero que podemos imaginar –por algo la muchachita se engalana con tanto esmero–, alguien golpeará la puerta en cualquier momento y muchas cosas llegarán a un fin lleno de silencios o palabras equívocas.

Pero lo diré ya de una vez: el as que le falta a la chica es el mismo que se ha guardado Donghi; este molesto, a estas alturas, Antonio Donghi. Es que la chica también ha sido fijada para siempre en la duda. Cierto, lo suyo no es la desolación del hombre de negro, pero es más mordiente: es la curiosidad de saber qué paso dará él.

Ya es hora, aquí, de hablar del hombre mayor, de pronunciado bigote, que está parado a mi lado desde hace un momento, lo que me hace dirigirle una mirada inquisidora. Me apoyo para ello en su aspecto de guardia, y solo cuando está seguro de que he notado su presencia pronuncia sonriendo con amabilidad:

—Me perdona. Debemos cerrar.

Asiento con la cabeza y me dispongo a marcharme, no sin antes dar otra vez una mirada abarcadora al cuadro. Estoy seguro de que no volveré a verlo de nuevo.

—Pero yo tenía razón, ¿no? –oigo a mi espalda. Me vuelvo y encuentro a una mujer mayor, avejentada y elegante.

—Señora, por favor... –comienza a decir el guardia.

—Sí, sí, ya sé. La hora del cierre... –y sin decir más, se da la vuelta y se va por uno de los vastos pasillos del castillo renacentista habilitado como museo. Por un momento tengo deseos de correr tras ella, detenerla, preguntarle a qué se refiere, de qué habla, en qué tenía razón, quién es. Me vuelvo como para buscar la dosis de complicidad necesaria en los ojos del viejo guardia, pero los hallo cargados de la solicitud acuciante de guardar silencio, de tener piedad, al punto de que actúan en mí como un freno. Es así como veo irse a la dama por el largo corredor hasta perderse en una vuelta, por donde la tarde despunta briznas pajizas de su último oro, cada vez más lívido y distante. Entonces giro con paso lento en sentido contrario, hacia otra de las salidas, sintiendo en la espalda la mirada del guardia viejo, agradecido seguramente, como repitiéndome “déjelo, déjelo así, ¿quién es usted para saber?”. Y qué cosa cierta, ¿quién soy yo para saber?

Cadáveres y Cía.

Víctor Hugo Viscarra*

He pensado que, para mí, el trabajar como yo lo hago no es traumático ni complicado. Si bien es cierto que a nadie le gusta este oficio, yo me considero algo así como un carnicero, porque, al final, es precisamente carne lo que pasa entre mis manos.

Mi horario de trabajo es de 12 horas continuas y no puedo descansar un fin de semana o un feriado –aunque podría hacerlo–, porque por ahí sucede algo importante y, por descansar, puedo perderme algunos pesitos.

Pero parece que no les he contado que soy uno de los dos morgueros que atendemos este sector del hospital. Nosotros nos encargamos tanto de camuflar los errores de los médicos, como de charquear a cuanto muertito produce nuestra ínclita ciudad, y que necesariamente tiene que venir a terminar de enfriarse sobre una de nuestras mesas de cemento.

No es una labor muy cómoda que digamos, mas, tiene algunas satisfacciones que de cuando en cuando le dan un dulce sabor al trabajo, y si bien no es mucho lo que se gana, algo es algo.

Por ejemplo ayer, creo que al medio día, trajeron los restos de una cholita de unos veintitantos años de edad, a la que habían sacado del fondo de un barranco, lugar al que habría ido a parar por problemas sentimentales. Si bien no la encontraron en posición decúbito dorsal, estaba echa mierda, porque durante la caída su cuerpo había chocado

* Nació en La Paz en 1957 y falleció en 2006 en la misma ciudad. Habitante del submundo urbano. Es autor de *Coba: lenguaje secreto del hampa boliviana* (1991), *Relatos de Víctor Hugo* (1996), *Alcoholatum & otros drinks* (2001), *Borracho estaba pero me acuerdo* (2002), *Avisos necrológicos* (2005) y *Chaqui fulero* (2007).

“Cadáveres y Cía.” forma parte de *Relatos de Víctor Hugo*. Cochabamba: s.e.

repetidas veces contra las salientes del barranco, que al llegar al fondo, de la cholita no quedaba casi nada.

Toda ella era una miseria, pero antes de que llegara el forense de turno para realizar un examen de lo que quedaba del cadáver, con un alicata le saqué el engaste de oro de su dentadura y –ojo clínico– calculé que de allí se podía obtener tranquilamente unos 150 dólares.

Con el tiempo uno llega a encariñarse con los muertitos porque –aparte de sus familiares y conocidos– nadie se acuerda de ellos; muchas veces he tenido tristeza cuando nadie viene a reclamar por uno de ellos. Se siente como si el corazón se nos rompiera a pedacitos, pues ellos están abandonados y no tienen siquiera un perrito que les aúlle a manera de despedirlos cuando sus almas ya han abandonado para siempre este perro mundo.

Y es que todos, de alguna manera, somos egoístas y desnaturalizados. Mientras nada nos falte estamos felices y contentos; mas si vemos que un muerto a gritos nos suplica que lo entierremos, nos importa una vaina que se pudra o no, porque, ¿quién lo manda a que se muera?

Aún así, esa especie de miedo que tiene la gente para palpar a un difunto ha permitido hacerme de unas lucas que el finado no logró gastar en vida; y como tampoco lo hará en la otra, inevitablemente tienen que venir a parar a mis bolsillos. Es más, con el debido cuidado que implican los deudos, hay veces en que uno se encuentra joyas, anillos, relojes, ropas finas, tarjetas de crédito (¿pa qué servirán estas tarjetas, no?), aretes y otras cositas más, que harían reír hasta a los cascarrabias más impenitentes por lo inverosímil y ridículo. Como el caso de aquel viejito de noventa y tantos años que guardaba en uno de sus bolsillos una revista pornográfica brasileña a colores y un par de preservativos, aunque en su entrepierna, allí donde mora el instrumento reproductor, el moño y las telarañas demostraban que desde el siglo pasado dicho instrumento había pasado a la reserva inactiva. Vale decir que el propietario era excombatiente de la guerra del catre.

Como les estaba contando al principio de esta pérdida verbal de tiempo, yo trabajo 12 horas continuas y mi hermanito menor es el que cubre las restantes 12, por lo que se puede decir que este negocio lo manejamos en familia. No es que trabajemos por necesidad, me atrevería a decirles que lo nuestro es hereditario o vocacional.

Mi abuelo fue traficante de ganado en el altiplano. Mi padre era carnicero del mercado Lanza y un día, en el matadero, la conoció a mi mamá mientras ella lavaba los intestinos de una vaca a la que habían hecho feliz rato antes. Tras mirarse entre ambos y darse cuenta de que estaban

hechos el uno encima de la otra, se dieron la mano y ese saludo –gracias a la vaca– quedó sellado con sangre.

(Mi hermanita mayor vende menudencias en el mercado Rodríguez y mi hermana menor reparte fiambres y embutidos en friales y almacenes).

Una de las cosas que no entiendo (perdón por la confianza) es que no puedo estar tranquilo si por lo menos dos veces al día no me pierdo entremedio de las polleras de una chola cualquiera. Actualmente yo vivo con tres, y a pesar de que a cada una le doy su cuota diaria de cariño –cama de por medio–, en cuanto miro un par de caderas que hacen bailar una pollera al compás de su meneo, el diablo se me encorajina dentro de mis pantalones y pierdo la calma. No estoy tranquilo mientras mis manos no recorran aquellas carnes sedientas de lujuria y pecado, y mis jadeos no se pierdan en los labios de la chola elegida, al tiempo que los resortes de mi camastro rechinan como lamentos de talabartero.

Es cierto que el alcohol despierta los recuerdos, y los secretos pierden su ingenuidad en cuanto ese alcohol embriaga nuestras palabras. Creo que por eso ahora me siento borracho y no sé qué es lo que les estoy contando. Les juro por la Virgencita de las Siete Cruces que esta es la primera vez que me estoy tomando unas copitas, y esa especie de falta de costumbre me ha volteado con tres vasos de *t'irillo* recalentado. Pero, como me han contado que los borrachos al día siguiente no se acuerdan de lo que hablaron o escucharon, estoy tranquilo, porque de lo que he dicho, mañana, ni por San Judas Iscariote se van a acordar una palabra.

Así como les iba contando, ese asunto de las polleras me tiene tan loco que a veces pienso que cuando estoy encima de mi cama, todo el relajo lo realizo maquinalmente y más que un semental me asemejo a un robot. Todas esas cosas las realizo automáticamente, o como si estuviera supeditado a un libreto: hablarle a ella, convencerla, llevarla a mi cuarto, trancar la puerta, desvestirla, desvestirme, acostarnos, funcionar, y acabada la función vestirtos, darle unos pesos, acompañarla hasta la esquina, chau, mirar otras polleras...

Para ser la primera vez que me estoy tomando unos tragos, se puede decir que estoy borrachito y decepcionado; y si a ratos lloro un poco no me hagan caso, porque ¿qué son dos lágrimas sobre las mejillas de una persona que desde hace miles de siglos solamente ha visto cadáveres y polleras?

He perdido la cuenta de las mujeres que he tenido, como también de las que me han abandonado en cuanto descubrieron en qué consistía mi trabajo. ¿Hijos? Cuando me contaron que mi cosa no solo servía para

hacer pis, la población de nuestro país estaba por los cuatro millones de habitantes, ahora, gracias a mí, está llegando a los siete millones.

Para mí los cadáveres son una especie de herramienta de trabajo, porque si algún día –Dios no lo quiera ni el Diablo lo permita– me llegaran a faltar, puedo quedar relocalizado. Es más, por las noches, cuando mi turno se extiende hasta el día siguiente, yo me doy el lujo de dormir tranquilo, porque si sé evitar las maldades que a mis espaldas me quisieran hacer los vivos, ¿qué puedo temer de los muertos echados sobre las mesas de cemento del anfiteatro y que solo hieden por efecto del formol que les he enchufado en determinadas partes de sus cuerpos?

¡He visto tantos de ellos, de ambos sexos, que ni siquiera el cuerpo más bello que viene a parar a mis manos, por decir el de una cholita de 15 años –futura Miss Camposanto– me despierta el deseo o las ganas de resucitarla a través del caldito de cardán humano!

Nuevamente les pido que me perdonen por este llanto. A mi edad, cuando los 40 años que tengo me encorvan los pensamientos, y yo tontamente creía ser el más ducho entre los vivos, me he enamorado como un animal de dos patas, como un eunuco recién castrado, como luciérnaga enamorada de una linterna de pilas... y ella no me ha hecho caso. Es más, se ha burlado de mi cariño, y si hasta ahora no me ha mandado a la mierda, es porque ella es una cholita bien educada.

Se llama Virginia y tiene 16 años hermosamente distribuidos por todo su cuerpo. A través de la gente, me enteré de que ella nunca había conocido hombre, y que su boca solamente había besado ese crucifijo que protege su pecho, y que, cuando ella camina, parece –me refiero al crucifijo– que se quebrara el par de secretos que palpitan al compás de su corazón.

Y me enamoré aquel maldito día en que, paseando por el mercado, el vaivén de su pollera llenó de luz mis ojos; y por primera vez –cosa rara– el sexo perdió su entusiasmo y mi devaluado corazón latió más fuerte en honor a ella. Yo, precisamente yo, el morguero más antiguo del hospital, quise ser el más servil de los esclavos con tal de que Virginia sea mi diosa, mi ama y mi patrona.

(Supe que mi hechicera llevaba nombre tan lindo porque alguien la había llamado así, no recuerdo dónde ni cuándo, y ella atendía prestamente a dicho llamado).

Parece que este mi relato les ha hecho dar sueño porque están cabeceando como si no se animaran a dormirse, o sí, y esto es bueno, porque como están igual que una lombriz arrastrándose en medio de un pomo de clefa, les voy a seguir contando mi desgracia (al final el que está pagando los tragos soy yo). Esta mañana, por primera vez en mi vida, me

falté al trabajo y me vine a esta cantina para buscar en el alcohol el alivio –desesperado al no haberlo podido encontrar en ningún otro lugar– que tanto estoy necesitando.

¿Ya les conté cómo ella, al enterarse de mi subdesarrollado cariño, se burló de mí, y me dijo en mi cara que primero muerta antes que dar su amistad a un *achachi*-anciano como yo, que primero el purgatorio al infierno lleno de formol donde yo era algo así como un profanador de cadáveres? Fue tal la gracia que le provocaron mis sentimientos que una tarde, cuando pretendí probar sus labios, recibí un sopapo. Pero a mí me pareció un regalo divino, un premio especial de los dioses para los que, amando por primera vez en la vida, aman con el alma, y solamente recibimos casi nada, o en vez de nada, asco y desprecio, cuando no un sopapo.

Como de costumbre, yo volví a mis muertitos y muertitas, pero mi corazón quedó perdido en el laberinto de los desaires de mi odiosamente amada Virginia. Por sentirme cerca de su lejanía, alquilé un cuarto en la casona donde ella vivía, y varias mañanas encontré mi puerta impregnada de orines, basuras y otras mierdas. En cuanto me veía, escupía mi camino; antes que un saludo afectuoso, mil maldiciones salían de esa su boquita, y por si acaso, forzaba a salir un vientecillo sonoro de entremedio de sus sinuosas posaderas y –odio de por medio– me gritaba: “¡esta es mi respuesta a tus macanas!”.

Sé muy bien que cualquiera puede dormirse al escuchar esta charla tan ordinaria y de segunda categoría, y si los ojos de ustedes ya no dan más, debe ser por efecto de lo que hemos estado tomando. Aún así, me escuchen o no, les cuento que desde que la conocí a la Virginia, mi felipito-chiquito-trabajador-hartito me dejó tranquilo. En cuanto yo miraba una pollera, este mi amiguito se alborotaba, pero bastaba que mis pensamientos volasen en pos de los desprecios de la que ya sabemos, para que yo quede como perro pateado por gato cimarrón, y el mundo se me transforme en un vía crucis donde mi amor era tan solo una comedia mal interpretada. Virginia era lo mejorcito que Dios había hecho el día 6.666 de su Creación.

Ya les he contado que las carnes que componen el ser humano, sea hombre o mujer, no tienen secretos para este par de manitos que al no encontrar senderos desconocidos mientras los recorrían buscando autopsias anónimas, bisturí de por medio, se metían en las carnes y solo salían de allí manchadas de sangre coagulada de pecados. También les he contado que a mis 40 mil años me había enamorado como llokalla recién destetado de ubre prestada, pero (ahora sí están más borrachos que este absurdo sentimiento hecho lamento), les cuento que anoche, a mi amor

vuelto dolor llamado Virginia, lo he tenido entre mis manos. La trajeron porque el guión que dirigía su vida ella lo había roto antes de deshojar la segunda página; y cuando vi su cuerpo sin vida y bellamente hermoso en sus 16 años, comprendí que mi orgullo no iba a permitir que la desnutrida muerte me fuese a quitar aquello que mis noches de insomnio habían labrado con tanto dolor y desengaño.

Esperé la madrugada. Después, cuando los lamentos de los enfermos se perdieron entre somníferos y estrellas, y sin que nadie se dé cuenta, cargué su cuerpo hacia mi cuarto, lo deposité en mi camastro, apagué las luces, y levantando sus púberes polleras, le robé en muerta su virginal pureza, porque habiendo estado viva, yo, el morguero más antiguo del hospital, solo le llegué a causar asco y menosprecio.

Yo sé que eso está mal hecho. Es más, si bien esta tarde sus familiares la enterraron a mi cruel Virginia, yo, estimados señores (ya están todos mulas de borrachos), quería decirles que la bala impaciente que espera destrozar mis ideas y decepciones, dentro de este revólver que se abriga en una de mis axilas, lleva el nombre de ella. Es por eso –primera vez que abandoné mi trabajo– que si a alguno le interesa, dentro de unos instantes mi puesto estará vacante, y yo me convertiré en uno más de los que colaboran con su cuerpo a los estudiantes de medicina en sus tareas prácticas...

La señora

María Soledad Quiroga*

Yo le puedo contar todo, y no son inventos, juro que vi todo, todo. Ya sé que debí haber escapado a la primera, pero mis ojos no me dejaban. ¡Vamos ya, despéguese!, les decía por dentro, pero no me hacían caso. Y ahí seguía como si me hubieran atado. Claro que como quería irme mis pies ya estaban lejos, por el lado de la casa de don Cosme, pero los ojos, ¡qué para ser tercos!, esos ahí mismo clavados con remache y todo.

Estaba yo espera y espera que salga la Candelaria al patio a colgar la ropa y la muy tardona como si se hubiera dormido, cuando yo sé muy bien que no la dejan ni pestañar para que no descuide al crío. Claro que no me esperaba hablarle gran cosa, demás sé que con que me mire y me diga algo, cualquier cosa, ya tengo bastante. Total, un día de estos se le da por crecer de una vez al crío y todo vuelve a ser como antes que a la Candelaria le gustaba hablar y reírse conmigo. Es cosa de paciencia, pura paciencia, pero no vaya a resultar como el abuelo que dicen se murió cuando todos ya habían perdido su último poquito de eso. ¡Quién lo manda quedarse en este mundo hasta más de los cien! ¡Pobre abuelo! Era como un costal de papas, mejor no acordarse. No pesaba nada..., con este brazo, el que no tiene fuerza, el que me partí en la feria, con este lo levantaba para ponerlo en la cama y ni siquiera se me cortaba el resuello, si debía andar por la arroba, ni arroba y media siquiera, puro puñadito de hueso.

* Nació en Santiago de Chile en 1957. Poeta y narradora. Es autora de los libros de poemas *Ciudad blanca* (1993), *Recuento del agua* (1995), *Maquinaria mínima* (1995), *Casa amarilla* (1998), *Los muros del claustro* (2004), *Trazo de caracol* (2011) y *A tu borde* (2015), además del libro de relatos *Islas reunión* (2006).

“La señora” forma parte del libro de relatos *Islas reunión*, La Paz: Plural editores.

Pero esa tarde esperando que salga la Candelaria no me acordaba del abuelo, ya había completado seis meses de estar bajo tierra, y como antes era casi igual de callado que ahora, no se hacía extrañar mucho. Más bien estaba como atontado pensando en esos hoyitos de gordura que tiene la Candelaria en los brazos, cuando a la señora se le ocurre aparecerse por el lado de la piscina con una toalla amarrada a su cintura. Seguro que ella no me había visto porque yo estaba muy quieto bajo las ramas del cedrón que está pegado a la pared, hasta tenía una hojita metida en la boca, y desde ahí veía todo. La señora se sacó la toalla de la cintura y la acomodó sobre el pastito, ahí donde pegaba el sol con más fuerza, y se acostó encima. Estaba ahí echada, blanca como un pescado que nunca ve el sol. Justo entonces empezó a llorar el crío, pero la señora no se levantó ni nada. Parecía sorda porque ese niño sí que chillaba y ella quieta, sin moverse para nada. Seguro que la Candelaria estaba paseando al niño en su cuarto para que se calme, algunas veces la he visto asomada a la ventana con el crío en brazos, como queriendo mostrarle alguna cosa para que deje de berrear. Pero no aparecía por la ventana y la señora como si nada, más bien agarró su crema y empezó a frotarse la barriga, clarito se notaba que acababa de parir, así estaba frota y frota con la crema y otra vez se acostó sobre su toalla, y seguro para no escuchar los chillidos de su hijo se puso el sombrero tapándose la cara y ahí se quedó bien quieta.

Siquiera una hora debe haber estado ahí la señora sin sacarse el sombrero de la cara, mientras la Candelaria estaría alce y alce, baile y baile, cante y cante para que ese condenado se duerma. Cuando ya parecía que se había dormido, la señora se dio la vuelta para el otro lado. ¡Con el calor que hacía! Mientras yo estaba fresquito bajo las ramas, ella entercada en cocinarse bajo ese sol... ¡Quién entiende! Ya se va a aburrir y se va a meter en la casa, pensaba yo, y entonces va a poder salir la Candelaria con su fuentón de pañales sucios para lavar y yo me voy a acercar por detrás de los árboles y le voy a contar que mi padrino me ha prometido regalarme una radio si le ayudo este año en la tienda.

Pero esa señora no se aburría así nomás y seguía ahí como pescado a medio sancochar. El brazo roto me empezó a doler por la humedad del pasto, así que me fui resbalando por las hierbas de más abajo que estaban calentitas con el sol. Desde ahí podía mirar de más cerca a la señora: su piel seguía blanca, blanca... no parecía de gente, más bien brillaba como carne de pescado... en la parte de atrás de las canillas brillaba más, como si tuviera escamas. Hasta me lastimaba la vista. Entonces yo cerré un poquito los ojos y en la espalda de la señora apareció un reflejo verde, como de botella en el agua... ¡Qué cosa más rara!

Nunca había visto una mujer pescado. Seguro se esconden bien para que nadie las descubra. Al rato se levantó y de un salto se metió en el agua, yo me asomé un poco más para ver cómo nadaba. Primero movió los brazos despacito, despacito, como si se estuviera desatando, pero después se soltó y se escurrió sin mover los brazos, como si tuviera una cola invisible. Al rato se metió bajo el agua y se fue nadando hacia lo hondo, metiéndose más y más al fondo, ahí donde el agua está siempre oscura. Cuando salió no parecía cansada, más bien tenía cara de recién despertada. Cuando se secaba con la toalla me fijé en su espalda brillante con una raya gris oscura como lomo de pescado. Seguro para que nadie la vea se acostó sobre su espalda y se puso otra vez el sombrero en la cara. Yo tenía miedo, pero también tenía ganas de levantarle el sombrero para verle la boca abierta de pescado...

Ahí se quedó quieta hasta que el sol se fue poniendo blanco, después se cubrió bien con la toalla y se metió en la casa. Yo me quedé plantado esperando que salga la Candelaria para contarle lo de la señora, pero como avisada, ni se asomó. Empezaron a salir las estrellas y me tuve que ir nomás, mirando bien detrás de cada árbol de miedo que se me aparezca la mujer pescado.

Al otro día me tuvo mi padrino en su tienda hasta después del almuerzo. Apenas me pude escapar pegué la carrera para ver a la Candelaria, pero cuando yo llegaba con la lengua afuera ella se estaba metiendo en la casa con el fuentón vacío y ya estaba la hilera de pañales del crío escurriéndose en el sol.

Decepcionado, me tiré bajo la planta de cedrón, maldiciendo hasta la sombrita olorosa, pero esperando que se le ocurra salir a tender otro pañal o a comprar alguna cosa, y me quedé dormido. Seguro que ese crío llorón me despertó porque pegué un salto como si hubiera oído un grito por dentro. Ahí estaba otra vez la señora acostada en el pasto, con la barriga llena de crema y el sombrero tapándole la cara. Me quedé quieto, quieto, para ver bien cómo se iba volviendo pescado. Al rato empezó el brillo en sus piernas y después, cuando se dio la vuelta, le vi unas escamas medio azules detrás de las rodillas. ¿Cómo no se había fijado la Candelaria? ¿Acaso nunca la había visto bañarse? Eso estaba pensando yo cuando la señora se levantó y se metió al agua. Igual que el otro día me levanté despacito y me acerqué por detrás de las hierbas para verla nadar. Y otra vez se fue hundiendo hasta lo más hondo. Antes de que se pierda en el agua negra, vi su cola de escamas verdes y azules llena de brillos. Estuvo su buen rato ahí adentro, yo decía: ¡cómo no se ahoga esta mujer!, pero también pensaba: ¡cómo no se reseca aquí afuera, acostada en el sol! Pero

era mujer pescado y salió de la piscina chorreando brillos, con su raya gris en el lomo y su boca larga, como riendo.

Yo seguí bien quieto mirando cómo se acostaba sobre su espalda y se tapaba la cara con el sombrero. Después, cuando calculé que estaría medio dormida, me fui acercando despacio como gato sobre el pasto. No le levanté el sombrero: total, ya había visto su boca larga de pescado. Solo la agarré con mi brazo, con el que me rompí en la feria, y apreté fuerte, fuerte, hasta que sentí que algo se quebró, como una espina. Después me vine corriendo para contarle.

Mama Huaco en el primer círculo

Alison Spedding*

Padezco más porque extraño el sol. Aquí estoy, sentada en este prado tenebroso donde nunca cambia nada, y voy cerniendo todo lo que me queda: la memoria. Siempre entre dos luces, me pierdo en ella, y bajo este falso cielo no sé cuánto tiempo pasa mi alma, a lo lejos, con mi gente: bajo el sol.

No recuerdo la primera vez que vi el sol. ¿Será que he pasado tanto tiempo aquí como para perder el orden de la memoria? A veces creo que lo primero que recuerdo es estar parada en una colina parda encima de la enorme extensión del reluciente Titicaca, ese yermo suave como un espejo celeste que se pierde en la distancia, hasta los cerros morados de la otra banda. Hay otras veces cuando pienso que mi primera memoria es el olor húmedo de la tierra y el calor malsano de la cueva; la textura de las capas de vestidos contra mi piel y las siluetas filosas de mi peine y espejo de mis costillas, como si me hubiese despertado en el acto de rodar sobre ellos. Había un hombre a mi lado. Escuché en la oscuridad que él también se movía. Nuestras manos se encontraron y nos ayudamos a pasar por encima de piedras nunca vistas, hacia una luz cenicienta que crecía mientras nos acercamos, hasta reventar en una ventana cuadrada: el sol. Se vertía sobre el suelo desigual como una ola dorada. Hundí mis manos en ella y se conformó a ellas: dos varas de oro. Tambaleando, los ojos

* Nació en Belper, Inglaterra, en 1962. Narradora y docente universitaria. Es autora de las novelas *Manuel y Fortunata* (1997), *El viento de la cordillera* (2001), *De cuando en cuando Saturnina: una historia oral de futuro* (2004, la cual es el volumen 114 de la BBB) y *Catre de fierro* (2015). También escribió el libro de cuentos *El tiempo, la distancia, otros amantes* (1993).

“Mama Huaco en el primer círculo” pertenece a *El tiempo, la distancia, otros amantes*, La Paz: Carrera de Literatura / Facultad de Humanidades.

entrecerrados, salimos a la luz del día. Nos paramos y nos miramos el uno a la otra. Su manta tenía el color de la sangre fresca de la *wilancha* recibida en un mate; su túnica era roja arriba y celeste abajo; en su frente llevaba una borla tan verde como la coca. Miré su cara y luego miré en mi espejo, y la misma cara me miró. ¿Es mi cara todavía? Aquí no hay espejos.

Mis dedos me avisan que mi piel es lisa, con unas arruguitas alrededor de los ojos, mis mejillas firmes y mi barbilla erguida; mis cabellos caen ondulados hasta mi cintura, pesados, con un destello deslustrado como carbón rajado. Cuando me quitaron mis vestidos rosados y mis grandes topos de plata también me quitaron lo vieja que fui, cuando las rocas y los ríos hablaban por mi boca mientras caía temblando al suelo, con el zumo verde de la coca manchando mis papadas colgantes. Pero en esos primeros días yo era más joven todavía. Ningún hijo había estirado mi vientre ni vaciado mis senos, y la cara que vi en el espejo era un óvalo perfecto, del color de la luz solar cuando cae hacia el poniente. Y mi imagen perfecta me encaraba, su pelo como agua de cascada, los amarros en sus rodillas delineando las curvas de sus muslos y pantorrillas. Por supuesto nos amamos. ¿Quién nos hizo hermano y hermana? Después, cuando yo estaba gastada por mis muchos trabajos, decían que yo era su madre. ¿Quién sabe? Si no hay otro amor como el amor de la madre, entonces nuestra única madre es el sol.

Así pues, nos amamos; y en la fiebre no fuimos solos. Las otras eran tres, y con ellas, tres hombres; nos pusimos nombres. Yo les dije Mama Ocllo, Mama Cora, Mama Rawa; y a mí me dijeron Mama Huaco. El de mi lado fue Manco Capac, y con ellas, Ayar Uchu, Ayar Cachi, Ayar Auca. Alcé mis varas de oro y con Manco Capac a mi lado les guiamos al inmenso mundo tendido adelante.

¡Cuántas subidas y bajadas iba a caminar! Contra el viento, contra la lluvia, vadeando las inundaciones de febrero y tosiendo en el polvo de agosto; colocando mi coca *jach'u* en las apachetas y rogando a los cerros aliviarme el cansancio. El único alivio que me dieron, en los días del gobierno, fue el consuelo agridulce de la coca. Pero en ese primer viaje yo vi todo como si fuese recién hechito. Mis hermanas y yo encontramos muchas cosas en los atados traídos de la cueva. Había cosas como guijarritos, amarillos, anaranjados, blancos. Descansábamos en la orilla de un riachuelo y yo, al acostarme al lado de mi marido, los derramé en la tierra mojada. Las plantas brotaron delante de nuestros ojos, las hojas verdes susurrando una sobre otra, los cabellos meciéndose y las mazorcas hinchando hasta romper los cascabillos amarillentos, descubriendo los choclos relucientes. ¿O eso fue un sueño? Cuando encontramos nuestra

tierra propia y mi marido la abrió con *chakitaklla* y yo cuidadosamente coloqué las semillas en la humedad, tardaban meses en producir fruto, y tuve que poner cuatro para que brotasen dos. A veces me pregunto si todo ese viaje desde la cueva fue un sueño; tal vez, después de tanto tiempo en esa lobreguez eterna donde no hay atardecer y por lo tanto no llega ni el sueño ni el amanecer, me he dedicado a soñar despierta y no distingo las memorias verdaderas de las falsas. Pero sí recuerdo el sabor de los choclos, humeantes y dulces cuando los sacas del agua turbia.

Comiendo maíz seguimos caminando, pasando los cerros y ríos que nos apartaban de nuestra tierra. Cada vez veíamos unos techos dispersos de paja, un ajedrezado de chacras como el diseño de la túnica de mi compañero. Áyar Auca decía: “Los botaremos, comeremos de sus chacras”. Pero cuando yo arrojaba mi vara de oro hacia los campos ajenos, caía inerte sobre el suelo inflexible. Manco Capac decía: “Este no es el lugar”. Y Áyar Auca, renegando, dejaba que Mama Cora lo arrastrara detrás de los demás. ¡Yo le reñía tanto! Y tanto daría ahora por estar con cualquiera de ellos, hasta con él, con sus manos toscas y su cara curtida. Pero en esos días yo no estaba sola, y le reñía. Cada día comíamos tostado de maíz, sin sal ni ají, y él se quejaba de que no había otra comida. Al fin le grité: “¿Y por qué no tenemos otra comida? ¡Vos que sabes tanto, regrésate a la cueva y trae las otras semillas que nosotras las mujeres no pudimos encontrar!”.

“¡Así haré!”, contestó, y se fue por arriba. Lo perseguí todavía gritando, hasta que Manco Capac me alcanzó y me hizo volver. “Cuando se vea solo va a volver donde nosotros”, dijo. “Vamos yendo”.

Pero Áyar Auca nunca regresó. Mucho más tarde, cuando éramos señores de muchas naciones, regresamos al lugar de donde salimos y lo encontramos en el fondo de la cueva. Estaba sentado, todo disecado con sus rodillas contra el pecho y sus manos pegadas a sus mejillas. Entonces tenía mis hijos y había aprendido a arrepentirme de la brutalidad de mi juventud. Lo hice envolver y lo hicimos comer toda clase de comida antes de amurallarle allí adentro, porque habíamos determinado que nadie volviese a salir de donde habíamos venido nosotros. Cerramos las ventanas con piedras inmensas, mil veces más grandes que las que usaron para las siete murallas que ahora me contienen. Ahora estoy sola, y hasta sus piedras tan cuidadosamente cortadas y pegadas con alguna mazamorra de arena y cal me pueden contener. Pero en ese entonces nada nos podía contener.

Al rato de subir la última colina, supe que llegamos al Ombligo, como si hubiésemos sido arrastrados por un cordón durante todo el camino. Lancé un grito de alegría y arrojé ambas varas contra el azul. Diéronse

vuelta y se volvieron víboras doradas, se volcaron y cayeron a plomo, recto adentro de la tierra, la una en el lugar que llamamos Colcapata y la otra en Huacaypata. Ya habíamos andado muchos años; Mama Ocllo ya tenía un recién nacido en sus brazos. Yo lo recibí en mis manos y corté su cordón con mi uña. Cuando su cara emergió, apretando las patas de su araña negra, vi la cara de Manco Capac en sus facciones por formar. Áyar Uchu mantenía el cuerpo de Mama Ocllo contra su pecho. ¿Fue entonces que él entendió que Manco Capac intentaba ser marido de todas? Se volvía más silencioso mientras Mama Ocllo engordaba, y después de que parió a Sinchi Roca casi no hablaba. Cuando entramos al valle del Cusco, él se quedó en el cerro. Lo llamamos, pero no vino. Manco Capac dijo: “Cuando se vea solo, va a volver donde nosotros”. Pero cada vez que mirábamos hacia atrás Áyar Uchu estaba parado en el cerro, hasta que lo perdimos de vista. Y entonces llegó el tiempo de trabajar.

Aquí no hay trabajo, como tampoco hay comida ni amor. Únicamente queda la memoria. Pero allá cavamos la tierra, la pisamos para adobes, recogimos paja y techamos nuestras casas, sembramos maíz, hicimos chicha y la tomamos para celebrar los días a los cuales pusimos nombres, cantamos y bailamos y caímos y volvimos a amarnos. Pasada la fiesta, mi cabeza me dolió y mi boca estuvo seca, y después de un rato me pasó, pero mis senos me dolieron y mi barriga se volvió dura como un tambor; y con el tiempo, me llegó el rato de gemir y sudar y morder el trapo que pusieron en mi boca, mientras Manco Capac me sostuvo entre sus rodillas y Mama Rawa atrapó la guagua grasienta entre sus manos. Mi primera hija; la nombré Chinbo Urma. Descansé por cinco días y fui a trabajar, con Chinbo Urma cargada en mi espalda. En esos días no había tiempo para recordar siquiera. Chinbo Urma ya caminaba cuando volvimos a pasar por donde habíamos dejado a Áyar Uchu. Todavía estaba, monstruoso y grueso en forma de una piedra, sus pies hundidos en la tierra, su boca abierta, sus ojos ciegos mirando hacia el valle fértil. Matamos una llama y le dimos su sangre, pusimos coca en su boca abierta, y tomamos chicha con él. En mi borrachera mi cabeza me dio vueltas y caí al suelo y empecé a hablar con la voz de Áyar Uchu. Se alegró de ver que no estaba olvidado por nosotros. Dijo que nunca tendríamos paz, pero debíamos trabajar y hacerle honor, y escuchar las palabras de los lugares que se me descubrirían, y haciendo así tendríamos la victoria. Así descubrí que podía hablar con todo el mundo.

¿Eso será pecado? Mi hermano me llamó elegida; yo no conozco pecado. Los que me trajeron aquí tenían alas, como cóndores con cuerpos de hombres. Su cabello era como las imágenes de oro que nosotros

hicimos del Punchao; sus caras, blancas como la tunta sumergida en los pozos de altura; sus ojos, color del cielo. Me llevaron donde un *supay*, como los que he visto en los lugares que tienen oro. Era un *supay* macho, grandísimo, con cuernos y cola y dientes como el jaguar. Su nombre era Mínos Tata. Ese *supay* me sopló con un aliento hediondo y me dijo que por culpa de la ignorancia yo cometí pecado. Se envolvió con su larga cola haciendo un ruido como de la honda y como la piedra de la honda me hizo volar entre mis guardianes cóndores. Cuando volví en mí estábamos pasando un río. Me condujeron por un portón tras otro, hasta llegar a un inmenso prado verde, más suave y rico que cualquiera de los bofedales donde pasteábamos las llamas en los meses secos. Me dijeron: “En este círculo moran los paganos virtuosos. Aunque hayas pecado, lo hiciste en ignorancia de la Palabra. Al igual que estos hombres y mujeres que no recibieron el conocimiento de la voluntad del Señor, no puedes ascender a los círculos del Purgatorio, y mucho menos a las esferas celestiales del Paraíso. Pero Dios en su misericordia te ha salvado de los tormentos de los círculos inferiores donde los pecadores bautizados están condenados. ¡Alabado sea el nombre del Señor!”.

“¿Cuál Señor?”, dije, pero ya se fueron. ¿Será el pecado lo que nos trajo la guerra? Porque las guerras empezaron después de que empecé a hablar con el mundo. Ya éramos muchos, y nuestros campos no nos abastecieron. Viajamos a todo lado en busca del ají, el algodón, el tabaco y la coca que nos hizo falta, y estudié mucho de las otras gentes por cuyos pueblos caminaron mis mercaderes. Me fijé en los Huallas como los más débiles. Hablé con Manco Capac y él se fue una noche e hizo mover los mojones que marcaban el lindero entre los Huallas y nosotros. Sembramos las tierras nuevas y nos reímos mientras las papas florecieron, se volvieron amarillentas y al fin se secaron. Fuimos con chicha y música para sacar sus cuerpos de la tierra. Hicimos carrera al escarbar los surcos y apenas notamos la otra música, hasta que cayeron las primeras piedras. Nadie supo qué hacer. Algunos siguieron escarbando papas. Otros corrieron donde sus hijos. Otros quedaron parados como Áyar Uchu en el cerro. Yo estaba cortando la carne de llama para la comida, con mi cuchillo en la mano. Vi a Manco Capac parado mientras los Huallas se acercaban con flautas y tambores, las piedras de sus hondas como granizo adelante. Una mujer recibió una piedra y cayó. Yo chillé y corrí hacia ellos. Había un hombre con una corona de plumas. Me lancé sobre él y metí mi cuchillo por sus costillas como para carnear una llama. Su sangre chorreó por mis manos; rompí su pecho y arranqué sus bofes, con el corazón todavía latiendo, metí la tráquea a mi boca y la soplé. Sus bofes salpicados

en sangre se hincharon como alas, y yo corrí hacia los Huallas con su corazón caliente en mis manos. Ellos escaparon por todos lados como llamas asustadas.

Les perseguimos hasta el pueblo y quitamos tanto cuanto quisimos. Mandamos a nuestra gente para ayudarles en sus cosechas y señalamos a ciertas chacras suyas para llenar nuestras *colcas*. Ya no había tiempo para soñar. Yo ya no encabezaba los ejércitos; Manco Capac tomó mi lugar. Mi fama crecía y cuando él se vio enfrentado con un enemigo numeroso, se puso mi vestido rosado con los grandes topes de plata; bastó verlo vestido así a la cabeza de nuestra gente y el enemigo huyó. Él regresó a nuestra Coricancha en gran procesión, los caciques enemigos caminando descalzos delante de sus andas, cargando las vasijas y las imágenes de sus lugares en bultos en sus espaldas. Desfilaron con sus hijos más perfectos y yo los llevé y los hice dormir en nuestros lugares. Sus hijas entraron a mis cocinas y sus hijos pastearon mis llamas. Del alba al atardecer trajeron regalos a mi puerta, y engordé en audiencias y juicios. Mi araña negra se sentó en el corazón del tejido que captó a todos, y yo cada día torciéndolo más tupido. Mama Oclo murió y la envolvimos y la llevamos donde Áyar Uchu, donde hice construir casa para ella y para los demás de la otra vida. Cuando tuve un juicio largo para decidir, yo supe irme donde ellos para escuchar lo que dijeran. No había nevada tan alta ni río tan caudaloso para no hablar conmigo. Cuando murió Manco Capac, habló por mi boca. ¿Dónde se fue ese poder?

Ni siquiera conozco las palabras que salieron de mi boca delante de Mínos Tata. ¿Son estos los campos de la otra vida? ¿Es esto lo que se ve cuando a uno le revientan los ojos en las casitas de los chullpas? Cada día he visto a las almas, sus manos vacías, silenciosas, excepto cuando las obligamos con nuestras preguntas. Pero yo creía que trabajaban, que conversaban entre ellas cuando los de esta vida no estaban allí para mirarlas. Aquí quedo parada por un espacio sin medir, porque cuando mi vista regresa a esta media luz verduzca nada ha cambiado, tanto en la tierra como en el cielo. Los otros moradores están parados con los ojos abiertos, tal como debo estar yo cuando caigo en estos trances. Todas sus caras me son desconocidas. ¿Acaso ya no hacen sentar a las almas con sus familiares? Algunos se mueven, tan despacio como se anda cuando se sube a los lugares del hielo. A veces, despertando, camino entre ellos, muchos pasos, pero entre tantas caras de sueños el pasado me arrastra antes de darme cuenta. Huelo el humo de fuegos de taquia e incienso de copal, saboreo caldo y siento la superficie lisa de una papa *qhati* caliente cuando mi dedo pulgar le quita la cáscara. Entonces yo sé que mi familia

me está haciendo comer, y me alegro. Pero después abro mis ojos en esta luz lila y sin cambiar, y yo sé que este cuerpo sin mancha, que no puede sudar ni cagar, nunca conocerá más que el olor imaginario de la comida. Y yo daría todo lo que he gobernado por una sola mirada al sol.

v. Los contemporáneos.
Realismo sucio,
fantástico, intimista
(comienzos del siglo XXI)



El americano feo II

Erika Bruzonic*

*Praise the Power that hath made and preserved us a nation!
Then conquer we must, when our cause it is just,
And this be our motto: "In God is our Trust".
And the star-spangled banner in triumph shall wave
O'er the land of the free and the home of the brave.*

"Star Spangled Banner", Francis Scott Key (1814)

La sangre se esparce muy lentamente sobre el suelo; algo en su composición debe ser materia grasa, si no crecería rápido, como el agua cuando desborda la tina. Primero era una mancha chiquita, casi redonda; se fue extendiendo hasta convertirse en un charco muy amplio, brillante, de un rojo atomado, igual a una capa finísima de mermelada de frutilla sobre una rebanada de pan enmantequillada. Tiene los mismos y muchos jirones como hilos de pulpa que tendría la mermelada. Se hacen más y más visibles mientras mayor se torna el charco alrededor del cuerpo que se desangra.

La hoja hendida de la guadaña tiene una película rojo cobrizo en la parte que sobresale de entre los pliegues de ropa y carne. El mango está salpicado de puntitos que, si fuesen un rostro, parecerían de varicela. ¡Qué extraño era el sonido que hacía al hincarse en un cuerpo! ¡Whoosh! Luego, sacarla había sido imposible. Entre el golpe y el *whoosh* –o inmediatamente después del *whoosh*– venía otro sonido; era algo así como *spurt, spurt, spurt*, seguido por un intento que nunca llegó a graduarse de chorro de sangre. Fue nada más que un amago, pero que la sangre comenzó a manar y manar del agujero dejado por la guadaña, comenzó. Así de lenta, pero seguramente.

* Nació en La Paz en 1962. Narradora y periodista. Es autora de los libros de cuentos *Ecos de guerra* (1987), *Cegados por la luz* (1992), *Historias inofensivas* (1995), *Underground* (2006) y *Las malas fichas son para jugar* (2009), además de la novela *El color de la memoria* (1989).

"El americano feo II" aparece en *Las malas fichas son para jugar*, Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

Un esfuerzo enorme ayuda a arrancar la hoja curva de entre la maraña de vísceras en que se ha enredado. El cuerpo va perdiendo luz y color paulatinamente, mientras el suelo jaspeado de la cocina cobra un tinte claroscuro. Lo que reposa en el suelo es, efectivamente, ya un cadáver.

No pareces un Americano Feo porque, para empezar, tienes madre colombiana, pero eres doblemente Feo porque reniegas de una parte de tu origen y dices de ti mismo “I consider myself American”. Hablas un español más o menos pulcro, sin demasiados errores gramaticales; tu voz, sin embargo, tiene un tinte nasal característico de los gringos que vienen a poblar el Tercer Mundo, tanto, que un subcontratista del Centro de Servicios de Ivirgarzama te imita apretándose ligeramente la nariz, como fingiéndola tupida, y la gente de la oficina se desternilla de risa. El efecto es impecable; es tu voz sin más.

Como tus subordinados no pueden burlarse de ti abiertamente, lo hacen de una manera jocosa pero, inconfundiblemente, el chiste es de corte bien afilado. Te ríes, pero una sensación de incomodidad te atenaza, especialmente cuando escuchas sus risas a chorros acompañando el brillo de sus dientes. *Ella se ríe de ti*, no de la imitación.

Siempre que te mira, te descubres pensando en lo que estará pensando de ti y eso te molesta enormemente. Por eso has comenzado a hacer pesar tu estatus de jefe ante su mirada y esa expresión de callado aguante que tiene su cara toda vez que entras a su oficina.

Te llamas Louis Kular, y tu apellido por madre es Díaz. Decirte “Luis” es el pasatiempo general en tu oficina. No te gusta un ápice. Si no supieras que probablemente vas a ser el próximo vicepresidente ejecutivo de Chemengineering International, estarías mirando a todos y cada uno de los empleados locales desde ese pedestal gringo en que te has colocado desde que supiste que te había salido el cargo de funcionario internacional. En tu país te dicen Lucky –que tampoco te gusta–, pero es el apodo más acertado que podrían haberte puesto. A ver: naciste en la clínica Santa Isabel de la avenida Arce de La Paz, cuando tu padre era a su vez funcionario internacional en Bolivia. Pudiste haber crecido allí, como pudiste haberte hecho latino. Quiso la suerte que te transformaras en un feísimo “americano”. Como un detalle “pintoresco”, decidiste que querías tomar ese puesto administrativo en La Paz, tu ciudad natal. Realmente, habría sido una oportunidad para que te redescubrieras. Pero, no. Tú decidiste que irías a enfocar tu puesto desde “lo americano”. Craso error, Kular. Craso error. Verdaderamente, has venido cometiendo errores día tras día desde tu venida al mundo. Te has casado con una gringa que pareciese

exactamente lo opuesto a lo que tú eras, es decir, no alguien híbrido, sino alguien que vivará el Mayflower y el banco de Boston, lo que está en la Biblia y lo que no. Han procreado juntos un par de hijos y los educan para que sean vicepresidentes ejecutivos Jr. o III –*the Third*– como el Reich, solo que se amparan en la primera enmienda y la Constitución para justificar lo injustificable. Eres un típico americano, Kular. Eso no hay quién te lo discuta.

En la superficie, también eres feo. Usas los pantalones demasiado anchos en el fondillo, por lo que aparentas no tener pene ni culo sino un vacío que, en el fondo de tu alma, crees que te exculpa de haber engendrado no uno sino dos mocosos idénticos a tu cara larga de caballo, con orejas protuberantes, espeso cabello negro carente de gracia y una risa que casi siempre se confunde con un hozar.

Eres rígido tanto de postura como de mentalidad. Te cuesta ver los dos lados de una cuestión tanto como te cuesta tener una sana fantasía sexual. Carente de imaginación eres, sin embargo, el subdirector de un proyecto de 60 millones de dólares en Bolivia; el Proyecto de Productividad Rural de USAID con base en La Paz, y oficinas de apoyo en Cochabamba y Santa Cruz. Has obtenido tu puesto gracias a tu personalidad maleable, que te hace actuar según tu intuición te indica con respecto a tus jefes. En la Inglaterra de la ante Segunda Guerra, habrías sido invaluable como mayordomo: al no tener personalidad propia, anticipas todos y cada uno de los deseos, caprichos e instrucciones de quienes mandan por sobre ti. Si ellos quieren un informe, tú lo tienes listo. Si ellos quieren un consejo, tú reflexionas sobre el asunto la noche antes para poder opinar con causa; si ellos necesitan a alguien sobre el cual derramar su bilis, insatisfacción, ganas de jubilarse o lo que fuere, tú estás ahí, con tu hombro enteco, dispuesto a absorber, sin ganas pero con astucia, lo que ellos tengan a bien disponer. Eres el subordinado ideal.

Arrancar la guadaña de entre huesos que crujen, escuchando el sonido seco que hacen, es desagradable. El placer de enterrar la hoja afilada se ha escurrido por entre sus orejas, dejándole una sensación de haber perdido la osamenta. Se siente como un fideo hervido por demás: lacio, blancuzco y sin sustancia. Por primera vez desde que está en La Paz ha sabido lo que es sudar. Su suéter, demasiado suelto, se le ha pegado a la espalda y ahora lo siente frío, extremadamente frío. Va a sentarse porque la tarea que viene de realizar lo ha dejado exhausto.

La náusea le viene de improviso y en oleadas; no alcanza a erguirse y correr al baño, casi a gatas y agitando por violentos accesos de vómito,

llega al lavaplatos. Con el cuello bien metido entre los hombros, agacha la cabeza hasta el sumidero para deshacerse de una bilis acumulada en tres años de aguantar las burlas, las risitas por detrás, la maledicencia de sus subordinados siempre murmurando por lo bajo, callándose abruptamente cuando él se les acerca, sonriendo estúpidamente cuando les pide algo, volviéndose y volcando los ojos hacia arriba porque lo consideran un hombre tibio y ridículo. Ellos. Nunca ha podido pensar en la gente del proyecto como en sus similares; siempre son “ellos”. Es que no son sus similares: viven diferente, comen diferente, trabajan diferente. Para “ellos”, el proyecto significa un sueldo a fin de mes; como salga el trabajo es lo de menos. Louis Kular ha visto una mediocridad acendrada en la mayoría de la gente contratada. Todos tienen un complejo de *proyectitis* tremendamente enraizado; solo esperan el cierre del actual para conseguir una recomendación para el siguiente, sean aptos o no. Ellos solo quieren comer, no trabajar. Los proyectos son el foco de alimentación de una sarta de inútiles y fracasados, eso Lucky lo ha comprobado sobradamente.

Siente cómo las piernas todavía se niegan a sostenerle; una debilidad de desmayo se está apoderando de él y la conciencia comienza a escapársele. Las últimas imágenes que se le fijan antes del *black out* son las de esa inmensa gallina jaspeada, de pico casi naranja, que se le abalanza sin misericordia y que, a saltos, parecía querer bajarle el cierre de los pantalones para acabar con sus genitales a picotazos. Batía las alas aparatosamente, cloqueando sin cesar. Iba a acorralarlo entre una máquina fotocopidora y la puerta del baño de hombres. Decidió no darle la espalda, ni tratar de correr. En lugar de eso, se movió en círculos, buscando a tientas con ambas manos, algo con lo que pudiese apartar al animal que le atacaba. Derribó el tacho de la basura y se cayó sentado, volviendo a incorporarse velozmente porque la gallina le estaba lanzando el pico a la planta de los pies, y sus ojos desorbitados se habían fijado en lo que él llamaba “sus partes”.

Ni siquiera se dio cuenta de que no había abierto la boca, fuese para gemir, apostrofar o gritar pidiendo ayuda. Los ruidos que hacía, chocando su cuerpo contra puertas, piso y gradas, eran sordos; si su voz los hubiese acompañado, probablemente alguien se habría percatado de que algo sucedía en la habitualmente tranquila oficina de la calle 14 de Calacoto. El único sonido atormentadoramente persistente era el cloqueo de la enorme gallina que avanzaba, patilarga, en pos de él. ¿De qué especie sería? Las aves de corral no atacan a los humanos, pensaba agitadamente Lucky, tentando con ambas manos el vacío que se abría a su espalda y

que no dejaba otra alternativa que resignarse a ser la víctima del ave enloquecida.

Un día ordenaste encerrar a tus subordinados en sus oficinas después de descubrir que habían desaparecido unos 300 bolivianos de tu escritorio. No diste mayor razón que la frase: “Estamos en Bolivia, ¿qué más se puede esperar?”.

La consecuencia mayor de tu “medida disciplinaria” fue el desmayo de cinco empleados, por falta de alimentos. Claro que eso te dejó indiferente. Te fuiste a almorzar, como de costumbre, con tu mujer e hijos en el comedor bien soleado de la casa que te paga la empresa. Era lunes; las familias de los empleados lograron ablandarte recién el martes por la tarde. Nadie lo creería, pero les negaste la comida ordinaria hasta que el marido de la secretaria contable rompió los vidrios de las ventanas para que los “castigados” pudieran salir de esa oficina a la que nadie pudo acercarse so pena de ser despedido. Lo peor fue que, cuando el policía quiso tomar tu declaración, llamaste a la sección legal de la agencia de cooperación internacional y blandiste tu pasaporte de Naciones Unidas, clamando inmunidad diplomática. Más bien que el policía, con esa cara mezcla de madera y nabo, no se dejó amilanar por tu vehemente diatriba rematada por el consabido sonsonete: “Soy americano, ¡tengo derechos!”.

Kular, siempre actúas como si ser gringo te diera todos los derechos terrenales y celestiales, mientras que los demás, tercermundistas de cuarta o quinta, deben plegarse a todo mandato emanado de muchos más como tú: tarados hasta la médula, pero “americanos”, votantes y contribuyentes cuyos impuestos se destinan a hincarles la puta noción de cuán pobres son los *developing countries* a los que se dignan donar una parte de esa plata, en tanto la otra mitad vuelve sin pena a las arcas y los bolsillos de los hijos, nietos bisnietos del Tío Sam vía los sueldos que tú y tus similares ganan sin siquiera quebrarse las uñas. Trabajar en América Latina no es lo mismo que bregar sin tregua en casa, ¿verdad?

Aquí, en el país de los ciegos, como tuerto eres rey. Eres el tuerto porque eres el jefe, no porque seas más inteligente o mejor profesional; y si te equivocas –cosa que haces a menudo– sabes que tu empresa te respalda, como te respalda la agencia internacional, como te respaldan tus coterráneos frente a las veladas críticas de la gente local. No serán tan veladas a veces porque ya hay alguien que te lo ha hecho notar y en tu propio idioma.

¿Viste que *ella* no se traga tus explicaciones y te retruca con argumentos lo que tú quieres imponer con caprichos? Eso te enoja, ¿verdad?

Porque –convengamos– ¿cómo se atreve? ¿Con qué derecho? En el fondo, sabes que no es cuestión de derechos, Kular. Es solo que *ella* es tercermundista de primera y contigo no se deja. A esa conclusión has llegado después de compararla con tu gerente de operaciones, una peruana que tú creías de primera porque te hace el mercado y cuida a tus hijos cuando no tienes niñera a la mano. A *ella* jamás se le habría ocurrido cuidarte los críos, o comprarte un kilo de zapallo. No quieres aceptarlo; no lo admitirías aunque te torturaran, pero hay algo en el fondo de tu conciencia que te dice, te repite y te obsesiona: *ella* no te adula. *Ella* no siente la menor simpatía por ti. *Ella* no te respeta. Para *ella* eres un estorbo que ha de permitir en su camino porque así son las reglas del juego: los incompetentes de tu país vienen a dictar lo que es bueno para los pobres del suyo... y hay que aguantarlos hasta el momento en que se los pueda mandar a la mierda, cosa que no ha sucedido en medio siglo y, por lo tanto, podrá pasar otro medio siglo hasta que alguien les diga que se vayan a lavar las bolas y dejen tranquilos a quienes nada quieren con ustedes. Sí, es una radical de ojos rarísimos –sus pupilas nunca se agrandan– que te miran como esas cámaras que siguen a los ladrones en las tiendas de departamentos en tu país... Te adivina, Kular. Te adivina y eso te desasosiega tanto que no la puedes incluir en tus plegarias diarias.

¿Te acuerdas del viaje al trópico de Cochabamba, cuando la estabas familiarizando con el puesto para el que tu jefe la había contratado? Se rió en tu cara. *Ella* se rió, te dio la espalda y se dedicó a hacer su trabajo. Por la noche, tenía más testimonios sobre microemprendimientos con goce de plata donada que los que tú hubieras podido reunir en dos años. A la hora de la cena te contó su mejor historia: la del bananero que había hecho su capital con la plata sacada de las letrinas de Shinahota, donde la mierda del culo se limpiaba con billetes de a 20 dólares que se dejaban tirados ahí, a merced de las moscas, porque los narcotraficantes solo querían billetes de 100, es decir, la cara de Benjamin Franklin servía para negociar, la de Andrew Jackson hacía las veces de *toilet paper*.

Te descompusiste, Kular. *Ella* se complació viéndote todo pálido, pero tuvo la delicadeza de preguntarte si te sentías bien. Hasta te ofreció un trago que rechazaste de plano porque los cristianos como tú no beben y le rezan al Volstead Act.

Desde ese día, *ella* se convirtió en tu demonio personal porque, en lo que te quede de vida, no vas a olvidarte de su descripción tan, pero tan, gráfica de esas letrinas. A veces hasta escuchas su voz que te va con el cuento mientras intentas dormir:

“Un profundo vaho de orines de días le mata a uno la humedad de los ojos provocándole, inmediatamente, una conjuntivitis alérgica. Luego, lo que fueron orinales de un baño masculino, funcionan como lavamanos, adaptación de varios grifos mediante; de ellos cae un hilito de agua, o cae en gotas, depende de la presión de ese día.

”De los ‘closets’ en sí: se elevan sobre losetas que una vez fueron verde veteadas, pero que ahora están cubiertas por un lodillo rojizo y viscoso, mezcla de orín con la greda que cientos de zapatos que trajinan por ahí dejan como huella húmeda. Es resbaloso y apesta a diablos. En el cubículo hay un agujero profundo. Adentro, con cada nuevo ‘usuario’, se acumulan las heces y los orines; no baja el agua para lavar los agujeros. El hedor golpea la nariz, mientras el ojo registra una costra oscura de esas mismas sustancias dentro, fuera y alrededor de ese hoyo. Rodeándolo y en el piso hay profusión de papel moneda usado, haciendo las veces de higiénico y hasta de toalla femenina ensangrentada.

”Ninguno de estos cubículos tiene pestillo de seguridad. Los que entran quedan a la vista y paciencia de otros, los que esperan su turno. Las paredes del recinto están todas salpicadas de lo mismo: heces, orín, escupitajos y alguna que otra huella de lápiz labial con una inscripción debajo: ‘Griego, te amo’, o algo por el estilo.

”Entre tanto, las semanas pasan y la caca sigue haciéndose costra en el mismo lugar. Lo único que desaparece son los billetes”.

Ese es el lugar, te contó sonriendo, donde Bernardo Azurita ha hecho su fortuna y ahora acepta donaciones de USAID. Allí –elaboró en detalle–, en esos orinales salpicados de mierda, el Berno metía sus manos enfundadas en bolsas de plástico hasta el codo, para sacar cuanto billete hubiera. El olor le hacía estornudar sin parar, pero el hombre no se achicaba. Llenaba bolsas y bolsas de billetes cagados, para llevarlos al río y, munido de una palangana y un frasco de lavandina, los lavaba repasándolos con un cepillo de dientes robado a su hermano. Así había ahorrado suficientes dólares como para comprarse 40 hectáreas de terreno que sembró de banana, esperando la asistencia técnica gringa para exportarla a la Argentina.

Te horroriza, Kular. Te hace temblar de pies a cabeza que un hombre sobreviva lavando caca de los billetes donde se ha impreso la imagen de los próceres de tu país. Ella advierte tu horror y, encogiéndose de hombros, te dice que siempre le han gustado las caras de Jackson y Franklin y, cuando te lo dice, notas que, en sus pupilas tan estrechas que ni se advierten, brilla la ironía. Está dirigida a ti, Lucky. Solo a ti. Has utilizado al bananero en tus “historias de éxito” para que los congresales de tu país asintieran con la cabeza cuando visitaban Bolivia, y consintieran en seguir autorizando

transferencias de fondos para el “desarrollo alternativo”. *Ella*, sin embargo, sabe la verdad. *Ella* se ríe de ti.

Louis Kular dio con su nuca en la puerta del depósito de herramientas. Se volvió y abrió la puerta, creyendo que podría encerrarse en ese cuarto oscuro hasta que el animal se hubiese ido. Al ceder, la puerta dio paso a un caudal de herramientas de todo tipo; desde lampazos hasta tijeras de podar césped, pasando por escobillones y botaguas. Sus delgados dedos se cerraron en torno a un mango largo. Elevó la vista y vio, por encima de su cabeza, una hoja curva y brillante –no sabía para qué servía.

Un cloqueo enloquecido lo ensordeció; su visión periférica le avisó del brillo amarillo de un pico inmenso que venía en pos de uno de sus ojos. La gallina le clavó la mirada una vez más y él supo que un millón de picotazos lo matarían sin misericordia, clavándose en su cráneo, uno tras otro, hasta que hubiese tantos agujeros como para vaciarle la vida a chorritos.

Agarró la guadaña, aun sin saber qué se llamaba, y apuntó la hoja a la cabeza del ave. Erró. Las alas de la gallina desviaron el rumbo de la hoja y su grito se hizo más estridente. Él quería, con toda su alma, pedirle que se callara; el ruido ya estaba cobrando un tinte indecente. ¿Qué dirían los vecinos?

El pecho. Apuntaría al pecho. Echó el cuerpo para atrás, colocando su fuerza en las piernas. El embate de la gallina fue fuerte; sus alas le abofetearon el rostro. Enceguecido, blandió su arma y la clavó en el cuello de la bestia bataraza, pero solo fue un raspón. Su segundo golpe, después de librarse de las afiladas plumas, fue más certero: se hundió en la pechuga doble de la gallina, con un sonido que le enloqueció; ese *whoosh*, repetido una y otra vez. Vio que su pico se distendía, el aire escapaba a borbotones por los dos orificios; un hilo colorado resbalaba hacia las plumas cortas del cuello. El animal se estaba muriendo.

¿Te acuerdas, Lucky, del día en que la llamaste a tu oficina para decirle que en USAID creían que *ella* se estaba proyectando por demás, amenazando con difuminar la imagen de los *Cognizant Technical Officers* y dejarlos malparados por decir la verdad con respecto a la pobreza de las comunidades del trópico de Cochabamba? ¿Te acuerdas que *ella* fue de frente contigo, hasta que te paraste de tu silla y te escapaste, pero ella te siguió por toda la oficina, gritándote lo que no querías oír?

Era sábado y nadie trabajaba; eso querías, para poder sermonearla a tu gusto, sin testigos. Nunca se te pasó por la cabeza que *ella* sería la del

sermón. Cuando empezó a hablar, no paró. La escuchabas aun tapándote las orejas, bien encerrado en el baño. La oías hasta con eco.

Te gritaba que desconocía el mundo, que solo lo viajaba. Viajaba y viajaba y volvía a viajar; empacaba y desempacaba y volvía a empacar valijas y mochilas y bolsos, pasaporte y billete y plata y ordenador; se montaba a un avión, salía del aeropuerto y seguía por carretera, cubriendo pueblo tras pueblo. Te echaba en cara que tú no conocías esos pueblos y que solo revisabas estadísticas. “Lucky”, te decía, “esa estadística es en realidad una mujer hambrienta y una carretera sucia de ruido y su mano extendida con surcos de carril arado; es vieja y está sola y su dedo gordo y los otros nueve asoman igual de extendidos e igual de añosos que el género cuarteado de sus zapatos. Una 4x4 pasa y pasa también un camión y sus ojos se cuelgan de las llantas y de los pasos de los de a pie”.

No querías que te dijera cuán inútil resultabas, ¿no es así, Kular? Hablaba a borbotones, sin erudición; te contaba lo que había visto, pero era demasiada dosis. *Ella* te decía ser también una risible figura en un chaco profundo donde iba a “levantar datos”. Su mundo no se toca con el de esas mujeres a las que se embauca para que cultiven flores que ni siquiera se pueden exportar porque nadie bajo tu mando sabe hacer nada bien hecho. *Ella* te estaba gritando a voz en cuello que dejaras de ser tan “maricón”, que salieras para por lo menos retrucar sus historias. Te preguntaba si te avergonzaba que te hablara de sus despertares en hoteles de buenas estrellas, de habitaciones ajenas, de cartel de “no molestar”, pantuflas y minibar; si te causaba apuro que ella viera con ojos de Gucci cuatro tal vez cinco pueblos, parte del día, ocho horas, jornada laboral, tiempo completo, desarrollo alternativo, cooperación internacional.

El policía de la división Zona Sur, a pesar de estar acostumbrado a escenas de crímenes por demás violentas, no pudo evitar una arcada que a tiempo pudo transformar en eructo. Restregó el puño de la camisa contra su nariz, porque el olor a sangre siempre le acusaba malestar en el esófago, y aquí había sangre hasta por los resquicios de las puertas y ventanas que daban a los jardines de las oficinas. El pasto había absorbido una enorme cantidad de rojo, tornándose de color violáceo según le dieran los rayos del sol. Parecía tratarse de una lucha encarnizada aunque de fuerzas desiguales. El cuerpo de una mujer había sido mutilado a nivel del tórax, con múltiples golpes de hoja afilada –sería la guadaña de podar el pasto que reposaba, ensangrentada, a los pies de ella– asestados sin pericia, sin precisión. ¿Qué le sugerían estas heridas tan desprolijas, aunque inflingidas con mucha fuerza? El policía parpadeó mucho y muy seguido. Estaba desconcertado. Frunció los labios en un esfuerzo por dar

con el impulso o sentimiento que había guiado los golpes. Lo tenía a tiro de piedra, pero no lograba identificarlo. ¿Qué era? No era odio, no era saña. ¿Qué? Un segundo examen de la escena le rindió otra clave: la mujer se había convertido en cadáver ahí, sobre el césped, sobre esa mancha que ahora se volvía cerúlea e iba camino a desaparecer entre la hierba y la tierra, pero el cuerpo reposaba sobre las baldosas de la cocina, sobre un ancho círculo de agua y sangre, como dibujado alrededor de la cabeza y extremidades. ¿Cómo podía ser?

La única conclusión que sacaba así, *a priori*, era que el hombre encogido en el suelo delante de él, había arrastrado a la mujer muerta hacia adentro. Hasta que viniera el forense no podía cerrarle los ojos. La mirada perdida e incolora le incomodaba. Qué cosa rara, era como si no tuviera pupilas...

La voz, que parecía salir del suelo, le dijo: “Me atacó, oficial. Me atacó a picotazos. Nunca me había sucedido algo así. Yo siempre he sido muy cuidadoso con los animales ¿Acaso las aves de corral atacan a los humanos? ¿Sabe usted de dónde venía? No es común que haya gallinas sueltas por el vecindario”.

Con tono dubitativo, el policía habló: “Este cadáver no es de una gallina, señor. Es de una mujer como de cuarenta años, alta y no muy corpulenta. ¿De qué gallina me está usted hablando?”.

El hombre levantó la cabeza. Comenzaba a escucharse un sonido casi irreconocible para él: era la sirena de una patrulla. Si estuviese en su país, probablemente no le prestaría más que una atención casi subconsciente. Louis Lucky Kular elevó la mirada y, desde el rincón de la cocina donde se hallaba, alcanzó a ver la panza del oficial que se le ha ido acercando poco a poco. Lentamente los ojos se le fueron llenando de lágrimas y suspiró, al fin consciente.

—Se llamaba Ana y me creía un gringo feo.

Tumbalocos

Gonzalo Lema*

El camión pasó raudamente por un claro del Chaco. A su derecha, un feo hotel de dos pisos rotos y tres casas a medio hacer, de paredes blancas, quedaron desdibujados por la polvareda sucia que levantaba. El viejo juez Jaramillo despertó justo cuando el barquinazo lo elevaba de la plataforma astillosa de la carrocería y apenas tuvo tiempo para sujetarse de la llanta de repuesto antes de que el camión tropezara nuevamente con una cadena de hoyos del camino sin fin. “Palos Blancos”, murmuró. “Asiento judicial”. El camión no disminuyó de velocidad para entrar a un juego de curvas. El juez Jaramillo volvió a sujetarse de la llanta y superó con éxito las dos primeras pero, a la tercera, la pesada llanta amenazó con aplastarlo como a una araña contra las paredes de la carrocería. Abandonó su maletín y su sombrero de petimetre, se puso de cuatro patas y penosamente trató de llegar al fondo, como si se tratara de un refugio seguro. En cada barquinazo se golpeaba las rodillas y en el resbalín penoso de las curvas se astillaba las manos. “Juez de vigilancia”, se repetía, mientras el camión pujaba cuesta arriba. Luego logró sujetarse de una tabla salida del piso y aprovechó para torcer el cuello y mirar al cielo profundo: a un metro de su cabeza pasaba el aire cortado por el camión en marcha. Se levantó en varios movimientos, sujetándose de la carrocería. Cuando llegó a pararse recibió una bofetada del tufo caliente

* Nació en Tarija en 1959. Es autor de, entre otras, las novelas *Este lado del mundo* (1985), *El país de la alegría* (1987), *La huella es el olvido* (1993), *Ahora que es entonces* (1998), *La vida me duele sin vos* (Premio Nacional de Novela 1998), *El mar, el sol y Marisol* (2009), *Los días vacíos del Raspa Ríos* (2013) y *Todos fuimos familia* (Premio Internacional de Novela Kípus 2014), y de los libros de cuentos *Nos conocimos amando* (1981), *Un hombre sentimental* (2001) y *Tumbalocos* (2014).

“Tumbalocos” fue extraído de *Ahora que es entonces*, La Paz: Alaguara.

del Chaco. Retrocedió un paso con un solo pie. El otro lo mantuvo firme, pero unos segundos después se vio obligado a volcar la cara y recibir el aire en la nuca. El camión corría como se podía hacerlo en los años treinta, y a veces tocando, kilómetros de kilómetros, la bocina.

El juez Jaramillo volvió a ubicar su esqueleto de cuatro patas y trató de llegar al fondo de la carrocera. Estaba en ese intento cuando el camión se elevó por los aires y la llanta, en un rebote alto, le mordió la mano, pero pronto hubo otro barquinazo que se la liberó. La llanta se elevó en saltitos, como un sapo y, ante su desconcierto, se fue hacia atrás. El camión pasó en velocidad por un pobre campamento de trabajadores en huelga –que hacían el servicio de caminos– y más adelante frenó con una sola pisada del pedal: el juez Jaramillo se fue de bruces. Dio, sin desearlo, un volteo correcto de frente y otro muy doloroso de un costado, se arrastró en el mismo impulso un par de metros y frenó todo con un choque fuerte de su espalda contra la pared posterior de la cabina que sonó como un pistoletazo. Cuando apenas abrió los ojos, una maleta enorme irrumpía en el escenario de la carrocera con un ruido seco. Tras de ella se descolgó un hombre que no lo miró.

Media hora más tarde, el juez dormitaba como un lirón. El hombre, en cambio, viajaba parado, con las chuecas piernas abiertas, en medio de la carrocera, manteniendo perfectamente el equilibrio. El juez durmió como un par de horas aunque a él le parecieron unos minutos. Cuando despertó, sus párpados se abrieron sin ningún esfuerzo y su boca esbozó una sonrisa arrugada. Frente suyo, con un cigarro en los dedos, el hombre continuaba en un equilibrio muy parecido al baile. “Hola”, le dijo este mientras echaba el humo de su cigarro al cielo. El juez Jaramillo dio la impresión de recién estar reparando en él. “Por qué baila”, le preguntó afirmando. El hombre se rió: “Cuando viajo no duermo”, le dijo. Luego añadió: “Soñaría pesadillas”. El juez se levantó penosamente y desempolvó a manotazos su raído traje gris. Buscó su pequeño maletín con la mirada: lo encontró bajo los pies del hombre. Hizo una seña para que se lo devolviera. “Solo duermo dos horas al día”, dijo el otro, orgulloso. Se bajó lento del maletín, se lo dio al juez en mano propia y continuó su explicación: “Después del almuerzo”. El viejo juez, desconcertado, tosió antes de rellenar a golpes las huellas profundas del hombre en su maletín. Luego buscó su sombrero en los cuatro costados. “Se habrá volado”, dijo para sí. El hombre pareció confundirse. El camión tronaba en su esfuerzo por escalar la cuesta. “Quién se ha volado”, preguntó realmente preocupado. El juez, mientras tanto, había logrado gatear hacia el otro costado, hacia la llanta de repuesto. Trató de empujarla e hizo palanca con sus piernas

flacas; se esforzó, se puso colorado pero no pudo moverla. El hombre lo observó, ajeno a ese raro esfuerzo. El juez volvió a su lugar, siempre a gatas, en busca de un pañuelo para el sudor perlado de su frente en el maletín. El Chaco se iba alejando en cada curva. El olor a podrido de su vegetación se aligeraba en los metros conquistados al llano. El hombre se acercó bailando a la llanta, la pulsó alzándola un tanto. “Pesa como un hombre muerto”, dijo y se rió, travieso. El juez no lo podía escuchar porque se limpiaba la nariz. Luego buscó sus lentes en sus diez bolsillos y no los halló, aunque sí en el maletín. El hombre, mientras tanto, había alzado la llanta en vilo y la había depositado en la otra esquina. “Como dos muertos”, corrigió feliz. El juez se abuenó con la vida al empuñar sus lentes redondos y gruesos. Iba a frotarse las dos mejillas con ambas manos pero se detuvo pensando en las astillas. “A dónde viaja”, preguntó el hombre en medio de su baile de equilibrio y con tono policial. El camión tronó aún más en ese instante. Detrás de ellos se levantaba el polvo denso por encima la altura de la carrocería. El juez creyó haber escuchado algo pero, al no estar seguro, prefirió callarse. Se miraron a los ojos. El juez se sentó sobre su maletín y su vista se posó mansa en el lugar donde antes había estado la llanta. “¿Es mi sombrero?”, preguntó exaltado. El otro le hizo señas de que sí con la cabeza. El juez se fue a gatas a recuperarlo. El camión aceleró y lo mandó de bruces contra la pared del fondo. El juez no se enojó con el golpe, sino que feliz tomó su sombrero plano y lo sacudió con la mano libre. “¡Gracias a Dios!”, dijo sinceramente. “En mi familia solo heredamos este sombrero”. Lo golpeó contra una rodilla para darle su antigua forma y sacarle el polvo del camino. “Gracias”, le dijo al hombre de pie. Este levantó los hombros con cierta suficiencia.

Un minuto más tarde se acercó al juez y se presentó: “Juan Ramírez”, le dijo. “Para servirle”. La mano de Jaramillo crujió en la del hombre. “¿Por qué no se sienta un momento?”, le preguntó. El hombre continuó bailando. “Aprovecho el viaje para hacer mi preparación física”, le contestó. El juez se limpió la nariz y abrió la boca: sintió en su cerebro que la tela del oído derecho se le desgarraba completamente. El hombre bailaba alrededor de su inmensa maleta. En sus movimientos había algo que desentonaba. El juez lo miró mejor: “Mucho cuerpo para esas pobres piernas”, pensó. El camión volvió a los barquinazos y el juez advirtió que la llanta se le aproximaba a saltitos. “¡Mierda!”, exclamó. Trató de huir rápido a gatas pero el sombrero en una mano le obstaculizaba el movimiento. El hombre observaba todo nuevamente indiferente, pero por suerte para el juez el camión hizo un seco alto en plena cumbre y el conductor, gordo y petiso, apareció de inmediato frente a la cabina, desparezándose. Su joven

ayudante orinaba contra la llanta trasera: escupía, pateaba y orinaba. El juez, al ponerse de pie, se dio de bruces con el conductor que trepaba. “Perdón”, alcanzó a decir sin evitar chocar cara contra cara. El conductor, de cara aindiada, se rió.

Mientras el juez se frotaba la nariz, los escuchó hablar:

—¡Qué tal, Tumbalocos! —saludó el conductor.

El juez se sorprendió. El Tumbalocos le respondió al conductor con un seco golpe cariñoso en la espalda. El ayudante pateaba las llantas con la punta del pie descalzo. El otro pie calzaba una abarca rota. Luego se fue tras unos matorrales transparentes. El juez Jaramillo abrió una y otra vez la boca para destapar el oído. “Ahora también es el izquierdo”, dijo con tono suave. El conductor lo miró extrañado y le preguntó si se trataba de un tic. “Es el oído”, el juez le corrigió. Después el conductor bajó de la carrocería y llamó al ayudante para que se apurara.

Antes de subir a la cabina, se dirigió al Tumbalocos:

—En la otra curva, entonces —le dijo—. Es mejor.

El juez nuevamente abrió la boca con cuidado y sintió que sus oídos se desgarraban. Se limpió la nariz antes de preguntar si ya partían.

El camión arrancó penosamente después de dudar si marchaba hacia adelante o hacia atrás. El juez se había acomodado sentado en la misma esquina de siempre y el hombre continuaba parado, con las piernas abiertas, en el centro de la carrocería. Del Chaco ya no quedaba más que un verdor al fondo, encajado entre el cielo azul y la tierra. El camino hacia adelante era pampa pelada, paja brava, piedras menudas en las faldas de los cerros.

Imprevistamente, el hombre le preguntó como interrogándolo:

—A qué fue a Villamontes.

El juez abrió la boca varias veces, como si ejercitara la respuesta:

—Asuntos de gobierno —dijo. Se arregló la levita de principios de siglo con cierto orgullo—: soy juez de vigilancia.

Unos minutos después, el camión se estacionó demasiado inclinado contra la cuneta pelada. El juez se reclinó al otro lado tratando de lograr el contrapeso. El conductor trepó a la carrocería y ayudó al Tumbalocos a cargar la maleta. Juntos la llevaron hasta el borde del precipicio.

—¡Listo! —dijo el conductor palmeándose las manos.

El Tumbalocos la pateó al vacío.

El juez se sorprendió de verlo trepar nuevamente al camión. “¿Que no se iba?”, le preguntó curioso. “¡Ya se fue!”, le contestó el otro. El juez no entendió nada de la respuesta. “Estoy recontra sordo, casi como una tapia”, murmuró.

Media hora más tarde volvió a parar el camión y el Tumbalocos le dijo: “Ahora sí que me voy”. El juez se limpiaba la nariz y solo alcanzó a responderle cuando él ya estaba junto a la cabina:

—Que le vaya bien –le dijo con sincero entusiasmo–. ¡Suerte!

El Tumbalocos se rió. Dio unos billetes al conductor que también se reía, igual que el ayudante, y contestó:

—Mientras haya oposición, habrá suerte.

El juez no escuchó bien. Abrió la boca para destaparse los dos oídos desgarrados y luego gritó fuerte por encima del ruido del camión:

—¡Soy el juez Jaramillo! ¡Si necesita algo, búsqueme en Tarija!

Dochera

Edmundo Paz Soldán*

a Piero Ghezzi

Todas las tardes la hija de Inaco se llama Io, Aar es el río de Suiza y Somerset Maugham ha escrito *La luna y seis peniques*. El símbolo químico del oro es Au, Ravel ha compuesto el “Bolero” y hay puntos y rayas que indican letras. Insípido es soso, las iniciales del asesino del Lincoln son JWB, las casas de campo de los jefes rusos son dachas, Puskas es el gran futbolista húngaro, Veronica Lake es una famosa *femme fatale*, héroe de Calama es Avaroa y la palabra clave de *Ciudadano Kane* es Rosebud. Todas las tardes Benjamín Laredo revisa diccionarios, enciclopedias y trabajos pasados para crear el crucigrama que saldrá al día siguiente en *El Herald* de Piedras Blancas. Es una rutina que ya dura 24 años: después del almuerzo, Laredo se pone un apretado terno negro, camisa de seda blanca, corbata de moño rojo y zapatos de charol que brillan como los charcos en las calles después de una noche de lluvia. Se perfuma, afeita y peina con gomina, y luego se encierra en su escritorio con una botella de vino tinto y el concierto de violín de Mendelssohn en el estéreo para, con una caja de lápices Staedtler de punta fina, cruzar palabras en líneas horizontales y verticales, junto a fotos en blanco y negro

* Nació en Cochabamba en 1967. Narrador y académico. Entre otras, es autor de las novelas *Días de papel* (1992, Premio Nacional de Novela Erich Guttentag), *Alrededor de la torre* (1997), *Río Fugitivo* (1998, la cual es la obra 99 de la BBB), *Sueños digitales* (2000), *La materia del deseo* (2001), *El delirio de Turing* (2002, Premio Nacional de Novela), *Palacio Quemado* (2006), *Los vivos y los muertos* (2009), *Norte* (2011) e *Iris* (2014), y de los libros de cuentos *Las máscaras de la nada* (1990), *Desapariciones* (1994), *Amores imperfectos* (1998), *Dochera y otros cuentos* (1998; “Dochera” ganó el Premio de Cuento Juan Rulfo 1997), *Simulacros* (1999), *Lazos de familia* (2008), *La puerta cerrada y otros cuentos* (2009), *Billie Ruth* (2012) y *Las visiones* (2016).

“Dochera” forma parte de *Dochera y otros cuentos*, La Paz: Editorial Nuevo Milenio.

de políticos, artistas y edificios célebres. Una frase serpentea a lo largo y ancho del cuadrado, la de Óscar Wilde, la más usada: “Puedo resistir a todo menos a las tentaciones”. Una de Borges es la favorita del momento: “He cometido el peor de los pecados: no fui feliz”. ¡Preclara belleza de lo que se va creando ante nuestros ojos nunca cansados de sorprenderse! ¡Maravilla de la novedad en la repetición! ¡Pasma ante el acto siempre igual y siempre nuevo!

Sentado en la silla de nogal que le ha causado un dolor crónico en la espalda, royendo la madera astillada del lápiz, Laredo se enfrenta al rectángulo de papel bond con urgencia, como si en este se encontrara, oculto en su vasta claridad, el mensaje cifrado de su destino. Hay momentos en que las palabras se resisten a entrelazarse, en que un dato orográfico no quiere combinar con el sinónimo de *impertérrito*. Laredo apura su vino y mira hacia las paredes. Quienes pueden ayudarlo están ahí, en fotos de papel sepia que parecen gastarse de tanto ser observadas, un marco de plata bruñida al lado de otro atiborrando los cuatro costados y dejando apenas espacio para un marco más: Wilhelm Kundt, el alemán de la nariz quebrada (la gente que hace crucigramas es muy apasionada), el fugitivo nazi que en menos de dos años en Piedras Blancas se inventó un pasado de célebre crucigramista gracias a su exuberante dominio del castellano –decían que era tan esquelético porque solo devoraba páginas de diccionarios de etimologías en el desayuno, almorzaba sinónimos y antónimos, cenaba galicismos y neologismos–; Federico Carrasco, de asombroso parecido con Fred Astaire, que descendió en la locura al creerse Joyce e intentar hacer de sus crucigramas reducidas versiones de *Finnegans Wake*; Luisa Laredo, su madre alcohólica, que debió usar el seudónimo de Benjamín Laredo para que sus crucigramas abundantes en despreciada flora y fauna y olvidadas artistas pudieran ganar aceptación y prestigio en Piedras Blancas; su madre, que lo había criado sola (al enterarse del embarazo, el padre de 16 años huyó en tren y no se supo más de él), y que, al descubrir que a los cinco años él ya sabía que agarradera era *asa* y *tasca* bar, le había prohibido que hiciera sus crucigramas por miedo a que siguiera su camino. “Cansa ser pobre. Tú serás ingeniero”. Pero ella lo había dejado cuando cumplió diez, al no poder resistir un feroz *delirium tremens* en el que las palabras cobraban vida y la perseguían como mastines tras la presa.

Todos los días Laredo mira al crucigrama en estado de crisálida, y luego a las fotos en las paredes. ¿A quién invocaría hoy? ¿Necesitaba la precisión de Kundt? *Piedra labrada con que se forman los arcos o bóvedas*, seis letras. ¿El dato entre arcano y esotérico de Carrasco? *Cinematógrafo de John Ford en El Fugitivo*, ocho letras. ¿La diligencia de su madre para dar un lugar a

aquello que se dejaba de lado? *Preceptora de Isabel la Católica, autora de unos comentarios a la obra de Aristóteles*, siete letras. Alguien siempre dirige su mano tiznada de carbón al diccionario y enciclopedia correctos (sus preferidos, el de María Moliner, con sus bordes garabateados, y la Enciclopedia Británica, desactualizada pero capaz de informarlo de árboles caducifolios y juegos de cartas en la alta edad media), y luego ocurre la alquimia verbal y esas palabras yaciendo juntas de manera incongruente –dictador cubano de los años cincuenta, planta dicotiledónea de Centro América, deidad de los indios mohauks–, de pronto cobran sentido y parecen nacidas para estar una al lado de la otra.

Después, Laredo camina las siete cuadras que separan su casa del rústico edificio de *El Herald* y entrega el crucigrama a la secretaria de redacción, en un sobre lacrado que no puede ser abierto hasta minutos antes de ser colocado en la página A14. La secretaria, una cuarentona de camisas floreadas y lentes de cristales negros e inmensos como tarántulas dormidas, le dice cada vez que puede que sus obras son “joyas para guardar en el alhajero de los recuerdos”, y que ella hace unos tallarines con pollo “para chuparse los dedos”, y a él no le vendría mal “un paréntesis en su admirable labor”. Laredo murmura unas disculpas y mira al suelo. Desde que su primera y única novia lo dejó a los 18 años por un muy premiado poeta maldito –o, como él prefería llamarlo, un *maldito poeta*–, Laredo se había pasado la vida mirando al suelo cuando tenía alguna mujer cerca suyo. Su natural timidez se hizo más pronunciada, y se recluyó en una vida solitaria, dedicada a sus estudios de arqueología (abandonados al tercer año) y al laberinto intelectual de los crucigramas. La última década pudo haberse aprovechado de su fama en algunas ocasiones, pero no lo hizo porque él, ante todo, era un hombre muy ético.

Antes de abandonar el periódico, Laredo pasa por la oficina del editor, que le entrega su cheque entre calurosas palmadas en la espalda. Es su única exigencia: cada crucigrama debe pagarse el día de su entrega, excepto los del sábado y el domingo, que se pagan el lunes. Laredo inspecciona el cheque a contraluz, se sorprende con la suma a pesar de conocerla de memoria. Su madre estaría muy orgullosa de él si supiera que podía vivir de su arte. *Debiste haber confiado más en mí, mamá*. Laredo vuelve al hogar con paso cansino, rumiando posibles definiciones para el siguiente día. *Pájaro extinguido, uno de los primeros reyes de Babilonia, país atacado por Pedro Camacho en La tía Julia y el escribidor, isótopo radiactivo de un elemento natural, civilización contemporánea de la de Nazca en la costa norte del Perú, aria de Verdi, noveno mes del año lunar musulmán, tumor producido por la inflamación de los vasos linfáticos, instrumento romo, rebelde sin causa*.

Ese atardecer, Benjamín Laredo volvía a casa más alegre de lo habitual. Todo le parecía radiante, incluso el mendigo sentado en la acera con la descoyuntada *cintura ósea que termina por la parte inferior el cuerpo humano* (seis letras), y el adolescente que apareció de improviso en una esquina, lo golpeó al pasar y tenía una grotesca *prominencia que forma el cartilago tiroides en la parte anterior del cuello* (cuatro letras). Acaso era el vino italiano que había tomado ese día para celebrar el fin de una semana especial por la calidad de sus cuatro últimos crucigramas. El del miércoles, cuyo tema era el *film noir* –con la foto de Fritz Lang en la esquina superior izquierda y a su lado derecho la del autor de *Double Indemnity*–, había motivado numerosas cartas de felicitación. “Estimado señor Laredo: le escribo estas líneas para decirle que lo admiro mucho, y que estoy pensando en dejar mis estudios de ingeniería industrial para seguir sus pasos”. “Muy Apreciado: ojalá que Sigas con los Crucigramas Temáticos. ¿Qué Tal Uno que Tenga como Tema las Diversas Formas de Tortura Inventadas por los Militares Sudamericanos el siglo xx?”. Laredo palpaba las cartas en su bolsillo derecho y las citaba de corrido como si estuviera leyéndolas en Braille. ¿Estaría ya a la altura de Kundt? ¿Había adquirido la inmortalidad de Carrasco? ¿Lograba superar a su madre para así recuperar su nombre? Casi. Faltaba poco. Muy poco. Debía haber un premio Nobel para artistas como él: hacer crucigramas no era menos complejo y trascendental que escribir un poema. Con la delicadeza y la precisión de un soneto, las palabras se iban entrelazando de arriba abajo y de izquierda a derecha hasta formar un todo armonioso y elegante. No se podía quejar: su popularidad era tal en Piedras Blancas que el municipio pensaba bautizar una calle con su nombre. Nadie ya leía a los poetas malditos, y menos a los *malditos poetas*, pero prácticamente todos en la ciudad, desde ancianos beneméritos hasta gráciles lolitas –*obsesión de Humbert Humbert, personaje de Nabokov, Sue Lyon en la pantalla gigante*–, dedicaban al menos una hora de sus días a intentar resolver sus crucigramas. Más valía el reconocimiento popular en un arte no valorado que una multitud de premios en un campo tomado en cuenta solo por unos pretenciosos estetas, incapaces de reconocer el aire de los tiempos.

En la esquina, a una cuadra de su casa, una mujer con un abrigo negro esperaba un taxi (*piel usada para la confección de abrigos*, cinco letras). Las luces del alumbrado público se encendieron, su fulgor anaranjado reemplazando pálidamente la perdida luz del atardecer. Laredo pasó al lado de la mujer; ella volcó la cara y lo miró. Era joven, de edad indefinida: podía tener 17 o 35 años. Tenía un mechón de pelo blanco que le caía

sobre la frente y le cubría el ojo derecho. Laredo continuó la marcha. Se detuvo. Ese rostro...

Un taxi se acercaba. Giró y le dijo:

—Perdón. No es mi intención molestarla, pero...

—Pero me va a molestar.

—Solo quería saber su nombre. Me recuerda a alguien.

—Dochera.

—¿Dochera?

—Disculpe. Buenas noches.

El taxi se había detenido. Ella subió y no le dio tiempo de continuar la charla. Laredo esperó que el destartado Ford Falcon se perdiera antes de proseguir su camino. Ese rostro... ¿a quién le recordaba ese rostro?

Se quedó despierto hasta la madrugada, dando vueltas en la cama con la luz de su velador encendida, explorando en su prolija memoria en busca de una imagen que correspondiera de algún modo con la nariz aguileña, la tez morena y la quijada prominente, la expresión entre recelosa y asustada. ¿Un rostro entrevisto en la infancia, en una sala de espera en un hospital, mientras, de la mano de su abuelo, esperaba que le informaran que su madre había vuelto de la inconsciencia alcohólica? ¿En la puerta del cine de barrio, a la hora de la entrada triunfal de las chicas de minifaldas rutilantes, de la mano de sus parejas? Aparecía la imagen de senos inverosímiles de Jayne Mansfield, que había recortado de un periódico y colado en una página de su cuaderno de matemáticas, la primera vez que había intentado hacer un crucigrama, un día después del entierro de su madre. Aparecían rubias y de pelo negro oloroso a manzana, morenas hermosas gracias al desparpajo de la naturaleza o a los malabares del maquillaje, secretarias de rostros vulgares y con el encanto o la insatisfacción de lo ordinario, mujeres de la realeza y desconocidas con las que se había cruzado por la calle, la piel no tocada varios días por el agua.

La luz se filtraba, tímida, entre las persianas de la habitación cuando apareció la mujer madura con un mechón blanco sobre la cabeza. La dueña de El palacio de las princesas dormidas, la revistería del vecindario donde Laredo, en la adolescencia, compraba los *Siete Días* y *Life* de donde recortaba fotos de celebridades para sus crucigramas. La mujer que se le acercó con una mano llena de anillos de plata al verlo ocultar con torpe disimulo, en una esquina del recinto oloroso a periódicos húmedos, una *Life* entre los pliegues de la chamarra de cuero marrón.

—¿Cómo te llamas?

Lo agarraría y lo denunciaría a la policía. Un escándalo. En su cama, Laredo revivía el vértigo de unos instantes olvidados durante tantos años. Debía huir.

—Te he visto muchas veces por aquí. ¿Te gusta leer?

—Me gusta hacer crucigramas.

Era la primera vez que lo decía con tanta convicción. No había que tenerle miedo a nada. La mujer abrió sus labios en una sonrisa cómplice, sus mejillas se estrujaron como papel.

—Ya sé quién eres. Benjamín. Como tu madre, Dios la tenga en su gloria. Espero que no te guste hacer otras cosas tontas como ella.

La mujer le dio un pellizco tierno en la mejilla derecha. Benjamín sintió que el sudor se escurría por sus sienas. Apretó la revista contra su pecho.

—Ahora lárgate, antes de que venga mi esposo.

Laredo se marchó corriendo, el corazón apresurado como ahora, repitiéndose que nada le gustaba más que hacer crucigramas. *Nada*. Desde entonces no había vuelto a El palacio de las princesas dormidas por una mezcla de vergüenza y orgullo. Había incluso dado rodeos para no cruzar por la esquina y toparse con la mujer. ¿Qué sería de ella? Sería una anciana detrás del mostrador de la revistería. O quizás estaría cortejando a los gusanos en el cementerio municipal. Laredo repitió, su cuerpo fragmentado en líneas paralelas por la luz del día: *nada me más que. Nada*. Debía pasar la página, devolver a la mujer al olvido en que la tenía prisionera. Ella no tenía nada que ver con su presente. El único parecido con Dochera era el mechón blanco. “Dochera”, susurró, los ojos revoloteando por las paredes desnudas de la habitación. “Do-che-ra”.

Era un nombre extraño. ¿Dónde podría volver a encontrarla? Si había tomado el taxi tan cerca de su casa, acaso vivía a la vuelta de la esquina: se estremeció al pensar en esa hipotética cercanía, se mordió las uñas ya más que mordidas. Lo más probable, sin embargo, era que ella hubiera estado regresando a su casa después de visitar a alguna amiga. O a familiares. ¿A un amante?

Al día siguiente, incluyó en el crucigrama la siguiente definición: *Mujer que espera un taxi en la noche, y que vuelve locos a los hombres solitarios y sin consuelo*. Siete letras, segunda columna vertical. Había transgredido sus principios de juego limpio y su responsabilidad para con sus seguidores. Si las mentiras que poblaban las páginas de los periódicos, en las declaraciones de los políticos y los funcionarios de gobierno, se extendían al reducto sagrado de las palabras cruzadas, estables en su ofrecimiento de verdades fáciles de comprobar con una buena enciclopedia, ¿qué posibilidades existían

para que el ciudadano común se salvara de la generalizada corrupción? Laredo había dejado en suspensión esos dilemas morales. Lo único que le interesaba era enviar un mensaje a la mujer de la noche anterior, hacerle saber que estaba pensando en ella. La ciudad era muy chica, ella debía haberlo reconocido. Imaginó que ella, al día siguiente, haría el crucigrama en la oficina en la que trabajaba, y se encontraría con ese mensaje de amor que la haría sonreír. *Dochera*, escribiría con lentitud, paladeando el momento, y luego llamaría al periódico para avisar que había recibido el mensaje, podían tomar un café una de esas tardes.

Esa llamada no llegó. Sí, en cambio, las de muchas personas que habían intentado infructuosamente resolver el crucigrama y pedían ayuda o se quejaban de su dificultad. Cuando, un día después, fue publicada la solución, la gente se miró incrédula. ¿Dochera? ¿Quién había oído hablar de Dochera? Nadie se animó a preguntarle o discutirle a Laredo: si él lo decía, era por algo. No por nada se había ganado el apodo de Hacedor. El Hacedor sabía cosas que la demás gente no conocía.

Laredo volvió a intentar con: *Turbadora y epifánica aparición nocturna, que ha convertido un solitario corazón en una suma salvaje y contradictoria de esperanza y desasosiegos. Y: De noche, todos los taxis son pardos, y se llevan a la mujer de mechón blanco, y con ella mi órgano principal de circulación de la sangre. Y: A una cuadra de la Soledad, al final de la tarde, hubo el despertar de un mundo.* Los crucigramas mantenían la calidad habitual, pero todos, ahora, llevaban inserta, como una cicatriz que no acababa de cerrarse, una definición que remitiera al talismánico nombre de siete letras. Debía parar. No podía. Hubo algunas críticas; no le interesaba (*autor de El Criticón*, siete letras). Sus seguidores se fueron acostumbrando, y comenzaron a ver el lado positivo: al menos podían comenzar a resolver el crucigrama con la seguridad de tener una respuesta correcta. Además, ¿no eran los genios extravagantes? Lo único diferente era que a Laredo le había tomado 25 años encontrar su lado excéntrico. Al Beethoven de Piedras Blancas bien podían permitírsele acciones que se salían de lo acostumbrado.

Hubo 57 crucigramas que no encontraron respuesta. ¿Se había esfumado la mujer? ¿O es que Laredo se había equivocado en el método? ¿Debía rondar todos los días la esquina de su casa, hasta volverse a encontrar con ella? Lo había intentado tres noches, la gomina Lord Chelenise refulgiendo en su cabellera como si se tratase de un ángel en una fallida encarnación mortal. Se sintió ridículo y vulgar acosándola como un asaltante. También había visitado, sin suerte, las compañías de taxis en la ciudad, tratando de dar con los taxistas de turno aquella noche (las compañías no guardaban las listas, hablaría con el director del periódico, alguien debía escribir

un editorial al respecto). ¿Poner un aviso de una página de *El Herald*o, describiendo a Dochera y ofreciendo dinero al que pudiera darle información sobre su paradero? Pocas mujeres debían tener un mechón de pelo blanco, o un nombre tan singular. No lo haría. No había publicidad superior a la de sus crucigramas: ahora toda la ciudad, incluso quienes no hacían crucigramas, sabía que Laredo estaba enamorado de una mujer llamada Dochera. Para ser un tímido enfermizo, Laredo ya había hecho mucho (cuando la gente le preguntaba quién era ella, él bajaba la mirada y murmuraba que en una tienda de libros usados había encontrado una invaluable y ya agotada enciclopedia sobre los hititas).

¿Y si la mujer le había dado un nombre falso? Esa era la posibilidad más cruel.

Una mañana se le ocurrió visitar el vecindario de su adolescencia, en la zona noroeste de la ciudad, profusa en sauces llorones. El entrecruzamiento de estilos creaba una zona de abigarradas temporalidades. Las casonas de patios interiores coexistían con modernas residencias, el kiosko del coronel, con su vitrina de anticuados frascos de farmacia para los dulces y las *gomas de mascar perfumadas* (siete letras), estaba al lado de una peluquería en la que se ofrecía *manicura para ambos sexos*. Laredo llegó a la esquina donde se encontraba la revistería. El letrero de elegantes letras góticas, colgado sobre una corrediza puerta de metal, había sido sustituido por un basto anuncio de cerveza, bajo el cual se leía, en letras pequeñas, Restaurante el palacio de las princesas. Laredo asomó la cabeza por la puerta. Un hombre descalzo y en pijamas azules trapeaba el piso de mosaicos de diseños árabes. El lugar olía a detergente de limón.

—Buenos días.

El hombre dejó de trapear.

—Perdone... Aquí antes había una revistería.

—No sé nada. Solo soy un empleado.

—La dueña tenía un mechón de pelo blanco.

El hombre se rascó la cabeza.

—Si es en la que estoy pensando, murió hace mucho. Era la dueña original del restaurante. Fue atropellada por un camión distribuidor de cervezas el día de la inauguración.

—Lo siento.

—Yo no tengo nada que ver. Solo soy un empleado.

—¿Alguien de la familia quedó a cargo?

—Su sobrino. Ella era la viuda, y no tenía hijos. Pero el sobrino lo vendió al poco tiempo, a unos argentinos.

—Para no saber nada, usted sabe mucho.

—¿Perdón?

—Nada. Buenos días.

—Un momento... ¿No es usted...?

Laredo se marchó con paso apurado.

Esa tarde, escribía el crucigrama 58 de su nuevo período cuando se le ocurrió una idea. Estaba en su escritorio con un traje negro que parecía haber sido hecho por un sastre ciego (los lados desiguales, un corte diagonal en las mangas), la corbata de moño rojo y una camisa blanca manchada por gotas del vino tinto que tenía en la mano –Merlot, Les Jamelles–. Había 37 libros de referencia apilados en el suelo y en la mesa de trabajo; los violines de Mendelssohn acariciaban sus lomos y sobrecubiertas ajadas. Hacía tanto frío que hasta Kundt, Carrasco y su madre parecían tiritar en las paredes. Con un Staedtler en la boca, Laredo pensó que la demostración de su amor había sido repetitiva e insuficiente. Acaso Dochera quería algo más. Cualquiera podía hacer lo que él había hecho; para distinguirse del resto, debía ir más allá de sí mismo. Utilizando como piedra angular la palabra *Dochera*, debía crear un mundo. *Afluente del Ganges*, cuatro letras: *Mars. Autor de Todo verdor perecerá*, ocho letras: *Manterza. Capital de Estados Unidos*, cinco letras: *Deleu. Romeo y...* seis letras: *Senera. Dirigirse*, tres letras: *leí*. Colocó las cinco definiciones en el crucigrama que estaba haciendo. Había que hacerlo poco a poco, con tiento.

Adolescentes en los colegios, empleados en sus oficinas y ancianos en las plazas se miraron con asombro: ¿se trataba de un error tipográfico? Al día siguiente descubrieron que no. Laredo se había pasado de los límites, pensaron algunos, rumiando la rabia de tener entre sus manos un crucigrama de imposible resolución. Otros aplaudieron los cambios: eso hacía más interesantes las cosas. *Solo lo difícil era estimulante* (dos palabras, diez letras). Después de tantos años, era hora de que Laredo se renovara: ya todos conocían de memoria su repertorio, sus trucos de viejo malabarista verbal. *El Herald* comenzó a publicar, aparte del crucigrama de Laredo, uno normal para los descontentos. El crucigrama normal fue retirado 11 días después.

La furia nominalista del Beethoven de Piedras Blancas se fue acrecentando a medida que pasaban los días y no oía noticias de Dochera. Sentado en su silla de nogal noche tras noche, fue destruyendo su espalda y construyendo un mundo, superponiéndolo al que ya existía y en el que habían colaborado todas las civilizaciones y los siglos que confluían, desde el origen de los tiempos, en un escritorio desordenado en Piedras Blancas. ¡Preclara belleza de lo que se va creando ante nuestros ojos nunca cansados de sorprenderse! ¡Maravilla de la novedad en la novedad! ¡Pasm

ante el acto siempre nuevo y siempre nuevo! Se veía bailando los aires de una rondalla en el Cielo de los Hacedores —en el que los Crucigramistas ocupaban el piso más alto, con una vista privilegiada del Jardín del Paraíso, y los Poetas el último piso—, de la mano de su madre y mientras Kundt y Carrasco lo miraban de abajo hacia arriba. Se veía desprendiéndose de la mano de su madre, convirtiéndose en una figura etérea que ascendía hacia una cegadora fuente de luz.

La labor de Laredo fue ganando en detalle y precisión mientras sus provisiones de papel bond y Staedtlers se acababan más rápido que de costumbre. La capital de Venezuela, por ejemplo, había sido primero bautizada como Senzal. Luego, el país del cual Senzal era capital había sido bautizado como Zardo. La capital de Zardo era ahora Senzal. Los héroes que habían luchado en las batallas de la Independencia del siglo pasado fueron rebautizados, así como la orografía y la hidrografía de los cinco continentes, y los nombres de presidentes, ajedrecistas, actores, cantantes, insectos, pinturas, intelectuales, filósofos, mamíferos, planetas y constelaciones. *Cima era ruda, sima era redo. Piedras Blancas era Delora. Autor de El mercader de Venecia era Eprinip Eldat. Famoso creador de crucigramas era Bichse. Especie de chaleco ajustado al cuerpo era frantzem. Objeto de paño que se lleva sobre el pecho como signo de piedad era vardelt.* Era una labor infinita, y Laredo disfrutaba del desafío. La delicada pluma de un ave sostenía un universo.

El atardecer doscientos tres, Laredo volvía a casa después de entregar su crucigrama. Silbaba “La cavalleria rusticana”, desafinando. Dio unos pesos al mendigo de la *doluth* descoyuntada. Sonrió a una anciana que se dejaba llevar por la correa de un pekinés tuerto (¿pekinés? ¿zendala!). Las luces de sodio del alumbrado público parpadeaban como gigantescas luciérnagas (¡*erewhons!*). Un olor a hierbabuena escapaba de un jardín en el que un hombre calvo y de expresión melancólica regaba las plantas. *En algunos años, nadie recordará los verdaderos nombres de esas buganvillas y geranios,* pensó Laredo.

En la esquina a cinco cuerdas de su casa una mujer con un abrigo negro esperaba un taxi. Laredo pasó a su lado; ella volcó la cara y lo miró. Era joven, de edad indefinida. Tenía un mechón de pelo blanco que le caía sobre la frente y le cubría el ojo izquierdo. La nariz aguileña, la tez morena y la quijada prominente, la expresión entre recelosa y asustada.

Laredo se detuvo. Ese rostro...

—Usted es Dochera.

—Y usted es Benjamín Laredo.

El Ford Falcon se detuvo. La mujer abrió la puerta trasera y, con una mano llena de anillos de plata, le hizo un gesto invitándolo a entrar.

Laredo cerró los ojos. Se vio robando ejemplares de *Life* en El palacio de las princesas dormidas. Se vio recortando fotos de Jayne Masfield, y cruzando definiciones horizontales y verticales para escribir en un crucigrama *Puedo resistir todo menos a las tentaciones*. Vio a la mujer del abrigo negro esperando un taxi aquel lejano atardecer. Se vio sentado en su silla de nogal decidiendo que el afluente del Ganges era una palabra de cuatro letras. Vio el fantasmagórico curso de su vida: una pura, asombrosa, translúcida línea recta.

¿Dochera? Ese nombre también debía ser cambiado. ¡*Mukhtir!*

Se dio la vuelta. Prosiguió su camino, primero con paso cansino, luego a saltos, reprimiendo sus deseos de volcar la cabeza, hasta terminar corriendo las dos cuadras que le faltaban para llegar al escritorio en el que, en las paredes atiborradas de fotos, un espacio lo esperaba.

Verde

Claudia Peña Claros*

Estábamos en la cocina cuando mi abuela me dijo que mi madre tenía los ojos verdes. ¿Los ojos verdes?, pregunté yo, mirándola a través del humo dulce de la leña vieja.

Desde entonces, el verde fue mi color preferido.

Por eso me hice amigo de Benigno, porque él también tenía los ojos verdes. Nos conocimos en la cancha de aquí a la vuelta un viernes que llovió y la cancha se inundó. No fue esa la vez que me llevó a su casa. Fue recién en la vacación, cuando el patrón me puso el ojo morado, que él me dijo: venite a mi casa, mi mamá es buena y va a dejar que te quedés. Yo fui porque tenía mucho miedo de volver a la hacienda y que el patrón me acuse de ladrón.

La casa de Benigno estaba casi en las afueras del pueblo, en aquella dirección, detrás de la antena. Tenía el techo de motacú bien peinadito, el patio recién barrido, y las gallinas gordas. ¿Hay gente?!, gritó Benigno mientras íbamos entrando, y en eso salió doña Felicia, su mamá. Nada más verla, me di cuenta de eso, que ella tenía los ojos verdes. Sí, eran verdes, y la trenza bien peinada.

La mamá de Benigno era buena.

Todos los días, al amanecer, cuando despertaba a mi amigo, doña Felicia le pedía una canción. Benigno tenía una voz hermosa, y yo sé que su madre lo amaba más por eso, porque su padre había sido cantor también.

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1970. Narradora y poeta. Escribió la novela *La furia del río* (2010) y los libros de cuentos *El evangelio según Paulina* (2003) y *Que mamá no nos vea* (2005). También es autora del poemario *Inútil ardor* (junto a Valia Carvalho, 2005) y *Con el cielo a mis espaldas* (2007). Con el cuento "El destello" ganó el XLIII Concurso Municipal de Literatura Franz Tamayo en 2016.

"Verde" forma parte de *Que mamá no nos vea*, La Paz: Editorial 3600.

Benigno le hacía caso y empezaba a cantar distraído, mientras se lavaba la cara y se vestía. Era ese el único momento del día en que doña Felicia dejaba de hacer. Sus manos se detenían y miraba sin ver a través de la puerta, hacia la calle, con una sonrisa serena que intentaba esconder.

Yo nunca conocí a mi papá, y nadie me dijo nunca si mi mamá cantaba bien o no, pero sí sé que yo canto mejor que Benigno. Sé que soy mejor que él. Yo no canto distraído mientras me lavo y me visto. Cuando canto, yo pienso en las palabras, y las palabras me van llevando por entre ellas, y yo las beso y las muerdo, las saboreo, yo me como despacito aquellas palabras pequeñas y traviesas de las canciones.

Los primeros días no dije nada. Pero a la semana, mientras aceitaba mi montura, me puse a cantar como quien no se da cuenta. Me acuerdo bien: ella estaba amasando el pan, ocupada en el calor de la tarde, y en cuanto me escuchó se quedó quieta, callada, mirando lejos por la ventana. No me dijo nada, pero sospecho que se le aguaron sus ojos verdes mientras seguía obediente mi voz.

Desde entonces me miraba diferente, me servía el café y me acariciaba la cabeza mientras sonreía. Nunca me dijo nada, pero me charlaba de las canciones y de los cantores: ¿conocés a Horacio Vaca? me preguntaba con sus ojos verdes, y entonces yo le cantaba “Luna junto al río” de Horacio Vaca, y ella me miraba y sus labios cantaban despacito, siguiendo mi voz.

Yo la seguía a ella. No quería salir, ya no deseaba ir a la plaza con Benigno a las seis de la tarde a mirar peladas. Prefería aquella casita de techo bien peinado, donde las gallinas eran gordas y el patio estaba siempre barrido. Donde estaba doña Felicia.

La acompañaba al mercado, y a la vuelta nos desviábamos un poquito para pasar por el cañadón del río, para ver el sol rojizo de la tarde. Yo la cuidaba a ella, y ella me cuidaba a mí. Le traía agua desde la toma sin que ella me lo pidiera. Cuando veía que la tinaja estaba quedando vacía, yo dejaba cualquier cosa y traía dos baldadas de agua fresca de la toma, pero no de la toma de la cancha, sino de la de la plaza, porque ahí el agua es más dulce y nueva. Revoqué las paredes con una cal que me regaló don Antonio de la bodega, y le puse postes nuevos a la cerca. También hice una casita para que las gallinas pongan sus huevos, y con un poquito de veneno que me traje de la estancia le saqué todas las pulgas al *Vigilante*, que desde ese día andaba tras de mí todo el tiempo.

Me gustaba mirarla mientras despachaba sus asuntos, y aprendí cada gesto de sus manos arrugadas y pequeñas. Sus manos la delataban. Mirándolas sabía cuándo estaba contenta o agotada, cuándo estaba

apurada o nerviosa. También aprendí a reconocer cuándo los recuerdos inundaban sus manos y sus ojos verdes. La seguía con la vista y cuando ella levantaba los ojos y me sonreía, yo empezaba a cantar. A ella no le gustaban las canciones alegres y de felicidad. Le gustaban aquellas melodías antiguas que me enseñó mi abuela, esa de la muchacha que se va del pueblo y nunca puede volver, la del arriero pobre que se le muere el caballo, la del hombre que quiere a una mujer casada. Pero la que más le gustaba era “Esta nostalgia” de Horacio Vaca. Al principio no me salía muy bien, porque al final hay que mantener ese tono profundo y suave de la última estrofa, pero mi voz se fue afinando de tanto cantar, y una vez que escuché a Horacio Vaca por la radio, me di cuenta que ya le copiaba igualinga la voz.

Pero Benigno percibió todo y empezó a sentir envidia de mí. Doña Felicia ya no le pedía que le cante por las mañanas, y cuando nos fuimos a La Enconada a marcar las vacas del alcalde, Benigno vio que el abrazo de doña Felicia fue más generoso conmigo que con él. Me miró con una sombra en sus ojos, y no dijo nada en todo el camino. En La Enconada hizo pareja con José y yo tuve que trabajar con Tunín, que es débil y flojo. Cuando al final del día nos pagaron el jornal, él me lo pidió enterito, pa’ recuperar por lo menos algo de lo que tragás en mi casa, dijo.

A mí me dio miedo tener que irme, por eso cuando él estaba en la casa yo me quedaba en el patio, y me empleé con don Antonio para cargar los costales y cuidar sus chanchos. Pero Benigno empezó a hablar mal de mí: le contó a doña Felicia del patrón que decía que yo le robé; le contó de Fátima, la niña que yo seguía hasta el río. Le contó que nadie sabía quién era mi padre. Al principio ella no le hacía caso, y todo siguió igual que antes. Pero un día que el patrón fue al pueblo, yo vi que Benigno se acercó a él en la pensión y le comentó algo desde la sombra de sus ojos. El patrón se carcajeó solito y le invitó una cerveza, que Benigno se tomó de un trago, parado a un costado de su mesa.

Dos días después doña Felicia no me dejó acompañarla al mercado, y tardó en volver. Yo ya iba a ir a buscarla cuando la vi tornar por la esquina. Le había llenado la tinaja y le había comprado manteca de donde don Antonio, pero eso no la alegró como otras veces. Me dijo que se sentía enferma y esa noche no pude cantarle ninguna canción, y tampoco al día siguiente, ni al siguiente. El domingo fue a misa y después se quedó a confesión. Yo lo sé porque la acompañé a la iglesia, como siempre, y me quedé afuera como siempre también, porque mi abuela me había enseñado a no entrar donde los curas.

Ese día, cuando volvimos a la casa, doña Felicia me dijo que mejor me fuera, que no quería meterse en líos con nadie. Yo sentí lo mismo que cuando me caí del caballo en la fiesta de la Candelaria, solo que esta vez no pude levantarme de entre el polvo. Los ojos verdes de doña Felicia estaban rojos, y Benigno me dio la espalda y no dijo nada. Después ella no quiso mirarme más, y siguió pelando el maíz.

Yo me fui al cuarto apretando los dientes, aguantando el susto y la pena. Solo recogí las cosas que traje ese día que llegué, y un pañuelito de flores que doña Felicia había dejado junto a la ventana.

Ya debe haber estado rojo el sol del cañadón junto al río cuando me acerqué al fogón para despedirme de doña Felicia, que me extendió la mano pequeña sin levantar sus ojos verdes de los hervores de la olla.

Yo agarré mis cosas y me fui despacito, porque en realidad no quería irme. Pero me fui yendo, y me fui cantando. Esa fue la primera vez que lloré mientras cantaba.

Yucu

Giovanna Rivero Santa Cruz*

Lo primero que se distingue de la turba que grita mi nombre con una mezcla de fanatismo y horror es la escandinava cabeza pelirroja de Olaf Stamm, el cura, que está allí supuestamente para controlar los ánimos y garantizar que se me aprehenda con las garantías de ley. Que se ejemplarice la punición del más execrable de los pecados, pero que el pueblo no manche sus manos.

No me sorprende reconocer a la cocinera entre el gentío. La disculpo. El rostro moreno sobreexposto al sol y a la tristeza ni siquiera gesticula. Está allí porque tiene que estar. ¿En qué otro lugar podría aguardar por la reaparición de la hija, la meserita de ocho años, cuyo colmillo izquierdo yo guardo en calidad de obsequio? Si la cocinera tocara a mi puerta con seria amabilidad, yo le devolvería el colmillo para que por lo menos tuviera algo de la hija, un recuerdo.

Pero así, con brutalidad, yo no cedo.

Piensan que voy a quebrarme, que mi condición de extranjero constituye un terreno abonado para el escarnio, que traigo de otras culturas vicios y taras que practico en mi enfermiza intimidad.

En todo caso, el cura es también un extranjero y trae sus propios vicios y sus propias supervivencias. Si lo acogen es por el negocio redondo que les ofrece desde su atril cada domingo: la eterna salvación. Yo, que

* Nació en Montero (Santa Cruz de la Sierra) en 1972. Es autora de las novelas *Las camaleonas* (2001), *Contraluna* (2005), *Tukzon. Historias colaterales* (2009), *Helena 2022* (2011) y *98 segundos sin sombra* (2014). Con el cuento “Albúmina” ganó el Premio Cosecha Eñe 2015. También escribió los libros de cuentos *Nombrando el eco* (1994), *Las bestias* (1997), *La dueña de nuestros sueños* (2002), *Sentir lo oscuro* (2002), *Sangre dulce* (2006) y *Para comerte mejor* (2015).

“Yucu” forma parte de *Para comerte mejor*, Nueva York: Sudaquia.

conozco mejor el tedioso asunto de la eternidad, no prometo nada. Ni jodo, ni que me jodan. Negocio justo.

Hasta ayer vivía bien acá. No tenía planes de moverme del Beni por lo menos hasta que se hiciera indisimulable e incómoda la persistencia de mi relativa juventud. No siempre puedo fingir. No siempre quiero fingir. La autenticidad es para mí un lujo, algo que otros desperdician y gastan sin un proyecto. La autenticidad debería ser un proyecto existencial, o por lo menos político. Esto es algo que la niña intuyó desde el comienzo y por eso me atreví a hacer lo que hice.

¡Que salga el maldito!, grita alguien de la turba. Es una voz aguda de mujer. La cocinera permanece quieta, en silencio, dignísima en la tragedia. A ratos me entra la duda de si ella estaba enterada.

¡Salí, hijo de puta!, grita un hombre.

Espío por la hendidura que ha dejado un piedrazo en la madera gastada de la ventana de cuatro hojas. Los cuellos gritan, se inflaman, brotan venas importantes que, sin embargo, en este momento, no me despiertan apetito alguno. No estoy nervioso por ellos. Esta inquietud responde a otras causas.

La niña desapareció hace dos noches. Las primeras barridas de la policía dieron con un grupo de maleantes de poca monta. Los soltaron después de masacrarlos y comprobar que, aunque ubicaban a la meserita, no tenían la más pálida idea de su paradero.

Fue el propio Stamm, con sus terrores eclesiásticos, quien se apersonó en la comandancia para comentar sus sospechas. La anterior vez, con el caso de la gringa pelirroja (¿qué cuentas pendientes tendré yo con los pelirrojos?), fue también el mismísimo Stamm quien sugirió mi nombre como un dato a tomar en cuenta. No se armó ninguna turba aquella vez, y hasta pude hacerme el ofendido, el dolorido por semejante insinuación. Además, la embajada quedó contenta con el informe forense: la gringa se había electrocutado intentando tumbar mangos maduros de un árbol más frondoso que el que Olaf Stamm cultivaba en el edén de su imaginación. La varilla metálica con la que la infortunada intentaba robar esos frutos había hecho contacto con un cable de alta tensión que atravesaba el follaje y, como dicen por estos lares, “chau majau”.

El único que podía atribuirme una muerte con ese método era el cura Stamm, que sus conocimientos tendrá y eso se lo concedo.

Una noche de insomnio, mientras miraba Marte, único planeta que me tranquiliza, Stamm pasó por mi vereda. Había salido a pasear a los perros que cuidaban la parroquia después de que unos brasileños dejaran a la virgen apenas cubierta por el velo, llevándose la joyería barroca que

la adornaba. Los perros, obvio, recularon con las pelambres erizadas. Esto no me sucede en días normales. Pero esa noche había soñado con otros siglos y mis poros exudaban nostalgia. El sudor de un tipo como yo es mala cosa.

Stamm miró al piso, no por miedo, sino calculando los centímetros que mi sombra alcanzaba bajo mis pies. Yo seguí mirando Marte y esperando con paciencia la respiración de algún gatito callejero.

La única que supo darse cuenta de lo que me carcomía fue la niña, la hija de la cocinera. Ojos negrísimos, ancianos, el negativo de los dientes nuevos, blancos, en los que todavía se podía ver el filo aserrado, como si la chica jamás hubiera masticado algo consistente, un buen trozo de carne roja, el cilindro fibroso de la caña, como si se alimentara de papillas y payuje.

Reconozco que han sido años fáciles comparados con los anteriores. La gente del Beni es famosa por su carácter alegre, a ratos indiscreto, metiches pues, pero nadie se había atrevido a indagar más allá de lo que estuve dispuesto a compartir. El concepto de “extranjero” acá todavía tenía un halo romántico, un cierto *glamour* añejo del que no gozaba desde comienzos del siglo xx, cuando pasé una temporada en las afueras de Alemania, en Brandenburgo, dos o tres décadas. Me trataban bien allí, con distancia prudente pero con el debido respeto, hasta que mis hábitos alimenticios comenzaron a molestarles y confundieron mi entonces insuperable aversión a las carnes con una estructura judía que no poseo. Porque yo no poseo nada. En general, comprendo y acepto todo de las culturas y esta pasividad *benevolente*, por llamarla de algún modo, me ahorra una serie de trifulcas que mis músculos agradecían. No se trataba de una estrategia trashumante; era, más bien, un cansancio crónico.

Un maldito cansancio.

El día de la desaparición las cosas se dieron como siempre. Era un día nublado, así que aproveché de comer a la intemperie. El calor del trópico, bromean los lugareños, es una antesala del infierno.

La niña se acercó con la libreta. Hoy sirven hígado revuelto, pacú ahumau y coto relleno.

Caray. ¿No tienen falso conejo? (Me hacía gracia ese plato, mi favorito).

No, señor Duque. Lo que le dije nomás, y para tomar, solo chicha y limonada.

El hígado revuelto, ¿lleva huevo?

La niña le preguntó a gritos a su madre, la cocinera, si el “hígado” llevaba huevo, que lo estaba preguntando “el duque”.

Extrañamente me llaman “el duque” por mi afición a las guayaberas y no por mi nombre, Duke Moldova. Lo de las guayaberas es más bien un gusto que adquirí aquí mismo, de las costumbres del trópico. Una muchacha de Moxos viene a casa tres veces por semana para lavar y planchar. Es una artista almidonando los cuellos. Los llevo bien erguidos, aunque el sol raje. Nunca he sentido un apego especial por la moxeña, el pescuezo anémico me deja indiferente. Además, pocas veces mezclo las esferas en las que organizo mis días.

El hígado revuelto sí llevaba huevo. Y yo, con aquel episodio que levantó polvo en los cuatro puntos cardinales del pueblo, agarré una especie de alergia al huevo, no a su sabor, sino probablemente a la albúmina, o a la imagen de la gringa pelirroja explicándole a la niña lo que significaba ser vegana. Me acuerdo que la niña la miraba maravillada, mecida por el acento accidentado, con los ojazos negros fijos en la cara pecosa de la gringa. Los argumentos veganos eran largos, evangelizadores, pretendían llegar al tierno corazón de la pequeña mesera, contaminarla de su quisquilloso amor por el reino animal, culpabilizarla. “Tengo una vaca vegana, es una vaca australiana, come pasto en la mañana, fuma hierba en la ventana, larí-lará, larí-lará”, cantó finalmente la pelijorra. La meserita sonrió por breves segundos, intuyendo, desde una inteligencia pretérita a su edad temporal, la desesperada cosmética ideológica de los miserables seres humanos.

Entonces surgió algo en el menú que pareció confirmar los altos rigores de la pureza vegana, se trataba de una crema de zapallo. Fue en ese momento que intervine con una oportuna traducción. “Zapallo” era lo mismo que “calabaza”, es decir, “pumpkin”. La gringa sonrió agradecida. Tenía un cuello pálido de venas celestes, poderosas. Sin leche, recaló la gringa. La cocinera, que ante el evangelio vegano había salido hasta el patio para atender personalmente a la gringa, arqueó las cejas. Iba a ser difícil cuajar el zapallo sin leche, pero ya vería cómo...

Si es así, prefiero una porción de coto relleno, ordené.

Bien rellenito, prometió la niña, y se alejó talón planta punta hasta la cocina. La niña era a todas luces distinta. Su amabilidad respondía a la cultura, sí, pero una especie de arrogancia la elevaba por sobre los objetos y lo prosaico de su trabajo. Estaba hecha para otros sinos. Un día me dijo que había soñado conmigo, que yo sabía de qué se trataba su sueño. No indagué. Uno nunca sabe el tipo de tretas que usan los nativos para meterse donde no los llaman. La cocinera, por ejemplo, se sabía los pecados de medio pueblo y seguro con eso condimentaba su culinaria amazónica. La meserita era otra cosa. Los ojos negros y la sonrisa de dientes con sierra

terminaron de convencerme de sus salvajes intuiciones. La niña no buscaba ninguna otra información que la que ya poseía sobre mí.

Me distraje mirando los bufeos rosados. Bufaban despacito, se acercaba ya la época de apareamiento, de modo que los picos húmedos se habían puesto de un rosa aun más intenso, se daban besos, brincaban y se zambullían con elegancia, aleteaban como enormes pájaros. Lindos bichos. El cura Stamm llegó a la pensión en ese momento. Nos saludamos con discretas inclinaciones de cabeza. Eligió una mesa que bordeaba la orilla. Les sonrió a los bufeos, quizás por puro automatismo. Esos delfines son más que simpáticos y ablandan el ánimo.

La niña trajo finalmente mi orden. Asentó el plato humeante sobre la madera bruta de la mesa, madera que me gustaba por sus irregularidades, en las que detenía las yemas de los dedos con el mismo objetivo con el que los japoneses amasan bolas de cristal: para sosegar el hambre. No esta hambre, digamos física, sino la otra, el hambre que me animaliza, el lugar común de mi leyenda, el hambre previsible que me iguala, en desesperación y humillación humanas, a los esqueletos de esas fotografías malintencionadas de África. A mí también podrían tomarme una de esas maniqueas fotografías las noches de inquietud, cuando me levanto a mirar el planeta Marte, a escuchar el bramido de sus gases protegiéndolo de ese intestino infinito y voraz que es el universo. Mis noches de Marte son mis noches de lucha, otro viejo lugar común con el que la vocinglería popular ha tejido cuentos baratos. (Quizás esto, mi vida, este paréntesis en el trópico boliviano, haya sido otro cuento barato, a no ser por la presencia de la chica, que sosegaba mis batallas). En todo caso, mi lucha no es tan descomunal ni tan perversa. Apenas un retortijón incómodo en el estómago, un insomnio persistente cercano a la infelicidad, y la certeza de que pese al cansancio crónico, quiero, tengo que seguir respirando. Mi tarea es tan pasiva como la del testigo. Ni siquiera hay un interlocutor. Miro los siglos, me alimento y sobrevivo. Las noches de Marte, en resumidas cuentas, escribo algo, lo quemo rigurosamente y me contento con algún gatito famélico sin dueño que lo llore ni perro que le ladre. Y si alguien me tomara una fotografía en el instante en que espero por el lánguido felino, podría ver la indefinible debilidad de mi naturaleza, aceptando estas limosnas de la civilización. (Joder, tantos años y no he podido erradicar la autolástima).

El plato en cuestión era sencillo. Miré a la niña, como reclamándole algo, la exuberancia de otras comidas que había recibido en esa misma pensión de la Laguna Suárez. Nunca pedía pescado para no buscarle cinco pies al gato, pero podría decirse que esa pensión era una sucursal

del Olimpo. La niña sonrió, transparente, puro cartílago. Una gotita de sangre le teñía el labio inferior. ¡Oh, por Dios, dame paciencia!, respiré hondo. Qué miserable soy.

Apunté a la boca de la niña con mi índice tembloroso, cerrando los ojos para no verla, temblorosa también, sangrante. Debió creer que era asco lo que era invencible debilidad.

Patean la puerta y los travesaños interiores con que la he asegurado se tensan, pero no ceden. Pienso en ataúdes medievales, de maderas tan humildes y finas como estas del Beni.

¡A lincharlo!, se enardecen las voces. Es curioso, pero casi diría que hay alegría en ellas, una renovada vitalidad.

Me cambio la guayabera sudada. Debemos estar cerca de los 40 grados. Ojalá lloviera. “Que llueva, que llueva, la vieja está en su cueva”, raro. Silbar no me sale. No ayuda ni la dentadura ni el paladar.

¡Una sogá!

Ese día, al atardecer, esperé a la niña por el camino de tierra. Conocía la rutina de la cocinera y sabía que se quedaba en la pensión hasta el anochecer a descamar pacú. La niña emergió de la loma Monovi con paso decidido. Una patita delante de la otra. Venía como concentrada en las piedras que al friccionarlas sacan chispas. Yo la había visto juntar esas piedritas en un bote de cristal. Cuando se adelantó, la seguí un poco. Quería disfrutar de esa velocidad infantil con la que iba a quedarme, sí, pero en otros términos.

La niña escuchó, me imagino, el chasquido de mis abarcas en la arena y, en vez de correr, aminoró la marcha. Sin embargo, levantó la cabeza para sentir, supongo, cuán cerca estaba aquel que la seguía.

Yo estaba lo suficientemente cerca como para perderme con el olor ácido de su cuerito. Porque ella entera estaba cubierta por una piel resistente, asperezas de niña que la protegían, como si ella fuese dos. Una para atender a los clientes de la pensión, y otra que era solo una luz tenue y salvaje buscándome en el camino de tierra.

El pelo, en cambio, olía a humo. Estiré la mano y le toqué la trenza semideshecha.

La niña volteó con los ojos negros enormes, húmedos de lágrimas.

La turba entra. Olaf Stamm nombra a Dios, pide serenidad, confianza en una justicia que excede la voluntad del hombre. ¡Son hijos del Bien!, grita. ¿Acaso no escuchan, hombres sordos?, ¡son hijos del Bien!

Miro el reloj de arena que yo mismo diseñé con arenilla fina del Mamoré. Un reloj infalible, indiferente al tiempo de algún modo.

Faltan tres horas. Acomodo el cuello de la camisa. Esta vez me parece que la muchacha se excedió con el almidón.

No tuve que ofrecerle caramelos ni tender ninguna archisabida trampa. La llamé por su nombre: Lena.

Esto es tuyo, dije, extendiendo la joya.

Lena miró la palma de mi mano.

Tiene muchísimas arrugas en su mano, señor... Duque, dijo. Las lágrimas le corrían por la carita morena.

Lena olía también a cebollas frescas.

¿No vas a tomar lo que es tuyo?

Tres sujetos pasan una soga gorda por mi pescuezo. No me preocupa que me revienten. No es ese el método. Me arrastran por entre los pies del gentío. Reconozco las piernas varicosas de la cocinera. Todo pasa muy rápido. Stamm intenta protegerme con su cuerpo vikingo, pero lo empujan, le dicen permiso, esta no es su tierra ni su reino, una bota de vaquero me patea la cara, ni siquiera les advierto de las consecuencias de rociar su tierra con mi sangre, y de pronto estoy atado de pies y manos al mástil de la plaza donde cada 18 de noviembre izan la bandera.

El famoso coto relleno era, en realidad, un gusano regordete en la vastedad circular del plato. Un trozo de yuca atenuaba la soledad de la porción. No me decidía a cortar esa tripa, su totalidad obscena me hipnotizaba.

Olaf Stamm me miraba desde su mesa, hambriento y asqueado por la lujuriosa visión de mi almuerzo, coronado por el vapor que manchaba el aire de especias y sales.

He desarrollado la capacidad de verme por fuera, algo que hace cinco o siete siglos me era francamente imposible, siempre estaba atento a mi instinto, al instante demasiado breve de la satisfacción, en una intimidad asfixiante. Era mi propio caníbal. En eso debe consistir la penitencia de mi stirpe: el instante contra la eternidad. Cae vencida la eternidad ante la infantil existencia del instante. El hombre común no lo sabe y es feliz.

Troceé el coto en tres partes. Me gusta hacer las cosas así, en tres episodios, quizás imitando la longitud de los relatos. En la primera parte alguien sufre, me lo van a decir a mí, que reconozco el pánico hasta en los ojos de un sucha. Es curioso. No deja de sorprenderme la creatividad de los pobres, azuzados por la adversidad para distraer a la muerte, los lados ordinarios de la muerte. Yo también, si lo pienso con sinceridad, soy bastante pobre: siempre calculando la inminencia de mis carestías, la falta de gatos, las sospechas de un pueblo que sabe diferenciar entre sus crímenes y los hechos abominables.

Había filosofía en ese coto relleno. La piel del pescuezo de la gallina –la ingeniería delicadísima de los huesos que lo estructuran– es rellena con las menudencias del mismo animal. Nada se desperdicia, todo se transforma, se contiene a sí mismo en un egoísmo molecular disfrazado de economía. Debía ser por eso que me sentía bien en este trópico agresivo, por esa ética salvaje a la hora de sentarse a una mesa.

Acabando el plato es que descubrí la joya, ¡la sorpresa! Una perla puntiaguda brillaba en las entrañas del coto. Levanté la cabeza, mi vista barrió la bahía, las aguas todavía calmas, los picos femeninos de los bufeos toqueteándose, el alar de la cocina, los ganchos de las redes de pesca, la hamaca trasera con sus flequillos de hilos bailando con la brisa; llegué hasta la niña y la vi sonriente, con la recién nacida oscuridad en el lugar donde hasta esa mañana tenía el colmillito izquierdo. Me lo había ofrendado. La niña me había ofrendado un fruto de su infancia.

Ganas antiquísimas de llorar me agriaron los ojos. Uno como yo no llora sin pagar las consecuencias. Las ampollas que levanta esa sal son persistentes, me asemejan a un leproso. Un ser con el que puedo tener ciertas cosas en común, pero con el que definitivamente no empatizo. Cuestión de química, de leyendas tensionadas.

No lloré. Me tomé la chicha de un saque. Su acidez final me recompuso.

El cura pelirrojo me miraba con maldad eclesiástica.

Guardé el colmillito en el bolsillo. Me serví un poco más de chicha, bebí un último trago y me retiré. El cura dijo buen provecho, pero con la mirada entornada, midiendo mi sombra y la manera en que esta se pliega a mis talones.

¡Ahora pedí piedad, Moldova maldito!

Alguien trae un galón con gasolina.

Lena, digo en voz baja.

Olaf Stamm llora desesperado. Levanta las manos y dice que por lo menos tengo derecho a orar. No sé si lo dice por las circunstancias o es una estrategia. No puede estar hablando en serio.

La enterré entre árboles altos, oscuros, para que al despertar no tuviera convulsiones y la sed fuese tolerable. Hay mitos y hay verdades. Le había preguntado si conocía una palabra mágica en el idioma de su madre, el moxeño, que esa sería su palabra para cuando tuviera que trazarse una ruta transecular, para que la dilución del tiempo no le cavara lo de adentro, para que las vidas hacinadas no la embotaran de un tedio insoportable.

Yucu, dijo Lena.

Armamos una fogata discreta y pusimos el colmillo a cocer, solo para estar seguros. El diente surgió filo y platinado como una luna menguante. Entonces le tomé la muñeca y con su propio colmillo hicimos el tajo. El resto fue menos complicado. El crujido de su cotito al quebrarse para abrir su flujo me conmovió. Ahí sí lloré un poco, de la pura emoción.

Luego hundí mi cara, mis fauces, la longitud de mis búsquedas en el río de Lena.

Le había prometido que despertaría al tercer día, como había ocurrido con tantas personas a lo largo de la humanidad. Y Lena prometió que lo primero que haría sería buscarme. Venir a mí.

Me rocían gasolina en las piernas. No pido piedad. Además, el mundo ha perdido sus sonidos. Por algún motivo, más bien, me aflige la angustia del cura Stamm que, prácticamente sostenido por dos cambas corpulentos, comienza a vomitar. Un vikingo inútil en una tierra donde el mar es dulce y cruel. Un mar ancho como una hembra múltipara, que no desemboca en ninguna parte, un mar cuajado. Un mar espurio que también engendra eficaces pirañas. Pobre cura.

La cocinera me mira sin sentimientos reconocibles desde un pozo hondo. Me gustaría darle el colmillito, consolarla, decirle que Lena tendrá nuevos dientes, flamantes, despóticos, envidia de cualquier fauna.

Las mujeres tiran piedras y frutos podridos. Los adolescentes prenden fósforos y los apagan de un soplido, jugando, torturando. Está bien así, que se diviertan durante la hora restante que Lena tardará en despertar, sorprenderse de ese nuevo estado de ánimo del mundo, del verde áspero de la hierba, sacudirse las hojas secas, acomodarse la trenza, comer rapidito algún conejo, apretar los ojos mientras aprende el primer sabor de un corazoncito blando, atravesar el monte atroz, espantar el ganado y venir, venir a mí.

Mientras tanto, que siga ascendiendo desde los pantanos esa niebla cómplice, y que el ulular del viento avive el fuego estéril a mis pies. Arder es lo que quiero.

La Muralla

William Camacho Sanjinés*

*Si no canto lo que siento
me voy a morir por dentro
he de gritarle a los vientos hasta reventar
aunque solo quede tiempo en mi lugar*

Luis Alberto Spinetta

No recordaba cuándo fue la última vez que la había escuchado; de todas formas, y aunque la radio del taxi no tenía una fidelidad adecuada, oír nuevamente “Muchacha ojos de papel” rescató del olvido un periodo de su vida. Tenía unos 15 años, pocos más o menos, cuando la voz de Spinetta y las disonancias de su guitarra le abrieron, en la mente y el corazón, un horizonte nuevo, alejándolo del “Para el pueblo lo que es del pueblo” que, con su monotonía y arenga, había tomado el lugar central de toda guitarreada.

El indolente de su hermano, ajeno a los trajines de la época, a las ideas revolucionarias y, por consiguiente, a su música, quién sabe cómo se daba modos para conseguir cintas de ese músico argentino que insertaba poesía en melodías inverosímiles. Así, seguramente en una tarde de ocio, antes que escuchar alguna marcha militar en la radio, prefirió escarbar entre las pertenencias del hermano y poner en la radiograbadora la primera cinta que pudo rescatar de entre ese caos de ropas, botellas, toallas, libros, cuadernos, discos y otras tantas porquerías que ni siquiera eran identificables. Apretó play y cambió su vida: la voz del Flaco penetró sus oídos y los desvirgó, reventando el himen que durante años le había obstaculizado el placer de sentir la buena música.

El cambio fue notorio, y eso le hubiera costado ser repudiado por su pequeño grupo de revolucionarios trasnochados, de no haber finalizado,

* Nació en La Paz en 1974. En 2006, con “La secta del Félix”, ganó el Premio Nacional de Cuento Franz Tamayo. Es autor del libro *El misterio del estido* (2009).

“La Muralla” forma parte de *El misterio del estido*, La Paz: Gente Común.

justo ese año, la larga presencia de las dictaduras en la conducción del país. Para Boris, democracia fue sinónimo de rock.

De su primera vez con el Flaco, a comprarse una guitarra y comenzar a tocar y cantar él mismo las canciones de su ídolo, transcurrieron apenas algunos meses. La labor no fue muy fácil, pues los acordes de Spinetta eran de una complejidad extrema: sin embargo, con las ganas que le puso y los sabios consejos de su vanguardista hermano, en cosa de un año, Boris ya amenizaba guitarreadas con las melodías de ese gaucho magistral. Y no faltó algún destetado con ínfulas de musicólogo que le dijera que esa música era de los setentas, simple resabio de una rebeldía pasada de moda. Pero Boris solo respondía con una mirada de desprecio; el Flaco jamás sería anacrónico.

Años después, con la melena crecida y una barba incipiente contrastando con la palidez de su rostro, se alejó de las guitarreadas para ganar espacio en boliches subterráneos, en compañía de tres amigos que lo secundaban en el escenario: Boris Paredes había formado el grupo La Muralla. Con el ego bastante crecido, mucho más luego de fumarse unas yerbas buenas –como él decía–, no tenía el menor pudor a la hora de tomar el micrófono y, con voz de trasnoche, proclamar que él era como un muro de contención que evitaba que la buena música se derrumbara finalmente en este país.

No, definitivamente no recordaba cuándo había escuchado por última vez la voz del Flaco, pero sí tenía en la memoria la última vez que había entonado una de sus canciones. Fue la última vez que el dueño de La Caverna le dijo que la onda había cambiado: “No es nada personal, viejito, pero tu grupo ya no tiene público. Si por lo menos te decidieras a grabar algún disco, a meterle más ritmo a las rolas... quién sabe, tal vez así...”. Solo una mirada de desprecio, nada más, ese ignorante no se merecía ni siquiera el “hijo de puta” que Boris tenía atravesado en la garganta. Él jamás iba a someterse a la tiranía comercial de las disqueras. “Si aquí no nos quieren, ya encontraremos otro lugar donde sepan apreciar la buena música”, les dijo a sus compañeros, quienes para ese entonces ya habían hecho algunos contactos y tocadas clandestinas con otras agrupaciones, menos fieles al rock, pero que ofrecían, en una sola presentación, los ingresos que La Muralla no recaudaba en un año entero.

La Muralla se fue derrumbando ladrillo a ladrillo, y ni siquiera el pilar principal pudo resistir el embate del huracán.

En cosa de dos meses, el grupo se disolvió y sus intentos de formar otro fracasaron rotundamente. Agobiado por algunas deudas, incitado por los excompañeros, atraído por los billetes, Boris Paredes se fue acercando,

poco a poco, a las movidas tropicaleras que reinaban en los boliches de la ciudad. Al principio asistía a las presentaciones de sus excompañeros solo por evitar la soledad que comenzaba a aprisionarlo. No podía dar crédito a lo que sus ojos veían y, menos aún, a lo que sus oídos escuchaban: los muchachos, enfundados en cuerinas ajustadas, tocando sucesiones de cuatro acordes comunes, acompañaban a un gordito fosforescente que agitaba permanentemente sus rulos artificiales, dotando a su mímica de un histrionismo exagerado, mientras berreaba: “que no quede huella / que no y que no / que no quede huella...”.

Si ese desorejado podía congregarse a unas 500 personas solo con el respaldo de un ritmo pegajoso, sin prestar la menor atención al tono de la canción, él podía llenar estadios. Conseguir grupo no fue difícil, sus cualidades vocales eran innegables. Pero claro, con eso no bastaba; todavía tuvieron que pasar algunos meses hasta que el ritmo le fue familiar y pudo comenzar a contonearse con la soltura del gordito encrespado.

El debut no fue auspicioso; no porque el grupo fuese malo, sino porque ya había demasiada competencia. A pesar de ello, quedó gratamente sorprendido cuando se realizó la repartición de las ganancias. Si así les iba en una mala noche, después de unos meses, cuando ya estuviesen más consolidados en el ambiente tropicalero, calculó, ganaría lo suficiente como para liberarse de deudas, ahorrar una buena suma que le permitiera vivir austeramente un par de años y dedicarse, aunque tuviera que hacerlo solo, a entonar las canciones de Spinetta.

Los meses calculados pasaron sin pena ni gloria. Y así vinieron otros más, hasta que sumaron tres años. Su grupo era una suerte de equipo de media tabla, no tan malo como para descender, ni tan bueno como para campeonar. Boris se encontraba tan desanimado como resignado, y de repente, mientras caminaba por una calle del casco viejo, vio una tienda de instrumentos folklóricos e inmediatamente surgió la idea, ese momento de iluminación que puede transformarlo todo. Por qué no introducir esos instrumentos al grupo, combinar ritmos nacionales con la pegajosa cumbia; no se perdía nada intentando. Sus compañeros no aceptaron de buen agrado la sugerencia, pero su insistencia y la amenaza de dejar el grupo si no lo complacían determinaron el nuevo rumbo musical –no muy alejado del anterior, por cierto– de Los Indomables.

Durante los ensayos, un aire de “se los dije” aparecía en la mirada de Boris cada vez que contemplaba el disco de oro que habían ganado. Su idea los había lanzado al primer puesto en las radios especializadas; tocaban de miércoles a domingo, ya sea en discotecas o fiestas particulares, con frecuencia salían de viaje al interior del país para realizar presentaciones

y no faltaban las oportunidades para llevar su cumbia chicha más allá de las fronteras.

“...sueña un sueño despacito entre mis manos...”, seguía el Flaco en la radio, mientras el taxista, de tanto en tanto, levantaba la vista para observar por el retrovisor ese rostro que le parecía familiar. “Tú cantabas en La Muralla, ¿no?”, le dijo a Boris, sacándolo de sus recuerdos.

—¿Qué?

—Tú cantabas en ese grupo que tocaba canciones de Spinetta, ¿no?

—Ah, sí. Hace mucho tiempo ya.

—Sí pues, yo los fui a ver unas cuantas veces al boliche ese, ese... cómo se llamaba pues... la... la...

—Caverna. La Caverna.

—Sí, pues. La Caverna. Lindo era ese local. Buena música, buena onda... pero después se ha jodido. Ustedes dejaron de tocar y vinieron otros grupos que hacían cosas más de moda, sin tanto sentimiento, ¿no?

—Sí, tuvo su buena época.

—Sí pues. Pero a ti casi no te he reconocido, has cambiado hartito.

—Los años no pasan en vano...

—No, no es eso. Estás con otro aire, medio cambiado... no sé. ¿Ya has dejado la música?

Seguro lo estaba jodiendo, por lo menos eso pensó Boris. Cómo podía ser posible que no le haya escuchado cantar alguno de sus grandes éxitos, sobre todo el que estaba de moda, una reedición con injertos folklóricos de “Que no quede huella”. Era líder del grupo más exitoso, revolucionador de la cumbia chicha, ¿y este tipejo no lo sabía? Sin embargo, a pesar del orgullo herido, estaba consciente de que el taxista tenía razón, había cambiado mucho. Y mientras los acordes de la guitarra del Flaco, que se entremezclaban con sus pensamientos, comenzaban a atormentar su memoria, una nostalgia inmensa, de esas que fácilmente devienen en depresión, lo invadió de repente.

—Creo que sí, hace tiempo que ya no hago música.

—Qué pena, bueno era tu grupo.

—Los años no pasan en vano...

Y el recuerdo llegó. Un flash del pasado que lo encandiló, alejándolo de sus ansias previas, del nerviosismo agradable con el que había abordado el taxi. Era una gran noche, tenían que abrir el Festival Internacional de la Cumbia, un evento importante que por primera vez se organizaba en su ciudad. Sí, por fin recordó. Fue el día que cumplió 23 años. Sus compañeros de música habían organizado una tocada en su honor, con muchos invitados que alternaron en el escenario. Luego, se habían quedado en

La Caverna para proseguir el festejo en compañía de varios discos del Flaco. Ebrios, compartiendo porros, juraron solemnemente dedicar sus vidas a rendir tributo musical a Spinetta. Sí, esa fue la última vez que lo había escuchado.

—¿Y no piensas volver a tocar?

—Tal vez.

—¿O la cumbia ya te ha agarrado?

—¿Qué?

—Es que como estás yendo al festival...

—Ah, no. Vivo por ahí.

—Qué huevada, te van a torturar los chicheros. Lo que es yo, jamás pongo esas radios tropicaleras en mi auto. Spinetta, Charly, Fito, a veces algunas bandas mexicanas, rock nacional, toda esa onda, tú sabes, el rock es más que música; creo que tú dijiste en un concierto algo así, no me acuerdo bien, que el rock es una filosofía, una forma de vida, ¿no?

—Ah... Sí, yo lo dije: eso era... eso es el rock.

—Bueno, ya llegamos. Que la pases bien.

—¿Cuánto te debo?

—No es nada, viejo; ha sido bueno charlar con un rockero de la vieja guardia.

—Gracias.

Bajó del taxi rápidamente y corrió hacia la puerta de ingreso de los artistas. Parecía como si quisiera escapar de la mirada curiosa del chofer. Saludó displicentemente a los conocidos y se encerró en su camerino. “Te has atrasado, pendejo, en quince minutos tenemos que subir al escenario”, le gritó una voz del otro lado de la puerta, “apuráte”. Boris estaba listo, había preferido ir cambiado a la actuación, pues se sentía orgulloso del atuendo que esa noche iba a estrenar. Se miró al espejo y casi no se reconoció. La vez del Flaco le había hecho retroceder en el tiempo y le costaba identificarse con el gordito del espejo —enfundado en un traje de cuero negro, con flecos en las piernas y mangas, las botas con punta de metal, y el cabello rizado en peluquería—, tan lejano de aquel muchacho esmirriado que vestía jeans deshilachados, despreocupado totalmente por la apariencia física, con el cabello largo y lacio, que empuñaba su guitarra con firmeza para tocarla con pasión. Su guitarra, ¿qué sería de ella? Nunca la volvió a tocar. ¿Para qué?, si él era el vocalista, la estrella. Además, las disonancias de su compañera no servían para la cumbia. “Ya es hora”, le gritaron. Salió del camerino y buscó al guitarrista del grupo.

—Pepe, ¿trajiste tus dos guitarras?

—Sí, ¿por qué?

—Prestame una.

—¡Para qué!

—Quiero hacer algo diferente.

—¿Qué cosa?

—Quisiera hacer una canción yo solo, antes de tocar nuestro *hit*.

Pepe lo miró contrariado, pero Boris era el líder. Accedió. Subieron al escenario precedidos de una grandilocuente verborrea del presentador. Recibimiento atronador. Aplausos, gritos. “¡Boris, te amooooo!”. Los demás integrantes del grupo se miraron sin entender nada. “Creo que se le ha ocurrido algo nuevo para introducir el tema”, les dijo Pepe para calmarlos.

Se acercó al micrófono, agarrando temblorosamente la guitarra “Hace muchos años, cuando muchos de ustedes eran niños, yo me inicié en la música...”, el público calló, “...tocando unas canciones bellísimas...”, algunas sentimentales comenzaron a lagrimear, “...y hoy quisiera compartir con ustedes, mi público, que siempre me ha apoyado...”, los aplausos brotaron espontáneamente, “...esa parte de mi vida”. En medio de la ensordecedora aclamación de los presentes, Boris comenzó a tocar los acordes del Flaco. “Muchacha ojos de papel, a dónde vas...”, las sentimentales recogieron sus lágrimas, “...quédate hasta el alba...”, algunos silbidos se escucharon, “...sueña un sueño despacito entre mis manos...”, Pepe se acercó a sus compañero, “...hasta que por la ventana suba el sol...”, la rechifla se hizo general, “...muchacha piel de rayón, no corras más...”, el baterista miró a Pepe esperando la señal, “...tu tiempo es hoy...”, algunas latas de cerveza llegaron violentamente al escenario, “...y no hables más muchacha, corazón de tiza...”, Pepe bajó el brazo con energía, “...cuando todo duerma, te robaré un color...”, el baterista entendió la seña y comenzó a marcar el ritmo, acompañando el canto de Boris. Inmediatamente, los demás se acoplaron, Boris los miró de reojo y le fue imposible no dejarse llevar por el ritmo que sus compañeros habían comenzado.

La canción del Flaco quedó convertida en tropicalera introducción del *hit*, pues, con una diestra maniobra, Pepe empezó a llevar la melodía hacia la canción que tanto éxito les había dado. Boris, impotente, resignado, comprendió la intención del guitarrista y comenzó a cantar con la voz quebrada, cosa que originó una aclamación espectacular del público, el *hit* de Los Indomables. “Esta canción que traigo, amigo, es una más de dolor...”, se escuchó en el festival, mientras un par de lágrimas jugaban veloz carrera sobre las gordetas mejillas de La Muralla.

Continuidad de los bares

Yuri Soria-Galvarro*

Para Pavel Oyarzún, Oscar Barrientos, Alberto Aguilar y
Dinko Pavlov, que siempre anda con nosotros.

No conocía ese bar aunque Punta Arenas no es tan grande como para no enterarse de la inauguración de uno nuevo, pero me alegré de haber entrado y ver que no era cierto eso de que el Mejías había muerto. Él tardó en reconocermme, al menos eso creí mientras tomaba una cerveza en la barra, hasta que se paró y me señaló una silla en su mesa. Nos dimos un abrazo apretado y reparé en que no lo veía hace un par de años.

—Dijeron que te habías muerto, Mejías.

—Todavía debo demasiado dinero como para irme. Siéntate, te voy a presentar a unos amigos.

Lancé un saludo general, eran varios en la mesa, todos se presentaron ceremoniosamente.

—Tienes que mantenerte en contacto, Mejías, si no la gente inventa cosas.

—He estado viajando y ocupado en varios asuntos. ¿Y a ti cómo te ha tratado la vida?

—No debería quejarme, al menos sigo vivo, pero me gustaría trabajar menos y ganar más, o trabajar menos, a secas, con tal de tener tiempo para vivir. Me siento viejo, las enfermedades han empezado a rondarme. Sonia me dejó y he retomado la costumbre de salir a los bares, creo que estoy un poco alcohólico.

* Nació en Cochabamba en 1968. Narrador y poeta que vive en Chile. Es autor de *La frontera* (2001), *Crónicas de viaje* (2002), *Mar interior* (2006) y *Cuentos del Pacífico Sur* (2015).

“Continuidad de los bares” pertenece a *Cuentos del Pacífico Sur*, Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.

—¡Madre mía! Necesitas amigos, caíste en el lugar correcto. Pero vamos en orden, Raúl nos estaba hablando. ¿Y vendiste finalmente el piano? —preguntó al que estaba al lado mío.

—No vas a creer lo que pasó —dijo, y mostró su pie enyesado.

—Dale, que en este bar estamos acostumbrados a oír cualquier cosa.

El hombre tenía unos 40 años, usaba lentes cuadrados y tenía la cara rubicunda como el trasero de un mandril. Vacío su vaso y respiró hondo, tomando aliento para hablar.

—Tú sabes que necesitaba la plata. No quería venderlo pero las cuentas se habían acumulado. Herencia del abuelo, dormía en el living como si fuera un viejo animal embalsamado —dijo solemne y llenó su vaso nuevamente—. Después de varios borradores, redacté un aviso: “Vendo piano vertical, verdadera joyita, marca Steinway, solo interesados”. Adjunté mi teléfono y no quise incluir el precio pues prefería una negociación cuerpo a cuerpo (aunque todavía no sabía lo real que iba a resultar esa expresión).

El aviso se publicó el domingo, creí que nadie llamaría, pero por la tarde sonó el teléfono.

—Hola, te llamaba por lo del aviso.

—¿El piano? Sí, lo tengo acá mismo, está en óptimas condiciones, suenan todas las teclas, es un Steinway.

—¿Lo tienes desde hace mucho tiempo?

Solo entonces me percaté de que ella tenía una voz linda, algo aguda, pero modulaba pausado.

—Era de mi abuelo, no sé exactamente el año de fabricación, pero calculo como 1850 (esto último era una completa mentira, pues recién ahora caía en cuenta de que no tenía idea de cuándo había sido fabricado).

—¿Y tú tocas el piano?

—Bueno, no mucho. No.

—¿No te da pena deshacerte de él?

—Sí, claro, pero es que... Me cambio de casa y en el nuevo departamento no cabe —mentí.

—Yo, si tuviera un piano, no lo vendería.

—Este puede ser tuyo, puedes venir a verlo cuando quieras.

—¿Eres casado?

La conversación tomó un cariz diferente con esa pregunta.

—Separado, ¿y tú?

—Solterísima.

La insinuación era evidente, pero nos estábamos desviando del tema y yo quería vender el piano.

—¿Y cuándo quieres venir a verlo?

—¿No puedes traer el piano para que yo lo vea? Vivo sola en un departamento.

(¿Llevar el piano? ¿Esta mujer estaba loca?).

—Mira, el piano es grande, de esos de concierto, no puedo llevártelo.

—A mí me gustaría verte..., digo, verlo, no seas malo. ¿Cuándo lo puedes traer?

—Cuando tenga tiempo, te aviso, yo te llamo.

Colgué, convencido de que siempre podían sorprenderte con alguna locura nueva, y me propuse olvidar el asunto.

Por la mañana llamó de nuevo, me preguntó si aún no lo había vendido y cuándo podía llevárselo.

—¿Lo quieres comprar de verdad? Todavía no me has preguntado el precio.

—Me gustaría verlo primero, tráelo, no seas malito.

—Estoy un poco ocupado estos días, te llamo más adelante, cuando pueda llevártelo —dije seco, y colgué.

No estaba para atender locas, aunque ella tenía una voz interesante. Me arrepentí de haber publicado mi teléfono celular en el aviso, pues esa mañana recibí al menos cinco llamados que no contesté. Por la tarde no llamó y pensé que me había librado de su asedio, pero esa noche, después de mi habitual *pisco sour*, llamó de nuevo.

—¿Alóóó?

—¿Cuándo vas a traerme el piano? ¿Por qué no me contestas cuando llamo? —su voz imitaba ahora a una niña malcriada.

—¿Cómo te llamas?

—Sofía.

—¿Y qué haces en la vida, Sofía, aparte de llamar por teléfono?

—Tengo una empresa que más o menos funciona sola y viajo bastante por negocios pero también por placer, me gusta sobre todo el caribe y el sol, ¿y tú?

—Me gusta el *pisco sour* y la cerveza, vivo solo hace un par de años, leo mucho y viajo poco.

—Mira, el viernes puedes traerme el piano. Yo estaré solita, esperando.

—¿Como a las ocho está bien?

—Perfecto, te espero.

Ella me dio su dirección, un tercer piso, yo anoté sumiso y colgué mientras todavía sopesaba mis palabras. Seguramente influenciado por el *pisco sour*, me había comprometido a llevarle el piano, que debe pesar como 300 kilos, calculé. Terminé el resto del trago y me dormí en el sillón pensando en cómo iba a zafarme del compromiso.

Desperté con dolor de cabeza y un poco preocupado, vine tarde al trabajo y a mediodía ya me había convencido, sí, le llevaría el piano, llegaría tan decidido que a ella no le quedaría otra cosa que comprármelo, no iba a rechazarlo después del esfuerzo que suponía la maniobra. Además, me intrigaba conocerla, no lo niego.

El viernes llegué temprano a casa, forré el piano con unos cartones, una frazada en desuso y lo amarré con una cuerda que permitía agarrarlo con firmeza. A las siete y media llegó la camioneta. Cargamos el piano con los ayudantes del servicio de fletes y partimos rumbo a su departamento.

Estacionamos en la esquina y subí para estudiar el ascenso. La escalera era estrecha, sobre todo en las curvas; tres pisos no parecían mucho pero comprobé que nos costaría. Toqué el timbre y la puerta se abrió mientras me arreglaba el cuello de la camisa. Ella era algo mayor pero atractiva, vestía una falda negra a media pierna y su blusa blanca develaba unas tetas suculentas.

—¿Sofía?

—¿El hombre del piano? Te esperaba –dijo y me abrazó como si fuésemos antiguos amigos—. Trajiste el piano, supongo.

—Sí, lo tengo abajo.

—Súbelo, tengo preparada la cena con postre incluido –agregó riendo, burlona.

—Vuelvo en unos minutos –dije, y bajé los escalones de a dos.

La faena partió difícil. Incluido el chofer éramos cuatro, pero franquear la puerta de entrada fue un parto, tuvimos que pasar el piano de lado apoyándolo en el suelo y haciéndolo resbalar lentamente sobre la frazada. Una vez dentro cabía en la escalera, pero lo complicado fue cuando llegamos al primer descanso. No había cómo dar la vuelta. Paramos unos minutos, tomamos algunas medidas y la emprendimos nuevamente con el convencimiento de quien ha maniobrado en alguna ocasión un sillón frente a una puerta hasta lograr girarlo y hacerlo entrar. En alguna parte de la faena mis tres ayudantes tiraban desde arriba y yo empujaba desde abajo. Fue entonces que sentí el crujido, el lado desde donde tiraban se desprendió con un ruido que me recordó a ese huesito del pollo con el que se juega a partirlo para ver quién queda con la buena suerte y, acto seguido, el piano se me vino encima con la decisión de un toro y toda la mala suerte me aplastó mientras sentía sus crujidos y los míos.

La carcajada duró algunos minutos, mientras brindábamos y llegaban nuevas cervezas a pesar de que Raúl explicó que la gracia le había costado tres meses en el hospital.

El ruido ambiente había aumentado, el bar estaba repleto y la conversación en nuestra mesa se bifurcó; algunos continuaron interrogando a Raúl sobre los detalles de su accidente ¿Cómo había quedado el piano? ¿Te juntaste después con la loca? Pero otros prestamos atención más bien a Mauricio, un tipo vestido de negro, de piel amarilla y curtida, era casi un abuelo con un cierto aire de gente de otra época. Poco a poco todos nos llamamos y escuchamos su historia de cuando era capitán de un barco.

—Las vi por primera vez al zarpar de Punta Arenas, era imposible no reparar en ellas, no solo por su belleza que deslumbraba o por sus vestidos elegantes y entallados que contrastaban con las vestimentas grises del invierno, sino por su forma de caminar, de moverse entre los plebeyos —dijo Mauricio con los ojos bien abiertos—. Me dio la impresión de que tenían sirvientes que les llevaban las maletas; después, en el puente, me enteré de que eran policías y le habían dicho a mi primer oficial que tuviéramos cuidado con ellas. Yo pensé que lo más peligroso que podían tener era su belleza. El tiempo me daría la razón.

Para la primera cena a bordo, que por tradición era de rigurosa etiqueta, ellas fueron el centro de atención, no sé muy bien cómo, pero estaban sentadas en nuestra mesa, conversaban animadamente con los oficiales y tres parejas que viajaban en las *suites*. Eran atrayentes, sobre todo Rosario, que tenía un encanto más recatado... algo tímido, pensé en ese momento, aunque cuando se coló en mi camarote ya no estaba tan seguro.

Durante las tres semanas que duró el viaje nos vimos todas las noches, traté de que no se notara nuestro idilio: yo era soltero, pero el problema es que uno debe mantener una moral intachable para que la tripulación le tenga respeto al capitán. Ella tenía una voz envolvente, y vaya que hablaba. Me contó de su infancia en Valparaíso, del tiempo que vivieron en Punta Arenas, de la muerte de sus padres, de la cantidad innumerable de veces que su hermana se había metido en problemas, de este viaje a España en busca de unos parientes, y de que la vida las había tratado muy mal. Yo la dejaba hablar, no le quise preguntar sobre el asunto con la policía, solo la escuchaba hasta que me quedaba dormido.

Una noche, al pasar junto a su puerta entornada, oí un grito ahogado.

—Mi hermana ha muerto.

—¿Qué? ¿Y cómo ha muerto?

—Yo la maté —dijo Rosario y me miró a los ojos.

—¿Y cómo la mataste?

—Fue un accidente, discutimos, se me vino encima y la empujé. Al caer se golpeó la cabeza —me dijo entre sollozos.

En mi camarote urdimos el plan, en dos días recalábamos en Tánger. Siempre llevamos un par de ataúdes en cada viaje, más a menudo de lo que uno esperaría fallece algún pasajero, aunque casi siempre se trata de ancianos. Hablé con el oficial sanitario y le conté que la hermana de Rosario había fallecido de un ataque al corazón, que le extendiera el certificado preliminar pues desembarcarían en Marruecos. Rosario lo prefería así, allá le harían la autopsia y el funeral.

La despedida fue dolorosa, no solo porque sabía que no nos volveríamos a ver y la extrañaría, sino porque ella estaba devastada. Le deseé mejor suerte de la que hasta entonces había tenido, y que ojalá lograra lidiar con la culpa. Fue un breve destello, un segundo en que me pareció ver a su hermana bajando entre la gente, pero me distraje cuando Rosario se despedía en el muelle y abrazaba el ataúd.

Al día siguiente, mientras iniciábamos las maniobras para atracar en Algeciras, escuché los gritos y el barullo. Fue mi primer oficial el que me lo comunicó: habían robado en todos los camarotes de primera clase y en la caja fuerte. Lo sustraído sumaba millones en joyas y dinero. Se dio la orden de que nadie bajara del barco hasta que la policía subiera a bordo y realizara un registro minucioso. Yo sabía que no encontrarían nada y recién entonces comprendí por qué Rosario abrazaba con tanto énfasis el ataúd.

Su historia era sorprendente, como de una fotonovela, pero a todos nos pareció verosímil por la seriedad con que Mauricio la había relatado. Algo melancólico, él dijo que no olvidaría jamás ese viaje, no solo por Rosario, sino porque fue el último, ya que durante su regreso de Europa el barco zozobró en una tormenta donde murió casi toda la tripulación.

Al ir al baño, vi a un tipo vestido como romano con un vaso de madera en la mano. Me imaginé que vendría de alguna fiesta de disfraces, pero hablaba en un idioma que parecía latín. Un borracho me agarró del brazo y me dijo que todos los bares estaban conectados. Bueno, a esa hora ya estábamos casi todos ebrios, así que volví a mi mesa tratando de no caerme o botar algo. Al llegar estaba hablando el otro de los amigos de Mejías, un muchacho joven. Tomé mi vaso y escuché.

—Pasamos un verano fabuloso en el sur acampando cerca de varios lagos; esquiamos en el volcán Puyehue y viajamos en *kayak* por los fiordos. Me encantaba su risa, el acento con que pronunciaba algunas palabras, sus cabellos amarillos y la forma en que se bamboleaba al caminar. Con ella cambió todo mi concepto sobre las alemanas. Era tierna, fogosa, casi

latina, y lo más importante: estaba loca por mí. Al final del verano nos despedimos sin promesas, quedamos en que quizás ella volvería a Chile más adelante. Pero a mitad de año no pude más y viajé de sorpresa a Alemania a visitarla. Al llegar a Hamburgo la llamé desde el aeropuerto, ella parecía sorprendida y molesta, el caso es que se limitó a recomendarme un hotelito barato y central. Solo la pude ver dos días después en un café donde se comportó más fría que el refrigerador de un convento de monjas alemanas. El Paredes me lo había dicho: “Las gringas de vacaciones son una cosa, en su territorio son otra. Ten cuidado, huevón”. Pero ya estaba en Europa, me había costado mucho conseguir la visa y decidí quedarme una temporada, darle curso a algunos proyectos e intentar reconquistar a Ingrid. Con todos mis ahorros, con los cuales pensaba recorrer Europa junto a ella y consolidar nuestro amor, calculé que me alcanzaba para subsistir unos ocho meses, y, si conseguía trabajo, podría quedarme algo más. Lo primero que hice fue inscribirme en un curso para volar planeadores y después me largué a conocer la ciudad. Hamburgo es un puerto fluvial a 80 kilómetros de la desembocadura del río Elba, en el Mar del Norte, una ciudad industrial pero llena de áreas verdes, algo que en Chile no hemos logrado compatibilizar. Tiene muchos parques y jardines con nombres irreproducibles. Yo manejaba bien el inglés, y alemán solo lo que había aprendido con Ingrid. Era una ciudad pujante y bella pero parecía que todos sus habitantes eran distantes, parcos, y sentía que me reprochaban el estar ahí molestando a Ingrid. Las únicas personas con las que logré cruzar más que un par de palabras fueron la dueña del *bed and breakfast*, que me cobraba la semana puntualmente todos los lunes a las ocho, y mi instructor de vuelo. Sin embargo, ellos jamás se apartaban de lo que se supone debían comunicarme; yo intentaba desviar la conversación hacia otros temas, pero mi mal manejo del idioma y su nulo interés por ser amables no lo permitían. Hasta que conocí a Egbert. Él también estaba aprendiendo a volar y la primera vez que lo vi dudé que el planeador pudiese levantar vuelo, pues medía más de dos metros, y para hacerle una chaqueta debieron gastar la misma cantidad de tela que las velas de un yate de los muchos que navegaban por el río. Pero era un gordo simpático, de pelo muy corto, bonachón y torpe, me recordaba un niño de kinder. Con él pude tomar mis primeras cervezas acompañado, y aunque su conversación solo era sobre aviones y vegetales nutritivos (era vegetariano), me sirvió para mejorar el idioma. Fue lo más parecido a un amigo en esa ciudad amenazante.

A Ingrid la llamaba seguido e intenté visitarla en su casa para entregarle los regalos que les había traído a sus padres y su hermano chico,

pero ella secamente respondía que no podía llegar de improviso y avisaría cuando fuera la ocasión adecuada para recibirme. De no ser por Egbert me habría vuelto loco; le preguntaba entre cada cerveza si todas las mujeres eran igual de frías en Hamburgo y él respondía que por eso él prefería los aviones. Un viernes, cuando me preparaba para disfrutar de un solitario fin de semana, Egbert llamó para invitarme a jugar fútbol, si es que no tenía algún otro compromiso, en su equipo les faltaba un defensa. Era un equipo de futbolito o *baby* fútbol y efectivamente no me dejaron mover de la defensa, y aunque nadie me dirigió la palabra después del partido, Egbert al despedirse dijo: “La próxima semana, a la misma hora”: ya formaba parte del equipo.

Las semanas pasaban pero Ingrid no cedía. Logré forzarla a tomar otro café conmigo pero el encuentro fue formal y breve. La seguí llamando hasta que un día pidió que, por favor, no lo hiciera más, pues su familia no estaba de acuerdo. “¿Tu familia? ¿Y tú qué piensas?”, la increpé. “No te das cuenta de que te amo. Vine desde tan lejos por ti, ¿no recuerdas lo felices que fuimos el verano pasado?, ¿cómo puedes ser tan fría y despiadada?”, fue lo último que le disparé, aunque creo que ella ya había colgado; de todos modos no pude corroborarlo pues desde entonces la negaron y algunos días después cambiaron de número telefónico. Como siempre, mi paño de lágrimas fue Egbert. Mientras lo escuchaba hablar sobre Alexander Schleicher, el mejor fabricante de planeadores en el mundo, y de las bondades del brócoli, bebí hasta perder el conocimiento. Desperté en mi cama cuando la dueña del *bed and breakfast* me recriminaba duramente por haber llegado en un estado deplorable, que si no era por el joven Egbert hubiese muerto congelado en la calle. Se acercaba fin de año y debía tomar una decisión, ¿volverme?, ¿recorrer Europa?, ¿la Legión Extranjera?, ¿suicidarme?, no lo tenía muy claro. El primer fin de semana de diciembre, después del fútbol, Egbert me entregó un sobre con motivos navideños, era una invitación para la cena de navidad en su casa. Agradecí emocionado el gesto de mi amigo y le pregunté si debía llevar algo, si sería formal y cuántas personas más irían a la celebración. Él contestó que solo él y yo. Algo contrariado salí del gimnasio y lo invité a tomarnos una cerveza. En ese preciso momento nos rodeó la policía, fue algo violento, iban armados como un escuadrón antiterrorista y no dejaban de apuntarnos. Con el susto no entendía nada de lo que gritaban, pero imité a Egbert cuando puso las manos en la cabeza y se arrojó al suelo. Pensé en la duración de mi visa, en que quizás Ingrid me hubiera denunciado, repasé que estaba al día en mis pagos del hotel, pero esposaron a Egbert, lo subieron a un carro y partieron haciendo

sonar los neumáticos. Yo viajé, supuse que detenido, en otro auto, y fui abandonado en una oficina de la comisaría por un par de horas, hasta que me interrogaron con la ayuda de un intérprete con acento andaluz. Revisaron mis documentos y me preguntaron sobre mi presencia en el país, hasta cuándo pensaba quedarme y desde cuándo conocía a Egbert Von Branberg. Yo estaba aterrado y ni siquiera intenté preguntar por qué estaba ahí. Me limitaba a contestar tratando de hacer ver lo inocente que era de cualquier cosa que quisieran acusarme. Más tarde llegó uno que parecía ser el jefe y habló con el intérprete. Me dijeron que estaba libre y me podía ir, que agradeciera mi suerte (no lo sentí como una amenaza). Que comprara el diario mañana y me enteraría de todo. No pude dormir pensando en mi amigo Egbert y en lo mal que lo estaría pasando.

Por la mañana su rostro estaba en todos los titulares y en los extras de televisión. La policía allanó su casa y encontró los restos, en varios refrigeradores, de por lo menos nueve personas. Se hablaba de canibalismo, de un psicópata despiadado y de que se habían comenzado excavaciones en el patio en busca de más cuerpos. No pude contenerme y vomité en plena calle mientras la gente me evitaba y miraba con asco. Nunca supe si yo sería el siguiente o si era una especie de amigo. Todas sus víctimas eran alemanas, al final se encontraron 11 cadáveres. Los siguientes días transité como un zombi por Hamburgo y no hablé con nadie más hasta que decidí volver después de que mi planeador se estrelló y salvé la vida por milagro.

No pudimos evitar reírnos aunque la historia, como las anteriores, era bastante trágica. Miré alrededor y el espectáculo era variopinto, todos hablaban fuerte y el alcohol ya los había poseído. Lo último que recuerdo es a alguien hablando en un idioma que no reconocí mientras servía un trago más fuerte.

Salí del hospital después de cuatro días. Según contaron, cuando volvía a casa me habían atropellado y, además de las lesiones, me salvé de morir congelado, pero no recuerdo nada. Milagrosamente, solo tuve contusiones múltiples y un par de fracturas.

Volví a trabajar y a la rutina. El martes pasado me encontré con Reyes, le conté que había estado con Mejías en aquel bar. Me miró extrañado.

—Mejías murió hace dos años, un accidente de autos, mi hermana estuvo en su funeral.

No quise insistirle y nos despedimos. Estoy seguro de haber estado con Mejías, aunque esa noche había algo raro en el ambiente. Recién ayer decidí darme una vuelta por el bar aunque había un viento que hacía volar las piedras. Demolieron media manzana y están construyendo un edificio. Se veía bastante avanzada la obra, preferí no preguntar cuánto tiempo llevan construyéndolo.

Aventuras del pequeño niño blasfemo

[Primera comunión]

Wilmer Urrelo Zárate*

Las cosas, por aquellos años, eran así: un buen día nos dijeron ya llegó la hora de hacer su primera comunión, chiquillos. Entonces asistimos a las clases preparatorias a cargo de un cura (sospechabas, pequeño niño blasfemo) con inclinaciones algo alternativas que prefieres resumir en la siguiente frase: “mamá, tengo que contarte algo terrible que pasó en mi infancia”.

Amor. Dios. Pecados. Todo eso para recibir, una tarde, la absolución temporal.

Tú no creías, pequeño niño blasfemo, en nada de eso. Cierto, yo creía en algo mucho más superior: en la tele nueva que mi papá había comprado y que (comenzaban los años ochenta) ¡era a colores! Y creías en algo mucho superior todavía, en Superman, la película, en la primera parte que iban a pasar por el canal estatal y completamente gratis. Entonces el pequeño niño blasfemo tenía un gran problema: o Dios o Superman. O Dios y sus barbas y su ira contra la humanidad o Superman y el detallazo ese de poder utilizar los calzoncillos sobre el pantalón.

Obvio: Superman.

Al pequeño niño blasfemo le daba, además, mucha flojera escuchar a los curas (agrega a eso que tenía miedo a quedarme a solas con el cura raro, tenía miedo, en suma, a que la siguiente frase se hiciera realidad cuando tuviera 40 años: “mamá, tengo que contarte algo terrible que pasó

* Nació en La Paz en 1975. Escribió las novelas *Mundo negro* (2001), *Fantasmas asesinos* (Premio Nacional de Novela 2007) y *Hablar con los perros* (2011, Premio Anna Seghers 2012), y el libro de cuentos *Todo el mundo cumple sus sueños menos yo* (2015).

“Aventuras del pequeño niño blasfemo” forma parte de *Todo el mundo cumple sus sueños menos yo*, La Paz: El Cuervo.

en mi infancia”). Y el pequeño niño blasfemo hacía cálculos. Ponte que si recibía a Dios a las tres de la tarde y la película en cuestión comenzaba a las cinco, seguro alcanzaba a verla. Así que te aplicaste como nunca en las clases, no vaya a ser que algo se arruinara por mi ignorancia católica.

Ah, ¿ese era Jesús? Ah, ¿lo clavaron a una cruz? Ah, ¿se murió y luego revivió como si nada? Ah, el cura me mira con unos ojos...

Sabías unir las manos, pequeño niño blasfemo, bajar los párpados con devoción, rezar sin equivocarme, abrir la boca para recibir la hostia. Eso sí: no había que morder la galletita porque, según el cura y los años ochenta, eso era como comerse a Dios.

Sin embargo, por si acaso el pequeño niño blasfemo abría los ojos cuando hacían la mímica de recibir la hostia. ¡Hostias! No vaya a ser que el cura se ponga sentimental, digo, cariñoso, y luego, muchos años después: “mamá, tengo que contarte algo terrible que pasó en mi infancia”. Y cuando pensabas en que la hostia se derretiría en tu pequeña y cálida boca, la cual ya decía groserías inimaginables, pensabas: qué débil es Dios que se desintegra frente a un niño así de pequeño. Mientras que Superman era casi indestructible. Así que esperabas el día, el grandísimo (día).

Aquí estás, mírate en estas fotos: tu mamá obligándote a usar un terno, ah, cierto, y la corbata y tu cara de odio a ese tipo de vestimentas... por eso nunca más en mi vida me puse una ropa similar, antes muerto. Así que llegó el día. Hubo una misa, luego cada quien a comentar sus pecados. Recuerdas: fue en un curso, quizá en uno de los de secundaria donde dijiste la verdad, donde mostraste tu verdadero rostro, pequeño niño blasfemo. Las horas no avanzaban, nada, como siempre las cosas en este país habían comenzado un siglo tarde y con eso tenías apenas una hora y cacho para hacer la primera comunión, salir del curso, recibir las felicitaciones del caso (un día antes me regalaron una navaja a resorte, arma que llevaba a todas partes en el bolsillo trasero mi pantalón) y también posar para las fotografías (mírate en esta: muestras al anónimo fotógrafo el dedo del medio sin que nadie se diera cuenta, ¡ay, pequeño niño blasfemo!).

Si las cosas continuaban de esa forma, no podrías ver Superman y cuando te tocó entrar al curso de secundaria dijiste he pecado. Entonces contaste una sarta de verdades, robos, alucinaciones, insultos a tu padres y hermanos, la vez que invocaste al Diablo mediante el *Libro de San Cipriano*.

El cura que te tocó en suerte reflexionó algo espantado y dijo cinco padres nuestros y tres ave marías. Y ojalá no acabes ahí abajo, hijo. Eso significaba media hora más de retraso y casi otros 30 para llegar a tu

casa, imposible, eso iba en contra de mi plan para poder ver la mentada película.

Así que el pequeño niño blasfemo decidió no rezar. Total, qué más da. Hiciste como que cumplías la sentencia del cura y solo repetiste en tu mente: salir de acá, esperar el micro, subir, transitar las calles paceñas, llegar a la esquina, bajar, correr a casa, entrar, encender la tele y tirarse en la cama para ver la película.

Eso. Un plan. ¿Un plan? Un plan que fue desmoronándose cuando saliste del curso porque ahí estaba... ¿Dios? No. ¿Superman? Nones. ¿Tu linda familia? Menos. Entonces quién, pequeño niño blasfemo, dímelo: el cura, el cura de las clases. ¡Ups! Tú, ven acá, te dije. Y lo seguiste con un miedo enorme mientras veías tu reloj de pulsera: cinco minutos menos, caracho, cómo perjudicaba la religión. La cosa es que llegamos a su oficina. Qué es. O mejor dicho, dígame hermano, para qué soy bueno. Y ahí el curita se rayó jodido, que los pecados, ¿te tocas?, ¿qué haces con tus amigos a solas?, ¿ven revistas?

El pequeño niño blasfemo, como se habrán dado cuenta a estas alturas, era un sabido, qué le iban a venir a él con esas cosas del amor fraternal, con eso de “dejad que los niños vengan a mí”, ¡ja! Lo dejaste hablar, que Sotanas del Diablo se desahogara, que el cura mostrara su plancito y entonces calló y te miró (a lo mejor pensando: este capullo ya es mío). El pequeño niño blasfemo buscó con calma la navaja a resorte en el bolsillo del pantalón, la sacaste con parsimonia y dijiste: o me deja salir o juro por Diosito que se las separo, y el cura comprendió antes de que terminara la frase y abrió unos ojazos así de grandes y el pequeño niño blasfemo rió y dijo no se lo diré a nadie, alégrese de que no tengo tiempo para estas cosas, degenerado. A cuántos habrá jodido, carajo.

[“Mamá, tengo que contarte algo terrible que pasó en mi infancia”].

Acá hay otra foto: tú recibiendo abrazos y felicitaciones y, si miras con detenimiento, atrás, muy atrás, está el cura observándote: qué ganas me tenía, eso sí.

Saliste del colegio, aliviado, uf, salvé el honor. Y cuando estabas en la esquina tu mamá con voz cantarina: vamos a comer algo, ¿les parece? ¿Qué? Y ahí estás, mírate en esta otra foto, pequeño niño blasfemo: tú con una cara de velorio tragando una fría hamburguesa, ¡huácala! Y cuando terminaron de comer y llegaste a casa, obvio, chau película, chau Superman. Pobre niño blasfemo, se fregó todo: perdió Superman y perdió Dios y el curita que te tenía ganas..., bueno, ahí gané yo, para qué, salvé el que se imaginan, al pequeñín me refiero. Eso hasta que alguien te llamó. Salvador, más conocido como Chisito, un compañero de curso. Oyes,

¿viste que cancelaron la película? Y el pequeño niño blasfemo ¿qué? Y Chisito: que cortaron la película porque se agarraron a ladrillazos en el congreso y pusieron eso en la tele, pero la reponen la próxima semana. Mi papá llamó al canal para preguntar. Y ahí el pequeño niño blasfemo saltó de alegría e incluso practicó un par de pasos de baile a lo Menudo y tus padres creyendo: es la presencia de Dios, que ahora habita en su tierno corazón.

¡Ah, los milagros! Qué feliz fuiste ese día, pequeño niño blasfemo y qué triste eres ahora, cuánto cambian las cosas, cómo nos derrumba la vida.

Y al día siguiente, en tu curso, antes de que llegaras, todos hablaban de su primera comunión, de la película suspendida gracias a los ladrillazos en el congreso, de las cosas que les habían regalado por pertenecer al equipo de los buenos.

Y eso a mí no me importaba, me dices ahora, lo importante era que podía ver la película la próxima semana y que me había salvado de la frase “mamá, tengo que contarte algo terrible que pasó en mi infancia”, y encima tenía una navajita a resorte que guardo hasta ahora con cariño: espanta curas degenerados, te lo juro. Te creo, te creo, pequeño niño blasfemo.

¿Y qué hiciste un día posterior a tu primera comunión? Nada, las cosas habituales. Llegar al colegio, abrir la puerta de mi curso, mirar a mis compañeros, acercarme y decirles lo de siempre.

¿Lo de siempre?

Y el pequeño niño blasfemo diciendo: ya llegó por quien lloraban, cabrones.

Gringo

Maximiliano Barrientos*

Este recuerdo puede estar adulterado por la fantasía, por historias que me contaron y que asumí como un acontecimiento de principios de los ochenta, cuando la situación económica de mi familia pasaba por un periodo de bonanza, cuando solían hacer fiestas que duraban días en la propiedad que mi padre heredó de mi abuelo, un judío sefardí que llegó a Tarija a principios del siglo pasado, se cambió el apellido y se mudó al Chaco donde se convirtió en un terrateniente dueño de dos estancias que juntas sumaban 20 mil hectáreas.

El recuerdo de cuya veracidad a veces albergo dudas consiste en una escena sencilla: mi tía, cuando era una mujer joven, bailaba encima de una mesa con el que entonces era su esposo, un austriaco al que llamaban Gringo. La gente levantaba vasos de cerveza alentándolos con risas y gritos hasta que el borracho rubio, que sobrepasaba el metro noventa de estatura, soltó un chorro de pis que se deslizó por una de sus piernas.

Mi tía, escandalizada, bajó de la mesa de un salto y salió de la habitación presa de la vergüenza. Los aplausos y gritos cesaron, todos se limitaron a ver a Gringo, que seguía bailando como si nada hubiera pasado, mientras el pis fluía entre los platos y los cubiertos y las migas de pan y las sobras de comida desperdigadas en el mantel.

* Nació en Santa Cruz en 1979. Es autor del libro de relatos *Diario* (2009, el cual recibió el Premio Nacional de Literatura de Santa Cruz). Es también autor de *Los daños* (2006) y *Hoteles* (2007), los cuales fueron revisados, corregidos y transformados para convertirse en el volumen de cuentos *Fotos tuyas cuando empiezas a envejecer* y en la novela *Hoteles*, ambos de 2011. En 2015 publicó *Una casa en llamas*. También escribió la novela *La desaparición del paisaje* (2015).

“Gringo” integra *Una casa en llamas*, La Paz: El Cuervo / Eterna Cadencia.

Quiero creer que pasó tal como lo recuerdo, no por lo anecdótico de la situación –escuché historias mucho más grotescas sobre Gringo–, sino porque momentos previos a que él se orinara mi tía era una mujer alegre, diferente a la que conocí años después, cuando ese hombre desapareció de su vida, cuando yo ya había dejado de ser un niño, cuando mi padre perdió la mayoría de las tierras que había heredado debido a las deudas.

Lara se encontraba de viaje los días en que sucedió lo que estoy a punto de narrar, se había ido por tres meses a Los Ángeles para hacer un curso de capacitación que exigía la empresa donde trabajaba. A mí me parecía un lapso excesivo, nunca nos habíamos separado por tanto tiempo y temía que la distancia determinara un enfriamiento de los afectos, cambiara el rumbo de la apacible vida que teníamos y nos convirtiera en personas que ya no se necesitaran tanto, personas que redescubrieran el gusto por una soledad de la que nos enorgullecíamos antes de conocernos y a la que habíamos renunciado cuando nos convertimos en pareja.

Fue entonces, a la segunda semana de la partida de mi mujer, que mi mamá llamó al trabajo y me contó que mi tía había recibido un sobre con fotos extrañas.

¿Qué fotos?, pregunté.

De Jakob, dijo.

¿De quién?, pregunté desconcertado porque el nombre no me sonaba a nada.

De Gringo, dijo exasperada.

Habían pasado casi 30 años desde que mi tía abandonó a ese hombre luego de una convivencia infernal que no estuvo exenta de golpes y de humillaciones.

¿Qué fotos?, dije.

Pasate por la casa esta noche.

Contame ahora, dije ansioso.

Vení después del trabajo.

Mamá colgó sin decir nada más y yo pasé las horas que faltaban para finalizar la jornada pensando en ese hombre violento cuyo pasado era un misterio para todos nosotros. Había conocido a mi tía en una fiesta en el Chapare, cuando ella había ido de vacaciones en el verano de 1978. Yo no había nacido aún, mis padres estaban de viaje por Europa, vivieron durante un año en ciudades como Madrid, Barcelona, Londres y París. Cuando volvieron a Bolivia se toparon con la noticia de que mi tía se había casado con un austriaco del que no se sabía nada, alguien que estaba de paso por el país y cuyo apellido era impronunciable, que le encantaba

beber –aun cuando en esos años todos bebían en exceso– y que era ocho años menor que ella.

Llegué a casa de mis padres antes de las siete de la noche, nos sentamos en la mesa del comedor.

Dije:

¿Ahora me vas a contar?

Ahora te voy a mostrar y vos vas a decirme, dijo mamá.

Fue hasta el modular, abrió uno de los cajones y volvió con un sobre marrón que aún conservaba las estampillas del correo.

Son inglesas, dije al pasar un dedo por esos bordes dentados, por las gráficas en miniatura del Big Ben y de la reina Victoria.

Abrilo, dijo.

Al sacar las fotografías del sobre, constaté que eran cinco. En la primera aparecía Gringo, tendría los años que tuvo cuando se casó con mi tía. El pelo cortado al rape como si nunca hubiera abandonado el Ejército, los ojos celestes y plásticos, sin vida. Lo acompañaban otros tres individuos y una muchacha de marcados rasgos indígenas, era casi una niña. Ella estaba desnuda, el pubis era incipiente, apenas una pelusa entre las piernas. En la segunda foto un hombre penetraba a la chica, Gringo se masturbaba observando el acto desde cerca. En la tercera, Gringo acuchillaba a la muchacha en el abdomen, los otros miraban. En la cuarta, la muchacha, un cadáver ya, estaba en el piso con múltiples heridas en el cuerpo y con la garganta degollada. Gringo, vistiendo lencería erótica de mujer, miraba a la cámara. Tenía una peluca negra que le llegaba a los hombros. En la quinta, Gringo era sodomizado por uno de los hombres, ya no se veía el cuerpo de la muchacha.

Cuando terminé de verlas, miré a mamá. Ya sin poder resistirlo, se puso a llorar.

¿Son reales?, dijo.

Las repasé otra vez y las oleadas de asco se concentraron en mi garganta. Era asco, por supuesto, pero también era rabia y un malestar alimentado por la sorpresa, algo parecido al asombro que acontecía en la infancia cuando veía algo diferente, cuando sabía que luego de aquello que había acontecido nunca más sería la misma persona de antes. Una sensación que creí perdida y que antes asociaba a la felicidad y que en ese momento, al revisar por tercera vez las fotografías, quedaría relacionada para siempre con lo abyecto.

No sé. ¿Qué dijo la tía? ¿Reconoció a alguien además de a Gringo?

Tu tía está mal, dijo mamá ya repuesta, los ojos brillaban por las lágrimas. Solo ese esplendor en sus pupilas era una evidencia de que había llorado.

Dijo:

Entró en crisis, no pude sacarle nada.

¿Cuándo le llegó esto?

Anoche, el cartero le llevó el sobre a su departamento. Recién en la mañana se pasó por aquí, tardó minutos enteros en explicarme lo que había pasado porque no paraba de llorar. La pobre no había pegado un ojo, le vino un ataque de diarrea que no paraba con nada. Tuve que darle algunos calmantes, pero ni así se tranquilizó. Le pedí que se quedara a dormir pero ella no quiso, dijo que tenía que volver a su departamento.

Metí las fotografías en el sobre. Miré a mamá sin saber qué decir.

Necesito que nos hagás un favor, dijo. Necesito que averigüés si es un montaje.

¿Y cómo puedo saberlo?

Podés pedirle a Javier que les dé un vistazo.

Negué moviendo la cabeza, me puse de pie y me dirigí hacia la cocina. Abrí la heladera, serví agua en un vaso y me demoré unos segundos de pie, con el frío golpeándome el rostro.

Dijo:

Javier es fotógrafo, él va a poder decirnos.

Estas no son fotos de paisajes ni de modelitos, ni siquiera son fotos porno, dije. ¿Sabés el lío en el que nos podemos meter? ¿Qué va a pasar si la policía se entera de que las tenemos? ¿Vos pensás que van a creer el cuento de que le llegaron por correo a la tía?

Fue eso lo que pasó, dijo mamá, esta vez de pie, apoyada en el marco de la puerta que comunica con la cocina ¿Por qué no van a creerlo? ¿Qué culpa tiene ella?

Las fotos las mandaron desde Londres, ¿cómo pudieron saber dónde vivía la tía?, dije.

No sé, dijo. Quizás averiguaron por Internet, quizás le pagaron a alguien pa que consiguiera esa información. Ahora es fácil encontrar a cualquiera, no es como antes.

¿Sabés lo que tiene que hacer la tía?, dije comenzando a exasperarme. Tiene que agarrar ese montón de porquería y prenderle fuego. Tiene que olvidarse de este asunto.

Mamá me echó una mirada llena de furia y volvió a sentarse en una de las sillas del comedor. Bebí un sorbo de agua, de pronto el silencio que había en la casa me pareció desolador. Regresé a donde estaba sentada.

Apoyé una mano en uno de sus hombros y la besé en la cabeza como lo hacía siempre que nos veíamos.

Disculpame, dije. No quería ofuscarte. Es que todo esto me parece una locura y francamente no creo que nadie más deba saberlo.

Hacelo por tu tía. De todas las personas, pensé que vos ibas a entender.

¿Le contaste a papá?

No, dijo. Está en el campo, vuelve en unos días. Quiero que me ayudes a confirmar si son de verdad. No quiero alterarlo con algo así, esto lo va a afectar muchísimo. Si lo son, no me va a quedar otra que decírselo. Si no, no hay por qué perturbarlo con una cochinateda como esta.

Me senté a su lado. El sobre seguía en la mesa, a unos centímetros de mis manos.

Si son de verdad, Gringo está lejos y la barbaridad que hizo pasó hace mucho. La tía no corre ningún peligro.

No lo sabemos, dijo mamá. Pudo haber vuelto.

Pensé que se pondría a llorar otra vez, pero conservó la compostura. Solo la vi llorar dos veces antes de aquella ocasión. La primera fue en el ochenta y siete, en una pelea con mi padre, cuando él se buscó una amante que casi hizo que el matrimonio colapsara. La segunda vez fue a principios de los noventa, cuando murió mi abuela y mamá no pudo ir a su entierro ya que nos encontrábamos de vacaciones en Río de Janeiro y hubo una huelga en el aeropuerto que nos impidió salir a tiempo.

Seguramente es broma, dije. Una broma de esa catalana con la que se metió. ¿Qué sabés de esa mujer?

Nada. ¿Qué razón podría tener pa hacer una broma tan espantosa? Y en especial luego de tantos años. Además, si alguien debería estar resentida es tu tía con esa mujer, no al revés. Fue ella la que se metió con su marido.

No sé, ma, no sé qué decirte.

Gringo era un drogo, era un borracho. Le daba unas palizas tremendas a tu tía, dijo.

Sí, ma. Pero que haya sido un borracho golpeador es una cosa. Esto, esto que hay en las fotografías, es algo completamente distinto.

Si tu tía no tiene una confirmación de que son falsas se va a volver loca.

¿Y si son verdaderas? ¿Qué va a ganar sabiendo eso?

Si sabemos que son verdaderas, ya buscaremos qué medida tomar. Solo te estoy pidiendo este favor. ¿Cuándo te pedí algo antes?

Nunca.

Nunca, dijo mamá apoyando una mano en mi mejilla izquierda, un gesto que siempre me hacía sentir desprotegido, como un niño, como si nunca hubiera crecido, como si dependiera enfermizamente de su afecto y protección.

Le prometí que buscaría a Javier, un compañero de colegio a quien no veía hacía años. Le prometí que le mostraría las fotos y que le pediría su opinión.

Al llegar al departamento, dejé el sobre en uno de los cajones del estudio. Me senté en el sofá y me serví whisky. Encendí el televisor e hice un repaso por varios canales, pero mi mente volvía una y otra vez a las fotografías. Llamé a Lara pero no tuve suerte, las líneas estaban saturadas. Seguí cambiando canales y pensando en lo que había visto, la imagen del Gringo vestido de mujer no se borraba, la imagen del Gringo sodomizado por otro resplandecía en mi cerebro como una luz maligna, la imagen de Gringo acuchillando a una muchacha iba a quedar para siempre en mi sistema.

Acabé el vaso y me serví otro y marqué una y otra vez el número de Lara hasta que la llamada entró.

No puedo hablar ahora, dijo.

Se filtraban voces de personas, se filtraba música.

¿Dónde estás?, dije.

En un bar con unos colegas. Está tocando una banda.

Ya me di cuenta.

¿Qué cosa? No te escucho.

Pensé que podríamos hablar.

¿Pasó algo?, dijo gritando.

No, dije al cabo de unos segundos. Agarré la botella de whisky, serví un chorro en el vaso y volví a tumbarme en el sofá.

Tengo que colgar, te llamo cuando vuelva al hotel, dijo. Pensé que diría algo más, pero colgó de forma abrupta. Toda esa saturación de ruidos que se filtraba desde el otro lado del mundo quedó reducida a nada en cuestión de segundos. Acabé lo que quedaba de whisky, después de ese tercer vaso ya me encontraba borracho. Me serví otro. Fui hasta el dormitorio y busqué la bolsa con viejas fotografías familiares que traje de casa cuando me mudé. Busqué alguna donde saliera Gringo y encontré una donde aparecía con mi tía a la sombra de un árbol de Paraíso, ella tenía el pelo amarrado en una cola y llevaba un vestido de verano. Él tenía el torso desnudo, estaba descalzo, sonreía. Mi tía se veía diminuta a su lado.

Bebí más whisky, el alcohol latía en las venas que surcaban mi cara y mis orejas.

Lara no llamó esa noche.

Me tocaba el rostro y sabía que no era mío, que me habían insertado quirúrgicamente el de otra persona. La infancia proyectaba en mi cabeza imágenes de mis padres cuando eran más jóvenes que yo ahora, bailaban en bares oscuros donde siempre sonaba la misma canción de Gladys Moreno. Lara me lavó el cuerpo, hizo un inventario de deformaciones. Le pedí que me llamara por mi nombre y ella se negó, se refería a mí con un código. Pasó un dedo por las suturas y los cortes que hicieron en la cirugía cuando me cambiaron el rostro. Me dejó solo en el cuarto. Grité, pero en la garganta solo había un zumbido: producía quejidos con palabras que antes eran la invitación a algún tipo de contacto. El mundo a mi alrededor consistía en distintos matices de un mismo color: todo era azul, las casas, las armas de fuego, los televisores, el sol, los suicidios, las vulvas, las mascotas, los convertibles, el viento, el hielo. Había olvidado cómo habitarme, había perdido el deseo de hablarme y mi voz se convirtió en un rudimento atrofiado, algo que debía ser conservado en un museo, ofrecido en una tienda de antigüedades. En el único recuerdo que conservaba, Lara cavaba un agujero en mi pecho para escuchar el rumor de los verdaderos acontecimientos.

El escenario cambió.

Lara había desaparecido, yo había desaparecido pero seguía presente de una forma inmaterial. Gringo le abrió el pecho a la muchacha indígena y encontró un puñado de insectos. Eso era todo lo que quedó de sus órganos. La luz del sol en esa tarde era vieja, se demoraba 20 años en desplazarse por la habitación, por la sangre en el piso. Demoraba todo ese tiempo en llenar el aire, en llenar el cuerpo abierto a puñaladas. Gringo enterró con una mano la cavidad torácica, los insectos caminaban por sus dedos. Solo los dientes se preservaban intactos. En las muelas había placas de oro y también había restos de comida fosilizada. Quedaban pequeñas acumulaciones que ahora formaban parte de la luz solar. Escuchaba la voz de mi madre y de mi tía, las escuchaba reír y cuchichear, intercambiar chismes. Yo era esas risas, yo era el contenido de esas risas. El cuerpo de la muchacha era un desorden sin importancia donde alguna vez aconteció el miedo. Gringo me miraba a los ojos, miraba algo, yo no estaba presente en esa habitación, pero su mirada me llegaba como ráfagas de hielo. Su mirada se metía en mi conciencia y me cambiaba, me volvía otro, era un gusano revolcándose entre mis sueños. Los insectos que deambulaban por el tórax

de la muchacha muerta circulaban ahora por mis ojos, se alimentaban con lo que había amontonado y visto. Toxinas, recuerdos incomprensibles de un planeta desolado y hermoso. Pronuncié el nombre de Lara, llamé a mi mujer, pero la voz ya no era mía, ya ni siquiera era un sonido humano, era cualquier otra cosa que hacía turismo en mi cuerpo.

Desperté con resaca, con una erección que reventaba en mi pantalón, con la boca llena de asco, con la luz de la mañana estrellándose en los ojos y convirtiéndose en cuchilladas en la base de mi nuca. Desperté con el cuello y la frente cubiertos de sudor. Desperté deshidratado, en un estado de confusión total.

Eran las once de la mañana de un sábado, afortunadamente no trabajaba. Fui al baño, intenté vomitar, pero no pude. Sumergí la cabeza en agua helada, bebí hasta atragantarme, me senté en el inodoro y vi las gotas deslizarse por mi pecho, entre los pelos, bordeando las circunferencias oscuras de las tetillas.

Resabios del sueño que había tenido volvían, no entendía nada, eran imágenes atroces de Gringo y de Lara y de la muchacha indígena a la que había asesinado.

El teléfono sonó. Dejé que el ruido repercutiera unos segundos más y me levanté a contestar.

¿Le hablaste a Javier?, dijo mamá.

¿Qué?

¿Recién te estás levantando?

Me senté en el piso con la espalda apoyada en la pared, resoplé fastidiado, la rabia brotaba en mi cerebro, aceitaba los nervios que enervaban mi cuello y mi garganta. Conté hasta diez para no decir cualquier disparate, me repetía una y otra vez que era con mi madre con quien estaba hablando.

La cabeza dolía y mi cuerpo expedía un olor agrio y dulzón, a trago, que era insoportable. Hacía mucho que no me emborracha de ese modo, por lo general mi aguante para el alcohol era extraordinario, pero aquella noche había bebido hasta perder la conciencia, hasta caer en un estado casi comatoso.

Le voy a hablar en un rato, dije.

Ahora tu tía llamó, anoche tampoco pudo pegar un ojo.

Deberías estar con ella, deberías obligarla a que se quede en la casa.

Vos sabés que es una caprichosa. Desde que era jovencinga era caprichosa, y ahora de vieja es mucho peor.

¿Pasó algo más?

Algo como qué.

No sé, ma. ¿Le llegaron otras fotos?

No, nada.

Bueno, tras que tenga noticias, te hablo.

Alicia Pujol, dijo.

¿Qué?

Así se llamaba la zorra con la que se metió ese monstruo. Pensé que tu tía no se acordaba de su nombre, pero ahora le pregunté y me lo soltó como si nada.

No es un apellido común en Santa Cruz.

No, no lo es. ¿Cuántos catalanes creés que hay aquí? Seguro la pillamos.

¿De verdad querés llegar al fondo de esto?

Puede ser que vos tengás razón. Si esto es una broma, esa mujer tiene algo que ver.

Colgué, me puse de pie, me aproximé a la ventana principal, corrí las cortinas, el sol de la mañana se estrelló en mi cara. Vivíamos en el décimo piso. Nuestro departamento daba a la piscina, donde unos niños se bañaban. Sus padres, a solo metros de distancia, los vigilaban. Tenía la boca ardiendo, seca. Podía sentir la sangre circulando a través de las venas que cruzan el cráneo. Su movimiento era una tortura, escuchaba el flujo, todo ese universo de química alterada por el alcohol.

Fui a la cocina y me bajé dos vasos de agua. Intenté vomitar pero no pude. Busqué el nombre de la mujer en la guía. Solo había dos Pujol en la ciudad, uno era un hombre llamado Joseph. La otra era una mujer llamada Alicia. Con un lapicero anoté la dirección.

Volví a la ventana con un poco más de vida en el cuerpo y constaté que la piscina estaba vacía, ni los niños ni los adultos se encontraban por los alrededores.

Con Javier fuimos buenos amigos en el colegio, a los dos nos gustaba el heavy metal. En algún momento fantaseamos con la idea de tocar en una banda. Yo me compré una vieja Fender Stratocaster que conseguí de ocasión, él se compró un bajo. Nunca hallamos baterista y abandonamos el proyecto al cabo de unos meses. Javier se entusiasmó con la fotografía e hizo, de lo que en un principio era un *hobby*, su laburo. No acabó la universidad, desde muy joven trabajó en un periódico, luego se dedicó a fotografiar a modelos y ahora es dueño de un estudio. Yo me matriculé en economía y, tras graduarme a los 24 años, trabajé en una empresa de seguros. No hay nada fascinante en lo que hago, pero eso paga el tipo de

vida que Lara y yo llevamos, una vida que con un sueldo de músico local jamás podría costear.

Ya no teníamos nada que ver el uno con el otro, cada vez que coincidíamos en algún bar sacábamos a relucir unas cuantas anécdotas viejas, como si de esa forma quisiéramos reconstruir el ecosistema de un lugar que ya había desaparecido.

No fuiste a la última reunión del curso, dijo por teléfono, cuando al fin pude dar con él.

Detesto esas fiestas. Ni siquiera fui cuando se cumplieron los diez años de la promo.

Perdido, dijo. Hace hartísimo que no sé de vos. Ni siquiera te pillo en los boliches.

No ando saliendo mucho. Vos tampoco llamás nunca.

Sí, vos sabés cómo es esto, dijo. Laburo acá, laburo por allá. Inauguré un nuevo estudio y eso me tiene recontra cagado de tiempo, no sabés la burocracia que es. Trámites por aquí y por allá. Puteás todo el rato con los cojudos de la Alcaldía. Un lío de mierda, todingos esos cambas chupapichis son unos coimeros.

Debe ser una reverenda cagada.

Deberíamos juntarnos algún rato, vaciar unas chelas.

Sí.

Pero decime, en qué puedo ser útil, dijo.

Necesito tu opinión sobre unas fotos. Quiero que me digás si son reales o si son montadas.

¿Qué fotos?

Unas fotos que recibió mi tía por correo. Es una historia larga, mejor te la cuento personalmente. ¿Será que puedo darme una vuelta por tu estudio?

Claro, pasate a eso de las cuatro. ¿Te va bien?

Me va perfecto.

Antes de pasar por el estudio de Javier, conduje hasta donde vivía Alicia Pujol. Cuando llegué, me quedé unos instantes en el interior del auto, reunía valor. No tenía en mente ningún plan, no se me ocurría ninguna excusa para buscarla. Ni siquiera sabía cuál era la información que quería sacarle. Vivía en una casa vieja con un patio enorme que tenía dos árboles de manga cuyas ramas desbordaban por los muros.

Bajé, husmeé por la verja. Ni siquiera sabía si esa Alicia Pujol era la misma mujer con la que vivió Gringo al dejar a mi tía.

Toqué el timbre, nadie salió. Esperé alrededor de cuatro minutos y me volteé para irme. Cuando estaba por llegar a mi auto, escuché la voz de una mujer.

¿Qué desea?, dijo.

Disculpe, dije. Ando un poco perdido, busco a alguien. Un pariente mío que supuestamente vive en esta dirección.

Se ha equivocado, dijo la mujer.

El acento, a pesar de los años de aclimatarse en estas tierras, tenía un marcado dejo español.

Acabo de llegar del extranjero, expliqué.

Fue lo primero que cruzó por mi cabeza.

Dije:

Me pidió que lo buscara, me dio esta dirección.

Se ha equivocado, repitió la mujer.

Traté de reconstruir con esas facciones envejecidas del rostro que tuvo 30 años atrás, un rostro que inspiró lujuria, un rostro que ahora estaba en ruinas.

Vivo sola, dijo. Desde hace años que vivo sola acá.

Usted no es boliviana, dije.

Desconfiada, me miró seria, como si pudiera leerme. Como si pudiera sacarme la máscara.

¿Qué es lo que de verdad quiere?, dijo.

Ya se lo expliqué, busco a un pariente.

Váyase, aquí no hay lo que busca, dijo.

Se metió en la casa.

Cuando entré en el auto, puse seguro en las puertas. De una forma que me resultaba imposible explicar, supe que esa mujer fue la amante de Gringo. Supe que esa mujer tenía secretos. Un miedo idiota se apoderó de mi cuerpo, un miedo sin origen, sin ninguna causa real, producto de fantasías, de suposiciones sin ningún fundamento. No podía moverme, las manos me temblaban, tuve que cerrar los dedos en el volante para que se quedaran quietas. Al mirarme en el espejo retrovisor, vi que mi rostro era otro. Vi que, como en el sueño, había suturas en la frente, en los pómulos, en la barbilla. Era un rostro injertado, el de otro hombre. Grité, pero solo hacía un graznido de pájaro. Quise quitármelo con las uñas, quise ocultarlo de mis propios ojos, pero estaba pegado al mío. Cada vez que intentaba revocarlo, hilos de sangre se filtraban por las costuras.

Desperté en el auto, me había desmayado, tenía la camisa cubierta de sudor. Mi rostro era el mismo de siempre, lo palpé, me acerqué al espejo, no había ninguna marca quirúrgica, solo los arañazos que me produce en

la desesperación. Mis ojos dejaron de ser celestes y recuperaron el marrón oscuro que siempre tuvieron. Era imposible saber cuánto tiempo estuve inconsciente. La cabeza dolía, algo me taladraba en la base de la nuca. Puse en funcionamiento el motor y me largué de ahí esperando que el desvañecimiento y la alucinación que había tenido fueran consecuencia de la deshidratación, de los estragos del whisky, del cansancio acumulado.

Lo esperé alrededor de una hora mientras terminaba de hacerle fotos a una modelo. Me hizo sentar en un sofá y lo vi trabajar, dar órdenes, pedirle a una belleza de 18 años, que acababa de ponerse 200 gramos de silicona en cada teta, que se recogiera el pelo de determinada forma, que mirara a la izquierda, que cruzara las piernas, que torciera los labios y luego que se los mordiera, que aparentara una seriedad que en aquel momento estaba ausente en ella.

Cuando acabó y todo el personal que estaba en esa sección de su estudio se marchó, Javier se dirigió a donde yo estaba sentado.

Más o menos así es mi vida durante seis días a la semana, dijo.

Podría ser peor. Podrías estar en una oficina como yo, revisando y redactando informes ocho horas al día, con números bailándote en el cerebro todo el tiempo.

Los dos reímos, nos quedamos sin más charla. No quería llegar tan pronto al verdadero motivo de mi visita, pero no teníamos nada más que decirnos.

Bueno, dijo. Decime, qué son esas fotos que querés que revise.

Le conté la historia de forma abreviada. Javier me miró sin inmutarse, era difícil saber qué pensaba. Cuando acabé de hablar, pidió el sobre. Se demoró en abrirlo. Se detuvo, al igual que yo lo hice cuando mamá me lo pasó, en las estampillas de Londres. Al sacar las fotos las examinó cuidadosamente. Cuando llegó a la tercera, la expresión de su rostro cambió, apartó la vista, tosió. Me miró enojado. O más que con rabia, me miró desde la desolación que aparece cuando sucede lo irremediable, cuando algo hermoso se quema, cuando la capacidad para asombrarse con el mundo es deformada por la brutalidad.

No dije nada, cualquier cosa que soltara en ese momento hubiera estado demás. Vio las últimas dos restantes y la expresión de asco fue en aumento. Regresó a la tercera y a la cuarta fotografía, esta vez repuesto, y las examinó con más cuidado. Se puso de pie, fue hasta uno de los muebles donde guardaba lentes y máquinas y volvió con una lupa. Hasta entonces no me había vuelto a dirigir la palabra. Las examinó por algo más de un minuto, solo se limitó a revisar la fotografía en la que el Gringo

acuchillaba a la muchacha y aquella donde ella salía degollada. Cuando creyó que era suficiente, las metió de vuelta en el sobre.

Son reales, dijo.

¿Estás seguro?

No tengo ninguna duda. Deberías ir con la Policía.

Si mi tía se entera de que son reales, no lo va a soportar, dije. Eso le va a freír el cerebro.

Javier pasó dos dedos por sus labios, como si con ese gesto pudiera quitarse el asco, los resabios del día que yo le había arruinado. Al verlo tan ensimismado, supe que quería que me fuera, que quería estar solo. No lo volvería a llamar. Si nos encontrábamos en algún boliche o en alguna reunión del curso, nos ignoraríamos, olvidaríamos el protocolo de desempolvar viejas anécdotas. Olvidaríamos que fuimos amigos.

Le estreché una mano.

Gracias, dije.

Javier asintió, no me acompañó a la salida.

Cuando estacioné frente a la casa de mis padres, me quedé unos segundos en el interior del auto, demoraba el encuentro con mamá. El sobre con las fotografías estaba en el asiento del copiloto.

Tras tocar el timbre, ella abrió de inmediato, me estaba esperando. Sostenía en su mano derecha una taza de té recién hecha.

¿Cómo te fue?, preguntó ansiosa.

¿Antes puedo prepararme un té?

Claro, el agua recién hirvió.

Fui a la cocina, me hice el té. Al volver al comedor, encontré a mamá sentada en la misma silla que ocupó la noche pasada cuando discutimos todo este asunto. Me senté frente a ella y deslicé el sobre en la mesa. Bebí un sorbo de ese té verde, amargo, al que no le había puesto ninguna cucharada de azúcar.

Son falsas, dije. Es un montaje.

La tensión de su rostro se desinfló. Se llevó una mano a la boca, avergonzada por su risa. Siempre hacía eso, desde que yo era niño lo hacía, tenía un raro complejo de inferioridad por su dentadura. Cerró los ojos, aliviada, buscó mis manos.

Es un buen montaje, dije. Javier las examinó con atención y concluyó que solamente era eso, un engaño.

No deja de ser una broma escabrosa. De enfermos.

Ma, dije. Hay que quemar esto. Hay que hacerlo ahora mismo, no es bueno conservarlas.

Sí, pero primero hay que decirle a tu tía.

No, dije, primero hay que quemarlas.

Fui a la cocina y volví con una olla y con un paquete de fósforos. Mamá me miraba con desconcierto.

Tenés razón, dijo.

No quiero que le digás nada a papá, dije. Decile a la tía que se olvide del asunto, que no lo mencione a nadie.

En cuestión de segundos el fuego consumió el sobre. Al quemarse, las fotografías producían un olor asqueroso, a químicos. Mamá miraba en silencio. Cuando ya solo quedaban cenizas, dijo:

¿Sabés cuál fue la verdadera razón por la que tu tía lo dejó?

Por la catalana, dije.

No, tu tía repitió esa historia tantas veces que al final terminó creyéndosela. Esa no fue la verdadera razón.

Era un hombre violento, ma. La golpeaba, ¿acaso ese no es un motivo suficiente?

Sí, dijo. Pero hubo algo que casi acaba con tu tía y esa fue la razón por la que ella lo dejó.

¿Qué pasó?

En el ochenta y cinco quedó embarazada. La perdió a los siete meses, era una niña.

Las imágenes de mi tía y de Gringo bailando en la mesa volvieron como fogonazos. Mi tía reía, buscaba sus ojos. Gringo, inmenso y borracho, daba saltitos y hacía temblar los platos y cubiertos.

Mamá siguió con la historia:

Nunca dijo por qué abortó, pero tu padre y yo sabíamos que se debió a las palizas que le daba. Cuando ya no se pudo hacer nada, en el hospital, después del raspaje, Gringo tenía que llevar el cuerquito de la bebé a la morgue y concluir los trámites de rigor que certificaban que había nacido muerta. Tu tía aún estaba en cama, recuperándose, no pudo acompañarlo. Gringo hizo otra cosa.

¿Qué hizo?

Mamá clavó la vista en las cenizas que quedaron esparcidas en la olla. Dijo:

Envolvió a la bebé en unos periódicos y se fue a beber a un bar. Estuvo allí durante horas hasta que alguien se dio cuenta de que ese paquete era un bebé muerto. Se hizo un escándalo, casi lo matan, casi lo linchan ahí mismo. Llegó la Policía, Gringo fue a la cárcel, estaba inconsciente por la golpiza que había recibido. El doctor que atendió a tu tía tuvo que testificar, fue un asunto serio.

Cuando terminó de hablar, mamá llevó la olla hasta el basurero y botó las cenizas. Se quedó de pie, sin moverse. Yo la veía de espaldas: el pelo lacio, largo, como lo tenía desde que era una mujer joven.

Después de eso, tu tía no quiso saber nada más con él, no quiso saber nada más con ningún hombre, dijo.

La abracé, besé su cabeza. No sabía qué más decirle.

Dije:

Ya pasó, no va a haber más fotos. La tía va a estar bien.

Las fotos fueron su venganza por haberlo echado, dijo mamá.

No quise volver a mi departamento, di vueltas en el auto intentando poner orden en mi cabeza, intentando justificar la mentira que le había dicho a mamá.

Conduje hasta donde vivía Alicia Pujol. Ya era de noche, no sabía muy bien qué quería descubrir. Bajé y me acerqué a la verja. Todo estaba a oscuras. En vez de tocar el timbre, trepé la barda. Corrí por el jardín y entré en la casa por una ventana.

Escuché una música de cuerda monótona, los mismos acordes se repetían una y otra vez. Caminé a ciegas, al no haber muebles me desplazaba sin tropezarme. Cuando llegué al cuarto de donde provenía me topé con una puerta cerrada. Había una franja de luz que sobresalía por la base. Se oían gemidos. Había personas ahí adentro, cogían. Cuando las voces se apagaron comenzaron los gritos de una mujer, y luego el llanto y algo parecido a una tos, y luego nada: el más espeso de los silencios.

La vista se me nubló y caí al suelo, comenzó el ruido: una explosión continua que variaba en frecuencia y en intensidad. El dolor volvió a concentrarse en la base de mi nuca.

Mis ojos no eran mi cuerpo. Mis ojos eran insectos, algo que me comía con visiones de un lugar monstruoso. Mis manos estaban agusanadas, veía larvas emergiendo por debajo de mis uñas. Quise abrazar a Lara, quise encontrar una casa en su cuerpo, algo sólido que no fuera únicamente memoria. Mi rostro era el desorden provocado por una historia de violencia. Mi rostro, lo sabía aunque no podía verme, era el de un hombre que no era yo. Los insectos caminaban por el interior de mi cráneo. Toqué mis labios, mi nariz, mis párpados: se caían a pedazos, mi piel se derretía.

El dolor en la nuca era un latido que desaparecía y volvía a aparecer: me hablaba.

A pesar de todo ese caos pude verlos, estaban ahí, a unos metros. La visión era plena y el dolor no la deformaba. Estaban en frente de mí, los llamé pero mi voz había desaparecido. Como en el sueño de la otra

noche, se había atrofiado en la garganta. Mi tía y Gringo bailaban sobre una mesa mientras yo, un niño de cuatro años, aplaudía. Podía verme allí como fui tanto tiempo atrás, sonriendo, alentándolos a los gritos, hasta que todo volvía a fundirse en la oscuridad.

Al día siguiente me despertó el teléfono. Estaba en el sofá de mi departamento, me había dormido con ropa, ni siquiera atiné a quitarme los zapatos. No me quedaba claro cuánto tiempo había permanecido en esa casa tirado en el piso, en estado catatónico. No me quedaba claro qué era lo que había pasado ni cuándo me repuse y salí de allí corriendo a ciegas, temeroso de que me descubrieran, temeroso de que me mataran, mientras la música y los gemidos de la orgía y los gritos de esa mujer se convertían en un zumbido que no desaparecía de mis oídos.

Los recuerdos eran imprecisos y no se concatenaban con coherencia, no sabía cuánto de lo que recordaba era real y cuánto era producto de la fantasía, del estrés ocasionado por la situación en la que me encontraba.

Ruido, siempre el mismo ruido.

Como si atravesaran mi cerebro con alambres de púas, el dolor era indistinguible del ruido. No había diferencia.

El teléfono sonaba y sonaba en esa tardía hora de la mañana, y yo permanecía en el sofá sin moverme, consciente de cómo la respiración hinchaba mi pecho.

Cuando al fin contesté, escuché la voz de Lara. Me contó las cosas que había hecho en los últimos días, me dijo que ya no veía la hora de regresar a Santa Cruz.

Fui hasta la ventana principal de nuestro departamento y vi a los mismos niños del día anterior bañándose en la piscina. No había ningún adulto en los alrededores. Era una mañana soleada, sin viento, el calor derretía el aire.

Dos meses más, dijo Lara. Van a pasar volando.

Sí, dije. En un abrir y cerrar de ojos vas a estar aquí.

La casa grande

Rodrigo Hasbún*

Celebraban el aniversario del pueblo, esa era la excusa para que la abuela no se diera cuenta. Su enfermedad ya estaba muy avanzada por entonces, pero era mejor que ella siguiera creyendo que los dolores en la espalda se debían a otra cosa.

Cuidado digas algo, me había advertido mamá varias veces en la camioneta, mientras viajábamos, y yo supe en ese momento que iba a enojarse en serio si decía algo. A menudo nos pellizcaba debajo de la mesa o nos jalaba las patillas, y alguna vez nos había dado cachetadas, pero era aún peor cuando nos ignoraba durante varios días seguidos si la hacíamos enojar en serio. ¿Me oyes?, dijo sin dejar de mirarme desde su asiento. Papá cantaba lo de siempre (*en la vida hay amores... que nunca pueden olvidarse*), manejando abstraído, y mi hermano se había quedado dormido a mi lado. Asentí apenas y mamá recién entonces se volteó hacia delante.

Ahora estábamos en medio del monte, papá, mi hermano y yo. Hacía un calor insoportable, distinto al de la ciudad, más húmedo, y volvíamos de una caza pésima. La víbora que nos habíamos topado en el camino ya no tenía cabeza pero seguía sacudiéndose y a nosotros nos costaba entender por qué se aferraba a la vida.

Dale de nuevo, le dijo papá a mi hermano sin darse cuenta de que el hombro le dolía, el rifle le había pateado duro la primera vez. Dispararle a algo tenía que ser distinto a dispararle a nada, a manchitas en el aire. Sin quejarse, él cerró un ojo mientras acercaba el otro a la mirilla.

* Nació en Cochabamba en 1981. Es autor de las novelas *El lugar del cuerpo* (2008) y *Los afectos* (2015), además de los libros de cuentos *Cinco* (2006), *Los días más felices* (2012) y *Cuatro* (2014).

“La casa grande” pertenece a *Los días más felices*, Barcelona: Doumo.

Era un luchador, mi hermano, alguien que no se mostraba vulnerable nunca. Cuando nos hicimos hombres y los cinco años de diferencia ya no se notaban tanto, a la salida de las discotecas o en algunas tardes de fútbol, lo vi decenas de veces revolcándose como un animal salvaje encima de otros. Aunque estuviera adolorido o mareado, aunque ya casi no pudiera respirar, tenía descartado cualquier tipo de rendición.

Disparó y el monte nos devolvió el eco. La víbora seguía sacudiéndose.

La muy hija de puta no quiere morirse, dijo papá entonces, incrédulo. Como si esas palabras contuvieran una orden secreta, mi hermano dejó el rifle a un lado, levantó una piedra que estaba a unos metros y la aplastó con todas sus fuerzas.

Temblaba un poco, viéndola quieta al fin.

Papá dio un paso hacia él y le acarició la cabeza.

Las hijas de tío Esteban eran cinco y eran todas parecidas, pero la única que me gustaba a mí era Lucía, la menor.

Su mamá era sueca y, a pesar de llevar viviendo décadas en el país, todavía hablaba con un acento marcado. Con ellas usaba su idioma natal, y entre las hermanas también lo hacían, sobre todo cuando se burlaban de nosotros o cuando se contaban chismes o secretos. Yo me desesperaba, a mí hermano no parecía importarle. La que más le gustaba a él era Anna, la mayor. Tenía trece años y su cuerpo ya era de mujer. Había sucedido de un día al otro y no quería jugar a las escondidas. Se quedaba hablando con mi hermano y también fumaban, los vi más de una vez, no en la casa grande del pueblo, ahí no íbamos casi nunca, sino en la nuestra o en la de ellas.

Los mayores estaban en el patio, cerca de la cocina, esperando que la comida estuviera lista. Mamá y tía Engla ayudaban a la abuela, que al final de la tarde había descuartizado a las gallinas y que ahora fumaba mientras removía el contenido de una olla. Me quedé mirándola un rato, era un poco como si ya no estuviera. Cerraba los ojos cuando aspiraba el humo y se notaba que disfrutaba un montón cada bocanada. El abuelo y sus hijos estaban sentados en círculo y reían de algo.

Era lindo saber que te buscaban, que lo único en el mundo que alguien quería en ese momento era encontrarte. Por eso ocultarse entre dos no tenía tanto chiste. Pero a mí me tocó con Lucía y yo con Lucía podía hacer cualquier cosa. Me agarró de la mano y dijo que tenía una gran idea.

A Melisa y a Mía les tocaba contar. Oíamos sus voces todavía (*¡nueve!... ¡ochito!... ¡siete!*), pero cada vez más lejos. También oíamos las risas de

los mayores, se los sentía un poco borrachos. Su mano estaba caliente y sudada y ella caminaba rápido. Salimos al patio de atrás, que en realidad ya era campo.

No creo que valga aquí, dije.

No dijimos, dijo ella, así que vale.

Aquí no van a encontrarnos ni queriendo.

No seas tonto, por eso mismo. Ven.

Los dos caballos del abuelo empezaron a relinchar cuando llegamos. Les tenía miedo pero no dije nada. Lucía se metió en la caballeriza y le acarició la cabeza a uno. Parecía que la estaba mirando a los ojos, los del caballo eran el triple de grandes. Los dos parpadeaban y yo no me animaba a entrar.

No seas marica, dijo ella.

No es por marica.

Por qué entonces.

Hay víboras. En la tarde le disparamos a una. No se quería morir.

Ella dejó de acariciar al caballo y me miró. Con su piel tan blanca y sus ojos tan azules parecía un fantasma.

Mamá dijo una vez que a las mujeres se les pueden entrar, seguí yo.

¿Las víboras?

Sí. Por eso no tienen que hacer pis en el campo.

El otro caballo empezó a respirar ruidoso y yo aproveché para mirar hacia la casa y ver si Mia y Melisa se habían dado cuenta. No había nadie, tampoco Anna ni mi hermano. Años después él la embarazó y tuvieron que hacerla abortar. Años después pasaron muchas otras cosas, todos nos fuimos ensuciando.

Ya vámonos, dije.

Que nos encuentren primero, dijo ella.

Nos sentamos a un costado de la caballeriza y poco después la luz se fue repentinamente. Miramos hacia la casa, ahí igual estaba oscuro.

Lucía sintió miedo recién.

Ahora no seas tú la marica, dije, es solo un apagón. Pero también tenía miedo, sobre todo porque nadie venía por nosotros ni tampoco gritaban nuestros nombres. Era como si nos hubieran olvidado, como si ya no existiéramos. Se sentía así.

Quise abrazarla y me apartó con brusquedad.

Es tu culpa, dije, tú eres la que quiso venir aquí.

Traidor, dijo ella mientras se ponía de pie. Traidor de mierda, dijo, nunca antes la había escuchado decir una mala palabra, y empezó a correr hacia la casa.

Yo me levanté y corrí detrás.

Mamá y papá casi nunca se trataban, eran como extraños. Pero en la procesión, por las calles del pueblo, los vi agarrarse de la mano. Éramos los visitantes ilustres, una de las familias que habían prosperado en la ciudad, y teníamos que aparentar que nos queríamos. Nos queríamos pero en la ciudad mamá y papá dormían en cuartos separados, y podían pasar días enteros sin decirse nada.

Mi hermano caminaba a mi lado.

¿Te la chapaste? ¿Sí o no?

La música de la banda sonaba a todo volumen y yo hice como si no lo hubiera oído. Seguí caminando con la mirada al frente pero el corazón comenzó a palpitarme rápido. Delante nuestro caminaban apenas los abuelos, y los tíos y las chicas estaban en la primera fila, justo detrás de la Virgen que cargaban entre cuatro.

Yo a la Anna la manoseé entera. Hasta me dejó que le meta un dedo.

No te creo, dije.

En ese momento la procesión se detuvo. Mamá se dio la vuelta para constatar que nosotros también estábamos rezando. Tenía una mirada dura, mamá. Yo no entendía todavía que esa era la mirada de las mujeres que no son felices, la mirada de las mujeres abandonadas por maridos que sin embargo seguían a su lado, por costumbre o por guardar las apariencias o porque tenían claro que las amantes eran solo para un rato, a diferencia de la esposa, que debía ser una sola para siempre. La de mi hermano tenía esa misma mirada y yo la consolé, años después. Cuando mi consuelo dejó de serle necesario y decidió irse, dejarnos a los dos, llevándose a los niños, a él lo vi llorar por primera vez.

Terminó el rezo y mi hermano me miró desafiante.

No te creo, repetí.

Me vale un huato que no me creas, dijo. Luego se le ocurrió que quizá su dedo todavía olía a ella y lo acercó primero a su nariz y después a la mía. Olía raro, era posible que así olieran las mujeres por dentro.

Con la expresión victoriosa él volvió a preguntarme si me la había chapado a Lucía.

Claro que me la he chapado, dije. Con lengua y todo.

Había mucho polvo en el pueblo, las calles no estaban pavimentadas. Menos de diez metros más allá la abuela se detuvo. Respiraba fuerte y hubo un desorden momentáneo. Papá y los tíos la llevaron a la sombra, hicieron que se apoyara contra una pared. Unos minutos después ella insistió que ya se sentía mejor y la procesión siguió su curso. Por unanimidad fui yo el que terminó acompañándola, a solas porque Lucía no quiso quedarse conmigo.

La abuela no era una anciana todavía pero la enfermedad la había deteriorado en los últimos meses. Su cara estaba marcada por mil arrugas, algunas profundas, otras no tanto. Todas se movieron de una forma extraña cuando sonrió, apenas le dio la primera calada al cigarrillo que sacó de su cartera.

Y ustedes creen que no sé, dijo reteniendo el humo. Yo me quedé mirándola, primero sin entender a qué se refería y luego sin estar seguro qué decir. En ese momento sentí recién el olor a tabaco, una ráfaga amarga, y me dio un poco de náuseas. En las décadas siguientes ese olor me devolvería a ella cada vez, a ese mundo que estaba a punto de desaparecer, poco después hasta vendieron la casa grande, y de nuevo mi corazón comenzó a palpar rápido. Como si lo oyera, como si el enfermo al que debíamos custodiar fuera yo, la abuela habló entonces.

Vámonos, dijo. Ya vámonos de una vez.

μαμά

Roger Otero Lorent*

Lunes. El sol agoniza. Siete y media. En la plaza hay de todo: jubilados, estudiantes, turistas, desempleados, familias y solitarios, como este hombre sentado frente al monumento del héroe local. Sostiene un libro desde hace media hora, imperturbable, sin parpadear. De rato en rato sorbe un vaso de café humeante, pero jamás abandona la lectura. Coge el libro con ambas manos. Y para llevarse el vaso a la boca hace un movimiento de brazo casi maquinal. Luego repite el movimiento pero al revés, hasta devolver el vaso al mismo sitio, sobre la fina huella circular y acuosa.

Lo único que sabremos del hombre es que lee un libro, su magra fisonomía lo aproxima a los 60 años y no lleva anillo en los dedos. A la mujer que lo estudia desde lejos le alcanza la visión para distinguir, en la portada del libro, grande y con letras moradas, el título: ¿Quién sopló mi alma? Y más abajo, pequeño: Ruwosaki H. Akiri. Y a la derecha: policial.

Esta misma mujer avanza segura de sí misma, haciendo sonar sus glamorosos tacos de diez centímetros, se sienta en el extenso banquillo, junto al hombre, lo mira brevemente y con tono dulzón le pregunta:

—¿Excitado por la lectura?

El hombre demora en contestar.

—¿Disculpe?

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1981. Narrador y filólogo. Es autor de los libros *Simplemente cuentos* (2003), *Humor vítreo* (2006), *Cuentos tristes para una noche rota* (2008), *Malas palabras* (2009) y *De qué hablamos cuando hablamos de morir* (2011; 2015), además de las novelas *Lo bonito de ser feos* (2011) y *Bullying* (2012). Ganó en numerosas ocasiones el Premio de Literatura Santa Cruz de la Sierra.

“μαμά” forma parte de *De qué hablamos cuando hablamos de morir*, Resistencia: Editorial Mulita.

—Pregunto si es un buen libro.

El hombre mira a la mujer de soslayo y responde:

—Excelente —y dicho esto retoma el pasaje dejado.

La mujer insiste dos minutos después:

—¿Espera a alguien?

—¿Cómo?

—¿Está esperando a alguien?

—No —le contesta el hombre, regalándole, una vez más, algunos segundos de su atención.

—¿A su esposa, tal vez?

—¿Disculpe? —pregunta atufado.

—Tal vez sea casado.

—No... —el hombre parpadea por fin y reconoce la insinuación—. Soy viudo —responde—. ¿Usted está esperando a... —duda— su esposo, tal vez?

—Está en una cita de trabajo. Debe estar muy ocupado... —dice y, susurrando, añade—: soplándole el alma a otra persona.

Entonces el hombre deja de lado el café, cierra el libro y le obsequia una mirada de absoluto interés. Se produce un breve pero profundo silencio. Finalmente ella tuerce el rostro y un segundo después él decide hacer lo mismo. El tiempo transcurre con los dos mirando a otra parte, con él pensando en cómo proseguir el diálogo.

Pero es ella quien, con voz arrogante, se atreve a decir:

—¿Te gustaría ir a otro lugar?

—¿Adónde?

—Uno con menos gente.

—Puede ser —responde el hombre.

—No soy una puta —advierte la mujer—. Pero quiero hacer lo que tengo que hacer.

El hombre agacha la mirada sobre ella, recorre las líneas que forman las dos piernas ceñidas bajo la falda corta de mezclilla. Son rectas y virtuosas, y conducen fácilmente hacia caderas anchas que deben permitir un balanceo descomunal. Es una mujer grande, de cintura indefinible, limítrofe al engordamiento. La tirantez de la blusa, muy ajustada en los senos, encubre el posible sobrepeso.

—Quiero tener sexo con vos —dice de pronto.

—¡Ah!

El hombre se sorprende. Extiende los labios en un guiño de nerviosismo. La mujer se desentiende un rato del hombre observando la calle. Variedad de personas desfilan a pocos metros suyos. Un par de minutos después el hombre aún se mantiene pasivo y la mujer se exaspera:

—¿Aceptás ir a la cama conmigo sí o no? —pregunta en seco.

—¿Tendría que pagarte?

—¡Imbécil!

—Lo siento, es que...

La mujer se pone de pie, no vuelca. Está segura de que él la acompaña, aunque no escuche pisadas, aunque no vea su sombra. Cruza la vereda y con un movimiento ágil de mano extrae las llaves del interior de la cartera sin detener el ritmo. Presiona un botoncito del llavero y las luces del Skodia Fabia RS 2000 parpadean. El seguro de las puertas se levanta. Ella sube, hace gruñir el motor. Él se coloca al lado y deja el libro sobre el tablero. Intenta explicarse, pero ella lo obliga a callar. Dan la vuelta a la manzana de tal forma que enfilan por la calle que desemboca a los moteles. La transitan como podrían avanzar en un desierto. Son dos seres agónicos, invisibles ante el mundo. Pasan algo más de diez cuadras sin intercambiar miradas o frases. Él tiene ganas de preguntarle las razones de su impulso:

—¿Hay algo de lo que quisieras conversar? —dice.

—No.

Ella se concentra en la calle con pasmosa serenidad.

—¿Y tu esposo?

—¿Qué tiene?

—¿No está por aquí cerca?, ¿siguiéndonos? —busca nervioso atrás.

Ella sonrío con la mitad de la boca.

—No.

El hombre desliza una mano en la pierna de la mujer. Ella se la arrebatada de golpe.

—Aún no, hombrecito.

Pasan dos cuadras más. La mujer mantiene el rostro inmutable.

—¿Tenés algún motivo en especial? —vacila el hombre—. ¿Me conocés por lo menos? ¿Sabés quién soy?

—Nunca te había visto en mi vida.

—Pero...

—¿Tenés miedo? Ya te dije que mi esposo no lo sabe. Y aunque lo supiera, le daría lo mismo. Algún día todas las de mi especie acabamos haciendo lo mismo.

—Me vas a utilizar —bromea sin parecer que lo hace, pues tiene un tono de voz bastante uniforme para todo.

—¿Estás ofendido? —repone sarcástica.

—Nunca me había pasado —la mira en busca de una retroalimentación que nunca llega. Permanece en silencio como si no fuera con ella la cosa—. ¿Por qué a mí? —añade.

—¿Qué pasa? ¿Necesitás que te seduzca?

—Nunca me había ocurrido antes y...

—No tenés pareja —interrumpe la mujer—, lucías limpio, sos simpático y eras el único en toda la plaza que estaba leyendo un libro... Mirá, ya llegamos.

—Ah, tu casa... Porque los moteles están cerca.

El portón se abre automáticamente. Entran. No hay nadie. Atraviesan un jardín grande y descuidado, con el pasto crecido y hojas secas regadas por doquier. La casa es alta, en forma de A. Ella baja primero, sin avisar a su acompañante que la siga. Se mete en la casa y él le calza las huellas, excitado por la situación. Recorren un pasillo de parquet y cuadros ennegrecidos por el polvo. Atraviesan el vestíbulo y la sala.

—¿No hay muebles? —pregunta el hombre al comprobar el vacío.

Pero la mujer hace oídos sordos. Empieza a desabrocharse la blusa conforme sube por las gradas que dan fin al pasillo. Avanza por el segundo piso. Está en penumbras. Pasan a la habitación del fondo. Ella le instruye que cierre bien la puerta porque quiere conservar el misterio y luego no quiere que la luz interrumpa el idilio. “Soy tímida”, dice sin convicción. Se besan en la oscuridad. Ella susurra, jadea, grita, y susurra, jadea y grita más fuerte cada vez y con intermitencias más cortas. Él ni siquiera ha terminado de desnudarla y ella ya está con el tono más alto que hubiera reproducido en su vida. Se restriegan la ropa, las manos recorren sus cuerpos e irrumpen en sus miembros desesperados. Ella se aferra a él, lo guía hacia la cama y lo empuja con todo el reverso de su cuerpo.

—Quiero verte —dice él. Ella se apresura a ponerse encima y callarlo con un beso—. Dejame verte —insiste al poco tiempo. Entonces recibe la rugosidad de un pezón en la boca, con el que se entretiene largo rato. Poco a poco se acarician, se rasgan las ropas y quedan completamente desnudos.

—Metela.

Él se aparta en busca del pantalón, pues hay un preservativo en uno de los bolsillos. Es cuando escucha un sonido extraño, que puede ser cualquier cosa, lagartijas apareándose, un mueble de madera que se ensancha, ropas cayendo al piso, cualquier cosa, pero a él se le ha metido en la cabeza que puede ser el esposo llegando a la casa.

—¿Escuchaste? —pregunta.

—¡Metela!

El hombre tantea el piso hasta dar con el pantalón, rebate los bolsillos y saca el preservativo. Rompe el envoltorio y el sonido vuelve a romper la calma. Dice: “μαμά”. Está cerca, como a dos metros. ¡Ahí mismo, en el cuarto! Ella se abalanza contra el hombre, pero la oscuridad le impide acertar con su ubicación exacta. Cae a pocos centímetros de él. Extiende la mano y lo que alcanza es el falo que va perdiendo consistencia. Entonces lo fricciona con rabia. Pero el hombre ha empezado a sentir más curiosidad que excitación, así que, de un salto, se aparta de la cama, de la mujer, sin saber hacia dónde dirigirse, pues todo está oscuro. Desorientado retrocede uno, dos pasos, en busca de la puerta, hace un giro y tropieza con un bulto. Es grande y rígido y produce un sonido ligero y oclusivo al simple contacto. Una estatua tal vez. Pero las estatuas no acezan. Al trastabillar, se apoya en el vacío rozando una figura grande, presumiblemente humana, aparentemente viva. Dice: “μαμά”. Llega hasta la pared y reptta en busca del interruptor de luz. La mujer le grita desesperada que regrese a la cama y cumpla con su deber. El hombre duda, pero el sonido se repite una vez más.

El hombre apresura su búsqueda, se siente observado. La mujer sale de la cama y camina a tientas hacia donde cree estar el hombre. No tiene problemas en encontrarlo pues conoce la habitación con precisión matemática. Ambos coinciden en la puerta, justo cuando él gira el pomo y ella lo coge por los huevos. La luz se filtra en una ráfaga débil que cubre toda la habitación y enseña los pocos muebles y el cuerpo desnudo de la mujer pegado al suyo.

—¿Qué te pasa, poco hombre? —pregunta ella irritada mientras masajea la entrepierna del amante.

—Escuché un ruido.

—¿Me tenés miedo?

El hombre se da cuenta de que ha quedado como un tonto. La mira molesto. Ella se frunce, energúmena. Las miradas se reflejan entre sí como si fueran dos espejos.

—¡Cogeme, maricón!

El hombre se concentra en ella y poco a poco va dejándose vencer por la hinchazón de su sexo. La mujer cierra la puerta de golpe y transporta a su amante a la cama. Allí vuelven a hurgarse, pero esta vez con mayor osadía. Exploran las partes más sensitivas sin piedad ni objetar molestias, correspondiendo las caricias por medio de palabras obscenas y castigos leves que provocan pequeños gritos, repentinos ataques de dolor y placer. Se olvidan del preservativo, de los sonidos, del “μαμά” que ha vuelto a sonar a bajo volumen. Antinatura y felación primero. Luego de la forma

tradicional. Se ensartan el uno al otro, al mismo tiempo, sin siquiera coordinarlo. Quedan engranados en un instante donde los sonidos externos han dejado de ser relevantes, un instante donde empiezan a jadear con más fuerza, a transpirar a chorros y consentir que el suave sonido externo no significa nada del otro mundo. “μαμά”. Literalmente, nada del otro mundo. Retozan sin importarles que una voz ajena a sus bocas se esparza en toda la habitación consintiendo el acto con furia. “μαμά..., μαμά..., μαμά”. Luego el eco se transforma en un ruido sibilino, agudo, finísimo, y poco antes de llegar al orgasmo se paraliza, pues se ha instalado entre sus mentes de la misma forma que un ladrón entraría a robar una casa. Finalmente se disemina tras los últimos choques de caderas. El “μαμά” se ha desplegado en las células del hombre. Solo entonces desfallece. Siente caer de la cama y traspasar el piso, succionado por la oscuridad.

Cuando abre los ojos experimenta un sabor salado en el vientre. Recupera la vida a través de pequeños detalles que cubren su entorno, detalles que no son más que elementos de su propio cuarto: el jarrón sin flores, la foto de Judith dos meses antes de morir, el megáfono, etcétera. Hay luz y no lo acompaña nadie. Está desnudo, tiritando de frío. Se levanta, se cubre de ropa, mucha ropa, se hace un té caliente y cuando está por sorberlo, vomita, se desmaya en sus propios desperdicios y le sobrevienen convulsiones.

Vuelve a abrir los ojos y es de noche. Está tendido en su cama, otra vez su propia cama, de pijama y con la sensación de haber dormido toda la semana. “Ha sido un sueño”, se consuela para sus adentros. Pero mira el almanaque y descubre que es domingo. Entonces se muda de ropa con prisa. Sale en su auto destartalado y llega a la plaza, para ubicarse en el mismo banquillo donde conoció a su amante furtiva. No está. Ahora hay dos viejecitos sentados, cogidos de la mano como si recién se hubieran conocido. En vez de escupirlos, como en realidad desea, se sienta a un extremo y observa los alrededores en busca de la mujer. Pero pasan las horas y la mujer no aparece. Entonces marcha hacia la casa donde le hizo el amor, donde ella se lo hizo a él. Toca el timbre. No recibe respuesta. Toca muchas veces y golpea la puerta por si el timbre está descompuesto. Pero tampoco obtiene respuesta. Es muy viejo para saltarse la barda, así que llama a la casa del lado. Sale un adolescente petiso y desgarbado, con el cabello revuelto y ropa de gimnasio. Le pregunta por su vecina. El muchacho le explica que en aquella casa no vive nadie desde hace más de un año. “Es una casa donde asesinan hombres –dice-. A veces llega alguien a preguntar por una mujer que no existe o por hombres muertos”. El hombre se inventa que quiere comprarla y necesita verla. Entonces

el muchacho se mata de la risa y confiesa su mentira. “No hay tal cosa, no se asuste –le dice–. Lo que pasa es que no vivo aquí. Vengo de visita”. Luego llama a alguien de adentro. Grita un nombre extranjero. Sale un adolescente más petiso que el anterior, sin polera, con short y chinelas. Se entera de la situación de manera superficial y le explica, sin embargo, que lo que había dicho su amigo tenía algo de cierto. Muchos hombres habían preguntado por la mujer de la casa del lado. Pero no era una fantasma. Ellos la habían visto e incluso intercambiado algunas frases.

—¿Tiene marido? –pregunta el hombre.

—No –dice el adolescente más petiso–. Siempre la hemos visto con un acompañante diferente.

—Solo viene a esta casa con sus amantes –interviene el otro.

—¿Y cómo son sus amantes? –pregunta el hombre.

Los adolescentes lo miran confundidos.

—¿No tienen algo en común? –explica–. No sé, algo que pueda definirlos; un gusto selectivo...

—Ahora que lo menciona –dice el más petiso–, todos son viejos –entonces se da cuenta de que el hombre que tiene enfrente sobrepasa los sesenta–. Disculpe, no lo decía por usted...

El hombre agradece ofuscado y se despide. Antes de subir al auto se le ocurre retroceder, empujar la puerta de la casa abandonada. Esta cede fácilmente, como si alguien la hubiera descerrajado del otro lado. El hombre ingresa cargado de temores pero también de curiosidad. Recorre el mismo camino de la primera vez. La puerta del vestíbulo afloja ante un simple movimiento de manos. Los goznes producen un ruido desquiciante y él siente un escalofrío adherirse entre sus vértebras. Adentro no hay nadie. Avanza tembloroso, diciendo “hola, ¿hay alguien ahí?... ¿hola...?”. El eco le devuelve las palabras de manera inversa, acompañado de un viento cálido y delicioso. Poco a poco algo en su interior le impulsa a creer que alguien lo espera, que todo se ha anticipado a su regreso.

Sí, al subir las escaleras tiene la convicción de que alguien reclama su presencia en el cuarto oscuro y una vez allí nadie será capaz de interrumpir sus impulsos. Frente a la última puerta tiene la seguridad de que no necesita anunciarse. Ingresa desvestiéndose, percibiendo la silueta de una mujer sentada al borde de la cama, desnuda, abierta, frotándose el sexo. No se necesitan palabras para repetir lo evidente. El romance está programado para que suceda ese día, con más fuerza que antes, se extinga con el último goteo de la pasión y se repita siempre de la misma forma, tras despertar en la cama de su soledad, desnudo, tiritando de frío y angustiado.

Pasa el tiempo y a lo único que se dedica el hombre es a dormir, regresar a la habitación oscura y hacer el amor. Encuentro tras desencuentro la pasión es más fuerte, crece más que su estómago, que su necesidad de vivir, de alimentarse, de socializar. Se ha olvidado de su aspecto físico y poco le importaría morir en el apogeo de su sexualidad. Sus siestas son más largas y la necesidad de redimirse con su amante es su única preocupación. Apenas vuelve a sentirse abandonado, de su cuarto sale a toda velocidad en busca de la amante, a hacerle el amor y dejarse llevar por la negritud de sus orgasmos.

Ahora, varios meses después del primer encuentro, intuye que pronto se realizará el último. Mientras abre la puerta experimenta un dolor incontinente que le reduce el ritmo de los pasos, lentifica su ascenso por las gradas. Siente que sus energías están a punto de abandonarlo. Y no se resigna a claudicar, justo cuando está frente a la última puerta, aferrado al pomo, oliendo los fluidos vaginales de la amante...

Es con sus últimas fuerzas que gira el pomo y la puerta se abre de par en par. La luz ingresa en la habitación, pero eso ya no importa, porque la habitación está fuertemente iluminada desde adentro. Él se derrumba en el umbral, a los pies de ella, quien, a diferencia de otras veces, de todas las anteriores, está vestida. Lo mira inexpresiva, sin atender los quejidos y revuelcos de dolor que ahora el hombre empieza a manifestar. Luego se convierten en alaridos, cuando la piel de su estómago empieza a cortarse desde adentro y la sangre fluye a borbotones, como un hidrante roto. De su abultado vientre la reproducción de sus deseos asoma con ojos enormes, rasgados en un guiño de maldad, pupilas triangulares y encendidas de rojo intenso. La mujer se agacha. Coge al recién nacido con la ternura y el cuidado de una madre amorosa. Se lo lleva consigo, apegado a su regazo sin dejar que se despida del hombre, poniéndole un dedo en la boca apenas empieza a jadear “μαμά..., μαμά...”.

Relájese

Guillermo Ruiz Plaza*

Daniela pasa por el detector de metales. Suena la alarma. Saca un puñado de monedas que ha olvidado en el bolsillo del jean, lo deposita en una nueva bandeja plástica y pasa una vez más por el detector. La alarma no perdona. Por evitar una demora inútil, sin que nadie le pida nada, se quita el abrigo, el cinturón, el reloj, el celular, los zapatos. Al ver sus pertenencias alejarse en la cinta mecánica, se dice que esta –la de Madrid– es la última escala, que ya está a solo un vuelo de casa. Siente un inicio de alivio, como si en esa cinta mecánica se alejara el viaje entero. “Dentro de dos horas –piensa– estaré con Philippe y las chicas”. Philippe ha prometido recogerla en el aeropuerto de Blagnac. Se lo dijo al teléfono mientras Daniela bajaba del avión en Caracas y un aire cálido le acariciaba la cara por primera vez en 20 días. “Te he preparado tu plato favorito”, le dijo él en francés y, en tono pícaro, añadió: “Para el postre tienes una sorpresa”. Se oía de fondo las voces de sus hijas. La mayor dijo: “¡Es mamá, es mamá! Déjame hablar”. “No, papi, ¡me toca a mí!”, chillaba la otra. “Aquí hay guerra, mejor te dejo –dijo Philippe–. Ánimo, ya falta poco”. Las palabras dulces son las que más le duelen. Se siente miserable. Lo hecho en La Paz ya no tiene remedio, pero durante todo el viaje ha estado dándole vueltas –insomne, los ojos ardientes– a su relación con Thomas, su colega en el periódico. Quizá sea tiempo de acabar con ese *affaire*. Quizá haya llegado la hora de cambiar. “¿Por qué

* Nació en La Paz en 1982. Narrador y poeta. Es autor de los libros de cuentos *El fuego y la fábula* (2010), *La última pieza del puzzle* (2013) *Sombras de verano / Ombres d'été* (2015, edición bilingüe). También escribió el poemario *Prosas sacras* (2009) y el ensayo *Eduardo Mitre y la generación dispersa* (2013).

“Relájese” pertenece a *Sombras de verano / Ombres d'été*, Albi: Edite Moi.

le hago daño a las personas que debería proteger?”, se dice. Sabe que Philippe confía ciegamente en ella y eso la hace sentirse aún peor. La alarma suena por tercera vez y Daniela se quita la alianza para depositarla en una nueva bandeja. Juraría que siente un peso en su interior, un peso como de algo podrido. Le gustaría quitárselo como acaba de quitarse el abrigo, el cinturón, la alianza.

Pasa por el detector y la alarma vuelve a sonar. “¿Qué mierda pasa?”, se pregunta. Y, sin razón, surgen recuerdos de otros hombres con los que ha estado. Muslos que ella atenaza, manos grandes sobre sus senos. Philippe la dejó irse casi por un mes sin mostrarse suspicaz en ningún momento. Sabía que ella iba a ver a su madre, a despedirse de ella, pues no le quedaba mucho tiempo; eso es lo que ella le dijo antes de marcharse. Estuvo con su madre alguna tarde, pero el resto del tiempo se lo pasó de parrilladas y de farras y de bares con las amigas. Apenas le dio tiempo para intercambiar unas palabras con ella en el comedor de la casa, entre el almuerzo y el vaso de Alka-Seltzer y en medio de largos silencios. Era un alivio cuando al fin venía a buscarla su enfermera. El día en que se despidió, la viejita la miró perpleja, sin saber quién era, y Daniela comprendió que no había compartido nada con ella, que ni siquiera sabía si había tenido días buenos o malos, que se había valido de su madre para disfrutar de casi un mes de vacaciones lejos de casa, libre de Philippe y las chicas. Quizá por eso el viaje de regreso le ha resultado interminable. Lleva en el cuerpo unas 17 horas de viaje, entre las horas de vuelo y las horas de espera en los aeropuertos donde hizo escala: Lima, Caracas y ahora Madrid. No ha logrado conciliar el sueño en ninguno de los aviones, pues siempre hay alguna criatura que llora, alguna turbulencia, y el odioso toquecito de una azafata en el hombro: “Ponga el respaldo del asiento en posición vertical, señora”. Pero no es solo eso. Lleva también, y sobre todo, ese peso. Quizá sea hora de cambiar, se repite ahora que, frente al detector de metales, se le ha hecho urgente tener en brazos a Philippe y a sus hijas. Más urgente que darse una ducha, estirar las piernas en la cama, sentir las sábanas frescas, cerrar al fin los ojos. Se siente tan cansada que todo a su alrededor le parece un poco irreal.

La alarma vuelve a sonar, una mujer de seguridad hace señas, dos hombres se acercan y le piden que los acompañe. Daniela se deja llevar en calcetines hacia una puerta de vidrio con las persianas bajadas. Uno de los hombres alarga la mano y toca dos veces. Una militar abre desde el interior. Una mano la empuja suavemente adentro, el militar cierra y cesa el ruido de la gente. La militar permanece apostada de espaldas a la puerta con el rifle bajo el brazo. En la pieza hay una cama estrecha y

un escritorio detrás del cual un hombre de unos 50 años, en mangas de camisa, la mira por encima de sus lentes de carey. Daniela supone que es el inspector.

—Su pasaporte, señora —le dice el inspector, como cansado de repetir siempre lo mismo.

Daniela alarga el brazo y se lo da. El inspector toma el documento con un gesto descortés, lo abre con una mano y vuelve a fijar la vista en ella por encima de sus lentes. Dice:

—Boliviana, ¿eh?

Daniela asiente.

—¿Y se puede saber qué hace usted en Francia, señora?

—Trabajo en la oficina de redacción de un periódico.

—¿Qué periódico?

—*La Dépêche*.

—¿Cómo ha dicho?

—*La Dépêche*. Es un periódico regional.

—¿Y eso le da para estos viajecitos, señora? —pregunta el otro, sonriente. Luego deja de sonreír y le dice—: haga el favor de desvestirse.

Y arqueando una ceja, le lanza una mirada a la militar.

—Mira lo que es Francia —le dice, y, con un movimiento rápido de la muñeca, agita el pasaporte en el aire.

Daniela siente que a la militar le ha divertido el comentario y decide no obedecer. Silencio. El inspector guarda el pasaporte en un cajón del escritorio, se incorpora y, con los puños apoyados contra el escritorio y una media sonrisa, le pregunta:

—¿No va a cooperar, señora?

A sus espaldas, la militar se mueve y Daniela siente su muda hostilidad. Comprende que no tiene opción y comienza a desvestirse. Se quita la chompa, la polera, los jeans, los calcetines, y la militar recoge todo. Se oye el susurro de sus prendas en las manos de la militar, que parece buscar algo. Ahora se siente lejos, muy lejos de casa, y el peso en su interior se ha vuelto insoportable. Es como una criatura que se alimenta de su miedo. Instintivamente, se lleva las manos a la barriga. El inspector la mira de una forma singular.

—Las bragas también, señora —le ordena.

—¿Las bragas? —pregunta Daniela. La protesta se le ha ahogado en la garganta, delatando indefensión.

—Sí, señora, las bragas, ¿está sorda?

Le ha parecido oír una risita mal disimulada a sus espaldas. Cuando se vuelve, la militar le lanza una mirada dura. ¿Qué hacer? Aun si lograra

salir de esa oficina, no podría ir más lejos. Ha escuchado historias sobre la seguridad en los aeropuertos, historias extrañas, pero nada como esto. El inspector se ha vuelto hacia una mesita en un rincón, dándole la espalda. La sensación de irrealidad es cada vez mayor y las paredes de la habitación –por miedo o cansancio o quizá porque no está ahí sino en el avión, dormida, y todo esto no es más que el fruto del viaje, las ondulaciones del vuelo y ese peso doloroso en su interior– comienzan a girar lento, lentísimo, como si estuvieran hechas de un vapor fino que se deshilacha cuando una mira por la ventanilla a quién sabe cuántos miles de pies de altura y no puede evitar el vértigo. Trata de recordar qué pasó antes del detector de metales, sin éxito. Quizá eso no signifique nada. Si todo esto no fuera más que un mal sueño, bastaría con despertar. Pero ¿cómo? Siente la respiración de la militar en la nuca.

—Te quitas las putas bragas o qué.

Daniela obedece, y desnuda, sintiendo que todos sus músculos se crispan, comprende por qué el inspector la ha mirado de una forma tan singular. Si sale de esta, Philippe y las chicas. Si sale de esta. Entonces el inspector se vuelve con una pequeña jeringa en la mano y un brillo nuevo en los ojos, como si hubiera codiciado largamente este momento.

—Ahora haga el favor de echarse en la cama, y relájese. Vamos a ver qué hay adentro, señora.

Feria 16 de Julio

Aldo Medinaceli*

I

Anselmo abrió los ojos. Él es el ladrón, dijo alguien señalando a otro hombre sentado sobre el suelo.

El hombre calló, agachó la cabeza, miró las cosas sobre su puesto. La feria todavía estaba vacía a esa hora.

Todo esto es robado, gritó de nuevo la voz mostrando al policía los objetos expuestos sobre una tela.

Anselmo vio cómo el oficial pronunciaba unas palabras mientras el acusador se movía enfurecido. Luego obligaron al hombre a recoger todas sus cosas. Algunos gritaron al ver que se lo llevaban. Anselmo no alcanzó a oír bien lo que decían.

Media hora después otro vendedor ocupó el lugar vacío.

Anselmo se levanta a las seis de la mañana. Se rasca la cabeza. Se mira en un pequeño espejo. Le gusta beber el café caliente, casi hirviendo. Su jarro metálico ha sido soldado tres veces. Come un pan, a veces dos. Su ropa está amontonada sobre una silla. Elige una chompa abrigada y se coloca una chamarra encima. Tiene los zapatos llenos de polvo. Su casa está en la zona Alto Lima, comparte la misma vivienda con dos familias y una mujer que vive sola.

Sale de su cuarto y cierra la puerta con un pequeño candado.

Afuera no hay nadie.

* Aldo Medinaceli nació en La Paz en 1983. Publicó el libro *Asma* (2015), con el cual obtuvo el premio Dante Alighieri que es otorgado por la Società Dante Alighieri y la Cámara del Libro de Santa Cruz de la Sierra.

“Feria 16 de julio” pertenece a *Asma*, Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.

En su celular marca el número de Enrique.
Sí, dice una voz adormilada.
Tengo dos celulares y una cámara, le dice Anselmo.
Cuánto, pregunta Enrique.
Anselmo duda por un segundo.
Ven a mi casa a las nueve, dice al fin Enrique.
Anselmo parece estar alegre.

Anselmo tiene 19 años. Estudia auditoría en la Universidad Pública de El Alto. No es un buen estudiante. Sus padres son de la comunidad Santiago de Huata. Llegaron a la ciudad cuando Anselmo tenía nueve. No le gusta ir a pasar clases. Necesita dinero. Quería ser jugador de fútbol. Vende baterías de auto usadas en la Feria 16 de Julio. En realidad vende de todo un poco. Dice que fuma por el frío pero la verdad es que ya tiene el vicio.

Qué me has traído, pregunta Enrique.

Anselmo mira el interior de la casa. El desorden de los objetos envueltos en papel periódico, las revistas dispersas sobre un mueble, un par de botellas vacías de cerveza.

Saca una cámara de fotos marca Canon, sin la tapa del lente y con la correa seminueva; dos celulares, uno con la pantalla rayada, el otro con la batería rota.

La cámara es a doscientos, dice con seguridad, como lo ha ensayado.

Enrique le pregunta de dónde ha sacado todo eso.

Anselmo sabe que no puede revelar el nombre de su proveedora. Enrique podría tratar directamente con ella.

Miente, dice que es de su hermano, de alguien de la universidad, de un familiar. Afirma que nada es robado, segurísimo, que necesita el dinero.

Sabe que los celulares casi siempre son robados, pero prefiere no enterarse de nada, igual si no lo son.

La cámara está muy cara, dice Enrique observando su estado.

Quieres o no, concluye Anselmo.

La Feria 16 de Julio se extiende por varias zonas de El Alto. Inicia en las rieles del tren cerca a la Ceja, ocupando el lado este de la ciudad. Allí van a comprar y curiosar artistas, choferes, amas de casa, extranjeros, intermediarios, monrros, profesores, albañiles, estudiantes, profesionales. Suben desde La Paz, caminan todo el día, toda la tarde, bajan muebles, materiales de construcción, repuestos de auto, calaminas, alfombras. Bajan

todo en taxis, en camiones de mudanza. Existen lugares para comer, un sector de jugos naturales, tres avenidas donde venden muebles de madera, un sector de aparatos eléctricos, otro de herramientas de plomería, tres plazas de automóviles con kilometraje. Varias calles donde ofrecen celulares usados. Una perpendicular sin salida donde venden pinceles, marcos, lienzos: material para pintores. Varias rutas improvisadas, llenas de polvo con botellas de plástico, platos desechables/desechados, tazas solitarias, piezas de ajedrez, frascos de vidrio, cables para televisión, zapatos viejos, ollas, sartenes y todo tipo de objetos en buen estado que han sido removidos de los basurales o adquiridos a bajo costo. Hay sitios donde es imposible caminar y otros menos transitados donde se ven objetos extraños. La feria aparece y desaparece con velocidad, es informal e inabarcable.

¿No tiene suelto?, le pregunta una vendedora a Anselmo. Él niega con la cabeza, le alcanza el billete de 200. Come la sopa de pescado. Recibe las monedas y algunos billetes arrugados. Saborea sin decidir si ir a comprar el regalo o esperar hasta el domingo. Suelta la cuchara, cuenta el cambio. Mira la hora. El día está más agradable que los anteriores.

Hace días que no se puede quitar de la cabeza a Domitila, la dueña del restaurant que está en una esquina del complejo de Río Seco. La piensa cuando duerme, cuando despierta. Anselmo espera secretamente conquistarla, y así dejar de estudiar, dejar de vender baterías de auto usadas y vivir con ella, administrar su restaurant, cambiarle el color a las paredes, ponerle un letrero luminoso, vender caldos de pescado desde las seis de la mañana y picantes especiales los fines de semana. Pero Domitila no sabe ni remotamente nada de eso, intuye que Anselmo regresa cada mediodía por las miradas que ella le lanza y porque le dice Pase joven guapo, Qué se va a servir hoy, Por qué anda solito, y ese tipo de cosas. Aunque Anselmo sabe que Domitila también les dice esas cosas a otros, sabe que ninguno se va a atrever a proponerle nada serio.

Anselmo camina cubriéndose del sol con una mano, pensando en el marido de Domitila ¿Por qué la habría dejado? ¿O sería viuda la Domitila? ¿Qué escondía esa mujer que lo cautivaba con sus guisos y le coqueteaba desmañadamente poniéndole nervioso mientras masticaba un silpancho o una pechuga de gallina? ¿Estaba Anselmo enamorado, obsesionado o era simplemente un reto para mejorar su posición, ser jefe por alguna vez en su vida y hacer crecer el negocio de esa mujer coqueta y madura?

Anselmo ingresó en la Feria 16 de Julio intentando recordar la calle donde había visto a la vendedora de joyas. Se extravió dos veces, creyó haber encontrado el lugar exacto pero la mujer no estaba. Preguntó a las otras vendedoras.

A veces no viene, le respondieron.

Siguió caminando hasta ver una muchacha, no mayor que él, quien instaló su puesto en el mismo lugar que la mujer de los collares.

Sí, es mi mamá, le dijo viendo a Anselmo nervioso delante de ella.

He venido el domingo, le dijo, tu mamá me ha mostrado un juego completo de joyas. Un estuche negro. Tenía un collar, adornos y un reloj con...

Ah, es usted, dijo mirándolo con recelo. Me ha dicho que iba a venir. Son doscientos pesos.

Sí, soy yo.

Anselmo esperó a que ella terminara de desenvolver algunos objetos, a que se abriera espacio para instalar el puesto, a que buscara entre las cosas y sacara un estuche de cuero negro, avejentado en los bordes pero todavía luciendo elegante, como algo especial. Anselmo revisó las joyas, bañadas con una delgadísima capa de oro barato, adornadas con imitaciones de brillantes, entrelazadas con vidrios de colores, todas incrustadas en el estuche negro. Sacó el dinero y pagó.

En el micro se sentó hasta atrás. No resistió revisar el reloj con incrustaciones, escuchar su tic tac, golpearlo de un costado, ponerlo a la hora exacta. Guardó todo con cuidado. Bajó en Alto Lima. Esa noche no pudo dormir pensando en las posibles reacciones de Domitila. Sabía que se haría la difícil.

Lo que quiere la Domitila es verse y vestirse mejor, se decía Anselmo. Cambiarse el color del pelo, olvidar las polleras que antes vestía y convertirse en una mujer elegante, pensaba.

No por nada le había puesto Alcornia a su restaurant. Anselmo notaba cómo recibía sonriente a los estudiantes bien vestidos y casi echaba a los borrachos y vagabundos.

Esa noche Anselmo tuvo un sueño extraño. Vivía con Domitila. Había tres niños corriendo. No recuerda si eran sus hijos. Quizás sí. El restaurant ya no estaba en el complejo de Río Seco sino en la Ceja, en pleno centro de El Alto. Estaba en un lugar muy elevado. Tal vez en el tercer o cuarto piso. El restaurant estaba vacío. Solo se escuchaban las risas de los niños. De pronto uno rompe un plato y Domitila se enoja mucho.

Tenemos que pagar la cerveza, le dice Anselmo.

Hay policías y mucha gente afuera. No sabe por qué el restaurant tiene unas cortinas que a él no le gustan. Recuerda que había columnas de platos sucios por los rincones y que Domitila estaba muy enojada. De repente y sin motivo, ella empieza a tirar todos los platos por la ventana. Abajo la gente aplaude. Anselmo baja las escaleras y mira cómo caen los platos. Todos parecen disfrutar de la ocurrencia de Domitila. Ríen. Anselmo despierta cuando ve que ella sostiene con una sola mano al niño allá arriba.

¿Quiere que le diga algo?, dice la encargada.

Anselmo ha entrado al restaurant Alcurnia buscando a la dueña.

No. Voy a esperar, dice.

Domitila llega todos los días al mediodía para vigilar la cocina, cobrar los almuerzos y asegurarse de que se atienda bien a los estudiantes. Anselmo pide que le sirvan, está comiendo cuando siente un cosquilleo en el abdomen, como si su estómago se hubiera aflojado de repente. Mira a Domitila que entra saludando a algunos clientes y luego se pasa de largo.

No ve a Anselmo.

El restaurant está vacío. Anselmo no ha terminado su comida. Espera a que se vaya el último parroquiano y entonces pregunta por Domitila.

La dueña se va más tarde, cuando termina de hacer las cuentas, le responde la empleada.

Tal vez debió aguardar en la calle para que las meseras no lo pusieran nervioso y darle a su llegada un toque más espontáneo. Pero no fue así, y pidió a la encargada que llamara a Domitila.

Domitila salió con una sonrisa y una libreta en la mano. Anselmo se puso de pie y el nerviosismo le hizo dudar entre darle un beso en la mejilla, extenderle una mano, o simplemente decirle Buenas tardes. Luego de un momento estaban sentados en la mesa tomando un refresco que Domitila había pedido a la encargada.

Así es, Anselmo, el negocio va bien... le dijo desenfadada. La gente se va contenta. Ahora quiero empezar a vender cerveza y abrir por las noches.

Anselmo ocultaba el estuche negro sobre sus rodillas, de manera que ella no podía verlo, estaba seguro de que ese era el momento apropiado para darle el regalo.

Domitila... empezó sin poder continuar, cuando ella alzó la voz y le dijo riendo ¿Y dónde ha dejado a la enamorada? ¿O es que se ha escapado?, y soltó una carcajada.

Anselmo creyó ver que ella le insinuaba algo. No estaba seguro.

No tengo novia, respondió y luego llenó su propio vaso hasta el tope.

Ese mismo día por la tarde Anselmo estaba en un bar de Río Seco con sus compañeros de la universidad. Tenía a su lado el estuche sobre la mesa, observándolo de reojo mientras secaba un vaso de cerveza. Sus compañeros estaban ebrios y le decían que era un gil, que no podía enamorarse de esa doña, que no fuera tan cojudo y que dejara de hacer huevadas. Anselmo alzaba su vaso y respondía Ustedes no saben, la Domitila no es tan vieja, Tiene un lomazo o No estoy enamorado, carajo.

Anselmo estaba a punto de ir a su restaurant aun sabiendo que no estaría abierto.

Quieres terminar muerto como su primer marido, le dijeron bromeando, casi gritando. Anselmo supo disimular su estupor al escuchar esas palabras.

No digan huevadas, si su primer marido no está muerto. Sus amigos se rieron. Después de la medianoche le acompañaron hasta la curva de Alto Lima, cerca de su casa, porque Anselmo quería ir al Alcornia, quería buscar otro bar, quería gritar el nombre de Domitila por las calles, quería conseguir todas las joyas del mundo para regalárselas y decirle Ya no vas a trabajar solita, yo te voy a ayudar, vamos a hacer crecer tu negocio, va a ser el mejor de El Alto, y todas esas cosas que no se había animado a decirle ese mismo día.

Anselmo ha perdido el estuche con todas las joyas, recuerda únicamente haberlo visto por última vez sobre la mesa del bar. En vano maldice la hora en que aceptó ir a tomar cerveza, en vano busca bajo su cama y entre la ropa, en vano llama a todos sus compañeros preguntando por su preciado estuche. Anselmo se toma la cabeza, revisa su billetera y cuenta su dinero. Trece pesos. No le alcanza para otro regalo y menos para algo especial. Se golpea la cabeza y repite La he cagado. Ahora sí estoy jodido. Son las dos de la tarde. No quiere comer, quiere ver a Domitila. Se moja la cara, se pone una gorra para disimular que no se ha lavado el pelo y sale rumbo a Río Seco.

Antes de entrar al Alcornia se quita todas las manchas del pantalón. No está la empleada, así que asoma su cabeza en la cocina. Domitila está

conversando con un hombre. Ríe y baja la mirada. Parece coquetearle. El hombre descubre la presencia de Anselmo pero no dice nada. Parece tomarla de una mano y Anselmo está seguro de que está a punto de besarla.

Empuja la puerta y hace ruido con sus pasos.

Anselmo, por qué has entrado en la cocina, le pregunta ella sin quitar la sonrisa de su rostro.

Nada, balbucea y luego se arrepiente de haber dicho eso, de haber entrado y hasta de haber salido de su casa. De pronto observa algo en las manos de aquel hombre. Es su estuche negro. Aquel hombre tiene las joyas. Anselmo no puede estar seguro y por un momento todo le parece un mal sueño. Todavía está mareado. Mira directo a los ojos del hombre y él se ríe en su cara.

No entiende por qué se están riendo ambos.

Anselmo señala el estuche instintivamente y dice Eso es mío. Quiere gritarle que es un ladrón, que el estuche no le pertenece. No entiende cómo ha llegado a sus manos. No asimila la situación y entiende que está haciendo el ridículo parado allí y viendo cómo ellos están a punto de besarse, o eso imagina.

Por un momento duda de su cordura y cree que está soñando. Se siente un poco obnubilado, pero es más la resaca de la ebriedad que otra cosa.

Sin entender por qué ese hombre tiene aquel estuche decide calmarse y cree que el estuche simplemente se parece al suyo y que ellos ríen por lo extraño de la situación. El hombre estira la mano y ofrece el estuche a Anselmo.

¿Quieres?, le pregunta, lo que le hace perder la ubicación y, luego de arrebatárle el estuche y ver todas las joyas dentro, hace un ademán de irse a golpes contra él, pero una sabia providencia le insta a relajarse y observar directamente a los ojos de Domitila, quien ha dejado de sonreír y ahora lo ve preocupada.

¿Anselmo, no te acuerdas de nada?, le pregunta, Tú mismo has dejado esas joyas esta mañana, él es Esteban, mi nuevo socio en el restaurant. Él ha cuidado tu encargo porque yo no estaba; nadie te ha quitado nada...

Las palabras de Domitila lo abruman, le llenan el rostro de vergüenza, le llegan en un instante en el que no quiere comprender nada y sigue condenándose a sí mismo, inmaduro, todavía pleno de energía y con ganas de irse en contra de ese hombre a golpes. Quiere decirle Yo no le he dado nada, yo no he venido. Quiere preguntarle si le gustan las joyas pero solo se siente tonto y mira al hombre que ya no sonríe y que le dice Estabas bien borracho.

Gracias Anselmo, dice Domitila, Esteban me ha dicho que me has esperado y querías darme ese regalo en persona. Y que luego has desaparecido...

¿Había burlado a sus compañeros luego de que lo acompañaran hasta Alto Lima? ¿Era posible que hubiera olvidado todo el trayecto hasta su casa y, más aún, si había hecho todo eso, qué lo había obligado a marcharse así sin motivo del restaurant de Domitila? Pese a que todo comenzaba a armarse en su mente, aunque la lógica de los hechos no dejaba de tener sentido, Anselmo se negaba a creer en las palabras de aquel hombre.

Domitila, esas joyas las compré pensando en vos, dijo Anselmo antes de salir del restaurant Alcurnia y desaparecer caminando al otro lado de la calle.

II

Hola, ¿mamá? Sí, estoy bien. Saliendo del trabajo. ¿Cómo está papá? Entiendo. No. La próxima semana. No, todavía tengo dinero. Sí, el domingo. Me faltan algunos trámites. No he regresado a la facultad. Han pasado unos meses, el trabajo no me deja tiempo. Tengo que colgar. Se va a cortar. Sí.

Pánfila cierra la farmacia a las nueve de la noche, recoge las recetas del mostrador, recupera el aliento perdido durante la jornada y sale a la calle vestida con una chamarra negra que le llega hasta las rodillas. Las calles de Villa Dolores están llenas de comerciantes, grupos de jóvenes, minibuses esperando, señoras descolgando ropa de los tendederos en sus casas.

Los bares están abiertos. En su interior se oyen voces a todo volumen, músicaailable. Pánfila se detiene en la esquina de la plaza Juana Azurduy, observa su reloj pulsera, detiene un minibús que la llevará hacia la zona 16 de Julio. Se sienta al lado de la ventanilla. Cierra los ojos.

Ha sido un día pesado. Por la tarde un cliente ha devuelto tres cajas de ampollitas para los nervios que había comprado ayer. Pánfila le ha dicho que no le permiten devolver dinero. El cliente le ha gritado, le ha dicho que los medicamentos estaban vencidos, que estaban jugando con la salud de las personas. Pánfila no ha logrado explicarle que ella es solo una empleada y que si le devuelve el dinero, el dueño de la farmacia le descontará a ella la misma cantidad de su sueldo. Luego ha revisado con meticulosidad las fechas de vencimiento y con vergüenza ha tenido que aceptar que el

cliente tenía razón, que ella hablaría con el proveedor para hacer notar el error, pero que no podía hacer nada más.

El minibús se va llenando de personas. El conductor maneja con torpeza. Pánfila se ve zarandeada de un lado a otro, al doblar en las esquinas, al detenerse y acelerar el vehículo. Está cansada. Al abrir los ojos no reconoce la calle donde se encuentra ahora, por un segundo se siente ajena a su entorno. Todavía está lejos de casa. Hace números mentalmente mientras observa a las personas que suben y bajan del vehículo.

Este mes ha sido el mejor en mucho tiempo. Maritza, su prima menor, le ha pagado los 300 dólares que le debía desde hace tres años. Pánfila cuenta mentalmente el salario que todavía no ha recibido dentro de sus ganancias y le suma los 500 pesos del alquiler que recibirá de las personas que viven en su casa cerca de Senkata.

Voy a quedarme, dice antes de subir el cierre de su chamarra hasta el cuello.

Pánfila está detenida en la calle, indecisa sobre si recorrer las tres cuadras que la separan de su casa o pasar por el café internet de Miguel, un antiguo vecino de la zona, donde seguramente a esa hora quedarán pocos clientes, y quizás él, al verla, decidirá cerrar e invitarle a salir a caminar o algo.

¿Se puede?, pregunta Pánfila entreabriendo la puerta de vidrio a través de la cual se ve la silueta de Miguel contando unos billetes, y guardándolos luego en un pequeño cajón con llave dentro de su escritorio. Pánfila le sonríe, le pregunta si molesta. Hace un gesto de que hace frío con las manos, ingresa sin esperar la respuesta. Miguel está cerrando el negocio, es el propietario desde inicio de año, cuando compró las máquinas, el módem, los cables y el mobiliario completo de las instalaciones. Pánfila ha visto el lento crecimiento de Miguel en el último tiempo, desde ser un empleado que trabajaba 12 horas diarias, hasta convertirse en el dueño de un próspero negocio barrial.

Cómo te ha ido, le pregunta mientras Miguel continúa haciendo las cuentas, ordenando papeles y dejando la calculadora a buen recaudo. No la observa, descuelga su saco del espaldar de su silla de trabajo. Da por sentado en sus acciones que ella lo está esperando y que ambos saldrán juntos esa noche. Ninguno sabe a dónde irán ni qué es lo que van a hacer. Simplemente atestiguan la rutina de ir cerrando cajones, revisando seguros, limpiando muebles, para finalmente bajar la persiana metálica del otro lado de la calle. Miguel saca un manojó de llaves.

Hoy ha venido otra vez, dice él sin observar a Pánfila.

Ella no le dice nada, conoce la difícil relación que Miguel tiene con su padre. Quiere hacerle saber que lo entiende, que lo apoya, que no hace falta que se sienta mal.

Pánfila le cuenta la discusión que ha tenido con el cliente en la farmacia, le da detalles de su día para distraerlo. Le pregunta si ha hecho reparar la máquina que estaba dañada, si sigue con la idea de instalar un locutorio. Miguel responde con monosílabos, ausente, mirando las luces de los negocios y a un grupo de adolescentes que bailan en el centro de una plaza.

¿Quieres ir a algún lado?, le pregunta Pánfila al notar que se han alejado bastante, ambos, de sus casas y que, sin quererlo, están cerca de la avenida principal.

Miguel no le responde, sigue caminando.

No sé por qué me sigue buscando, dice después de un momento. Tanto tiempo ausente y ahora aparece como si nada.

Pánfila entiende que se refiere a su padre, que Miguel ha seguido pensando en él durante la caminata. No sabe qué decirle, o sí lo sabe, pero no sabe cómo. Caminan pegados por un instante. Miguel se detiene frente a un bar. Una vez más espera a que Pánfila tome la iniciativa. Ella duda, observa el rostro decaído de Miguel, se para delante y le mira a los ojos.

No te va a hacer bien seguir así, le dice. Por qué no entramos, y agrega Pero solo un rato.

Buscan una mesa que esté alejada del resto. Miguel pide unas cervezas, poco a poco su rostro se va encendiendo. Habla del café internet, le narra una vez más aquella historia que Pánfila ha escuchado tantas veces antes. El ascenso de empleado a socio, gracias a su esfuerzo, el cambio a dueño posteriormente.

Luego de la primera botella Miguel empieza a detallar el proyecto que tiene ahora: abrir un negocio que permita a los clientes hablar por teléfono con Argentina, Estados Unidos y España. Para que se comuniquen con sus familiares, dice, por un precio económico, cuando instalen la fibra óptica.

Pánfila lo escucha atentamente. Mira cómo sus pupilas brillan. De rato en rato observa a la pareja que ha salido a bailar en la improvisada pista. La música no es tan alegre como ellos quisieran, es más bien depresiva. Pánfila se siente algo mareada. Sus ojos están rojos y se sorprende cantando una cumbia de hace varios años.

Miguel se ha callado, observa a través de los ventanales hacia la calle. La ciudad se muestra desahogada, inquieta. Es viernes.

Me ha pedido dinero otra vez, dice Miguel mirando por la ventana. Pánfila quiere decirle que ella lo entiende, que su familia también aparece cuando necesitan ayuda, que ella también lo hace, que así funciona el mundo, que todos ayudamos cuando podemos y también pedimos ayuda cuando la necesitamos. Pero se traga sus palabras junto a un trago de cerveza, toma de una mano a Miguel, le mira el rostro. Sus ojos están extraviados, han perdido el resplandor que tenían cuando hablaba de sus proyectos, el entusiasmo ha desaparecido.

No te preocupes, le dice ella, y es como decirle nada.

Varios perros se acercan a Miguel de regreso a casa. Miguel los esquiva y está a punto de cruzar a la vereda de enfrente cuando Pánfila le dice Vamos a mi casa. No me gusta que te vayas así, además mañana es sábado, podemos abrir más tarde. Miguel le hace caso y caminan abrazados por las calles de la zona 16 de Julio, llenas de polvo y letreros luminosos de restaurantes, bares, peluquerías y locutorios que siguen abiertos. Antes de llegar a su casa buscan una licorería, compran ron, blanco porque ella así lo prefiere. Miguel se para frente a la puerta metálica donde Pánfila inserta una llave.

Es por acá, le guía y le toma de una mano para conducirlo en la oscuridad. Un perro ladra, ella lo silencia con unas palabras. El olor extraño de Miguel ha hecho reaccionar al perro pero la voz de Pánfila lo ha calmado. Los dos suben por una estrecha gradería que conduce hacia la habitación de Pánfila.

Esta es la casa de mamá, dice ella para hacer conversación. Mi casa está en Senkata, la alquilé porque me quedaba lejos del trabajo, continúa hablando mientras conduce a Miguel hacia el final de un pasillo. Ingresan en una habitación amplia, Pánfila enciende la luz.

Hay una mesa con varias sillas de madera, una vitrina con fotos, cuadros y botellas detrás de los vidrios. Un pequeño juego de living de tres piezas y una cama en el otro extremo, todo meticulosamente acomodado en los costados de la habitación. Miguel se detiene enfrente de la vitrina y observa un portarretratos de plástico.

Son mis hermanas, le explica Pánfila, antes de invitarlo a que se siente en uno de los sillones. Todas se han casado, sonrío y agrega Menos yo, que soy la mayor, ya no sonrío.

Sobre la mesa están listos dos vasos cargados de ron hasta la mitad y una botella de refresco de limón. Miguel bebe y ella lo acompaña sin saber qué decir.

¿Te ha pedido mucho dinero?, le pregunta.

No, responde, solo para comprar repuestos para su auto. Ha chocado la anterior semana.

Miguel le va contando una vez más que no veía a su padre desde que tenía ocho años, que su mamá le había dicho que trabajaba en el oriente del país. Después él se enteró que estaba en la cárcel. Nunca fue a visitarlo porque prácticamente no lo recordaba, porque cuando vivía con ellos nunca estaba en casa. Y que un día apareció en su negocio, diciéndole que había salido libre hace poco y quería saludarlo.

Regresó al día siguiente y al siguiente hasta que un día le pidió a Miguel que le prestara 100 dólares. Miguel no tenía ese dinero pero le dio 50, y desde entonces se veían de vez en cuando. Su papá solía ir borracho a pedirle perdón. A veces lloraba enfrente de los clientes, se quedaba ebrio, sentado, luego desaparecía otra vez por semanas o meses.

Es como si él fuera el hijo, dijo Miguel y se acercó más a ella.

La música dejó de sonar. Ambos se quedaron en silencio por unos segundos. Pánfila colocó su cabeza sobre el cuerpo de Miguel y se besaron sintiendo el aliento a alcohol. Miguel estaba más mareado que ella, tenía las manos tibias y sudorosas. Sintió los senos de Pánfila como un resguardo, como una guarida en la cual podría esconderse por un tiempo. La besó con fuerza y pasión, sin interesarle nada. Le tocó abajo y la sintió húmeda. Se fueron a la cama luego de que el sillón se hizo incómodo.

Al desnudarla, Miguel sintió que Pánfila comenzaba a llorar. Primero intentó que se le pasara con besos y caricias, pero la atmósfera de la habitación se había enfriado. Su llanto no era producto del alcohol ni de las caricias de Miguel, venía de más lejos, era un llanto macerado, guardado bajo muchas llaves y que por alguna causa despertaba precisamente en ese instante.

La vida es así, dijo Pánfila limpiándose el moco con fuerza. Luego sacó una sonrisa reparadora, artificial, copiada a la perfección de alguna escena en la televisión.

Miguel se recostó a su lado, sintiendo cómo su erección se iba perdiendo poco a poco. Volvió a la mesa y regresó con un vaso lleno de ron en cada mano.

Perdón, le dijo Pánfila más tranquila. No sé qué me pasa.

Miguel comprendió y miró nuevamente a través de la ventana. Sentía que amanecería en cualquier momento.

Entonces no tendrían ninguna excusa.

III

Emeterio camina con el periódico bajo el brazo mientras sostiene un lápiz. Intenta acercarse lo más posible al aparador de anuncios. Su vista está cansada, esfuerza los ojos arrugando la frente.

Alcanza a leer un anuncio:

“Se alquila una habitación, baño compartido, derecho a patio. Luz con medidor aparte”.

No está lejos. Anota la dirección en la libreta que guarda en el bolsillo del pantalón y luego, antes de asegurarse de que no haya más avisos, se dirige hacia la dirección anotada.

“Calle siete, esquina avenida Alfonso Ugarte, cerca Feria 16 de Julio”, observa escrito en su libreta. Es una casa de tres pisos, sin fachada, recubierta por una capa de polvo como de cinco años, calcula Emeterio. Se trata de una construcción más o menos nueva.

Busca algún nombre entre los timbres, el aviso no especifica ninguno. Toca uno al azar y se sorprende al escuchar una voz que pareciera venir del cielo.

¿Si?, le pregunta una niña que ha abierto su ventana a unos diez metros por encima de su cabeza. Emeterio levanta la mirada, reconoce en el gesto de la niña que ella tampoco sabe nada acerca del anuncio.

Vengo por la habitación en alquiler, responde. La niña desaparece sin decirle nada. Adentro se escuchan algunos ruidos, caños que fluyen, sonidos de pisadas. Finalmente alguien forcejea la puerta metálica desde el interior haciendo chillar la cerradura.

Emeterio siente un leve susto. Son las cuatro de la tarde y por la avenida se ven vendedores y caminantes desprevenidos. Una señora completamente vestida de negro, ligeramente rechoncha y de gesto desconfiado, le observa fijamente. Emeterio intenta ser amable, vuelve a decir He venido por el anuncio.

La primera impresión del interior de la construcción es favorable. Un patio mediano con algo de sol, el suelo pintado con pintura roja, una lavandería de cemento en un rincón con un niño sentado encima de ella. Emeterio cree contar como seis o siete puertas alrededor, otras tantas en el piso de arriba. Camina observando los cerrojos sin soltar su periódico, preguntándose cuál será la habitación disponible.

¿Es usted casado?, le pregunta la mujer sin dejar de observarlo. Emeterio niega con la cabeza y después pregunta: ¿Puedo entrar? Al cruzar una de las puertas ingresa en un espacio estrecho, con una sola ventana

que no tiene vista a la calle, el suelo parecido al del patio, solo que sin pintura, las paredes color verde agua y varios agujeritos de lo que fueron clavos para colgar cuadros, toallas, tazas, utensilios, collares.

El baño, pregunta Emeterio y hace gesto de querer salir. La señora cierra la puerta luego de que ambos han salido, lo conduce a otra de las puertas.

Afuera el niño juega con la pelota contra un muro. Luego observa a Emeterio sin decir nada. Quieto.

El baño es lo que más le entusiasma. Es un cuarto del tamaño de un auto pequeño, lleno de luz, con un techo de calamina plástica, verde, que todavía huele a cal y arena.

El wáter es nuevo, lo instalamos la anterior semana, dice la señora, quien –Emeterio ha comprendido– es la dueña de la casa. Le agrada que el inodoro y la ducha sean nuevos.

El baño lo usan tres personas más, explica ella, una pareja de personas mayores que viven al fondo y la farmacéutica que vive en el cuarto de arriba.

La dueña se queda en silencio, revisa la reacción de Emeterio.

Se puede duchar diez minutos, máximo, y luego debe realizar la limpieza del baño. Todo está en perfecto estado, le dice esperando el asombro de Emeterio, quien gira la perilla del grifo comprobando que el agua fluya con normalidad.

Emeterio hace cuentas de regreso a su casa. El precio del alquiler le parece razonable, eso, más los dos meses de adelanto resultan una suma mayor, pero todavía le parece un buen trato. No le quedaría el dinero suficiente para comprarse el ropero que desea. Pero puede seguir guardando su ropa en cajas de cartón, piensa, mientras ahorra de nuevo para alcanzar la suma y adquirir ese mueble de tres cuerpos, brillante, barnizado de pies a cabeza, que ha visto hace varias semanas en un puesto de la Feria 16 de Julio.

No consigue comprender cómo es que el tiempo ha pasado tan rápido. Apenas hace tres meses vivía con su madre y sus abuelos, y ahora se sorprende a sí mismo pensando en proponerle, por fin, a Marta que se vayan a vivir juntos.

Cerca de su casa Emeterio encuentra a los vecinos reunidos en plena calle, discutiendo acerca de algo que no alcanza a oír.

Observa a Dionisia, su actual casera, y se queda parado sosteniendo la llave con una mano.

La mujer le saluda con seriedad y espera a que los vecinos se callen para explicarle la situación.

Le dice que la compañía de luz ha venido durante la mañana para avisar que van a hacer cortes de energía eléctrica. Emeterio escucha con atención cómo los vecinos deciden la manera de presionar a la corporación, no solamente para que evite los cortes, sino para que reduzca los costos del servicio.

Vamos a bloquear la avenida, propone el jubilado del magisterio que vive enfrente. Otros más agresivos sugieren cortar los postes con el cableado de electricidad para que la compañía entienda que esta vez no se van a detener hasta que se cumplan todos sus pedidos.

Emeterio sigue de pie intentando distinguir las voces entre el barullo de gritos que opinan que lo mejor sería llamar a algún canal de televisión y hacer volar los cables delante de las cámaras, otros que esperan que la compañía reduzca las tarifas mediante manifestaciones públicas y, los más avezados, quienes poseen el tono más convincente, exigen resueltamente que la empresa se vaya de una vez si no quiere ofrecer mejores servicios.

Tengo que hablar con usted, le dice Emeterio por lo bajo a Dionisia entre el tumulto vecinal. Se la lleva a un costado de la improvisada reunión y le cuenta que ya ha conseguido un lugar, que en los siguientes días va a abandonar la habitación y que quiere arreglar las cuentas pendientes. Ella lo escucha.

Emeterio va guardando sus pertenencias en un par de cajas de cartón impresas con marcas de artefactos electrónicos asiáticos. Analiza cada objeto, lo observa fijamente como si fuera la primera vez que lo tiene entre sus manos. Busca en los rincones, bajo el catre metálico, entre su ropa amontonada. Solamente deja libre un colchón relleno de paja extendido sobre el suelo para dormir esa noche.

Antes del amanecer, Emeterio se oye a sí mismo diciendo entre sueños “Marta, la calma atrasa las sábanas blancas”, despierta y se da cuenta de que otra vez estaba hablando dormido.

No recuerda en qué momento comenzó a cabecear sobre el colchón. Busca su reloj en la oscuridad, nota que falta poco para que aclare. Le cuesta recordar las imágenes de su sueño.

Emeterio no es de las personas que recuerdan sus sueños, es más de los que niegan haber soñado siquiera. Sin embargo, ahora recuerda una habitación de hotel. Se da cuenta de que es el mismo hotel donde le hizo el amor a Marta por primera vez, o que por lo menos el hotel de

su sueño se parece mucho a ese hotel. No tiene claro qué hacían allí, intuye que el sueño no transcurría en el pasado, que era en el futuro, en un tiempo próximo.

A Emeterio no le gusta recordar sus sueños porque lo confunden demasiado. Se queda echado por unos minutos antes de levantarse y se pregunta por qué estaría hablando esas incoherencias mientras dormía.

Son zonceras, se dice más tranquilo y se levanta de un salto. Mientras revisa su ropa recuerda una imagen más: en el sueño Marta tenía cuerpo de pez.

Emeterio se ha peinado el cabello como en las películas antiguas, usando mucho gel. Se ha lavado la cara con el agua fría que chorrea del grifo oxidado que está afuera de la casa. No le ha dado tiempo para tomar su desayuno. Ha salido de su habitación con el firme propósito de encontrar a Marta en la puerta de la peluquería donde ella trabaja. Ha llegado 15 minutos antes de que ella aparezca por una esquina toda maquillada, sonriente.

¿Qué haces aquí?, le ha preguntado al verlo parado esperando. Emeterio le ha respondido Tengo algo que decirte. Luego le avisa que ha conseguido un cuarto nuevo, que allí van a poder vivir juntos, que está cerca de la peluquería, que el alquiler no es tan caro.

El baño tiene ducha eléctrica, le ha dicho Emeterio con una emoción contrahecha. Marta le ha mirado por unos segundos, le ha tomado de las manos y luego ha empezado a darle excusas. Antes quiere terminar la universidad, habían quedado en esperar a fin de año, no cree que sea el momento adecuado.

Hoy voy a dar el anticipo, ha dicho Emeterio sin haber querido decir eso. Se ha sentido estúpido, luego ha intentado convencer a Marta, que parecía estar más preocupada por abrir la peluquería que por las palabras de Emeterio.

Por qué mejor no regresas a medio día y hablamos, le ha dicho ella acudiendo a la comprensión de Emeterio.

Él se ha ido molesto, protegiendo inconscientemente con una mano el dinero del anticipo en uno de sus bolsillos, caminando en dirección contraria al centro de El Alto.

Emeterio está indeciso, no sabe qué hacer. Se pregunta si ha planificado todo por Marta o por él mismo. Reconoce su error de no haberle avisado antes su decisión. Camina sin sentido, va ingresando en una zona desconocida de aquella ciudad inmensa. Recuerda que tiene una cita con la dueña de la nueva casa, decide retomar su rumbo.

Emeterio se encuentra en aquella hora intermedia entre el inicio de las actividades y la posterior modorra de media mañana, cuando los caminos todavía se encuentran libres, transitables.

Al final de una calle observa un paradero de minibuses. Varios vehículos se muestran detenidos en desorden uno al lado del otro. La calle es polvorienta, algunos perros se asoman por las esquinas. Emeterio camina hasta donde se encuentran los vehículos pero no encuentra a ninguno de los conductores cerca. Realiza un giro de 360 grados cubriendo todo el panorama con la mirada. No ve a nadie. Está desorientado.

No sabe si volver sobre sus pasos o esperar a que alguno de los conductores aparezca. Siente el dinero del anticipo en su bolsillo y nota que su mano está cubierta de sudor.

Carajo, se dice a sí mismo.

IV

Cesárea es una vieja clarividente capaz de predecir el futuro con solo mirar a alguien a los ojos, o eso dicen de ella en su barrio. Acostumbra salir antes del amanecer y caminar por las calles alrededor de su casa. Vive en Villa Adela pero frecuenta la Feria 16 de Julio para comprar amuletos y visitar a sus discípulos en las casas de adivinanza. Camina por los sectores de animales para ver qué novedades han llegado. La gente que compra gatitos, lagartijas o periquitos no tiene idea de que Cesárea elige a los conejos más tiernos para luego quitarles las tripas. De esa manera hace los trabajos de clarividencia más importantes, descifrando las entrañas y los huesos de los animales que, asegura Cesárea, son un canal de comunicación con las divinidades.

¿Es fácil matarlos?, le ha preguntado Dionisia la anterior semana. Cesárea no le ha respondido inmediatamente. Ha tomado un largo trago de la infusión que estaban compartiendo y luego, mirándole a los ojos, le ha dicho:

Un animalito puede salvar muchas vidas humanas, lo que ha dejado a Dionisia con algo de incertidumbre y temor.

Cesárea no tiene hijos, se ha casado cuatro veces pero con muy mal resultado. A su primer marido le han disparado por la espalda al confundirlo con un exparamilitar del tiempo de la dictadura. El segundo fue atropellado por un carro basurero, del tercero nunca dice nada y se sabe que al cuarto lo torturaron en la época de la Guerra del Gas, dejándolo con

dificultades para caminar. Cesárea confía en San Judas y asegura que en los momentos más difíciles de su vida su bendición la ha salvaguardado de la ira de los demonios.

Posee un altar elevado a dos metros sobre el nivel del suelo en su comedor, donde nunca faltan dos velas que alumbran la figura de yeso del santo católico.

Cesárea abre el vientre de los conejos con una navaja sin óxido, deja que la sangre salga disparada, luego los sacude bocabajo y los examina con detenimiento, observando las manchas alrededor de los órganos, el color de cada víscera y, lo más importante, su olor. Recita oraciones en aymara y pregunta al cliente qué quiere saber exactamente. Las personas que llegan hasta su casa atraviesan situaciones límite. Han perdido su trabajo o se les ha deteriorado la salud, han sido engañados o están a punto de desviar su camino. Llegan a ella a través de recomendaciones de familiares o de alguna referencia cercana.

Cesárea no anuncia su oficio en paneles públicos ni mucho menos en periódicos. Las personas que la conocen saben que no ejerce ese oficio para ganar dinero.

A Cesárea le gusta beber y le gusta el sexo. Nadie le conoce una pareja estable pero las chismosas de su barrio aseguran que por su casa frecuentan hombres de toda especie. Jóvenes, universitarios, choferes, estudiantes, cantantes de cumbia, policías e incluso artistas famosos.

A Cesárea se la respeta porque cuando llega al bar de don Amadeo, su primo en tercer grado, invita cervezas y singani para todos. Pide que coloquen vales peruanos y canta como si no hubiera mañana.

Yo no le hago daño a nadie, le ha dicho a su comadre Dionisia cuando las dos estaban ebrias. Mis clientes harto me quieren, harto me cuidan. Yo nunca les engaño ni un centavo, ha dicho antes de vaciar un vaso de cerveza y pedir otra botella a don Amadeo.

Cesárea está dispuesta a casarse con un buen hombre.

No importa si no tiene dinero, pero que sea bueno, sabe decir.

No quiero un hombre maleado, dice cuando está borracha. Sino que sepa querer, que no haga daño a los demás, ni crea en estas huevadas, dice refiriéndose a la clarividencia, la lectura de las cartas y todas esas cosas que ella practica.

Cesárea sabe que su oficio la condena a estar sola.

Una tarde ha llegado hasta su casa en Alto Lima un hombre vestido con saco y corbata. En todo el barrio ha sonado el ruido de la bocina de su camioneta reluciente con vidrios rayban. Ella ha salido y ha visto bajar lentamente la ventanilla.

¿Es usted doña Cesárea?, le ha preguntado un tipo que llevaba gafas oscuras.

Yo soy, le ha respondido ella con mirada recelosa.

El señor quiere hablar con usted, ha dicho y luego ha señalado a su patrón sentado en el asiento de atrás.

La puerta de la camioneta se ha abierto y el patrón la ha invitado a pasar. A pesar de que Cesárea ha insistido diciéndole Yo solo trabajo en mi casa, o Puede ser otro día. Al final ha aceptado acompañarlo hasta su mansión en Irapavi, en la Zona Sur de La Paz.

Allí Cesárea ha encontrado un cuarto lleno de lanas negras, alambres trenzados, sangre por las paredes y –colgada en el centro del techo de la sala– la cabeza de un perro degollado.

Quiero saber quién ha hecho esto, ha preguntado el hombre señalando esas cosas en la sala.

Cesárea ha trabajado más de seis semanas en ese caso. No ha descansado ni de día ni de noche. No ha ido a beber al bar de don Amadeo ni ha querido recibir a ningún otro cliente hasta terminar con el asunto.

El hombre no ha escatimado en dinero, le ha pagado por adelantado y le ha mandado a decir con su chofer que no se preocupe por nada de plata, con lo que Cesárea se ha dedicado a leer la coca, las cartas y la ceniza para averiguar por qué le habían ensuciado tanto a ese hombre.

Entre cosa y cosa se ha enterado que él era un antiguo dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, un antiguo partido político con tantos fanáticos como enemigos.

Cesárea también ha averiguado que su cliente tenía tres hijos, todos de la misma mujer. Que era, en resumen, un hombre honesto, pero arruinado por las malas costumbres políticas del país.

Usted se va a morir, le ha dicho una tarde que él se ha aparecido en su casa sin soportar más la ansiedad por saber quién le estaba haciendo daño.

Cesárea ha colocado algunos billetes sobre la mesa y le ha dicho Eso es suyo, yo ya no puedo hacer nada; no le devuelvo todo porque el resto ya me lo he gastado.

El hombre ha visto a Cesárea directamente a los ojos y se ha retirado de su casa.

Cesárea no le ha dicho ni siquiera a su comadre por qué estaba tan segura ni cómo había averiguado sobre ese asunto, tampoco ha querido confiarle el esfuerzo que le había costado aquella lectura en la coca.

¿Vos qué crees siempre?, le ha dicho Cesárea a Dionisia en un tono ronco y flemático. No te puedo decir todo lo que veo. Yo hurgo en las entrañas de la tierra, me meto en sus intestinos. Prefiero quemar mi garganta con alcohol antes que avisar las cosas que allí se me aparecen. ¿Sabías que el fuego me devora por las noches? ¿Ah? ¿Vos crees que eso es lindo?, le ha preguntado balbuceando. Hombres como ese, vestidos con traje y corbata, llegan por montones para que tú... y luego ha dicho unas palabras más completamente ebria que Dionisia no ha comprendido.

Lo que a vos te hace falta es enamorarte, pero enamorarte de verdad, le ha dicho al fin Dionisia. Luego se ha arrepentido, pero Cesárea ya no le estaba oyendo, se había quedado dormida sobre la mesa del bar de don Amadeo.

V

Desde niña Maritza fue tímida o quizás insensible, nadie se ha preocupado en averiguarlo. Se podría decir, por ejemplo, que no les temía a las culebras. Su padre es regente en una escuela del barrio San Roque, a una hora del centro de El Alto. Se encarga de que los niños no salgan de sus aulas en horario de clase, que no griten demasiado y no jueguen con torpeza.

Hoy es el cumpleaños de Maritza y en su casa están preparando la comida.

Voy a cumplir treinta y tres y todavía no me quiero casar, ha dicho ella sin que nadie haya mencionado el tema.

Su madre prefiere el silencio la mayoría de las veces, se las arregla para no quedarse quieta ni un solo minuto durante todo el día. Se la ve llevando una olla llena de agua, lavando ropa que luego exprime con fuerza, cargando recipientes de colores por el patio.

Maritza tiene un solo hermano, Gabriel, quien vive en la ciudad de La Paz y que hoy ha venido a visitarlas.

Tienen que cerrar bien las puertas, ha dicho Gabriel para hacer conversación. El Alto se ha vuelto una ciudad peligrosa, el otro día han matado a un conocido de mi jefe por Alto Lima.

Maritza y su madre se observan en silencio. Saben que Gabriel se ha acostumbrado a vivir “abajo”, como llaman a la ciudad de La Paz, en donde El Alto les causa un velado temor.

¿Hoy va a venir?, pregunta al fin Maritza.

Su madre trae un pan con un huevo frito y se lo ofrece a Gabriel. Observa el reloj en la pared de la cocina. Revisa la olla, revuelve su contenido con una cuchara grande, entrecierra los ojos.

No me ha dicho nada, dice refiriéndose a su padre. La banda militar tiene ensayo en su colegio, seguro tiene que vigilar a los estudiantes, le ha mentido luego.

Maritza no ve a su padre desde que ella abandonó la casa.

Estas puertas no son seguras, dice Gabriel. Tienen que comprar cerraduras americanas, porque son mejores, agrega.

Maritza come y observa comer a Gabriel, también observa a su madre parada de espaldas junto a la cocina y se pregunta cómo será la vida de casada, la vida no como una sola, sino como dos; esperar cada día a esa otra persona, averiguar cómo le ha ido en el trabajo, si no le han hecho renegar los niños en la escuela.

Maritza imagina esa vida, observa a su madre de nuevo. Sus nacientes arrugas alrededor de los ojos. Las evidentes acumulaciones de grasa alrededor de su cintura.

Siente lástima por ella e inmediatamente se arrepiente de haber sentido eso.

A veces, cuando no hay otra cosa que hacer, Maritza se pinta el rostro con un producto ofrecido por vendedoras adolescentes puerta a puerta que muestran catálogos impresos a todo color. Se divierte mirándose en el espejo, probando los diferentes productos. Le gusta usar sombras alrededor de los ojos y salir a bailar a las discotecas de la Ceja cada vez que puede.

Su hermano le da una palmada en la espalda cuando pasa caminando atrás de su silla, le agarra por el cuello como cuando eran niños, cuando jugaban a las peleas y salían al monte a buscar culebras. No quiere que ella se sienta mal pero entiende que su padre tampoco va a venir esta vez.

Sobre la mesa de la cocina hay un pastel que su madre ha mandado a comprar al bazar de la esquina.

Sobre la crema blanca aparece escrito: “Maricsa”, con crema rosada, pulso firme y hermosa caligrafía.

Por la noche le han cantado el *happy birthday*.

Gabriel busca un destornillador para arreglar las bisagras de las ventanas.

El olor del café hirviendo y las emanaciones de sus propios cuerpos forman la atmósfera que Martiza no quiere abandonar, la temperatura del hogar propio, de ese hogar que ha dejado de ser suyo.

Mañana tengo que estar temprano en el trabajo, ha dicho Maritza arreglándose el vestido largo.

El aire frío del patio ingresa por la puerta cuando ella sale.

Algunos hombres regresan borrachos a esa hora, y las esposas cruzan la calle cubriéndose del viento con sus mantas negras. Niños que van y vienen corriendo hacia los bazares. Maritza no siente miedo al atravesar una avenida vacía y sin iluminación donde el frío cruza en forma de viento seco.

No ha querido ir directamente a tomar un carro que la lleve a su casa. Ha caminado sin preocuparse por la dirección que tomaba, alejándose de las avenidas principales.

Es tarde, casi medianoche.

Las luminarias crean aureolas como pálidos fuegos elevándose sobre el suelo cada cien pasos o más.

Maritza está en una zona alejada de San Roque en el lado norte de la ciudad de El Alto, caminando por los límites de la ahora vacía Feria 16 de Julio.

Es invierno.

Una sombra pasa corriendo a su lado. La silueta lleva algo en las manos, tal vez un balde o un recipiente metálico. Pasa tan rápido que Maritza no alcanza a verle el rostro.

A lo lejos se oye un murmullo de voces, luego gritos de mujeres enfurecidas.

Maritza entiende que no es normal que las personas se reúnan a esa hora. Los cabildos vecinales se hacen bajo la luz del sol. Observa atrás de una construcción una lumbre que se agranda y se achica. Los vecinos han encendido una hoguera. El fuego también atrae a unos cuantos perros que se acercan para calentarse.

Varias manchas sobrevuelan la lumbre, retazos de papeles o trozos de madera.

Al girar por la esquina ve a varias personas reunidas, 20 o 30, adultos en su mayoría, otros ancianos que se han despertado sobresaltados por el ruido de las piedras golpeando varios postes metálicos, y por el grito repetido de que estaban entrando en una casa vacía. Entonces todos los

vecinos han salido armados con palos y correas para ayudar al propietario ausente.

Nadie toma atención en la presencia de Maritza. Las personas se acumulan alrededor del poste de energía eléctrica donde un joven de unos 20 años está amarrado con sogas, visiblemente golpeado, ebrio y descalzo.

A un costado, el fuego cambia de forma según la disposición del viento. Hay olor a gasolina.

Maritza entiende que cuando algo así sucede solamente los vecinos de la zona tienen la autoridad para dictaminar qué se hace. Pero ahora nadie opina. Los gritos piden que azoten al criminal, que le sigan golpeando el torso o que le prendan fuego.

Maritza tiene que esforzar la mirada para enfocar mejor.

La ceniza le lastima los ojos.

Observa el rostro del hombre. La brutal hinchazón sobre los párpados junto a la sangre coagulada a un costado le encubre su expresión de susto y retraimiento. Maritza quiere creer que está anestesiado por el frío y la ebriedad.

Luego gira hacia las personas que lo rodean.

Un par de hombres se muestran enfurecidos sosteniendo cables de electricidad.

Los cables han sido trenzados para que sean más firmes al momento de los azotes; otros vecinos dejan ver sus ojos rojos atrás de un sombrero y una bufanda de lana debido al frío que aún se siente.

La irritación en los ojos se hace más aguda.

Maritza piensa en sus padres, en su hermano. No siente miedo al acercarse a la multitud.

Algunos vecinos gritan ¡Hay que quemarlo vivo! Maritza se da cuenta de que solamente quieren asustar al delincuente. Que no van a echarle gasolina y prenderle fuego como otras veces. Que la mayoría solamente quiere soltar su rabia.

Recibe empujones. Nadie le hace caso. Se oyen voces a favor del cautivo, diciendo que solamente estaba pasando por allí, o que le han confundido. Alguien dice Yo le conozco, se llama Anselmo, es estudiante de auditoría en la universidad.

Otros recuerdan anteriores robos, violaciones a niños, a niñas, asaltos. Le culpan de todo lo sucedido durante los últimos años. Le patean la cara hasta el cansancio. Le tiran del cabello lanzando su ropa a la hoguera.

La policía no va a venir, le ha dicho a Maritza un anciano vestido de blanco parado a su lado.

Han llamado varias veces, pero no va a venir, ha repetido después.

Maritza quiere parase en el centro del tumulto para preguntar si están seguros de que es un delincuente, si hay testigos que lo hayan visto cometiendo el delito, o si existe la posibilidad de que se hayan equivocado. Solo se acerca más al fuego para dejar de sentir el frío.

La composición de la sal

Magela Baudoin*

A mis padres

Nunca le había incomodado tanto sudar como ahora lo irritaba el llanto. No recordaba haber agradecido tener barba, esa barba espesa que lo hacía transpirar y que ahora le ayudaba a disimular los pucheros. Había chorreado la vida entera, empapado las camisas, mojado indiscretamente el cabello y a pesar de eso nunca había usado tantos pañuelos como ahora. “Doctor, lloro”, le explicaba y pensaba que si se pudiera, iría al dispensario providencial y cambiaría su incontinen- cia por cualquier otro mal. Algo extraño estaba ocurriéndole. Por qué lo recibía así la vejez. No debía haber muchos hombres que quisieran ser viejos; menos todavía que lo desearan desde la niñez con ansias, como él lo había anhelado. A los seis años supo que quería ser abuelo y, ahora, cuando lo había conseguido, sencillamente lo estropeaba llorando.

Guardaba nítidamente ese recuerdo. Habían bajado del camión al llegar a La Paz desde la mina. La ciudad poseía el poder que acontece después de una nevada, los cerros eran más rojos y el aire más translúcido y frío. Aún así, bajo el sol vertical, provocaba refrescarse. Su abuelo lo había llevado de la mano hasta la esquina para comprarle una *thayacha*. Él había preguntado qué era eso de aspecto tan extraño. Y el viejo le había respondido secamente que *isaño*. Su mano grande lo tomaba con firmeza pero sin apretarlo demasiado. Era una mano tibia y abrigada, una mano

* Nació en Caracas en 1973. Narradora y periodista. Es autora de la novela *El sonido de la H* (Premio Nacional de Novela 2014). Con *La composición de la sal* (2014), obtuvo el II Premio Hispanoamericano de Cuento Gabriel García Márquez. También es autora del libro de entrevistas *Mujeres de costado* (2011).

“La composición de la sal” pertenece al libro del mismo título, La Paz: Plural editores.

de hombre. El *isaño* tenía la forma de una oca y era como un helado. El abuelo lo había soltado para mostrarle cómo se comía y le hacía un guiño para animarlo. La *thayacha* le enfriaba las manos.

—Ponle más azúcar –le había ordenado.

—¿Más? –los granos blancos se mezclaban con el sabor refrescante, que le chorreaba la boca. El sol le quemaba la cara.

—Rico, ¿no ve? –le había dicho el viejo y él había asentido, apretándole la mano lo más fuerte que podía.

El recuerdo de su abuelo lo abrumó. “Parezco ñata”, se decía cada vez que le ocurría algo así, mirándose frente al espejo y buscando algún cambio corporal. Las mujeres lloraban más al mes, al año, en la vida.

—Le pediré hormonas, ¡que me inyecte testosterona! –le decía a su esposa, que reía.

Él la miraba y no podía sino desistir de su hipótesis fisiológica; la suya era una mujer tan fuerte como un animal noble y no lloró –ninguno había llorado– ni al morir su hijo menor. Eran todavía jóvenes cuando el niño había caído por la ventana. Saltando de una cama a otra, había perdido el equilibrio, chocado de espaldas contra el vidrio y ayudado por la gravedad de las leyes de la fuerza, por la física, había caído de lo alto del edificio hasta estrellarse contra el piso. Aun así, su cuerpo hermoso no se había roto y guardaba en su semblante risueño el rumor de su último juego, de su reciente nacimiento de ángel. Llorar no era posible entonces, llorar era como sembrar algas en un mar de sal helado que terminaría ahogándolos, uno a uno, y él no podía permitirlo. Llorar era, estaba seguro, como hundir a su niño en un agua turbia y anclarlo a una roca en lo profundo solo para poder verlo con los ojos abiertos, allí abajo. ¿Cómo podía estar llorando ahora?

—Así tus ojos me gustan más, tienes ojos de navegante –lo animaba ella–, llenos de mar.

—Al carajo con el mar. ¡Perdimos el mar en la guerra! –le gruñía él.

En la niñez, su madre había pasado noches enteras contándole sobre el Pacífico Sur, con toda su sal, con todo su frío y con todos sus secretos. A veces, lo dormía acunado por el sonido oscuro de aquel mar, en la espiral de una caracola.

—No me importa, tienes ojos de mar.

A su mujer no le preocupaba el llanto ni el enrojecimiento recurrente de sus ojos. Lo veía incluso con envidia; también le gustaría aprender a llorar, pero no se le daba. No estaba hecha para vaciarse. Ambos habían construido en su corazón una fortaleza medieval, adornada de austeridad y de valor, no sin voluntad, no sin amor, no sin culpa y menos sin tristeza.

Por eso podían acometer la vida con vigor, pero nunca entregados plenamente al goce. Eran así, un poco tristes, un poco quiméricos, un poco restringidos en su capacidad de recibir. Y lo que menos estaba él dispuesto a recibir eran los mimos y los abrazos que la gente quería darle –sin pedirle permiso y con la impertinencia de un tuteo– porque estaba llorando.

El médico le aconsejaba despreocuparse.

—Llorar es un proceso saludable.

—Saludable las pelotas, doctor –le había contestado–. ¡Estoy viejo para ser saludable!

Este era un error de cálculo. Se suponía que la vejez debería proporcionarle un estado de invulnerabilidad sereno y no lo contrario. A qué venía esta renovada habilidad de sorprenderse demasiado, este arrobamiento que lo ponía a moquear. Lo peor era el optimismo científico que lo colocaba contra las cuerdas y diagnosticaba que no había enfermedad, que la causa estaba en él. No se trataba de una lesión cerebral ni de un defecto congénito, había explicado el médico, sus lágrimas no fluían disociadas de la emoción. No eran lágrimas sin sentido, no se le saltaban sin causa.

—El problema –decía él– es que me estoy volviendo maricón, un *chisote*.

—Problema habría –lo corregía ella– si tuvieras el síndrome de gato que dijo el doctor. Imagínate si anduvieras maullando en vez de llorar y no me dejaras dormir –ambos se reían.

Pero el problema seguía siendo que todo lo movía a llorar. Por la tarde acudió a la escuela de su nieto para un acto y en lo que puso el pie en el salón de clase identificó nítidamente el cuadro con un efluvio de su infancia: ¡olor a pupitre! Tuvo que cerrar los ojos con fuerza para evitar el lagrimón. Salió del colegio contrariado, enfurecido consigo mismo. Afuera llovía. Llorar en latín se escribía *plorare*, luego la “p” se transformó en “l”, teniendo el mismo origen que la palabra lluvia: lluvia como un turbión, como una torva, como un temporal que lo empujaba calzada abajo, por trochas y andurriales para esquivar así a la fila de autos que, igual a serpentinatas, se desplegaban en el centro de la atardecida ciudad.

Caminar lo ayudaba. Había pasado del pavimento al adoquín sin percatarse, dejando en cada tranco un entuerto, drenándose paulatinamente mientras figuraban ante él los anaqueles de las viejas indias, que ahora lo llamaban para leerle la suerte en hojas de coca. El incienso y la mirra lo fueron sedando, mareando con los colores de las lanas violáceas, los papeles lustrosos y los confites: estaba en la calle de las brujas. Pudo distinguir hierbas, entre fetos de llama y morteros de piedra. Talismanes, amuletos y medallas bailaban con el viento. Recordó que Leucótoe había sido enterrada viva por su padre, iracundo por los amores que ella

había tenido con Apolo. Y que este, para honrar a la princesa muerta, la convirtió en un frondoso árbol de incienso. “Los griegos eran sabios terribles”, murmuró. Era más correcto decir “terribles sabios”, o mejor, “terriblemente sabios”. Sonrió.

Unos pasos adelante una pizarra, a modo de cartel, daría respuesta a un desasosiego. Las letras habían sido escritas con tizas de colores y su trazo le pareció más impreciso que infantil: “Curamos el espanto, se dan baños de alegría”, leyó y se adentró en un cuarto de adobe alto y oscuro, en donde una anciana encogida le dio por receta un baño de mar, con los ojos abiertos. Repuso él con sorna que si no se daba cuenta de que vivían en un país mediterráneo. A lo que ella, imperturbablemente, no contestó. Salió pensando en su nieto, en su mujer, en el mar. Estaba empapado y le hacía frío. La noche se había tendido como una sábana enorme sobre la ciudad. Se sintió nuevamente decaído. ¿Qué podía hacer? ¿Por qué de repente le costaba tanto respirar? ¿Qué tendría que cambiar para no derrumbarse? Se avergonzó de sus pensamientos y tuvo el impulso de disculparse, pero su mujer no estaba con él y tardaría en llegar a casa. Al final, ella era la única que importaba.

Aquella misma noche, con el departamento en penumbra y mientras preparaba un baño caliente para no enfriarse, creyó comprender lo que había querido decir la anciana. Qué importaba el tamaño del mar, siempre que fuera salado. Así que corrió a la cocina entusiasmado y, de regreso, volteó entero el tarro de sal gruesa en la bañera. Su mujer lo reprendería, eso era seguro, pero qué más daba. Luego se detuvo unos segundos antes de dar paso al agua. Dudó si ponerla fría o caliente, pero se decidió por lo segundo. “Pensemos que es el Caribe”, se dijo y ver llenarse la tina le infundió seguridad. Era como si la realidad hubiera adquirido coherencia. De pie y desnudo, se metió con un movimiento rápido en la bañera, deseando su llanto bajo el agua. Creía saber de dónde venía todo aquello y estaba dispuesto a enfrentarlo. Luego se hundió en el líquido salado de su mar, con los ojos cerrados. Esperó a estar listo para abrirlos y entonces lo hizo, pero no vio a su hijo en ninguna parte. Desconcertado, volvió a la superficie. Tomó aire y, sin dar demasiadas vueltas, regresó a lo hondo en busca de una imagen, de alguna referencia. Pero esta vez se encogió sobre su lado izquierdo y persistió por un rato largo, conteniendo la respiración. El agua todavía estaba tibia cuando comenzó a mecerlo el lejano ruido del mar en la espiral de una caracola.

La Ola

Liliana Colanzi*

La Ola regresó durante uno de los inviernos más feroces de la Costa Este. Ese año se suicidaron siete estudiantes entre noviembre y abril: cuatro se arrojaron a los barrancos desde los puentes de Ithaca, los otros recurrieron al sueño borroso de los fármacos. Era mi segundo año en Cornell y me quedaban todavía otros tres o cuatro, o puede que cinco o seis. Pero daba igual. En Ithaca todos los días se fundían en el mismo día.

La Ola llegaba siempre de la misma manera: sin anunciarse. Las parejas se peleaban, los psicópatas esperaban en los callejones, los estudiantes más jóvenes se dejaban arrastrar por las voces que les susurraban espirales en los oídos. ¿Qué les dirían? No estarás nunca a la altura de este lugar. Serás la vergüenza de tu familia. Ese tipo de cosas. La ciudad estaba poseída por una vibración extraña. Por las mañanas me ponía las botas de astronauta para salir a apalea la nieve, que crecía como un castillo encima de otro, de manera que el cartero pudiera llegar a mi puerta. Desde el porche podía ver la Ola abrazando a la ciudad con sus largos brazos pálidos. La blancura refractaba todas las visiones, amplificaba las voces de los muertos, las huellas de los ciervos migrando hacia la falsa seguridad de los bosques. El viejo Sueño había vuelto a visitarme varias noches, imágenes del infierno sobre las que no pienso decir una sola palabra más. Lloraba todos los días. No podía leer, no podía escribir, apenas conseguía salir de la cama.

Había llegado la Ola y yo, que había pasado los últimos años de un país a otro huyendo de ella –como si alguien pudiera esconderse de su

* Nació en Santa Cruz de la Sierra en 1981. Es autora de los libros de cuentos *Vacaciones permanentes* (2011), *La Ola* (2014) y *Nuestro mundo muerto* (2016). En 2015 obtuvo el Premio Internacional de Literatura Aura Estrada.

“La Ola” forma parte del libro del mismo nombre, Santiago: Montacerdos.

abrazo helado—, me detuve frente al espejo para recordar por última vez que la realidad es el reflejo del cristal y no lo otro, lo que se esconde detrás. Esto soy yo, me dije, todavía de este lado de las cosas, afinando los sentidos, invadida por la sensación inminente de algo que ya había vivido muchas veces.

Y me senté a esperar.

¿Siente cosas fuera de lo normal?, preguntó el médico del seguro universitario, a quien le habían asignado la tarea de registrar la persistencia de la melancolía entre los estudiantes.

No sé de qué me está hablando, dije.

Esa mañana me había despertado la estridencia de miles de pájaros aterrados sobrevolando el techo de la casa. ¡Cómo chillaban! Cuando corrí a buscarlos, tiritando dentro de mis pantuflas húmedas, solo quedaban finas volutas de plumas cenicientas manchando la nieve. La Ola se los había llevado también a ellos.

Pero, ¿cómo contarles a los demás sobre la Ola? En Cornell nadie cree en nada. Se gastan muchas horas discutiendo ideas, teorizando sobre la ética y la estética, caminando deprisa para evitar el flash de las miradas, organizando simposios y coloquios, pero no pueden reconocer a un ángel cuando les sopla en la cara. Así son. Llega la Ola al campus y arrastra de noche, de puntillas, a siete estudiantes, y lo único que se les ocurre es llenarte los bolsillos de Trazodone o regalarte una lámpara de luz ultravioleta.

Y pese a todo, creo sinceramente que debe haber un modo de mantenerla a raya a ella, a la Ola. A veces, como chispazos, intuyo que me asomo a ese misterio, solo para perderlo de inmediato en la oscuridad. Una vez —solamente una— estuve a punto de rozarlo. El asunto tiene que ver con la antena y se los voy a contar tal como lo recuerdo. Sucedió durante los primeros días de la temporada de los suicidios. Me sentía sola y extrañaba mi casa, la casa de mi infancia. Me senté a escribir.

Cuando llegué a Ithaca, antes de enterarme de Rancière y de Lyotard y de las tribulaciones de la ética y estética, creía ingenuamente que los estudios literarios servían para mantener encendida la antena. Así que alguna que otra noche, después de leer 100 o 200 páginas de un tema que no me interesaba, todavía me quedaban fuerzas para intentar escribir algo que fuera mío. El cuento que quería escribir iba del achachairú, que suena a nombre de monstruo pero se trata, en realidad, de la fruta más deliciosa del mundo: por fuera es de un anaranjado violento y por dentro es carnosa, blanca, dulce, ligeramente ácida, y por alguna razón

incomprensible se da únicamente en Santa Cruz. Deseaba poder decir algo sobre esta fruta, algo tan poderoso y definitivo que fuera capaz de regresarme a casa. En mi cuento había achachairuses, pero también un chico y una chica, y padres y hermanos y una infancia lejana en una casa de campo que ya no existía sino en mi historia, y había odio y dolor, y la agonía de la felicidad y el frío de la muerte misma. Estuve sentada hasta muy tarde tratando de sintonizar con los conflictos imaginarios de estos personajes imaginarios que luchaban por llegar hasta mí.

En determinado momento sentí hambre y fui en busca de un vaso de leche. Me senté junto a la ventana mirando cómo la ligera nieve caía y se desintegraba antes de tocar la tierra congelada donde dormían escondidas las semillas y las larvas. De pronto tuve una sensación muy peculiar: me vi viajando en dirección opuesta a la nieve, hacia las nubes, contemplando en lo alto mi propia figura acodada a la ventana en esa noche de invierno.

Desde arriba, suspendida en la oscuridad y el silencio, podía entender los intentos de ese ser de abajo –yo misma– por alcanzar algo que me sobrepasaba, como una antena solitaria que se esfuerza por sintonizar una música lejana y desconocida. Mi antena estaba abierta, centelleante, llamando, y pude ver a los personajes de mis cuentos como lo que en verdad eran: seres que a su vez luchaban a ciegas por llegar hasta mí desde todas las direcciones. Los vi caminando, perdiéndose, viviendo: entregados, en fin, a sus propios asuntos incluso cuando yo no estaba ahí para escribirlos. Descendían por mi antena mientras yo, distraída con otros pensamientos, bebía el vaso de leche fría en esa noche también fría de noviembre o diciembre, cuando la Ola todavía no hacía otra cosa que acariciarnos.

De tanto en tanto algunas de las figuras –un hombre de bigote que leía el periódico, un adolescente fumando al borde de un edificio, una mujer vestida de rojo que empañaba el vidrio con su aliento alcohólico– intuían mi presencia y hacían un alto para percibirme con una mezcla de anhelo y estupor. Tenían tanto miedo de mí como yo de la Ola, y ese descubrimiento fue suficiente para traerme de regreso a la silla y al vaso de leche junto a la ventana, al cuerpo que respiraba y que pensaba y que otra vez era mío, y empecé a reír con el alivio de alguien a quien le ha sido entregada su vida entera y algo más.

Quise hablar con las criaturas, decirles que no se preocuparan o algo por el estilo, pero sabía que no podían escucharme en medio del alboroto de sus propias vidas ficticias. Me fui a dormir arrastrada por el murmullo de las figuritas, dispuesta a darles toda mi atención luego de haber descansado. Pero al día siguiente las voces de las criaturas me

evadían, sus contornos se esfumaban, las palabras se desbarrancaban en el momento en que las escribía: no había forma de encontrar a esos seres ni de averiguar quiénes eran.

Durante la noche mi antena les había perdido el rastro.

Ya no me pertenecían.

De chica, cuando la Ola me encontraba por las noches, corría a meterme a la cama de mis padres. Dormían en un colchón enorme con muchas almohadas y yo podía deslizarme entre los dos sin despertarlos. Me daba miedo quedarme dormida y ver lo que se escondía detrás de la oscuridad de los ojos. La Ola también vivía ahí, en el límite del sueño, y tenía las caras de un caleidoscopio del horror. La estática de la televisión, que permanecía encendida hasta el amanecer, zumbaba y parpadeaba como un escudo diseñado para protegerme. Me quedaba inmóvil en la inmensa cama donde persistían, divididos, los olores tan distintos de papá y mamá. Si viene la Ola, pensaba, mis padres me van a agarrar fuerte. Bastaba con que dijera algo para que uno de los dos abriera los ojos. Y vos, ¿qué hacés aquí?, me decían, aturcidos, y me pasaban la almohada pequeña, la mía.

Mi padre dormía de espaldas, vestido solo con calzoncillos. La panza velluda subía y bajaba al ritmo de la cascada pacífica de sus ronquidos y esa cadencia, la de los ronquidos en el cuarto apenas sostenido por el resplandor nuclear de la pantalla, era la más dulce de la tierra. Estaba segura de que él no experimentaba eso, la soledad infinita de un universo desquiciado y sin propósito. Aunque todavía no pudiera darle un nombre, Eso, lo otro, estaba reservado para los seres fallados como yo.

Papá era diferente. Papá era un asesino. Había matado a un hombre años antes de conocer a mamá, cuando era joven y extranjero y trabajaba de fotógrafo en un pueblo en la frontera con Brasil. Fue un accidente estúpido. Una noche, mientras cerraba el estudio, fue a buscarlo su mejor amigo. Era un conocido peleador y un mujeriego, un verdadero hombre de mundo, y papá lo reverenciaba. El tipo intentó venderle un revólver robado y papá, que no sabía nada de armas, apretó el gatillo sin querer: su amigo murió camino al hospital.

Después no sé muy bien lo que pasó.

Me enteré de todo esto el día en que detuvieron a papá por ese asunto de la estafa. Me lo contó mamá mientras la pila de papeles ardía en una fogata improvisada en el patio; las virutas de papel quemado viajaban en remolinos que arrastraba el viento. Mamá juraba que la policía estaba a punto de allanar la casa en cualquier momento y quería deshacerse de cualquier vestigio de nuestra historia familiar. Su figura contra el fuego,

abrazándose a sí misma y maldiciendo a Dios, era tan hermosa que me hacía daño.

En resumen: la policía nunca allanó nuestra casa, el juicio por estafa no prosperó y mi padre regresó esa madrugada sin dar explicaciones. Mamá no volvió a mencionar el tema. Pero yo, milagrosamente, empecé a mejorar. Permanecía quieta en la oscuridad de mi cuarto, atenta a los latidos regulares de mi propio corazón. Mi padre ha matado a alguien, pensaba cada noche, golpeada por la enormidad de ese secreto. Soy la hija de un asesino, repetía, inmersa en un sentimiento nuevo que se aproximaba al consuelo o a la felicidad.

Y me dormía de inmediato.

Años más tarde emprendí la huida.

Era la nochebuena y papá se quedó dormido después de la primera copa de vino. Al principio parecía muy alegre. Mamá se había pasado la tarde en el salón de belleza. Papá, desde su silla, la seguía con ojos asombrados, como si la viera por primera vez.

¿Me queda bien?, preguntó mamá tocándose el pelo, consciente de que estaba gloriosa con los tacos altos y el peinado nuevo.

¿Y ella quién es?, me susurró papá.

Es tu mujer, le dije.

Mamá se quedó inmóvil. Nos miramos iluminadas por los fuegos artificiales que rasgaban el cielo.

¿Por qué está llorando?, me dijo papá al oído.

Papá, imploré.

Es una bonita mujer, insistió papá. Decile que no llore. Vamos a brindar.

Ya basta, dijo mamá, y se metió en la casa.

En el patio el aire olía a pólvora y a lluvia. Cacé un mosquito con la mano: estalló la sangre. Papá observó la mesa con el chanco, la ensalada de choclo y la bandeja con los dulces, y frunció la cara como un niño pequeño y contrariado.

Esta es una fiesta, ¿no? ¿Dónde está la música? ¿Por qué nadie baila?

Me invadió un calor sofocante.

Salud por los que... llegó a decir papá, con la copa en alto, y la cabeza se le derrumbó sobre el pecho en medio de la frase.

Nos costó muchísimo cargarlo hasta el cuarto, desvestirlo y acomodarlo sobre la cama. Intentamos terminar la cena, pero no teníamos nada de qué hablar, o quizás evitábamos decir cosas que nos devolvieran a la

nueva versión de papá. Juntas limpiamos la mesa, guardamos los restos del chanco y apagamos las luces del arbolito –un árbol grande y caro en una casa donde no existían niños ni regalos– y nos fuimos a acostar antes de la medianoche.

Más tarde unos aullidos se colaron en mis sueños. Parecían los gemidos de un perro colgado por el cuello en sus momentos finales en este planeta. Era un sonido obscuro, capaz de intoxicarte de pura soledad. Dormida, creí que peleaba otra vez con el viejo Sueño. Pero no. Despierta, yo todavía era yo y el aullido también persistía, saliendo en estampida del cuarto contigo.

Encontré a papá tirado en el piso, a medio camino entre la cama y el baño, peleando a ciegas en un charco de su propio pis.

Teresa, Teresa, amor mío, lloraba, y volvía a gritar y a retorcerse.

Mamá ya estaba sobre él.

¿Vos conocés a alguna Teresa?, me preguntó.

No, le dije, y era verdad.

La cara contorsionada de papá, entregada al terror sin dignidad alguna, revelaba todo el desconsuelo de nuestro paso por el mundo: él no podía contarnos lo que veía y mamá y yo no podíamos hacer nada para contrarrestar nuestro desamparo. Recuerdo la rabia subiendo por el estómago, anegando mis pulmones, luchando por salir. Mi padre no era un asesino: era apenas un hombre, un cobarde y un traidor.

Mientras yo trapeaba el pis mamá metió a papá bajo la ducha; él continuaba durmiendo y balbuceando. Al día siguiente despertó tranquilo. Estaba dócil y extrañado, tocado por la gracia. No recordaba nada. Sin embargo, algo malo debió haberseme metido esa noche, porque desde entonces comencé a sentir que mi cuerpo no estaba bien plantado sobre la tierra. ¿Y si la ley de la gravedad se revertía y terminábamos disparados hacia el espacio? ¿Y si algún meteorito caía sobre el planeta? No me interesaba acercarme a ningún misterio. Quería clavar los pies en este horrible mundo porque no podía soportar la idea de ningún otro.

Poco después, temerosa de la Ola y de mí misma, inicié la fuga.

La llamada llegó durante una tormenta tan espectacular en que, por primera vez en muchos años, la universidad canceló las clases. Llegabas a perder la conciencia de toda civilización, de toda frontera más allá de esa blancura cegadora. La tarde se mezclaba con la noche, los ángeles bajaban sollozando del cielo y yo esperaba la llegada de un mesías, pero lo único que llegó esa tarde fue la llamada de mamá. Llevaba días esperando que

sucediera algo, cualquier cosa. No puedo decir que me sorprendió. Casi me alegré de escuchar su voz cargada de rencor.

Tu padre se ha vuelto a caer. Un golpe en la cabeza, me informó.

¿Es grave?

Sigue vivo.

No hay necesidad de ponerse sarcástica, le dije, pero mamá ya había colgado.

Compré el pasaje de inmediato. El agente de la aerolínea me advirtió que todos los vuelos estaban retrasados por causa de la tormenta. En el avión no pude dormir. No era la turbulencia lo que me mantenía despierta. Era la certeza de que, si mi padre no llegaba a tener una muerte digna, entonces yo estaba condenada a vivir una vida miserable. No sé si esto tiene algún sentido.

Treinta y seis horas más tarde, y aún sin poder creerlo del todo, había aterrizado en Santa Cruz y un taxi me llevaba a la casa mis padres. Acababa de llover y la humedad se desprendía como niebla caliente del asfalto. El conductor que me recogió esa madrugada manejaba un Toyota reciclado, una especie de *collage* de varios autos que mostraba sus tripas de cobre y aluminio. El taxista era un tipo conversador. Estaba al tanto de las noticias. Me habló del reciente tsunami en el Japón, del descongelamiento del Illimani, de la boa que habían encontrado en el Beni con una pierna humana adentro.

Grave nomás había sido el mundo, ¿no, señorita?, dijo, mirándome por el espejo retrovisor, un objeto chiquito y descolgado sobre el que se enroscaba un rosario.

Mi padre había pedido morir en casa. Hacía años que había comprado un mausoleo en el Jardín de los Recuerdos, un monumento funerario con lápidas de granito que llevaban nuestros nombres, las fechas de nuestros nacimientos contiguas a una raya que señalaba el momento incierto de nuestras muertes.

Allá donde usted vive, ¿es igual?, preguntó el taxista.

¿Qué cosa?, dije, distraída.

La vida, pues, qué más.

Cuando aquí hace calor, allá hace frío, y cuando aquí hace frío, allá hace calor, le dije para sacármelo de encima.

El taxista no se dio por vencido.

Yo no he salido nunca de Bolivia, dijo. Pero gracias al Sputnik conozco todo el país.

¿El Sputnik?

La flota para la que trabajaba.

A los 16 años dejó embarazada a una chica de su pueblo. El padre de ella era chofer del Sputnik y lo ayudó a encontrar trabajo en la misma compañía. Él conducía casi siempre en el turno de la noche. De Santa Cruz a Cochabamba, de Cochabamba a La Paz, de La Paz a Oruro, y así. En los pueblos conseguía mujeres; a veces las compartía con el otro chofer de turno.

Perdone que le cuente esto, me dijo el taxista, pero esa es la vida de carretera.

Un día, mientras partía de Sorata a un pueblo cuyo nombre no recuerdo, una cholita suplicó que le permitieran viajar gratis. La chola se plantó frente a los pasajeros. La mayoría comía naranjas, dormía, se tiraba pedos o miraba una película de Jackie Chan. Se presentó. Se llamaba Rosa Damiana Cuajira. Nadie le prestó atención aparte de un hombre mayor, un yatiri viejo que llevaba una bolsa de coca abierta sobre las rodillas.

Su historia era sencilla y a la vez extraordinaria. Era la hija de un minero. Su padre consiguió un permiso para trabajar en una mina de cobre en Chile, en Atacama, pero ella tuvo que quedarse con su madre y sus hermanos en la frontera, en un lugar tan olvidado que no tenía nombre. Había sido pastora de llamas toda su vida. Un día su madre enfermó. De un momento a otro no pudo salir de la cama. Rosa Damiana fue en busca del curandero que vivía al otro lado de la montaña, pero cuando llegó la vieja mujer del curandero le contó que lo acababan de enterrar.

Cuando la chica volvió, su madre yacía en la litera, en la misma posición en la que la había dejado, respirando con la boca abierta. Mamá, la llamó, pero su madre ya no la escuchaba. Preparó el almuerzo para sus hermanos, encerró a las llamas en el establo y corrió a buscar a su padre al otro lado del desierto.

Cruzó la frontera electrizada por el temor de que la encontraran los chilenos. Había escuchado todo tipo de historias sobre ellos. Algunas eran ciertas. Por ejemplo, que habían escondido explosivos debajo de la tierra. Bastaba con pisar uno y tu cuerpo estallaba en un chorro de sangre y vísceras.

¿Qué más había en el desierto? Rosa Damiana no lo sabía. Tenía 12 años y la voluntad de encontrar a su padre antes de que la alcanzara la oscuridad. Caminó hasta que el sol de los Andes le nubló la vista. Finalmente se sentó al pie de un cerro a descansar y a contemplar la soledad de Dios. Sabía que era el fin. No podía caminar más, sus pies estaban congelados. Las últimas luces ardían detrás de los contornos de las cosas. Un grupo de cactus crecía cerca del cerro con sus brazos de ocho puntas estirados hacia

el cielo. Rosa Damiana arrancó un pedazo de uno de ellos. Comió todo lo que pudo, ahogándose en su propio vómito, y pidió morir.

Cuando abrió los ojos creyó que había resucitado en un lugar fulgurante. Era todavía de noche –lo advertía por la presencia de la luna–, pero su vista captaba las líneas más remotas del horizonte con la precisión de un zorro. Su cuerpo resplandecía en millones de partículas de luz. Al lado de su vómito, los cactus se habían transformado en pequeños hombres con sombreritos. Rosa Damiana conversó largo rato con ellos. Eran simpáticos y reían mucho, y Rosa Damiana se doblaba de risa con ellos. No comprendía por qué había estado tan triste antes. Ya no sentía frío, sino más bien un agradable calor que la llenaba de energía. Su cuerpo estaba liviano y sereno.

Rosa Damiana miró al cielo líquido y conoció a los Guardianes. Algunas eran figuras amables, ancianos con largas barbas y ojos benévolos. Había también criaturas inquietantes, lagartijas de ojos múltiples que lanzaban lengüetazos hacia ella. La chica se tiró de espaldas en la tierra. ¿Dónde estoy?, pensó, perpleja. Las formas de las estrellas danzaban ante sus ojos. Rosa Damiana no supo cuánto tiempo permaneció así. Poco a poco fue recordando quién era y qué la había traído hasta el desierto.

Se levantó, les hizo una breve reverencia a los hombrecitos verdes, quienes a su vez inclinaron sus pequeños sombreros de ocho puntas, y prosiguió su camino. Fosforescían el desierto, las montañas, las rocas, su interior. Dejó atrás un promontorio que acababa en una larga planicie de sal. Recordó que mucho tiempo atrás todo ese territorio había sido una inmensa extensión de agua habitada por seres que ahora dormían, disecados, bajo el polvo. Rosa Damiana sintió en sus huesos el grito de todas esas criaturas olvidadas y supo, alcanzada por la revelación, que al amanecer encontraría a su padre y que su madre no iba a morir porque la tierra aún no la reclamaba. Conoció el día y la forma de su propia muerte, y también se le develó la fecha en la que el planeta y el universo y todas las cosas que existen dentro de él serían destruidas por una tremenda explosión que ahora mismo –mientras yo, con la antena encendida, imagino o convoco o recompongo la historia de un taxista, atenta a la presencia de la Ola, que de vez en cuando me cosquillea la nuca con sus largos dedos– sigue la trayectoria de miles de millones de años, hambrienta y desenfrenada hasta que todo sea oscuridad dentro de más oscuridad. Era una visión sobrecogedora y hermosa, y Rosa Damiana se estremeció de lástima y júbilo.

Poco después la flota llegó a Sorata y Rosa Damiana se bajó de inmediato entre la confusión de viajeros y comerciantes. El chofer, intuyendo que había

sido testigo de algo importante que se le escapaba, la buscó con la vista. Preguntó al ayudante por el paradero del yatiri, pero el chico –que era medio imbécil, aclaró el taxista, o quizás lo pensé yo– estaba entretenido jugando con su celular y no había visto nada.

Pude haberlo agarrado a patadas ahí mismo, dijo. Pude haberlo matado si me daba la gana. Pero en vez de eso busqué la botella de singani y me emborraché.

La historia de la cholita se le metió en la cabeza. No lo dejaba en paz. A veces dudaba. ¿Y si es verdad?, se preguntaba una y otra vez. Había tantos charlatanes.

Yo soy un hombre práctico, señorita, dijo el taxista. Cuando se acaba el trabajo, me duermo al tiro. Ni siquiera sueño. No soy de los que se quedan despiertos dándoles vueltas a las cosas. Eso siempre me ha parecido algo de mujeres, sin ofenderla. Pero esa vez...

Esa vez fue distinto. Perdió el gusto por los viajes. Todavía continuaba persiguiendo a mujeres entre un pueblo y otro, pero ya no era lo mismo. Todo le parecía sucio, ordinario, irreal. Se pasaba noches enteras mirando a su mujer y a sus hijos, que crecían con tanta rapidez –los cinco dormían en el mismo cuarto–, y a veces se preguntaba qué hacían esos desconocidos en su casa. No sentía nada especial por ellos. Hubieran podido reemplazarlos y a él le habría dado lo mismo. Empezó a buscar el rostro de Rosa Damiana en cada viajero que subía a su flota. Preguntaba por ella en los pueblos por los que pasaba. Nadie parecía conocerla. Llegó a pensar que todo había sido un sueño, o peor aun, que él era parte de alguno de los sueños que Rosa Damiana había abandonado en el desierto. Empezó a beber más que de costumbre.

Un día se durmió al volante mientras cruzaban el Chapare. El Sputnik rebotó cinco veces antes de quedar suspendido en un barranco. Antes de desmayarse lo invadió una enorme claridad. Lo último que vio fue al ayudante. Sus ojos lo atravesaron por completo hasta que ambos fueron uno solo. Luego todo se apagó. En total murieron cinco pasajeros en el accidente, entre ellos dos niños. Pasó un tiempo en el hospital y otro en San Sebastián, pero el penal estaba tan atestado que lo dejaron salir antes de tiempo. Entonces se compró su propio taxi, ese insecto en el que transitábamos ahora la semioscuridad del cuarto anillo de esa ciudad a la que me había prometido no volver.

Así es, señorita, se acabó la época de los viajes para mí, me dijo con la tranquilidad de quien acaba de sacarse el cuerpo de encima.

La humedad del trópico había dado paso a un amanecer transparente y frágil. Los comerciantes se acercaban a la carretera con sus carretillas

rebosantes de mangas, sandías y naranjas. Pensé que lo primero que me gustaría hacer al llegar a casa –y me di cuenta de que la palabra “casa” había venido a mí sin ningún esfuerzo– era probar la acidez refrescante de un achachairú, aunque probablemente ya había pasado la temporada. El taxista encendió la radio. Contra todo pronóstico, funcionaba. “Yo quiero ser un triunfador de la vida y del amor”, cantaban Los Iracundos a esa extraña hora, y el taxista llevaba el ritmo silbando mientras el aire explotaba con la proximidad del día.

¿Y para qué quería encontrarla?, le pregunté.

¿A quién?, me dijo, distraído.

A Rosa Damiana.

Ah.

El hombre se encogió de hombros. “Con el saco sobre el hombro / voy cruzando la ciudad / uno más de los que anhelan...”, gritaba la radio. Rosa Damiana se perdía a la distancia en una niebla metálica. O quizás era el océano. Mi padre navegaba más allá del bien y del mal, sumergido en el gran misterio. Su cuerpo todavía respiraba, pero él ya habría abandonado este mundo con todos sus secretos.

El taxista se dio la vuelta para mirarme.

Quería saber si me había embrujado, me dijo con un poco de vergüenza.

Se disculpó de inmediato:

No me haga caso. Solo los indios creen en esas cosas. A veces no me doy cuenta ni de lo que estoy hablando.

Puede que el taxista haya añadido algo más, pero eso es algo que nunca sabré. Ahí, bajo la luz dorada, estaba la casa de mi infancia. Las nubes que se desgajaban en lágrimas. El largo viaje. El viejo Sueño. La Ola suspendida en el horizonte, al principio y al final de todas las cosas, aguardando. Mi corazón gastado, estremecido, temblando de amor.

Mi mujer y yo

Cristina Zabalaga*

Después de haber tirado al piso mi plato con media porción de tallarines por terminar con salsa de tomate, queso y aceitunas, me encerré en el cuarto asegurándome de golpear con fuerza la puerta detrás de mí para subrayar lo furioso que me sentía. Mi mujer me miró sorprendida y quiso decir algo, abrió la boca pero después de que yo estrellara los tallarines contra la alfombra la volvió a cerrar sin decir nada.

La mancha de tomate sobre la alfombra todavía está ahí, el plato roto y los tallarines mi mujer los limpió esa misma tarde, pero resolvió dejar la mancha para reprocharme la torpeza. A la mancha de tomate le siguió el vidrio roto. Esta vez fue mi mujer la que me apuntó con el control remoto un día que se puso furiosa por no sé qué comentario machista que hice por distraído y como yo bajé la cabeza a tiempo se fue a estrellar contra el aparador de la tele. Todo esto mientras veíamos la telenovela de las nueve que terminé de ver yo solo porque ella se encerró en el cuarto golpeando la puerta lo más fuerte que pudo. Mi mujer es menuda y tiene poca fuerza, aun así el golpe de la puerta fue lo suficientemente convincente como para hacerme dormir en el cuarto de invitados y no molestarla hasta el día siguiente.

Nuestro departamento es pequeño, tiene dos cuartos, el nuestro y el otro, como no sabemos qué hacer con él se ha convertido en el-cuarto-de-invitados, cuarto-del-bebé cuando llegue uno. Aunque ahora no estoy tan

* Nació en Portugal en 1980. Escribió las novelas *Pronuncio un nombre hueco* (2012) y *Cuando Nanjing suspira* (2016), además del libro de cuentos *Nombres propios* (2016)

“Mi mujer y yo” apareció en la *Revista 88 grados*, La Paz (octubre de 2014).

seguro si habrá alguno, quién sabe. El otro día vino Manuel a visitarnos. Manuel, mi amigo del colegio, miró el aparador con el vidrio roto y la alfombra con la mancha roja. Mi mujer y yo nos miramos. Manuel no dijo nada, se limitó a sonreír y me pidió que abriera la segunda botella de vino de la noche. Con mi suegra nos fue peor, miró la mancha de la alfombra detenidamente, se arrodilló y empezó a querer limpiarla con su servilleta. Mi mujer la miró apenada y le dijo Mamá, por favor. Mi suegra se hizo a la loca y preguntó Y esta mancha, ¿de qué es? Salsa de tomate, respondí. Mi mujer bajó la mirada. Mi suegra miró a mi mujer y murmuró algo que ni yo ni mi mujer alcanzamos a comprender. Antes de marcharse alcancé a oír que le decía a mi mujer que nuestro departamento era una pocilga y que más bien su-papá-mi-suegro no estaba vivo para ver a su hija viviendo en un chiquero. Mi mujer la abrazó y mi suegra volvió a repetir lo del chiquero y lo de la pocilga y se fue sin despedirse de mí.

Mi mujer se sentó a mi lado. Esa noche vimos la telenovela de las nueve solo hasta la mitad, durante la publicidad comenzamos a besarnos y luego ya se sabe, terminamos los dos jadeando sobre el sillón tapizado a juego con los cojines, regalo de mi suegra cuando nos casamos.

Después del incidente con mi suegra mi mujer y yo tuvimos nuestra mejor época, rara vez acabábamos de ver la telenovela, mi mujer se compró un camisón transparente a juego con el sillón y los cojines de la sala.

Nuestra suerte cambió después de la fiesta de carnaval que organizamos en casa, con disfraces y todo. Esta vez no fuimos nosotros, sino Manuel que tiene la costumbre fastidiosa de hablar moviendo las manos. Así, en medio de un chiste que estaba contando, estrelló una copa de vino tinto mediocre sobre la pared del comedor. Manuel se paró y trató de limpiar la mancha con la punta de su corbata. Nosotros nos reímos y seguimos la fiesta. Al día siguiente mi mujer se cayó escaleras abajo y pasamos la noche en el hospital. Cuando volvimos al departamento la mancha de vino seguía ahí, pero mi mujer seguía adolorida y yo anuncié en voz alta que una mano de pintura no le vendría mal al departamento, así nos desharíamos de la mancha de vino en la pared.

Los días pasaron y nos olvidamos del asunto. Mi suegra ya no venía a visitarnos, mi mujer se encontraba con ella en un café del centro una vez por semana. Mejor así, no había prisa por mandar la alfombra a la limpieza, cambiar el aparador de la tele y pintar la pared. Manuel tampoco venía a casa, ahora salía con una mujer mucho mayor que él y casada. Ahora Manuel tenía una vida complicada y no le alcanzaba el tiempo para mucho, nos encontrábamos en el bar a la vuelta de su casa.

Las cosas entre mi mujer y yo tampoco es que estuvieran muy pacíficas, discutíamos bastante por tonterías y ella generalmente acababa llorando encerrada en el baño. Al principio la seguía y tocaba la puerta para pedirle que saliera, pero poco a poco me cansé y dejé de hacerlo. Me sentaba en la sala y terminaba de ver la telenovela que cada día se ponía más interesante. La viuda de la novela, ahora forradísima de plata, se encontraba con su amante en Miami y entre los dos se montaban unas orgías en una playa con palmeras y todo.

La guerra entre mi mujer y yo se desató por causa de una cortina. Un día volví a casa después de una farra con Manuel y mi mujer me esperaba en su camisón floreado sentada en la sala haciendo juego con el sillón y los cojines tapizados. Al verla me apresuré a abrazarla. Manuel acababa de terminar su historia con la mujer casada y las últimas horas había tenido que soportar la borrachera de mi amigo junto con un par de lágrimas apuradas y varios golpes en la barra del bar.

Mi mujer se paró y me miró con asco. Yo me reí porque no supe qué más hacer y reanudé mis esfuerzos por abrazarla. Ella se esquivó y yo alcancé a sujetarme de las cortinas. Caí junto con las cortinas floreadas, a juego con el sillón, las almohadas y el camisón de mi mujer. Mi mujer me miró y se rió en mi cara. Yo me puse violento y proferí insultos atroces. Mi mujer se encerró en el baño y yo acabé por dormirme envuelto en las cortinas.

Al día siguiente me despertó el portazo que dio mi mujer cuando salía a trabajar. Me dolía tanto la cabeza que ese día decidí hacerme al enfermo y me quedé viendo la tele. Mi mujer no volvió a dormir. Yo me dormí frente a la tele y me tapé con las cortinas. Al día siguiente volvió mi mujer. Me miró como si no hubiese pasado nada y se encerró en el baño. Luego escuché que prendió la ducha y comenzó a cantar una canción que yo no oía desde que nos conocimos, creo que es una canción mexicana que empieza así “De colores, de colores se visten las flores en la primavera...” y luego sigue con algo más de colores que ya no recuerdo. Yo no dije nada, me duché después de ella y como era sábado salimos juntos a almorzar fuera.

Bibliografía

LIBROS DE CUENTOS

Alarcón, Abel

1936 *Cuentos del viejo Alto Perú*. La Paz: Arnó Hermanos.

Anzoátegui de Campero, Lindauro (El Novel)

1892 *Cómo se vive en mi pueblo (cuadros de costumbres)*. Potosí: Imprenta de "El Tiempo".

Araúz Crespo, Germán

2002 *Crónica secreta de la guerra del Pacífico*. La Paz: Correvedile.

Barbery Justiniano, Óscar

1971 *Su hora más gloriosa*. Cochabamba: Serrano.

Barbery Suárez, Óscar

2008 *Cuentos anillados*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

Barrientos, Maximiliano

2015 *Una casa en llamas*. La Paz: El Cuervo / Eterna Cadencia.

Bascopé Aspiazú, René

1983 *La noche de los turcos*. La Paz: Offset Millán.

2004 *Cuentos completos y otros escritos*. La Paz: La Mariposa Mundial / Plural editores.

Baudoin, Magela

2014 *La composición de la sal*. La Paz: Plural editores.

Bruzonic, Erika

2009 *Las malas fichas son para jugar*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

Cáceres Romero, Adolfo

1967 *Galar*. Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Callaú Barbery, Ignacio

1967 *De cimas a simas: de cumbres a abismos* México D.F.: Costa-Amic editores S.A.

- Camacho Sanjinés, William J.
2009 *El misterio del estido*. La Paz: Gente Común.
- Cárdenas Ayad, Gustavo
1989 *Tiro de gracia*. Santa Cruz de la Sierra: Cabildo.
- Cárdenas Franco, Adolfo
1992 *Chojcho con audio de rock p'saaaahdo*. La Paz: Carrera de Artes / D'la Piut.
- Céspedes, Augusto
1936 *Sangre de mestizos. Relatos de la guerra del Chaco*. Santiago: Nascimento.
- Colanzi, Liliana
2014 *La Ola*. Santiago: Montacerdos.
- Conitzer Bedregal, Juan
2003 *Continuando la obra de Dios. Teresa y última parte*. La Paz: Editorial & Editorial.
- Costa du Rels, Adolfo
1948 *El embrujo del oro (relatos del altiplano)*. Buenos Aires: Viau.
- Díaz Villamil, Antonio
1969 *Khantutas. Cuentos bolivianos*. La Paz: Juventud.
- Gumucio Dagron, Alfonso
2012 *Cruentos*. La Paz: Plural editores.
- Gutiérrez Peñaloza, Marcela
2009 *Gente como nosotros*. La Paz: Correveidile.
- Guzmán, Augusto
1975 *Cuentos*. La Paz: Biblioteca del Sesquicentenario de la República.
- Hasbún, Rodrigo
2012 *Los días más felices*. Barcelona: Doumo.
- Jaimés Freyre, Ricardo
2005 *Obra poética y narrativa*. La Paz: Plural editores.
- Jaimés, Julio Lucas (Brocha Gorda)
1974 *La Villa Imperial de Potosí*. La Paz: Camarlinghi.
- Kempff Mercado, Enrique
1961 *Otoño intenso*. México D.F.: Costa-Amic editores S.A.
- Lema, Gonzalo
1998 *Ahora que es entonces*. La Paz: Alfaguara.
- Leytón, Raúl
1955 *Placer*. La Paz: Canata.
- Machicado, José Santos
1908 *Cuentos bolivianos*. Friburgo de Brisgovia: Herder.

- Medinaceli, Aldo
2015 *Asma*. Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.
- Mendizábal, Cé
2004 *Con ojos de basilisco*. La Paz: Gente Común.
- Montenegro, Wálter
1947 *Los últimos*. Buenos Aires: Cámara Boliviana del Libro.
- Murillo, Alfonso
2006 *El hombre que estudiaba los atlas*. La Paz: Plural editores.
- Murillo Vacarezza, Josermo
1946 *Aguafuertes del altiplano*. Buenos Aires: José Rubio.
- Nisttahuz, Jaime
2008 *Cuentos desnudos*. La Paz: Correveidile.
- Otero Lorent, Roger
2015 *De qué hablamos cuando hablamos de morir*. Resistencia: Editorial Mulita.
- Padilla, Paz
1986 *Nel umbral*. La Paz: Imprenta Panamericana.
- Paz, Blanca Elena
2002 *Onir*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.
- Paz Soldán, Edmundo
1998 *Dochera y otros cuentos*. La Paz: Editorial Nuevo Milenio.
- Peláez, Rafael Ulises
1955 *Bajo los techos de paja: narraciones del campo y la mina*. La Paz: Universo.
- Peña Claros, Claudia
2005 *Que mamá no nos vea*. La Paz: Editorial 3600.
- Poppe, René
1979 *El paraje del Tío y otros relatos mineros*. La Paz: Piedra Libre.
- Prada Oropeza, Renato
1969 *Ya nadie espera al hombre*. La Paz: Don Bosco.
- Quiroga, María Soledad
2006 *Islas reunión*. La Paz: Plural editores.
- Rivero Santa Cruz, Giovanna
2015 *Para comerte mejor*. Nueva York: Sudaquia.
- Rodríguez Roca, Teresa Constanza
2015 *Noche de fragancias, cuentos y minificciones*, La Paz: Correveidile.
- Ruiz Plaza, Guillermo
2015 *Sombras de verano / Ombres d'été*. Albi: Edite Moi.

Shimose, Pedro

1997 *El coco se llama drilo*. Santa Cruz de la Sierra: El País.

Soria-Galvarro, Yuri

2015 *Cuentos del Pacífico Sur*. Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.

Soria Gamarra, Óscar

1991 *Sepan de este andar. Antología de cuentos*. La Paz: Universidad Mayor de San Andrés.

Spedding, Alison

1993 *El tiempo, la distancia, otros amantes*. La Paz: Carrera de Literatura / Facultad de Humanidades.

Suárez, Jorge

1985 *Rapsodia del cuarto mundo*. La Paz: CEUB / UMSA.

Taboada Terán, Néstor

1983 *Las naranjas maquilladas*. La Paz: Gisbert y Cía.

1972 *Indios en rebelión*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Toro Ramallo, Luis

1946 *Jaguares*. Santiago: Zig-Zag.

Urrelo Zárate, Wilmer

2015 *Todo el mundo cumple sus sueños menos yo*. La Paz: El Cuervo.

Valdez, Julio César

1898 *Picadillo*. La Paz: s.e.

Vargas Severiche, Manuel

2004 *Cuentos tristes*. La Paz: Correveidile.

Verduguez G., César

1981 *Once*. Cochabamba: Mentor.

Villalobos, Rosendo

1920 *Pedazos de papel. Impresiones y pareceres*. La Paz: Arnó Hermanos.

Villegas, Alberto de

1929 *Sombras de mujeres*. La Paz: Atenea.

Viscarra, Víctor Hugo

1996 *Relatos de Víctor Hugo*. Cochabamba: s.e.

Zamudio, Adela

1971 *Cuentos breves*. Oruro: Camarlinghi.

ANTOLOGÍAS Y OTROS LIBROS CONSULTADOS

Antezana, Sebastián (comp.)

2013 *Antología del concurso municipal de literatura Franz Tamayo*. La Paz: Gobierno Autónomo Municipal de La Paz / Editorial 3600.

Arce, José Roberto (comp.)

2004 *Malgranda Bolivia Antología / Pequeña antología boliviana*. La Paz: Druck.

Averanga, Daniel; Guillermo Ruiz Plaza (comps.)

2013 *Vértigos. Antología del cuento fantástico boliviano*. La Paz: El Cuervo.

Bajo, Ricardo (comp.)

2008 *Warikasaya. Cuentos stronguistas*. La Paz: Gente Común.

2014 *Domingos por la tarde*. La Paz: El Cuervo.

Baptista, Mariano (comp.)

1969 *Narradores bolivianos*. Caracas: Monte Ávila.

1976 *Bolivia escribe*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Barnadas, Josep M. (ed.)

2002 *Diccionario histórico de Bolivia* (vols. I-II), Sucre: Editorial Túpac Katari.

Benedetti, Mario; Antonio Benítez Rojo (comps.)

1976 *Un siglo del relato latinoamericano*. La Habana: Casa de las Américas.

Blanco Mamani, Elías

2005 *Enciclopedia gesta de autores de la literatura boliviana*. La Paz: Plural editores.

Borges, Jorge Luis; Adolfo Bioy Casares (comps.)

1973 *Cuentos breves y extraordinarios*. Buenos Aires: Losada.

Botelho Gosálvez, Raúl (comp.)

1988 *Cuentistas paceños*. La Paz: Casa de la Cultura.

Brugues S., Alejandro; Miguel Esquirol R. y Luis Cortés R.

1998 *Cuento*. Santa Cruz de la Sierra: Fondo Editorial Municipal.

Cáceres Romero, Adolfo

2009 *Diccionario de la literatura boliviana*. Cochabamba: Kipus.

Calle J., Manuel (comp.)

s.f. *Leyendas históricas de América*. Madrid: América.

Camacho, Willy (comp.)

2012 *Memoria emboscada. Cuento boliviano contemporáneo*. La Paz: Alfaguara.

Cárdenas, Adolfo; Manuel Vargas y Alfonso Murillo (comps.)

2012 *Desde el lago Titicaca te han contado. Cien años de cuento en La Paz*. La Paz: FCBCB.

Casatañón Barrientos, Carlos (comp.)

1972 *El cuento modernista en Bolivia*. La Paz.

Demipage

2014 *Disculpe que no me levante*. Madrid: Demipage.

Di Nucci, Sergio; Nicolás G. Recoaro y Alfredo Giéco Bavio (comps.)

2014 *De la tricolor a la Wiphala. Narrativa contemporánea de Bolivia*. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.

Domínguez, Mignon (comp.)

1980 *Cuentos fantásticos hispanoamericanos*. Buenos Aires: Huemul.

Finot, Emilio (comp.)

1913 *Antología boliviana para escuelas y colegios* (tomo primero y segundo). La Paz: Lakermance Hermanos.

Flores, Ángel (comp.)

1983 *Narrativa hispanoamericana, 1816-1981* (siete tomos). México: Siglo XXI.

García, Mara Lucy

2008 *Escritoras bolivianas de hoy*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

Gobierno Autónomo Municipal de Cochabamba

2012 *Por el camino del trueno y otros cuentos*. Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.

2013 *Mariposa nocturna y otros cuentos*. Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.

2014 *El mártir y otros cuentos*. Cochabamba: Editorial Nuevo Milenio.

González, Juan (comp.)

2000 *Memoria de lo que vendrá. Selección sub-40 del cuento en Bolivia*. La Paz: Editorial Nuevo Milenio.

Grupo Líder

2004 *Narrativa cruceña contemporánea II*. Santa Cruz de la Sierra: Publicaciones Literarias Líder.

Hahn, Óscar (comp.)

1998 *Fundadores del cuento fantástico hispanoamericano*. Santiago: Andrés Bello.

Hurtado Morón, Edson (comp.)

2012 *Antología de las letras vallegrandinas*. Santa Cruz de la Sierra: Ayni.

Iturri Alborta, Ricardo et al.

1942 *Cuentos paceños*. La Paz: Alcaldía Municipal.

Lijerón Alberdi, Hugo y Ricardo Pastor Poppe (comps.)

1975 *Cuentos bolivianos contemporáneos*. La Paz: Camarlinghi.

Lovrencic, Željka (comp.)

2004 *Andske Price (Cuentos andinos: Bolivia, Chile, Ecuador)*. Zagreb: Euroknjiga.

- Manguel, Alberto (comp.)
1970 *Antología de literatura fantástica argentina. Siglo XIX*. Buenos Aires: Kapelusz.
- Manzor, Antonio R. (comp.)
1939 *Antología del cuento hispanoamericano*. Santiago de Chile: Zig-Zag.
- Medinaceli, Carlos (comp.)
1967 *Escoge. La prosa novecentista en Bolivia*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Mejía Méndez, Arnaldo (comp.)
2015 *Antología de viejos y nuevos cuentos*. La Paz: FCBCB / Editorial 3600.
- Mesa, Isabel (comp.)
2014 *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia*. La Paz: BBB.
- Menton, Seimour (comp.)
1993 *El cuento hispanoamericano*. Bogotá: FCE.
- Montenegro, Raquel (comp.)
1996 *Cuentos bolivianos. Antología para gente joven*. La Paz: Alfaguara.
- Montoya, Víctor (comp.)
1995 *Antología del cuento latinoamericano en Suecia*. Estocolmo: Invandrar förlaget.
- Oblitas Fernández, Édgar (comp.)
1980a *El cuento en el oriente boliviano*. La Paz: Camarlinghi.
1980b *Leyendas, tradiciones y costumbres del oriente boliviano*. La Paz: Camarlinghi.
- Omiste, Modesto (comp.)
s.f. *Crónicas potosinas (tomo IV)*: s.e.
- Ortega, Julio (comp.)
1997 *Antología del cuento latinoamericano del siglo XXI. Las horas y las hordas*. México: Siglo XXI.
- Otero, Gustavo Adolfo
1943 *Crestomatía boliviana*. La Paz: Gisbert y Casanovas.
- Pastor Poppe, Ricardo (comp.)
1989 *Los mejores cuentos bolivianos del siglo XX*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.
1995 *Cuentos mineros del siglo XX. Antología*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Poppe, René
1979 *El paraje del Tío y otros relatos mineros*. La Paz: Piedra Libre.
- Poppe, René (comp.)
1983 *Narrativa minera boliviana*. La Paz: Camarlinghi.

- Prado Sejas, Iván y Gonzalo Montero Lara (comps.)
2013 *De imposibilidades posibles. Primera antología del cuento maravilloso en Bolivia*. Cochabamba: Kipus.
- Recoaro, Nicolás G. (comp.)
2009 *Alta en el cielo. Narrativa boliviana contemporánea*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.
- Richards, Keith John (comp.)
2004 *Narrativa del trópico boliviano / narrative from tropical Bolivia*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.
- Rodrigo, Saturnino (comp.)
1942 *Antología de cuentistas bolivianos contemporáneos*. Buenos Aires: Sopena.
- Rojo, Violeta y otros (comp.)
2008 *Antología de la novísima narrativa breve hispanoamericana*. Caracas: Grijalbo.
- Sanabria Fernández, Hernando
1961 *El habla popular de la provincia de Vallegrande*. Santa Cruz de la Sierra: s.e.
- Santos, Rosario (comp.)
2000 *The fat man from La Paz. Contemporary fiction from Bolivia*. New York: Seven Stories Press.
- Sanz y Días, José (comp.)
1961 *Antología de cuentistas hispanoamericanos*. Madrid: Aguilar.
- Sociedad de escritores y artistas
1948 *Antología boliviana*. Cochabamba: Atlantic.
- Sociedad de escritores y artistas de Santa Cruz
1978 *Cuentistas cruceños*. La Paz: Juventud.
- Soriano Badani, Armando (comp.)
1964 *El cuento boliviano. 1900-1937*. Buenos Aires: EUDEBA.
1991 *Antología del cuento boliviano*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.
- Teixidó, Raúl
1966 "El sueño del pez", en *Antología de cuentos. Primer Concurso Nacional Edmundo Camargo*. Cochabamba: Imprenta Universitaria.
- Suárez, Jorge (comp.)
1986 *Taller del cuento nuevo*. Santa Cruz de la Sierra: Casa de la Cultura.
- Universidad Técnica de Oruro
1984 *Poetas y cuentistas bolivianos*. Oruro: Universitaria.
- Vallejo, Gaby (comp.)
2006 *¡Basta! Treinta y nueve escritoras bolivianas dicen ¡basta! contra la violencia de género*. Cochabamba: PEN Internacional / PEN Bolivia.

Vargas, Manuel (comp.)

1995a *Antología del cuento boliviano moderno*. La Paz: Acción.

1995b *Die Heimstatt des Tio*. Zürich: Rott Punkt Verlag.

1997 *Antología del cuento femenino boliviano*. La Paz / Cochabamba: Los Amigos del Libro.

Vargas Guerrero, Elvis *et al.*

2000 *Trabajos forzados*. La Paz: La Ratita ediciones.

Verduguez Gómez, César (comp.)

2004 *Antología de antologías*. Santa Cruz de la Sierra: La Hoguera.

2011 *Los mejores cuentos de escritoras bolivianas*. Cochabamba: Kipus.

2014 *Los mejores cuentos de Bolivia*. Cochabamba: Kipus.

Viscarra Fabre, Guillermo (comp.)

1975 *Antología del cuento chileno-boliviano*. Santiago: Editorial Universitaria.

PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Correvedile

1996a s.n., núm. 1 (mayo-julio).

1996b “Cuentos escritos por mujeres”, núm. 2 (agosto-octubre).

1997a “Cuentos de locura de cuentos”, núm. 3 (febrero-abril).

1997b “Cuentos eróticos”, núm. 5 (mayo-agosto).

1997c “Cuentos de la represión”, número especial I (mayo).

1997d “Cuentos de la guerrilla”, número especial II (octubre).

1998a “Cuentos de la ciudad”, núm. 6 (enero-marzo).

1998b “Cuentos de tierra adentro”, núm. 7 (abril-junio).

1998c “Cuentos crueles y extraños”, núm. 8 (junio-septiembre).

1999a “La torre de babel”, núm. 10 (enero-marzo).

1999b “Los olvidados (1900-2000)”, núms. 12 y 13 (julio-diciembre).

2000a “Nostalgias de la gran ciudad”, núm. 14 (enero-marzo).

2000b “De música y de guerra”, núm. 15 (abril-julio).

2000c “Que se mueran de envidia”, núm. 16 (agosto-diciembre).

2001a “Humores”, núm. 18 (mayo-agosto).

2001b “¡Música, maestro!”, núm. 19 (septiembre-diciembre).

2002 “Fantasie & Science Fiction”, núm. 20 (enero-abril).

2003a “Los albores del siglo xx”, núm. 21 (enero-abril).

2003b “Los años del quiebre”, núm. 22 (mayo-julio).

2003c “Frustraciones y utopías”, núm. 23 (septiembre-diciembre).

2004a “Los rostros de la violencia”, núm. 24 (enero-abril).

2004b “Entre la tradición y la modernidad”, núm. 25 (mayo-diciembre).

2005a “Cuenteros flaman”, núm. 26 (enero-abril).

- 2005b “La fuerza de la costumbre”, núm. 27 (segundo semestre).
2006a “En el principio fue el mito”, núm. 28 (primer semestre).
2006b “Desde el Sur”, núm. 29 (segundo semestre).
2007 “Los primeros cuentos bolivianos”, núm. 30 (primer semestre).
2008 “Así nos ven”, número especial III (cuatro escritores latinoamericanos).
2009 “Historias de La Paz”, núm. 31 (primer semestre).
2012 “La nueva generación”, núms. 32-33.
2014 “La Paz en nueve cuentos”, núm. 34 (octubre).

PEN Bolivia

- 2004 s.n., (edición en español e inglés), núm. 7.

Khana. Revista Municipal de Arte y Letras

- 1961 s.n., año VIII, vol. I, núm. 35 (diciembre).

Kollasuyo

- 1939 s.n., núm. 8 (agosto).
1944 s.n., núm. 57. (noviembre-diciembre).

Revista 88 grados

- 2014 “Orihuela, tres décadas de poesía”, núm. 6 (octubre).

Acta de selección de textos para la *Antología del cuento boliviano*

En la ciudad de La Paz, el lunes 29 de febrero de 2015, el antologador Manuel Vargas y los miembros del Comité Asesor de la *Antología del cuento boliviano*, Adolfo Cárdenas, Giovanna Rivero y Edmundo Paz Soldán (estos dos últimos vía Internet, ya que residen en el exterior del país), invitados por la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), dependiente del Centro de Investigaciones Sociales (CIS) de la Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, tuvieron la responsabilidad de definir el índice de dicha antología.

Esta labor fue la culminación de un largo trabajo de intercambio de información y puntos de vista realizado en las semanas pasadas, mediante una serie de correos electrónicos grupales en los que se sugirieron criterios de inclusión y exclusión de autores y textos a partir de una propuesta inicial del antologador.

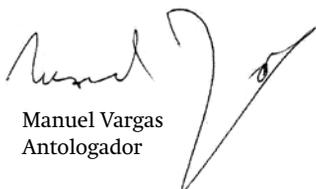
Como resultado del proceso, desarrollado en el marco del enfoque, objetivos, características y formato de la colección de la BBB, se convino en seleccionar 82 textos de 75 autores bolivianos o afincados en Bolivia, producidos entre fines del siglo XIX e inicios del XXI.

El conjunto de las obras seleccionadas, en criterio de todos los que suscriben este documento, constituye una importante y amplia muestra de lo mejor de la producción de autores bolivianos y bolivianas en lo que se refiere a cuento y relato breve. No obstante, y pese al consenso alcanzado, algunos nombres y títulos sugeridos quedaron en consideración del antologador quien, como se convino en la mesa, y como se especifica en los reglamentos de la BBB, tendrá la palabra final a la hora de definir la inclusión o exclusión de los mismos. Lo mismo ocurre en cuanto a los textos propuestos como anexos para el libro.

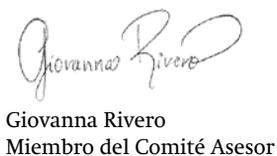
Adicionalmente, el antologador y el Comité Asesor formularon recomendaciones y sugerencias específicas para la edición y publicación de la *Antología*, como ser: que el estudio introductorio especifique especialmente la excepción de incluir a algunos autores clásicos y canónicos con más de un cuento, la necesidad de incluir cuentos sobresalientes de autores poco conocidos o de escasa producción, y la pertinencia de que todos los autores incluidos cuenten con un breve perfil de vida.

El antologador y el Comité de Asesor quieren dejar constancia explícita de que actuaron en todo momento con absoluta autonomía e independencia en sus deliberaciones y decisiones, y que el equipo de la BBB fungió en todo momento solo como ente organizador y articulador de su labor.

En conformidad a lo estipulado firmamos el presente documento



Manuel Vargas
Antologador



Giovanna Rivero
Miembro del Comité Asesor



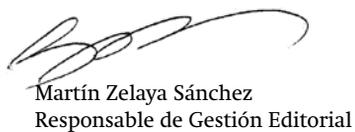
Edmundo Paz Soldán
Miembro del Comité Asesor



Adolfo Cárdenas
Miembro del Comité Asesor



Víctor Orduna
Editor General de la BBB



Martín Zelaya Sánchez
Responsable de Gestión Editorial

La Paz, 29 de febrero de 2016



En el marco de la celebración de los 200 años de la Independencia de Bolivia, en 2025, la Vicepresidencia del Estado Plurinacional, a través de su Centro de Investigaciones Sociales (CIS), determinó la creación de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB), cuyo propósito principal es seleccionar, publicar y difundir 200 de las más representativas obras del pensamiento y conocimiento de nuestro país para promover la lectura, el estudio y la investigación de lo boliviano, fortalecer el sistema educativo y la reflexión sobre la identidad plural de Bolivia.

La BBB es un proyecto editorial que toma en cuenta aspectos cronológicos, históricos, geográficos, étnicos, culturales, lingüísticos, etc., con la intención de conformar una colección de obras representativas de y para la historia de nuestro país en cuatro colecciones: Historias y geografías; Letras y artes; Sociedades; y Diccionarios y compendios.

Historias y geografías

1. Alarcón, Ricardo: *Bolivia en el primer centenario de su Independencia*
2. Albó, Xavier y Barnadas, Josep: *La cara india y campesina de nuestra historia*
3. Anónimo: *Bosquejo del estado en que se halla la riqueza nacional de Bolivia*; Pentland, Joseph: *Informe sobre Bolivia* (libro fusionado)
4. Armentia, Nicolás: *Relación histórica de las Misiones Franciscanas de Apolobamba*
5. Arzáns de Orsúa y Vela, Bartolomé: *Historia de la Villa Imperial de Potosí*
6. Arze Aguirre, René: *Participación popular en la Independencia de Bolivia*
7. Bakewell, Peter: *Mineros de la montaña roja. El trabajo de los indios en Potosí*; Mitre, Antonio: *Los patriarcas de la plata*; Tandeter, Enrique: *Coacción y mercado. La minería de la plata en el Potosí colonial, 1692-1826* (libro fusionado)
8. Baptista Gumucio, Mariano: *Cartas para comprender la historia de Bolivia* (publicado)
9. Barnadas, Josep: *Charcas. Orígenes históricos de una sociedad colonial*
10. Barragán, Rossana: *Espacio urbano y dinámica étnica. La Paz en el siglo XIX*
11. Block, David: *La cultura reduccional de los llanos de Mojos*
12. Cajías, Fernando: *La provincia de Atacama*
13. Calancha, Antonio: *Crónica moralizada*
14. Choque, Roberto: *La masacre de Jesús de Machaca*
15. Chungara, Domitila (Moema Viezzer): *Si me permiten hablar*
16. Coímbra, Juan: *Siringa. Memorias de un colonizador del Beni*; Pinto Parada, Rodolfo: *Arreando desde Mojos* (libro fusionado [publicado])
17. Combès, Isabelle: *Etno-historias del Ioso. Chané y chiriguano en el Chaco boliviano*
18. Condarco, Ramiro: *Zárate, el "temible" Willka*
19. Condori, Leandro; Mamani, Carlos y THOA: *El escribano de los caciques apoderados; Taraqu, 1866-1935: Masacre, guerra y renovación en la biografía de Eduardo L. Nina Qhispi; El indio Santos Marka T'ula...* (libro fusionado)
20. Crespo, Alberto: *Esclavos negros en Bolivia*; Inge Buisson-Wolff: *Negerklaverei und negerhandel in Hochperu 1545-1640 [Esclavitud y tráfico de negros en Alto Perú]* (libro fusionado)
21. Dalence, José María: *Bosquejo estadístico de Bolivia*
22. De Ribera, Lázaro: *Moxos: Descripciones e historia fiel de los indios, animales e plantas de la provincia de Moxos en el virreinato del Perú*
23. De Viedma, Francisco: *Descripción geográfica y estadística de Santa Cruz de la Sierra*; Comajuncosa, Antonio; Hanke, Tadeo y La Cueva, Francisco: *Otros* (libro fusionado)
24. Del Valle, María Eugenia: *Historia de la rebelión de Túpac Catari*

25. D'Orbigny, Alcide: *Viajes por Bolivia*
26. Dunkerley, James: *Rebelión en las venas*
27. Escobari, Jorge: *Historia diplomática de Bolivia*
28. Finot, Enrique: *Historia de la conquista del oriente boliviano*; García Recio, José María: *Análisis de una sociedad de frontera: Santa Cruz de la Sierra en los siglos XVI-XVII* (libro fusionado)
29. Gamarra, Pilar: *Amazonia norte de Bolivia: economía gomera (1870-1940)*
30. Guevara, Ernesto: *Diario del Che en Bolivia*
31. Irurozqui, Marta: "A bala, piedra y palo": *La construcción de la ciudadanía política en Bolivia*
32. Klein, Herbert: *Orígenes de la revolución nacional boliviana*
33. Larson, Brooke: *Colonialismo y transformación agraria en Bolivia: Cochabamba 1550-1900*
34. Lofstrom, William: *La Presidencia de Sucre en Bolivia*
35. Lora, Guillermo: *Historia del movimiento obrero*
36. Mendoza, Gunnar: *Obra reunida*
37. Mendoza, Jaime: *Obra reunida: El Macizo Boliviano y El factor geográfico en la nacionalidad boliviana* (publicado)
38. Mercado, Melchor María: *Álbum de paisajes, tipos humanos y costumbres de Bolivia (1841-1869)*
39. Montes de Oca, Ismael: *Geografía y recursos naturales de Bolivia*
40. Moreno, Gabriel René: *Últimos días coloniales en el Alto Perú*
41. Parkerson, Phillip: *Andrés de Santa Cruz y la Confederación Perú-Boliviana*
42. Pärssinen, Martti: *Tawantinsuyo*
43. Platt, Tristan: *Estado boliviano y ayllu andino. Tierra y tributo en el Norte de Potosí* (publicado)
44. Platt, Tristan; Harris, Olivia y Bouysse-Cassagne, Thérèse: *Qaraqara-Charka*
45. Poma de Ayala, Guamán: *Nueva corónica y buen gobierno*
46. Querejazu, Roberto: *Guano, salitre y sangre. Historia de la Guerra del Pacífico*
47. Querejazu, Roberto: *Masamaclay: Historia política, diplomática y militar de la Guerra del Chaco*
48. Roca, José Luis: *Ni con Lima ni con Buenos Aires. La formación de un Estado nacional en Charcas*
49. Rodríguez, Gustavo: *Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia*
50. Sanabria, Hernando: *Obra reunida (En busca de El Dorado; Apiaguaiqui Tumpa. Biografía del pueblo chiriguano y su último caudillo; Breve historia de Santa Cruz)*
51. Serulnikov, Sergio: *Revolución en los Andes. La era de Túpac Amaru*
52. Soux, María Luisa: *El complejo proceso hacia la independencia de Charcas*
53. Suárez, Nicolás: *Anotaciones y documentos sobre la campaña del Alto Acre, 1902-1903*
54. Thomson, Sinclair: *Cuando solo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*
55. Trigo, Eduardo: *Tarija en la independencia del Virreinato del Río de la Plata*
56. Vargas, José Santos: *Diario de un comandante de la Guerra de la Independencia* (publicado)
57. Vázquez Machicado, Humberto: *Obra reunida*
58. Wachtel, Nathan: *El regreso de los antepasados. Los indios urus de Bolivia del siglo XX al XVI. Ensayo de historia regresiva*
59. *Antología de arqueología*
60. *Antología de biografías*
61. *Antología de ciencias de la tierra*
62. *Antología de cronistas coloniales de Charcas*
63. *Antología de diarios de viajes y expediciones*
64. *Antología de documentos históricos fundamentales de Bolivia* (publicado)
65. *Antología de estudios regionales*
66. *Antología de folletos*
67. *Antología de la problemática marítima*
68. *Atlas general e histórico de Bolivia*
69. *Nueva historia general de Bolivia*

Letras y artes (72)

70. Aguirre, Nataniel: *Juan de la Rosa* (publicado)
71. Alfaro, Óscar: *Obra reunida*
72. Antezana J., Luis H.: *Ensayos escogidos*
73. Arguedas, Alcides: *Raza de bronce*
74. Bascopé Aspiazú, René: *Obra reunida*
75. Bedregal, Yolanda: *Obra reunida*
76. Borda, Arturo: *El Loco*
77. Camargo, Edmundo: *Obra reunida*
78. Cárdenas, Adolfo: *Periférica Blvd.*
79. Cerruto, Óscar: *Obra reunida* (dos volúmenes)
80. Céspedes, Augusto: *Sangre de mestizos*
81. Chirveches, Armando: *Obra reunida*
82. Costa du Rels, Adolfo: *El embrujo del oro*
83. De la Vega, Julio: *Matías, el apóstol suplente*
84. Echazú, Roberto: *Poesía completa* (publicado)
85. Gerstmann, Roberto: *Bolivia: 150 grabados en cobre*
86. Gisbert, Teresa y Mesa, José: *Historia del arte en Bolivia*
87. Gisbert, Teresa: *Iconografía y mitos indígenas en el arte*

88. Gumucio, Alfonso: *Historia del cine boliviano*
89. Guzmán, Augusto: *Obra reunida*
90. Jaimes Freyre, Ricardo: *Obra reunida*
91. Lara, Jesús: *Yanacuna (Yawarninchij)*
92. Medinaceli, Carlos: *La Chaskañawi*
93. Medinaceli, Carlos: *Obra reunida*
94. Mitre, Eduardo: *Obra reunida*
95. Montes, Wolfango: *Jonás y la ballena rosada*
96. Moreno, Gabriel René: *Obra reunida*
97. Mundy, Hilda: *Obra reunida (publicado)*
98. Otero Reiche, Raúl: *Obra reunida*
99. Paz Soldán, Edmundo: *Río fugitivo*
100. Pentimali, Michella; Gisbert, Teresa; Paz, Valeria; Calatayud, Jacqueline: *Bolivia: los caminos de la escultura*
101. Piñeiro, Juan Pablo: *Cuando Sara Chura despierte*
102. Poppe, René: *Interior mina*
103. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Los deshabitados*
104. Querejazu, Pedro: *Las misiones jesuíticas de Chiquitos*
105. Querejazu, Pedro: *Pintura boliviana en el siglo xx*
106. Reynolds, Gregorio: *Obra reunida*
107. Rocha Monroy, Ramón: *El run run de la calavera*
108. Saenz, Jaime: *Felipe Delgado*
109. Saenz, Jaime: *Obra reunida*
110. Salazar Mostajo, Carlos: *La pintura contemporánea en Bolivia*
111. Sanjinés, Javier: *Literatura contemporánea y grotesco social en Bolivia*
112. Shimose, Pedro: *Obra reunida*
113. Sotomayor, Ismael: *Añejías pacéñas*
114. Spedding, Alison: *De cuando en cuando Saturnina*
115. Suárez, Jorge: *Obra reunida*
116. Suárez Araúz, Nicomedes: *Obra reunida*
117. Tamayo, Franz: *Obra reunida (dos volúmenes)*
118. Terán Cabero, Antonio: *Obra reunida*
119. Urzagasti, Jesús: *Obra reunida (dos volúmenes)*
120. Vaca Guzmán, Santiago: *Obra reunida*
121. Víaña, José Enrique: *Cuando vibraba la entraña de plata (publicado)*
122. Wicky, Jean Claude: *Bolivia: Mineros*
123. Wiethüchter, Blanca y Paz Soldán, Alba María: *Hacia una historia crítica de la literatura en Bolivia*
124. Wiethüchter, Blanca: *Obra reunida*
125. Zamudio, Adela: *Obra reunida*
126. *Antología de la arquitectura en Bolivia*
127. *Antología de la caricatura en Bolivia*
128. *Antología de crónica literaria y periodística*
129. *Antología del cuento boliviano (publicado)*
130. *Antología de ensayo y crítica literaria en Bolivia*
131. *Antología de fotografía boliviana*
132. *Antología de gastronomía boliviana*
133. *Antología de literatura aymara*
134. *Antología de literatura colonial*
135. *Antología de literatura infantil y juvenil de Bolivia (publicado)*
136. *Antología de literatura quechua*
137. *Antología de literatura de tierras bajas*
138. *Antología sobre la música en Bolivia*
139. *Antología de poesía boliviana*
140. *Antología de tradición oral en Bolivia*
141. *Antología de teatro boliviano*

Sociedades (49)

142. Albarracín, Juan: *Sociología boliviana contemporánea*
143. Albó, Xavier: *Obra reunida*
144. Almaraz, Sergio: *Obra reunida*
145. Anónimo: *El manuscrito Huarochiri*
146. Arguedas, Alcides: *Pueblo enfermo*
147. Arze, José Antonio: *Obra reunida*
148. Baptista Caserta, Mariano: *Páginas escogidas*
149. Bouysse-Cassagne, Thérèse; Harris, Olivia; Platt, Tristan y Cereceda, Verónica: *Tres reflexiones sobre el pensamiento andino*
150. Díez Astete, Álvaro: *Compendio de etnias indígenas y ecorregiones Amazonia, oriente y Chaco*
151. Francovich, Guillermo: *Obra reunida*
152. García Jordán, Pilar: *Unas fotografías para dar a conocer al mundo la civilización de la república guaraya*
153. García Linera, Álvaro: *Obra reunida*
154. Gianecchini, Doroteo: *Historia natural, etnográfica, geográfica, lingüística del Chaco boliviano*
155. Guillén-Peñaranda y Pérez, Elizardo: *Warisata, la escuela ayllu; Utama (libro fusionado)*
156. Holmberg, Allan y Stearman, Allyn: *Nómadas del arco largo: los sirionó del oriente boliviano; No más nómadas (libro fusionado)*
157. Hurtado, Javier: *El katarismo (publicado)*
158. López Menéndez, Felipe y Barnadas, Josep: *Compendio de historia eclesiástica de Bolivia; La Iglesia Católica en Bolivia (libro fusionado)*
159. Marof, Tristan: *Obra reunida*
160. Montenegro, Carlos: *Nacionalismo y coloniaje (publicado)*
161. Murra, John: *Formaciones económicas y políticas del mundo andino*

162. Ovando, Jorge: *Sobre el problema nacional y colonial de Bolivia*
163. Quiroga Santa Cruz, Marcelo: *Obra reunida*
164. Reinaga, Fausto: *La revolución india*
165. Reyerros, Rafael: *Historia social del indio boliviano. "El pongueaje"*
166. Riestler, Jürgen: *Obra reunida*
167. Rivera, Silvia: *Oprimidos pero no vencidos*
168. Romero Pittari, Salvador: *Obra reunida*
169. Saignes, Thierry: *Obra reunida*
170. Urquidí, Arturo: *Obra reunida*
171. Van den Berg, Hans: *Obra reunida*
172. Villamil de Rada, Emeterio: *La lengua de Adán* (publicado)
173. Zavaleta Mercado, René: *Obra reunida*
174. *Antología de antropología de tierras altas*
175. *Antología de antropología de tierras bajas*
176. *Antología de ciencias políticas bolivianas*
177. *Antología de ciencias de la vida*
178. *Antología sobre ciudad, mestizaje y economía popular*
179. *Antología del deporte boliviano*
180. *Antología de economía en Bolivia*
181. *Antología de educación en Bolivia*
182. *Antología de farmacopea indígena*
183. *Antología de filosofía boliviana*
184. *Antología sobre las Fuerzas Armadas y la Policía*

185. *Antología sobre la hoja de coca*
186. *Antología sobre el minero y la minería en Bolivia*
187. *Antología del periodismo y estudios de comunicación*
188. *Antología de sociología boliviana*
189. *Antología de tradiciones, folklore y mitos*
190. *Antología sobre textiles*

Diccionarios y compendios (10)

191. Barnadas, Josep: *Diccionario histórico de Bolivia*
192. Bertonio, Ludovico: *Vocabulario de la lengua aymara*
193. Coello, Carlos: *Diccionario de bolivianismos*
194. Gianecchini, Doroteo: *Diccionario chiriguano-español, español-chiriguano*
195. Gonzales Holguín, Diego: *Vocabulario de la lengua general de todo el Perú*
196. Herrero, Joaquín y Sánchez, Federico: *Diccionario quechua*
197. Layme, Félix: *Diccionario aymara*
198. Marbán, Pedro: *Diccionario de lengua mojeña*
199. Ortiz, Elio y Caurey, Elías: *Diccionario etimológico y etnográfico de la lengua guaraní hablada en Bolivia*
200. *Vocabulario de los pueblos indígenas*



Álvaro García Linares
Vicepresidente del Estado

Amaru Villanueva Rance
Director general del CIS

COORDINACIÓN GENERAL

Víctor Orduna Sánchez: Editor general

Claudia Dorado Sánchez, Kurmi Soto Velasco, Alfredo Ballerstaedt Gonzales,

Wilmer Urrelo Zárate e Iván Barba Sanjinez: Editores

Juan Carlos Tapia Quino, Marcos Flores Reynoso

y Oscar Claros Troche: Responsables de diseño e imprenta

Ana Lucía Velasco: Responsable del proyecto

Francisco Bueno Ayala: Asesor jurídico

Andrés Claros Chavarría: Asistente general

CONSEJO EDITORIAL, GESTIÓN 2016

Alba María Paz Soldán

Ximena Soruco Sologuren

Godofredo Sandoval

María Luisa Soux

Mauricio Souza Crespo

Fernando Mayorga

COMITÉ EDITORIAL ENCARGADO DE LA SELECCIÓN

Adolfo Cáceres Romero, Alba María Paz Soldán, Ana María Lema, Beatriz Rossells,
Carlos Mesa, Claudia Rivera, Eduardo Trigo, Elías Blanco Mamani, Esteban Ticona, Fernando
Barrientos, Fernando Mayorga, Germán Choquehuanca, Godofredo Sandoval, Gustavo

Rodríguez, Hans van den Berg, Isaac Sandoval,

José Antonio Quiroga, José Roberto Arze, Juan Carlos Fernández, Jürgen Riester,

Luis Oporto, María Luisa Soux, Mariano Baptista Gumucio, Pablo Quisbert,

Pedro Querejazu, Pilar Gamarra, Ramón Rocha Monroy, Roberto Choque, Rubén Vargas (t),

Verónica Cereceda y Xavier Albó.



Este libro –la obra 129 de la Biblioteca del Bicentenario de Bolivia (BBB)– se terminó de editar en diciembre de 2016 en la ciudad de La Paz (Bolivia). Para su composición se emplearon las tipografías Swift, Myriad Pro, Filosofía y Fedra en sus distintas variantes y tamaños.



BIBLIOTECA
DEL BICENTENARIO
DE BOLIVIA

En esta antología podemos encontrar cuentos de la época colonial y del futuro, de la mina y el campo y sus mitos, de las ciudades y sus lenguajes, de la selva y el hombre, de la vida cotidiana y de hechos históricos que conmovieron al país. Fantasía, humor, seriedad y juego. También sabemos que la extrañeza de caminos y de personajes, de mundos lejanos o inexistentes, no son otra cosa que la interioridad de nosotros mismos.

Deseo que después de la lectura de esta antología, la lectora y el lector tengan no solo una experiencia de goce estético, sino también una idea de lo que es este país, más allá de postales y de lugares comunes. Planteo el cuento como forma de goce, conocimiento y experiencia de vida, como una puerta para iniciar esta aventura: conocer una literatura como la boliviana, casi clandestina frente al mundo, y por eso mismo subyugante.

Manuel Vargas Severiche



Estado Plurinacional
de Bolivia

